Flavio Josefo

Antigüedades Judías

Libros XII-XX

Edición de
José Vara Donado

AKAL/CLÁSICA

Tito Flavio Josefo nació en Jerusalén en el año 37 d.C. Criado en el seno de una acomodada familia judía, recibió una esmerada educación y formación en la tradición mosaica.

Tras viajar a Roma en el año 63, en el año 67, de vuelta a Judea, se encontró con el levantamiento judío contra los dominadores romanos. Nombrado por los rebeldes comandante supremo militar de la región de Galilea, tras caer prisionero se granjeó la amistad de los entonces comandantes militares romanos, y luego emperadores, Vespasiano y Tito, bajo cuyo amparo vivió en Roma desde el año 70 hasta su muerte, en torno al año 100.

Las *Antigüedades Judías* (elaboradas entre los años 79-93 y publicadas en esta última fecha) son obra concebida por su autor como respuesta a las *Antigüedades romanas*, de Dionisio de Halicarnaso, buscando contraponer los valores judíos a los romanos defendidos por Dionisio.

Las *Antigüedades Judías*, que describen la historia del pueblo judío y su cultura desde la creación del mundo hasta el año 66 d.C., presentan datos históricos de valor incomparable: quien los ignora, ignora por completo el género de vida judío en sus dos últimos siglos de existencia como nación independiente y el ambiente en que germinó la semilla del cristianismo, todo ello ofrecido por un autor serio y testigo o muy cercano a los hechos narrados.

José Vara Donado, responsable de la presente edición, es Catedrático de Filología Griega de la Universidad de Extremadura.

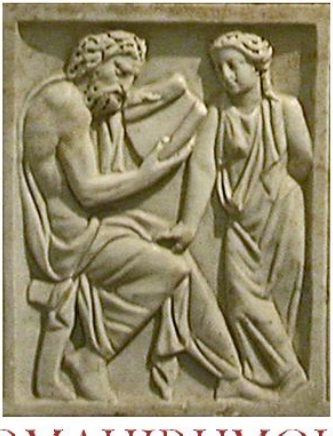
Flavio Josefo

ANTIGÜEDADES JUDÍAS

Libros XII-XX

Edición de José Vara Donado

EX LIBRIS



ARMAUIRUMQUE

Maqueta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el artículo 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© Ediciones Akal, S. A., 1997
Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Teléfs.: 656 56 11 - 656 49 11
Fax: 656 49 95
ISBN: 84-460-0781-9 (Tomo 2)
ISBN: 84-460-0782-7 (Obra completa)
Depósito legal: M. 4.055-1997
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

Índice general

TOMO 1"

7 *Cuadro cronológico*
9 *Introducción*
I. Vida de Flavio Josefo 9
II. Antiguedades Judías 14
III. Ediciones y traducciones 19
Obras de referencia 19
Bibliografía general 19
Libro I 23
Libro II 77
Libro III 131
Libro IV 183
Libro V 237
Libro VI 297
Libro VII 363
Libro VIII 431
Libro IX 503
Libro X 553
Libro XI 599

TOMO 2"

Libro XII 649
Libro XIII 719
Libro XIV 795
Libro XV 881
Libro XVI 949
Libro XVII 1011
Libro XVIII 1077
Libro XIX 1145
Libro XX 1203
1245 *Índice de nombres*

Libro XII

RESUMEN:

1. Cómo Ptolemeo, el hijo de Lago, tras apoderarse de Jerusalén y Judea a traición y engaño, trasladó a un gran número de habitantes de allí a Egipto.
2. Cómo su hijo Ptolemeo, de sobrenombre Epífanes, tradujo las leyes de los judíos al griego, dio la libertad a numerosos cautivos en gracia a Eleazar, su Sumo Sacerdote, y ofreció numerosas ofrendas a Dios.
3. Cómo los reyes de Asia honraron con privilegios a la raza de los judíos y les concedieron la ciudadanía en las ciudades fundadas por ellos.
4. La superación del desastre acaecido, gracias a que José, hijo de Tobías, firmó un tratado de amistad con Ptolemeo Epífanes.
5. Tratado de amistad y ayuda mutua militar entre los lacedemonios y Onías, el Sumo Sacerdote de los judíos.
6. Contienda entre grupos de judíos influyentes y cómo apelaron a Antíoco Epífanes.
7. Cómo Antíoco, cuando llevó su ejército contra Jerusalén, tomó la ciudad y saqueó el Templo.
8. Cómo, cuando Antíoco prohibió a los judíos el uso de las leyes heredadas de sus padres, Matatías, el hijo de Asmoneo, fue el único que hizo caso omiso de la orden del rey y venció a los generales de Antíoco.
9. Final de Matatías cuando ya era viejo y después de entregar la jefatura del Estado a sus hijos.

10. Cómo su hijo Judas, tras atacar a los generales de Antíoco, repuso a los judíos en el estilo de vida tradicional y fue designado por el pueblo Sumo Sacerdote.
11. Cómo Apolonio, el general de Antíoco, murió en la derrota que sufrió cuando invadió Judea.
12. Expedición militar de Sayón y de Gorgias contra Judea y la consiguiente derrota y aniquilamiento de su ejército.
13. Cómo Judas venció cuando llevó su ejército contra los amonitas y Galad.
14. Cómo su hermano Simón se impuso a los habitantes de Tiro y Ptolemaide cuando llevó el ejército contra ellos.
15. Expedición militar de Lisias, el general de Antíoco, contra los judíos y la derrota consiguiente.
16. Cómo Ptolemeo Epífanes murió en Persia.
17. Cómo Antíoco, de sobrenombre Eupátor, cuando emprendió una expedición militar contra los judíos acompañado de Lisias y los venció, sitió a Judas, tras obligarlo a encerrarse en el Templo.
18. Cómo Antíoco, al perderse mucho tiempo en el asedio, firmó un tratado de amistad con Judas y se retiró honrosamente de Judea.
19. Cómo Bánquides, el general de Demetrio, emprendió una expedición militar contra los judíos y regresó junto al rey de vacío.
20. Cómo Nicanor, cuando fue enviado después de Bánquides general de las fuerzas expedicionarias, pereció junto con el ejército.
21. Cómo Bánquides venció cuando fue enviado de nuevo contra Judea.
22. Cómo pereció Judas en combate.

Este libro cubre un período de ciento setenta años.

1. *Disputas entre los sucesores de Alejandro.* 1. 1. Pues bien, Alejandro, el rey de los macedonios, después de haber puesto fin al imperio persa y de haber restablecido en la manera dicha la situación de Judea, acabó los días de su vida. Y su imperio pasó a muchos, de forma tal que Antígono se hizo el amo de Asia, Seleuco de Babilonia y las naciones de aquella zona, Lisímaco gobernó el Helesponto, Casandro se quedó con Macedonia y Ptolemeo, el

hijo de Lago, ocupó Egipto. Pero como entre ellos surgieran disensiones y rivalizaran entre sí por imponer cada uno de ellos su supremacía, estallaron continuas y largas guerras, las ciudades sufrieron calamidades y perdieron en las contiendas a muchos de sus habitantes, de suerte que, por ejemplo, Siria entera sufrió entonces a manos de Ptolemeo, hijo de Lago, que portaba el título de *Salvador*[1], un trato contrario al significado de su apelativo. Y el citado Ptolemeo se apoderó también de Jerusalén recurriendo al engaño y mentira. En efecto, tras entrar en sábado en la ciudad con apariencia de ofrecer sacrificios, cuando los judíos no se lo impidieron, habida cuenta de que no lo tenían en absoluto por enemigo, y se encontraban inactivos y despreocupados por no sospechar nada malo y por ser día de fiesta, se hizo el amo de la ciudad tranquilamente y la gobernó cruelmente. Atestigua esta información también Agatárquides de Cnido[2], el historiador de las gestas de los diádocos, quien nos acusa de superticiosos y de perder por culpa de ello la libertad, expresándose en los siguientes términos: «Existe la nación de los llamados judíos, quienes pese a ocupar una ciudad fortificada y poderosa como era Jerusalén, consintieron que ésta cayera en manos de Ptolemeo, por negarse a empuñar las armas, sino que por su inoportuna superstición aguantaron soportar a un amo difícil». Así, pues, esto declaró Agatárquides de nuestra nación. Y Ptolemeo cogió prisioneros a muchos habitantes de la Judea montañosa, de las localidades de la zona de Jerusalén, de Samaria y de los pueblos del Monte Garizín y, tras conducirlos a Egipto, los obligó a fijar allí su residencia[3]. Y, al enterarse de que estos hombres oriundos de Jerusalén ofrecían la más firme lealtad en la observancia de los compromisos contraidos por juramento y en la palabra dada por lo que habían respondido a Alejandro cuando envió una embajada a ellos después de vencer a Darío en la batalla, luego de apostar a muchos de ellos en las guarniciones y de hacerlos ciudadanos dotados de iguales derechos que los mace-

[1] Se hizo sátrapa de Egipto en 323 a. C. y rey en 304, y entre 301-286 se apoderó de Palestina, Chipre y numerosos lugares del Egeo y Asia Menor.

[2] Gramático y peripatético, formó parte de la escolta de un joven Ptolemeo, y vivió en torno al 116 a. C. Restos de su obra perviven en Focio y Diodoro.

[3] Cf. Carta de Aristeas.

donios de Alejandría, les tomó juramento de que preservarían su lealtad a los descendientes de quien los destacó allí. Y no pocos de los otros judíos llegaron voluntariamente a Egipto, atraídos por la excelencia de aquellas localidades y por la magnificencia de Ptolemeo. No obstante, surgieron discordias entre los descendientes de aquellos judíos, decididos a preservar y mantener sus costumbres tradicionales, y los samaritanos, por lo que se combatían mutuamente, dado que los oriundos de Jerusalén alegaban que su Templo era sagrado, por lo que consideraban justo enviar a él los sacrificios, mientras que los sicimitas eran partidarios de hacerlo al Monte Garizín[4].

11. *Ptolemeo Filadelfo ordena la traducción de la ley judía para su Biblioteca de Alejandría. (Aristeas,* cap. 9). 2. 1. Alejandro reinó durante doce años[5] y después de él Ptolemeo Soter[6] durante cuarenta y uno. Filadelfo, que fue el que heredó a continuación el trono de Egipto y que lo mantuvo durante treinta y nueve años[7] no sólo tradujo la Ley sino que también liberó de la esclavitud a los oriundos de Jerusalén residentes en Egipto y que ascendían a unos ciento veinte mil, por el motivo siguiente. Demetrio de Falerón[8], que estaba al frente de las bibliotecas del rey, interesado en conseguir reunir todos los libros del mundo y en comprar todo aquél que hubiera en cualquier sitio y que oyera que era interesante, pues no necesitaba para sus fines más que esto, o que lo viera él, colaboraba en este empeño con los planes del rey, quien era un gran enamorado del acopio de libros. Y, como en una ocasión Ptolemeo le preguntara cuántas decenas de millares tenía ya reunidos, le contestó que los conseguidos sumaban unas veinte decenas de millares pero que en poco tiempo juntaría cincuenta. Pero le hizo saber que le había sido revelado también que los judíos contaban con numerosas obras de sus leyes, dignas de interés y

---

[4] Cf. *Ant. jud.* 13, 74-75.

[5] Entre 336-324 a. C.

[6] Entre 323-283 a. C.

[7] Entre 283-245 a. C.

[8] Nació hacia el 350 a. C. Escapó a la muerte en 318 por su postura promacedónica, y fue nombrado gobernador absoluto de Atenas por Casandro, lo que duró diez años. Cuando Poliorcetes tomó Atenas en 307, huyó a Beocia, y en 297 fue jefe de la Biblioteca de Alejandría.

de la biblioteca del rey, cuya traducción al griego, al estar escritas en los caracteres y en la lengua judía, les supondrían no pequeño esfuerzo. Pues, según le decía Demetrio, aunque el tipo de la escritura de estas obras parece ser de un porte similar a las peculiaridades de la escritura siria[9] y su pronunciación sonar como ella, sin embargo la escritura de estos textos judíos resulta ser de un estilo muy particular. Con todo, le aseguraba que nada le impedía, si quería mandar traducirlos, contar en la Biblioteca también con estas obras judías, puesto que, según le decía, él podía conseguirlo dado que disponía de recursos suficientes para esta empresa. Y, así, el rey, convencido de que Demetrio, en su empeño por conseguir el mayor número posible de libros, le sugería una idea excelente, propuso por carta al Sumo Sacerdote de los judíos su ejecución.

17. *Aristeas convence a Ptolemeo Filadelfo de la liberación de los judíos de Egipto. (Carta de Aristeas,* 12). 2. Y un tal Aristeas, amigo íntimo del rey y apreciado por él por su mesura, quien ya antes numerosas veces había decidido solicitar al rey que pusiera en libertad a todos los judíos cautivos que había en su reino, comprendió que era aquélla una ocasión pintiparada para hacerle esta petición, y, en este sentido, comunicó su propósito antes que a ningún otro a Sosibio de Tarento y a Andreas, comandantes de la guardia personal, rogándoles que le ayudaran a conseguir lo que iba a proponer al rey. Y, así, Aristeas, tras ganarse la aprobación de las dos personas antes citadas, se presentó al rey y le dirigió las siguientes palabras: «Oh rey, nosotros no debemos consentir andar con mentiras, sino declarar la verdad. Esta frase viene a cuenta de lo siguiente: decididos para satisfacción tuya no sólo a transcribir sino también a traducir las leyes judías, ¿qué razón tendríamos para llevar a cabo este empeño cuando en tu reino numerosos judíos están reducidos a la esclavitud? Obra de acuerdo con tu proverbial magnanimidad y bondad y en consecuencia líbralos de sus sufrimientos, dado que quien vela por tu reino es el que los dotó a ellos de las leyes, Dios, como a mí me ha sido dado comprender por mis arduas investigaciones. En efecto, ocurre que tanto ellos como nosotros rendimos culto al dios que ha conformado el Uni-

[9] Esto es, aramea.

verso, a quien llamamos en atención a su auténtica función *Zena,* designándolo con este nombre en razón de que la acción de *vivir* [10] es congénita a todos. Por ello, en honor a Dios devuelve la libertad a los que le rinden un culto especial y que han perdido la patria y el poder vivir en ella. Debes saber no obstante, oh rey, que te solicito esto para ellos sin estar ligado a este pueblo por origen ni ser compatriota suyo, sino que, al ser todos los hombres obra de Dios y saber claramente yo que Él encuentra placer en los que actúan bien, te invito también a ti a esta noble acción».

24. *Ptolemeo Filadelfo ordena la liberación de los judíos (Aristeas,* 19). 3. Cuando Aristeas hubo concluido su discurso, el rey, mirándolo con cara risueña y gozosa, le dijo: «¿Cuántas decenas de millares supones que sumarían los que debieran ser liberados?». Y, al replicarle Andreas, que estaba allí presente, y asegurarle que sumarían poco más de once decenas de millares, dijo: «Bien se ve que Nos pides, Aristeas, un don realmente insignificante» [11]. Pero como Sosibio y los presentes le hubieran dicho que debía ofrecer al Dios que le había concedido el reino un gesto, en acción de gracias, que estuviera a la altura de su magnanimidad, convencido por ellos mandó que, cuando pagaran el sueldo a los soldados, abonaran a sus propietarios también ciento veinte dracmas por cada uno de los cautivos que tuvieran. Y para satisfacer las peticiones que ellos le formularon prometió publicar un decreto magnífico que confirmara el plan de Aristeas y, antes que esto, la voluntad de Dios, por la que, según él decía, liberaría no sólo a los judíos llevados allí por su padre y por su ejército, sino también a los que con anterioridad se hallaban en su reino y a cualesquiera otros que hubieran sido introducidos en él en alguna otra ocasión posterior. Y, como le hubieran asegurado que el rescate de todos ellos supondría más de cuatrocientos talentos, concedió esta suma y ellos tuvieron la feliz ocurrencia de preservar la copia del consiguiente decreto en prueba de la magnanimidad del rey. Decreto que decía lo siguiente: «Todos los que, formando parte de la expedición militar de nuestro padre, llevaron a cabo incursiones contra Siria y Fenicia y, al reducir Judea y tomar cautivos a individuos del lugar, los trasladaron a nuestras ciudades y país y los vendieron, tanto los

[10] Falsa conexión etimológica.
[11] En sentido irónico.

que los conserven como los nuevos propietarios deberán liberarlos, y asimismo a los judíos esclavos que había antes que los citados en mi reino y cualesquiera otros que hayan sido introducidos recientemente sus propietarios deberán también ponerlos en libertad, percibiendo por cada individuo ciento veinte dracmas, los soldados en el momento de recibir sus emolumentos y los restantes cobrando el rescate de los fondos del Banco Real. Pues tengo para mí, por un lado, que ellos fueron hechos cautivos no sólo en contra de los planes de mi padre sino también indebidamente y que su país ha sido dañado por el desenfreno de la soldadesca, y, por otro, que del traslado de esta gente a Egipto se han derivado grandes beneficios para los soldados. Así, pues, yo, atento a lo que es justo y compadeciéndome de los que han sido sometidos a la esclavitud indebidamente, mando poner en libertad a los judíos sometidos a esclavitud, percibiendo sus propietarios por ellos la suma antes dicha, y que nadie infrinja este mandato, sino que lo obedezca. Y quiero que los actuales propietarios de esclavos judíos entreguen las listas de sus esclavos en el plazo de tres días a partir de la fecha de la publicación de este edicto a las autoridades encargadas del asunto, presentando inmediatamente a los propios esclavos, ya que considero que ello conviene a mis asuntos. Por otro lado, cualquiera podrá denunciar a quienes desobedezcan este mandato, cuyo capital quiero que sea designado a engrosar las propiedades reales». Y, al serle leída al rey esta orden y comprobar él que contenía todos los demás datos pero que le faltaba uno, que no se retrasara la solución del problema de los judíos introducidos en Egipto antes y después que los traídos por los soldados, agregó él personal y magnánimamente también acerca de ellos sus disposiciones humanitarias. Y ordenó a los funcionarios de la Administración del Estado y a los funcionarios del Banco Real que se repartieran entre sí la entrega global de los gastos de la operación. Realizado esto rápidamente en un plazo de siete días alcanzó su cumplimiento el mandato del rey, y el rescate supuso más de cuatrocientos sesenta talentos, y ello porque los dueños exigieron las consabidas ciento veinte dracmas también por los niños pequeños, alegando que el rey había ordenado pagar también por ellos al prescribir que el propietario percibiera por cada individuo la cantidad antes indicada.

34. *Demetrio de Falerón presenta al rey un estudio sobre la traducción de la Ley judía. (Aristeas,* 28). 4. Después que el asun-

to anterior se cumplió magníficamente, de acuerdo con la voluntad del rey, éste mandó a Demetrio que le presentara también el estudio acerca de la traducción de los libros judíos. Y es que los reyes no hacían nada al azar, sino que lo realizaban todo con sumo cuidado. Y es reproducida aquí tanto la copia del referido estudio y la de las cartas como la cantidad de las ofrendas enviadas y la obra ejecutada en cada una de ellas por esto, para que a cualquier observador resulte lo más clara posible la magnificencia del artista y para hacer inmediatamente conocida la identidad del artífice de cada una de las obras por el carácter sobresaliente de éstas. Pues bien, la copia del referido estudio resultó ser del tenor siguiente: «Estudio presentado a Su Majestad el rey por Demetrio. En respuesta a tu encargo, relativo a las obras que todavía faltan para completar la Biblioteca, de que sean reunidas, y, en el relativo a las obras extraviadas, de que reciban la debida atención, te manifiesto, después de haber puesto en esta tarea sumo celo, que nos faltan, amén de otros, los libros de la legislación judaica. Ello se debe a que, al estar escritos en caracteres hebreos y en la lengua de esa nación, nos resultan ininteligibles. Además, resulta que estos libros han recibido una atención menos cuidada de lo debido por no haber merecido ellos hasta la fecha la atención real. Es necesario, sin embargo, que también estos libros mandes tú que sean estudiados con toda precisión, ya que se trata de una legislación de un fondo más filosófico y puro de lo normal, habida cuenta de su condición de obra de Dios. Y justo por esto, según dice Hecateo de Abdera [12], ni los poetas ni los historiadores han mencionado la obra en cuestión ni tampoco a los hombres que elaboraron una Constitución en coherencia con ella, porque era sagrada y no debía, en consecuencia, ser aclarada por bocas profanas. Por consiguiente, si te parece bien, deberás escribir al Sumo Sacerdote de los judíos que te envíe a los ancianos más expertos en el conocimiento de las leyes en número de seis de cada tribu, para que con ayuda de ellos consigamos nosotros comprender el sentido de los libros y la coherencia en el contenido del total de ellos y, así, logrando una precisión absoluta en la traducción, agreguemos estos libros a los fondos de la Biblioteca, tal como se merece el Estado que diriges y tu proyecto».

[12] Hubo un Hecateo de Teos, autor de una *Historia de Egipto,* escrita en torno al 300 a. C.

40. *Ptolemeo Filadelfo ordena enviar presentes al Sumo Sacerdote judío (Aristeas,* 33). 5. En estos términos, pues, estaba concebido el estudio de Demetrio. Y el rey mandó a algunos de sus hombres que escribieran sobre este asunto al Sumo Sacerdote de los judíos, al tiempo que le dieran cuenta también de la manumisión de los esclavos judíos que había en Egipto. Y, además, le destinó, con vistas a la fabricación de crateras, copas y fuentes para las libaciones, el peso en oro de cincuenta talentos y una cantidad incalculable de piedras preciosas. Y ordenó también a los custodios de los cofres en los que se encontraban las piedras que permitieran a los propios artífices elegir la clase que quisieran. Y dispuso también que para los sacrificios y restantes necesidades fueran entregados al citado Sumo Sacerdote hasta cien talentos en moneda. Y describiré las obras en cuestión y la forma de ejecución después de presentar la copia de la carta escrita al Sumo Sacerdote Eleazar, quien alcanzó esta dignidad por el motivo siguiente: al morir el Sumo Sacerdote Onías fue nombrado sucesor su hijo Simón, conocido también por el sobrenombre de *El Justo* no sólo por su piedad hacia Dios sino también por su afecto hacia sus compatriotas. Y, al morir él y dejar un hijo pequeño de nombre Onías, heredó la dignidad de Sumo Sacerdote su hermano [13] Eleazar, de quien estamos hablando, a quien Ptolemeo escribió una carta del tenor siguiente: «El rey Ptolemeo saluda al Sumo Sacerdote Eleazar. Dándose la circunstancia de que en mi reino ha habido numerosos judíos, a los que, después de haber sido hechos prisioneros por los persas cuando mandaban, mi propio padre apreció, de forma tal que a algunos de ellos los alistó en su ejército con unos sueldos bastante grandes, al tiempo que a otros, cuando llegaron a Egipto siguiéndole a él, les encomendó las guarniciones y su protección, yo, desde que me hice cargo del poder, he tratado afectuosamente a todos pero principalmente a tus conciudadanos, como lo demuestra el hecho de que he dado la libertad a más de cien mil de ellos que habían caído en la esclavitud al ser hechos prisioneros, abonando a sus dueños de mis fondos particulares el rescate. De ellos a los que están en la flor de la edad los he registrado en las listas del ejército, mientras a algunos capaces de prestarnos a Nosotros protección y lealtad a la corte los he honrado con ello, considerando grato a Dios y un acto de la

[13] Cf. *Ant. jud.* 12, 157.

máxima envergadura ofrecerle esta ofrenda dedicada a agradecer la preocupación que Él muestra por mí. Por otro lado, en mi deseo de favorecer tanto a los judíos citados como a todos los que residen en cualquier otro lugar del mundo, he decidido traducir vuestra Ley, para que, una vez traducida del hebreo al griego, quede depositada en mi Biblioteca. Así, pues, me harás un bien si eliges a unos hombres excelentes, seis de cada tribu y ya entrados en años, quienes no sólo sean duchos en el conocimiento de las leyes en razón de su edad, sino que también puedan efectuar una traducción de ellas precisa, puesto que soy de la opinión de que si este proyecto se lleva a término redundará en la mayor gloria para Nos. Y he enviado para tratar contigo de ello al comandante de mi guardia personal, llamado Andreas, y a Aristeas, hombres carísimos para mí, por quienes te remito también como primicia de mis ofrendas, sacrificios, etcétera, para el Templo cien talentos de plata. Por lo demás, también tú me causarás alegría si nos escribes cualquier cosa».

51. *Respuesta del Sumo Sacerdote a Ptolemeo (Aristeas,* 41). 6. Pues bien, una vez que la carta del rey fue llevada a Eleazar, éste contestó a ella en los términos más cariñosos en que cabía hacerlo, y que fueron estos: «El Sumo Sacerdote Eleazar saluda al rey Ptolemeo. Que os encontréis bien tú, la reina Arsinoe y vuestros hijos constituye para nosotros el colmo de la felicidad. Por otro lado, al recibir tu carta nos alegramos sobremanera por tus planes, y, tras reunir al pueblo, se la leímos, manifestándole la piedad que guardas hacia Dios. Y le mostramos también las veinte tazas de oro que nos enviaste e igualmente las treinta de plata, las cinco crateras y la mesa para las ofrendas, así como los cien talentos destinados a ser empleados en sacrificios y en las reparaciones que requiera el Templo y que trajeron Andreas y Aristeas, tus amigos más carísimos, hombres excelentes no sólo eminentes por su cultura sino también dignos de tu Excelencia. Deberás saber que nosotros soportaremos cualquier esfuerzo que te favorezca, aunque sea sobrehumano, ya que debemos corresponder a los múltiples beneficios que tú has dispensado a nuestros compatriotas. Por ello inmediatamente ofrecimos sacrificios por ti, tu hermana, tus hijos y amigos, y la multitud hizo votos por que se cumplan los objetivos que tienes en la mente, por que tu reino se conserve en paz y por que la traducción de la Ley consiga en favor tuyo el fin que pretendes. Y elegimos también varones ancianos, seis de cada

tribu, que os hemos enviado con la Ley. A tu piedad y justicia corresponderá devolvernos la Ley, una vez traducida, y junto con ella a los hombres que te la llevaron en plena integridad física. Pásalo bien».

57. *Magnificencia de los regalos enviados por Ptolemeo al Sumo Sacerdote (Aristeas,* 51). 7. Esto fue lo que el Sumo Sacerdote le contestó en su carta. A mí no me pareció necesario indicar los nombres de los referidos setenta ancianos, aunque estaban escritos al final de la carta. En cambio, no consideré impertinente referir la preciosidad de las ofrendas y la ejecución de las obras que el rey envió para el Templo de Dios, a fin de que a todo el mundo resulte clara la devoción que el rey sentía hacia Dios. Y es que el rey, al suministrar recursos económicos sin tasa para ello y también con su presencia constante junto a los artesanos y con la vigilancia de sus trabajos, no dejaba que ninguna de sus obras se realizara negligentemente ni a la ligera. Expondré cómo era cada una de ellas de preciosa, ya que aunque tal vez este tratado de Historia no exige que demos cuenta de ello, tengo para mí, sin embargo, que de esta manera dejaremos constancia para nuestros lectores de la exquisitez y magnanimidad del rey.

60. *Ptolemeo prepara una mesa para el Templo de Jerusalén (Aristeas,* 52). 8. Primero expondré lo concerniente a la mesa. Pues bien, aunque el rey tenía en su mente la idea de hacer una obra de extraordinarias dimensiones, ordenó sin embargo, enterarse de cuál era el tamaño de la mesa que había en Jerusalén y si era posible construir la que él proyectaba mayor que aquélla. Al enterarse de cuáles eran las dimensiones de la que había allí y de que nada impedía que la que proyectaba fuera mayor que aquélla, aseguró que su deseo era construir una de un tamaño cinco veces mayor que la existente pero que temía no fuera que por su excesivo tamaño resultara inútil para los oficios religiosos (ya que, según dijo, no quería dedicarla únicamente como ofrenda destinada a la contemplación, sino también que fuera útil para los oficios religiosos) y, al percatarse de que por esta razón la mesa originaria había sido construida de unas dimensiones reducidas, y no por falta de oro, decidió superar a la originaria no por el tamaño, sino lograr una más notable por la variedad y hermosura de los materiales. Y como era agudo en comprender el meollo de toda suerte de cosas y

en concebir y ocurrírsele obras novedosas e insólitas, y como también él mismo era capaz por su perspicacia de ofrecer un nuevo invento y de mostrarlo a los artesanos cuando se trataba de obras todavía no descritas, ordenó que fuera construida según el bosquejo diseñado por él y que la reprodujeran igual, mirando al boceto trazado por él, para lograr exactitud en la que ellos realizaban.

64. *Descripción de la mesa (Aristeas,* 57). 9. Pues bien, dispuestos a hacer la mesa, le dieron dos codos y medio de longitud, uno de anchura y uno y medio de altura, configurando la base entera de la obra de oro. Y, así, la dotaron de un borde de la anchura de la mano y también de ondulaciones ensortijadas con un relieve en forma de cuerda, imitada admirablemente en las tres superficies por el modelado. En efecto, cada ángulo de los bordes, que eran triangulares, tenía la misma disposición de formato, de tal manera que cuando se les daba la vuelta ofrecía en la superficie un aspecto único y no diferente. Por otro lado, por lo que al borde de la mesa respecta, el lado inclinado hacia abajo de la mesa tenía un modelado bonito, pero el lado girado hacia fuera estaba elaborado con una ejecución de una belleza aún superior, y ello porque caía en el ángulo de visión y contemplación. Por esta razón ocurría que el extremo de ambas partes era un ángulo agudo y que ningún ángulo de los tres que eran, según antes dijimos, parecía más corto cuando la mesa cambiaba de lugar. Y en las espirales del contorneado habían sido incrustadas piedras preciosas, unas al lado de otras, aseguradas con pasadores de oro clavados. Y al lado del borde de la mesa que se extendía hacia arriba y podía verse estaba adornado por la colocación en él de huevos hechos de una piedra hermosísima, parecidos en la escultura a acanalados muy amontonados que envolvían el contorno de la mesa. Y debajo del formato de los huevos los artistas pusieron grabada en derredor una corona con todo tipo de frutos, de tal manera que colgaban racimos, brotaban espigas y estaban sin abrir las granadas. Y, después de haber convertido las piedras en toda clase de frutos como los señalados, de tal manera que estaba conformado el color propio de cada uno de ellos, las conectaron al oro todo alrededor de la mesa. Igualmente, debajo de la corona fue hecho otro molde de huevo, y eran esculpidos en bajo relieve acanalados, siendo construida la mesa con el mismo aspecto de variedad de ejecución y elegancia en ambos extremos, de tal manera que, aunque la mesa fuera vuelta

del otro lado, no había diferencia en las dos ondulaciones y bordes, sino que se extendía la misma forma de decoración abajo hasta los pies. Pues ellos hicieron una plancha de oro de cuatro dedos de ancho todo a lo ancho de la mesa, en la que pusieron los pies y luego los fijaron a la mesa cerca del borde con prendedores y clavos, para que por cualquier lado que la mesa fuera colacada presentaran el mismo aspecto de preciosidad y novedosa ejecución. Sobre la mesa misma esculpieron un meandro, en medio del cual pusieron costosas piedras de formas diversas como si fueran estrellas: rubíes y esmeraldas, cada una de las cuales emitía un fulgor sumamente grato a la vista, y otras clases de piedras que resultan ser tremendamente solicitadas y envidiadas por todos por la preciosidad de su condición. A continuación del meandro fue llevado en derredor un trenzado en forma de cuerda, con un panel central en forma de rombo, sobre el que estaban esculpidas piedras de cristal y ámbar, las cuales provocaban en el ánimo de los espectadores una seducción maravillosa por la vecindad contigua de su presencia. Y, por lo que a los pies de la mesa respecta, sus capiteles imitaban los brotes de los lirios, con los pétalos doblados debajo de la mesa, mientras en su interior dejaban que los estambres aparecieran erguidos y visibles. Y su base, con la anchura de la mano, estaba hecha de la piedra preciosa que es el rubí, terminando en forma de pedestal y con una anchura de ocho dedos, sobre el que descansaba todo el fuste de los pies. Y tallaron cada uno de los pies con un modelado fino y laborioso, reproduciendo en ellos una hiedra y ramas de vides con racimos y todo tan logradamente que parecían no desmerecer lo más mínimo de la realidad, puesto que, al ser movidas por el viento a causa de su finura y su despliegue en punta, daban la impresión de realidades naturales más que de imitaciones artificiales. Y sus autores aportaron la novedad de configurar la estructura del total de la mesa en forma de tríptico, estando tan perfectamente unida la juntura de las partes contiguas que resultaba imperceptible y sus conexiones ni siquiera advertidas. Y el grosor de la mesa resultaba ser no inferior a medio codo. Pues bien, ésta es la ofrenda que fue ultimada, de acuerdo con el celo mostrado en su ejecución por el rey, tan exquisitamente gracias a la preciosidad de los materiales, al abigarramiento de su hermosura y a la imitación lograda por los artífices en su modelado, puesto que él se esforzó, si no en que ella había de ser de tamaño diferente a la mesa que ya estaba dedicada de antes a Dios, sí por

lo menos en construir una muy superior y envidiable por el arte, la impronta y brillantez de ejecución.

78. *Descripción de las vasijas (Aristeas,* 73). 10. A su vez, había dos crateras de oro, las cuales tenían un relieve laminado desde la base hasta la parte angosta, con piedras incrustadas en las estrías. Luego, encima del relieve había un meandro de un codo de alto, formado por la combinación de piedras de todas las formas imaginables, y sobre él estaba moldeado un acanalado, sobre el que se extendía hasta el borde un trenzado romboidal en forma de red. Y unos pequeños escudos formados por piedras de cuatro dedos de anchura situados en los espacios intermedios completaban esta preciosidad. Los bordes de las crateras estaban coronados por tallos y flores de lirios y por racimos de uvas llevados en derredor. Pues bien, así fue como ejecutaron las referidas crateras de oro, cada una de las cuales tenía una capacidad de dos *amphoreis* [14]. Por su parte, las crateras de plata tenían un brillo mucho más resplandeciente que los espejos, de tal manera que los rostros de las personas que se acercaban a ellas se veían reflejados con más nitidez en ellas. Pero el rey fabricó, además de las piezas citadas, treinta tazas, de las cuales las partes que eran de oro y no estaban salpicadas de piedras preciosas eran ensombrecidas por zarcillos de hiedra y por hojas de vides esculpidas primorosamente. Y esto se logró en parte por la maestría de los artífices que dominaban a las mil maravillas la técnica, pero se consiguió la más cabal perfección mucho más por el celo y pasión del rey, puesto que no sólo ofreció a los artistas recursos sin tasa y generosamente, sino que también, renunciando a ocuparse de la Administración del Estado, estaba personalmente delante de los operarios e inspeccionaba toda la ejecución de las obras. Y esta su actuación fue el motivo del interés mostrado por los artistas, quienes, fijándose en el rey y en el celo con que actuaba, se aplicaban con más empeño a su trabajo.

85. *LLegada de los ancianos judíos a Alejandría (Aristeas,* 172). 11. Estas son las ofrendas enviadas a Jerusalén por Ptolemeo. Por su parte, el Sumo Sacerdote, una vez que las hubo ofren-

[14] Cada una de estas medidas tenía unos 40 litros.

dado, honró a los hombres que las trajeron y, después de entregarles presentes para que se los llevaran al rey, los dejó regresar junto a él. Y, al llegar a Alejandría y enterarse Ptolemeo de su presencia y de que habían venido los setenta, mandó inmediatamente que se presentaran a él los ocasionales embajadores Andreas y Aristeas. Y ellos, una vez que llegaron a su presencia, no sólo le entregaron la carta que le traían del Sumo Sacerdote sino que también le manifestaron todo lo que les había encargado que le indicaran de palabra. Y, ávido de encontrarse con los ancianos llegados de Jerusalén para la traducción de las leyes, a todas las demás personas que circunstancialmente lo visitaban para resolver negocios ordenó despedirlas, actuando con ello de una manera sorprendente e insólita, ya que las personas impulsadas por motivos de esta índole llegaban a su presencia al cabo de cinco días de solicitarlo, mientras que las que lo visitaban en funciones de embajadores lo conseguían sólo al cabo de un mes. Pues bien, en aquel entonces despidió a las personas citadas y luego se dispuso a esperar a la comitiva enviada por Eleazar. Y, cuando se le presentaron los ancianos con los presentes que el Sumo Sacerdote les había entregado para que se los llevaran al rey y al mismo tiempo también con las pieles en las que llevaban escritas las leyes con letras de oro, les preguntó por las Sagradas Escrituras. Y como abrieran los envoltorios y se las mostraran, el rey, que se quedó atónito al contemplar la finura de las membranas y lo imperceptible de sus junturas (¡tan sutilmente estaban ajustadas!) y se mantuvo así durante un tiempo bastante largo, dijo que les agradecía a ellos su presencia y mucho más a quien los había enviado, pero sobre todo a Dios, a quien pertenecía realmente la autoría de las leyes. Y, como tanto los ancianos como las demás personas presentes gritaran todos a una que el rey tuviera buena suerte, impulsado por un exceso de satisfacción prorrumpió en lágrimas, ya que la gran alegría que lo embargaba produjo en él de una forma natural los signos propios de la tristeza. Y tras mandarles que entregaran los libros a los funcionarios encargados de ese menester, entonces ya saludó a aquellos hombres, justificando este su comportamiento diciendo que era justo que él pronunciara sus primeras palabras para hablar del asunto por el que los había mandado venir y que a continuación los saludara a ellos. Además prometió que declararía día renombrado aquél en que llegaron los ancianos junto a él y mandaría celebrarlo todos los años mientras él viviera, pues se dio la casualidad de

coincidir en la misma fecha la llegada de estos hombres y la victoria que obtuvo sobre Antígono en un combate naval. Y mandó que fueran invitados a compartir la mesa con él y ordenó que se les concedieran los alojamientos más hermosos cerca de la ciudadela.

94. *Ptolemeo prepara una recepción para los ancianos judíos (Aristeas,* 182). 12. Y Nicanor, que era el funcionario encargado de la recepción de huéspedes, tras reclamar la presencia de Doroteo, que era quien cuidaba de estos menesteres, le mandó que preparara para cada uno de ellos lo necesario para su comida. Todo ello había sido dispuesto así por el rey: en efecto, en todas y cada una de las ciudades que tenían los mismos hábitos de comida había un funcionario encargado de ello, quien preparaba todo lo que rodea el acto de la comida a los que llegaban a él de acuerdo con las costumbres de los propios forasteros, para que al disfrutar del banquete en la forma que les era habitual lo pasaran mejor y no se disgustaran al no tener nada de que extrañarse. Cosa que realmente se cumplió también con los hombres que nos ocupan, al cuidar de ellos Doroteo por el conocimiento meticuloso que del género de vida de ellos tenía. Llevado de este su conocimiento extendió en el suelo todos los ornamentos empleados en tales recepciones, y también dividió los lechos en dos secciones, según había ordenado el rey, quien había mandado que la mitad de los invitados se reclinaran a la mesa cerca de él y los restantes detrás de su propio lecho, sin escatimar honor alguno hacia aquellos hombres. Y, una vez que estuvieran reclinados en la forma dicha, el rey mandó a Doroteo que les sirviera según las costumbres que siguen siempre todos los que llegan a él procedentes de Judea. Por eso el rey prescindió de los heraldos sagrados, sacrificadores y de los otros oficiantes que efectuaban las oraciones, mientras que invitó a uno de los que habían llegado, llamado Eliseo y que era sacerdote, a que efectuara las oraciones. Y Eliseo, puesto en medio, pidió a Dios bienes para el rey y para sus súbditos. A continuación todos los presentes prorrumpieron en aplausos entre la alegría y el griterío, y, una vez que pararon, se volcaron en el banquete y disfrute de los manjares que les habían sido preparados. Y el rey, después de haber dejado transcurrir el intervalo de tiempo que le pareció suficiente, empezo a tratar temas filosóficos y, en consecuencia, interrogaba a cada uno de ellos sobre cuestiones substanciales, y, como ellos, tras el correspondiente análisis de los asuntos, le explicaran perfectamente todos, por

difíciles que fueran, sobre los que se les había propuesto que se manifestaran, contento con ello prolongó el banquete durante doce días, de suerte que quien quiera conocer los detalles de los temas tratados en el banquete puede enterarse de ello leyendo el libro de Aristeas [15] y que escribió precisamente para esto.

101. *Los ancianos judíos empiezan la traducción (Aristeas,* 21 y ss.). 13. Y no sólo los admiró el rey, sino también el propio filósofo Menedemo, quien afirmó que todas las cosas son gobernadas por la Providencia y que por esa vía era natural que fueran encontradas tanto la fuerza como la belleza del razonamiento. Tras ello dejaron de tratar de estas cuestiones. Y el rey decía que había conseguido ya los más grandes bienes con su sola presencia, pues, según aseguraba, había sido favorecido al aprender de ellos cómo debía comportarse en su función de rey. Y por ello mandó que les fuera entregado a cada uno de ellos tres talentos y puestos a su disposición los criados que los devolverían a la posada. Y, transcurridos tres días, Demetrio los tomó consigo y, tras cruzar el muelle que se alarga en una extensión del mar de siete estadios en dirección a la isla [16] y de pasar al puente, llegó al distrito del Norte, donde celebró un consejo en una casa preparada a la orilla del mar, dotada de la tranquilidad requerida para el estudio del asunto en cuestión. Así, pues, una vez que los hubo conducido allí, los invitó a que cumplieran su trabajo, dado que no había nada que se lo impidiera, puesto que tenían a su disposición todo lo que necesitaban para la traducción de la Ley. Y ellos, que hacían una traducción meticulosa poniendo en ella la mayor pasión y diligencia que cabe imaginar, estaban ininterrumpidamente dedicados a esta tarea hasta la hora nona [17] y luego pasaban a recuperar fuerzas, siéndoles suministrados en abundancia alimentos para su manutención y, además, presentándoles Doroteo todavía muchos manjares preparados para el rey, por orden de éste. De madrugada se presentaban en la corte y, tras saludar a Ptolemeo, regresaban de nuevo al mismo lugar, y, después de lavarse las manos en el mar y de purificarse, volvían a la traducción de las Leyes. Y, una vez que la Ley fue copiada y la ejecución de la traducción alcanzó su término al

[15] Cf. *Carta de Aristeas,* 187-292.
[16] De Faro.
[17] Las 15 horas, esto es, a las 3 de la tarde.

cabo de setenta y dos días, Demetrio, luego de reunir a todos los judíos en el lugar en que habían sido traducidas las propias Leyes, se las leyó en voz alta, en presencia de los propios traductores. Y la multitud expresó su reconocimiento a los ancianos que les habían hecho comprender la Ley, y alabaron también a Demetrio por la perspicacia que había tenido al descubrirles grandes bienes, y le rogaron que entregara también a sus jefes la Ley para que la leyeran, y todos, tanto el sacerdote como los más ancianos de los traductores y los capitostes de la comunidad, pidieron, en vista de que la traducción había sido ejecutada de una manera cabal y perfecta, que quedara en el estado en que se encontraba y no se modificara. Y, como todos aprobaran esa idea, se ordenó que quien observara que le había sido agregada a la Ley alguna palabra de más o que le faltaba de menos volviera a corregirla, examinando el punto en cuestión y aclarándolo. Esta disposición que tomaron fue sensata, para que el texto que una vez había sido considerado reunir perfectas condiciones permaneciera inmutable para siempre.

110. *Ptolemeo se entera de por qué la Ley no había sido traducida antes al griego (Aristeas,* 312). 14. El rey, así pues, se alegró también de esta decisión, al comprobar que su proyecto había culminado en algo útil, y, al serle leídas las Leyes, se quedó vivamente impresionado tanto de la perspicacia como de la sabiduría del legislador. Y procedió a preguntar a Demetrio cómo era que, tratándose de una legislación tan admirable, no la había tenido en cuenta nadie, ni historiador ni poeta. Y Demetrio le contestó diciendo que no se había atrevido nadie a emprender la traducción de estas Leyes por tratarse de una tarea divina y venerable y que habían sido castigados ya por Dios algunos que habían puesto manos a ello, indicando que Teopompo[18], por su interés en referir en su *Historia* algo relativo a ellas, había tenido trastornado el sentido más de treinta días y que durante los intervalos de lucidez había pedido perdón a Dios, convencido de que Él había sido el causante de su desvarío. Pero no fue eso todo, sino que tuvo una visión entre sueños que le dijo que ese trastorno le había sobrevenido por entrometerse en cuestiones divinas y por empeñarse en hacerlas públicas al

[18] Teopompo de Quío nació en torno al 370 a. C. En el año 334 a. C. fue desterrado junto con su padre Damasístrato y apoyado por Alejandro. A la muerte de éste huyó a Egipto.

común de las gentes. Y, al abstenerse de su proyecto, recuperó el sentido. Y le manifestaba que de Teodectes [19], el autor de tragedias, se refería también que por su interés en mencionar en cierta obra algunas cosas escritas en la Sagrada Escritura había sido afectado de un glaucoma en la vista y que, al comprender el motivo, se había librado de su afección habiendo pedido perdón a Dios.

114. *Ptolemeo honra a los ancianos judíos (Aristeas,* 317). 15. Y el rey, al recibir de Demetrio esta información en la manera dicha y rendirse a tal maravilla, ordenó prestar suma atención a los Libros para que permanecieran puros, al tiempo que exhortó a los traductores a que vinieran de Judea muy a menudo a visitarlo, puesto que, según les dijo, ello redundaría en bien de ellos no sólo por el aprecio en que él los tenía sino también por los beneficios que obtendrían con sus regalos, y es que, según les decía, en el momento presente debía despedirlos [20], pero que si lo visitaban por su cuenta obtendrían todos los bienes que su sabiduría merecía obtener y su magnanimidad era capaz de ofrecer. En aquel momento, pues, los despidió, tras entregar a cada uno de ellos tres magníficas prendas de vestir, dos talentos de oro, una pequeña copa que valía un talento y el manto sobre el que se habían recostado en el banquete. Esto fue lo que les dio en propiedad para ellos. Y al Sumo Sacerdote Eleazar a través de ellos le envió diez lechos de patas de plata con los consiguientes enseres y una pequeña copa que valía treinta talentos, y además de ello también diez prendas de vestir, un vestido de púrpura, una corona extraordinaria y cien piezas de tela fina, y todavía más, tazas, fuentes, vasijas para las libaciones, y dos crateras, todo esto para ser dedicado a Dios. Y le rogó también en la carta que si algunos de aquellos hombres querían venir a visitarlo les diera permiso para ello, por que estimaba en mucho el trato con los que habían logrado una honda formación y para él constituía un placer invertir su riqueza en tales personas. Tales fueron las muestras de respeto y aprecio que Ptolemeo Filadelfo concedió a los judíos.

---

[19] Teodectes, que vivió entre 375-334 a. C., había nacido en Fáselis de Licia, pero estudió en Atenas, siendo discípulo de Platón, Isócrates y Aristóteles, y adquirió fama de orador (cf. Cicerón, *Orat.* 5, 1). Fue también poeta trágico.

[20] Cf. cap. 56.

119. *Seleúco Nicátor y los judíos, y Vespasiano y Tito (Guerra judía,* 7, 110 y ss.). 3. 1. Pero los judíos obtuvieron también honores de los reyes de Asia, después de haber tomado parte a su lado en las expediciones militares. Así, por ejemplo, Seleúco Nicátor [21] los honró con la ciudadanía en las ciudades que fundó en Asia, en la Siria inferior y en la propia capital de Antioquía y los declaró poseedores de iguales derechos que los macedonios y griegos residentes en ellas, hasta el punto de que el referido derecho de ciudadanía pervive incluso actualmente. He aquí la prueba: este rey ordenó que los judíos que no quisiesen utilizar aceite importado del extranjero [22] recibieran de los directores de los gimnasios una determinada cantidad de plata para la compra de aceite propio, que como el pueblo de los antioquenos en la actual guerra optara por revocársela, Muciano, en aquella fecha gobernador de Siria, se la preservó. Y con posterioridad a estos hechos, cuando Vespasiano y su hijo Tito se hicieron los amos del mundo, los habitantes de Alejandría y Antioquía les solicitaron que los derechos de ciudadanía ya no continuaran en posesión de los judíos, pero no consiguieron su propósito. Por este hecho se podría comprobar la benignidad y magnanimidad de los romanos, pero sobre todo de Vespasiano y Tito, puesto que, a pesar de haber sufrido muchos sinsabores en la guerra contra los judíos y estar irritados con ellos por no haberles entregado las armas y, en vez de ello, haber aguantado la guerra hasta el final, no los privaron de ninguno de los beneficios de que gozaban con la ciudadanía antes citada, ya que refrenaron a la vez tanto su cólera anterior como la invitación de los alejandrinos y antioquenos, pueblos importantísimos, con lo que no se dejaron arrastrar ni por halago a éstos ni por aborrecimiento a los que se habían enfrentado a ellos en guerra, a revocar ninguno de los prístinos beneficios que asistían a los judíos, sino que, tras afirmar que los que habían tomado las armas contra ellos y se les habían enfrentado en el campo de batalla ya habían pagado el correspondiente castigo, no consideraban justo privar de los bienes que les asistían a quienes no habían cometido delito alguno.

---

[21] Seleúco Nicátor, que vivió entre 358-280 a. C., fue hijo de Antíoco, probablemente un noble macedonio. Acompañó a Alejandro a Asia, aunque no se distinguió como general. Fue el fundador del imperio seleúcida en Siria y Asia Menor, en el año 312 a. C.

[22] Sobre la negativa de los judíos a usar aceite importado del exterior, cf. *Vida de Josefo* y *Guerra judía* 2, 591.

125. *Marco Agripa respeta también los privilegios judíos (Ant. jud.,* 16, 27 y ss.). 2. Asimismo, sabemos que también Marco Agripa[23] defendió un punto de vista igual a éste a propósito de los judíos. En efecto, como los jonios se levantaran contra ellos y pidieran a Agripa la gracia de poseer ellos solos el derecho de ciudadanía que les había concedido Antíoco[24], el nieto de Seleúco y que era designado por los griegos con el apelativo de *Dios*, y como exigieran que los judíos, si es que eran parientes de ellos, veneraran a sus dioses y se entablara un pleito para dirimir estos puntos, consiguieron los judíos el derecho a seguir sus propias costumbres, siendo su abogado en este caso Nicolás de Damasco[25], ya que Agripa declaró que él no tenía facultades para introducir novedad alguna[26]. Por otro lado, si alguien quiere conocer el detalle de los hechos, lea los libros ciento veintitrés y ciento veinticuatro de la *Historia* de Nicolás. Pues bien, de las decisiones tomadas por Agripa no cabe tal vez extrañarse, habida cuenta de que en aquel entonces nuestra nación no estaba en guerra con los romanos, pero uno podría quedarse impresionado, sin duda, de la magnanimidad de Vespasiano y Tito, dado que se comportaron mesuradamente después de las guerras y contiendas tan duras que sostuvieron contra nosotros. Pero devolveré la narración al punto en que derivé a los hechos narrados últimamente.

129. *Antíoco el Grande arrebata Palestina a los Ptolemeos.* 3. Pues bien, por lo que a los judíos respecta, durante el tiempo que Antíoco el Grande[27] reinó en Asia sucedió que tanto ellos como los habitantes de Cele-Siria sufrieron muchos y muy duros que-

---

[23] Marco Agripa, amigo y yerno del emperador Augusto, vicerregente del Este entre 16-13 a. C. Cf. *Ant. jud.* 16, 12 y ss.

[24] Reinó entre 262 y 247 a. C.

[25] Nicolás de Damasco, nacido en el seno de una familia griega sobre el año 64 a. C., se hizo el consejero e historiador de la corte de Herodes el Grande, tal vez desde el año 20 a. C., y con seguridad desde el 14 a. C. Su *Historia Universal* comprendía 144 libros, seguida por Josefo en *Ant. jud.*, libros 14-17.

[26] Pero cf. *Ant. jud.* 16, 60.

[27] Antíoco III el Grande, reinó entre 223-187 a. C. y estuvo en guerra permanente con los Ptolemeos, y también recuperó Armenia, e hizo vasallos los reinos de Partia y Bactria, aunque fue vencido por los romanos, por la Paz de Apamea (año 188 a. C.), abandonando el Mediterráneo.

brantos. En efecto, mientras él estaba en guerra con Ptolemeo Filopátor[28] y con su hijo Ptolemeo, de sobrenombre Epífanes, ocurrió que ellos soportaron graves quebrantos y tanto si vencía como si era derrotado sus sufrimientos eran los mismos, con lo que no diferían nada de una nave sacudida por la tempestad y zarandeada a un lado y a otro por el oleaje, abatidos entre los éxitos de Antíoco y el hundimiento en sentido inverso de su Estado. No obstante, cuando Antíoco venció a Ptolemeo[29] se anexionó Judea. Y, una vez muerto Filopátor, su hijo envió un cuantioso ejército y al general Escopas contra los habitantes de Cele-Siria, quien sometió no sólo a numerosas ciudades de ellos sino también a nuestro pueblo, que al ser atacado se pasó a él. Pero no mucho después Antíoco venció a Escopas, al trabar batalla con él junto a las fuentes del Jordán, en la que aniquiló a gran parte de su ejército. Y posteriormente, cuando Antíoco hubo sometido las ciudades de Cele-Siria, que Escopas había ocupado, y Samaria, los judíos se pasaron a él voluntariamente y, tras abrirle las puertas de la ciudad, ofrecieron abundancia de provisiones para todo su ejército y para los elefantes, y le ayudaron animosamente a asediar a las guarniciones dejadas por Escopas en la ciudadela de Jerusalén[30]. Consecuentemente, Antíoco, al considerar un acto de justicia corresponder al celo y entusiasmo mostrados por los judíos hacia él, escribió a sus generales y amigos, testimoniando a los judíos los bienes que de ellos había recibido y poniendo de manifiesto los regalos que en pago a ello había decidido ofrecerles. Y presentaré la carta que escribió acerca de los judíos a los generales, refiriendo previamente cómo confirma este nuestro relato Polibio de Megalópolis, quien en el libro dieciséis de su *Historia* dice así: «Por su parte, Escopas, el general de Ptolemeo, tras marchar contra las localidades del interior, sometió en el invierno al pueblo judío». Y en el mismo libro refiere que, una vez vencido Escopas por Antíoco, «Antíoco conquistó Batanea, Samaria, Abila y Gádara, y poco des-

[28] Ptolemeo IV Filopátor, vivió entre 244-205 a. C. Los ejércitos de Ptolemeo Filopátor y Antíoco el Grande se enfrentaron en Palestina en 221, 219 y 218 a. C. (cf. Polibio, 5, 45 y 70 y ss.). En el año 217 a. C. Filopátor venció a Antíoco en la batalla de Rafia. Pero su hijo Ptolemeo V Epífanes, que reinó entre 205-180 a. C., abandonó Palestina.

[29] Ptolomeo V Epífanes.

[30] Cf. cap. 252.

pués se pasaron a él también los judíos que habitaban la zona del Templo y de la ciudad de nombre Jerusalén, y, aunque tenemos muchas cosas que contar de él y especialmente de la fama de que goza el Templo, pospondremos su relato para otro momento». Esto es lo que refirió Polibio. Y nosotros devolveremos la narración a la exposición de nuestra historia, presentando previamente la carta del rey Antíoco.

138. *Carta de Antíoco III el Grande a su gobernador Ptolemeo.* «El rey Antíoco saluda a Ptolemeo. Dado que los judíos no sólo en el instante mismo en que invadimos su país mostraron su aprecio por nosotros, sino que también cuando llegamos a su ciudad nos recibieron espléndidamente, por un lado saliendo a nuestro encuentro con el Senado y por otro ofreciendo provisiones sin tasa para los soldados y para los elefantes, al tiempo que nos ayudaron también a expulsar a las guarniciones egipcias de sus reductos en la ciudadela, hemos considerado justo corresponderles también Nosotros por todo esto y, así, restaurar su ciudad, destruida por los sucesos ocasionados por las guerras y contribuir a su repoblamiento, volviendo a reunirse en ella las poblaciones desperdigadas por ahí. En este sentido hemos decidido en primer lugar, en razón a su piedad, entregarles en concepto de aportación para la compra de ganado destinado a los sacrificios así como de vino, aceite e incienso, monedas de plata en número de veinte mil y asimismo varias fanegas sagradas [31] de harina fina de acuerdo con sus normas patrias, y también mil cuatrocientos sesenta medimnos [32] de trigo y trescientos setenta y cinco medimnos de sal. Quiero que estas cosas les sean aportadas a ellos y que sea llevada a cabo la obra del Templo tanto en lo que concierne a los pórticos como a cualquier otra cosa que sea menester reconstruir. Y la madera para las vigas deberá ser traída no sólo de la propia Judea sino también de las naciones extranjeras y del Líbano sin que nadie exija pago alguno. Y lo mismo se hará con los demás materiales con que la reparación del Templo deba resultar más impresionante. Y todos los de esta nación se regirán en sus relaciones ciudadanas por las leyes de sus antepasados, y, por otro lado,

[31] Texto incierto.
[32] El *medimno* equivale a unos 50 litros.

el Senado, los sacerdotes, los escribas del Templo y los tañedores sagrados quedarán exentos de las cantidades que pagan a título personal así como de la contribución para la corona y la relativa a la sal. Y para que la ciudad sea repoblada cuanto antes, concedo tanto a sus actuales habitantes como a los que regresen a ella antes del mes de Hiperbereteo [33] la exención de toda contribución durante tres años. Y los eximimos también para el futuro del pago de la tercera parte de las contribuciones, para que de esta manera sean reparadas sus pérdidas. Y en relación con cuantos ahora son esclavos luego de haber sido llevados cautivos de esta ciudad, los declaramos libres tanto a ellos mismos como a sus vástagos, y ordenamos que les sean devueltas sus propiedades».

145. *Decreto de Antíoco III el Grande relativo al Templo y a Jerusalén.* 4. La carta, así pues, tenía este contenido. Y, a su vez, Antíoco, en su deseo de honrar también el Templo, publicó por todo su reino un decreto con el siguiente contenido: «A ningún extranjero le estará permitido penetrar dentro de la cerca del Templo, lo que está prohibido a los propios judíos salvo a aquéllos de ellos a quienes es habitual la entrada una vez purificados de acuerdo con las leyes patrias [34]. Tampoco podrá ser introducida en la ciudad de Jerusalén carne de caballo ni de mulo ni de asno, tanto salvaje como doméstico, así como de leopardos, zorras, liebres y, en suma, de todos los animales que les están prohibidos a los judíos. Tampoco estará permitido importar pieles, ni criar ninguno de los animales citados dentro de la ciudad. Y sólo estará permitido utilizar como víctimas los animales primogénitos, con los que también se debe hacer propicio a Dios. Y el que contravenga uno solo de estos mandatos deberá pagar [35] a los sacerdotes tres mil dracmas de plata».

147. *Carta de Antíoco III el Grande a su gobernador Zeuxis.* Y, cuando con ocasión de encontrarse en las satrapías de Arriba se enteró de que la situación de Frigia y Lidia se hallaban en proceso revolucionario, escribió (testimoniando con ello la piedad y la leal-

---

[33] Aproximadamente *octubre*.

[34] Cf. *Guerra judía* 5, 194 y 227.

[35] Referencia cierta, pues las inscripciones judías y griegas así lo demuestran.

tad judía) ordenando a su general y amigo íntimo Zeuxis que enviara a algunos de los nuestros de Babilonia a Frigia. Su carta decía así: «El rey Antíoco saluda a su padre[36] Zeuxis. Si te encontraras bien sería magnífico, pues también yo gozo de buena salud. Al enterarme de que los pueblos de Lidia y Frigia se encuentran en un proceso revolucionario, consideré que ello me exigía gran atención y, en consecuencia, después de analizar yo con mis leales qué medida procedía tomar, he decidido trasladar a dos mil familias judías con sus correspondientes efectos de Mesopotamia y Babilonia a las guarniciones y localidades donde su presencia es más imprescindible. Pues estoy convencido de que por su piedad hacia Dios serán ellos defensores de nuestro Estado, al tiempo que sé que su lealtad y buena disposición a cumplir el objetivo que se les ha marcado es testimoniado por mis antepasados. Quiero, pues, proceder a trasladarlos pese a la dificultad de la empresa, prometiéndoles el derecho a seguir ellos sus propias leyes. Y cuando los hayas conducido a las localidades antes citadas, darás a cada familia de ellas un lugar donde construir la casa así como un terreno donde practicar la agricultura y un viñedo, y les concederás durante diez años la exención de contribuciones por los frutos de la tierra. Y hasta que recojan los frutos de la tierra les serán entregadas también algunas fanegas de trigo para la manutención de los criados. Y a los que colaboran en la Administración les serán dadas también las suficientes provisiones, para que, al obtener nuestros favores, se entreguen con más ahínco a defender nuestros intereses. Y, por otro lado, procura cuidar también del conjunto de esa nación en la medida de tus posibilidades, con objeto de que no sea molestada por nadie». Así, pues, basten los testimonios señalados por nosotros y que dan fe del afecto que Antíoco el Grande sentía hacia los judíos.

154. *Ptolemeo Epífanes y el Sumo Sacerdote Onías.* 4. 1. Pero después de estos hechos Antíoco firmó con Ptolemeo[37] un tratado de amistad y de paz y, en este sentido, le entregó a su hija Cleopatra en matrimonio, cediéndole Cele-Siria, Samaria, Judea y Fenicia en concepto de dote. Y, al ser repartidos los tributos entre ambos

[36] Título honorífico. Cf. también *Ant. jud.* 13, 127.

[37] Ptolemeo V Epífanes, que reinó entre el 205-180 a. C., casado con Cleopatra en el año 193.

reyes [38], los nobles compraban los derechos para recaudar las contribuciones en sus propios países, y así, reuniendo la suma acordada, se la pagaban a los reyes. En esta época los samaritanos, que pasaban por un período de prosperidad, causaron reiterados daños a los judíos, asolando su territorio y secuestrando personas. Esto ocurrió en tiempos del Sumo Sacerdote Onías. En efecto, una vez muerto Eleazar alcanzó el rango de Sumo Sacerdote su tío Manasés, tras la defunción del cual le sucedió en el cargo Onías [39] que era hijo de Simón de sobrenombre *el Justo*. Simón era hermano, según dije antes, de Eleazar [40]. Este Onías era corto de inteligencia y esclavo del dinero, por lo que suscitó la cólera del rey Ptolemeo al no entregarle el tributo que debía pagar su pueblo y que sus antepasados pagaban a costa propia a los reyes, y que ascendía a la cantidad de veinte talentos de plata. Y, habiendo enviado a Jerusalén un embajador culpaba a Onías de no pagar los tributos y le amenazaba con aparcelar sus tierras si no los recibía y con enviar soldados para ocuparlas. Y a los judíos, al oír las amenazas del rey, se les abatieron los ánimos, pero a Onías nada de esto le inquietaba por su avaricia.

160. *José, hijo de Tobías, y su tío Onías.* 2. Pero un tal José, todavía joven de años, pero que por su seriedad y prudencia gozaba fama de hombre justo entre las gentes de Jerusalén, cuyo padre era Tobías y su madre la hermana del Sumo Sacerdote Onías, al darle cuenta su madre de la llegada del embajador (pues se daba la circunstancia de que él se había ausentado de Jerusalén e ido a la aldea de Ficola, de donde era originario), volvió a la ciudad y allí reprochó a Onías no preocuparse de la seguridad de los ciudadanos, y de querer, lejos de eso, hacer correr peligros a la nación judía a causa de la substracción del dinero, por el que, según le objetaba, se había hecho cargo de la presidencia del pueblo y había obtenido la dignidad de Sumo Sacerdote. Pero si estaba tan enamorado del dinero que por él era capaz de ver a su patria en grave peligro y a sus conciudadanos sufriendo cualquier quebranto, le aconsejaba que, acudiendo a presencia del rey, le pidiera o bien

[38] Parece que se refiere a Ptolemeo y a su esposa Cleopatra. Cf. cap. 178.

[39] Cf. caps. 43-44.

[40] En caps. 43-44.

que le cediera todo el dinero o bien una parte. Y como Onías le replicara diciendo que no quería ni continuar ejerciendo el mando y le asegurara, por contra, que estaba dispuesto, si ello era factible, a abandonar el cargo de Sumo Sacerdote, ni subir a presencia del rey (puesto que, según él decía, nada de todo ello le interesaba) José le preguntó si le concedía que fuera él como embajador a presencia de Ptolemeo para interceder por la nación judía. Y, como le asegurara que le daba permiso para ello, José, tras subir al Templo y convocar al pueblo a una asamblea, lo exhortaba a no inquietarse ni temer nada por el abandono en que su tío Onías los tenía, sino que les pedía que tuvieran el pensamiento tranquilo y sin concebir negros presagios, pues les prometió que iría él mismo como embajador ante el rey y que lo convencería de que ellos no habían cometido iniquidad alguna. Y la multitud, al oir esto, dio rendidas gracias a José, y él, una vez que hubo bajado del Templo, no sólo acogió como huésped al embajador de Ptolemeo sino que también, después de agasajarlo con lujosos regalos y de invitarlo a la mesa afablemente durante numerosos días, lo despidió para que volviera junto al rey, tras indicarle que le seguiría él en persona. Y es que ahora anhelaba todavía más llegar a presencia del rey, toda vez que el embajador lo había animado e incitado a que fuera a Egipto, al tiempo que le había prometido ejercer su influencia para que consiguiera de Ptolemeo todo lo que le pidiera. La razón de este su interés es que él se había enamorado en extremo de su liberalidad y de la seriedad de su carácter.

167. *José visita Alejandría.* 3. Y el embajador, al llegar a Egipto, comunicó al rey la estupidez de Onías y le dio cuenta de la ejecutoria de José, y singularmente de que se disponía a llegar a presencia de él para exculpar de toda responsabilidad al pueblo judío, puesto que, según él le decía, José se había convertido en protector de él. Y, claro, se extendía continuamente en tal cantidad de alabanzas sobre el joven que predispuso no sólo al rey sino también a su esposa Cleopatra al afecto hacia José antes de llegar éste incluso. Y José, después de enviar mensajeros a visitar a sus amigos de Samaria, tomar de ellos dinero prestado y de preparar lo concerniente al viaje como era la vestimenta, copas y bestias de carga, efectos que él se preparó por importe de unas veinte mil dracmas, se presentó en Alejandría. Y coincidió que en aquel momento subían allí todos los personajes principales y las autori-

dades de Siria y Fenicia para alzarse con la compra de los derechos de recaudación de tributos, puesto que el rey los vendía anualmente a los potentados de cada ciudad. Pues bien, éstos, al encontrarse con José en el camino, se mofaban de él por su pobreza y escasez de recursos. Pero como, al llegar a Alejandría, hubieran oído que Ptolemeo se encontraba en Menfis, partió para allá y se encontró con él. El rey estaba sentado en un carro en compañía de su esposa y de su amigo Atenión (éste era el que había ido como embajador a Jerusalén y había sido agasajado en casa de José), quien, tan pronto como lo vio, se lo presentó al rey, diciéndole que el hombre que tenía delante era aquél del que, a su regreso de Jerusalén, le había comunicado que era un joven magnífico y excelente. Y Ptolemeo se anticipó a saludarlo [41] y hasta lo invitó a subir al carro, y, una vez que estuvo sentado, empezó a censurar el comportamiento de Onías. Y José le dijo: «Perdónalo en consideración a su vejez, pues a nadie se le oculta que en los viejos y en los niños concurre la circunstancia de tener el mismo grado de inteligencia. Y nosotros los jóvenes te aportaremos absolutamente todo, de suerte que no tengas nada que inculpar». Y, contento por la donosura y simpatía del joven, empezó a encariñarse con él todavía más, dado que ahora ya había llegado a tratarlo, hasta el punto de mandarle que se alojara en palacio y de tenerlo diariamente invitado a su propia mesa. Y cuando, de vuelta el rey a Alejandría, los personajes principales de Siria vieron a José sentado a su lado, lo tomaron con disgusto.

175. 4. Y llegado el día en que debía procederse a comprar los derechos de recaudación en las diversas ciudades, trataban de comprarlos los personajes que en sus lugares de origen sobresalían en rango. Y como ellos aportaran por hacerse con los derechos de recaudación de Cele-Siria, Fenicia y Judea, incluida Samaria, la suma de ocho mil talentos [42], pasando José a tomar la palabra acusaba a los compradores de haberse confabulado para ofrecer al rey un importe pequeño por los derechos de recaudación, mientras él se comprometía a dar el doble y a transferir al patrimonio del rey las propiedades de los defraudadores. Pues también este derecho

[41] Cf. *Ant. jud.* 11, 331.

[42] Cantidad excesiva. Cf. Hdrto. 3, 91, quien da la cifra de 350 talentos por la recaudación de Fenicia, Palestina y Chipre.

era comprado conjuntamente con los derechos de recaudación de los tributos. Y el rey, que lo oyó con agrado y le aseguró que le otorgaba a él el derecho de compra de recaudación de los tributos porque incrementaba sus ingresos, le preguntó si estaba en condiciones también de darle garantes, a lo que respondió con donosura, diciéndole: «Sí, te daré como garantes a unas personas que son la flor y nata, de quienes no desconfiarás». Y, al decirle el rey que le indicara de quiénes se trataba, le contestó: «Te doy como garantes a ti mismo, oh rey, y a tu propia esposa, a uno por cada una de las dos regiones». Y Ptolemeo, echándose a reir, le concedió sin necesidad de garantes que se quedara con los derechos de recaudación de los tributos. Esta concesión molestó sobremanera a los que habían acudido a Egipto desde las diversas ciudades, por entender que habían sufrido menoscabo en su honor. Y ellos regresaron a sus respectivos lugares de origen llenos de vergüenza.

180. *José recurre a la fuerza en la recaudación de los impuestos.* 5. Y José, tras recibir del rey dos mil soldados de infantería (pues había pedido recibir cierta ayuda para tener con que obligar a los que en las diversas ciudades despreciaran sus exigencias) y tras haber tomado prestados en Alejandría de los amigos del rey quinientos talentos, salió para Siria. Y al llegar a Ascalón y exigir a los ascalonitas el pago de los tributos, como se negaran a pagarlos, lo que no es todo, sino que llegaron hasta insultarlo, luego de detener a los principales de ellos, en número aproximado a veinte, los ejecutó y sus propiedades, que sumaban unos mil talentos, las envió al rey dándole cuenta también de lo sucedido. Y Ptolemeo, admirándolo por su coraje y aprobando su comportamiento, le dio permiso para hacer lo que quisiera. Los sirios, al oir esto, se asustaron y, teniendo como ejemplo terrible de lo que les esperaba si le desobedecían el aniquilamiento de los hombres de Ascalón, abriéndole las puertas de las ciudades recibían prestamente a José y le pagaban los tributos. Pero como también los habitantes de Escitópolis intentaran ofender su dignidad y no pagarle los tributos que venían pagando sin formular discrepancia alguna, mató también a los principales de ellos y remitió el importe de sus propiedades al rey. Y, al reunir grandes sumas de dinero y conseguir grandes ganancias con la compra de los derechos de recaudación de los tributos, se sirvió en profusión de los bienes acumulados con vistas a conservar la fuerza de que en aquel

momento disfrutaba, considerando inteligente preservar intactos para él la base y fundamento de su actual prosperidad gracias a las mismas personas por cuya influencia la había conseguido. En este sentido, enviaba numerosos regalos bajo cuerda al rey y a Cleopatra y también a sus amigos y a todos los que gozaban de influencia en la corte, comprando con ellos el afecto de estas personas.

186. *Cómo José engendró a su hijo Hircano.* 6. Disfrutó de esta prosperidad durante veintidós años, habiendo tenido de una sola mujer siete hijos y habiendo engendrado de la hija de su hermano Solimio a uno solo, de nombre Hircano. Con ésta se casó por el motivo siguiente. Al coincidir una vez en Alejandría con su hermano, quien había llevado allí también a su hija, madura ya para el matrimonio, para casarla con un judío de alta alcurnia, ocurrió que, mientras participaba en un banquete al lado del rey, entró en el salón donde se celebraba el banquete una bailarina de sobresaliente hermosura de la que José se enamoró, cosa que comunicó a su hermano, animándolo, dado que a los judíos les está prohibido por ley tener relaciones íntimas con una mujer extranjera, a que mantuviera en secreto su pecado y a que, convirtiéndose en un eficaz auxiliar, consiguiera que él pudiera satisfacer sus apetitos. Y el hermano, que aceptó gustoso prestarle ayuda, luego de ataviar a su propia hija la llevó y la acostó con él. Quien, desconociendo por estar embriagado la verdad de los hechos, copuló con la hija de su hermano, y como esto se hubiera producido numerosas veces se enamoró perdidamente de ella. Y entonces aseguró a su hermano que su vida corría peligro al estar enamorado de una bailarina, cosa que quizás el rey le prohibiría. Y como su hermano le rogara que no se angustiara lo más mínimo y le dijera que disfrutara con tranquilidad de la mujer de la que estaba enamorado y que la tomara como esposa, aparte de aclararle la verdad de los hechos, esto es, que había preferido mucho más deshonrar a su propia hija que consentir verlo a él caído en deshonor, José, que lo alabó por su afecto personal y fraternal, se casó con su hija y engendró con ella a un hijo, Hircano, según indicamos antes[43]. Y este hijo, cuando era todavía un muchacho de trece años de edad, mostraba ya capacidad corporal e inteligencia, por lo que sus hermanos sentían

[43] En cap. 186.

tremendos celos de él por ser muy superior a ellos y de envidiables cualidades. Y como José quisiera conocer quién de sus hijos poseía buenas cualidades innatas para en su día sobresalir y, en consecuencia, enviara a uno tras otro a recibir las enseñanzas de los maestros que en aquel entonces tenían fama de doctos, los restantes regresaron a su casa necios y torpes por su desidia y flojedad en el gusto por el trabajo. Y a continuación dio a Hircano, que era el más joven, trescientas yuntas de bueyes y lo envió a una distancia de dos días de camino a un lugar solitario a sembrar una tierra, tras guardarle previamente las cornales. Y él, al llegar al lugar en cuestión y encontrarse con que no tenía las cornales, hizo caso omiso de la sugerencia de los gayanes, que le aconsejaban que enviara a algunos de ellos junto a su padre para traerlas, sino que, considerando que no debía perder la sazón esperando la vuelta de los emisarios, ideó una estratagema y una solución al problema superiores a lo que cabía esperar de su edad. En efecto, tras sacrificar diez yuntas repartió la carne entre los operarios y, después de arrancarles las pieles y hacer cornales, unció con ellas las yuntas restantes al yugo, y, habiendo sembrado de esta manera la tierra que su padre le había mandado, volvió junto a él. Y, cuando llegó, su padre se encariñó sobremanera con él por la idea que había tenido, y, alabando su aguda inteligencia y la consiguiente ocurrencia, lo amaba aún más, por considerar que sólo él era genuino, con lo que sus hermanos se sentían molestos.

196. *Hircano parte para Alejandría para celebrar el nacimiento del hijo de Ptolemeo.* 7. Y como a José se le hubiera anunciado por estas fechas que al rey Ptolemeo le había nacido un hijo, y todos los principales de Siria y del territorio habitado por sus súbditos partieran para Alejandría con gran aparato a celebrar una fiesta por el natalicio del niño, el referido José se vio impedido de hacerlo personalmente él a causa de su vejez pero sondeó a sus hijos a ver si alguno de ellos quería marchar a visitar al rey. Y, al excusarse de ello los mayores y asegurarle que eran de condición demasiado ruda para contactos tan finos, al tiempo que le aconsejaban que enviara a su hermano Hircano, propuesta que oyó con agrado, llamó a Hircano y le preguntó si podía ponerse en camino para visitar al rey y si estaba dispuesto a ello. Y, como le hubiera prometido que iría y le hubiera asegurado que necesitaba para el viaje algún dinero pero no mucho (pues, según dijo, viviría tan

modestamente que le bastarían diez mil dracmas), el padre se complació con la sensatez del muchacho. Y el muchacho, tras un breve intervalo de tiempo, aconsejó a su padre que no enviara al rey regalos de allí[44], y que, por el contrario, le diera una carta para su administrador que residía en Alejandría con el encargo de que aquél le entregara a él dinero para la compra de los presentes más hermosos y preciosos que encontrara. Entonces el padre, creyendo que diez talentos serían el coste que gastaría en los presentes para el rey y alabando a su hijo por su acertada sugerencia, escribió una carta en ese sentido a su administrador Arión, quien gestionaba todo el dinero que él tenía depositado en Alejandría, y que no bajaba de tres mil talentos. Y es que José enviaba el dinero que obtenía en Siria a Alejandría y, al acercarse la fecha señalada para proceder a restar de esta suma la cantidad necesaria para el pago de los tributos al rey, escribió a Arión una carta para instarlo a cumplir con esa obligación. En resumen, como Hircano hubiera pedido a su padre una carta para este hombre salió para Alejandría después que tuvo ésta en su poder. Y, una vez que él hubo partido, sus hermanos en carta que escribieron a todos los amigos del rey los instaban a que acabaran con él.

203. *Hircano castiga al administrador de su padre en Alejandría.* 8. Y como, al llegar a Alejandría, hubiera entregado la carta a Arión y éste le hubiera preguntado cuántos talentos quería recibir (pues esperaba que él le pediría diez o poco más que ésos), al decirle que necesitaba mil Arión montó en cólera y le reprochó que hubiera decidido vivir disolutamente, y le indicaba cómo su padre había amasado el capital a base de esfuerzo y refrenando sus apetitos sensuales, al tiempo que le pedía que imitara a su progenitor. Y, al fin, le dijo que no le daría más de diez talentos, y éstos para el pago de los regalos del rey. Pero el muchacho, exacerbado, metió a Arión en prisión. Sin embargo, como la mujer de Arión diera cuenta de ello a Cleopatra y le pidiera que riñera al muchacho (porque Arión era sumamente apreciado por ella), Cleopatra puso el hecho en conocimiento del rey. Entonces Ptolemeo por medio de un emisario que envió a presencia de Hircano le hizo saber que se extrañaba cómo era que, después de haber sido envia-

[44] De Judea.

do por su padre para que lo visitara a él, no se presentaba y además hubiera encarcelado al administrador. Por ello le ordenó que, acudiendo a su presencia, le explicara el motivo de su proceder. Y se cuenta que él respondió al emisario del rey que le dijera que había una ley en su pueblo que prohibía al que celebraba el día de un natalicio gustar las víctimas del sacrificio hasta haber entrado en el Templo y ofrecido un sacrificio a Dios, y que a cuenta de esto no se había presentado a él, mientras esperaba llevar los regalos a quien había sido bienhechor de su padre. Y, por lo que al esclavo respecta, le hizo saber que lo había castigado por haber desobedecido sus órdenes, ya que, según él, no había diferencia alguna entre ser un amo por un pequeño importe a serlo por mucho. Y terminó con las siguientes palabras textuales: «Y es que si no castigamos a los que se comportan así, también tú debes hacerte a la idea de que sufrirás la desconsideración de tus súbditos». Ptolemeo, al oír esta respuesta, se echó a reír y admiró la altura de miras del muchacho.

208. *Hircano sufre las burlas de sus rivales.* 9. Al enterarse Arión de que el rey había reflejado estos sentimientos y de que él no contaba con ninguna ayuda, dio los mil talentos al muchacho y con ello fue liberado de la prisión. También Hircano, tras dejar pasar tres días, fue a saludar a los reyes, quienes vieron su presentación con agrado y lo agasajaron cariñosamente en consideración a su padre. Posteriormente Hircano, visitando a escondidas a los mercaderes, les compró cien muchachos conocedores de las letras y en plenitud física, por el precio de un talento cada uno, y cien muchachas por igual precio cada una. Y, al ser invitado a un banquete en palacio con los principales del país, se vio obligado a reclinarse a la mesa el último de todos, siendo tratado con desconsideración por ser todavía un muchacho de pocos años por los encargados de asignar los puestos de acuerdo con la categoría de cada cual. Y como todos los sentados a la mesa amontonaran los huesos de sus raciones, después de extraer la carne, delante de Hircano, hasta el punto de llenar la mesa anexa a él, Trifón, que era el bufón del rey y había sido designado para provocar bromas y risas a la hora de beber, se colocó al lado del rey a instancias de los sentados a la mesa y le dijo: «¿Ves, oh soberano, los huesos amontonados junto a Hircano? De ello debes deducir que también su padre ha desnudado a Siria entera como éste ha limpiado estos

huesos de la carne». Y como el rey se riera con lo que había dicho Trifón y preguntara a Hircano cómo era que había amontonados tantos huesos delante de él, éste le contestó: «Ello es natural, oh soberano, pues los perros engullen los huesos con la carne, justo como éstos» (y lo decía mientras miraba a los sentados a la mesa, ya que delante de ellos no había depositado ninguno) «mientras que las personas comen la carne y tiran los huesos, cosa que también he hecho yo ahora por mi condición de persona». Y el rey, admirado de la respuesta tan sabia que él dio, ordenó a todos aplaudir, felicitándolo por su ingenio. Y al día siguiente Hircano, tras visitar a todos y cada uno de los amigos del rey y de los influyentes en la corte, los saludó, pero aprovechó para preguntar a sus criados qué regalo iban a dar sus amos al rey en la fiesta por el natalicio de su hijo. Y, al decirle ellos que unos iban a regalarle diez talentos por persona y que otros le darían regalos de un valor proporcional a la magnitud del capital de cada uno, fingió entristecerse por no poder ofrecer regalos tan valiosos, puesto que, según decía, no contaba con más de cinco talentos. Y los criados aquellos, al oir esto, se lo comunicaron a sus amos. Y, contentos ellos con la idea de que José sufriría menoscabo en su reputación y chocaría con el rey por lo menguado de su regalo, cuando en el día en cuestión los demás ofrecieron al rey no más de veinte talentos, y eso los que creían ofrecerle grandes y magníficos regalos, Hircano en cambio trajo y entregó, para que se los llevaran a los reyes, los cien muchachos y otras tantas muchachas que había comprado a razón de un talento por cada uno, aquéllos para el rey y éstas para la reina. Y cuando todos admiraban, incluidos los propios reyes, la sorprendente preciosidad de sus regalos, entregó todavía regalos por valor de numerosos talentos a los amigos y a los que cuidaban de la persona del rey, con lo que escapó al peligro que ellos suponían para él, habida cuenta de que ésos eran a quienes habían escrito sus hermanos para que acabaran con la vida de Hircano. Y Ptolemeo, ensalzando la magnanimidad del joven, le concedió el don de recibir el regalo que quisiera. Pero Hircano le dijo que no quería recibir del rey ningún otro bien más que se dignara darle una carta suya para su padre y hermanos en que hablara de él. Así, pues, el rey, tras tratarlo con todo aprecio, entregarle regalos espléndidos y darle una carta para su padre, hermanos y todos sus gobernadores y administradores, lo despidió. Y sus hermanos, al llegar a sus oídos noticia de que Hircano había obtenido del rey

esos dones y que regresaba con grandes honores, salieron a su encuentro con intención de matarlo, con conocimiento de su mismo padre, puesto que, al estar irritado con él por el dinero gastado en los regalos, no le importaba su integridad física. Aunque, claro está, José ocultaba la cólera que sentía hacía su hijo, por miedo al rey. Y, cuando se enzarzaron en lucha con él, Hircano mató a otros muchos de la banda y a dos de sus hermanos, mientras que los restantes consiguieron salvar la vida en Jerusalén al amparo de su padre. Pero como al llegar él a la ciudad no lo recibía nadie cogió miedo y por ello se retiró a las tierras del otro lado del río Jordán, donde moró exigiendo tributo a los bárbaros [45].

223. *Muerte del recaudador José.* 10. En este momento reinaba en Asia Seleúco, de apelativo Soter [46], que era hijo de Antíoco el Grande. Por estas fechas murió también el padre de Hircano, José, quien había sido un varón excelente, de nobles sentimientos y que había llevado al pueblo judío de una posición anterior de mendicidad y pobreza a una situación en que disponía de unos recursos económicos sumamente espléndidos, después de haber ocupado los derechos de recaudación de los tributos de Siria, Fenicia y Samaria durante veintidós años [47]. Y murió también su tío Onías [48], dejando la dignidad de Sumo Sacerdote a su hijo Simón. Y, una vez muerto también éste, le sucedió en el cargo su hijo Onías, a quien Ario [49], el rey de los lacedemonios, envió una embajada y una carta [50] cuya copia hela aquí: «Ario, rey de los lacedemonios, saluda a Onías. Al hojear Nosotros cierto escrito descubrimos que los judíos y los lacedemonios proceden de la misma estirpe y están emparentados con Abram [51]. Es justo, pues,

---

[45] Cf. cap. 229.

[46] Esto es, el Salvador. Pero la verdad es que el conocido por el apelativo de *Soter* fue Seleúco III, hijo de Seleúco II, y, por consiguiente, hermano de Antíoco III el Grande. Seleúco III Soter reinó sólo entre 226-223. En cambio, su sobrino Seleúco IV Filopátor reinó entre 187-175 a. C.

[47] Cf. cap. 175.

[48] Cf. cap. 160.

[49] Hubo dos reyes espartanos con este nombre: Ario I, 309-265 a. C., y Ario II, muerto en 255 a. C. Josefo comete un error, pues debía haber situado esta carta en el año 300 en tiempos de Onías I. Cf. *Ant. jud.* 11, 347.

[50] Cf. *Ant. jud.* 13, 167, y *1 Macabeos* 12, 20 y ss.

[51] Cf. *1Macabeos* y *Ant. jud.* 14, 255.

que vosotros, dado que sois nuestros hermanos, enviéis mensajeros a visitarnos a Nosotros para tratar los asuntos que queráis. También Nosotros haremos lo mismo, y consideraremos propias vuestras cosas y las nuestras las compartiremos con vosotros. Demóteles [52], funcionario de correos, es el que lleva esta carta. El texto escrito es cuadrangular. El sello representa un águila aferrada a una serpiente».

228. *Hircano se retira a su fortaleza en Transjordania.* 11. Pues bien, la carta enviada por el rey de los lacedemonios tenía el contenido indicado. Y, muerto José, ocurrió que el pueblo judío formó dos bandos enfrentados entre sí a causa de los hijos de José. Y es que, al declarar los mayores la guerra a Hircano, que era el más joven de los hijos de José, el pueblo se dividió en dos bandos. Los más combatían en el bando de los mayores, y singularmente el Sumo Sacerdote Simón a causa de la relación de parentesco. Hircano, por su parte, decidió no volver a Jerusalén, sino que, asentándose en los territorios del otro lado del Jordán, combatía continuamente a los árabes, hasta el punto de matar y hacer prisioneros a muchos de ellos. Y edificó una fortaleza sólida, construyéndola toda hasta el propio tejado de mármol blanco, esculpiendo en él figuras de animales de un tamaño enorme, y la rodeó de un foso enorme y profundo. Y, tras cortar el saliente de la roca situada enfrente de la montaña, preparó allí guaridas con una longitud de muchos estadios. A continuación construyó en ella habitaciones, unas como comedores y otras como dormitorios y salas de estar, e introdujo numerosas corrientes de agua, que constituían no sólo un placer sino también un ornato para la corte. Ahora bien, las bocas de las guaridas las abrió bastante estrechas, con objeto de que por ellas pudiera meterse una sola persona y no más. Estas las construyó así intencionadamente por seguridad, para no correr peligro de ser apresado por sus hermanos si era sitiado por ellos. Y, además de esto, levantó también cercados de sobresalientes dimensiones, que embelleció incluso con parques grandísimos. Y el lugar que él conformó de esta manera le puso por nombre Tiro. Este lugar se encuentra entremedias de Arabia y Judea, al otro lado del Jordán, no lejos de Esebonitis. Y mandó en aquellos distritos a

[52] Reinach sugiere que este nombre viene de Jenofonte, *Hel.* 7, 1, 32, donde el heraldo recibe este nombre.

lo largo de siete años, durante todo el tiempo que Seleúco reinó en Siria. Después de la muerte de éste ocupó el trono su hermano Antíoco de sobrenombre Epífanes [53]. Y murió también Ptolemeo, el rey de Egipto, también él llamado Epífanes [54] dejando dos hijos todavía de corta edad, el mayor de los cuales se llamaba Filométor[55] y el más joven Fiscón [56]. Por su parte, Hircano, al comprobar que Antíoco disponía de poderosas fuerzas y temer que, apresado por él, fuera castigado por su comportamiento con los árabes, puso fin a su vida con sus propias manos. Y todo su patrimonio pasó a Antíoco.

237. *Disputa entre los Sumos Sacerdotes en tiempos de Antíoco IV Epífanes.* 5.1. Y habiendo muerto por la misma época también el Sumo Sacerdote Onías [57] Antíoco otorgó la dignidad de Sumo Sacerdote al hermano de Onías, habida cuenta de que el hijo que Onías había dejado al morir era todavía un bebé. De todas formas, en su momento [58] trataremos en detalle de la figura de este muchacho. Pero Jesús (pues éste era el referido hermano de Onías) fue desposeído de la dignidad de Sumo Sacerdote al haberse irritado con él el rey y otorgársela a su hermano más pequeño, de nombre Simón. Y es que los hijos de Simón fueron tres [59] y todos ellos alcanzaron la dignidad de Sumo Sacerdote, según acabamos de indicar. Y resulta que Jesús adoptó el nombre de Jasón, mientras que Onías se llamó Menelao. Pues bien, al contender Jesús, el anterior Sumo Sacerdote, con Menelao, que fue el establecido en este cargo después de él, y tomar partido el pueblo unos por uno y otros por el otro, los hijos de Tobías se adhirieron al grupo de Menelao, mientras que la mayoría del pueblo se puso de parte de Jasón. Y como Menelao y los hijos de Tobías fueran maltratados por Jasón fueron a visitar a Antíoco, haciéndole saber que querían, tras abandonar las leyes de su pueblo y el tipo de vida regulado por

---

[53] Antíoco IV Epífanes reinó entre 175-163 a. C.

[54] Ptolemeo V Epífanes reinó entre 205-180 a. C.

[55] Ptolomeo VI Filométor reinó entre 181-145 a. C.

[56] Su nombre oficial era Evergetes. Éste, Ptolomeo VIII Evergetes, reinó entre 144-116 a. C.

[57] Onías, hijo de Simón. Cf. cap. 224-225.

[58] En cap. 387 y ss., y *Ant. jud.* 13, 62 y ss.

[59] Onías, Jesús-Jasón y Onías-Menelao.

ellas, seguir las leyes de su reino y adoptar el tipo de vida griego [60]. Consecuentemente, le rogaron que les permitiera edificar un gimnasio en Jerusalén, cosa que les concedió. Y ellos ocultaron la circuncisión de sus partes pudendas, para ser griegos también en la desnudez, y, renunciando a todas sus otras costumbres patrias, imitaban el comportamiento de las poblaciones extranjeras.

242. *Los romanos frustran las pretensiones de Antíoco sobre Egipto (1 Macabeos,* 1, 16). 2. Antíoco, por su parte, al marchar las cosas de su reino a la perfección, decidió emprender una expedición militar contra Egipto, por concebir pasión por este país y por despreciar a los hijos de Ptolemeo, que se encontraban todavía en una situación de debilidad y no podían aún llevar una Administración tan complicada. Habiendo llegado, así pues, con numerosas fuerzas a Pelusio y cercado a Ptolemeo Filométor a traición, tomó Egipto, y, habiendo llegado a la región de Menfis y ocupado esta ciudad, marchó contra Alejandría, con la intención de conquistarla por asedio y coger en sus manos al que reinaba allí y que no era otro más que Ptolemeo. Pero fue expulsado no sólo de Alejandría sino también de todo Egipto, al advertirle los romanos que abandonara este país [61], como ya hemos indicado anteriormente en algunos otros lugares [62]. Pero explicaré en detalle la historia de este rey, cómo conquistó Judea y el Templo, puesto que, al aludir a estos hechos de una manera sumaria en mi primera obra, he considerado necesario volver ahora a una explicación meticulosa de ellos.

246. *Antíoco IV Epífanes castiga a la oposición judía de Jerusalén.* 3. En efecto, el rey Antíoco, tras regresar de Egipto por miedo a los romanos, emprendió una expedición militar contra la ciudad de Jerusalén, y, plantándose en ella en el año ciento cuarenta y tres de la fundación de la monarquía seleúcida [63], tomó sin lucha la ciudad, al abrirle las puertas los que eran partidarios

---

[60] Desde este punto hasta *Ant. jud.* 13, 214 sigue Josefo el texto de *1 Macabeos* (i. 14-XIII. 42).

[61] Ultimátum que tuvo lugar en el año 168 a. C. Cf. Polibio, 29, 27.

[62] En *Guerra judía* 1, 31.

[63] La monarquía seleúcida empezó a reinar en el año 312 a. C., por lo que el año *ciento cuarenta y tres* indicado aquí por Josefo corresponde al 169 a. C.

suyos[64]. Y, al hacerse por este procedimiento el amo de Jerusalén, mató a muchos del bando contrario, y, después de expoliar grandes sumas de dinero, regresó a Antioquía.

248. *Antíoco IV Epífanes profana y saquea el Templo (1 Mac.* 1, 29, 54). 4. Pero dos años después, concretamente en el año ciento cuarenta y cinco de la dinastía seleúcida[65] y en el día veinticinco del mes que es designado entre nosotros con el nombre de Casleu y entre los macedonios Apeleo[66], correspondiente a la Olimpiada ciento cincuenta y tres[67], ocurrió el siguiente suceso[68]: el rey subió a Jerusalén y, fingiendo que venía en son de paz, se apoderó de la ciudad traidoramente. Pero en esta ocasión no respetó siquiera la vida de los que le abrieron las puertas, y ello a causa de las riquezas del Templo, sino que, llevado de la avaricia (pues observaba en el Templo oro en abundancia, aparte del ornato preciosísimo representado por las ofrendas) y con el fin de arramblar con todo esto, fue capaz de violar el acuerdo convenido entre aquéllos y él. Consecuentemente, al dejar vacío el Templo, hasta el punto de llevarse incluso los objetos para el culto divino como candelabros de oro, un altar de oro, la mesa y los incensarios, no absteniéndose siquiera de arramblar con las cortinas fabricadas de lino fino y grana, y habiendo dejado vacíos incluso los tesoros secretos y no habiendo dejado nada en absoluto, causó a los judíos una gran pena por esto. Y es que les prohibió incluso ofrecer los sacrificios que ofrecían diariamente a Dios siguiendo lo preceptuado, y, tras saquear la ciudad entera, mató a una parte de sus habitantes y a los otros los tomó cautivos junto con esposas e hijos, en tal cantidad que el total de los cautivos ascendió a unos diez mil. Y prendió fuego a los edificios más hermosos de la ciudad y, tras derribar las murallas, levantó la ciudadela de la parte baja de la ciudad. La cual, en efecto, alcanzó gran altura y dominaba el Templo. Y por esta razón, después de fortificarla con elevadas murallas y torres, estableció en ella una

---

[64] Cf. cap. 240-241.

[65] Esto es, el año 167 a. C.

[66] Diciembre.

[67] Recuérdese que la primera Olimpiada se sitúa en el año 776 a. C., abarcando a partir de ahí cada Olimpiada *cuatro* años.

[68] Josefo, al precisar la cronología del hecho, la enfatiza, con lo que sigue igual proceder que Tucídides 2, 2.

guarnición macedonia. Pero no por ello dejó de permanecer en esta ciudadela el elemento popular de condición impía y perversa, que causó a las gentes de la ciudad muchos y graves quebrantos. Y el citado rey, después de levantar incluso sobre el altar originario otro altar nuevo, sacrificó en él cerdos, celebrando así un sacrificio no legal ni tradicional en el culto de los judíos.

253. *Los sirios persiguen a los judíos devotos (1 Mac.* 1, 44). Y los obligó a que, abdicando de la veneración a su Dios, rindieran culto a los de él y ordenó que, construyendo en todas y cada una de las ciudades y aldeas recintos sagrados de los dioses y levantando altares, sacrificaran en ellos cerdos [69] diariamente. Y les mandó también que no circuncidaran a sus niños amenazando con castigarlos si se descubría a alguno actuando en contra de este mandato. E instituyó también una policía con la misión de obligarlos a cumplir lo mandado. Y fueron muchos los judíos que, unos voluntariamente y otros por miedo al castigo prometido, aceptaron lo que el rey había dispuesto, pero los más sesudos [70] y bravos de espíritu no le hicieron caso, sino que prestaron más atención a las costumbres patrias que al castigo con que les había amenazado si no obedecían, y por ello morían día tras día maltratados y sufriendo males y crueles torturas. En efecto, no sólo azotados sino también con los cuerpos mutilados eran crucificados cuando todavía estaban con vida y respiraban, y, a su vez, a las mujeres y a los niños de ellos que habían circuncidado en contra de la determinación del rey, los estrangulaban, colgándolos del cuello de los padres crucificados. Y, si se descubría en algún sitio un libro sagrado o la Ley, se los hacía desaparecer, y las personas en cuya casa se hubiera descubierto perecían desgraciadamente.

257. *Los samaritanos apelan a Antíoco IV Epífanes.* 5. Y los samaritanos, al ver que los judíos sufrían estas calamidades, ya no estaban de acuerdo en confesar que ellos eran parientes de los otros, ni que el templo del monte Garizin pertenecía a su Divina Majestad, actuando conforme a su carácter y al que nos hemos referido [71], y diciendo de sí que eran una colonia de medos y per-

[69] Cf. *Guerra judía* 1, 34.
[70] Cf. *Guerra judía* 1, 35.
[71] Cf. *Ant. jud.* 9, 291.

sas. Y la verdad es que son una colonia de estos pueblos. Así, pues, enviando a presencia de Antíoco embajadores y una carta le manifestaban lo que el texto adjunto indica: «Memorial enviado por los sidonios de Sicima [72] al rey Antíoco, manifestación de Dios. Nuestros antepasados, al seguir por causa de ciertas sequías que afligían a nuestro país determinada superstición antigua, adoptaron la costumbre de declarar festivo el día llamado por los judíos *sábado*, y, habiendo levantado en el monte llamado Garizín un templo sin dedicatoria, ofrecían en él los pertinentes sacrificios. Y, al tratar tú a los judíos con la consideración que se merece su perversidad, los personajes encargados de la Administración de tu reino nos implican en las mismas responsabilidades que a los judíos, en la creencia de que, en conformidad con la comunión de origen, nosotros obramos igual que ellos, cuando somos nosotros de raigambre sidonia, hecho que resulta claro a juzgar por los documentos oficiales. Así, pues, te pedimos a ti, como nuestro bienhechor y salvador, que ordenes a Apolonio, el gobernador de este distrito, y a Nicanor, el administrador de tu reino, que dejen de molestarnos de una vez por todas implicándonos en las responsabilidades de los judíos, dado que nosotros somos de condición distinta a la de ellos tanto por nuestro origen como por nuestras costumbres, y, por otro lado, que el referido templo que carece de advocación sea asignado a *Zeus griego*. Pues si se hace así dejaremos de ser molestados, con lo que, al aplicarnos tranquilos a nuestras labores, te procuraremos ingresos mayores». Esta fue la petición que los samaritanos le formularon, a lo que el rey respondió con el siguiente escrito: «El rey Antíoco a Nicanor. Los sidonios de Sicima nos transmitieron el memorial adjunto. Así, pues, dado que los emisarios enviados por ellos nos aseguraron, cuando deliberábamos en compañía de nuestros amigos, que ellos no tienen nada que ver con las imputaciones que recaen sobre los judíos, sino que optan por vivir acomodándose a las costumbres griegas, los eximimos de toda responsabilidad y el templo que se yergue en su pueblo deberá ser puesto, justo como ellos solicitan, bajo la advocación de *Zeus griego*». Este escrito lo remitió también a Apolonio, el gobernador del distrito, el día dieciocho del mes de Hecatombeón Hircanio del año ciento cuarenta y seis [73].

---

[72] Cf. *Ant. jud.* 11, 344.

[73] Correspondiente al año 166 a. C.

265. *Matatías y sus cinco hijos (1 Mac.* 2, 1, y *Guerra judía,* 1, 36 y ss.). 6.1. Por la misma época había uno, de nombre Matatías[74], hijo de Juan, nieto de Simeón, bisnieto de Asmoneo, sacerdote del servicio divino y diario de Joarib, nacido en Jerusalén pero que residía en la aldea judía de Modái. Tenía cinco hijos: Juan llamado Gades, Simón llamado Tatis, Judas llamado Macabeo, Eleazar llamado Aurán y Jonatán llamado Apús. Pues bien, este Matatías se quejaba a sus hijos del estado de cosas reinante y de una manera concreta del saqueo a que estaba siendo sometida la ciudad, del expolio del Templo y de los agobios del pueblo, y les decía que para ellos era preferible morir en defensa de las leyes patrias que vivir tan indignamente.

268. *Matatías hace frente a los funcionarios de Antíoco Epífanes (1 Mac.* 2, 15). 2. Y como hubieran llegado a la aldea de Modái los funcionarios destinados por el rey para obligar a los judíos a cumplir sus disposiciones, y ordenaran a los habitantes del lugar hacer sacrificios en la forma que el rey había mandado y exigieran a Matatías, a causa de la reputación de que gozaba derivada de otros conceptos más pero singularmente por su abundancia de hijos, que iniciara los sacrificios (puesto que, según ellos pensaban, si él empezaba le seguirían luego sus conciudadanos, por lo que sería honrado por el rey), Matatías aseguró una y otra vez que no lo haría y que, aunque todas las otras naciones obedecían las órdenes del rey bien por miedo bien por halagarlo, él junto con sus hijos nunca jamás consentiría abandonar el culto tradicional a su patria. Y como, al callarse él, uno de los judíos se hubiera colocado en medio y se dispusiera a sacrificar conforme a las disposiciones dictadas por Antíoco, Matatías, montando en cólera, se precipitó sobre él acompañado de sus hijos provistos de puñales, y lo aniquiló no sólo a él sino que también ejecutó a Apeles[75], el general del rey, que era quien trataba de obligarlo, con unos cuantos soldados, y, tras derribar el altar, gritó diciendo: «Todo aquél que sea devoto de las costumbres patrias y del culto a Dios sígame». Y, habiendo dicho esto, salió con sus hijos para un lugar solitario, dejando en la aldea todas sus propiedades. Y lo mismo hicieron también otros muchos, quienes con

[74] Matías, según otra transcripción.
[75] Bánquides en *Guerra judía* 1, 36.

sus hijos y esposas huyeron al referido lugar solitario, donde vivían en cuevas. Por su parte, los generales del rey, al llegar a sus oídos la noticia de ello, tomaron consigo todas las fuerzas que había casualmente en la ciudadela de Jerusalén y llegaron al citado lugar solitario en persecución de los judíos. Y, cuando los alcanzaron, al principio intentaban persuadirlos de que, arrepintiéndose, tomaran una decisión útil y no los pusieran en la necesidad de aplicarles la ley de la guerra. Pero, al no aceptar los otros sus sugerencias sino pensar en sentido contrario, se dispusieron a atacarlos en día de sábado, y les prendieron fuego en las cuevas así, sin más, cuando no sólo no se defendían sino que ni siquiera habían tapado las bocas de entrada. Y se abstuvieron de defenderse a causa del día en que se encontraban, puesto que no aceptaban transgredir la santidad del sábado ni siquiera en medio de sus calamidades. Y es que la ley nos impone a nosotros la obligación de permanecer inactivos en ese día. Consiguientemente, murieron asfixiados en las cuevas, entre ellos y sus mujeres e hijos, sobre unos mil, y muchos que lograron salvarse se unieron a Matatías, a quien designaron su comandante. Pero éste les informaba de que ellos debían luchar en el propio sábado, diciéndoles que si no lo hacían, por guardar la ley, se combatirían a sí mismos, toda vez que los enemigos les atacan en ese día mientras que ellos no se defienden, y que de esa manera no impedirían en modo alguno que perecieran todos sin presentar batalla. Al hablarles en estos términos los convenció, y hasta el día de hoy permanece vigente entre nosotros la costumbre de luchar incluso en sábado en caso de necesidad[76]. Matatías, así pues, tras formar en torno a sí un poderoso ejército, derribó los altares y mató a todos los pecadores que pudo coger en sus manos (puesto que fueron muchos los que por precaución se habían diseminado por las naciones de la zona). Y ordenó que los niños no circuncidados lo fueran, luego de expulsar a los funcionarios instituidos para impedirlo.

279. *Matatías aconseja a sus hijos en el lecho de muerte (1 Mac.* 2, 49). 3. Y Matatías, tras haber estado al frente de estas fuerzas durante un año y haber caído enfermo, llamó a sus hijos y, rodeado de ellos, les dijo: «Yo, queridos hijos, me dispongo a recorrer el

[76] Cf., en efecto, *Guerra judía* 2, 517, pero por el contrario *Ant. jud.* 14, 63.

camino fatalmente fijado por el destino, y por ello os confío mis sentimientos y os exhorto a que no seáis unos pusilánimes guardianes de ellos, sino a que, acordándoos de la voluntad de quien os engendró y crió, mantengáis sanas y salvas las costumbres patrias y recuperéis el viejo estilo de conducta ciudadana que corre peligro de perderse, no dejándoos llevar de quienes hacen dejación de él bien voluntariamente o a la fuerza, sino que os pido, dado que sois mis hijos, que permanezcáis fieles a él y os mostréis superiores a toda violencia e imposición, con el espíritu dispuesto a morir por nuestras leyes si fuera menester, en la idea de que la Divinidad no consentiría veros a vosotros en tan desgraciada situación, sino que, admirando vuestro heroismo, os las devolverá de nuevo y restablecerá la libertad en la que viviréis tranquilamente, disfrutando de vuestras particulares costumbres. En efecto, nuestros cuerpos son mortales y sujetos a la descomposición, pero por el recuerdo póstumo de nuestras hazañas alcanzamos el don de la inmortalidad. Y quiero que vosotros, enamorados de ella, persigáis la gloria de la fama y que, resistiendo las pruebas más duras, no os neguéis a sacrificar vuestra vida en aras de ello. Pero, sobre todo, os animo a que estéis unidos, y, en consecuencia, a que cuando alguno de vosotros reúna unas condiciones naturales mejores que las de otro para un asunto los demás aceptéis su liderazgo y utilicéis vuestras particulares aptitudes a favor del mejor de turno. Por ello, a vuestro hermano Simón, que destaca por su perspicacia, consideradlo vuestro padre y obedecedle en los consejos que os dé, y a Macabeo, en consideración a su valentía y resistencia, lo tendréis por general del ejército, puesto que éste vengará a nuestra nación y la defenderá de los enemigos. Pero atraed también a los justos y piadosos, con lo que acrecentaréis vuestro propio poderío».

285. *Judas Macabeo (1 Mac.* 2, 69, y *Guerra judía,* 1, 38 y ss.). 4. Murió no mucho después de dictar estas recomendaciones a sus hijos y de pedir a Dios, para ellos, que fuera su aliado y, para el pueblo, que le devolviera sano y salvo su propio estilo de vida. Fue enterrado en Modái, experimentando todo el pueblo una tremenda pena por él. Y le sucedió en el mando de las operaciones su hijo Judas, conocido también por el nombre de Macabeo, en el año ciento cuarenta y seis[77]. Y como los hermanos y los demás le ayu-

[77] En el año 146 desde la fundación de la dinastía seleúcida (hecho ocurrido en el 312 a. C.), correspondiente, pues, al año 166 a. C.

daran animosamente a llevar los asuntos, expulsó del país a los enemigos y ejecutó a los compatriotas suyos que habían violado las leyes patrias, y limpió de toda impureza su tierra[78].

287. *Judas vence a Apolonio y Serón (1 Mac.* 3, 10). 7. 1. Al llegar a oídos de Apolonio, el general de Samaria, noticia de estos sucesos tomó sus fuerzas y marchó contra Judas. Y éste salió a su encuentro y, trabando combate, lo venció. En esta batalla Judas mató a un elevado número de enemigos, entre ellos al general Apolonio, con cuya espada, que era la que casualmente aquél estaba utilizando, se quedó él después de arrebatársela, y dejó heridos a un grupo más numeroso todavía. Y, después de tomar del campamento enemigo botín en abundancia, se retiró. A su vez, Serón, el general de Cele-Siria, al enterarse de que numerosos hombres se habían unido a Judas y de que se había rodeado ya de fuerzas dotadas de capacidad suficiente para enfrentarse y atacar, decidió emprender una expedición militar contra él, convencido de que era una cuestión de su incumbencia intentar castigar a los que habían violado las órdenes del rey. Reuniendo, así pues, todas las fuerzas con que contaba él y reclutando, además, a los judíos tránsfugas e impíos, se dispuso a marchar contra Judas. Y, habiendo avanzado hasta la aldea judía de Betoron, estableció allí su campamento. Y Judas, que salió a su encuentro con intención de trabar combate, al observar que sus soldados se mostraban renuentes a la lucha no sólo por ser pocos sino también por no haber comido (pues estaban en ayunas), los animó, indicándoles que el vencer y triunfar sobre los enemigos no radicaba en la abundancia de soldados, sino en mostrar piedad hacia Dios. Y, según él les decía, el ejemplo más claro de ello lo tenían en sus antepasados, quienes a causa de la justicia de su caso y por luchar en defensa de sus propias leyes e hijos derrotaron muchas veces a muchas decenas de millares de fuerzas enemigas. Y es que, según sus palabras, el no haber cometido iniquidad alguna da una fuerza tremenda. Con estas palabras persuadió a sus hombres a que no hicieran caso del número de las fuerzas contrarias y marcharan contra Serón, y, así, trabando combate, puso en fuga a los sirios. Y es que, al caer el general, todos los demás se lanzaron a la huida, puesto que la salvación de ellos

[78] Cf. *Guerra judía* 1, 39.

dependía y radicaba en él. Y, al correr en persecución de ellos hasta la llanura, mató a unos ochocientos enemigos. Y los restantes se pusieron a salvo en la costa.

293. *Antíoco Epífanes parte para Persia, dejando a Lisias el mando de las fuerzas (1 Mac.* 3, 27). 2. El rey Antíoco, al enterarse de este descalabro, se irritó tremendamente por lo sucedido y, habiendo concentrado todas sus fuerzas propias y haber reclutado a muchos mercenarios de las islas, se disponía a invadir Judea al inicio de la primavera. Pero como, al distribuir la paga de los soldados, observara que los recursos de sus tesoros no llegaban para cubrir las necesidades y que había falta de dinero (pues por culpa de los levantamientos de las diversas naciones no se pagaban todos los tributos, eso por un lado, y, por otro, como él era magnánimo y generoso en las retribuciones no se arreglaba con los que tenía)[79], decidió primero marchar a Persia para recaudar los tributos del país. Así pues, en el momento de dejar al frente de las operaciones a un tal Lisias, quien gozaba de buena reputación ante él y que administraba los territorios que se extienden hasta los confines de Egipto y el Asia inferior desde el río Éufrates y mandaba sobre una división de su ejército y de elefantes, le encargó que criara a su hijo Antíoco[80] con todo cuidado hasta su regreso, y que, tras someter Judea y reducir a la esclavitud a sus habitantes, borrara a Jerusalén de la faz de la tierra y acabara con aquella raza. Y el rey Antíoco, tras encomendar este encargo a Lisias, salió para Persia en el año ciento cuarenta y siete[81], y, después de dejar atrás el Éufrates, subió a las satrapías del Norte.

298. *Lisias envía a Ptolemeo, Nicanor y Gorgias contra Judas (1 Mac.* 3, 38). 3. Lisias, tras elegir a Ptolemeo, hijo de Dorímenes, a Nicanor y a Gorgias, personajes influyentes entre los amigos del rey, y entregarles cuarenta mil hombres de las fuerzas de infantería y siete mil jinetes, los envió contra Judea. Y éstos, que llegaron hasta la ciudad de Emaús, levantaron su campamento en la

[79] Cf. Polibio 26, 1.

[80] Antíoco V Eupátor, quien, según Apiano, *Syr.* 45, tenía entonces sólo nueve años. Reinó menos de dos años y murió en Antioquía cuando Demetrio I reclamó el trono.

[81] De la era seleúcida, correspondiente al año 165 a. C.

llanura. Y se les unieron aliados de Siria y de las regiones de la zona y un elevado número de judíos huídos, pero ésos no fueron todos sino que se les agregaron incluso algunos mercaderes con la intención de comprar a los que cayeran cautivos, trayendo cadenas con que atar a los prisioneros, y dispuestos a abonar su importe en plata y oro. Pero Judas, al tener conocimiento del campamento y de la multitud de fuerzas contrarias, puso todo su empeño en convencer a sus soldados de que estuvieran tranquilos, y los exhortó a que, depositando la esperanza de la victoria en Dios, se la pidieran cubiertos de sacos según la norma tradicional, y de que, mostrándole la forma habitual de súplica cuando amenazan grandes peligros, lo forzaran con ello a otorgarles el triunfo sobre los enemigos. Y, después de haber dispuesto a sus hombres a la manera antigua y tradicional bajo las órdenes de generales y comandantes y de haber despedido a los recién casados y a los que habían realizado recientemente compras de propiedades, para que no combatieran demasiado cobardemente pegándose a la vida llevados de las ansias de disfrute de estos bienes, se colocó en un sitio adecuado y animó a sus soldados al combate con un discurso del tenor siguiente: «A vosotros, camaradas, no os queda ninguna otra oportunidad más imperiosa que la presente para mostrar ánimo y desprecio de los peligros. En efecto, ahora os es dada la posibilidad, si lucháis con coraje, de recuperar la libertad, la cual, si es por sí misma querida por todo el mundo, para vosotros resulta todavía más ansiada por la posibilidad de con ella rendir culto a Dios. Así, pues, habida cuenta de que en el momento presente está a vuestra disposición la posibilidad de recuperar la referida libertad y de reconquistar la vida dichosa y feliz (ésta era la que se regía por nuestras leyes y costumbres patrias) o, por el contrario, de sufrir las más grandes ignominias y de que no quede siquiera semilla de nuestra raza si sois cobardes en la batalla, combatid en consecuencia, pensando que la muerte os sobrevendrá aunque no estéis en guerra, y confiados, en cambio, en que os granjearéis una gloria eterna si morís por objetivos tan preciosos como son la libertad, la patria, las leyes y nuestra religión. Preparaos, pues, y haceos a la idea de que mañana al amanecer trabaréis combate con los enemigos».

305. *Judas derrota a los sirios en Emaús (1 Mac.* 4, 1). 4. Así se expresó Judas en la arenga que dirigió a su ejército. Y como los

enemigos hubieran enviado a Gorgias con cinco mil hombres de infantería y mil jinetes con objeto de caer de sorpresa sobre Judas de noche, misión para la que contaba él con algunos guías escogidos entre los judíos huídos, al enterarse de ello el hijo de Matatías decidió también él caer de sorpresa sobre los enemigos que quedaban en su campamento, más aún cuando las fuerzas enemigas estaban divididas. Consecuentemente, tras haber cenado a su hora y haber dejado numerosas hogueras en el campamento, caminó durante la noche entera hacia los enemigos situados en Emaús. Y Gorgias, por su parte, al no encontrar en el campamento a los enemigos y sospechar, por contra, que se habían retirado y ocultado en las montañas, poniéndose en marcha decidió averiguar dónde se encontraban. Pero a la venida del alba apareció delante de los enemigos situados en Emaús Judas acompañado de tres mil hombres deleznablemente armados a causa de su pobreza, y, al ver a los enemigos extraordinariamente protegidos y acampados con gran cuidado, trató de convencer a sus hombres de que debían luchar aunque fuera a cuerpo limpio y de que ya había habido casos en que la Divinidad, admirada de su valor, había otorgado el triunfo sobre fuerzas mucho más numerosas y perfectamente armadas a hombres que se encontraban en una situación como la suya, y ordenó a los trompetas que tocaran la señal de ataque. Y, cayendo luego inesperadamente sobre los enemigos, cuyo orgullo abatió y conmovió, mató a muchos que se le resistieron y en persecución de los restantes llegó hasta Gazara [82] y las llanuras de Idumea, Azoto y Jamnia [83], de los que cayeron unos tres mil. Y Judas exhortó a sus soldados a que no aspiraran a hacerse con los despojos, puesto que les esperaban todavía algunas contiendas y combates contra Gorgias y sus fuerzas. Pero una vez que hubieran vencido también a éstos les decía que entonces se dedicarían tranquilamente a hacerse con los despojos, cuando tuvieran este único objetivo y no se encontraran a la espera de ninguno otro. Y mientras él estaba dirigiendo estas palabras a sus soldados asomaron los hombres de Gorgias, quienes observaron al ejército que habían dejado en el campamento derrotado y el campamento incendiado, ya que, a pesar de encontrarse ellos muy lejos, el humo les ofrecía la evidencia de lo ocurrido. Así, pues, como los hombres de Gor-

[82] La actual *Tell Jezar* (cf. *Ant. jud.* 5, 83).
[83] La actual *Yabneh* (cf. *Ant. jud.* 5, 87).

gias comprobaran que ello era cierto y observaran a las fuerzas de Judas dispuestas para la confrontación, también ellos emprendieron la huída por miedo. Y Judas, al resultar derrotados los hombres de Gorgias sin necesidad de luchar, se volvió y se dedicó a recoger los despojos, y regresó a su zona de influencia con gran cantidad de oro, plata, púrpura y jacinto, contento y con cánticos dando gracias a Dios por el éxito. Y es que aquella victoria contribuyó no poco a conseguir ellos la libertad.

313. *Batalla de Betsura entre las fuerzas de Lisias y las de Judas (1 Mac.* 4, 26). 5. Lisias, con el ánimo abatido por la derrota de sus fuerzas expedicionarias, tras reunir al año siguiente [84] sesenta mil hombres de élite y tomar cinco mil jinetes, invadió Judea y, habiendo subido a las tierras de la montaña, fijó su campamento en la aldea judía de Betsura [85]. Y Judas salió a su encuentro con diez mil hombres y, tras suplicar a Dios al ver la multitud de fuerzas enemigas que le ayudara a combatirlas, se enfrentó a la vanguardia enemiga y la venció, de suerte que como matara a unos cinco mil miembros de ella infundió pavor a los restantes. Y, claro, Lisias, al comprobar la furia de los judíos, y que estaban prestos a morir a menos de vivir con libertad, y temer su desprecio a la vida por considerarlo su fuerza, luego de dar orden de retirada a las fuerzas restantes regresó a Antioquía y allí fijó su estancia, mientras reclutaba mercenarios y se preparaba para invadir Judea con un ejército mayor.

316. *Purificación del Templo (1 Mac.* 4, 36 y ss.). 6. Así pues, una vez que los generales del rey Antíoco habían sido derrotados ya tantas veces, Judas, tras reunir a sus hombres en asamblea, les dijo que, después de un número tan elevado de victorias como Dios les había otorgado, era menester subir a Jerusalén para purificar el Templo y ofrecer los sacrificios de rigor. Pero cuando al llegar con todo su ejército a Jerusalén encontró abandonado el Templo, quemadas las puertas, y plantas que habían brotado espontáneamente en el Templo por su abandono, empezó con los suyos a lamentarse, abatido con el espectáculo que ofrecía el Tem-

[84] Correspondiente al año 165 a. C. Cf. cap. 285.

[85] La actual *Khirbet et-Tubeiqah,* cerca de Hebrón. Cf. *Ant. jud.* 8, 246.

plo. Y, habiendo escogido a algunos de sus soldados, les ordenó que tuvieran a raya a la guarnición de la Acra[86] hasta que él hubiera santificado el Templo. Y, una vez que lo hubo purificado cuidadosamente, introdujo en él nuevos enseres, una lámpara, una mesa y un altar, todo ello de oro, y colgó también las cortinas de las puertas y reemplazó las propias puertas, y tras derribar el propio altar lo construyó nuevo de piedras diversas y no pulidas por el hierro. Y el día veinticinco del mes de Casleu, que los macedonios llaman Apeleo, encendieron la luz de la lámpara, incensaron el altar, colocaron panes sobre la mesa y ofrecieron un holocausto sobre el nuevo altar. Y se dio la circunstancia de que estos hechos ocurrieron el mismo día en que el santo culto se había transformado en una costumbre profana y pública, sólo que tres años después. Y es que el Templo asolado por Antíoco se había dado la circunstancia de que había permanecido en ese lamentable estado durante tres años[87]. Pues la desolación a que Antíoco había reducido al Templo ocurrió en el año ciento cuarenta y cinco[88], y concretamente el día veinticinco del mes de Apeleo, correspondiente a la Olimpiada ciento cincuenta y tres[89]. Y el santo culto se renovó ese mismo día, el veinticinco del mes de Apeleo del año ciento cuarenta y ocho[90], correspondiente a la Olimpiada ciento cincuenta y cuatro. Por otro lado, se dio la circunstancia de que la desolación del Templo ocurrió según la profecía de Daniel, producida cuatrocientos ocho años antes, puesto que preconizó que los macedonios lo destrozarían.

323. *Los judíos celebran la festividad de la luz (1 Mac.* 4, 56). 7. Y, Judas, acompañado de sus conciudadanos, festejó la recuperación del sacrificio en el Templo durante ocho días, no omitiendo manifestación alguna de alegría, sino agasajándolos con sacrificios carísimos y espléndidos, con himnos y toques de arpas honrando a Dios y deleitándolos a ellos. Y encontraron tal placer con la renovación de sus costumbres, al disponer de la

---

[86] La ciudadela.

[87] Cf. *Guerra judía* 1, 32.

[88] De la era seleúcida, correspondiente al año 167 a. C.

[89] La primera Olimpiada se celebró en el año 776, y se repetía cada cuatro años.

[90] Esto es, en el año 164 a. C.

libertad de rendir culto a Dios inesperadamente después de tanto tiempo, que establecieron la obligatoriedad legal a las generaciones futuras de festejar la recuperación de los oficios en el Templo durante ocho días. Y desde entonces hasta hoy venimos celebrando esta fiesta, bajo el nombre de *Fiesta de la Luz,* habiendo puesto este nombre a la fiesta por habérsenos *aparecido,* según creo, la libertad de una manera inesperada. Y después de haber amurallado [91] toda en derredor la ciudad y haber levantado torres elevadas para impedir las incursiones de los enemigos, estableció guarniciones en ellas, aunque también fortificó la ciudad de Betsura para poder utilizarla como baluarte contra la presión de los enemigos.

327. *Judas vence a las naciones circundantes (1 Mac.* 5, 1). 8. 1. En este estado de cosas las naciones circundantes, terriblemente inquietas con la ardiente revitalización y fuerza de los judíos, formaron una piña contra ellos y aniquilaron a un elevado número, consiguiendo apoderarse de ellos con asechanzas y argucias. Judas procuraba frenar sus incursiones y los daños que causaban con continuas guerras contra ellos. Y, así, habiendo caído de súbito contra los idumeos, descendientes de Esaú, a la altura de la ciudad de Acrabatene, mató a un elevado número de ellos y se apoderó de sus despojos. Y, habiendo encerrado tambien a los descendientes de Baán por tender emboscadas a los judíos, cercó su ciudad poniéndole sitio, y, tras ello, prendió fuego a sus torres y aniquiló a sus hombres. Luego, partió de allí contra los amonitas, quienes disponían de numerosas y muy nutridas fuerzas, dirigidas por Timoteo. Y, tras derrotar también a éstos, conquistó la ciudad de Jazor, y, tras tomar cautivos a sus mujeres e hijos e incendiar la ciudad, regresó a Judea. Entonces, las naciones vecinas, al saber que él se había retirado, se concentraron en Galad para atacar a los judíos residentes en estos territorios. Pero éstos, luego de refugiarse en la fortaleza de Diatema, por medio de unos emisarios que enviaron a Judas le comunicaron que Timoteo presionaba para tomar el lugar en que se habían refugiado. Y, mientras él leía esta carta, se le presentaron también mensajeros procedentes de Galilea indicando que se habían levantado en

[91] Cf. *Guerra judía* 1, 39.

armas contra ellos las poblaciones de Ptolemaide, Tiro, Sidón y las demás naciones de Galilea.

332. *Simón invade Galilea (1 Mac.* 5, 16). 2. En estas circunstancias, Judas, tras examinar qué convenía hacer en relación con las dos peticiones formuladas por aquellos emisarios, asignó a su hermano Simón la misión de salir en ayuda de los judíos de Galilea tomando consigo a unos tres mil soldados selectos, mientras él y Jonatán, su otro hermano, partían para Galad con ocho mil soldados. Y al frente del resto de sus fuerzas dejó a José, hijo de Zacarías, y a Azarías, encargándoles que protegieran cuidadosamente Judea y que no trabaran combate con nadie hasta que regresara él. Y, así, Simón, presentándose en Galilea y enfrentándose a los enemigos, los derrotó y puso en fuga, y, persiguiéndolos hasta las puertas de Ptolemaide, mató a unos tres mil de ellos, y luego, después de apoderarse de los despojos de los muertos y de recuperar a los judíos tomados cautivos por aquéllos, regresó de nuevo a su tierra, llevando consigo incluso los efectos personales de estos últimos.

335. *Victorias de Judas y Jonatán en Galad (1 Mac.* 5, 24). 3. Pero Judas Macabeo y su hermano Jonatán, tras cruzar el río Jordán y efectuar un viaje de tres días desde sus orillas, se encontraron con los nabateos [92], que salieron a su encuentro en son de paz. Al darle cuenta ellos de la situación de los judíos de Galad, cómo muchos de ellos sufrían calamidades al tener cortada la retirada en las fortalezas y en las ciudades de Galal, y animarlo a correr contra las tribus extranjeras y a intentar salvar a sus compatriotas [93], convencido por sus razonamientos Judas giró en dirección al desierto y, habiendo caído antes que sobre ningún otro sobre los habitantes de Bosora y habiendo tomado esta ciudad, ejecutó a todos los varones aptos para la guerra y prendió fuego a la ciudad. Y, aunque se le echó la noche encima ni siquiera entonces se detuvo, sino que, habiendo caminado todo a lo largo de ella en dirección a la fortaleza [94] en la que casualmente estaban encerrados los judíos,

---

[92] Originariamente era una tribu árabe (cf. *Antig. jud.* 1, 220 y ss.). Pueblo dedicado al comercio, y su primer rey conocido fue Aretas I. El poder de este pueblo se extendió por toda la península del Sinaí.

[93] Cf. cap. 330.

[94] Cf. cap. 330.

lugar que asediaba Timoteo con sus fuerzas, llegó a ella al amanecer. Y, sorprendiendo a los enemigos atacando ya las murallas y a unos de ellos acercando las escalas para subir a ellas y a otros las máquinas de guerra, ordenó al trompetero que tocara la señal de ataque y, luego de arengar a los soldados a que animosamente arriesgaran la vida en defensa de sus hermanos y compatriotas y de dividir el ejército en tres partes, cayó por la espalda contra los enemigos. Y los hombres de Timoteo, al percatarse de que era Macabeo, de cuya valentía y éxito en las guerras habían tenido incluso ya antes experiencia, se pusieron en fuga. Pero Judas, que salió en persecución de ellos con su ejército, aniquiló a unos ocho mil. Y, habiéndose desviado hacia Mela, ciudad extranjera designada con este nombre, se apoderó también de ella, y, tras matar a todos sus habitantes varones, hizo a la ciudad pasto de las llamas. Y, partiendo de allí, sometió las ciudades galaditas de Casfomace, Bosor y otras muchas.

341. *Judas derrota a Timoteo y toma Carnaim (1 Mac.* 5, 37). 4.Y algún tiempo después, pero no mucho, Timoteo, tras haberse procurado cuantiosas fuerzas, recibir aliados, entre otros a algunos árabes, a los que convenció por el pago de honorarios a integrarse en su expedición militar, llegó con el ejército al otro lado del torrente que corre enfrente de Ronfón (éste es el nombre de una ciudad), donde exhortó a sus soldados, si llegaban a librar un combate con los judíos, a que lucharan animosamente y les impideran cruzar el torrente, puesto que, si lo cruzaban, presagiaba la derrota para los suyos. Judas, por su parte, al enterarse de que Timoteo estaba dispuesto a la lucha, poniendo en pie de guerra a la totalidad de sus fuerzas se apresuró a marchar contra el enemigo, y, tras atravesar el torrente, irrumpió sobre los enemigos, de los cuales aniquiló a los que le hicieron frente, mientras que a los otros, a quienes infundió terror, los obligó a huir tras arrojar las armas. Y algunos de ellos lograron escapar, pero otros se refugiaron en el recinto sagrado llamado Eucranas [95] donde esperaban conseguir salvarse. Pero Judas, tras conquistar esta ciudad, a ellos los mató y el recinto sagrado lo convirtió en pasto de las llamas, utilizando las más diversas formas de aniquilamiento de los enemigos.

---

[95] Corrupción de la forma Carnaín, de *1 Macabeos*.

345. *Más victorias de Judas en Galad (1 Mac.* 5, 45). 5. Judas, tras lograr estos éxitos y reunir a los judíos de Galad con sus hijos y esposas y las respectivas pertenencias, se dispuso a devolverlos a Judea. Pero cuando llegó a una ciudad de nombre Eufrón, que quedaba de camino, sin que a él le fuera posible girar y seguir otro ni siquiera volver atrás, por medio de unos emisarios que envió a sus habitantes les rogaba que le abrieran las puertas y le permitieran pasar por su ciudad. Y es que ellos habían taponado las puertas con piedras y cortado el paso. Y, al no hacerle caso los habitantes de Eufrón, tras arengar a sus hombres y rodear al enemigo, puso sitio a la ciudad, y tras un asedio llevado a cabo de día y de noche se apoderó de la ciudad, y después de matar a todo el elemento masculino que había en ella y convertirla toda en pasto de las llamas se abrió camino. Y el número de los muertos era tan elevado que caminaban pisando los propios cadáveres. Y, tras cruzar el Jordán, llegaron a la Llanura Grande, en frente de la cual queda la ciudad de Betsane[96], llamada Escitópolis por los griegos. Y, partiendo de allí, llegaron a Judea, tocando las arpas, entonando cánticos en honor de Dios y divirtiéndose en la manera que les era habitual al celebrar una victoria. Y ofrecieron sacrificios en acción de gracias por los éxitos obtenidos y por la salvación del ejército, puesto que en estas guerras no murió ningún judío.

350. *Los judíos son vencidos por Gorgias en Jamnia (1 Mac.* 5, 55). 6. Pero José, el hijo de Zacarías, y Azarías, a los que Judas había dejado como generales, en el momento en que Simón se encontraba en Galilea atacando a los habitantes de Ptolemaide y el propio Judas y su hermano Jonatán en Galad, deseosos también ellos de granjearse fama de generales bravos en la guerra, pusieron en pie de guerra a sus fuerzas y marcharon con ellas contra Jamnia[97]. Pero al hacerles frente Gorgias, el general de Jamnia, y trabarse combate, perdieron a dos mil hombres de su ejército, y, aunque huyeron, fueron perseguidos hasta las fronteras de Judea. Y sufrieron este descalabro por haber desobedecido las órdenes que Judas les había dictado, de que no trabaran combate con nadie mientras él no se hubiera presentado. Y es que uno tendría que admirar, además de las otras muestras de su genio como general,

[96] La actual *Beisân*. Cf. *Ant. jud.* 5, 83.
[97] Cf. cap. 308.

también su visión del descalabro sufrido por los hombres de José y Azarías, descalabro que él intuyó que ocurriría si se apartaban un punto de las instrucciones que les eran dadas. Pero Judas y sus hermanos no pararon de atacar a los idumeos [98], sino que los acosaban desde todas partes, y, así, tras apoderarse de la ciudad de Hebrón, derribaron todas sus fortificaciones y, tras hacer pasto de las llamas las torres, saquearon el territorio extranjero y la ciudad de Marisa. Y, asimismo, tras marchar contra la ciudad de Azoto [99] y tomarla, la sometieron a un feroz saqueo. Luego, regresaron a Judea llevando consigo cuantiosos despojos y abundancia de botín.

354. *Antíoco Epífanes es vencido en Persia (1 Mac.* 6, 1). 9. 1. Y por las mismas fechas también el rey Antíoco se enteró, durante su marcha a las regiones del Norte [100], de la existencia en Persia de una ciudad sobresaliente por la abundancia de riquezas, de nombre Elimaide [101], y de que el templo de Artemis [102] ubicado en ella era precioso y estaba repleto de toda suerte de ofrendas, pero que no era eso todo sino que allí había además armas y corazas, que, según se había enterado, había dejado en aquel lugar Alejandro, el hijo de Filipo y rey de los macedonios. Atraído, pues, por esto marchó contra Elimaide y, dispuesto a atacarla, le puso sitio. Pero como sus habitantes no se asustaran de su ataque ni del asedio, dado que, por el contrario, le resistieron bravamente, se vio frustrado en sus esperanzas. En efecto, tras obligarlo a levantar el sitio de la ciudad y saltar contra él, lo persiguieron hasta tal punto que él llegó a Babilonia huyendo y habiendo perdido a un elevado número de soldados de su ejército. Y, mientras él se dolía por este fracaso, alguien le anunció no sólo la derrota sufrida por los generales que había dejado para hacer la guerra a los judíos [103], sino también el poderío actual de éstos. Al sumársele, pues, a la anterior preocupación esta otra tocante a la nueva información, abatido y desalentado cayó enfermo. Y como la enfermedad se alargara y

---

[98] Cf. cap. 328, y *Ant. jud.* 2, 1-5.

[99] Cf. cap. 308.

[100] Cf. cap. 294 y ss. Su campaña oriental duró del 165 al 163 a. C.

[101] Más bien provincia que ciudad. Pero, según 2 *Macabeos* 9, 2, la ciudad que Antíoco intentó saquear fue Persépolis.

[102] Cf. Polibio 31, 9 (11), 1.

[103] Cf. cap. 295-296.

los sufrimientos se le incrementaran y comprendiera que iba a morir, convocó a sus amigos y les comunicó la gravedad de su enfermedad, al tiempo que les reveló que sufría aquel castigo por haber maltratado a la nación judía, al haber saqueado su Templo y haber despreciado a su Dios. Y según les daba cuenta de ello expiró. De manera que me extraña la actitud de Polibio, quien pese a su condición de hombre de bien dice [104] que Antíoco murió por haber pretendido saquear el templo de Artemis ubicado en Persia, y esto porque el no llevar a cabo la operación, aunque antes la hubiera planeado, no es merecedor de castigo. Y si Polibio entiende que Antíoco perdió la vida de esta manera por la razón alegada por él, es mucho mas fiable que el rey acabara sus días por el sacrilegio de haber saqueado el Templo de Jerusalén. Pero acerca de esta cuestión no disputo con quienes consideran cierto el motivo alegado por el historiador de Megalópolis y desechan el defendido por nosotros.

360. *Filipo es nombrado regente del reino seleúcida (1 Mac.* 6, 14). 2. Pero Antíoco, habiendo llamado antes de morir a Filipo, que era uno del grupo de sus íntimos, lo nombró regente de su reino y, tras entregarle su corona, vestimenta y anillo real, le mandó que se lo llevara y entregara a su hijo Antíoco, pidiéndole al mismo tiempo que se preocupara de criarlo y de preservarle intacto el reino. Antíoco murió en el año ciento cuarenta y nueve[105]. Y Lisias, tras dar cuenta de su muerte al pueblo, designó rey a su hijo Antíoco (puesto que lo tenía a su cargo) [106], poniéndole por nombre Eupátor [107].

362. *Judas sitia a los sirios en la ciudadela de Jerusalén (1 Mac.* 6, 18). 3. Por estas mismas fechas los sirios de guarnición en la *Acra* de Jerusalén y los judíos renegados causaron mucho daño a los restantes judíos, puesto que a los que subían al Templo y

[104] Polibio 31, 9 (11).

[105] De la era seleúcida, correspondiente, pues, al año 163 a. C. Pero, según Eusebio, *Crónica* (ed. Ancher 1, 348), habría ocurrido en 164 a. C.

[106] Cf. cap. 295-296.

[107] Antíoco V Eupátor, nació en 173 a. C. y murió en el 162 a. C. Reinó menos de dos años, muriendo en Antioquía cuando Demetrio I llegó de Roma para disputarle el trono.

querían ofrecer sacrificios las fuerzas de guarnición en la *Acra* citada salían súbitamente corriendo y los aniquilaban, y esto porque la *Acra* dominaba el Templo [108]. Como ellos, así pues, se vieran agobiados por estos sinsabores, Judas decidió apoderarse de la guarnición, y, en consecuencia, tras reunir a todo su pueblo, sitió férreamente a las fuerzas destacadas en la *Acra*. Esto ocurría en el año ciento cincuenta de la dinastía seleúcida [109]. Consecuentemente, tras construir máquinas de guerra y levantar terraplenes, se aplicó a la conquista de la *Acra* sin escatimar esfuerzo. Pero muchos de los renegados que había en ella, tras escapar por la noche al campo y reunir a algunos otros impíos igual que ellos, llegaron junto al rey Antíoco, a quien le expusieron no merecerse ellos que se consintiera que sufrieran tremendas calamidades a manos de sus compatriotas y más cuando las aguantaban a cuenta de su padre, al haber abandonado el culto divino tradicional a ellos y haber optado por el que él les había impuesto [110]. Y, consecuentemente, continuaron diciéndole que la acrópolis y las guarniciones destacadas allí por el rey corrían peligro de caer en manos de Judas y sus hombres a menos que él les enviara alguna ayuda. Antíoco hijo, al enterarse de estos hechos, montó en cólera y, tras mandar llamar a los mandos militares y a los amigos íntimos, les mandó que reclutaran mercenarios y a los hombres de su reino en edad de prestar servicio militar. Y de esta manera se formó un ejército de unos sesenta mil soldados de infantería, veinte mil jinetes y treinta y dos elefantes [111].

367. *Antíoco V Eupátor invade Judea (1 Mac.* 6, 31 y ss.). 4. Y, así, tras poner en pie de guerra a estas fuerzas, partió de Antioquía acompañado de Lisias, que era quien ejercía el mando supremo de todo el ejército. Y, después de presentarse en Idumea, desde allí subió a la ciudad de Betsura [112], que constituía un bastión sumamente fuerte e inexpugnable, y decidió asediarla

[108] Cf. cap. 252, y también 240-241 y 305. Cf., asimismo, *Guerra judía* 1, 39. Estos renegados eran los partidarios de superar la cerrazón y fanatismo judío y abrirse al helenismo.

[109] Esto es, en el año 162 a. C.

[110] Cf. caps. 240, 241, 246, 249, 252-253 y ss.

[111] Cifras distintas en *Guerra judía* 1, 41.

[112] Cf. caps. 313 y 326, y *Guerra judía* 1, 41.

poniéndole cerco. Pero como los habitantes de Betsura resistieran tenazmente e hicieran pasto de las llamas sus ingenios y máquinas de guerra (pues saltaron contra él), se perdió mucho tiempo en este sitio. Y Judas, al llegar a sus oídos noticia de la invasión del rey, desistió de continuar con el asedio de la *Acra* [113], y, marchando al encuentro del rey, levantó su campamento al pie del paso montañoso que hay en cierta localidad de nombre Betzacaría [114], distante setenta estadios [115] de los enemigos. Y el rey, tras partir de Betsura, condujo sus fuerzas hacia el referido paso montañoso, donde se encontraba el campamento de Judas, y al amanecer del día siguiente formó al ejército en orden de batalla. E hizo que los elefantes avanzaran uno detrás de otro, al no poder ellos ser formados en un frente amplio a causa de la angostura del paso. Y en derredor de cada elefante avanzaban en grupo compacto mil soldados de infantería y quinientos jinetes. Y los elefantes llevaban sobre sus lomos altas torres y arqueros. Y a las restantes fuerzas les ordenó que subieran por uno y otro lado de la garganta a las montañas, poniendo al frente de ellas las tropas ligeras. Y, tras ordenar al ejército que entonara el grito de entrada en batalla, atacó a los enemigos, tras desenfundar los escudos de oro [116] y bronce que emitían un fulgor deslumbrante. Y las montañas reproducían el eco de sus gritos. Judas, que observó este espectáculo, no se abatió, sino que, haciendo frente con bravura a los enemigos, aniquiló en torno a seiscientos hombres de vanguardia. En ese momento su hermano Eleazar, a quien los suyos llamaban Aurán [117], al ver el elefante más alto armado con corazas reales y creer, por ello, que era el rey el que lo montaba, arriesgó su vida lanzándose con sumo coraje contra él, y, después de matar a muchos de los que marchaban en derredor del elefante, dispersó a los otros, y, metiéndose debajo del vientre del elefante y herirlo, lo mató. Pero el elefante, al desplomarse sobre Eleazar, acabó a causa de su peso con la vida de este hombre. Y él, tras aniquilar bravamente a un elevado número de enemigos, inmoló su vida de esta manera.

---

[113] Cf. cap. 318 y *Guerra judía* 1, 39.
[114] La actual *Beit Skâria*. Cf. *Guerra judía* 1, 41.
[115] Medida de longitud de unos 185 metros.
[116] Cf. Polibio 11, 9, 1.
[117] Cf. cap. 266 y *Guerra judía* 1, 42 y ss.

375. *Antíoco V Eupátor toma Betsura (1 Mac.* 6, 49) y sitia Jerusalén *(1 Mac.* 6, 51). 5. Judas, por su parte, al observar el poderío de los enemigos, se retiró a Jerusalén [118] y se dispuso al asedio [119]. Y Antíoco envió una parte del ejército a Betsura [120] para atacarla, mientras que con el resto de las fuerzas llegó personalmente a Jerusalén [121]. Pues bien, los habitantes de Betsura, asustados del poderío enemigo y viendo que les escaseaban las provisiones, se entregaron, bajo juramento de que no sufrirían daño alguno, a manos del rey. Y Antíoco, una vez que hubo tomado la ciudad, no les causó ningún otro mal más que expulsarlos desarmados, tras lo cual estableció una guarnición propia en la ciudad. Pero asedió el Templo de Jerusalén sitiándolo durante mucho tiempo, al defenderse bravamente los hombres que estaban en su interior, y esto porque a cada argucia que el rey urdía contra ellos contraatacaban con otra nueva. Pero les escaseaban los víveres, dado que los frutos depositados allí habían sido consumidos y las tierras no habían sido labradas aquel año, sino que habían permanecido baldías por tratarse del año séptimo, durante el cual la ley nos obliga a dejar vacante el campo. De ahí que fueran muchos los sitiados que escaparon por falta del sustento imprescindible para vivir, con lo que se quedaron pocos en el Templo.

379. *Antíoco V Eupátor, atemorizado por al avance de Filipo, pacta con los judíos de Jerusalén (1 Mac.* 6, 55). 6. Tan grave era la situación por la que pasaban los sitiados en el Templo. Pero el general Lisias y el rey, cuando les fue revelado que Filipo [122], una vez que llegó de Persia, trataba de controlar en interés propio el Estado, se encontraban en la necesidad de levantar el sitio y marchar contra Filipo, pero decidieron, sin embargo, no hacer evidente esta determinación a los soldados y mandos militares, sino que el rey ordenó a Lisias que públicamente dirigiera un discurso no sólo a él sino también a los mandos militares, en el que no aclarara nada que tuviera que ver con Filipo, sino que se refiriera al sitio en

[118] Pero, según *Guerra judía* 1, 45, Judas habría huido a Gofna.

[119] Cf. cap. 369.

[120] En *Guerra judía* 1, 41, esta ciudad es tomada por las fuerzas de Antíoco antes de la batalla de Betzacoría.

[121] Cf. *Guerra judía* 1, 46.

[122] Cf. cap. 360.

que estaban empeñados, indicando que podría exigir infinidad de tiempo y aludiendo a la condición sumamente fortificada del lugar y diciendo, además, que las provisiones ya les iban faltando, que era menester restablecer numerosas situaciones deterioradas en el reino y que parecía una idea mejor que cualquier otra partir para casa tras haber firmado la paz con los sitiados y un tratado de amistad con toda la nación judía, permitiéndoles hacer uso de las leyes patrias por cuya prohibición se habían visto obligados actualmente a entrar en guerra. Esto dijo Lisias, lo que agradó en el fondo de su corazón al ejército y a los mandos militares.

382. *Antíoco V Eupátor derriba la muralla del Templo (1 Mac.* 6, 60). 7. Y el rey, por medio de unos emisarios que envió a Judas y los sitiados con él, les prometió la paz y permiso para vivir haciendo uso de las leyes patrias. Y ellos aceptaron con gran contento la propuesta y, tras recibir garantía jurada de ello, salieron del Templo. Pero Antíoco, al entrar en él y contemplar un lugar tan sólidamente fortificado como aquél, contravino el juramento dado ordenando a sus fuerzas que, rodeándolo, derribaran y arrasaran sus murallas. Y, tras efectuar esta operación, regresó a Antioquía, llevándose consigo al Sumo Sacerdote Onías, también llamado Menelao [123]. Y ello porque Lisias había aconsejado al rey que ejecutara a Menelao si quería que los judíos estuvieran tranquilos y no le causaran molestia alguna, ya que, según Lisias, el referido Menelao había sido el origen de sus desgracias, al haber persuadido a su padre a que obligara a los judíos a abandonar [124] el culto heredado de sus antepasados. Por ello el rey, tras enviar a Menelao a Berea de Siria, lo mató, después de haber sido Sumo Sacerdote durante diez años con un comportamiento perverso e impío, habiendo llegado incluso al extremo de contravenir las leyes heredadas de los antepasados por hacerse él con el mando. Y a la muerte de Menelao fue nombrado Sumo Sacerdote Alcimo, también llamado Jacim. Y el rey Antíoco, al comprobar que Filipo era ya el amo de la situación política, lo atacó y, tras cogerlo en sus manos, lo mató. Por su parte, Onías, el hijo del Sumo Sacerdote, de quien advertimos en su momento que había sido privado del cargo por ser todavía un niño a la muerte de su padre [125], al ver que

[123] Cf. caps. 238-240.
[124] Cf. caps. 240-253.
[125] Cf. cap. 237.

el rey, tras ejecutar a su tío Menelao, había otorgado la dignidad de Sumo Sacerdote a Alcimo, que no descendía de la estirpe de los Sumos Sacerdotes, y que, por el contrario, Antíoco, persuadido por Lisias, había transferido esta dignidad de la familia de Onías a otra casa distinta, escapó junto a Ptolemeo, el rey de Egipto, donde, tratado con aprecio no sólo por él sino también por su esposa Cleopatra, recibió un lugar en el distrito de Heliópolis, en el que levantó también un templo igual al de Jerusalén [126]. Pues bien, acerca de este punto nos será dado tratar en otro momento más oportuno [127].

389. *Demetrio I Soter escapa de Roma y se hace rey de Siria (1 Mac.* 7, 1 y ss.). 10. 1. Por las mismas fechas Demetrio [128], el hijo de Seleúco, huyó de Roma y, tras arribar a la ciudad siria de Trípolis, se ciñó la corona y, después de reunir en torno a sí a algunos mercenarios, entró en el reino, dándose la circunstancia de que todo el mundo lo acogía con agrado y se ponía a su disposición. Fue precisamente esta gente la que, habiendo apresado con vida al rey Antíoco y a Lisias, se los llevó a su presencia. Y éstos fueron ejecutados inmediatamente por orden de Demetrio, cuando Antíoco había reinado durante dos años [129], según se ha indicado ya en algún otro lugar anterior [130]. Y, habiéndose unido a él muchos de los judíos perversos y renegados, entre quienes se encontraba el Sumo Sacerdote Alcimo [131], acusaban a todo el pueblo judío y también a Judas y a sus hermanos, diciéndole que habían matado a todos los amigos del propio Demetrio, que habían aniquilado a todos los hombres que se encontraban en el reino por ser partida-

[126] Cf. *Guerra judía* 1, 33.

[127] En *Ant. judías* 13, 62 y ss.

[128] Demetrio I Soter, que vivió entre 187-150 a. C., fue el segundo hijo de Seleúco IV (a su vez, segundo hijo de Antíoco III el Grande, y que vivió entre 218-175 a. C.). Desde su situación de huésped en Roma vio cómo el reino de Siria pasó a la muerte de su padre a su tío Antíoco IV, y luego a su primo Antíoco V. Escapó de Roma en el año 162 a. C. (cf. Polibio 31, 11 [19] y ss.). Murió en lucha contra el pretendiente Alejandro Balas.

[129] Años 163-162 a. C.

[130] No de la obra de Josefo, sino de la de algún otro autor.

[131] Para Flavio Josefo, la línea de los Sumos Sacerdotes piadosos está representada por Onías, que escapó a Egipto (cf. cap. 387 y ss.), mientras los impíos están representados por el Sumo Sacerdote Alcimo, nombrado por Antíoco (cf. cap. 387) y el grupo de judíos abiertos al helenismo, representado por los hijos de Tobías (cf. caps. 239-241, y *Guerra judía* 1, 31 y ss.).

rios de él y estar esperándolo y que, por último, a ellos, tras expulsarlos de su propia tierra, los habían obligado a marchar a una extraña. Por todo ello le pedían que por medio de alguno de sus amigos de confianza que enviara allá se enterara de los osados crímenes cometidos por Judas y los suyos.

393. *Demetrio envía a Bánquides contra Judas (1 Mac.* 7, 8). 2. Y Demetrio, que montó en cólera, envió allá a Bánquides, amigo del rey Antíoco Epífanes, hombre resolutivo y a quien le había sido confiado el gobierno de Mesopotamia entera, tras entregarle las convenientes fuerzas y haber puesto bajo su protección a Alcimo, con la intención de matar a Judas y a sus hombres. Y Bánquides, tras partir con sus fuerzas de Antioquía y presentarse en Judea, envió un mensaje a Judas y a sus hermanos, proponiéndoles una reunión para tratar de lograr un tratado de amistad y de paz. Y es que quería apoderarse de Judas a traición. Pero él no se confió, y ello porque comprobaba que había llegado con un ejército demasiado cuantioso, con el que uno va a la guerra y no en busca de la paz. Sin embargo, algunos hombres del común que se dejaron llevar de las proclamas que Bánquides había hecho públicas y que creyeron que ellos no sufrirían nada desagradable a manos de Alcimo, por ser su compatriota, se pasaron a ellos y, después de recibir garantía jurada de Bánquides y de Alcimo de que no sufrirían castigo alguno ni ellos ni los que defendían sus mismas tendencias, se confiaron a ellos. Pero Bánquides, haciendo caso omiso del juramento prestado, mató a sesenta de ellos y obligó a que le dieran la espalda todos los que pensaban pasarse a él, al no cumplir la palabra dada a los primeros. Y, cuando en su viaje de regreso de Jerusalén llegó a la aldea de nombre Bezetó, por medio de soldados que envió apresó a un elevado número de desertores y a algunos hombres del común y, tras matarlos a todos, ordenó a todos los habitantes del país que obedecieran a Alcimo. Y, habiéndolo dejado allí con algunas tropas para que pudiera conservar el país bajo su control, regresó a Antioquía para reunirse con el rey Demetrio.

398. *Alcimo intenta reconciliar a los judíos (1 Mac.* 7, 21). 3. Alcimo, que quería asegurarse el poder y que había comprendido que lo ejercería con más seguridad si se ganaba el afecto de las masas, trataba de atraerse a todos con propuestas favorables y así,

al conversar con todas y cada una de las personas de una manera placentera y grata a ellas, se rodeó muy pronto de numerosos manípulos y fuerzas. Pero la mayoría de estos grupos estaban integrados por impíos y renegados, a quienes utilizaba como colaboradores y soldados mientras recorría el país, viaje durante el cual asesinó a todos los hombres partidarios de Judas según sus averiguaciones. Judas, por su parte, al comprobar que Alcimo había alcanzado ya gran poder y que había aniquilado a un grupo muy numeroso de hombres buenos y santos de su nación, se dispuso también él a recorrer el país y a matar a los que defendían la misma postura que aquél. Entonces Alcimo, al verse incapaz de enfrentarse a Judas, sino que era inferior a él en poderío, decidió solicitar ayuda militar al rey Demetrio. Presentándose, pues, en Antioquía exacerbó sus sentimientos contra Judas, al acusarlo de que él no sólo había sufrido numerosas calamidades a manos de aquél, sino también de que sufriría muchas más si antes no era detenido y pagaba su merecido, tras ser enviadas contra él poderosas fuerzas.

402. *Demetrio envía a Nicanor contra Judas (1 Mac.* 7, 26). 4. Y Demetrio, al considerar que constituía ya una amenaza peligrosa incluso para su propio Estado el haber consentido que Judas hubiera alcanzado tanto poder, envió contra él a Nicanor [132], el más adicto y fiel a su persona entre sus amigos (pues este Nicanor era el que había escapado con él de la ciudad de Roma) y, tras entregarle todas las fuerzas que, según él pensaba, le bastarían para hacer frente a Judas, le ordenó que no guardara consideración alguna a la nación judía. Y Nicanor, al presentarse en Judea, decidió no atacar inmediatamente a Judas, sino que, habiendo optado por cogerlo en sus manos a traición, le envió emisarios proponiéndole conversaciones sobre la paz y diciéndole que no había necesidad alguna de hacerse la guerra y correr los correspondientes riesgos y que, por el contrario, le ofrecía garantía jurada de que no iba a sufrir mal alguno, puesto que, según le indicaba, había venido acompañado de amigos con objeto de manifestarles los sentimientos del rey Demetrio y cómo se preocupaba de su pueblo.

[132] Este Nicanor es dudoso que sea el mismo que envió Lisias contra Judas, en cap. 298.

Judas y sus hermanos, dejándose llevar por esta propuesta que le fue ofrecida por los emisarios de Nicanor y no sospechando engaño alguno, prestaron confianza a su persona y recibieron a Nicanor y con él a sus fuerzas. Pero éste, una vez que hubo saludado a Judas y mientras conversaba afectuosamente con él, dio a sus íntimos cierta señal para que lo apresaran. Ahora bien, éste, que comprendió la maquinación, se lanzó a la carrera y consiguió refugiarse entre los suyos. Entonces Nicanor, al haberse descubierto su plan e insidia, optó por entrar en guerra con Judas. Pero éste, una vez que hubo organizado y preparado los elementos necesarios para la lucha, trabó combate con él a la altura de una aldea de nombre Cafarsalama, y, habiéndolo vencido, lo obligó a refugiarse en la *Acra* de Jerusalén.

406. *Nicanor amenaza a los judíos de Jerusalén (1 Mac.* 7, 33). 5. Y cuando Nicanor bajaba de la *Acra* algunos sacerdotes y ancianos que se toparon con él, según se dirigían al Templo, todavía entonces lo saludaban afectuosamente y le mostraban ofrendas que, según le decían, iban a ofrecer a Dios por el bien del rey. Pero él, lanzando improperios contra ellos, los amenazó con derribar el Templo a su vuelta si el pueblo no le había entregado antes a Judas. Y él, tras lanzarles esta amenaza, salió de Jerusalén, mientras los sacerdotes irrumpieron en lágrimas por el dolor que les produjeron sus palabras, por lo que suplicaron a Dios que los salvara de los enemigos. Por su parte, Nicanor, cuando tras su salida de Jerusalén llegó a la altura de una aldea de nombre Betoron [133], levantó allí su campamento, tras habérsele sumado otras fuerzas más procedentes de Siria. Judas, por su parte, levantó su campamento en Adasa [134], otra aldea distante treinta estadios [135] de Betoron, con un total de dos mil hombres. Y, tras haberlos animado a que no se asustaran de la superioridad numérica de los adversarios y a que no pensaran contra cuántos iban a luchar, sino que, pen-

[133] Cf. cap. 289.

[134] Pero, según *Guerra judía* 1, 47, Judas luchó aquí contra los generales de Antíoco y murió heroicamente, mientras, según *Ant. jud.* 12, 430, ello ocurrió en la batalla de Berzeto, llevada por Judas contra Bánquides, general de Demetrio I Soter. Es una muestra más de los desacuerdos entre *Guerra judía* y *Antigüedades judías* de Josefo, y la elaboración de esta última de una manera rápida y no cuidada.

[135] Esto es, a una distancia de unos 5 kilómetros y medio.

sando quiénes eran ellos y por qué maravillosos objetivos arriesgarían su vida, marcharan animosamente al encuentro de los enemigos, los sacó al combate. Y, habiendo trabado un tenaz combate con Nicanor, triunfó sobre las fuerzas contrarias, y no sólo mató a un elevado número de sus miembros, sino que al fin el propio Nicanor cayó, luchando heroicamente. Una vez caído él no aguantó tampoco el ejército, sino que, al perder al general, volvieron la espalda y huyeron, tras arrojar las armas. Pero Judas continuó matándolos saliendo en persecución de ellos, y por una señal emitida con el toque de trompetas comunicó a las aldeas del contorno su victoria sobre los enemigos. Y los que se encontraban en ellas, al oir su señal, se precipitaron fuera armados y, enfrentándose a los huidos, los mataban, saliéndoles a la cara, de suerte que no escapó nadie sano y salvo de esta batalla, ascendiendo los muertos a nueve mil hombres. Y esta victoria se dio la circunstancia de que se consiguió el día trece del mes llamado Adar [136] entre los judíos y Distro entre los macedonios, mes en que se conmemora todos los años la victoria y se festeja el día citado. Y, aunque a partir de aquella fecha la nación judía descansó un poco de las guerras y disfrutó de paz, sin embargo volvió a verse envuelta más tarde en contiendas y peligros.

413. *Muerte de Alcimo (1 Mac.* 9, 54 y 8, 1). 6. Y al Sumo Sacerdote Alcimo, por querer derribar la muralla del sacro recinto, la cual era antigua y había sido levantada por los antiguos profetas, le sobrevino una repentina afección enviada por Dios, a consecuencia de la cual no sólo se desplomó al suelo sin habla, sino que murió tras haber sufrido crueles dolores durante numerosos días, después de haber sido Sumo Sacerdote durante cuatro años [137]. Y, muerto él, el pueblo otorgó la dignidad de Sumo Sacerdote a Judas [138], quien, al llegar a sus oídos noticia de que los romanos poseían un enorme poderío y de que, concretamente, habían some-

[136] Hacia marzo.

[137] Años 162-159 a. C.

[138] Afirmación repetida en cap., 419 y 434, pero que es contradicha por el propio Josefo, quien en *Ant. jud.* 20, 237, afirma que tras la muerte de Alcimo no hubo Sumo Sacerdote en Jerusalén durante siete años. Una prueba más de la precipitación y descuido de Josefo en la elaboración de *Ant. jud.*

tido, tras las correspondientes guerras, Galatia [139], Iberia [140] y Cartago [141] de Libia y de que, además de eso, habían subyugado a Grecia y a los reyes Perseo [142], Filipo [143] y Antioco el Grande [144], decidió firmar un tratado de amistad con ellos [145]. Así pues, por medio de sus íntimos amigos Eupólemo, el hijo de Juan, y Jasón [146], el de Eleazar, que envió a Roma, rogaba a los romanos que firmaran con los judíos un pacto militar y un tratado de amistad y que comunicaran por carta a Demetrio que dejara de atacar a los judíos. Y, en efecto, al llegar a Roma los embajadores enviados por Judas los recibió el Senado y, tras haberle expuesto ellos el motivo de su misión, aprobó el tratado militar solicitado.Y el Senado, tras dictar el correspondiente decreto, envió la copia a Judea, mientras que el original fue depositado en el Capitolio tras haber sido grabado en letras de bronce. El cual rezaba así: «Decreto del Senado relativo al tratado militar y de amistad acordado con el pueblo judío: ningún pueblo subordinado a Roma atacará a la nación judía, y a los que la ataquen Roma no suministrará trigo ni barcos ni dinero. Y si algún pueblo invade Judea, correrán en ayuda de ésta los romanos con todos los medios a su alcance, y a su vez, si algún pueblo invade Roma, los judíos le prestarán su concurso militar. Y si la nación judía quiere añadir o restar algún punto tocante a este tratado militar, esto deberá ser compartido por el visto bueno del pueblo romano y, en este supuesto, lo que sea añadido adquirirá fuerza de ley». Este decreto fue firmado por Eupólemo, el hijo de Juan, y por Jasón, el de Eleazar, en un

---

[139] El territorio gálata de Asia Menor, sometido en el año 189 a. C., o la Galia Cisalpina, que lo había sido en el 190 a. C.

[140] España, conquistada en parte en el año 201 a. C.

[141] Ocurrido ello tras la batalla de Zama en el año 202 a. C.

[142] Que fue el último rey de Macedonia, vencido por L. Emilio Paulo en Pidna en el año 168 a. C.

[143] Padre de Perseo, vencido por Flaminino en Cinoscéfalas en 197 a. C.

[144] Tras haber sido vencido por los romanos en las batallas de las Termópilas y Magnesia del Sípilo, por la paz de Apamea (año 188 a. C.) dejó de ser una potencia mediterránea.

[145] Pero según *Guerra judía* 1, 38, este tratado de amistad con los romanos lo había formalizado Judas en el reinado de Antíoco IV Epífanes, muerto en 163 a. C. He aquí otra prueba más del poco cuidado de Josefo al escribir las *Ant. jud.*

[146] Sin duda, sus propios sobrinos, pues cf. *Ant. jud.* 12, 265-266.

momento en que Judas ocupaba el cargo de Sumo Sacerdote de la nación judía y su hermano Simón el de comandante en jefe. Tales condiciones reunía el primer tratado de amistad y pacto militar firmado entre romanos y judíos.

420. *Demetrio envía a Bánquides contra Judas (1 Mac.* 9, 1 y ss.). 11. 1. Pero Demetrio, cuando le fue anunciada la muerte de Nicanor [147] y el descalabro del ejército que le acompañaba, envió de nuevo a Bánquides [148] con las correspondientes fuerzas contra Judea. Quien, tras salir de Antioquía y llegar a Judea, levantó su campamento en la ciudad de Arbelas [149], ubicada en Galilea, y, tras haber doblegado mediante el asedio y capturado a los hombres que estaban dentro de las cuevas del lugar (pues fueron muchos los que se habían refugiado en ellas) llevó sus fuerzas de allí y aceleró la marcha hacia Jerusalén. Pero, al enterarse de que Judas había fijado su campamento en una aldea de nombre Berzetó, corrió contra él acompañado de veinte mil soldados de infantería y dos mil de caballería. Judas, en cambio, contaba con un total de mil hombres. Estos, al contemplar estupefactos la superioridad numérica de las fuerzas de Bánquides, cogieron miedo y, abandonando el campamento, huyeron todos salvo ochocientos. Judas, entontes, al ser abandonado por sus propios soldados y acosado por los enemigos, que no le daban oportunidad alguna para el reagrupamiento de sus fuerzas, se decidió a enfrentarse con sus ochocientos hombres al ejército de Bánquides y, en consecuencia, animándolos a arrostrar llenos de coraje el peligro, los exhortó a ir al combate. Pero como ellos alegaran que no constituían una fuerza militar con capacidad suficiente para enfrentarse a un ejército de tal envergadura y le aconsejaran que se retirara en el momento aquel y que los salvara y que en otra ocasión, luego de reunir a sus hombres, trabara combate con los enemigos, dijo: «¡No quiera Dios que el sol vea este gesto, que yo muestre mi espalda a los enemigos! Al contrario: aun en el supuesto de que el momento presente me traiga la muerte y deba perecer inexorablemente en combate, aguantaré a pie firme, sobrellevando bravamente todo antes que arrojar la infamia de la huida sobre mis éxitos anteriores y la gloria que con ellos he

[147] Cf. caps. 408-411.
[148] Cf. cap. 393.
[149] Cf. *Vida de Josefo,* 188, 311, etc.

adquirido». Estas fueron las palabras que él dirigió a los que se quedaron con él, mientras los exhortaba a despreciar el peligro y a marchar al encuentro de los enemigos.

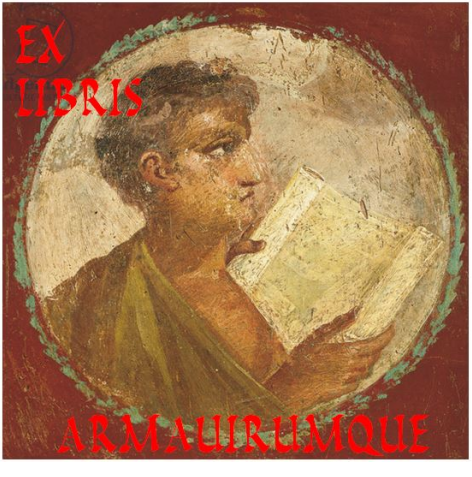
426. *Bánquides derrota a Judas en Berzetó (1 Mac.* 9, 11 y ss.). 2. Bánquides, por su parte, tras sacar del campamento a sus fuerzas, las formó en orden de batalla. La caballería la colocó a uno y otro flanco, y las tropas ligeras y los arqueros los situó delante de toda la formación, mientras él ocupó el flanco derecho. Y, tras haber formado así al conjunto de su ejército, una vez que alcanzó el campamento enemigo, ordenó al trompetero que tocara la señal para que el ejército entonara el grito de guerra y entrara en combate. Por su parte Judas, tras efectuar la misma operación, trabó combate con los enemigos y, como ambos contendientes lucharan tenazmente y la batalla se prolongara hasta la postura del sol, al ver Judas que Bánquides y lo más aguerrido de su ejército se encontraban en el flanco derecho cogió a sus hombres más bravos y corrió hacia aquella parte de la formación enemiga, e irrumpiendo contra los situados en aquel punto rompió sus filas. Y, habiendo cargado contra los del medio, los forzó a huir, persiguiéndolos hasta el monte de nombre Aza. Y, al ver los que ocupaban el flanco izquierdo la derrota de los situados en el flanco derecho, cercaron a Judas durante su persecución y colocándose a su espalda, lo cogieron en medio. Entonces él, que no podía huir sino que estaba rodeado por los enemigos, se quedó fijo y luchó en compañía de sus hombres. Y, después de haber matado a un elevado número de los contrarios y habiendo llegado al agotamiento, cayó también él, perdiendo la vida [150] tras un comportamiento anterior hermoso e igual en la acción que le trajo la muerte. Y, una vez caído Judas, los hombres que le acompañaban, al no tener ya a nadie en quien fijarse y verse privados, por el contrario, de un general tan excelente, huyeron. Pero Simón y Jonatán, los hermanos de Judas, tras recibir de los enemigos su cadáver por un acuerdo y llevarlo a la aldea de Modái [151], donde estaba enterrado también su padre [152], le rindieron los debidos funerales, llorándolo

[150] Otro desacuerdo más, según *Guerra judía* 1, 47, Judas habría muerto antes, en la batalla de Adasa.

[151] Cf. cap. 265.

[152] Cf. cap. 285.

y honrándolo oficialmente con los ritos de rigor. Tal fue el final que tuvo Judas, quien había sido un hombre bravo y aguerrido y que tuvo siempre presente en su mente los consejos de su padre Matatías, y capaz de hacer y sufrir cualquier cosa por la libertad de sus conciudadanos. Al haber logrado, pues, tal dosis de valor, dejó tras sí la más excelente fama y recuerdo, luego de haber liberado a su nación y haberla arrancado de la esclavitud bajo los macedonios. Y murió después de haber ocupado la dignidad de Sumo Sacerdote [153] durante tres años.



[153] Cf. cap. 414.

Libro XIII

RESUMEN:

1. Cómo Jonatán por su condición de hermano de Judas ocupó la jefatura a la muerte de aquél.
2. Cómo, al llevar la guerra contra Bánquides, lo obligó a salir del país luego de firmar con él un tratado de amistad.
3. Cómo Alejandro, el hijo de Antíoco Epífanes, llegó a Siria y le declaró la guerra a Demetrio.
4. Cómo Demetrio por medio de unos embajadores que envió a conferenciar con Jonatán firmó con él un tratado de asistencia mutua militar luego de agasajarlo a él y a nuestro pueblo con numerosos presentes.
5. Cómo Alejandro, al llegar a sus oídos esta noticia, superó los dones ofrecidos por Demetrio y, habiendo designado a Jonatán Sumo Sacerdote, logró persuadirlo a aliarse con él.
6. Tratado de amistad, firmado por estas mismas fechas entre Onías y Ptolemeo Filométor, y cómo aquél edificó el llamado Templo de Onías a imagen del existente en Jerusalén.
7. Cómo Alejandro, una vez muerto Demetrio, honró grandemente a Jonatán.
8. Cómo Demetrio, el hijo de Demetrio, luego de desembarcar en Siria procedente de Creta y de atacar y vencer a Alejandro, se convirtió él en rey, tras firmar un tratado de amistad con Jonatán.

9. Cómo Trifón de Apamea, luego de vencer en guerra a Demetrio, entregó el reino a Antíoco, el hijo de Alejandro, tras haber hecho el propio Trifón a Jonatán su aliado.
10. Cómo Trifón, cuando Demetrio fue cogido prisionero por los partos, violó el acuerdo firmado con Jonatán y cómo, después de apoderarse de él a traición, lo mató y declaró la guerra a su hermano Simón.
11. Cómo el pueblo puso en manos de su hermano Simón la jefatura del ejército y lo designó Sumo Sacerdote.
12. Cómo él, tras hacerse aliado de Antíoco, el hermano de Demetrio y también llamado el Piadoso, sitió en Dara a Trifón.
13. Cómo Antíoco, una vez aniquilado Trifón, atacó a Simón y cómo éste, tras vencer a su general Cendebeo, lo expulsó de Judea.
14. Cómo Simón murió asesinado a traición en un banquete por su yerno Ptolemeo, y cómo Ptolemeo, tras encarcelar a la mujer e hijos de aquél, intentó ocupar él el poder.
15. Cómo Hircano, el más joven de los hijos de Simón, anticipándose a él y tomando la jefatura, sitió a Ptolemeo, encerrándolo en cierta fortaleza de nombre Dagón.
16. Cómo Antíoco, de sobrenombre Piadoso, tras emprender una expedición militar contra Hircano y poner sitio a la ciudad de Jerusalén, lo levantó después de recibir de manos de Hircano trescientos talentos y de acordar con él un tratado de asistencia mutua militar y de amistad.
17. Expedición militar de Hircano contra Siria tras la muerte de Antíoco en Media y cómo él tomó numerosas ciudades por la fuerza.
18. Tratado de amistad de Alejandro, de sobrenombre Zabinas, con Hircano.
19. Cómo Antíoco el Ciziceno se vio obligado a abandonar Judea al ser derrotado por Hircano.
20. Cómo Aristobulo fue el primero en ceñirse la corona real, tras hacerse con el poder.
21. Cómo, una vez muerto Aristobulo, su hermano Alejandro, que le sucedió en el mando, emprendió una expedición militar contra Siria, Fenicia y Arabia, y puso bajo su férula a numerosas naciones.
22. Victoria de Ptolemeo, el hijo de Sátiro, en la lucha entablada contra él.

23. Cómo Demetrio, de sobrenombre el Oportuno, venció a Alejandro en la expedición militar que emprendió contra él.
24. Expedición militar de Antíoco, el conocido también por el nombre de Dioniso, contra Judea, y cómo triunfó en la batalla.
25. Cómo tras la muerte de Alejandro su mujer Alejandra ocupó el trono durante nueve años y cómo después de una vida en paz y con gloria acabó sus días.

Este libro cubre un período de ochenta y dos años.

1. *Bánquides oprime a los judíos tras la muerte de Judas (1 Mac.* 9, 23). 1.1. Así, pues, de qué manera la nación judía, que los macedonios habían reducido a la esclavitud, recuperó la libertad y cuántas y cuán grandes fueron las contiendas por que pasó su general Judas hasta que murió luchando por ellos es lo que hemos referido en el libro anterior. Tras su muerte [1] todos los grupos impíos y que habían transgredido la Constitución patria existentes volvieron a crecer entre los judíos y encontrándose en plenitud de fuerzas los maltrataban por todos los medios imaginables. Y colaboraba con su maldad también el hambre que asolaba el país, y que fue tan intensa que muchos por falta de provisiones y no poder resistir los estragos venidos de ambas plagas, el hambre y los enemigos, desertaron a los macedonios. Bánquides, por su parte, tras reunir a los judíos que habían apostatado de sus costumbres patrias y que habían preferido una norma de conducta común a todos los demás, puso en sus manos el gobierno del país, quienes también, cuando se apoderaban de los amigos y partidarios de Judas, se los entregaban a Bánquides. Y éste, tras torturarlos y maltratarlos primero a placer, luego ya acababa con su vida. Y, al ser este sufrimiento por el que pasaban los judíos tan duro como ellos no lo habían experimentado desde el regreso de Babilonia, los camaradas de Judas supervivientes, al ver que su nación perecía de una manera lamentable, acercándose a su hermano Jonatán le pidieron que imitara a su hermano y la protección que aquél había prestado a sus compatriotas, llegando incluso a morir por la libertad del común de la

[1] Ocurrida en el año 161 a. C.

nación, y que no consintiera que su pueblo se encontrara desprotegido ni fuera víctima de las calamidades por las que era aniquilado. Y Jonatán, tras asegurar estar dispuesto a morir por ellos y a no ser considerado bajo ningún concepto inferior a su hermano, fue designado general de los judíos [2].

7. *Jonatán escapa a las insidias de Bánquides (1 Mac.* 9, 32). 2. Bánquides, al oír esto y temer que Jonatán causara problemas al rey y a los macedonios, como antes Judas, intentaba matarlo a traición. Pero no pasó inadvertido a Jonatán ni tampoco a su hermano Simón que Bánquides había concebido este plan, sino que, dado que éstos se enteraron de ello, tras tomar consigo a todos sus seguidores escaparon rápidamente al desierto más próximo a la ciudad y, tras alcanzar la extensión de agua llamada la Laguna de Asfar, se quedaron a vivir allí. Y Bánquides, al enterarse de que habían partido y se encontraban en aquel lugar, marchó contra ellos con todas sus fuerzas, y, después de haber fijado su campamento al otro lado del Jordán, hacía que sus fuerzas se recuperaran del cansancio. Y Jonatán, al tener conocimiento de que Bánquides venía contra él, envió a su hermano Juan, también llamado Gadis [3] junto a los árabes nabateos para depositar bajo su custodia sus pertenencias personales hasta que hubieran terminado la guerra contra Bánquides, habida cuenta de que los nabateos eran sus amigos. Por lo que respecta a Juan, cuando iba de camino en dirección a los nabateos le tendieron una emboscada desde la ciudad de Medaba los hijos de Amareo, en la que lo apresaron no sólo a él, sino también a sus acompañantes, y, tras arrebatarles todos los efectos que llevaban, mataron a Juan [4] y a todos sus camaradas. Sin embargo, los hijos de Amareo pagaron el justo castigo por este crimen a sus hermanos, castigo al que nos referiremos dentro de poco [5].

12. *Bánquides ataca a los judíos en sábado (1 Mac.* 9, 43). 3. Bánquides, al tener conocimiento de que Jonatán había fijado su

[2] Cf. *Guerra judía* 1, 48.

[3] Cf. *Ant. jud.* 12, 266.

[4] En situación y momento distintos ocurrió todo esto según *Guerra judía* 1, 47.

[5] En cap. 18-21.

campamento en las marismas del Jordán, tras aguardar al sábado marchó contra él, en la idea de que no combatiría en ese día por motivos legales. Pero Jonatán, después de arengar a sus seguidores y decirles que sus vidas estaban en peligro al encontrarse cogidos en medio del río y de los enemigos, con lo que no tenían medio de huir (pues éstos los atacaban por delante y el río estaba a sus espaldas), suplicó a Dios que les otorgara la victoria y, tras ello, trabó combate con los enemigos. Después de abatir a muchos de ellos, cuando vio a Bánquides venir temerariamente contra él, extendió la mano derecha con intención de golpearlo. Pero como aquél previera su movimiento y se substrajera, en consecuencia, al golpe, Jonatán corrió con sus seguidores hasta el río, que cruzó a nado, y de esta manera consiguieron ponerse a salvo al otro lado del Jordán, toda vez que los enemigos ya no cruzaron el río, sino que Bánquides regresó al punto a la ciudadela de Jerusalén, después de haber perdido sobre unos dos mil soldados de su ejército. Y Bánquides, después de haber conquistado numerosas ciudades de Judea, las fortificó: Jericó, Emaús, Betoron, Betel, Tamnata, Farato, Tocoa y Gázar, y, tras haber construido torres en cada una de las ciudades y haberlas rodeado de murallas sólidas y de unas dimensiones extraordinarias, estacionó fuerzas en ellas, con objeto de que, tomándolas como punto de operaciones, pudieran causar daño a los judíos. Pero la que fortificó mejor fue la ciudadela de Jerusalén. Y, después de tomar como rehenes a los hijos de los principales de Judea, los encerró en la ciudadela y así los guardó.

18. *Jonatán y Simón vengan la muerte de su hermano Juan (1 Mac.).* 4. Y hacia la misma época uno que se presentó a Jonatán y a su hermano Simón les anunció que los hijos de Amareo iban a celebrar una boda y a conducir a la novia, hija de un personaje ilustre entre los árabes, desde la ciudad de Nabata, y que el acompañamiento de la joven había de ser espléndido y lujoso. Entonces Jonatán y Simón con los suyos, convencidos de que se les había presentado la ocasión más propicia para vengar a su hermano y dando por supuesto que tomarían represalias contra ellos con toda facilidad por la muerte de su hermano, marcharon a Médaba[6] y, una vez allí, esperaron a los enemigos ocultos en el monte. Y, cuando los vieron acom-

[6] Cf. cap. 11.

pañando a la novia, al novio y a la multitud de amigos que iba con ellos como es natural cuando se trata de bodas, tras saltar del lugar en que estaban apostados los mataron a todos, y, tras apoderarse de los atavíos y de todas las otras prendas que acompañaban a la gente, regresaron. Tal fue la tremenda venganza que ellos tomaron contra los hijos de Amareo por la muerte de su hermano Juan, y es que fueron aniquilados los propios hijos de Amareo y los amigos que los acompañaban, así como también sus mujeres e hijos, ascendiendo a unos cuatrocientos.

22. *Bánquides regresa a Siria (1 Mac.* 9, 42). 5. Así, pues, Simón y Jonatán, tras regresar a las marismas del río, se quedaron allí. Bánquides, por su parte, una vez que se hubo asegurado Judea entera con guarniciones, volvió junto al rey. Y entonces la situación en Judea estuvo tranquila durante dos años. Pero los renegados e impíos [7] al observar que Jonatán y los suyos vivían en el país con suma tranquilidad por la paz reinante, enviaron emisarios al rey Demetrio para rogarle que mandara a Bánquides para el apresamiento de Jonatán, puesto que, según le indicaban, ello se produciría sin dificultad alguna y, cayendo una noche sobre Jonatán y los suyos inesperadamente, los matarían a todos. Y, tras enviar allá el rey a Bánquides, éste, una vez que llegó a Judea, en una carta que escribió a los amigos, tanto judíos como aliados, les dijo que le ayudaran a capturar a Jonatán. Y, aunque todos se afanaron por ello, sin embargo no pudieron apoderarse de Jonatán (puesto que se guardaba mucho de ello, conocedor de la insidia de que era objeto), por lo que Bánquides, irritado contra los renegados por considerar que habían mentido no sólo a él mismo, sino al propio rey, tras coger a cincuenta de ellos, que eran los jefes, los mató. Por su parte, Jonatán, acompañado de su hermano y seguidores, se retiró a Betalaga, aldea situada en el desierto, por miedo a Bánquides, y, al levantar en ella torres y rodearla de murallas, se mantuvo seguro, sólidamente protegido. Bánquides, a su vez, al oir esto, conduciendo su propio ejército y habiendo tomado consigo a los judíos aliados suyos, llegó hasta Jonatán, y, atacando sus fortificaciones, puso sitio a la ciudad durante numerosos días. Pero Jonatán no cedió a la presión del asedio, sino que, resistiendo

[7] Cf. cap. 4.

valerosamente, dejó dentro de la ciudad a su hermano Simón para que atacara a Bánquides, mientras que él, después de salir secretamente al campo y de formar manípulos muy nutridos con sus partidarios, irrumpió de noche en el campamento de Bánquides y, tras haber aniquilado a una gran cantidad de ellos, hizo claro también a su hermano Simón que había irrumpido sobre los enemigos. Pues, en efecto, también éste, al percatarse de que los enemigos estaban siendo matados por Jonatán, salió contra ellos, acción en la que no sólo hizo pasto de las llamas los ingenios militares macedonios utilizados en el asedio de la ciudad, sino que también llevó a cabo una matanza bastante grande de ellos. Y Bánquides, al ver que tenía cortada la retirada y que lo acosaban unos por delante y otros por detrás, se hundió en el desánimo y a la vez también en la turbación de pensamiento, abatido por el resultado inesperado del asedio. Descargó, sin embargo, la furia por esto en los renegados que habían pedido al rey su ida allí[8], por considerarlos unos embusteros. De todas formas quería regresar a su tierra finalizando honrosamente el asedio, si es que podía conseguirlo.

32. *Jonatán y Bánquides hacen la paz (1 Mac.* 9, 70). 6. Y Jonatán, al comprender sus sentimientos, envió a su presencia embajadores con la misión de gestionar un tratado de paz y asistencia militar, con objeto de devolverse mutuamente los prisioneros que unos y otros habían hecho. Bánquides, convencido de que esto representaba la retirada mas honrosa posible, acordó con Jonatán un tratado de amistad, y juraron que de allí en adelante no emprenderían acciones militares el uno contra el otro. Y Bánquides, tras devolver los prisioneros que tenía en su poder y recuperar los propios, regresó a Antioquía para reunirse con el rey. Y después de este regreso ya no volvió a invadir Judea. Por su parte, Jonatán, que consiguió esta tranquilidad y fijó su residencia en la ciudad de Macma, dirigía desde esta plaza la administración de su pueblo, y, castigando a los perversos e impíos, purificaba así a la nación de esta plaga.

35. *Alejandro Balas invade Siria. Demetrio solicita la ayuda de Jonatán (1 Mac.* 10, 1). 2.1. Pero en el año ciento sesenta[9] ocu-

[8] Cf. caps. 23 y 25.

[9] De la era seleúcida, fundada en el 312 a. C., por lo que corresponde al año 152 a. C.

rrió que Alejandro [10], el hijo de Antíoco Epífanes, luego de subir a Siria se apoderó de Ptolemaide por la traición de los soldados estacionados en su interior. Y es que sentían hostilidad hacia Demetrio por su orgullo e inaccesibilidad. En efecto, tras encerrarse en un palacio provisto de cuatro torres que había construido él mismo no lejos de Antioquía, no recibía a nadie, pero es que además era insolente y dejado para llevar la administración del Estado, lo que constituyó un motivo más para que prendiera en su súbditos un sentimiento de odio contra él, como hemos señalado ya en otros lugares anteriores [11]. Pues bien, al llegar a oídos de Demetrio la noticia de que Alejandro se encontraba en Ptolemaide, tras poner en pie de guerra a todas sus fuerzas, las condujo contra él. Pero envió también embajadores a Jonatán para proponerle un tratado de asistencia militar y de amistad, pues había decidido anticiparse a Alejandro, no fuera que aquél, llevándole la delantera en entablar conversaciones y negociaciones con él, obtuviera su concurso. Y actuaba así por miedo a que Jonatán, guardándole rencor por su anterior hostilidad, lo atacara uniéndose a Alejandro. Y en esa embajada le encomendó que reclutara fuerzas y que preparara armas y asimismo que recuperara a los rehenes judíos que Bánquides había encerrado en la ciudadela de Jerusalén [12]. Consecuentemente, Jonatán, al llegarle tales propuestas de Demetrio, se presentó en Jerusalén y allí leyó la carta del rey ante una audiencia compuesta no sólo por el pueblo sino también por las guarniciones que protegían la ciudadela [13]. Cuando el contenido de esta carta hubo sido leído, los impíos y renegados que ocupaban la ciudadela cogieron miedo, al haber permitido el rey a Jonatán reclutar un ejército y recuperar a los niños rehenes. Y él, Jonatán, los devolvió a sus respectivos padres, a cada uno el suyo. Así es como Jonatán fijó su estancia en Jerusalén, restaurando las edificaciones de la ciudad y reparando cada una de ellas a su gusto. En este sentido,

[10] Supuestamente hijo de Antíoco IV Epífanes, Alejandro Balas se hizo rey de Siria tras la derrota y muerte de Demetrio I Soter. Su reino terminó con su muerte en el año 145 a. C.

[11] Como esta cita no encuentra confirmación en ninguna obra de Josefo hay que deducir que ella reproduce el texto de la fuente de la que Josefo tomó este dato.

[12] Cf. cap. 17.

[13] Guarnición siria o prosiria (los judíos renegados). Cf. cap. 17.

ordenó que fueran reconstruidas también la murallas de la ciudad de Jerusalén[14] con piedras cuadrangulares, para que ofrecieran más seguridad contra los enemigos. Al observar esto las guarniciones de las plazas fuertes de Judea las abandonaron todas y huyeron a Antioquía salvo las guarniciones estacionadas en la ciudad de Betsur y en la ciudadela de Jerusalén, puesto que éstas estaban integradas en su mayor parte por los judíos impíos y renegados, motivo por el que no abandonaron estas plazas.

43. *Alejandro Balas intenta ganarse a Jonatán (1 Mac.* 10, 15). 2. Al tener conocimiento Alejandro de las promesas que Demetrio había hecho a Jonatán y tener constancia asimismo de la valía de aquel hombre y de cuántos males había causado a los macedonios en la guerra, y a su vez de qué calamidades había sufrido él a manos de Demetrio y Bánquides, el general de Demetrio, dijo a sus amigos que en el momento presente no podía haber encontrado un aliado mejor que Jonatán, habida cuenta de que él no sólo era bravo en las guerras, sino que también guardaba un odio particular contra Demetrio, por haber sufrido a manos de él infinitas calamidades y causado otras tantas. Y terminó con las siguientes palabras textuales: «Consiguientemente, si decidimos hacerlo nuestro amigo contra Demetrio, actualmente no hay nada más útil que proponerle un tratado de asistencia mutua militar». Así, pues, como hubiera decidido él y sus amigos enviar emisarios a Jonatán, le escribió la siguiente carta: «El rey Alejandro saluda a su hermano[15] Jonatán. Desde hace largo tiempo ha llegado a nuestros oídos noticia de tu valentía y lealtad, y ésta es la razón por la que te hemos enviado una embajada para proponerte un tratado de amistad y de asistencia militar mutua. Por otro lado, te declaramos en el día de hoy Sumo Sacerdote de los judíos y te honramos con el título de amigo mío. Te he enviado también en concepto de regalo un vestido de púrpura y una corona de oro, y te invito, una vez que has recibido de nosotros estas muestras de aprecio, a que te comportes igual con nosotros».

46. *Demetrio presenta otra contrapropuesta a Jonatán (1 Mac.* 10, 21). 3. Por su parte, Jonatán, una vez que hubo recibido

[14] Las que habían sido derribadas por Antíoco Eupátor: cf. *Ant. jud.* 12, 382 y ss.

[15] Una forma de *captatio benevolentiae.*

esta carta, se puso la indumentaria de Sumo Sacerdote cuando llegó la fiesta de los Tabernáculos, cuatro años [16] después de la muerte de su hermano Judas [17] (y es que durante ese intervalo de tiempo no había habido ningún Sumo Sacerdote). Y reunió fuerzas cuantiosas y fabricó gran cantidad de armas. Y a Demetrio le dolió mucho cuando lo supo y se echó a sí mismo la culpa por su lentitud en no haberse anticipado a Alejandro en ganarse con regalos la voluntad de Jonatán y haberle dejado a aquél la oportunidad de ello. Por eso escribió también una carta a Jonatán y al pueblo judío con el siguiente contenido: «El rey Demetrio saluda a Jonatán y a la nación judía. En atención a que habéis preservado intacto el tratado de amistad que os une a Nosotros y no os habéis pasado a mis enemigos, pese a haberlo intentado ellos, no sólo alabo esta vuestra lealtad, sino que además os animo a que permanezcáis en igual posición, para con ello recibir de Nosotros la justa correspondencia y agradecimiento. En efecto, eximiré a vuestro pueblo de los tributos y contribuciones que pagabais a los reyes que me precedieron y a mí mismo, y desde el instante presente os relevo de los tributos que desde siempre veníais aportando. Y, además de eso, os condono también el importe de la sal y de las coronas que nos aportabais, y en vez de la aportación del tercio de los frutos y la mitad de la madera os eximo desde el día de hoy de la parte que me corresponde a mí. Y lo que debía serme entregado por cada persona de las que habitan en Judea y en las tres provincias colindantes con Judea como son Samaria, Galilea y Perea, renuncio a ello en favor vuestro desde hoy y para siempre. Y, en lo que a la ciudad de Jerusalén respecta, quiero que sea sagrada, inviolable y libre del pago del diezmo y de las contribuciones hasta el límite de sus fronteras. Y su ciudadela la confío a vuestro Sumo Sacerdote Jonatán y, a su vez, le permito que estacione en ella en función de guarnición a los hombres que él considere leales y amigos, para que la protejan. Y asimismo dejo libres a los judíos que fueron hechos prisioneros y que ahora están reducidos a la condición de esclavos en mi reino. Y ordeno que las bestias de carga de los judíos no sean requisadas para nuestro ejército. Y los judíos estarán exentos de trabajar los sábados, todos los días de fiesta y tres días

[16] Pero *siete* según *1 Macabeos* 10, 21, y *Ant. jud.* 20, 237.
[17] Judas murió en el año 159 a. C.

antes de la fiesta. E igualmente también dejo libres y exentos de toda molestia a los judíos que habitan en mi reino, y a los que quieran alistarse en mi ejército les doy permiso para ello, cosa que podrán hacer hasta alcanzar la cifra de los treinta mil hombres. Y en cualquier expedición en que tomen parte recibirán la misma paga que perciben mis propios hombres. Y destacaré a algunos de ellos en las plazas fuertes y a otros los asignaré a mi propia guardia personal, y a algunos otros los pondré al frente de los asuntos de mi corte. Y os permito también conduciros por vuestras leyes tradicionales y que las preservéis, y quiero que estén subordinadas a vosotros las gentes que residen en los tres departamentos adyacentes a Judea, y, asimismo, que quede al cuidado del Sumo Sacerdote que ningún judío pueda venerar otro templo más que únicamente el de Jerusalén. Y de mi peculio particular doy también anualmente para los gastos que implican los sacrificios ciento cincuenta mil dracmas, y quiero que el sobrante de ese dinero sea para vosotros. Y las diez mil dracmas que percibían del Templo los reyes os las dejo para vosotros, por convenir ellas para los sacerdotes que ofician los servicios religiosos para el pueblo. Y asimismo todos los que se refugien en el Templo de Jerusalén o en cualquiera de sus dependencias, bien porque deben dinero al rey o por cualquier otra causa, deberán ser declarados libres y sus propiedades quedarán a salvo. Y permito también que restauréis y reedifiquéis el Templo, corriendo de mi cargo los gastos que ello origine, y asimismo os concedo que reconstruyáis las murallas de la ciudad y que levantéis torres elevadas, corriendo también de mi cuenta todas estas edificaciones. Y si hay también alguna plaza cuya fortificación convenga que se haga para seguridad del territorio judío, también esta obra será efectuada a cargo mío».

58. *Demetrio muere al enfrentarse a Alejandro Balas (1 Mac.* 10, 48). 4. Pues bien, esto fue lo que Demetrio prometió y ofreció a los judíos en la carta que les escribió. El rey Alejandro, por su parte, tras reunir cuantiosas fuerzas, integradas por mercenarios y los soldados que se le sumaron de Siria, marchó contra Demetrio y, entablada batalla, el flanco izquierdo de Demetrio puso en fuga a los adversarios y los persiguió hasta muy lejos, consiguiendo matar a muchos de ellos y saquear su campamento, pero el derecho, donde resultó encontrarse Demetrio, fue derrotado. Y todos los demás huyeron, mientras que

Demetrio, combatiendo heroicamente, aniquiló a un número no pequeño de enemigos, pero según perseguía a los restantes metió el caballo en un lodazal profundo, del que era imposible salir, donde ocurrió que, al caer el caballo y no poder escapar él, fue matado. En efecto, al ver los enemigos el percance que le había ocurrido, volvieron y, rodeando a Demetrio, disparaban todos ellos sus dardos contra él. Pero Demetrio, ya en tierra, se defendía bravamente, aunque al final, tras haber recibido múltiples heridas y no poder resistir ya más, cayó. Así es como acabó Demetrio, después de haber reinado durante once años [18], según hemos señalado ya en otros lugares [19]

62. *El Sumo Sacerdole Onías busca un lugar para un templo en Egipto.* 3.1. Por su parte, el hijo [20] del Sumo Sacerdote Onías y que era homónimo de su padre, hijo que, como ya dijimos anteriormente, tras refugiarse en la corte del rey Ptolemeo, llamado también Filométor, residía en Alejandría, al ver que Judea era maltratada por los macedonios y los reyes de éstos y desear forjarse un recuerdo y gloria eterna, decidió enviar emisarios al rey Ptolemeo y a la reina Cleopatra a fin de pedirles permiso para edificar un templo en Egipto similar al de Jerusalén y asignarle levitas y sacerdotes de su propia familia. Y pretendía esto confiando especialmente en el profeta Isaías, quien, habiendo vivido más de seiscientos años antes, había predicho que tenía que ser edificado necesariamente en Egipto un templo en honor de su Divina Majestad por un varón judío. Onías, dejándose llevar, pues, por esto, escribió a Ptolemeo y Cleopatra una carta que decía lo siguiente: «Os he prestado a vosotros muchos y grandes servicios en acciones bélicas con la ayuda de Dios. He estado tanto en Cele-Siria como en Fenicia y he llegado con los judíos a Leontópolis, perteneciente al nomo de Heliópolis [21], y a otras localidades de mi nación y, tras haber encontrado que muchísimas de ellas tenían templos improcedentes y que a causa de ello se guardaban animad-

[18] Pero según Polibio y Eusebio reinó *doce* años, habiendo empezado el año 162 a. C.

[19] No consta en la obra conservada de Josefo, por lo que hay que pensar que esta fórmula procede maquinalmente de la fuente de Josefo.

[20] Cf. *Ant. jud.* 12, 237 y 387 y ss.

[21] Cf. *Guerra judía* 1, 33, y 7, 423-432.

versión los unos a los otros, cosa que ocurre también entre los egipcios por la multiplicidad de sus templos y no compartir unánimemente los mismos cultos, resulta que he encontrado en la fortaleza conocida por el nombre de Bubastis del Campo un lugar sumamente apropiado para mi objeto, frondoso por los bosques variopintos que encierra y rebosante de animales sagrados, donde os pido que me concedáis eliminar el templo allí existente, dado que no tiene propietario y se encuentra derruido, y edificar en su lugar otro en honor de su Divina Majestad a imagen y semejanza del de Jerusalén y con sus mismas dimensiones para bien de tu persona y de tu esposa e hijos, a fin de que los judíos residentes en Egipto puedan reunirse en él en mutua concordia y prestarte los servicios que requieras. Y es que el profeta Isaías predijo lo siguiente: "Habrá en Egipto un altar en honor de Dios nuestro Señor[22]". Pero la verdad es que pronunció otras muchas profecías de este tenor impulsado por las características del lugar en cuestión».

69. *Ptolemeo VI Filométor* (186-145 a.C.) *permite a Onías construir un templo en Leontópolis.* 2. Esto escribió Onías al rey Ptolemeo. Y puede comprenderse su profunda piedad y la de su hermana y esposa Cleopatra por la carta que le remitieron. Y es que hicieron recaer sobre la cabeza de Onías el pecado y transgresión de la ley llevados a cabo por éste, pues le remitieron una carta que decía así: «El rey Ptolemeo y la reina Cleopatra saludan a Onías. Hemos leído la exhortación que nos haces cuando nos pides que se te permita eliminar el templo derruido que hay en Leontópolis, perteneciente al nomo de Heliópolis, lugar sagrado conocido por la denominación de Templo de Bubastis del Campo. Y esto es lo que lleva a extrañarnos de que sea grato a Dios un templo que va a ser fundado en un lugar agreste y repleto de animales sagrados. Pero puesto que, según tú aseguras, el profeta Isaías lo predijo desde mucho tiempo atrás, te lo concedemos, manteniendo nuestras reservas de que ello se ajuste a las exigencias de la ley, y todo ello para evitar nosotros dar la impresión de haber pecado contra Dios».

72. *El templo de Onías.* 3. Así, pues, una vez que Onías tomó posesión del lugar en cuestión, construyó en él un templo con un

[22] Cf. *Isaías* 19, 19. Pero esta frase atribuida a Isaías tal vez sea una interpolación introducida por algún autor tardío.

altar a Dios igual al de Jerusalén, sólo que más pequeño y pobre. Sus dimensiones y objetos no he creído necesario enumerarlos ahora, puesto que fueron descritos en el libro séptimo de mi obra la *Guerra judía*[23]. Y Onías encontró también a algunos judíos iguales a él, tanto sacerdotes como levitas, dispuestos a dar culto a Dios en aquel lugar. En fin, hemos dado suficiente información acerca de este templo.

74. *Ptolemeo VI Filométor favorece a los judíos alejandrinos en contra de los samaritanos.* 4. Pero ocurrió que sostuvieron mutuas disputas en Alejandría los judíos y los samaritanos que guardaban devoción al templo levantado en tiempos de Alejandro[24] en el Monte Garizín, y ello los llevó a apelar al propio Ptolemeo para resolver sus discrepancias concernientes a sus templos, dado que los judíos alegaban que el templo que había sido levantado de acuerdo con las leyes de Moisés era el de Jerusalén, mientras que para los samaritanos era el del Monte Garizín[25]. Y ambos bandos, acompañados de sus respectivos partidarios, invitaron al rey a que, sentado en su trono, escuchara las alegaciones relativas a los referidos templos y a que condenara a muerte a los que perdieran el pleito. Pues bien, el alegato en pro de los samaritanos corrió a cargo de Sabeo y Teodosio, y la defensa de la causa de las gentes de Jerusalén y de los judíos a cargo de Andrónico, el hijo de Mesalamo. Y ambas partes juraron por Dios y por el rey que presentarían las pruebas de acuerdo con la ley, y exhortaron al rey a que matara al que cogiera violando los juramentos prestados. Así, pues, el rey, tras tomar consigo para un mejor asesoramiento a muchos de sus amigos, se sentó en el trono, dispuesto a escuchar a los contendientes. Y los judíos residentes en Alejandría estaban sumamente angustiados por la suerte de los hombres cuya misión consistía en mostrar su indignación por el caso del Templo de Jerusalén, puesto que les molestaba tremendamente que alguien fuera a derribarlo, cuando se trataba de un templo tan antiguo y el más famoso del mundo. Y, como Sabeo y Teodosio concedieran a Andrónico el privilegio de presentar sus alegatos el primero, empezó las pruebas

[23] *Guerra judía* 7, 423 y ss.
[24] Cf. *Ant. jud.* 11, 324.
[25] Una controversia similar puede verse en *Ant. jud.* 12, 10.

recurriendo a la ley y a los sucesivos Sumos Sacerdotes, demostrando que cada uno de ellos había gobernado el Templo heredando esta dignidad de su padre y que todos los reyes de Asia habían honrado este Templo con ofrendas y deslumbrantes regalos, mientras que al de Garizín nadie lo había tenido en cuenta ni prestado atención, como si no existiera. Con estos alegatos y otros muchos similares a éstos Andrónico persuadió al rey, por un lado, a fallar que el Templo de Jerusalén había sido edificado conforme a las exigencias de las leyes de Moisés, y, por otro, a matar a la pareja formada por Sabeo y Teodosio. Estos fueron los sucesos que acontecieron a los judíos de Alejandría en tiempos de Ptolemeo Filométor.

80. *Alejandro Balas se casa con la hija de Ptolemeo Filométor. (1 Mac.* 10, 51). 4. 1. Muerto Demetrio en la batalla, como más arriba[26] indicamos, Alejandro, luego de hacerse con el trono de Siria, escribió a Ptolemeo Filométor pretendiendo a su hija en matrimonio, diciéndole que era justo que él trabara parentesco con quien había recuperado el imperio paterno, con quien había sido atraído a él por la Divina Providencia y había triunfado sobre Demetrio y con quien no había de ser tampoco por los demás conceptos indigno de su parentesco. Y Ptolemeo le contestó con otra carta aceptando con agrado su pretensión y diciéndole que se alegraba de que hubiera recuperado el imperio que fue de su padre, al tiempo que prometía darle a su hija y le mandaba que fuera a encontrarse con él a Ptolemaide, a donde le llevaría a su hija, puesto que, según le comunicaba, él la acompañaría desde Egipto hasta esa ciudad, donde la casaría con él. Y Ptolemeo, tras haberle escrito esta carta, se apresuró a llegar a Ptolemaide con su hija Cleopatra. Y al encontrar que Alejandro había llegado ya allí a su encuentro como le había encargado, le entregó a su hija en matrimonio y, en concepto de dote, toda la plata y el oro que es natural que dé un rey.

83. *Jonatán es honrado por Alejandro Balas y Ptolemeo Filométor (1 Mac.* 10, 59). 2. Y, con ocasión de la celebración de la boda, Alejandro escribió una carta al Sumo Sacerdote Jonatán, en

[26] Cf. cap. 61.

la que le mandaba que acudiera a Ptolemaide. Y, tras presentarse ante los reyes y haberlos agasajado con espléndidos regalos, gozó de los honores de ambos. Y Alejandro lo obligó a desprenderse de la indumentaria habitual y a ponerse una vestimenta de púrpura[27] y, después de hacer que él se sentara a su lado en el estrado, ordenó a sus mandos que, presentándose en compañía de Jonatán en el centro de la ciudad, proclamaran por voz de heraldo que a nadie le estaba permitido hablar mal de él ni causarle problemas. Cuando los referidos mandos de Alejandro hubieron hecho esto, al observar el honor con que el rey había tratado por voz de heraldo a Jonatán los que habían venido dispuestos a acusarlo y que le tenían animadversión escaparon a la carrera, por miedo a que además recibieran algún castigo. Y el rey Alejandro dio tan altas muestras de afecto hacia Jonatán que lo inscribió en el primer puesto de sus amigos.

86. *Demetrio II Nicátor de Siria se enfrenta a Alejandro Balas (1 Mac.* 10, 67). 3. En el año ciento sesenta y cinco[28] Demetrio[29], el hijo de Demetrio, acompañado de numerosos mercenarios que le había proporcionado Lástenes el cretense, partió de Creta y desembarcó en Cilicia. Este hecho infundió inquietud y turbación a Alejandro cuando se enteró de ello, e inmediatamente corrió de Fenicia a Antioquía, para asegurarse la situación de allí antes de que llegara Demetrio. Pero dejó como gobernador de Cele-Siria a Apolonio Taos[30], quien, habiendo llegado a Jamnia acompañado de cuantiosas fuerzas, envió emisarios al Sumo Sacerdote Jonatán, para decirle, por un lado, que era injusto que fuera él el único en vivir tranquilo y a su aire sin unirse a las filas del rey, y, por otro, que por esta actitud de no ponerse a las órdenes del rey se ganaba las censuras de todos. Y las últimas palabras que le dirigieron los embajadores fueron éstas: «No te engañes, pues, situado en las montañas, creyendo que ahí estás seguro, y, por otro lado, si confías en tus propias fuerzas baja al llano y mídete con mi ejército, y así la consecución de la victoria mostra-

---

[27] Símbolo de realeza.

[28] De la era seleúcida (iniciada en el año 312 a. C.), correspondiente al 147 a. C.

[29] Era el hijo mayor de Demetrio I y reinó una vez entre 145-141 y otra entre 129-126 a. C.

[30] Según *1 Macabeos* 69 fue nombrado por Demetrio.

rá al más valiente. De todas formas debes saber que los hombres mejores de cada ciudad se han unido a mi ejército. Y justamente son éstos los que en todo momento han vencido a tus antepasados. Por otro lado, deberás contender contra nosotros en un suelo tal en el que no te sea posible defenderte con piedras sino con armas y en el que no haya un sitio en que puedas refugiarte una vez derrotado».

91. *Jonatán vence a Apolonio (1 Mac.* 10, 74). 4. Irritado Jonatán por estas ofensas, y una vez que hubo reunido diez mil soldados, salió de Jerusalén acompañado también de su hermano Simón, y, al llegar a Jopa, fijó su campamento en las afueras de la ciudad, porque sus habitantes le cerraron las puertas, porque tenían en ella una guarnición estacionada allí por Apolonio. Pero, al disponerse Jonatán a su asedio, cogieron miedo a que se apoderara de su ciudad por la fuerza y por ello se las abrieron. Y Apolonio, cuando llegó a sus oídos la noticia de que Jopa había sido ocupada por Jonatán, tras tomar consigo a tres mil jinetes y a ocho mil soldados de infantería, llegó a Azoto, y, a partir de allí, efectuaba la marcha de una manera lenta y al paso. Y después de llegar a Jopa hizo como que se retiraba para así atraer a Jonatán a la llanura, porque lo despreciaba por la caballería de que disponía y en la que tenía depositada la esperanza de obtener la victoria. Y Jonatán, saliendo de la ciudad, persiguió a Apolonio hasta Azoto. Pero éste, cuando el enemigo llegó a la llanura, dándose la vuelta entabló combate con él. Y aunque Apolonio había apostado mil jinetes para tenderle una emboscada en un torrente para que se les aparecieran a los enemigos por la espalda, Jonatán no se asustó cuando se percató de ellos. Por el contrario, tras formar a su ejército en orden cuadrado se dispuso a rechazar a los enemigos por ambos frentes, enfrentándose a los que atacaban de cara y a los que lo hacían por la espalda. Y como la batalla se prolongara hasta el anochecer, Jonatán, luego de entregar a su hermano Simón una parte de sus fuerzas, le mandó que en el momento adecuado trabara combate contra las formaciones enemigas, mientras él ordenó a sus hombres que se cubrieran sus cuerpos con las armas y aguantaran así los proyectiles disparados contra ellos por los jinetes. Y ellos cumplieron lo mandado, mientras los jinetes de los enemigos, pese a que dispararon proyectiles hasta llegar incluso a agotarlos, no les causaron el menor daño, y esto porque los proyectiles disparados no penetraban en sus cuer-

pos, sino que al ser arrojados contra los escudos cerrados unos con otros y unidos en un solo bloque compacto eran contenidos fácilmente y resultaban vanos. Pero cuando los enemigos se encontraban exhaustos por estar disparando dardos contra ellos desde la mañana hasta la caída de la tarde, al darse cuenta Simón de que aquéllos estaban agotados trabó combate contra las formaciones enemigas, y como sus soldados pusieran en práctica suma pasión obligó a los enemigos a darse la vuelta y a huir. Entonces los jinetes, al contemplar estupefactos a las fuerzas de infantería huyendo, tampoco ellos aguantaron, sino que, al encontrarse exhaustos por combatir hasta la tarde y haber perdido la esperanza que les daba la presencia de las tropas de a pie, huyeron tan desordenada y atropelladamente que, rotas las líneas, se desperdigaron por toda la llanura. Pero como Jonatán los persiguiera hasta Azoto y aniquilara a muchos de ellos, los obligó, cuando habían renunciado ya a salvar la vida de otra manera, a refugiarse en el templo de Dagón[31] que había en Azoto. Pero Jonatán, tras tomar al asalto la ciudad, hizo pasto de las llamas no sólo a esta ciudad, sino también a las aldeas próximas. Y no se abstuvo de hacer lo mismo con el templo de Dagón, sino que también lo incendió y aniquiló a los que se habían refugiado en él. Y la cifra total de los enemigos caídos en el combate y calcinados en el santuario fue de ocho mil. Pues bien, Jonatán, una vez que hubo triunfado sobre fuerzas tan poderosas, partió de Azoto y se presentó en la ciudad de Ascalón, en cuyas afueras fijó su campamento, adonde salieron a recibirlo los habitantes de Ascalón, trayéndole regalos en son de hospitalidad y dispensándole honores. Y él, después de felicitarlos por su predisposición hacia él, regresó de allí a Jerusalén, llevándose sumas considerables de botín, obtenido tras su victoria sobre los enemigos. Alejandro[32], por su parte, al llegar a sus oídos la noticia de que había sido derrotado su general Apolonio, fingió alegrarse, y ello porque se había enfrentado en contra de su opinión a Jonatán, quien era su amigo y aliado, y, en este sentido, le envió una comisión para testimoniarle sus sentimientos y darle, en prueba de respeto y consideración, un broche de oro[33], como es costumbre que les sea dado a los parien-

---

[31] El viejo dios semítico del grano, adoptado por los filisteos. Cf. *Ant. jud.* 6, 1 y ss.

[32] Pero cf. lo dicho en cap. 88 y la nota consiguiente.

[33] Sobre presentes similares, cf. cap. 146.

tes [34] de los reyes, al tiempo que puso a su disposición para asentamiento de colonos la ciudad de Acarón y su provincia.

103. *Ptolemeo Filométor acude en ayuda de Alejandro Balas (1 Mac.* 11, 1). 5. Y por estas fechas también el rey Ptolemeo de sobrenombre Filométor llegó a Siria con fuerzas de mar y de tierra, para ayudar a Alejandro en la guerra, dado que era yerno suyo. Y los habitantes de todas las ciudades, que lo recibían animosamente por orden de Alejandro, lo acompañaron hasta la ciudad de Azoto, donde todos le hablaban a voz en grito del templo del dios Dagón que les había sido incendiado, acusando a Jonatán de haberlo destruido, así como de haber convertido en pasto de las llamas el país y de haber matado a muchos de sus habitantes. Y Ptolemeo, aunque oyó estas quejas, no hizo nada. Jonatán, por su parte, que había acudido a Jopa a entrevistarse con Ptolemeo, obtuvo de él no sólo espléndidos regalos y dones de hospitalidad sino también toda suerte de honores. Luego, tras acompañarlo hasta el río de nombre Eleutero, regresó de nuevo a Jerusalén.

106. *Ptolemeo Filométor descubre un complot de Alejandro Balas contra él.* 6. Y, una vez que hubo llegado a Ptolemaide, Ptolemeo estuvo a punto de perder la vida en contra de todo lo que cabía esperar, puesto que fue objeto de una conspiración urdida por Alejandro y llevada a cabo por Amonio, quien resultaba ser su amigo. Y, como la conspiración fuera puesta al descubierto, Ptolemeo escribió a Alejandro exigiendo la entrega de Amonio para que recibiera el justo castigo, diciéndole que aquél había tramado una conspiración contra él y pidiéndole por ello que sufriera la pena que se merecía. Y, al no entregárselo Alejandro, comprendió que había sido el propio Alejandro quien había urdido la conspiración, por lo que se puso muy a mal con él. A su vez, con los habitantes de Antioquía Alejandro ya había chocado anteriormente por culpa de Amonio, y esto porque habían sufrido numerosas calamidades a manos de él. Ahora bien, Amonio pagó el justo castigo que merecían sus crímenes, aunque intentó pasar

[34] En sentido honorífico. Cf. en esta línea de pensamiento *Ant. jud.* 12, 295.

desapercibido disfrazado con atuendos femeninos, como hemos indicado en otros lugares [35].

109. *Ptolemeo Filométor abandona a Alejandro y se pasa a Demetrio II (1 Mac.* 11, 10). 7. Y Ptolemeo, reprochándose a sí mismo tanto el haber casado a su hija con Alejandro como la ayuda militar que él le había prestado en su lucha contra Demetrio, rompió la relación de parentesco que le unía a él. En efecto, tras quitarle a su hija, envió inmediatamente emisarios a Demetrio para proponerle un tratado de asistencia militar y de amistad, prometiéndole al mismo tiempo entregarle en matrimonio a su hija y restablecerlo en el trono paterno. Y Demetrio, contento por el contenido de esta embajada, aceptó el tratado de asistencia militar y el matrimonio propuesto. Pero todavía le quedaba a Ptolemeo una prueba más, persuadir a los antioquenos a aceptar a Demetrio, dado que le guardaban animadversión por las iniquidades que su padre había cometido contra ellos. Pero la ganó también, puesto que los antioquenos, al aborrecer a Alejandro por culpa de Amonio, según indicamos [36], lo expulsaron fácilmente de Antioquía. Y Alejandro, echado de Antioquía, llegó a Cilicia. Y Ptolemeo, cuando visitó a los antioquenos, fue designado rey por ellos y las fuerzas expedicionarias, y se vio obligado a ceñirse dos coronas, una por Asia y otra por Egipto. Y como por su condición natural era bueno, justo y sin ambicionar una posición deslumbrante y, además de eso, perspicaz para intuir el futuro, optó por evitar parecer odioso a los romanos, y, tras reunir a los antioquenos en asamblea, procuró persuadirlos a que recibieran a Demetrio, diciéndoles que aquél, si era favorecido por ellos, no les guardaría rencor por su comportamiento con el padre de él, y, además de todo ello, convino en que él actuaría como maestro y guía para una buena conducta de Demetrio y prometió que, si él pretendía actuar deleznablemente, no se lo permitiría. Y, en lo que a sí mismo tocaba, les aseguró una y otra vez que le bastaba el trono de Egipto. Con estos razonamientos persuadió a los antioquenos a recibir a Demetrio.

116. *Muerte de Ptolemeo Filométor y Alejandro Balas.* 8. Y como Alejandro hubiera partido con un ejército numeroso y podero-

---

[35] No consta en la obra de Josefo este asunto, por lo que hay que considerar esta frase como una fórmula tomada por nuestro autor de su fuente.

[36] En cap. 108.

sos pertrechos de Cilicia a Siria y hubiera incendiado y saqueado las tierras de los antioquenos, Ptolemeo condujo su ejército contra él, acompañado de su yerno Demetrio (pues le había dado en matrimonio ya a su hija), quienes vencieron a Alejandro y lo pusieron en fuga. Pues bien, éste huyó a Arabia. Pero en la batalla ocurrió que el caballo de Ptolemeo, al oir el berrido de un elefante, se alteró y, encabritándose, derribó a Ptolemeo, mientras los enemigos que lo vieron se lanzaron contra él e hicieron que corriera peligro de muerte por las numerosas heridas que le causaron en la cabeza. Y es que, cuando su guardia personal logró llevárselo, se encontró tan grave que durante cuatro días no pudo comprender nada ni pronunciar palabra. Y Zabilo, el reyezuelo de los árabes, tras cortarle la cabeza a Alejandro, se la remitió a Ptolemeo, quien, habiendo vuelto en sí al quinto día de haber recibido las heridas y recuperado el sentido, oyó y contempló la noticia y el espectáculo más delicioso, la muerte de Alejandro y su cabeza respectivamente. Y no mucho después, tras rebosar de alegría por la muerte de Alejandro, entregó también él su alma. Y Alejandro, de sobrenombre Balas, reinó en Asia durante cinco años[37], como hemos indicado ya en otros lugares[38].

120. *Demetrio II Nicátor sube al trono (1 Mac.* 11, 19). 9. Demetrio, de sobrenombre Nicátor[39], una vez que alcanzó el trono, empezó por maldad a aniquilar a los soldados de Ptolemeo, olvidándose no sólo de la alianza militar concertada con él, sino también de que era su suegro y pariente en razón de su matrimonio con Cleopatra. Consecuentemente, los soldados citados escaparon a su ataque marchándose para Alejandría, mientras que de los elefantes se apoderó Demetrio. Por su parte, el Sumo Sacerdote Jonatán, tras reunir un ejército de Judea entera, atacó y sitió la ciudadela de Jerusalén, que albergaba una guarnición macedónica y a algunos impíos y renegados del estilo de vida patrio. Pero éstos al principio hacían caso omiso de los intentos de Jonatán por tomarla, confiados en las fortificaciones del lugar, aunque por la noche algunos de los malvados que había allí y que lograron salir llegaron junto a Demetrio y le comunicaron el asedio a que estaba siendo sometida la ciudadela.

---

[37] Entre 150-145 a. C., como sus monedas atestiguan.

[38] Fórmula tomada por Josefo de la fuente de esta noticia, ya que no hay constancia de ella en la propia obra de nuestro autor.

[39] Cf. cap. 86 y la nota consiguiente.

Entonces él, irritado por la noticia, recogió a sus fuerzas y marchó desde Antioquía contra Jonatán. Y, al llegar a Ptolemaide, le escribió, mandándole que corriera a reunirse con él en Ptolemaide. Y él, aunque no abandonó el sitio, tomó consigo a los ancianos del pueblo y a los sacerdotes y portando oro, plata, vestimentas y gran cantidad de presentes de hospitalidad, llegó junto a Demetrio, y con estos regalos calmó la cólera del rey y, tras ser honrado por él, consiguió mantener seguro su cargo de Sumo Sacerdote, igual que lo había obtenido de los reyes anteriores. Y, aunque los renegados lo acusaban, Demetrio no les creyó. Pero aún hay más: cuando Jonatán rogó al rey que le pagara trescientos talentos por toda Judea y las tres provincias de Samaria, Jopa y Galilea, él se los dio y también una carta sobre política general, que abarcaba los siguientes extremos: «El rey Demetrio saluda a su hermano[40] Jonatán y a la nación judía. Aquí os envío copia de la carta que escribí a nuestro pariente[40] Lástenes, para que la conozcáis: El rey Demetrio saluda a su padre[40] Lástenes. A la nación judía, por ser amiga nuestra y observar un comportamiento justo hacia nosotros, he decidido darle las gracias por su afecto, regalarle los tres distritos de Aférema, Lida y Ramataín, los cuales han sido agregados a Judea tras ser separados de Samaria, y los lugares adyacentes a éstos. Y más aún: eximo a los judíos de todos los honorarios que los reyes anteriores a mí percibían de los que ofrecían sacrificios en Jerusalén, así como de todas las cantidades que percibían por los frutos y árboles de las tierras, y asimismo de las otras cantidades que Nos pertenecen y también de las lagunas de sal y de las coronas que Nos eran traídas a Nosotros. Y ninguna de estas órdenes será transgredida a partir de hoy, ni aún en toda la eternidad. Cuida, pues, de que se haga una copia de esta carta y de que le sea entregada a Jonatán y sea expuesta en un lugar visible del Templo Santo». Este era, efectivamente, el contenido de la carta. Y Demetrio, al observar que reinaba la paz y que no aparecía ningún peligro ni temor de guerra, disolvió el ejército y con ello redujo el sueldo de sus miembros, de suerte que pagaba éste únicamente a las fuerzas mercenarias que habían subido con él de Creta[41] y de las otras islas. Consecuentemente, de este hecho nació enemistad y odio contra él en los soldados, a los que él ya no pagaba nada, mientras

[40] Título honorífico. Cf. *Ant. jud.* 12, 148.
[41] Cf. cap. 86.

que los reyes anteriores a él continuaban pagándoles igual también en períodos de paz, para tenerlos afectos a sus personas y animosos en las luchas a favor de ellos, si en algún momento se veían obligados a recurrir a ellos.

131. *Trifón pone a Antíoco VI como rival de Demetrio II (1 Mac.* 11, 39). 6.1. Y, claro, cuando un general de Alejandro [42], natural de Apamea, llamado Diódoto y de sobrenombre Trifón [43] se enteró de esta animadversión de los soldados hacia Demetrio, se presentó ante Malco el árabe, que era quien criaba a Antíoco [44], el hijo de Alejandro, y, tras darle cuenta de la hostilidad de los soldados hacia Demetrio, intentaba persuadirlo a que le entregara a Antíoco, puesto que, según le decía, lo haría rey y le devolvería el imperio de su padre. Y Malco al principio se resistía por incredulidad, pero mucho tiempo después, ante la obstinación de Trifón, se rindió al plan al que lo invitaba Trifón. El asunto relativo a este hombre se encontraba en este punto.

133. *Jonatán ayuda a Demetrio II (1 Mac.* 11, 41). 2. Por su parte, el Sumo Sacerdote Jonatán, como quería que se marcharan los soldados destacados en la ciudadela de Jerusalén así como los judíos renegados e impíos que había en ella y las guarniciones estacionadas en todo el país [45], envió regalos y embajadores a Demetrio por los que le rogaba que sacara de Judea las fuerzas destacadas en las plazas fuertes. Y él le prometió que le concedería no sólo eso, sino también favores más grandes una vez que terminara la guerra que traía entre manos, puesto que, según le decía, esta guerra lo absorbía por completo en el momento presente. Y al mismo tiempo le pidió que le enviara soldados para colaborar con él, indicándole que sus fuerzas habían desertado.

135. *Los judíos ayudan a Demetrio II contra Antíoco VI.* 3. Pero los antioquenos, que odiaban a Demetrio por lo mal que lo

---

[42] Alejandro Balas.

[43] Cf. Diodoro 33, 4, y Estrabón 16, 752.

[44] En *Guerra judía* 1, 48-49 aparecen estos mismos personajes, pero erróneamente allí Antíoco es interpretado como Antíoco V Eupátor, hijo de Antíoco IV Epífanes, de quien se hace regente Trifón.

[45] Cf. caps. 121-125.

habían pasado por culpa suya, aparte de aborrecerlo también a causa de su padre Demetrio, que había cometido numerosos desafueros contra ellos [46], estaban al acecho para encontrar la ocasión de atacarlo. Y, al enterarse de que Demetrio contaba ya con la asistencia militar prestada por Jonatán y comprender que reuniría cuantiosas fuerzas si no se anticipaban a ganarle la delantera, tomaron las armas, rodearon su palacio a modo de bloqueo e, interceptando las salidas, buscaban coger al rey en sus manos. Pero él, al observar que el pueblo de Antioquía se había rebelado contra él y estaba en armas, tomando consigo a los mercenarios y a los soldados judíos enviados por Jonatán trabó combate con los antioquenos, aunque, forzado por ellos (pues sumaban muchas decenas de miles de millares), fue vencido. Los judíos, por su parte, al ver que los antioquenos triunfaban, subieron al tejado del palacio y desde allí alcanzaban con sus proyectiles a los antioquenos, y como ellos por lo alto que estaban se encontraban muy lejos de sufrir daño alguno a manos de los antioquenos, mientras que les causaban grandes males por atacarlos desde arriba, consiguieron alejarlos de las casas próximas, a las que los judíos prendieron fuego inmediatamente. Y las llamas, al extenderse por la ciudad entera habida cuenta de que las casas estaban pegadas entre sí y construidas de madera en la inmensa mayor parte de sus elementos, la convirtieron toda ella en pasto de las llamas. Y los antioquenos, al no poder correr en ayuda ni dominar el fuego, se dieron la vuelta y huyeron. Por su parte, los judíos saltaban de edificio a edificio y de esta manera los perseguían, con lo que se produjo una persecución sorprendente. Y el rey, al observar que los antioquenos se afanaban por salvar a sus hijos y esposas y que a causa de ello ya no combatían, cayó sobre ellos por otras callejuelas y, atacándolos, mató a un número tan elevado de ellos que se vieron obligados a arrojar todo su equipo militar y a entregarse a Demetrio. Y, como les perdonara su osadía, puso fin al levantamiento. Y a los judíos los premió con los beneficios de los despojos, y tras darles rendidas gracias por haber sido los autores principales de su victoria, los despidió para que volvieran a Jerusalén y junto a Jonatán, testimoniándole su reconocimiento por la ayuda militar que le había prestado. Pero posteriormente fue un malvado con él

[46] Cf. cap. 111.

y lo defraudó en las promesas que le había hecho, tanto que llegó a amenazarlo con la guerra si no le pagaba todos los tributos que debía la nación judía desde los primeros reyes. Y habría cumplido esta amenaza si Trifón no lo hubiera contenido y no hubiera contrarrestado los preparativos planeados contra Jonatán y llevado a velar por sí mismo. Y es que, tras haber regresado de Arabia a Siria en compañía del niño Antíoco (era éste todavía un muchacho que se encontraba en la más tierna infancia), le ciñó la corona. Y Trifón, como se uniera a él todo el ejército que había abandonado a Demetrio por no recibir la correspondiente paga [47], le declaró la guerra a Demetrio y, enfrentándose a él, lo venció en batalla, apoderándose no sólo de los elefantes [48], sino también de la ciudad de Antioquía.

145. *Antíoco VI honra a Jonatán (1 Mac.* 11, 57). 4. Consecuentemente Demetrio, al ser vencido, se retiró a Cilicia, mientras que el niño Antíoco, sirviéndose al efecto de embajadores y una carta enviada a Jonatán, lo hizo su aliado, lo confirmó en el cargo de Sumo Sacerdote y le cedió los cuatro distritos [49] que habían sido agregados al terrotorio judío. Pero más aún: le envió utensilios de oro, copas y vestimentas de púrpura, con permiso para usarlos, y, aparte de eso, lo agasajó con un broche de oro y con el derecho a ser contado entre sus principales amigos. Y a su hermano Simón lo nombró general del ejército que se extendía desde la Escalera de Tiro hasta Egipto. Y Jonatán, contento con el comportamiento que había tenido Antíoco con él, por medio de unos embajadores que envió tanto a él como a Trifón, convino en ser su amigo y aliado y en que le ayudaría en la guerra contra Demetrio, de quien les informó que no sólo no le había agradecido los muchos favores que había recibido de él en momentos en que más los necesitaba, sino que incluso había respondido con iniquidades [50] a los beneficios obtenidos.

148. *Jonatán incita a las ciudades sirias contra Demetrio II (1 Mac.* 11, 60). 5. Pues bien, como Antíoco le concediera permiso

---

[47] Cf. caps. 129-130 y 134.
[48] Cf. cap. 120.
[49] Cf. cap. 127, donde habla de *tres* distritos.
[50] Cf. caps. 138-143.

para reunir cuantiosas fuerzas tanto de Siria como de Fenicia y entrar en guerra luego con los generales de Demetrio, partió al punto hacia las ciudades de estos lugares. Pero éstas, aunque lo recibieron espléndidamente, sin embargo no le dieron soldados. Entonces, partiendo de allí y presentándose en la ciudad de Ascalón, al haber salido a su encuentro los propios ascalonitas con presentes y rindiéndole honores, los exhortó tanto a ellos como a todas y cada una de las ciudades de Cele-Siria, por un lado, a que, abandonando a Demetrio, se unieran a Antíoco y, por otro, a que, entrando en la guerra al lado de éste, intentaran tomar represalias contra Demetrio por los desafueros que en su día había cometido contra ellos, y es que, según les decía, si querían tomar este partido había múltiples razones para ello. Y como hubiera logrado persuadir a todas estas ciudades a que combatieran al lado de Antíoco, se presentó en Gaza para arrastrar a sus habitantes a tomar partido por Antíoco. Pero se encontró con que los habitantes de Gaza mostraron una oposición muy superior a la esperada. En efecto, le cerraron las puertas y, aunque habían abandonado a Demetrio, decidieron no pasarse a Antíoco. Esta postura incitó a Jonatán al asedio de la ciudad y a la destrucción de su territorio, puesto que, después de apostar una parte del ejército en torno a Gaza, con el resto destruía e incendiaba las tierras que recorría él mismo. Y los habitantes de Gaza, al observar que ellos sufrían estos castigos y que no les llegaba ayuda de Demetrio, sino que el dolor estaba ya presente, mientras que la posible ayuda se encontraba todavía lejos, aparte de que no estaba claro que llegara a venir, entendieron que lo sensato era poner remedio a lo presente y dejar de esperar a lo lejano. Habiendo enviado, pues, una embajada a Jonatán, convinieron en establecer con él un tratado de amistad y de asistencia mutua militar. Pues ocurre que los hombres no se percatan de lo que les conviene antes de sufrir en su carne la desgracia, sino que cuando han tenido la desventura de ser víctimas de algún infortunio sólo entonces comprenden su error y optan por hacer, después de sufrir el correspondiente castigo, aquello que era mejor que hubieran hecho cuando todavía no habían recibido castigo alguno en absoluto. Y Jonatán, por su parte, después de firmar con ellos un tratado de amistad y de tomar rehenes, mandó a éstos a Jerusalén, mientras él recorrió la región entera hasta Damasco.

154. *Jonatán invade Galilea, y Simón conquista Betsur (1 Mac.* 11, 63). 6. Y, cuando llegó a oídos de Jonatán que los gene-

rales de Demetrio habían avanzado con un nutrido ejército hasta Cédasa (esta ciudad está situada entremedias del territorio de Tiro y de Galilea), puesto que suponían que lo sacarían de Siria y lo obligarían a venir en ayuda de Galilea, porque, según ellos pensaban, no consentiría que fueran atacados los galileos habida cuenta de que dependían de él, marchó a su encuentro, habiendo dejado en Judea a su hermano Simón, quien, tras haber reunido también del país un ejército lo más considerable posible, se aplicó al asedio de Betsur [51], localidad de Judea muy bien fortificada. La explicación de este asedio es que esta plaza estaba ocupada por una guarnición de Demetrio. Este dato ya fue señalado por nosotros anteriormente [52]. Pero como los soldados de guarnición en esta ciudad cogieran miedo a ser ejecutados si la plaza era tomada por la fuerza, habida cuenta de que Simón había levantado terraplenes, montado las máquinas de guerra y puesto gran empeño en el asedio de Betsur, por una comisión que enviaron a Simón le propusieron abandonar la plaza y marchar junto a Demetrio si recibían garantía jurada de que no iban a sufrir represalia alguna a manos de él. Entonces Simón, tras darles las garantías que solicitaban, los echó de la ciudad, donde él estableció una guarnición propia.

158. *Jonatán derrota a Demetrio II en Galilea (1 Mac.* 11, 67). 7. Por su parte Jonatán, tras llevarse a sus fuerzas fuera de Galilea y, concretamente, de las orillas del llamado Lago de Genesaret [53], avanzó hasta la llamada Llanura de Asor, sin saber que en ese lugar se encontraban los enemigos. Pues es que los generales de Demetrio, al saber un día antes que Jonatán se disponía a venir contra ellos, le tendieron una emboscada con hombres apostados en la montaña, mientras ellos, acompañados del ejército, salieron a su encuentro en la llanura. Y Jonatán, al ver el ejército enemigo presto al combate, también él preparó a sus propios soldados para el choque como mejor pudo. Pero como los hombres que habían sido apostados en emboscada por los generales de Demetrio aparecieran a la espalda de los judíos, éstos, por miedo a perecer cogidos entre dos frentes, se lanzaron a la huida. Y todos los otros abandonaron a Jonatán, pero unos pocos, en número aproximado a cin-

[51] Cf. *Ant. jud.* 12, 313.
[52] En cap. 52.
[53] Sobre su descripción, cf. *Guerra judía* 3, 506-521.

cuenta, se quedaron (entre ellos Matías, el hijo de Absalón, y Judas, el hijo de Capseo, que eran los jefes supremos de todo el ejército), quienes, al presionar contra los enemigos con osadía y desesperación, con su coraje los asustaron y con la fuerza de sus brazos los obligaron a darse la vuelta y a huir. Entonces los soldados de Jonatán que se habían retirado, al ver que los enemigos se habían dado la vuelta, se reagruparon después de la huida y se lanzaron en su persecución, cosa que hicieron hasta Cédasa, donde estaba el campamento de los enemigos [54].

163. *Jonatán renueva el tratado de amistad con Roma (1 Mac.* 11, 74). 8. Pues bien, Jonatán, después de haber triunfado en la batalla espléndidamente y de haber matado a dos mil soldados enemigos, regresó a Jerusalén. Y, al comprobar que todas las cosas le salían a pedir de boca gracias a la Divina Providencia, envió embajadores a Roma, deseoso de renovar el tratado de amistad firmado antes [55] entre su pueblo y los romanos. Y a estos mismos embajadores les encargó que al regreso de Roma visitaran a los espartanos y les recordaran la amistad y el parentesco entre ellos y los judíos. Y los embajadores, cuando llegaron a Roma, se presentaron ante el Senado romano, al que comunicaron el mensaje enviado por el Sumo Sacerdote Jonatán, esto es, que habían sido enviados por él para proceder a la ratificación del tratado de asistencia militar mutua. Y, una vez que el Senado hubo confirmado su anterior decreto relativo al tratado de amistad con los judíos y les hubo dado cartas para que las presentaran a todos los reyes de Asia y de Europa y a los gobernadores de las diversas ciudades con objeto de que obtuvieran un paso seguro por ellas de camino hacia su tierra, de vuelta a casa se presentaron en Esparta y entregaron a los espartanos la carta que habían recibido de Jonatán. He aquí una copia: «Jonatán, el Sumo Sacerdote de la nación judía, y con él el Consejo de ancianos y la comunidad de los sacerdotes judíos saludan a sus hermanos los éforos, senado y pueblo espartano. Si os encontráis bien de salud y os van según vuestro deseo tanto los asuntos públicos como los particulares, ése sería nuestro mayor gusto. También nosotros nos encontramos bien de salud.

---

[54] Cf. cap. 154.

[55] En tiempos de Judas. Cf. *Ant. jud.* 12, 415.

Cuando en tiempos anteriores le fue traída a Onías, quien fue Sumo Sacerdote de nuestro pueblo, de parte de Ario[56], quien reinó entre vosotros, una carta por medio de Demóteles, referente al parentesco que había entre nosotros y vosotros, cuya copia consta en la parte inferior de esta carta, no sólo la recibimos con agrado, sino que también sentimos afecto hacia Demóteles y Ario, pese a que no necesitábamos tal demostración a causa de estar convencidos de ello por nuestras Sagradas Escrituras[57]. Pues bien, no aprobábamos la idea de anticiparnos nosotros a iniciar el reconocimiento de nuestro parentesco para no dar la impresión de que pretendíamos apoderarnos de la gloria otorgada por vosotros, pero aunque ha transcurrido mucho tiempo desde que nuestra comunidad de origen fue reiterada, en los días festivos y en conmemoración de algún hecho, en los que ofrecemos sacrificios a Dios, le rogamos por vuestra salvación y victoria. Pero como nos hemos visto envueltos en numerosas guerras por la ambición de nuestros vecinos, habíamos decidido no molestaros ni a vosotros ni a ningún otro pueblo emparentado con nosotros. Pero una vez que hemos derrotado a los enemigos, con ocasión de enviar a Roma a Numenio, el hijo de Antíoco, y a Antípatro, el hijo de Jasón, miembros honorables de nuestro Senado, les entregamos también una carta para vosotros, con objeto de que renovaran nuestro parentesco con vosotros. Haríais, pues, bien si también vosotros nos escribierais y nos informarais de vuestras necesidades, en la seguridad de que pondríamos todo empeño en atender a vuestros deseos». Y los lacedemonios no sólo recibieron afectuosamente a los embajadores judíos, sino que además los despidieron después de aprobar en votación un tratado de amistad y de asistencia militar con los judíos.

171. *Las tres escuelas judías de pensamiento.* 9. En esta época había tres escuelas de pensamiento entre los judíos, las cuales sostenían puntos de vista encontrados en relación con el acontecer humano, una de las cuales se llamaba la escuela de los fariseos, otra la de los saduceos y la tercera la de los esenios. Pues bien, los fariseos afirman que algunas cosas pero no todas son obra del Destino, mientras que otras radica en los propios hombres que ocurran

[56] Cf. *Ant. jud.* 12, 225-226.

[57] En el original de Josefo hay un duro anacoluto en este período.

o que no se produzcan. La familia de los esenios, por su parte, declara al Destino amo y señor de todas las cosas, y, según ellos, no hay nada que les ocurra a los hombres sin su determinación. Los saduceos, en cambio, eliminan de raíz al Destino, considerando que éste no se corresponde con realidad alguna y que los hechos humanos no se cumplen tampoco siguiendo sus dictados, sino que todos ellos, por el contrario, dependen de nosotros mismos, de suerte que no sólo somos nosotros mismos los causantes de las cosas buenas, sino también los que recibimos los peores males por culpa de nuestros desatinos. Pero acerca de estas cuestiones he hecho una exposición más precisa en el libro segundo de la *Historia judía*[58].

174. *Más victorias de Jonatán sobre Demetrio II (1 Mac.* 12, 24). 10. Por su parte, los generales de Demetrio, deseosos de resarcirse de la derrota sufrida, marcharon contra Jonatán después de haber reunido fuerzas más numerosas que la vez anterior. Y éste, al enterarse de que venían contra él, salió rápidamente contra ellos, llegando a la región de Amat, puesto que decidió no darles tiempo a invadir Judea. Y, después de establecer el campamento a cincuenta estadios de distancia de los enemigos[59] envió a los espías para que tomaran nota de la situación del campamento enemigo y en qué forma se encontraban acampados. Y como los referidos espías le informaran de todo y hubieran capturado de noche a algunos hombres, quienes le revelaron que los enemigos se disponían a atacarlos, Jonatán, al enterarse de los planes de los adversarios por anticipado, tomó las debidas medidas de seguridad, no sólo colocando una avanzadilla de vigilancia fuera del campamento, sino también teniendo en armas a todas sus fuerzas durante la noche entera, aparte de haberles indicado que fueran fuertes de espíritu y que se hicieran a la idea de combatir incluso durante la noche si era menester, con lo que invitaba a sus hombres a que no los cogiera desprevenidos la decisión que tomara el enemigo. Y los generales de Demetrio, al enterarse de que Jonatán estaba al corriente de sus planes, ya no tenían la necesaria tranquilidad mental al tomar decisiones, sino que los inquietaba la idea de haber sido sorprendidos sus proyectos por los enemigos y de no esperar ya conseguir imponerse a

[58] *Guerra judía* 2, 119-166.

[59] Esto es, a una distancia poco superior a los 9 kilómetros.

ellos con ningún otro, al haber fracasado su intentona. Y es que estaban convencidos de no estar a la altura de las fuerzas de Jonatán si se arriesgaban a combatir abiertamente. Optaron, pues, por la huida, y, consecuentemente, después de encender numerosas hogueras para que los enemigos, al verlas, creyeran que continuaban allí, se retiraron. Jonatán, a su vez, al acercarse de madrugada a su campamento y encontrarlo abandonado, comprendió que habían huido, y se lanzó en su persecución. Pero sin embargo no consiguió alcanzarlos, puesto que habían logrado ponerse a salvo después de cruzar el río Eleutero. Así, pues, Jonatán se dirigió desde allí a Arabia, donde atacó a los nabateos y, tras llevarse de ellos grandes cantidades de botín y haber tomado cautivos a algunos, marchó a Damasco y allí lo vendió todo. También por las mismas fechas su hermano Simón, en su recorrido por toda Judea y Palestina hasta Ascalón, aseguró mejor las plazas fuertes y, tras fortificarlas al máximo también con la restauración de algunas de sus partes y con guarniciones, llegó a Jopa y, tras apoderarse de ella, introdujo en su interior una guarnición, muy nutrida, y ello porque había llegado a sus oídos la noticia de que los habitantes de Jopa querían entregar la ciudad a los generales de Demetrio.

181. *Jonatán fortifica la ciudad de Jerusalén (1 Mac.* 12, 35). 11. Pues bien, tanto Simón como Jonatán se fueron para Jerusalén una vez que hubieron tomado estas medidas. Y Jonatán, habiendo reunido al pueblo en el Templo, le aconsejó reparar las murallas de Jerusalén así como levantar de nuevo la parte derribada de la cerca tendida alrededor del Templo y fortificar sus alrededores con torres muy altas y, además de eso, cerrar la ciudad a las guarniciones estacionadas en la ciudadela levantando otra muralla más, entremedias del Templo y del resto de la ciudad, para de esta manera cortarles el aprovisionamiento de víveres, y, por último, dotar a las plazas fuertes existentes en el país de una seguridad mucho más sólida que de la que en aquel momento disponían. Y como también el pueblo aprobara que su propuesta era acertada, él se dispuso a ejecutar las obras de la ciudad, mientras envió a Simón a dotar de mayor seguridad las plazas fuertes existentes en el país. Demetrio [60], por su parte, cruzó las tierras intermedias y llegó a Mesopotamia, deseoso de ocupar tanto este país como Babilonia y, una vez que se hubiera

[60] Antes había llegado a Cilicia. Cf. cap. 145.

apoderado de las satrapías del Norte, tomar aquella región como base de operaciones para someter el reino entero. Y es que los griegos y macedonios que habitaban allí le enviaban continuamente mensajes prometiéndole si llegaba junto a ellos, por un lado, entregarse a él y, por otro, ayudarle a someter por medio de la fuerza a Arsaces [61], el rey de los partos. Y Demetrio, dejándose llevar de estas esperanzas, corrió junto a ellos, decidido, en el supuesto de someter a los partos y de hacerse con fuerzas militares, a combatir a Trifón y a expulsarlo de Siria [62]. Y como las gentes del lugar lo hubieran recibido jubilosamente y hubiera reunido fuerzas militares, entró en guerra con Arsaces, en la que, después de perder todo el ejército, él mismo fue capturado con vida, como fue puesto de manifiesto ya en otros lugares [63].

187. *Trifón aspira al trono y maquina contra Jonatán (1 Mac.* 12, 39). 6.1. Trifón, por su parte, cuando tuvo conocimiento de que la intentona de Demetrio había tenido un final tan desastroso, ya no constituía un sólido bastión para Antíoco [64], sino que maquinaba para matarlo y así ocupar él el trono. Le impedía, sin embargo, llevar a cabo este proyecto el miedo que le infundía Jonatán, quien resultaba ser amigo de Antíoco [65], y por esta razón decidió primero eliminar a Jonatán para luego ya emprender la acción contra Antíoco. Y, como hubiera optado por matarlo mediante el engaño y la traición, se presentó procedente de Antioquía en Betsán, llamada por los griegos Escitópolis, en la que Jonatán le salió al paso con cuarenta mil hombres que conformaban un ejército selecto. Y lo hizo así porque supuso que Trifón había llegado en son de guerra. Pero éste, al comprender que Jonatán estaba dispuesto al combate, empezó a seducirlo a base de regalos y amabilidad y, en este sentido, llegó a mandar a sus propios jefes militares que se pusieran a las órdenes de Jonatán, de esta manera deseando hacer creíble su afecto hacia él y elimi-

---

[61] Demetrio II Nicátor reinó la primera vez durante los años 145-141, y Arsaces VI reinó entre 171-138 a. C.

[62] Cf. caps. 143-144.

[63] No consta en las obras conservadas de Josefo. Fórmula tomada de la fuente de Josefo.

[64] Cf. caps. 131-132 y 144.

[65] Cf. cap. 147 y ss.

nar toda sospecha, para así, cuando Jonatán bajara la guardia, cogerlo indefenso por estar totalmente desprevenido. Y le aconsejaba que disolviera su ejército, puesto que, según le decía, en aquel momento traía uno que no necesitaba para nada, habida cuenta de que no había guerra y la situación general era de paz. Lo exhortaba a que mantuviera, no obstante, a unos pocos hombres en torno a él y que con ellos lo acompañara a Ptolemaide, porque, según sus palabras, le entregaría la ciudad y pondría bajo su mando todas las otras plazas fuertes que había en el país, única razón por la que estaba allí.

191. *Trifón se apodera de Jonatán a traición (1 Mac.* 12, 46). 2. Jonatán, así pues, no sospechando nada de esto, sino creyendo que Trifón le había dado esos consejos por afecto hacia él y sana intención, disolvió el ejército y, manteniendo sólo a tres mil hombres, dos mil de ellos los dejó en Galilea, mientras él, acompañado de los mil restantes, llegó a Ptolemaide con Trifón [66], y como los habitantes de Ptolemaide hubieran cerrado las puertas (cosa que les había sido ordenada por Trifón), éste capturó vivo a Jonatán y a todos los que lo habían acompañado los mató. Y envió también fuerzas contra los dos mil hombres dejados en Galilea, con la misión de aniquilarlos también a ellos. Pero estos, ante el rumor de las desgracias que habían rodeado a Jonatán, consiguieron salir del país protegidos con sus armas antes de que hubieran llegado las fuerzas enviadas por Trifón. Por su parte, las fuerzas enviadas contra ellos, al verlos dispuestos a jugarse la vida en el combate, regresaron junto a Trifón sin haberles causado la más mínima molestia.

194. *Consternación de los judíos por la captura de Jonatán (1 Mac.* 12, 52). 3. Y los habitantes de Jerusalén, al llegar a sus oídos la noticia de la captura de Jonatán y del aniquilamiento de los soldados que le acompañaban, no sólo lo lloraban a él por lo que le había acontecido, sino que también todos sentían una tremenda nostalgia, tanto que los invadió e hizo sufrir el miedo, por otro lado terrible y comprensible, a que, al verse privados del valor de Jona-

[66] Cf. *Guerra judía* 1, 49, donde Josefo erróneamente hace a Trifón regente de Antíoco V, hijo –un niño entonces– de Antíoco IV Epífanes. Cf. también *Guerra judía* 1, 31, 40 y ss.

tán así como de su protección, las naciones vecinas, que estaban irritadas con ellos y se encontraban quietas por temor a Jonatán, aprovecharan la oportunidad que se les brindaba para levantarse contra ellos y, entrando en guerra, los obligaran a correr los riesgos más extremados. Y ciertamente les ocurrió según sospechaban, puesto que los habitantes de aquellas naciones, cuando llegó a sus oídos la noticia de la muerte [67] de Jonatán, procedieron a hacer la guerra a los judíos por encontrarse faltos de su jefe. Y el propio Trifón, una vez que hubo reunido fuerzas militares, tomó la determinación de subir a Judea para atacar a sus habitantes. Simón, por su parte, al observar que las gentes de Jerusalén estaban asustadas con estas noticias, en su deseo por infundirles con sus palabras mayor impulso a hacer frente animosamente al ataque de Trifón, convocó al pueblo en el Templo y tras ello procedió a arengarlo así: «Que tanto yo como mis hermanos junto con nuestro padre hemos arrostrado contentos la muerte en defensa de vuestra libertad es cosa, queridos compatriotas, que no ignoráis ya. Por otro lado, habida cuenta de que yo dispongo de abundantes ejemplos de este tenor y de que considero que los hombres de mi familia han venido al mundo con el destino de morir por nuestras leyes y religión, no habría temor alguno tan poderoso que consiga expulsar de nuestra alma esta determinación nuestra e introducir en ella, en su lugar, el apego a la vida y el desprecio por la gloria. Por ello, convencidos de que no estáis faltos de un jefe capaz de sufrir por vosotros las calamidades más grandes así como de causarlas a los enemigos, seguidme decididamente contra quienes yo os conduzca. Y ello porque si no soy mejor que mis propios hermanos como para que ahorre mi vida, tampoco soy peor como para que lo que a ellos les pareció hermosísimo, a saber, el morir por vuestras leyes y vuestro culto a Dios, lo rehuya y abandone yo. Al contrario, con los hechos que debo mostrar yo que soy hermano auténtico de ellos, con ésos demostraré esta mi condición. Confío, en efecto, no sólo que tomaré las debidas represalias contra los enemigos, sino también que os libraré a todos vosotros, incluidos mujeres y niños, de su insolencia, así como que preservaré intacto el Templo con la ayuda de Dios. Y es que veo que los

[67] O se trata de un *rumor*, o estos hechos son posteriores a los narrados en cap. 209, donde por primera vez se habla de la muerte efectiva de Jonatán.

gentiles se han lanzado a atacaros por desprecio hacia vosotros considerando que no disponéis de un jefe».

201. *Los judíos eligen a Simón como su jefe (1 Mac.* 13, 7). 4. Con esta arenga que Simón pronunció la multitud recobró la confianza y, aunque se hallaba abatida en su alma por cobardía, se levantó concibiendo las mejores y más excelentes esperanzas, hasta el punto de que el pueblo en masa prorrumpió en gritos pidiendo que Simón fuera su jefe[68] y que se encargara de su protección como en su día lo habían hecho sus hermanos Judas y Jonatán, puesto que, según le decían, le prestarían obediencia en cualquier cometido que les señalara. Y él, tras reunir inmediatamente a todos los miembros de sus propias fuerzas útiles para la guerra, se apresuró a reconstruir las murallas de la ciudad y, después de haberla protegido con torres altísimas y sólidas, envió a un tal Jonatán, amigo suyo e hijo de Absalón, con un ejército a Jopa, con la misión de expulsar a sus habitantes, puesto que temía no fuera que entregaran la ciudad a Trifón. El, mientras, quedándose donde estaba custodiaba la ciudad de Jerusalén.

203. *Más traiciones de Trifón contra los judíos (1 Mac.* 13, 12). 5. Y Trifón, tras salir de Ptolemaide, se presentó en Judea con un ejército cuantioso, llevando consigo cautivo al propio Jonatán. Y le salió al encuentro también Simón con sus propias fuerzas en la ciudad de Adida, la cual se encuentra situada en lo alto de una montaña y debajo de la cual quedan las llanuras de Judea. Trifón, por su parte, al tener conocimiento de que Simón había sido instituido por los judíos jefe suyo, le envió unos emisarios, deseoso de envolverlo también a él por medio del engaño y la traición, mandándole que si quería que fuera puesto en libertad su hermano Jonatán le enviara cien talentos de plata y a dos de los hijos del propio Jonatán como rehenes, con objeto de que éste, una vez soltado, no separara Judea de su obediencia al rey, puesto que en el momento presente él estaba retenido como prisionero por el dinero que había tomado prestado del rey y que todavía le debía[69]. Y a Simón no le pasó inadvertida la argucia

[68] En el año 143-142 a. C.
[69] Cf. cap. 125.

de Trifón, pero aunque comprendió que no sólo perdería el dinero y no conseguiría la libertad de su hermano, sino que con ello entregaría al enemigo incluso a los hijos de aquél, como temía ser censurado por la masa convencida de haber sido él el culpable de la muerte de su hermano por no haber entregado para salvarlo ni el dinero ni a los hijos, como se le solicitaba, tras reunir al ejército le dio cuenta de las exigencias de Trifón, diciéndole que ellas encerraban tanto insidias como hostiles maquinaciones, aunque convino en que era más partidario de enviarle el dinero y los hijos que recibir la acusación, por no obedecer a la propuesta presentada por Trifón, de no haber querido salvar a su hermano. Consecuentemente, Simón le envió no sólo a los hijos de Jonatán, sino también el dinero. Y Trifón, cuando lo hubo recibido, no cumplió la palabra dada ni puso en libertad a Jonatán, sino que, tomando consigo al ejército, recorrió todo el país y, decidido ya a subir a Jerusalén por Idumea, tras presentarse en esta región, llegó a Adora, ciudad de Idumea. Pero Simón le respondía siguiéndole de cerca, acampando siempre enfrente de él.

208. *Jonatán es matado por Trifón (1 Mac.* 13, 21). 6. Y, como los hombres que se encontraban en la ciudade-la [70] enviaran emisarios a Trifón y le rogaran que corriera en ayuda de ellos y les mandara provisiones, Trifón preparó la caballería con intención de presentarse a lo largo de aquella misma noche en Jerusalén. Pero la nevada intensa que cayó por la noche y que no sólo cubrió los caminos sino que incluso hizo sumamente inviable por su profundidad la posibilidad de que la caballería recorriera el trayecto, le impidió llegar a Jerusalén. Justo por ello Trifón, tras partir de allí, llegó a Cele-Siria y, tras invadir deprisa Galad, mató allí mismo a Jonatán y, luego de ordenar que fuera enterrado, regresó él a Antioquía. Simón, por su parte, por medio de unos emisarios que envió a la ciudad de Basca trasladó los huesos de su hermano, los cuales sepultó en Modeí, su lugar de origen[71], mientras todo el pueblo lo lloró profundamente. Y Simón levantó también un monumento funerario grandísimo, de mármol blanco y pulido, para su padre y hermanos. Y luego de elevarlo a una altura considerable y admirable, construyó pórticos en su derredor y levantó

[70] Cf. cap. 133.
[71] Cf. *Ant. jud.* 12, 265.

unos pilares hechos de una sola piedra, una cosa que causaba admiración contemplar. Y, además de esto, construyó también siete [72] pirámides para sus progenitores y hermanos, una para cada uno de ellos, las cuales causaban impresión tanto por sus dimensiones como por su hermosura, y que se conservan incluso hasta el día de hoy. Así sabemos que Simón puso una pasión enorme en el entierro de Jonatán y en la construcción de los monumentos funerarios para su familia. Y Jonatán murió cuando ocupaba el cargo de Sumo Sacerdote y después de haber estado al frente de su pueblo durante cuatro años [73]. Estas fueron las circunstancias de su muerte.

213. *Simón libera Judea del poder seleúcida.* 7. Simón, por su parte, una vez instituido Sumo Sacerdote [74] por el pueblo, en el primer año de ejercicio del cargo de Sumo Sacerdote liberó a su pueblo de la esclavitud a los macedonios, con lo que ya no volvieron a pagarles tributos. Y esta libertad y exención del pago de tributos la consiguieron los judíos ciento setenta años después del establecimiento de la dinastía seleúcida en Siria [75] a contar desde la fecha en que Seleúco, de sobrenombre Nicátor, ocupó Siria. Y tan grande fue el aprecio de la multitud por Simón que tanto en los contratos entre particulares como en los documentos oficiales firmaban poniendo como fecha de referencia el primer año de Simón, benefactor y etnarca de los judíos. Y ello porque durante su mandato fueron sumamente dichosos y se impusieron a las poblaciones próximas, enemigas de ellos. En efecto, Simón sometió las ciudades de Gázara, Jopa y Jamnia y, aparte de eso, después de haber tomado la ciudadela de Jerusalén, la derribó hasta ras de suelo [76] para que no sirviera a los enemigos que la ocupaban como base de operaciones para hacer daño como antes. Y, tras llevar a cabo esta

---

[72] Según Josefo, una pirámide para cada persona: padre, madre y cinco hermanos. Cf. *Ant. jud.* 12, 265.

[73] En cambio, en *Ant. jud.* 20, 238, Josefo dice que los años fueron *siete*. En realidad fueron *diez:* del 152 a. C. (cf. cap. 46) al 142 a. C. (cf. cap. 201). Puede tratarse de un error de transmisión textual, según Reinach sugiere: *d* (=10) se habría confundido con *d'* (=4).

[74] Cf. *Guerra judía* 1, 53.

[75] Ocurrida en el año 312 a. C. Por tanto, la fecha aquí señalada corresponde al año 142 a. C.

[76] Cf. *Guerra judía* 1, 50. Cf. también *Ant. jud.* 13, 133.

operación, consideró lo mejor y más conveniente desmontar también la colina en lo alto de la cual se encontraba casualmente la ciudadela, para que el Templo quedara más alto. Consecuente con esta idea procuró persuadir al pueblo, a quien había reunido en asamblea, a que efectuara esta operación, recordándole no sólo las calamidades que habían sufrido a manos de los soldados de guarnición y de los renegados judíos asentados allí, sino también las que sufrirían instalada en ella otra guarnición si una potencia extranjera volvía a ocupar el reino de Judea. Con estos razonamientos logró convencer a la multitud, y ello porque le aconsejaba una medida que redundaba en beneficio suyo. Consecuentes con su decisión se pusieron todos a desmontar la colina aplicándose a la obra, y así, sin detener el trabajo ni de noche ni de día, la rebajaron en un total de tres años hasta el nivel del suelo y la superficie llana. Y a partir de entonces destacaba el Templo sobre todos los demás puntos de la ciudad, al haber sido desmontadas la ciudadela y la colina en que aquélla se encontraba. Así se realizaron las obras ejecutadas en tiempos de Simón.

218. *Trifón mata a Antíoco VI.* 7.1. Pero no mucho después de que Demetrio fuera hecho prisionero [77], Trifón, que era regente de Antíoco, conocido también por el sobrenombre de *Dios* y, a su vez, hijo de Alejandro [78], ejecutó a aquél, después de haber reinado durante cuatro años. Y él hizo correr el rumor de que Antíoco había muerto mientras era operado. Y, por otro lado, por medio de los amigos e íntimos que envió junto a los soldados les prometió que les daría grandes sumas de dinero si lo proclamaban rey, indicándoles que Demetrio había sido hecho prisionero por los partos [79] y que su hermano Antíoco [80], si subía al trono, les causaría incontables males, en venganza por su defección [81]. Y ellos, con la

---

[77] Cf. *Ant. jud.* 13, 186 y ss.

[78] Alejandro Balas, quien, vencido por Ptolemeo y Demetrio, se había refugiado en Arabia, donde fue decapitado (cf. *Ant. jud.* 13, 116-119) y su hijo Antíoco VI criado (cf. *Ant. jud.* 13, 131).

[79] Cf. cap. 186 y ss.

[80] Antíoco VII Sidetes. Aunque Josefo en cap. 22 le da el sobrenombre de *Soter* y en cap. 244 y 7, 393, el de *Eusebés*, en ninguna otra parte lleva ese título y sí el de *Sidetes*, por la ciudad panfilia de Sidete, donde se crió.

[81] Cf. caps. 129-130, y 144.

esperanza de conseguir abundantes recursos en la hipótesis de entregarle el reino a Trifón, lo designaron su jefe. Pero cuando Trifón se hizo el amo de la situación, evidenció que su condición natural era perversa. En efecto, mientras fue un simple particular alababa al pueblo y fingía moderación, embaucándolo con lo que el pueblo quería obtener, pero una vez que consiguió el trono se despojó de su hipocresía y apareció el verdadero Trifón. El resultado fue que con su comportamiento hacía más poderosos a sus enemigos, porque el ejército que lo odiaba lo abandonaba para pasarse a Cleopatra [82], la esposa de Demetrio, entonces encerrada con sus hijos en Seleucia. Y como anduviera errante también Antíoco [83] el hermano de Demetrio y de sobrenombre Soter, y no lo recibiera ninguna ciudad por causa de Trifón, Cleopatra le envió embajadores y por ellos lo invitó a que viniera junto a ella, con la proposición de casarse con él y de hacerlo rey [84]. Y ella invitó a Antíoco y le hizo estas propuestas, por un lado porque los amigos la habían persuadido a ello, y por otro porque temía que algún grupo de Seleucia entregara la ciudad a Trifón.

223. *Antíoco VII Sidetes, hermano de Demetrio II, se alía con Simón.* 2. Y Antíoco, una vez que estuvo en Seleucia y sus fuerzas se incrementaban día tras día, se lanzó a atacar a Trifón y, al vencerlo en combate, lo expulsó de la Siria Superior a Fenicia, hasta donde lo persiguió, y como se hubiera refugiado en la fortaleza inexpugnable de Dora lo sitió. En este momento envió también embajadores a Simón, el Sumo Sacerdote de los judíos, para proponerle un tratado de amistad y asistencia militar mutua. Y éste aceptó decididamente su proposición, y, consecuentemente, por medio de emisarios que envió junto a Antíoco, le suministró sin tasa dinero a raudales y provisiones para las fuerzas que sitiaban la plaza de Dora [85], con lo que durante un breve tiempo fue conside-

[82] Hija de Ptolemeo VI Filométor, primeramente esposa de Alejandro Balas (cf. *Ant. jud.* 13, 80-82), luego de Demetrio (cf. *Ant. jud.* 13, 109-120), y por último de Antíoco (cf. 13, 221 y ss., y 268-271).

[83] Cf. cap. 219.

[84] Aunque, al parecer, en este momento todavía vivía Demetrio, el hermano de Antíoco y esposo de Cleopatra, cf. cap. 253 y 268.

[85] Cf. *Guerra judía* 1, 50, donde Josefo entiende erróneamente que el Antíoco en cuestión es Antíoco V Eupátor, hijo de Antíoco IV Epífanes (cf. *Guerra judía* 1, 31, 40, 50).

rado por él como uno de sus más íntimos amigos. Y es que Trifón, tras huir de Dora a Apamea y haber sido capturado en ésta luego del correspondiente asedio, fue ejecutado, después de haber reinado durante tres años [86].

225. *Antíoco VII Sidetes se vuelve contra los judíos.* 3. Pero Antíoco [87], llevado de la avaricia y la villanía, mandó al olvido la ayuda prestada por Simón cuando él más la necesitaba, tanto que, poniendo en manos de Cendebeo, uno de sus amigos, fuerzas militares, lo mandó a la devastación de Judea y a la captura de Simón. Simón, por su parte, al llegar a sus oídos noticia de la violación por Antíoco de los acuerdos pactados, pese a ser ya anciano, como estaba excitado por no haber recibido de Antíoco el trato que se merecía, cogió un coraje superior al propio de su edad y como un joven dirigió la guerra desde el puesto de comandante en jefe. Y, así, envió allá a sus hijos con las tropas más aguerridas, mientras él avanzó por otra parte con el resto de las fuerzas. Y, como hubiera tendido emboscadas colocando a muchos de sus hombres en los sitios abruptos de las montañas, no falló ninguno de sus intentos [88]. Al contrario, al vencer en todos ellos a los enemigos, pasó en paz los años restantes, tras firmar también él [89] un acuerdo militar con los romanos.

228. *Simón muere asesinado a traición por su yerno Ptolemeo.* 4. Pues bien, Simón estuvo al frente de los judíos durante un total de ocho años [90] y murió en un banquete a resultas de una conspiración, habiendo sido su yerno Ptolemeo quien la tramó, quien, después de haber apresado también a la mujer de Simón y a dos de sus hijos [91] y tenerlos encarcelados, envió también emisarios contra el tercero, que era Juan (éste se llamaba también Hircano), con el encargo de aniquilarlo. Pero el joven, al percatarse de

---

[86] Mejor dicho, *cuatro* años (del 142 al 138 a. C.), según indican las monedas.

[87] Reinó del 138 a. C. al 130 a. C.

[88] Cf. *Guerra judía* 1, 51-53.

[89] Cf. *Ant. jud.* 12, 414-415, y 13, 163.

[90] Entre 142-135 a. C.

[91] Matatías y Judas, quienes junto con su madre fueron asesinados después. Cf. cap. 235.

la llegada de éstos, buscando escapar al peligro que ellos representaban corrió a introducirse en la ciudad, confiando en la población por los beneficios que su padre le había proporcionado y por el odio que la masa sentía contra Ptolemeo. Y, aunque Ptolemeo corrió a entrar en ella por otra puerta, el pueblo se lo impidió, cuando ya había recibido dentro a Hircano [92].

230. *Hircano sucede a su padre Simón.* 8.1. Y Ptolemeo se retiró a una de las plazas fuertes situadas por arriba de Jericó, de nombre Dagón. Por su parte, Hircano, después de alcanzar la dignidad de Sumo Sacerdote que había ocupado su padre y de hacerse propicio primero a Dios con el ofrecimiento de sacrificios, emprendió una expedición militar contra Ptolemeo, y, atacando la plaza aquella, vencía en todo lo demás que tenía que ver con ella, y únicamente se rendía a la compasión por su madre y hermanos. En efecto, Ptolemeo azotaba a éstos a la vista de todo el mundo subiéndolos a lo alto de la muralla, y amenazaba con arrojarlos al vacío si Hircano no desistía del asedio. Y éste, creyendo que, en la medida en que redujera la presión para la conquista de la plaza, en esa misma medida favorecía a sus seres queridísimos para que no lo pasaran mal, aflojaba su arrebato. Su madre, sin embargo, con las manos extendidas le suplicaba que no se ablandara por causa de ella, sino que, actuando con una rabia todavía mucho mayor, acelerara la conquista de la plaza y vengara a sus seres más queridos poniendo a disposición de él al enemigo, puesto que, según ella le decía, el morir entre torturas le era dulce si el enemigo culpable de ello pagaba su justo castigo por las iniquidades que cometía con ellos. Hircano, cuando su madre le decía esto, cogía una especie de furia por la conquista de la fortaleza, pero cada vez que la veía sometida a golpes y a punto de ser despedazada, se quedaba paralizado y se rendía a la compasión por lo que se le hacía a su madre. Y como de esta manera se prolongara el asedio, se metió el famoso año ese en que los judíos permanecen inactivos.Y lo observan cada siete años, como en el caso del día séptimo [93]. Entonces Ptolemeo, libre de la guerra por este motivo, mató a los hermanos y a la madre de Hircano y, una vez que hubo cometido este crimen, se refugió en la corte de Zenón, de sobrenombre Cotila, tirano de la ciudad de Filadelfia [94].

---

[92] Cf. *Guerra judía* 1, 54-55.
[93] Cf. *Ant. jud.* 12, 378, y 14, 475.
[94] La actual Amán. Cf. *Guerra judía* 1, 56-60.

236. *Antíoco VII Sidetes invade Judea.* 2. Antíoco, por su parte, irritado por el castigo que le había infligido Simón [95], invadió Judea en el año cuarto de su reinado y en el primero del gobierno de Hircano, correspondiente a la Olimpiada ciento sesenta y dos [96] Y, tras haber asolado el país, encerró a Hircano en la propia ciudad. Y, aunque Antíoco la cercó con siete campamentos, no consiguió absolutamente nada, primeramente tanto por la fortaleza de las murallas como por la bravura de los sitiados, y asimismo por la escasez de agua de los sitiadores, aunque de esta escasez del preciado líquido los libró la lluvia caída a mares en la época de la desaparición de la Pléyade. Y, habiendo levantado por la zona norte de la muralla, por donde ésta resultaba encontrarse incluso a nivel del suelo, cien torres, cada una de tres pisos, subió a ellas secciones militares. Y al efectuar diariamente ataques y abrir un foso doble, profundo y de enorme anchura, dejó bloqueados a los habitantes. Pero éstos contrarrestaban las argucias enemigas llevando a cabo numerosas salidas de sopetón, en las que si caían sobre los enemigos cuando se encontraban un tanto desprevenidos, les causaban cuantiosos daños, al tiempo que si se percataban de su ataque se retiraban sin dificultad alguna. Y, cuando Hircano se dio cuenta de que la excesiva abundancia de personas era perjudicial, no sólo porque las provisiones eran consumidas más pronto por ellas, sino también porque, como es natural, no hay obra alguna que se haga con la excesiva abundancia de brazos, tras separar de entre la gente a las personas inútiles las expulsó, quedándose únicamente con las que estaban en plenitud de fuerza y eran válidas para la guerra. Pero, sin embargo, Antíoco impedía a las personas excluidas que salieran fuera, por lo que ellas morían de una manera penosa entre unas y otras defensas, vagando de un lado a otro y consumidas por aquellas tremendas pruebas. No obstante, con motivo de la llegada de la fiesta de los Tabernáculos las personas de dentro se compadecieron de ellas y volvieron a recibirlas. Y, como Hircano enviara una comisión a Antíoco para solicitarle el establecimiento de una tregua de siete días por motivo de la fiesta, Antíoco aceptó la tre-

[95] Cf. caps. 225-227.

[96] Hay desacuerdo entre estas fechas: Hircano alcanzó el poder en el año 135/134 a. C., mientras que la Olimpiada ciento setenta y dos empieza con el año 132 a. C.

gua, cediendo a sus sentimientos de piedad hacia Dios, y además envió adentro de la ciudad ofrendas magníficas para un sacrificio, a saber, toros con los cuernos bañados de oro y vasijas de oro y plata, llenas de toda clase de perfumes. Y, mientras los que se encontraban a las puertas recogieron las ofrendas para el sacrificio de manos de los que las traían y las llevaron al Templo, Antíoco agasajó con un banquete a su ejército, diferenciándose con esto su comportamiento enormemente de Antíoco Epífanes[97], quien, tras haber conquistado la ciudad de Jerusalén, sacrificó cerdos en los altares y asperjó el Templo con su grasa, tirando por los suelos los rituales de los judíos y la religión heredada por ellos de sus antepasados, actos por los que la nación judía se le hizo hostil en grado máximo y de sentimientos implacables hacia él. Y, claro, al Antíoco que en este momento sitiaba Jerusalén todo el mundo lo llamaba *Eusebés*[98] por la condición insuperable de su piedad.

245. *Hircano llega a un acuerdo con Antíoco Sidetes.* 3. Hircano, por su parte, tras felicitarse por la benignidad de Antíoco y conocer su devoción hacia Dios, le envió embajadores para pedirle que devolviera a los judíos la posibilidad de vivir según las normas tradicionales. Y él, que no rechazó la propuesta, no hizo caso a los que lo exhortaban a destruir la nación judía a causa de la cerrazón de su modo de vida, diferente de la de los demás. Al contrario, aviniéndose a hacer todo lo que los embajadores le pedían, les contestó que los sitiados entregaran las armas y le pagaran tributo por Jopa y las otras ciudades de la zona de Judea, y que en ese caso, si aceptaban una guarnición, quedaban libres de la guerra. Y ellos aceptaron todas las demás exigencias, pero se negaron a aceptar la guarnición, y esto porque a causa de su cerrazón no se avenían a relacionarse con los demás. No obstante, a cambio de la guarnición aceptaron entregarle rehenes y quinientos talentos de plata, trescientos de los cuales así como los rehenes (entre los cuales estaba el propio hermano de Hircano) entregaron en el acto y recibió el rey, quien derribó también las murallas que rodeaban la ciudad. Tras ello Antíoco levantó el cerco y se retiró.

249. *Hircano ayuda a Antíoco Sidetes contra los partos: muerte de Antíoco y regreso de su hermano Demetrio II.* 4. Hirca-

[97] Cf. *Ant. jud.* 12, 253 y ss., y *Guerra judía* 1, 31-32.
[98] Esto es, el *Piadoso*.

no, por su parte, tras abrir el sepulcro de David, quien había superado en riqueza a los reyes de cualquier época, extrajo tres mil talentos de plata [99] y con esta fuente de recursos fue el primero de los judíos en empezar a mantener mercenarios. Y entre él y Antíoco se firmó un tratado de amistad y asistencia mutua militar, y, así, Hircano, tras recibir a Antíoco en la ciudad, ofreció de todo a su ejército, sin tasa y con cariño. Luego, cuando Antíoco emprendió una expedición militar contra los partos, le acompañó [100] Hircano. Y lo que decimos lo corrobora el propio Nicolás de Damasco, describiéndolo así: «Antíoco, una vez que hubo levantado un trofeo a orillas del río Lico tras haber vencido a Indates, el comandante en jefe de los partos, permaneció en aquel lugar durante dos días por habérselo pedido el judío Hircano con motivo de una fiesta de su nación, en la que no les estaba permitido a los judíos salir de viaje». Y no miente cuando dice esto, porque tras el sábado vino la fiesta de Pentecostés, y a nosotros no nos está permitido viajar ni en sábado ni en esta fiesta. De todas formas, Antíoco, cuando trabó combate con el parto Arsaces no sólo perdió una gran parte de su ejército, sino que pereció incluso él mismo, tras lo cual le sucedió en el trono de Siria su hermano Demetrio, a quien Arsaces había dado la libertad de la cautividad a que estaba condenado en el momento en que Antíoco había invadido Partia, como ya hemos señalado antes en otros lugares [101].

254. *Hircano judaiza Idumea.* 9. 1. Por su parte, Hircano, al llegar a sus oídos la noticia de que Antíoco había muerto [102] emprendió una expedición militar contra las ciudades de Siria, creyendo encontrarlas, como así fue, vacías de hombres aguerridos y capaces de defenderlas. Y, así, al cabo de seis meses conquistó Médaba, operación en la que su ejército pasó grandes calamidades, e inmediatamente a continuación se apoderó también de Samoga y

[99] Pero, según *Ant. jud.* 7, 393, y *Guerra judía* 1, 61, Hircano habría utilizado parte de estos recursos para persuadir a Antíoco a levantar el cerco de Jerusalén.

[100] Pero, según *Guerra judía* 1, 62 y ss., Hircano atacó las posiciones de Antíoco aprovechando que éste había marchado contra los medos.

[101] Fórmula típica, que no encuentra su confirmación en la obra de Josefo, por lo que hay que deducir que la toma de su fuente.

[102] Este dato contradice lo que Josefo ha dicho anteriormente (cf. cap. 249) de que Hircano había acompañado a Antíoco en su campaña contra los partos, y coincide, en cambio, con *Guerra judía* 1, 62.

las plazas próximas y, además de estos lugares, de Sícima, Garizín y de la nación jutea, que habitaba en torno al santuario hecho a imagen y semejanza del Templo de Jerusalén, santuario que Alejandro permitió edificar a su general Sanabaletes a causa de su yerno Manasés, hermano del Sumo Sacerdote Jadús, como antes [103] hemos indicado. Y ocurrió que este santuario quedó abandonado doscientos años después de su fundación [104]. Hircano conquistó también las ciudades idumeas de Adora y Márisa [105] y, después de obligar a rendirse a todos los idumeos, les permitió continuar en el país a condición de que se circuncidaran y aceptaran seguir las leyes de los judíos. Entonces los idumeos, llevados de la pasión que sentían por el solar patrio, aceptaron practicar la circuncisión y las demás reglas de conducta igual que los judíos. Y aquél fue el momento en que ellos empezaron a ser ya, efectivamente, judíos.

259. *Hircano renueva el tratado con Roma.* 2. Y el Sumo Sacerdote Hircano, deseoso de renovar el tratado de amistad con los romanos, envió una embajada a conferenciar con ellos. Y el Senado, tras recibir la carta enviada por Hircano, firmó con él un tratado de amistad en los siguientes términos: «Fanio [106], pretor, hijo de Marco, reunió al Senado ocho días antes de las Idus de febrero [107] en el Comitio, en presencia de Lucio Malio, hijo de Lucio, de la tribu Menenia, y de Cayo Sempronio, hijo de Cayo, de la tribu Falerna, para tratar de los asuntos presentados por los embajadores Simón, hijo de Dositeo, Apolonio, hijo de Alejandro, y Diodoro, hijo de Jasón, varones excelentes enviados por el pueblo judío, quienes se refirieron tanto al tratado de amistad y de asistencia militar existente entre ellos y los romanos como a asuntos oficiales concretos, defendiendo al respecto: primero, que les debían ser devueltos Jopa, los puertos, Gázara, Pegas y todas las demás ciudades y plazas suyas que durante la guerra había tomado Antíoco en contra del decreto del Senado; segundo, que a los soldados del rey no les debía estar permitido pasar por territorio romano ni de los pueblos súbditos de ellos; tercero, que las medidas decididas por Antíoco durante aquella

[103] En *Ant. jud.* 11, 322-324.
[104] Había sido fundado en el año 330 a. C.
[105] Cf. *Guerra judía* 1, 62-63.
[106] Fanio y Sempronio fueron pretores en el año 132 a. C.
[107] Esto es, el día *seis* de febrero.

guerra en contra del decreto del Senado romano fueran desautorizadas; cuarto, que los romanos, enviando embajadores no sólo hicieran que les fueran devueltas a los judíos las plazas detraídas por Antíoco, sino también que evaluaran los daños causados en su país durante la guerra, y, quinto, y último, que les entregaran un salvoconducto para los reyes y naciones libres con vistas a un regreso seguro a su patria. Y los romanos decidieron, en consecuencia, lo siguiente: renovar el tratado de amistad y el acuerdo de asistencia mutua militar con aquellos varones excelentes y enviados por un pueblo excelente y amigo». En relación con el salvoconducto solicitado les respondieron, sin embargo, que tomarían una decisión cuando el Senado se descargara de los asuntos propios, y, asimismo, que procurarían que en el futuro los judíos no volvieran a sufrir ninguna iniquidad semejante, así como que el pretor Fanio les entregaría dinero de las arcas públicas, con objeto de que pudieran regresar a su patria. Fanio, consecuente con ello, despidió luego a los embajadores judíos entregándoles dinero de las arcas públicas y un decreto del Senado dirigido a quienes debían escoltarlos y procurarles una llegada segura a su tierra.

267. *Alejandro Zebinas se alza con el trono de Demetrio II.* 3. Pues bien, en este estado de cosas se encontraba Hircano. Por otro lado, como el rey Demetrio[108] estuviera ansioso por emprender una expedición militar contra Hircano, no le surgió el momento ni la ocasión de llevarla a cabo, porque los sirios y los soldados no sólo le eran hostiles[109] (pues era un malvado), sino que también habían enviado ante Ptolemeo, de sobrenombre Fiscón[110], embajadores con objeto de que les entregara a algún miembro de la familia de Seleúco para que se hiciera cargo del reino. Ptolemeo les envió con un ejército a Alejandro, de sobrenombre Zebinas. Y en la batalla que entabló contra Demetrio éste fue derrotado, por lo que pretendió refugiarse junto a su mujer Cleopatra en Ptolemaide, pero al no recibirlo ella[111] y verse obligado a marchar de allí a Tiro fue capturado, muriendo después de sufrir tremendos castigos a manos de los

[108] Cf. caps. 186 y 253, y 174-180.

[109] Cf. caps. 129-131, y 143.

[110] Se trata de Ptolemeo VIII Evergetes, hermano de Ptolemeo VI Filométor. Reinó en Egipto entre 146-116 a. C. Su sobrenombre significa *barrigón* (mote aplicado ya por Alceo a Pítaco).

[111] Cf. caps. 221-222.

que lo odiaban. Y Alejandro, una vez que se hizo cargo del reino, firmó un tratado de amistad con el Sumo Sacerdote Hircano. Luego, Antíoco de sobrenombre Gripo[112], hijo de Demetrio, lo atacó y, como fuera derrotado en el combate, fue aniquilado.

270. *Antíoco Gripo se hace rey y es atacado por Antíoco Cizicenо.* 10. 1. Tras hacerse cargo Antíoco del reino de Siria se mostraba remiso a emprender una expedición militar contra Judea, al llegar a sus oídos la noticia de que su hermano de madre[113] (quien se llamaba también Antíoco) estaba reuniendo fuerzas para venir contra él desde Cízico. Por ello, permaneciendo en el país, decidió prepararse para el ataque de su hermano, quien recibió el sobrenombre de Cizicеno por haberse criado en la ciudad de Cízico y cuyo padre era Antíoco [114], de sobrenombre Soter, quien había muerto en Partia y que era hermano de Demetrio, el padre de Gripo. Ocurrió, claro está, que la misma Cleopatra estuvo casada con los dos hermanos, como ya hemos referido en otros lugares. Pues bien, Antíoco Cizicеno, tras presentarse en Siria, atacó ininterrumpidamente a su hermano durante muchos años [115]. Hircano, por su parte, pasó todo aquel tiempo [116] en paz, pues él tras la muerte de Antíoco [117] independizó a su pueblo de los macedonios y ya no les prestó ayuda alguna ni como súbdito ni como aliado, sino que la situación general del país en su tiempo cobró gran auge y altura, coincidiendo con el momento de Alejandro Zebinas y especialmente con estos dos hermanos. En efecto, la guerra en que uno y otro estaban implicados dejó libre a Hircano para explotar tranquilamente la región de Judea, con lo que acumuló una cantidad infinita de dinero. Ahora bien, si el Cizicеno intentaba hacer daño a su país, también éste le mostraba abiertamente su propósito de devolverle la moneda, y, así, al observar a Antíoco abandonado por sus aliados egipcios y que tanto a él

[112] Esto es, *de nariz aguileña.*

[113] La madre era Cleopatra, quien tuvo a Antíoco Gripo de su segundo marido (el primero había sido Alejandro Balas, cf. caps. 80-82) Demetrio II (cf. caps. 109-120) y a Antíoco Cizicеno de Antíoco Sidetes (cf. cap. 222).

[114] Cf. caps. 222 y 253.

[115] Las hostilidades entre ambos duraron del 122 a. C. al 96 a. C., fecha de la muerte de Gripo.

[116] Hircano murió en el año 104 a. C.

[117] Se trata de Antíoco VII Sidetes. Cf. caps. 245-248, y 253.

como a su hermano le iban mal las cosas en sus contiendas fratricidas, sintió desprecio hacia ambos.

275. *Hircano sitia Samaria.* 2. Y emprendió una expedición militar contra Samaria, ciudad sumamente fortificada, de la que en su debido lugar explicaremos que actualmente se llama Sebaste, tras haber sido refundada por Herodes. Y la cercó tenazmente después de lanzar un ataque contra ella, llevado del odio contra los samaritanos por haber maltratado ellos a los habitantes de Márisa, que eran colonos y aliados de los judíos, y por ser súbditos de los reyes sirios. Por ello, tras haber tendido todo alrededor de la ciudad un foso y una doble muralla de unos ochenta estadios [118] de larga, puso al frente de las operaciones a sus hijos Antígono y Aristobulo[119]. Y con la presión ejercida por ellos ocurrió que los samaritanos fueron arrastrados a tales extremos de necesidad por el hambre, que para poder comer echaron mano de cosas insólitas y a llamar en su ayuda a Antíoco el Ciziceno [120]. Este, que acudió presto en su ayuda, fue derrotado por las fuerzas de Aristobulo y, aunque fue perseguido por los hermanos hasta Escitópolis, logró escapar. Entonces ellos, tras volver contra los samaritanos, los encerraron de nuevo dentro de la muralla, con lo que aquéllos se vieron obligados a llamar, por segunda vez, en su ayuda al mismo Antíoco por medio de unos emisarios que enviaron a conferenciar con él. Entonces Antíoco, tras haber pedido a Ptolemeo Látiro [121] que le enviara seis mil hombres (que aquél le mandó pese a la oposición de su madre que casi lo expulsó del reino), primeramente invadió y devastó a manera de un bandido el territorio de Hircano con las tropas egipcias, sin atreverse a atacarlo de frente (puesto que sus fuerzas no eran lo suficientemente importantes) y en la creencia de que con la devastación de las tierras forzaría a Hircano a levantar el

---

[118] Recordemos que el estadio tiene unos 185 metros de largo.

[119] Cf. *Guerra judía* 1, 64-65.

[120] Antíoco IX Ciziceno, hijo de Antíoco VII Sidetes. Pero, en cambio, en *Guerra judía* 1, 65, se dice que los samaritanos pidieron ayuda a Antíoco Aspendio, esto es, a Antíoco VIII, también llamado Gripo o Filométor, hijo de Demetrio II. Así, pues, eran hermanos de madre, por ser ambos hijos de Cleopatra (cf. *Ant. jud.* 13, 109-120 y 222), pero siempre estuvieron enemistados entre sí.

[121] Hijo de Cleopatra y Ptolemeo Fiscón (cf. *Ant. jud.* 12, 235).

cerco de Samaria. Pero cuando perdió un número elevado de soldados al caer en emboscadas, partió para Trípolis, tras delegar la guerra contra los judíos en Calimandro y Epícrates.

280. *Hircano destruye Samaria.* 3. Calimandro, así pues, al atacar a los enemigos demasiado temerariamente, se vio obligado inmediatamente a dar la espalda y huir, y fue aniquilado. Epícrates, por su parte, a causa de su pasión por el dinero entregó abiertamente a los judíos no sólo Escitópolis, sino también las otras plazas próximas a ella, aunque sin poder levantar el cerco de Samaria. En estas condiciones, Hircano, tras tomar esta ciudad después de tenerla cercada durante un año, no se contentó únicamente con esto sino que la hizo incluso desaparecer por completo, haciendo que fuera inundada por los torrentes. En efecto, al excavarla tan completamente que se transformó en torrenteras le quitó toda señal de que aquel lugar hubiera sido alguna vez una ciudad[122]. Y del Sumo Sacerdote Hircano se cuenta una cosa sorprendente, a saber, de qué manera la Divinidad se comunicó con él. Y es que se asegura que, el mismo día que sus hijos trabaron combate con el Ciziceno, el propio Sumo Sacerdote, quien se encontraba a solas quemando incienso en el Templo, había oído una voz que decía que sus hijos acababan de vencer a Antíoco. Cosa que, cuando salió del Templo, hizo público la toda a multitud. Y así ocurrió efectivamente. Hircano se encontraba en esta situación.

284. *Bienestar de los judíos en Egipto.* 4. Justo en esta época se dio la circunstancia de que las cosas les iban bien no sólo a los judíos de Jerusalén y del territorio correspondiente, sino también a los que habitaban en Alejandría, en el resto de Egipto y en Chipre. Y es que la reina Cleopatra, al llevarse mal con su hijo Ptolemeo, de sobrenombre Látiro [123], puso al frente de su reino a Quelcías y Ananías, quienes eran hijos de aquel Onías que había edificado el Templo en el nomo de Heliópolis según el de Jerusalén, como ya indicamos anteriormente [124]. Y Cleopatra, como hubiera puesto el

[122] Cf. *Guerra judía* I, 65-66.

[123] Cf. cap. 278. El sobrenombre *Látiro* significa *almorta* (una clase de legumbre, conocida vulgarmente también por el nombre de *muela*, por su parecido).

[124] En caps. 62-63.

ejército en manos de éstos, no hacía nada sin contar con su aprobación, de lo que da fe el propio Estrabón de Capadocia, expresándose así: «Pues los más, tanto los que volvieron del exilio como los que posteriormente fueron enviados por Cleopatra a Chipre, se pasaron inmediatamente a Ptolemeo. Sólo los designados por la denominación de *los judíos de la familia de Onías* fueron los que permanecieron leales, y ello porque sus compatriotas Quelcías y Ananías eran los favoritos de la reina». Pues bien, así se expresa Estrabón.

288. *El fariseo Eleazar pide a Hircano que abandone el cargo de Sumo Sacerdote.* 5. Pero concitó la envidia de los judíos contra Hircano su propia felicidad y la de sus hijos, aunque los que estaban más enemistados con él eran los fariseos, quienes constituían una secta judía, como ya indicamos más arriba [125]. Y los fariseos gozan de una influencia tan grande entre el pueblo que cuando dicen algo contra el rey o contra el Sumo Sacerdote la gente los cree inmediatamente. Pero el propio Hircano era discípulo suyo, y era sumamente querido por ellos. Y, en este sentido, una vez que los invitó a un banquete, luego de dispensarles una acogida amable, como los viera extremadamente contentos empezó a decirles que sabían que él quería ser justo y hacer todo lo que resultara grato a Dios y a ellos (hay que hacer constar que los judíos gustan de las disquisiciones filosóficas) y, más aún, les pedía que si lo veían cometer algún fallo o desviarse del justo camino lo hicieran volver a él y lo corrigieran. Y al testificarle ellos que toda su conducta era un dechado de virtud, Hircano se llenó de alborozo por estas alabanzas, pero uno de los que estaban reclinados a la mesa, de nombre Eleazar, que era un malintencionado y al que le gustaba la discordia, le dijo: «Puesto que has solicitado conocer la verdad, te diré que si quieres ser justo depón el cargo de Sumo Sacerdote y conténtate únicamente con gobernar al pueblo». Y, como él le preguntara por qué motivo debía deponer la dignidad de Sumo Sacerdote, le contestó: «Porque hemos oído a los ancianos que tu madre fue cautiva durante el reinado de Antíoco Epífanes» [126]. Pero el rumor era falso. Entonces Hircano se irritó con él y asímismo todos los fariseos lo tomaron muy a mal.

---

[125] Cf. caps. 171-173.

[126] Lo que constituiría una violación de los preceptos que sobre el particular determina *Levítico* 21, 14.

293. *Hircano abandona a los fariseos por los saduceos.* 6. Pero Jonatán, miembro de la secta de los saduceos, quienes mantienen posiciones contrarias a los fariseos, y que era amigo íntimo de Hircano, le decía que Eleazar había lanzado aquella calumnia contra él con el beneplácito general de todos los fariseos, cosa que, según sus palabras, le resultaría claro con sólo preguntarles a los propios fariseos qué castigo se merecía Eleazar por lo que había dicho. Y, al inquirir Hircano a los fariseos de qué castigo lo consideraban merecedor (puesto que, según le decía Jonatán, se convencería de que las calumnias no se habían producido con el beneplácito de ellos si le fijaban una multa acorde con la gravedad del caso), le contestaron que de unos latigazos y de la cárcel, ya que no les parecía bien por un simple reproche condenarlo a muerte, eso en cualquier circunstancia, pero sobre todo habida cuenta de que los fariseos son de por sí benignos en lo que a castigos toca. Hircano se irritó sobremanera con esta respuesta y entonces empezó a creer que el individuo aquel había pronunciado la calumnia con la aquiescencia de ellos. Pero fue Jonatán quien lo exacerbó más de lo que estaba y lo trastornó tanto que hizo que se adhiriera al grupo de los saduceos abdicando de los fariseos, y que derogara las normas impuestas por ellos al pueblo y castigara a quienes las guardaran. Pues bien, con esto se granjeó tanto él como sus hijos el odio de la población. De ello, sin embargo, hablaremos en otra ocasión. Ahora, en cambio, quiero señalar que los fariseos han transmitido al pueblo algunas normas heredadas de los antepasados pero que no constan por escrito entre las leyes de Moisés, razón por la que las rechaza la estirpe de los saduceos, alegando que hay que considerar normas verdaderas únicamente las que figuran por escrito, mientras que no se debe observar las que nos han llegado por tradición oral de los antepasados. Y por estas cuestiones se produjeron entre ellos grandes disputas y diferencias, asunto en el que los saduceos sólo convencían a los ricos sin conseguir que los siguiera el vulgo, mientras que los fariseos tenían por aliada a la masa. Pero de estos dos grupos y de los esenios traté con toda suerte de pormenores en el libro segundo de mi *Historia de la guerra judía* [127].

[127] En *Guerra judía* 2, 119 y ss.

299. *Los dones providenciales de Hircano.* 7. Hircano, tras poner fin a la discordia, vivió dichoso y, después de haber ejercido el poder de una manera excelente durante treinta y un años, murió, dejando cinco hijos, luego de haber sido considerado por Dios merecedor de los tres dones más grandiosos: el gobierno de su nación, la dignidad de Sumo Sacerdote y el don de la profecía [128]. Pues le asistía la Divinidad, quien le otorgaba la facultad de conocer de antemano el futuro y de preconizarlo luego a los demás, hasta el punto de predecir él en relación con sus dos hijos mayores que no quedarían dueños de la situación política general. Merece la pena dar cuenta de la caída de ambos para que el lector comprenda cuánto les faltó para alcanzar la dicha de su padre.

301. *Aristobulo I se alza con el poder y se declara rey.* 11. 1. En efecto, Aristobulo, que era el mayor, como hubiera decidido tras la muerte de su padre transformar la forma de gobierno en una monarquía (pues optó por este sistema político), se ciñó la corona real, medida tomada por él antes que por ningún otro judío, cuatrocientos ochenta y un años y tres meses después que el pueblo hubo regresado a su tierra tras quedar libre de la condición de esclavos de los babilonios [129]. Y Aristobulo, quien guardaba afecto a Antígono, que era de sus hermanos el siguiente a él, le concedió a éste el mismo rango que a sí mismo, pero a los otros los encerró en prisión. Y encarceló también a su madre por enfrentarse a él para alzarse con el poder (pues Hircano la había dejado dueña y señora de un poder absoluto) y llegó a tal grado de crueldad con ella que acabó con su vida, por hambre, mientras estaba en prisión. Y a la muerte de su madre añadió también la de su hermano Antígono, a quien parecía querer sobremanera y con quien compartía el trono, tras haberse enemistado con él por unas calumnias [130] en las que al principio no creyó, en parte no haciendo caso de los comentarios por el afecto que sentía hacia él y en parte considerando que aquél era calumniado de pura envidia. Pero en una ocasión en que Antígono había

---

[128] Cf. *Guerra judía* 1, 68-69.

[129] Los judíos regresaron de la cautividad en Babilonia en el año 537 a. C. Tanto si contamos con los *cuatrocientos ochenta y un* años de *Ant. jud.* como con *cuatrocientos setenta y uno* de que habla la *Guerra judía* 1, 70, son demasiados años, dado que Aristobulo sólo reinó los años 104-103 a. C.

[130] Cf. *Guerra judía* (=*BJ.*) 1, 72 y ss.

regresado triunfador de una campaña, momento en que tenía lugar la fiesta durante la que los judíos levantan tabernáculos en honor de Dios, ocurrió que Aristobulo guardaba cama al haber caído enfermo, mientras Antígono, para celebrar la fiesta, subió al Templo acompañado de su séquito de hoplitas y ataviado de una manera sumamente espléndida, donde las más de las súplicas las hizo para pedir por el restablecimiento de su hermano, al tiempo que los malvados que se afanaban por romper la concordia entre los hermanos, aprovechando la ocasión que les brindaba tanto la suntuosidad de que hacía gala la comitiva de Antígono como los éxitos logrados por él, se presentaron al rey, a quien le magnificaban malévolamente el carácter impresionante de la comitiva en compañía de la que Antígono celebraba la fiesta y añadiéndole lo siguiente: que nada de lo que allí ocurría se adecuaba a la medida de un simple particular, sino que lo que allí se hacía ofrecía indicios de sentimientos regios, y que se disponía a matarlo toda vez que había llegado acompañado de tropas potentes, al considerar el propio Antígono estúpido creer que con simplemente disponer de una parte de los honores había conseguido grandes cosas, cuando estaba en sus manos la posibilidad de ser rey.

307. *Aristobulo mata a Antígono.* 2. Aristobulo a la fuerza hizo caso de esto, aunque, procurando evitar toda sospecha de su hermano y velando al mismo tiempo por su propia seguridad, distribuyó a sus guardaespaldas por un paso obscuro subterráneo (pues él guardaba cama en el castillo, llamado Antonia [131] posteriormente) y ordenó que nadie tocara a Antígono si iba desarmado, pero que lo mataran si iba a visitarlo armado. De todas formas, el propio Aristobulo mandó a Antígono, por medio de un mensajero que envió a hablarle, que él llegara desarmado. Pero la reina y los que junto con ella maquinaban contra Antígono persuadieron al emisario a que le dijera lo contrario: que su hermano, al oír que había fabricado armas y un primor bélico, le rogaba que se le presentara armado, para ver él el equipo. Y Antígono, como no sospechaba que se tramara ninguna mala acción contra él, sino que, por el contrario, confiaba en la buena disposición que le guardaba su hermano, se puso en camino para visitar a Aristobulo revestido del equipo militar como estaba, para mostrarle sus armas. Y al llegar él al lugar designado con el nom-

[131] Cf. *Ant. jud.* (=*AJ.*) 12, 251, y *BJ.* 1, 75.

bre de Torre de Estratón, donde se daba la circunstancia de que el paso estaba completamente a oscuras, los guardaespaldas de Aristobulo lo mataron. Ahora bien, su muerte demostró que no hay nada más fuerte que la envidia y la calumnia y que tampoco hay nada que rompa más el afecto y el vínculo natural que los citados sentimientos. Y uno podría admirar sobremanera a un tal Judas, perteneciente a la secta de los esenios y que nunca faltó a la verdad en sus predicciones. En efecto, como éste viera a Antígono pasando junto al Templo gritó en voz alta, entre sus seguidores y discípulos, los que permanecían a su lado para que les enseñara a predecir el futuro, que lo mejor que le podía ocurrir al propio Judas era morirse por haberse engañado cuando Antígono vivía, dado que él observaba que continuaba con vida después de haber predicho que aquel mismo día resultaría muerto en la llamada Torre de Estratón, lugar que distaba de Jerusalén nada más y nada menos que unos sesenta estadios [132], y que era donde había predicho que aquel día sería asesinado, cuando ya estaba terminada la mayor parte del día, con lo que su profecía corría peligro de resultar falsa. Pues bien, mientras él estaba diciendo esto con el ánimo abatido llegó la noticia de que Antígono había muerto en el paso subterráneo, justo el cual se llamaba también Torre de Estratón, coincidiendo en el nombre con la costera ciudad de Cesarea [133]. Había sido esto, claro está, lo que había confundido el adivino [134].

314. *Remordimiento y enfermedad fatal de Aristobulo.* 3. Pero a Aristobulo le entró enseguida arrepentimiento por la muerte de su hermano y a consecuencia de aquél una enfermedad, por resultar su mente afectada tan gravemente por aquel infando crimen que, al corrompérsele las entrañas por lo inaguantable de su remordimiento, vomitaba sangre. Sangre que uno de los esclavos que le atendían retiraba pero que, al resbalar, vertió, según creo por imperativo de la Divina Providencia, en el mismo lugar en que había sido asesinado Antígono y donde resultaba haber todavía manchas de su sangre. Y, al prorrumpir en gritos los que lo vieron por pensar que el esclavo la había vertido intencionadamente, Aristobulo, que los oyó, preguntó por el motivo, y como no se lo decían se obstinaba todavía más en saberlo, porque en tales circunstancias

[132] El estadio tiene unos 185 metros de largo.
[133] Cf. *AJ.* 15, 331-341.
[134] Cf. *BJ.* 1, 78.

las personas sospechan instintivamente que el hecho de callarse significa lo peor. Y cuando por miedo le dijeron la verdad a causa de sus amenazas y exigencias, le brotaron copiosas lágrimas al resultar sacudido en su mente por la conciencia de lo que había hecho, e, irrumpiendo en profundos ayes de dolor, dijo: «Bien se ve que yo no había de pasar inadvertido a Dios tras haber cometido un crimen tan impío y detestable, sino que el castigo por la muerte de mi hermano me ha alcanzado rápido. ¿Y hasta cuándo, oh cuerpo desvergonzadísimo, vas a retener los hálitos de mi alma, debida a los espíritus de mi hermano y de mi madre? ¿Pero por qué no se la das en pago toda de una vez y no que entrego en sucesivas veces mi sangre como libación en honor de los asesinados sacrílegamente?». Y se murió luego de pronunciar estas palabras y haber reinado durante un año [135], después de haberse ganado el título de *Filoheleno* y haber sido un gran bienhechor de su patria, ya que hizo la guerra a los itureos [136] y anexionó una gran parte de su territorio a Judea, al tiempo que forzó a sus habitantes, si querían permanecer en el país, a circuncidarse y a vivir en conformidad con las leyes de los judíos. Tenía un carácter afable y era sumamente dado a tratar a la gente con respeto, según lo atestigua el propio Estrabón, quien, dependiendo de la persona de Timágenes[137], dice así: «Este hombre fue no sólo afable sino también sumamente beneficioso para los judíos, puesto que les dio posesión de más territorios y los hizo dueños de una parte del pueblo de los itureos, a los que agregó con la obligación de circuncidarse las partes pudendas» [138].

320. *Alejandro Janeo rey.* 12. 1. Una vez muerto Aristobulo, su mujer Salina [139], pero designada por los griegos con el nombre de Alejandra, tras soltar a sus hermanos (pues Aristobulo los tenía encarcelados, según dijimos anteriormente) [140] nombró rey a Janeo, conocido también por el nombre de Alejandro, quien aventajaba a

---

[135] El 104/103 a. C.

[136] Los itureos vivían en el Líbano. Cf. Estrabón 753-756.

[137] Timágenes de Alejandría, historiador que escribió una *Historia de los reyes*, fue llevado a Roma en el año 55 a. C.

[138] Cf. *BJ.* 1, 81-84.

[139] Variante de Salomé. Cf. *BJ.* 1, 85.

[140] En cap. 302.

los otros hermanos tanto en edad como en moderación, y quien, nada más nacer, tuvo la desgracia de ser aborrecido por su padre y de no aparecer nunca jamás ante su vista hasta la muerte de aquél. El motivo de este aborrecimiento se dice que fue el siguiente: Hircano, que amaba más que a ningún otro hijo a los dos mayores, Antígono y Aristobulo, como se le hubiera aparecido Dios en sueños, le preguntó quién de sus hijos había de ser su sucesor. Y al indicarle que lo sería quien tenía determinados rasgos físicos, que coincidían con los de Janeo, Hircano, dolido de que éste fuera a heredar todos sus bienes, una vez que nació lo dejó en Galilea para que fuera criado allí. Dios, sin embargo, no engañó a Hircano. Y Janeo, cuando tras la muerte de Aristobulo se hizo cargo del reino, ejecutó a aquél de sus hermanos que pretendía alzarse con el trono, mientras que al otro que prefería vivir sin dedicarse a los asuntos de Estado [141] lo tenía en alta estima.

324. *Alejandro Janeo ataca a las ciudades de la costa siria.* 2. Y, después de haber establecido el gobierno de la nación en la forma que a su juicio le convenía, emprendió una expedición militar contra Ptolemaide. Y, tras haber vencido a sus gentes en combate, las encerró dentro de la ciudad y, poniéndoles sitio, las cercó. Y es que de las ciudades de la costa eran Ptolemaide y Gaza las únicas que le quedaban por someter y, junto con éstas, Zoilo, el tirano que había ocupado la Torre de Estratón[142] y Dora [143]. Y, como Antíoco Filométor y su hermano Antíoco, de sobrenombre Ciziceno, estaban enfrentados entre sí en guerras [144] y venían echando a perder sus respectivos poderíos, a los habitantes de Ptolemaide no les llegaba ninguna ayuda de ellos. Pero cuando ellos se encontraban apremiados por el cerco les asistió, nutrido de una compañía de soldados, Zoilo, el que había ocupado la torre de Estratón y Dora, y, como aspiraba a alzarse con el poder absoluto de la región aprovechándose de la contienda que sostenían entre sí los reyes, corrió en ayuda, aunque pequeña, de los habitantes de Ptolemaide. Y, por otro lado, tampoco estos reyes eran tan amigos suyos que esperaran

[141] Su nombre era Absalom, quien con el tiempo fue suegro de Aristobulo II. Cf. *AJ.* 14, 71.

[142] La posteriormente llamada Cesarea. Cf. cap. 313.

[143] Cf. *AJ.* 5, 83.

[144] Cf. caps. 269-273.

alguna ayuda de ellos. Pues uno y otro se comportaban lo mismo que los púgiles, quienes, exhaustos de fuerza pero incapaces de ceder por vergüenza, prolongan indefinidamente la lucha con intervalos de inactividad y descanso. Por ello, la única esperanza que quedaba a las gentes de Ptolemaide era la de los reyes de Egipto [145] y la de Ptolemeo Látiro, señor de Chipre, quien, expulsado del poder por su madre Cleopatra, se había ido para Chipre. Consecuentemente, los habitantes de Ptolemaide, por medio de unos emisarios que enviaron a visitar a este último, lo exhortaron a que acudiera en su ayuda y los librara de las manos de Alejandro, porque corrían peligro de caer en su poder. Y, como los emisarios le hicieran concebir la esperanza de que, una vez que hubiera cruzado el mar hasta Siria, encontraría a los habitantes de Gaza levantados en armas y unidos a las gentes de Ptolemaide así como a Zoilo, y como le dijeran todavía más, que le ayudarían los sidonios y otros muchos, concibió grandes esperanzas y se apresuró a zarpar.

330. *Ptolemeo Látiro navega hacia Siria.* 3. Pero en este medio tiempo Deméneto, que en aquel momento gozaba de poder de persuasión sobre los habitantes de Ptolemaide y de conducir al pueblo por donde quisiera, los persuadió a que cambiaran de opinión, asegurándoles que era mejor correr el riesgo de enfrentarse a los judíos con un resultado incierto antes que aceptar una esclavitud evidente, al echarse en brazos de un dictador, aparte de que, según él les decía, en ese caso no iban a sostener únicamente la guerra presente, sino también otra mucho mayor, que le vendría impuesta desde Egipto, puesto que Cleopatra no consentiría que Ptolemeo acumulara fuerzas para sí de las poblaciones vecinas, sino que vendría contra ellos con un poderoso ejército, dado que ella estaba interesada en expulsar a su hijo incluso de Chipre, aparte de que mientras Ptolemeo, si fallaba en las esperanzas que tenía concebidas, contaba de nuevo con Chipre como lugar en que refugiarse, ellos en cambio el peligro que corrían era extremo. Así, pues, Ptolemeo, aunque se enteró en la travesía del cambio de actitud de los habitantes de Ptolemaide, no por ello dejó de proseguir la navegación, con lo que, tras arribar al lugar de nombre Sicami-

[145] Cleopatra III, esposa de Ptolemeo Fiscón, y madre de Ptolemeo Látiro (con quien estaba en guerra, cf. caps. 285-287, 328, 331, 334, 336, 348) y de Ptolemeo X Alejandro.

na [146], desembarcó allí sus fuerzas. Y la suma global de las fuerzas de su ejército ascendía a treinta mil hombres entre soldados de infantería y de caballería, a los que hizo avanzar hasta las proximidades de Ptolemaide, donde fijó su campamento, pero como los habitantes de esta ciudad ni abrieran las puertas a sus emisarios ni escucharan sus palabras, Ptolemeo se preocupó grandemente.

334. *Alejandro Janeo intenta engañar a Ptolemeo Látiro.* 4. Y, como acudieran a él tanto Zoilo como los habitantes de Gaza y le pidieran que les ayudara, dado que su territorio era devastado por los judíos y Alejandro, entonces éste, Alejandro, levantó el cerco de la ciudad por miedo a Ptolemeo y, tras retirar el ejército a sus lares, se dispuso a partir de entonces a tramar argucias a escondidas, invitando a Cleopatra a atacar a Ptolemeo pero aparentemente sugiriéndole un tratado de amistad y de ayuda militar mutua. Y en este sentido, prometió que le daría cuatrocientos talentos de plata, a cambio de ello pidiéndole el favor de que eliminara al tirano Zoilo y de que asignara su país a los judíos. Consecuentemente Ptolemeo, lleno de contento, sometió inmediatamente a Zoilo luego de firmar un tratado de amistad con Alejandro. Pero posteriormente, al llegar a sus oídos la noticia de que aquel había enviado mensajes secretos a su madre Cleopatra, rompió los juramentos contraídos con él y, poniendo manos a la obra, cercó la ciudad de Ptolemaide, al no abrirle sus habitantes las puertas. Y, tras dejar al cargo del cerco a algunos generales y una parte de sus fuerzas, él con el resto marchó contra Judea dispuesto a someterla. Por su parte, Alejandro, al enterarse de las intenciones de Ptolemeo, reunió también él a unos cincuenta mil soldados del lugar y, según algunos historiadores dicen, ochenta mil, y, tras tomar consigo estas fuerzas, marchó al encuentro de Ptolemeo. Pero éste, al caer repentinamente sobre Asoquis [147], ciudad de Galilea, un sábado, la tomó por la fuerza, operación en la que hizo cautivos a diez mil personas y otro mucho botín.

338. *Ptolemeo Látiro vence a Alejandro Janeo cerca del Jordán.* 5. Y como hubiera llevado a cabo una intentona también con-

[146] La actual *Tell és-Semak* (Thackeray).
[147] Cf. *BJ.* 1, 86.

tra Séforis, situada a escasa distancia de la ciudad que acababa de saquear, al perder a muchos de sus hombres marchó a atacar a Alejandro. Y Alejandro le salió al encuentro a orillas del río Jordán, cerca de una localidad de nombre Asofón y fijó su campamento cerca de los enemigos. Hay que hacer constar que llevaba consigo a los ocho mil soldados de vanguardia, que él designaba con el nombre de *los cien combatientes,* los cuales usaban escudos recubiertos de bronce. Pero también los soldados de vanguardia de Ptolemeo llevaban escudos recubiertos de bronce. Ahora bien, los hombres de Ptolemeo, como eran inferiores en el otro armamento, eran más precavidos a la hora de correr riesgos. Pero les infundió una esperanza no pequeña Filostéfano, el experto en táctica, al mandarles que cruzaran el río, habida cuenta de que éste en aquel momento se encontraba entremedias de ambos campamentos. Y a Alejandro no le pareció bien impedir que lo cruzaran, porque pensaba que si los enemigos tenían el río a su espalda podría apoderarse más fácilmente de ellos, al no poder escapar del campo de batalla. Pues bien, al principio ambos contendientes realizaban gestas y mostraban una pasión en grado semejante, de suerte que uno y otro ejército causó enorme mortandad en el contrario, y, aunque los hombres de Alejandro resultaban superiores, Filostéfano, luego de dividir sus fuerzas hábilmente, corrió en ayuda de los que cedían. En cambio, como nadie prestó ayuda a las secciones de los judíos que decaían, ocurrió que éstos huyeron, dado que no corrieron en su ayuda tampoco las formaciones contiguas, sino que, lejos de ello, se unieron a los derrotados en su huída, mientras que los hombres de Ptolemeo hacían lo contrario que ellos. En efecto, siguiendo a los judíos los mataban, hasta que al final, una vez que todos ellos les dieron la espalda, los perseguían, matándolos hasta el momento en que de tanto matar el filo de las espadas se les embotó, y sus brazos resultaron exhaustos. Y es que se dice que murieron treinta mil de ellos (aunque Timágenes ha dicho que fueron cincuenta mil), mientras de los restantes unos fueron hechos prisioneros y los otros consiguieron escapar a su territorio.

345. *Ptolemeo Látiro invade Judea.* 6. Y Ptolemeo, al llevar a cabo después de la victoria razzias contra el territorio judío y alcanzarlo el anochecer en ciertas aldeas de Judea, se quedó allí. Y como hubiera encontrado las referidas aldeas llenas de mujeres y niños pequeños, ordenó a sus soldados que los degollaran y corta-

ran sus carnes en trozos y que luego echaran sus miembros en vasijas con agua hirviendo y empezaran el banquete comiendo de ellos [148]. Y dio esta orden para que los que lograran escapar del combate y volvieran a sus casas se imaginaran que los enemigos eran caníbales y a causa de ello se asustaran todavía más de ellos, al ver este comportamiento suyo. Y también Estrabón y Nicolás dicen que los soldados de Ptolemeo trataron a sus víctimas de esta manera, justo como acabo de decir yo. Y tomaron también Ptolemaide por la fuerza, como ya en otros lugares lo hemos puesto de manifiesto [149].

352. *Cleopatra obliga a Ptolemeo a abandonar Siria.* 13. 1. Pero Cleopatra, al ver que su hijo tomaba auge y que no sólo devastaba tranquilamente Judea, sino que también tenía sometida a sus dictados la ciudad de Gaza, decidió no consentir que él, quien estaba a sus puertas y añoraba Egipto, se hiciera más poderoso, por lo que se lanzó inmediatamente contra él con fuerzas navales y terrestres, tras haber designado jefes del conjunto del ejército a los judíos Quelcías y Ananías. En cambio, la mayoría de sus riquezas así como a sus nietos y disposiciones testamentarias los envió a la isla de Cos, a cuyos habitantes confió. Y Cleopatra, después de ordenar a su hijo Alejandro que navegara bordeando la costa hasta Fenicia con una poderosa escuadra, ella, acompañada de todas sus fuerzas, llegó a Ptolemaide, y, como los habitantes de la ciudad no le abrieran las puertas, la sitió. Pero Ptolemeo, tras partir de Siria, corrió contra Egipto [150], creyendo que al encontrarse carente de un ejército podría apoderarse del país atacando de sopetón. Pero falló en sus esperanzas. Justo por esta época ocurrió la muerte en Celesiria de Quelcías, uno de los dos jefes de Cleopatra, cuando perseguía a Ptolemeo.

352. *Cleopatra es disuadida de invadir Judea.* 2. Por su parte, Cleopatra, al llegar a sus oídos la noticia de la intentona de su hijo y de que el asunto de Egipto no le había salido como esperaba, envió

---

[148] Cf. Heródoto 3, 11.

[149] Fórmula típica de Josefo para los casos en que no se encuentra la noticia de ello en la obra del autor, lo que revela que procede de las fuentes de las que ha tomado estos datos.

[150] Cf. *BJ.* 1, 86.

allá una parte del ejército y lo expulsó del país. Entonces él, tras regresar de nuevo de Egipto, pasó el invierno en Gaza. Y Cleopatra, mientras tanto, se apoderó, por efecto del asedio, de la guarnición destacada en Ptolemaide y de la propia ciudad. Y como Alejandro Janeo acudiera a visitarla llevándole regalos y deseoso de rendirle el homenaje que ella se merecía (habida cuenta de que había sufrido grandes males a manos de Ptolemeo y no podía correr a refugiarse en nadie más que en ella), algunos de los amigos de Cleopatra le aconsejaban que no sólo aceptara esos regalos sino que además invadiera y ocupara su país, y que no consintiera que de un solo hombre judío dependiera una suma tan grande de bienes. Pero Ananías le aconsejó lo contrario que aquéllos, diciéndole que ella obraría injustamente si privaba a una persona aliada de la libertad de actuar a su antojo, «y más cuando es un compatriota nuestro. Pues no quiero que ignores», continuó diciéndole, «que una injusticia contra él nos hará a todos nosotros, los judíos, enemigos tuyos». Y, Cleopatra, al exhortarla Ananías en esos términos, aceptó no perjudicar lo más mínimo a Alejandro, sino que, lejos de ello, firmó con él un tratado de asistencia mutua militar en Escitópolis de Cele-Siria.

356. *Alejandro Janeo destruye Gaza.* 3. Y Alejandro Janeo, una vez que se vio libre del temor que le infundía Ptolemeo, emprendió inmediatamente una expedición militar contra Cele-Siria [151], y tomó Gádara después de un sitio de diez meses, y tomó también Amatunte, el baluarte más importante de las gentes que habitaban más allá del Jordán, justo donde Teodoro, el hijo de Zenón, tenía las propiedades más hermosas e interesantes [152]. Quien, habiendo caído inesperadamente sobre los judíos, mató a diez mil de ellos, al tiempo que arrambló con los bagajes de Alejandro. Pues bien, este contratiempo no abatió los ánimos de Alejandro, sino que emprendió una expedición militar contra las regiones costeras, concretamente contra las ciudades de Rafia y Antedón (nombre que posteriormente el rey Herodes cambió por el de Agripíade) [153], ciudad esta que tomó también por la fuerza. Y, al observar que Ptolemeo se había retirado de Gaza [154] a Chipre y su madre

[151] Equivalente aquí a Transjordania. Cf. *AJ.* 11, 25.
[152] Cf. *BJ.* 1, 86 y ss.
[153] Cf. *BJ.* 1, 416.
[154] Cf. cap. 353.

Cleopatra a Egipto, como estaba irritado contra los habitantes de Gaza por haber llamado en su ayuda a Ptolemeo, sitió la ciudad y saqueó su territorio. Y, como Apolódoto, el general del ejército de Gaza, hubiera caído de noche con dos mil mercenarios y diez mil esclavos contra el campamento de los judíos, mientras era de noche vencían los de Gaza por producir en los enemigos la impresión de que era Ptolemeo quien los había atacado, pero cuando se hizo de día y se reveló falsa la suposición anterior, los judíos, al enterarse de la verdad, volvieron a reagruparse y, atacando a los de Gaza, aniquilaron a unos mil de ellos. Pero los de Gaza resistían y no cedían ni por la falta de recursos ni por la suma de sus muertos (pues consentían sufrir todo lo que fuera antes que caer en poder del enemigo). Pero es que además contribuía también a elevar los ánimos del ejército de Gaza, Aretas, el rey de los árabes, quien esperaban que de un momento a otro llegara en su ayuda. Sin embargo, antes de eso ocurrió que Apolódoto fue aniquilado. En efecto, su hermano Lisímaco, que le tenía envidia por gozar de excelente reputación entre sus conciudadanos, lo mató y, tras poner de su parte al ejército, entregó a Alejandro la ciudad. Y éste, en el momento mismo de entrar en ella, se estuvo quieto, pero luego lanzó sus fuerzas contra los habitantes de Gaza, permitiéndoles que tomaran represalias contra ellos. Entonces los soldados de Alejandro, dirigiéndose cada uno por un sitio, mataron a los de Gaza. Pero tampoco éstos fueron de espíritu pusilánime, sino que, defendiéndose también de los judíos que caían en sus manos, aniquilaron a un número no inferior al de sus muertos. Y algunos de los propios habitantes de Gaza que se encontraban a solas prendieron fuego a las casas, para que los enemigos no pudieran conseguir botín alguno de allí. Y otros mataron con sus propias manos tanto a sus hijos como a sus esposas, obligados a librarlos por este procedimiento de venir a ser esclavos de los enemigos. Y de los senadores hubo un total de quinientos que se habían refugiado en el templo de Apolo (pues se dio la circunstancia de que el ataque ocurrió mientras celebraban sesión). Alejandro los ejecutó y, tras haber arrasado su ciudad después de un asedio de un año, regresó a Jerusalén.

365. *Guerras fratricidas entre los seleúcidas.* 4. Y hacia esta misma época murió [155] Antíoco, de sobrenombre Gripo, víctima de

[155] *En el año 96 a. C.*

una conjura de Heracleón, tras una vida de cuarenta y cinco años y un reinado de veintinueve. Y su hijo Seleúco, que heredó el trono, atacó al hermano de su padre, esto es, a Antíoco, de sobrenombre Cizicenо, y, tras vencerlo y hacerlo prisionero, lo mató. Pero no mucho después Antíoco, de sobrenombre el Piadoso, hijo del Cizicenо, tras presentarse en Arado [156] y ceñirse la corona real, atacó a Seleúco y, al lograr el triunfo, lo expulsó de Siria entera. Entonces Seleúco, tras huir a Cilicia y presentarse en Mopsuestia, volvió a exigir dinero a sus habitantes. Pero el pueblo de Mopsuestia, que lo tomó muy a mal, prendió fuego a su palacio y lo aniquiló a él junto con sus amigos. A su vez, cuando Antíoco, el hijo de Cizicenо, reinaba en Siria, Antíoco, el hermano de Seleúco, emprendió la guerra contra él, pero al ser vencido pereció junto con su ejército. Pero después de él, su hermano Filipo, tras ceñirse la corona real, reinó sobre una parte de Siria. Por otro lado, Ptolemeo Látiro, después de mandar venir de Cnido a Demetrio el Inoportuno, como era llamado y que era el cuarto hermano del grupo, lo constituyó rey en Damasco. Y como Antíoco [157] se enfrentara tenazmente a estos dos hermanos [158] murió rápidamente, puesto que, al acudir en ayuda de Laodice, reina de los samenios, que estaba en guerra con los partos, cayó luchando bravamente. A partir de entonces los dos hermanos, Demetrio y Filipo, mantuvieron sometida a Siria, como ha sido indicado en otro lugar.

372. *Alejandro Janeo oprime a sus adversarios judíos.* 5. Y, como el propio pueblo judío se levantara contra Alejandro (pues la nación se rebeló contra él) durante la celebración de la fiesta, ocurrió que cuando él se encontraba al pie del altar y se disponía a efectuar un sacrificio los judíos arrojaron limones contra él, dado que era costumbre entre los judíos tener, en la fiesta de los Tabernáculos, cada uno de ellos ramos de palmeras y limoneros (también esto lo hemos indicado en otro lugar) [159] y, además de eso, lo insultaron, diciendo de él que era hijo de cautivos [160] e indigno de la dignidad que ostentaba y de efectuar sacrificios. Entonces Alejandro,

---

[156] En la costa de Siria.
[157] Antíoco, el hijo de Antíoco Cizicenо. Cf. cap. 369.
[158] Los dos últimos citados: Filipo y Demetrio el Inoportuno.
[159] En *AJ.* 3, 245.
[160] Cf. cap. 292.

furioso por esto, mató a unos seis mil de ellos y, levantando una valla de madera alrededor del altar y del Templo hasta alcanzar la cornisa, espacio dentro del cual les estaba permitido entrar únicamente a los sacerdotes, con ella cerró al pueblo la posibilidad de entrar adonde estaba él. Y mantuvo también mercenarios pisidios y cilicios. En cambio, sirios no tenía a su servicio, por ser enemigo de ellos [161]. Y tras haber impuesto de entre los árabes a los moabitas y galaditas la obligación de pagarle tributos, arrasó Amatunte, al no atreverse Teodoro a enfrentarse a él[162]. Y como hubiera trabado combate con Obedas, el rey de los árabes, y caído en una emboscada en unos lugares abruptos e intransitables, fue arrojado por un cúmulo de camellos al fondo de un barranco situado a la altura de la aldea de Garada, perteneciente a la región de Gaulanide, y muy a duras penas consiguió salvarse, con lo que, huyendo del lugar aquel, llegó a Jerusalén. Y, como la nación se le echara encima aprovechando la oportunidad del desastre sufrido por él, se enfrentó a ella durante seis años, a lo largo de los cuales ejecutó a no menos de cincuenta mil judíos. Y, al invitarlos a que dejaran de guardarle animadversión, ellos lo aborrecían todavía más a causa de lo sucedido. Y, como él les preguntara qué debía hacer y qué querían conseguir, todos a una le contestaron a gritos que lo que tenía que hacer era morirse, tras lo cual enviaron mensajeros a Demetrio el Inoportuno, solicitándole que acudiera en su ayuda.

377. *Demetrio el Inoportuno derrota a Alejandro Janeo.* 14. 1. Y Demetrio, tras llegar con su ejército y tomar consigo a los que lo habían llamado, acampó cerca de la ciudad de Sicima [163]. Alejandro, por su parte, acompañado de seis mil doscientos mercenarios y tomando consigo a unos veinte mil judíos partidarios suyos, marchó contra Demetrio, quien contaba con tres mil jinetes y cuarenta mil soldados de infantería. Pues bien, uno y otro desarrollaron intensas gestiones, Demetrio intentando separar de Alejandro a los mercenarios apelando a su condición de griegos, y Alejandro intentando lo mismo con los hombres de Demetrio por ser judíos. Y como ni uno ni otro pudieran convencer a los ejércitos contrarios, quienes, en vez de eso, trabaron combate, venció Demetrio, mien-

[161] Cf. *BJ.* 1, 88-89.
[162] Cf. caps. 356-357, y también *BJ.* 1, 89.
[163] Cf. *BJ.* 1, 92-95.

tras que los mercenarios de Alejandro murieron todos, dando con ello ejemplo tanto de lealtad como de bravura. También murieron un gran número de los soldados de Demetrio.

379. *Excesiva crueldad de Alejandro Janeo con los judíos.* 2. Y, como Alejandro hubiera huído a los montes, compadecidos del revés sufrido por él se le unieron seis mil judíos. Y entonces Demetrio, que cogió miedo, se retiró. Pero tras esto los judíos emprendieron la guerra contra Alejandro, aunque al ser vencidos murieron en elevado número en las sucesivas batallas [164]. Y, tras haber encerrado a los más poderosos de ellos en la ciudad de Betoma, le puso sitio y, como tomara la ciudad, y se apoderara de ellos, los llevó detenidos a Jerusalén, donde realizó una fechoría, la más cruel de todas. En efecto, mientras celebraba un banquete a la vista de la gente en compañía de sus concubinas, ordenó crucificar a unos ochocientos de ellos, al tiempo que degolló en su presencia, cuando todavía estaban con vida, a sus hijos y esposas, en venganza por las injusticias de que él había sido víctima. Pero por lo demás, este castigo que les impuso fue inhumano, aun admitiendo, como era natural, que había sufrido muchísimo en las guerras que sostuvo contra ellos y que había llegado a correr un peligro extremo de perder la vida y el reino, al no contentarse ellos con reducir la guerra a los propios judíos, sino que trajeron a ella incluso a extranjeros, hasta que al final lo pusieron en un brete tan difícil que se vio obligado a devolver al rey de los árabes las tierras y lugares de Moab y Galad que había conquistado, con objeto de que éste no les ayudara a llevar la guerra que ellos sostenían contra Alejandro, al tiempo que realizaron otras múltiples fechorías para befa y mofa de él. Pero, en todo caso, las represalias que él tomó no parece que guardaran correspondencia, y tanto es así que por exceso de crueldad él fue designado por los judíos con el sobrenombre de *El Tracio* [165]. Y sus contrincantes, en número aproximado a los ocho mil, huyeron de noche, y estuvieron en el exilio durante todo el tiempo que vivió Alejandro. Y éste, libre de la inquietud que éstos le procuraban, a partir de entonces reinó con total tranquilidad [166].

---

[164] Cf. *B.J.* 1, 96 y ss.

[165] Los tracios fueron famosos por su crueldad, de la que dieron sobradas pruebas.

[166] Cf. *B.J.* 1, 98.

304. *Demetrio el Inoportuno es desterrado a Partia.* 3. Por su parte, Demetrio, tras abandonar Judea y llegar a Berea [167], sitió allí a su hermano Filipo [168] con unos efectivos de diez mil soldados de infantería y mil de caballería. Pero Estratón, el tirano de Berea, al participar en la guerra al lado de Filipo llamó en su ayuda a Azizo, el jefe de las tribus árabes, y a Mitrídates Sinaces, gobernador de los partos. Los cuales llegaron con numerosas fuerzas y, al sitiar a Demetrio dentro del campamento y presionarlo tanto por ser alcanzados con las flechas como al pasar sed, obligaron a los hombres que estaban con él a rendirse. Y ellos, después de saquear el país y coger en sus manos a Demetrio, lo enviaron a Mitrídates, rey en aquel entonces de los partos, y, en lo que a los prisioneros respecta, todos aquellos en quienes concurría la circunstancia de ser ciudadanos de Antioquía fueron devueltos a los antioquenos gratis. Pero Mitrídates, rey de los partos, tuvo a Demetrio en la más alta estima hasta que Demetrio abandonó este mundo, víctima de una enfermedad. Filipo, por su parte, tras marchar contra Antioquía inmediatamente a continuación de la batalla y tomarla, se hizo rey de Siria.

387. *Antíoco Dioniso invade Judea, pero perece a manos de los árabes.* 15. 1. Posteriormente Antíoco, de sobrenombre Dioniso [169] y que era hermano de Filipo, llegó a Damasco en su intento de reivindicar para sí el poder, y ocurrió que, al conseguir convertirse en el amo de la situación, se hizo rey. Pero como emprendiera él una expedición militar contra los árabes y llegara ello a oídos de su hermano Filipo, éste marchó contra Damasco. Y Milesio, que había quedado para proteger la ciudadela y a los habitantes de Damasco, le entregó la ciudad. Ahora bien, Filipo fue desagradecido con él y no le dio nada de lo que Milesio había esperado cuando le abrió las puertas. Lejos de ello, Filipo quiso aparentar que había tomado la ciudad por el miedo que él infundía y no por un favor de Milesio, para así no compensarle con los regalos que el caso se merecía, todo lo cual hizo que fuera mirado con sospecha y expulsado de nuevo de Damasco. La cosa ocurrió así: como él acudiera al hipódromo, Milesio le cerró las puertas y preservó la ciudad de Damas-

[167] La actual *Alepo.*

[168] Cf. caps. 369-370.

[169] El hijo más joven de Seleúco. Era hermano, pues, de Filipo, Seleúco, Antíoco y Demetrio el Inoportuno. Cf. *AJ.* 13, 369 y ss., y *BJ.* 1, 99.

co para Antíoco. Entonces éste, al llegar a sus oídos la noticia de la intentona de Filipo, regresó de Arabia[170], e inmediatamente marchó contra Judea con un ejército compuesto por ocho mil soldados de infantería y ochocientos jinetes. Y Alejandro, por miedo a su avance, excavó un foso profundo, empezándolo en la ciudad de Cabarsaba, actualmente llamada Antípatris, y terminando en el mar que da a Jopa, puesto que era por aquí por donde únicamente su país era expugnable. Y, tras levantar asimismo una muralla y erigir torres de madera y parapetos situados entre torre y torre a lo largo de ciento cincuenta estadios[171] esperó a Antíoco. Pero éste, después de hacer todas estas construcciones pasto de las llamas, pasó por allí sus fuerzas y marchó contra Arabia. Y como el árabe primeramente cediera terreno para después aparecer súbitamente con diez mil jinetes, Antíoco les hizo frente luchando valerosamente, aunque murió cuando iba venciendo, al correr en ayuda del sector que pasaba por apuros[172]. Y, una vez caído Antíoco, también el ejército huyó a la aldea de Caná[173], donde la inmensa mayor parte de sus miembros perecieron de hambre.

392. *Aretas invade Judea.* 2. Y a continuación de Antíoco reinó en Cele-Siria, Aretas, al haber sido llamado a ocupar el poder por los que controlaban Damasco, por odio a Ptolemeo, el hijo de Menco[174]. Y, como Aretas hubiera emprendido desde aquí una expedición militar contra Judea y hubiera vencido a Alejandro cerca de la localidad de Adida, tras llegar a un acuerdo con él se retiró de Judea.

393. *Victorias de Alejandro Janeo en Transjordania.* 3. Y Alejandro, tras llevar de nuevo el ejército contra la ciudad de Día, la tomó. Luego, emprendió una expedición militar contra Esa, donde coincidía que se encontraban las riquezas más valiosas de Zenón[175]. Rodeó esta localidad con tres murallas y, después de

---

[170] A su país, a Siria. Es después, una vez que ha restablecido la situación en Damasco, cuando vuelve contra Arabia, a través de Judea.

[171] Unos 28 kilómetros.

[172] Batalla ocurrida en el año 85 a. C.

[173] La actual *Qīna* (no la Caná bíblica).

[174] Padre de Ptolemeo, tetrarca de la Cálcide del Líbano. Cf. también *BJ.* 1, 103.

[175] En *BJ.* los nombres propios varían. Así, por ejemplo, en vez de Zenón se dice Teodoro, y en vez de Esa aparece Gérasa.

tomar la ciudad sin necesidad de luchar, se lanzó contra Gaulana y Seleucia. Y, tras apoderarse de éstas, luego conquistó también el llamado Barranco de Antíoco y la fortaleza de Gamala. Y a Demetrio, el gobernador de estos distritos, lo desposeyó del cargo por tener contra él numerosas imputaciones, y, cuando había completado ya el tercer año de la expedición, volvió a casa, ocasión en que los judíos lo recibieron alborozadamente a causa de sus éxitos.

395. *Territorios judíos bajo dominio de Alejandro Janeo.* 4. Por esta época los judíos ocupaban ya ciudades de Siria, Idumea y Fenicia: a orillas del mar, la Torre de Estratón [176], Apolonia [177], Jopa [178], Jamnia [179], Azoto [180], Gaza [181], Antedón [182], Rafia [183] y Rinocorura [184]; en el interior: en Idumea, las ciudades de Adora [185], Márisa [186], Idumea entera, Samaria, el Monte Carmelo y el Monte Tabor, Escitópolis [187] y Gádara; en Gaulanítide, Seleucia [188] y Gámala; en Moab, las ciudades de Esebón, Médaba [189], Lemba, Oronaim, Agalaín, Tona, Zoara, el Valle de Cilicia y Pela (ciudad que los judíos derruyeron al negarse sus habitantes a adoptar las costumbres tradicionales judías) y otras ciudades principales de Siria que habían sido sometidas.

398. *Alejandro Janeo en el lecho de muerte aconseja a su esposa hacer la paz con los fariseos.* 5. Después de esto el rey Alejandro, pese a caer enfermo de tanto embriagarse y verse afectado de fiebres cuartanas durante tres años, no dejó de efectuar expediciones militares, hasta que, agotado por las fatigas [190], murió en el

---

[176] Cf. cap. 324.
[177] La actual *Arsūf*.
[178] Cf. caps. 215, 261.
[179] Cf. cap. 215.
[180] Cf. caps. 99 y ss.
[181] Cf. cap. 361.
[182] Cf. cap. 357.
[183] Cf. cap. 357.
[184] En la frontera entre Palestina y Egipto, la actual *El-'Arīš*
[185] Cf. cap. 257.
[186] Cf. cap. 257.
[187] Cf. cap. 280.
[188] Cf. cap. 393.
[189] Cf. cap. 255.
[190] Cf. *BJ.* 1, 106.

territorio de Gérasa, mientras sitiaba la fortaleza de Rágaba, al otro lado del Jordán. Y la reina, al verlo al borde de la muerte y desahuciado ya, llorando y golpeándose por su inminente soledad, se condolía por ella y por los niños de forma que le dijo: «¿En manos de quién nos dejas tanto a mí como a los niños en un momento en que estamos necesitados de la ayuda de otros, sobre todo cuando sabes cuán grande animadversión te guarda a ti el pueblo?». Entonces él le aconsejó que siguiera los consejos que iba a darle con vistas a mantener seguro el trono y también a sus hijos, y, en consecuencia, que guardara en secreto su muerte a los soldados hasta que ella hubiera conquistado la plaza [191], y luego, que, presentándose en Jerusalén con la seguridad que da venir de conseguir una victoria espléndida, concediera ciertas prerrogativas a los fariseos, puesto que, según decía Alejandro a la reina, ellos la alabarían a cambio del honor que ella les otorgara y harían que el pueblo sintiera afecto por ella. Y es que él insistía en decirle que los citados fariseos tenían grandes influencias entre los judíos, de suerte que podían perjudicar a la persona que odiaran y favorecer a aquella otra con quien tuvieran amistad, porque gozaban de la máxima credibilidad entre la masa de la población en relación con las personas de quienes hablasen mal, aunque fuera por pura envidia. Y en este sentido, dijo que él había chocado con el pueblo por culpa de ellos, al haber sido vejados por el propio Janeo. Y terminó de hablarle con las siguientes palabras textuales: «Así, pues, tú, una vez que te encuentres en Jerusalén, manda llamar a los más revolucionarios de ellos y, mostrándoles mi cuerpo, permíteles abiertamente que hagan con él lo que quieran, bien sea que deseen vejar el cadáver dejándolo insepulto en venganza por los numerosos sufrimientos que yo les he causado, o bien sea que deseen imponer a mi cuerpo alguna otra humillación por rabia. Y promételes que no tomarás ninguna medida en la administración del reino sin contar con su opinión. Si tú les dices esto, no sólo me otorgarán ellos a mí un funeral más brillante que el que hubiera obtenido de ti, habida cuenta de que ellos no han de querer maltratar mi cadáver por disponer de la facultad de hacerlo, sino que también tú gobernarás bien afianzada». Tras dar estos consejos a su mujer murió, después de haber reinado veintisiete años [192] y de haber vivido cuarenta y nueve.

---

[191] La plaza de Rágaba. Cf. cap. 398.

[192] Entre 103-76 a. C.

405. *Espléndido funeral en honor de Alejandro Janeo.* 16.1. Y Alejandra, una vez que tomó la fortaleza, siguiendo los consejos de su marido habló a los fariseos y, al poner todo en sus manos tanto en lo concerniente al cadáver como en la administración del reino, dio fin a la cólera que ellos le guardaban a Alejandro y se ganó su afecto y amistad. Entonces ellos, presentándose a la multitud, dirigieron la palabra al pueblo, exponiendo las gestas de Alejandro y señalando que se les había muerto un rey justo, y con las alabanzas que de él hicieron provocaron en el pueblo tal pena y tristeza por él que le tributaron un funeral más espléndido que a ningún otro rey anterior. Y, aunque Alejandro dejó al morir dos hijos, Hircano y Aristobulo, el trono lo legó a Alejandra[193]. Y, de sus hijos, Hircano era débil para administrar los asuntos de Estado y enamorado, más bien, de una vida tranquila, mientras que el joven, Aristobulo, era un hombre activo y decidido. Pues bien, la esposa del fallecido era querida por el pueblo por dar la impresión de que estaba disgustada con los errores que había cometido su marido.

408. *El poder de los fariseos durante el reinado de Alejandra.* 2. Alejandra designó Sumo Sacerdote a Hircano por su mayor edad, pero mucho más por su incapacidad para llevar los asuntos de Estado[194]. Y a los fariseos les permitió hacer todo lo que quisieran, llegando incluso a ordenar al pueblo que obedeciera sus mandatos, y, además, cualquier norma que su suegro Hircano hubiera derogado[195], de las introducidas por los fariseos a lo largo de la tradición, la restableció de nuevo. Pues bien, ella tenía el nombre de reina, pero los fariseos el poder. En efecto, éstos retornaban a la patria a desterrados, liberaban presos y, en una palabra, no se diferenciaban nada de unos soberanos. No obstante, también esta mujer velaba por el reino, reunió numerosas tropas mercenarias y las fuerzas propias las elevó al doble, de suerte que asustó a los reyezuelos del contorno y tomó rehenes de ellos. Con esto, todo el territorio estaba tranquilo a excepción de los fariseos, puesto que éstos turbaban la paz de la reina, tratando de convencerla de que matara a los que habían incitado a Alejandro a ejecutar a los ochocientos[196]. A conti-

[193] Cf. *BJ.* 1, 107 y ss.
[194] Cf. *BJ.* 1, 109.
[195] Cf. caps. 296 y ss.
[196] Cf. cap. 380.

nuación, ellos mismos degollaron a Diógenes [197], uno de ellos, y después de él a uno tras otro, hasta que, presentándose en palacio, los ricos y con ellos Aristobulo (pues aparentaba encontrarse molesto por lo que pasaba, y traslucía que no cedería ante su madre si conseguía una vez la oportunidad para ello) recordaban a la reina cuántos éxitos habían logrado con riesgo de su vida, con los que habían mostrado al soberano [198] la firmeza de la lealtad que anidaba en ellos y por los que él les había otorgado los más grandes honores. Y le pedían que no truncara sus esperanzas, puesto que, según le decían, después de haber escapado en la guerra al peligro de los enemigos, eran machacados por sus enemigos personales a manera de ganado, sin tener posibilidad alguna de defenderse. Y también que, si sus adversarios se contentaban con los hombres ejecutados, ellos soportarían comedidamente lo sucedido por lealtad a sus soberanos, pero que si iban a continuar con el mismo proceder, le pedían sobre todo que se les concediera verse libres de ello, puesto que no soportarían, al margen de ella, procurarse un medio de salvación, sino que morirían contentos junto al palacio, para así no tener la mala conciencia de haber sido desleales. Y continuaban diciéndole que era una vergüenza para sí mismos y para la propia reina que fueran abandonados por ella y acogidos por los enemigos de su marido, «ya que por reclutar soldados mercenarios tan valientes como nosotros, tanto el árabe Aretas como los demás monarcas darían cualquier cosa, puesto que, sin duda alguna, nuestro solo nombre les ponía los pelos de punta incluso antes de que tuvieran noticia de nuestra presencia». Y si no, le pedían como segunda cosa preferible que, si ella tenía decidido preferir a los fariseos, asignara a cada uno de los propios hablantes a las avanzadillas, dado que si algún espíritu maligno se había enfurecido contra la casa de Alejandro ellos se comprometían a mostrarse leales a ella, aun viviendo en forma deleznable [199].

416. *Aristobulo II acusa a su madre de apoyar a los fariseos.* 3. Al pronunciar ellos muchas palabras de este tenor e invocar a los espíritus de Alejandro para que se compadecieran de los

[197] Cf. *B.I.* 1, 113.
[198] Alejandro Janeo.
[199] Cf. *B.I.* 1, 114.

muertos y de aquéllos cuya vida corría peligro, absolutamente todos los que se encontraban a su alrededor prorrumpieron en lágrimas, pero era sobre todo Aristobulo el que más manifestaba cuáles eran sus sentimientos, al lanzar duros reproches contra su madre. Pero la verdad es que fueron los hombres judíos los culpables de sus propias calamidades, al permitir a una mujer, dominada por una rabiosa pasión por mandar, que reinara en contra de lo que cabía esperar, habida cuenta de que sus vástagos se encontraban en el momento cumbre de su vida. Entonces ella, que no sabía hacer nada dignamente, les confió la custodia de las plazas fuertes [200], salvo las de Hircania, Alejandro y Maquerunte, donde se encontraban las riquezas más valiosas de ella. Y no mucho después envió con un ejército a su hijo Aristobulo contra Damasco para atacar al de nombre Ptolemeo, hijo de Meneo [201], quien era un vecino molesto para la ciudad de Jerusalén. Pero Aristobulo regresó sin haber llevado a cabo ninguna acción digna de aplauso.

419. *Tigranes abandona Judea sobornado por Alejandra.* 4. Por estas mismas fechas se anunció que Tigranes [202], el rey de los armenios, con un ejército compuesto por trescientos mil soldados había invadido Siria y se disponía a marchar contra Judea. Esta noticia, como es natural, atemorizó a la reina y al pueblo judío. Entonces ellos le enviaron numerosos y valiosos regalos y embajadores mientras él sitiaba la ciudad de Ptolemaide. Y la sitiaba porque la reina Selene, también llamada Cleopatra [203], que era quien mandaba en Siria, había impulsado a sus habitantes a que cerraran las puertas a Tigranes. Pues bien, los embajadores se encontraron con él y le pidieron que tuviera comprensión y tratara amablemente a la reina y al pueblo judío. Entonces él, tras aplaudirlos por la consideración que le mostraban a pesar de encontrarse todavía distante de Judea, les hizo concebir grandes esperanzas. Y, cuando acababa de ser conquistada Ptolemaide, se le anunció a Tigranes

---

[200] De otra manera en *BJ.* 1, 114.

[201] Cf. cap. 392 y libro 14, 39 y 126, 297-299, así como *BJ.* 1, 103.

[202] Cf. *BJ.* 1, 116.

[203] Hija de Ptolemeo Fiscón y Cleopatra III, y esposa sucesivamente de Ptolemeo Soter, Antíoco Gripo, Antíoco Ciziceno y Antíoco Eusebés: cf. *AJ.* 13, 222 y ss., 271. Cf. Estrabón 16, 749.

que Lúculo [204], al perseguir a Mitrídates [205], había fallado alcanzarlo por haberse refugiado entre los iberos [206], pero que, tras saquear Armenia, estaba saqueando sus ciudades. Y Tigranes, al informarse de esto, se retiró y regresó a casa.

422. *Alejandra y los fariseos alarmados por los preparativos de Aristobulo II para alcanzar el poder.* 5. Después de esto, como la reina cayera gravemente enferma y, en consecuencia, Aristobulo decidiera poner manos a la obra, tras escapar de noche con uno solo de sus criados, marchó a las plazas fuertes, donde los amigos de su padre habían sido destacados [207]. En efecto, aunque él estaba molesto desde hacía largo tiempo por el comportamiento de su madre, fue entonces cuando temió mucho más no fuera que, muerta ella, toda su familia quedara a merced de los fariseos, habida cuenta de que observaba la incapacidad de su hermano, que era quien estaba llamado a sucederle en el poder. Por otro lado, la única que conocía sus manejos era su mujer, a la que él había dejado en Jerusalén con sus hijos. Y, habiendo llegado primero a Agaba, donde se hallaba Palestes, uno de los ricos, fue acogido por él. Y al día siguiente llegó a conocimiento de la reina la huída de Aristobulo, y durante algún tiempo creyó que su marcha se había producido por cualquier cosa menos por motivos subversivos. Sin embargo, cuando llegaron hombres, uno tras otro, anunciándole que se había apoderado de la primera plaza fuerte y luego de la segunda y sucesivamente del total de ellas (y es que, al empezar una, a continuación todas corrían a someterse a sus dictados), entonces ya cogieron las más grandes inquietudes tanto la reina como el pueblo. Sabían, claro está, que Aristobulo no estaba lejos de poder alzarse con el poder. Y por ello temían sobremanera no fuera que tomara represalias por lo mal que habían tratado a su familia. Por ello concibieron la determinación de encerrar en la fortaleza [208], situada por arriba del Templo, tanto a su mujer como

---

[204] Lucio Licinio Lúculo fue cónsul en el año 74 a. C.

[205] Mitrídates VI Eupátor Dioniso el Grande, rey del Ponto entre 115-63 a. C.

[206] Pueblo del Cáucaso.

[207] Cf. cap. 417.

[208] Llamada Baris y posteriormente Antonia. Cf. *BJ.* 1, 118, y *AJ.* 13, 307.

a sus hijos. Y Aristobulo reunió un cúmulo de riquezas como cabía esperar, habida cuenta de las muchas de que ya disponía, justo por las cuales se formó en torno a él un boato regio, puesto que prácticamente en quince días llegó a controlar veintidós plazas. Y con los recursos obtenidos de ellas reclutó un ejército del Líbano, Traconítide y reyezuelos. Y es que la gente, seducida por las ansias de engrandecimiento, se ponía a sus órdenes fácilmente, sobre todo pensando que si se ponían de su parte disfrutarían de los bienes inherentes a su función de rey no menos que sus parientes, por haber sido ellos condición previa para que él se alzara con el poder. Por su parte, los ancianos judíos e Hircano pasaron a visitar a la reina en sus habitaciones y le pidieron que tomara una decisión en relación con la situación creada, puesto que, según ellos le dijeron, Aristobulo era ya el amo de casi todo cuando controlaba tan elevado número de plazas, y que, aun contando con que ella estaba gravemente enferma, era inconcebible que lo decidieran por su cuenta mientras ella estaba todavía con vida, y que había que tener presente que el peligro no tardaría en amenazarlos. Y ella les mandó que hicieran lo que creyeran conveniente, añadiendo que les quedaban numerosos recursos: una nación fuerte, un ejército y dinero guardado en los tesoros, mientras que ella podía prestar ya escasa atención a los asuntos de Estado, habida cuenta de que le iban faltando ya las fuerzas.

430. *Muerte y carácter de la reina Alejandra.* 6. Murió no mucho después de pronunciar estas palabras, habiendo reinado durante nueve años [209] y vivido un total de setenta y tres. Fue una mujer que no mostró en ninguno de sus comportamientos la debilidad propia de su sexo, puesto que, al ser, más que ninguna otra, una mujer tremendamente ávida de poder, demostró con hechos no sólo su capacidad para hacer realidad lo que su mente fraguaba, sino también la torpeza de los distintos hombres que habían venido fracasando en su empeño por alcanzar el poder. En efecto, considerando ella preferible el presente al futuro y considerando todo secundario al hecho de gobernar con autoridad, no orientaba al menos estos instintos ni hacia lo digno ni hacia lo justo. Tanto es así que su quehacer político causó a su casa [210] tal cúmulo de desdichas que el poder que

[209] Del 76 al 67 a.C.

[210] La casa o antepasados de Alejandra Salomé.

ella había obtenido a lo largo del tiempo con múltiples riesgos y sufrimientos fue arrebatado no mucho después por la ambición impropia de una mujer, al manifestar ella hacia su familia los mismos sentimientos que los albergados por los enemigos y ejercer el poder sin contar con las personas que velaban por el reino. Y, además, llenó el palacio de desgracias e inquietud, incluso después de su muerte, a causa del tipo de política que desarrolló en vida. Pero con todo y con eso, y pese a haber gobernado de forma tan nefasta, preservó a la nación en paz. Este es el final que tuvo el reinado de Alejandra.

Libro XIV

RESUMEN:

1. Cómo tras la muerte de Alejandra, Aristobulo, el más joven de sus dos hijos, declaró la guerra a su hermano Hircano para apoderarse del trono, y cómo, al vencerlo, lo persiguió y obligó a refugiarse en la fortaleza de Jerusalén, y cómo después acordaron por un convenio que reinara Aristobulo y se convirtiera en un ciudadano particular Hircano.
2. Capítulo referente a Antípatro y a su familia y de qué manera él pasó junto con sus hijos de unos orígenes insignificantes y vulgares a una posición ilustre así como a la gloria y a un tremendo poderío, y cómo Hircano, después que Antípatro lo hubo convencido de que huyera de Jerusalén y se refugiara en la corte de Aretas, el rey de los árabes, se presentó ante el rey árabe y le suplicó que lo repusiera en el trono, bajo promesa de entregarle muchas tierras y dinero.
3. Cómo Aretas, aceptando la propuesta de Hircano, emprendió una expedición militar contra Aristobulo, y cómo después de trabar combate y vencerlo lo persiguió hasta Jerusalén, y cómo puso sitio a la ciudad sometiéndola al asedio de su ejército.
4. Cómo, cuando Pompeyo el Grande envió a Escauro de Armenia a Siria, se presentaron a él embajadores enviados tanto por Hircano como por Aristobulo para solicitarle ambos que les prestara ayuda militar.

5. Cómo Escauro se inclinó por Aristobulo, al haber sido sobornado por cuatrocientos talentos.
6. Cómo Hircano y Aristobulo alegan sus derechos al trono ante Pompeyo.
7. Cómo Aristobulo e Hircano se presentaron ante Pompeyo a alegar sus derechos al trono cuando aquél llegó a Damasco procedente de Armenia.
8. Aplazamiento de Pompeyo, quien les dijo que emitiría un juicio en relación con sus mutuas imputaciones una vez que se presentara en su país; y cómo Aristobulo, adivinando las intenciones que albergaba Pompeyo, regresó a Judea; y cómo Aristobulo, al tomar muy a mal Pompeyo su proceder y emprender contra él una expedición militar, se retiró a la fortaleza de Alejandreo por ser segura e inexpugnable.
9. Cómo Pompeyo, al conocer esto, convenció a Aristobulo de que, dejando la fortaleza, bajara a encontrarse con él, utilizando al efecto el recurso de una estratagema, consistente en hacerle creer que le confirmaría el mando. Aristobulo se dejó convencer por estos alicientes, y Pompeyo lo obligó, después de haber alegado aquél en sucesivas idas y venidas los derechos que le asistían frente a las exigencias de su hermano, a que escribiera de su puño y letra a los jefes de las diversas guarniciones y le entregara las fortalezas.
10. Cómo Aristobulo lo cumplió por miedo y cómo después regresó a Jerusalén, molesto por no haber obtenido de Pompeyo nada de lo que esperaba.
11. Cómo Aristobulo, cuando Pompeyo le pisaba los talones siguiéndole con el ejército, cambió de pensamiento y, adelantándose hasta Jericó, se presentó a él, y cómo, tras solicitarle obtener su perdón por sus errores, prometió entregarle no sólo la ciudad, sino también dinero, y finalmente cómo, cuando Pompeyo envió a Gabinio con un grupo de soldados de élite a hacerse cargo de la ciudad y a recibir el dinero, los habitantes de Jerusalén, al comprobar que Aristobulo estaba sometido a vigilancia, cerraron las puertas a los romanos.
12. Cómo Pompeyo, montando en cólera por esto, metió en prisión a Aristobulo y, acercando sus fuerzas a la ciudad, le puso sitio, momento en que los partidarios de Hircano lo reciben en la parte alta de la ciudad, mientras los adictos a Aristobulo huyen al interior del Templo.

13. Cómo Pompeyo al tercer mes toma por la fuerza el Templo y la parte baja de la ciudad.
14. Capítulo que trata de la bondad y religiosidad de Pompeyo, como lo demuestra el hecho de que no tocó nada de lo que había en el Templo, pese a que era mucho el dinero depositado en él.
15. Cómo él, después de haber efectuado estos hechos, de obligar a Judea a pagar tributos y de designar etnarca a Hircano, trasladó a Aristobulo a Roma cautivo y con él a su familia, dejando a Escauro como procurador de Siria.
16. Cómo, al emprender Escauro una expedición militar contra Petra, que era la capital del reino árabe, y ponerle sitio, sus soldados se encontraron con falta de víveres, circunstancia aprovechada por Antípatro para convencer al árabe a que entregara a Escauro trescientos talentos y firmara con él un tratado de asistencia militar.
17. Cómo Alejandro, el hijo de Aristobulo, tras escapar de Pompeyo y presentarse en Judea, entró en guerra con Hircano y Antípatro, provisto de un poderoso ejército.
18. Cómo él, tras haber sido vencido en batalla por Gabinio y encerrado en la fortaleza de Alejandreo, fue sitiado allí.
19. Cómo Gabinio, tras apoderarse de la fortaleza y de Alejandro, a quien su madre había convencido a entregarse, soltó a Alejandro, y además escribió al Senado para que pusiera en libertad y enviara a reunirse con su madre a los hermanos de Alejandro, que estaban encarcelados junto con su padre, Aristobulo, al darle cuenta Gabinio de la fidelidad de aquella mujer hacia Roma y de que era merecedora de obtener este honor.
20. Cómo Gabinio, tras apoderarse de Aristobulo, que después de lo anterior había huido de Roma a Judea, lo envió de nuevo a Roma.
21. Subida de Craso a Judea en el curso de su campaña contra los partos y su saqueo del Templo.
22. Huida de Pompeyo al Epiro y llegada a Siria de Escipión, enviado allí por él con el encargo de matar a Alejandro.
23. Cómo César, tras poner en libertad a Aristobulo, decidió enviarlo con dos legiones a Judea, y cómo Aristobulo, antes de conseguir sus propósitos, murió envenenado por los partidarios de Pompeyo.

24. Expedición militar de César a Egipto, y cómo Hircano y Antípatro le prestaron ayuda militar y convirtieron a los judíos en aliados suyos.
25. Bravura de Antípatro, al luchar con coraje en la batalla, y la amistad que por ello contrajo con César, y cómo César, contento con la victoria, concedió grandes honores a Hircano, permitiéndole reconstruir las murallas de su ciudad de origen.
26. Cómo César puso en manos de Antípatro el gobierno de Judea.
27. Cartas de César y decretos del Senado relativos al establecimiento de un tratado de amistad con los judíos.
28. Cómo Antípatro concedió a sus hijos los gobiernos, a Herodes el de Galilea y a Fasael el de Jerusalén.
29. Cómo Sexto César, sobornado por Herodes y que estaba como Gobernador en Siria, hizo a Herodes grande y famoso, al designarlo gobernador de Cele-Siria.
30. Cómo Casio, tras subir a Judea una vez muerto César, maltrató al país y sacó ochocientos talentos a sus habitantes, y cómo Herodes fue considerado diligente por Casio por su rapidez en sacar dinero.
31. Orden dada por Casio para matar a Málico, quien había sostenido disensiones con Herodes.
32. Muerte de los embajadores de Judea a manos de Antonio cuando éste, tras la victoria de Macedonia, llegó a Siria, y se irritó con ellos por hablar mal de Herodes. Pero Antonio cometió ese crimen inducido a ello por Herodes mediante dinero.
33. Expedición militar de los partos contra Siria, durante la cual repusieron en el trono a Antígono, el hijo de Aristobulo.
34. Cómo los partos cogieron prisioneros a Hircano y a Fasael, el hermano de Herodes.
35. Cómo Herodes, tras huir de allí a Italia, presentarse en Roma y pedir ayuda a Antonio bajo promesa de entregarle grandes sumas de dinero, fue designado rey de Judea por el Senado y Octavio César.
36. Posterior desembarco de Herodes en Judea procedente de Roma y lucha contra Antígono, acompañando a Herodes en esta operación un ejército romano mandado por Silón.
37. Cómo Antígono pereció a instancias de Sosio y Herodes, una vez que Silón rindió a Jerusalén por asedio.

Este libro cubre un período de treinta y dos años.

1. *Introducción al libro XIV.* 1. 1. Una vez que nosotros hemos expuesto en el libro anterior la historia de la reina Alejandra y su muerte, ahora pasaremos a referir los hechos consecutivos y conexos con los anteriormente indicados, puesto que no aspiramos a ninguna otra cosa más que a no omitir ningún hecho, ni por ignorancia ni por fatiga mental. En efecto, si bien es cierto que la narración y la revelación de los hechos, ignorados por el gran público a causa de su antigüedad, deben estar provistas para los posibles lectores también de la hermosura de la exposición, en la medida en que ella se logra con las palabras y la justa trabazón de éstas, así como con todos aquellos recursos que, junto a los citados, confieren ornato al discurso, para que los referidos lectores perciban la cruda realidad de los hechos con cierta alegría y placer, sin embargo los historiadores deben perseguir más que ninguna otra cosa los datos exactos, sin preferir ningún otro fin bastardo a contar la verdad a quienes van a confiarse a ellos en temas que ellos no conocen[1].

4. *Aristobulo II se hace rey tras un acuerdo entre él y su hermano Hircano II.* 2. En efecto, como Hircano hubiera heredado el trono en el año tercero de la Olimpiada ciento setenta y siete[2], cuando en Roma eran cónsules Quinto Hortensio y Quinto Metelo, justo quien fue designado también con el sobrenombre de *Cretense*[3], Aristobulo le declaró inmediatamente la guerra, y en la batalla que tuvo lugar junto a Jericó un elevado número de soldados de Hircano desertaron pasándose a su hermano[4]. Una vez ocurrido esto, Hircano corrió a refugiarse en la ciudadela de Jerusalén, donde casualmente habían sido encerrados por su madre, como antes dijimos[5], la mujer de Aristobulo y sus hijos. Luego, atacó a sus adversarios, que se habían refugiado en el recinto del Templo, y se apoderó de ellos. Pero tras celebrar con-

[1] Otras observaciones sobre los deberes del historiador véanse en *A.J.* I, 4, y *BJ.* 1, 16.

[2] Correspondiente al año 69 a. C.

[3] Por haber conquistado Creta, nido de piratas.

[4] Cf. *BJ.* 1, 120 y ss.

[5] Cf. *A.J.* 13, 426.

versaciones con su hermano para concertar un acuerdo, puso fin a la enemistad que reinaba entre ellos, a condición de que reinara Aristobulo y él viviera ajeno a los asuntos de Estado, disfrutando tranquilamente de las riquezas con que él contaba[6]. Tras concertar ellos este acuerdo, y en estas condiciones[7], en el Templo, garantizar lo acordado con la pronunciación de juramentos y darse la mano el uno al otro y abrazarse en presencia de todo el pueblo, se retiraron, Aristobulo al palacio e Hircano, en calidad de simple particular, a casa de Aristobulo.

8. *Levantamiento del idumeo Antípatro.* 3. Pero cierto amigo de Hircano nacido en Idumea y de nombre Antípatro, que disponía de numerosos recursos económicos y riquezas y era de un natural activo y levantisco, estaba enemistado con Aristobulo y tenía con él diferencias por su afecto a Hircano. Sin embargo, Nicolás de Damasco asegura que Antípatro pertenecía a una familia que procedía de los judíos principales que habían llegado a Judea desde Babilonia[8]. Pero lo dice por halagar a Herodes, su hijo, convertido por el azar en rey de los judíos, de quien trataremos en su momento. Pues bien, este Antípatro primeramente se llamó Antipas, nombre que llevaba su padre, de quien se cuenta que, como el rey Alejandro y su esposa lo hubieran designado gobernador de Idumea entera, firmó un tratado de amistad con los árabes, los habitantes de Gaza y los de Ascalón, pueblos limítrofes con Idumea, ganándoselos con numerosos y grandes regalos. Pues bien, Antípatro el joven, que veía con recelo el poderío de Aristobulo y que temía sufrir algún contratiempo por el aborrecimiento que le tenía[9], se levantó contra él entablando conversaciones secretas con los judíos más influyentes, a quienes decía que no era lícito permitir que Aristobulo ocupara el poder injustamente y que, después de arrojar de él a su hermano, que era mayor, lo ocupara él, cuando pertenecía al otro por tener más edad. Y también a Hircano estaba continuamente dirigiendo estos alegatos, a quien indicaba que su vida corría peli-

---

[6] Aunque Josefo no lo dice, parece claro que Aristobulo se nombró también Sumo Sacerdote. Cf. *AJ.* 14, 97.

[7] Cf. *BJ.* 1, 122.

[8] Pero san Justino Mártir, *Diálogo con Trifón,* 52, y Julio Africano, *apud Eusebius, Hist. Eccles.* 1, 7, 11, dicen que Antípatro era de Ascalón.

[9] Cf. *BJ.* 1, 123 y ss.

gro si no cuidaba de alejarse de Aristobulo. Le decía, en efecto, que los amigos de Aristobulo no dejaban pasar ocasión alguna de aconsejarle que lo mandara ejecutar, porque sólo entonces ocuparía el poder de una manera segura. Pero Hircano no daba crédito a estas palabras, porque era de natural bonachón y porque por su bondad no hacía caso fácilmente de calumnias. Y su pusilanimidad e indolencia mental hacía que pareciera apocado y cobarde a los que lo veían. Aristobulo, en cambio, era de un natural contrario: enérgico y exaltado de ideas.

14. *Antípatro convence a Hircano a solicitar la ayuda del árabe Aretas.* 4. Pues bien, cuando Antípatro comprobó que Hircano hacía caso omiso de sus consejos, no dejó pasar un solo día sin discurrir falsas alegaciones contra Aristobulo y de calumniarlo ante Hircano, a quien le decía que quería matarlo, y a duras penas, tras mucha insistencia, logró convencerlo al aconsejarlo que buscara refugio en Aretas[10], el rey de los árabes, puesto que Antípatro le prometió, si le hacía caso, que también él mismo estaría de su lado. Y entonces Hircano, al oir que era eso lo que le convenía, estaba dispuesto a escapar junto a Aretas, pero para ello Hircano envió primero a Antípatro a visitar al rey de los árabes (Arabia está colindante con Judea) para recibir garantías de que no lo entregaría a los enemigos una vez que se hubiera acogido a su protección[11]. Y Antípatro, tras recibir las debidas garantías, regresó junto a Hircano a Jerusalén, y no mucho después, cogiéndolo consigo y escapando por la noche de la ciudad, tras recorrer cada jornada largas distancias llegó con él a la ciudad de nombre Petra, donde se encontraba el palacio de Aretas. Y, como era amigo íntimo del rey, le rogó que restituyera a Hircano en el trono de Judea. Y, al hacer esto ininterrumpidamente día tras día y ofrecerle además regalos, consiguió convencer a Aretas. Pero eso no fue todo sino que el propio Hircano le prometió que, si era restituido en el trono y recuperaba su reino, le devolvería no sólo el territorio sino también las doce ciudades que su padre Alejandro había arrebatado a los árabes[12]. Eran éstas: Médaba, Liba, Dabalot, Arábata, Agala, Atone, Zóara, Oronaín, Gobolís, Aruda, Alusa, Orubda.

---

[10] Aretas III. Cf. *AJ.* 13, 360.

[11] Cf. *BJ.* 1, 124 y ss.

[12] Algunas de ellas figuran en *AJ.* 13, 395.

19. *Aretas y los partidarios de Hircano sitian a Aristobulo en el Templo durante la fiesta de la Pascua.* 2.1. Y Aretas, una vez que le fueron ofrecidas estas promesas, emprendió una expedición militar contra Aristobulo con cincuenta mil soldados de caballería y las tropas de infantería a la vez, y lo venció en una batalla. Y Aristobulo, que se quedó solo por haber desertado muchos de sus hombres a Hircano tras conseguir éste la victoria, huyó a Jerusalén. Por su parte, el rey de los árabes, después de llevar todo el ejército y atacar con él el Templo, se dispuso a poner sitio a Aristobulo, sumándose también el pueblo a Hircano o colaborando con él en el sitio, puesto que los únicos que permanecieron fieles a Aristobulo fueron los sacerdotes. En estas circunstancias, Aretas, tras fijar uno a continuación de otro los campamentos de los árabes y de los judíos, insistía tenazmente en el asedio. Y, como estos hechos ocurrieran en el momento de la fiesta de los Ázimos[13], que nosotros, los judíos, llamamos la Fiesta de Pascua, los judíos que gozaban de mayor reputación abandonaron el país y huyeron a Egipto. Pero cierto hombre llamado Onías, varón justo y amado de Dios, quien con ocasión de la falta de lluvias había suplicado a Dios que pusiera fin a la sequía, circunstancia en que Dios, que lo escuchó, había mandado el agua, se ocultó por ver que las disensiones continuaban fuertes, pero luego, tras haber sido presentado en el campamento de los judíos, éstos le exigían que, como había puesto fin a la falta de lluvias con sus oraciones, de la misma manera lanzara imprecaciones contra Aristobulo y sus camaradas rebeldes. Y cuando, pese a su oposición y a sus excusas, fue obligado por la multitud, colocándose en medio de las tropas, dijo: «Oh Dios, rey del Universo, dado que quienes ahora se encuentran conmigo conforman tu pueblo y, a su vez, los sitiados son tus sacerdotes, te pido que ni escuches las imprecaciones que aquéllos dirijan contra éstos ni lleves a efecto las imprecaciones que éstos te dirijan contra aquéllos». Por haber pronunciado él esta oración, los judíos perversos lo rodearon y lapidaron.

25. *Dios castiga a los judíos por haber matado a Onías.* 2. Pero Dios inmediatamente tomó represalias contra ellos por esta crueldad y tomó venganza por el asesinato de Onías de la siguiente

[13] Panes condimentados con harina sin fermentar.

manera. Cuando estaban sitiados los sacerdotes y Aristobulo ocurrió que llegó el día de la fiesta conocida por el nombre de Pascua, con ocasión de la cual es nuestra costumbre ofrecer numerosos sacrificios a Dios. Pero los hombres que formaban el grupo de Aristobulo, al no disponer de animales para los sacrificios, pidieron a sus compatriotas que se los proporcionaran, percibiendo a cambio de los citados animales destinados a ser sacrificados todo el dinero que quisieran. Y, al exigirles aquéllos que, si querían conseguir las referidas víctimas, debían abonar mil dracmas por cabeza de ganado, Aristobulo y los sacerdotes lo aceptaron gustosos, y, en consecuencia, les entregaron el dinero bajándoselo con una cuerda por las murallas. Pero los otros, una vez que cogieron el dinero, no les entregaron los animales para el sacrificio, sino que llegaron a tal grado de perversidad que violaron la palabra dada y se comportaron impíamente con Dios, al no proporcionar los animales requeridos para el sacrificio a quienes estaban necesitados de ellos. Pero los sacerdotes, traicionados en el acuerdo logrado, suplicaron a Dios que tomara represalias por ellos a sus compatriotas, y El no retrasó la venganza sino que, lanzando un viento fuerte y violento, destruyó los frutos de todo el país, de suerte que aquéllos se vieron obligados entonces a comprar el modio[14] de trigo a once dracmas.

29. *El general romano Escauro se pone de parte de Aristobulo.* 3. En esto Pompeyo, que se encontraba en Armenia y combatía todavía a Tigranes[15], envió a Escauro a Siria[16]. Este, como al llegar a Damasco se encontrara con que Lulio y Metelo acababan de tomar la ciudad, corrió a Judea. Y, al llegar allí, se le presentaron embajadores enviados tanto por Aristobulo como por Hircano, rogándole los unos y los otros que se pusiera de parte de ellos. Pero como Aristobulo prometiera que le daría cuatrocientos[17] talentos, pese a la promesa de Hircano de que le entregaría un número no inferior a los mismos, se decidió a aceptar la oferta de Aristobulo, y ello no sólo porque disponía de grandes recursos económicos y era magnánimo, sino también porque le planteaba unas exigencias más módicas,

---

[14] El *modio* ático equivalía a unos 9 litros. Cf. *AJ.* 12, 140.
[15] Quien se rindió a Pompeyo en otoño del año 66 a. C.
[16] Cf. *BJ.* 1, 127 y ss.
[17] *Trescientos* según *BJ.* 1, 128.

mientras que Hircano, aparte de ser pobre y tacaño, le ofrecía promesas increíbles con unas exigencias más serias. Y es que no es igual tomar por la fuerza una ciudad fortificada y potente como la que más que expulsar a unos desertores y con ellos a una multitud de nabateos[18], nada bien pertrechados para la guerra. Al ponerse, pues, de parte de Aristobulo por los motivos apuntados, una vez que recibió el dinero obligó al enemigo a levantar el sitio, tras ordenar a Aretas que se retirara so pena de ser declarado enemigo de los romanos. Y Escauro se retiró de nuevo a Damasco, mientras Aristobulo con poderosas fuerzas marchó contra Aretas e Hircano y, habiendo trabado combate con ellos cerca del lugar de nombre Papirón, los venció, matando a unos seis mil soldados enemigos. Entre los caídos estaba el propio Falión, hermano de Antípatro[19].

34. *Pompeyo recibe en Damasco dones de los judíos.* 3.1. Y como no mucho después hubiera llegado Pompeyo a Damasco y se dispusiera a invadir Cele-Siria, se le presentaron embajadores procedentes de Siria entera, Egipto y Judea, ocasión en la que Aristobulo le envió un gran regalo: una parra de oro de quinientos talentos. También Estrabón de Capadocia alude a este regalo, diciendo así: «Y llegó también de Egipto una embajada y una corona de cuatro mil monedas de oro, y de Judea una parra o un jardín, obra de arte que las gentes calificaban de una delicia. Sin embargo, este regalo lo hemos visto nosotros con nuestros propios ojos en Roma, en el Templo de Júpiter Capitolino, provisto de una inscripción que dice: «De Alejandro, el rey de los judíos». Y fue tasado con un valor de quinientos talentos. Pues bien, este regalo se dice que se lo envió Aristobulo, el caudillo judío».

37. *Pompeyo escucha las quejas de los judíos contra Hircano y Aristobulo.* 2. Y no mucho después volvieron a visitarlo otros embajadores: Antípatro en favor de Hircano y Nicodemo en favor de Aristobulo. Este último precisamente llegó incluso a denunciar a los que habían recibido, y que habían sido, primeramente, Gabinio y, posteriormente, Escauro, el primero tres cientos talentos y el segundo cuatrocientos, con lo que convirtió a éstos en enemigos suyos, además de a los otros. Y tras ordenar que se les presentaran

[18] Esto es, los árabes de Aretas.
[19] Cf. *BJ.* 1, 129-130.

las dos partes en disputa y llegar la primavera, tomó sus fuerzas de los campamentos de invierno y partió para la región de Damasco. Y arrasó sobre la marcha la ciudadela de Apamea, que había amurallado Antíoco Cizicceno, y devastó el territorio de Ptolemeo, el hijo de Menes[20] (individuo perverso y nada inferior en maldad a Dionisio de Trípolis, que fue decapitado, justo quien estaba emparentado con él), aunque con el pago de mil talentos evitó las represalias que merecían sus crímenes, dinero que Pompeyo invirtió en pagar el sueldo a sus tropas. Y ocupó también la plaza de Lisiade, cuyo reyezuelo era el judío Silas. Y, tras cruzar las ciudades de Heliópolis y Cálcide y sobrepasar la montaña que divide la llamada Cele-Siria del resto, llegó a Damasco. Ya allí prestó cumplidamente oídos tanto a los judíos como a sus jefes, quienes mostraban su mutuo desacuerdo, lo mismo Hircano que Aristobulo, mientras el pueblo se enfrentaba a ambos, dado que él se oponía a ser gobernado por reyes, puesto que, según decía, era una norma heredada por el pueblo judío de sus antepasados obedecer las órdenes dadas por los sacerdotes del dios honrado entre ellos, mientras que éstos dos, pese a ser descendientes de los sacerdotes, pretendían llevar al pueblo a una forma de gobierno distinta, para que se convirtiera en esclavo. Hircano, por su parte, acusaba a su hermano de que pese a ser el propio Hircano mayor, había sido despojado del derecho inherente a su mayor edad por Aristobulo y de que mantenía él bajo su control una pequeña parte del país, mientras el resto lo tenía Aristobulo, después de ocuparlo por la fuerza. Y lanzó contra él la afirmación de ser el que había instituido las incursiones contra las naciones colindantes y la piratería marina, asegurando que el pueblo judío no habría abandonado tampoco a Aristobulo de no haberse comportado con violencia y pendencieramente. Y confirmaban estas afirmaciones más de mil judíos de los más reputados, que habían sido preparados por Antípatro. Aristobulo, en cambio, responsabilizaba a Hircano de que hubiera decaído en el derecho a ocupar el poder debido al carácter que éste tenía por ser pusilánime y por ello fácilmente despreciable, y, en cuanto a sí mismo, alegaba haberse visto obligado a aceptar el poder por miedo a que pasara a otras familias y que él era tildado de lo mismo que su padre Alejandro[21]. Y como testigos de sus afirmaciones apelaba

[20] Cf. *AJ.* 13, 392 y 418.
[21] Cf. *AJ.* 13, 372 y 383.

a los jóvenes e impetuosos. Y a la gente le daban naúseas los vestidos de púrpura que ellos usaban así como sus largas cabelleras, sus adornos de metal y restantes atavíos con que se presentaban vestidos, como si vinieran no a dirimir un pleito, sino a una procesión de exhibición[22].

46. *Pompeyo retrasa su decisión. Aristobulo se apresta a la resistencia.* 3. Y Pompeyo, tras escucharlos y condenar la violencia utilizada por Aristobulo, de momento los despidió después de dirigirles unas palabras suaves, y les dijo que resolvería todos y cada uno de los puntos en litigio una vez que llegara a su país, tan pronto como viera la cuestión de los nabateos. Y les ordenó que mientras tanto permanecieran quietos, al tiempo que halagaba a Aristobulo, no fuera que separara el país y con ello le fuera cerrada la entrada en él. Esto fue, sin embargo, lo que sucedió por iniciativa de Aristobulo, ya que, sin esperar a nada de lo que le había dicho Pompeyo, llegó a la ciudad de Dío, desde donde partió para Judea.

48. *Aristobulo se rinde a Pompeyo por la fuerza.* 4. Pompeyo se irritó con este su comportamiento[23], y, por ello, tomando consigo el ejército que pensaba llevar contra los nabateos así como las fuerzas auxiliares de Damasco y del resto de Siria, marchó contra Aristobulo, acompañado de las legiones romanas con que él contaba. Y, cuando tras sobrepasar Pela y Escitópolis llegó a Coreas, la primera ciudad de Judea que aparece según se cruza las tierras del interior, precisamente donde Aristobulo había encontrado refugio en una fortaleza hermosísima, de nombre Alejandreo, situada en la cima de una montaña, envió a conferenciar con él a unos emisarios, por los que le ordenó que se presentara a él. Y Aristobulo, al ser muchos los que le aconsejaban que no se enfrentara a los romanos, bajó, y, tras justificar frente a su hermano haberse alzado con el poder, subió de nuevo a la ciudadela por condescendencia de Pompeyo. Y esto lo hizo dos o tres veces, por un lado, acariciando la esperanza de con ello salvar su trono y fingiendo obedecer a todas y cada una de las órdenes que Pompeyo le daba, y, por otro,

[22] Herodes se presenta así en una situación similar en cap. 173. Cf. también *BJ.* 1, 132.

[23] Cf. *BJ.* 1, 133 y ss.

retirándose a la fortaleza para no darse por vencido y buscando la ocasión para atacar a Pompeyo, por miedo a que éste devolviera el poder a Hircano. Pero al ordenarle Pompeyo que entregase la fortaleza, y que escribiera en este sentido a los jefes de las distintas guarniciones de su puño y letra (pues en otro caso les estaba prohibido aceptar la rendición), le hizo caso, pero considerándolo ello intolerable se retiró a Jerusalén, donde se aprestó para la guerra. Y no mucho después, mientras Pompeyo iba de camino conduciendo el ejército contra Aristobulo, unos hombres llegados del Ponto le dieron cuenta de la muerte de Mitrídates, la cual había ocurrido a manos de su hijo Farnaces[24].

54. *Aristobulo no consigue cumplir su acuerdo con Pompeyo y es detenido.* 4. 1. Y, tras acampar cerca de Jericó, donde casualmente se crían las palmeras y el opobálsamo (éste el más excelente de los ungüentos[25], el cual, cuando de arbusto es cortado con una piedra puntiaguda, destila una especie de jugo)[26], marchó de madrugada hacia Jerusalén. Y Aristobulo, que se arrepintió de su proceder, se presentó a Pompeyo y lo invitó, bajo promesa de darle dinero y abrirle las puertas de Jerusalén, a que pusiera fin a la guerra e hiciera en paz lo que quisiera. Y Pompeyo, luego de perdonarlo a causa de sus ruegos, envió a Gabinio y soldados en busca del dinero y a que entraran en la ciudad. Pero nada de esto se hizo realidad, sino que Gabinio regresó tras serle cerradas las puertas de la ciudad y sin recibir el dinero, al no permitir los soldados de Aristobulo que se cumpliera lo convenido. Con esto Pompeyo montó en cólera, por lo que, tras poner a Aristobulo bajo custodia, marchó él personalmente contra la ciudad, la cual estaba sólidamente fortificada por todas las otras zonas y únicamente por la parte Norte lo estaba deficientemente. En efecto, la rodeaba un barranco ancho y profundo, en cuyo interior se hallaba el Templo, muy sólidamente amurallado con una cerca de piedra[27].

---

[24] En la primavera del año 63 a. C. Apiano, *Mitr.* 111-112, dice, en cambio, que Mitrídates pidió a un miembro de su guardia que lo matara con la espada, al rebelarse su hijo contra él.

[25] Una descripción amplia de Jericó y su vegetación la ofrece Josefo en *BJ.* 4, 459-475.

[26] Cf. *BJ.* 1, 139 y ss.

[27] Una extensa descripción consta en *BJ.* 5, 136-141.

58. *Los partidarios de Aristobulo en Jerusalén se preparan para resistir a Pompeyo.* 2. Y entre la población que habitaba en la ciudad se produjeron disensiones al no tener todos la misma opinión sobre la situación presente, sino que, mientras unos defendían la idea de entregar a Pompeyo la ciudad, los partidarios de Aristobulo, en cambio, animaban a la población a cerrarle las puertas y a atacarlo, entre otras razones porque Aristobulo estaba detenido en prisión. Y éstos últimos, adelantándose a los otros, ocuparon el Templo, y cortaron el puente tendido entre él y la ciudad, preparándose para un asedio. Los otros, en cambio, tras abrir al ejército las puertas de la ciudad, pusieron en manos de Pompeyo la ciudad y el palacio [28]. Pompeyo, por su parte, por medio de su lugarteniente Pisón, a quien envió dentro con el ejército, custodiaba la ciudad y el palacio, al tiempo que fortificaba las casas situadas junto al Templo y todos los lugares situados por fuera y en derredor del Templo. Y primeramente dirigió él propuestas conciliatorias a los de dentro, pero luego, al no aceptar ellos sus proposiciones, amuralló toda la zona de alrededor, operaciones en todas las cuales le ayudaba animosamente Hircano. Y Pompeyo de madrugada fijó su campamento por la parte Norte del Templo, la cual era expugnable. Pero incluso aquí se levantaban grandes torres y había sido excavado un foso, protegido por un barranco profundo, puesto que la zona contigua a la ciudad, una vez derribado el puente, era abrupta, justo donde Pompeyo diariamente, y penosamente, se ocupaba en levantar un terraplén, para lo que los romanos talaban los bosques de los alrededores. Y, una vez que esta operación alcanzó un punto suficiente, tras haber sido rellenado el foso muy a duras penas a causa de su profundidad infinita, luego de acercar máquinas de guerra y de montar los artificios bélicos traídos de Tiro batía el Templo con las catapultas. Y si no hubiera sido por la norma tradicional que a nosotros nos obliga a guardar descanso los sábados, los romanos no habrían logrado rellenar el barranco porque los judíos se lo hubieran impedido, ya que la ley nos permite defendernos de los enemigos que empiezan la batalla y nos golpean, pero no nos lo permite cuando efectúan cualquier otra operación[29].

---

[28] De los asmoneos, cf. *BJ.* 2, 344 (Ralph Marcus).

[29] Pero cf. *AJ.* 12, 277.

64. *Pompeyo toma Jerusalén. Heroísmo de los sacerdotes judíos.* 3. Los romanos, conscientes de ello, durante el día que llamamos sábado ni disparaban contra los judíos ni se enfrentaban a ellos en el cuerpo a cuerpo, sino que aprovechaban esos días para hacer el terraplén, levantar torres y acercar las máquinas de guerra, con objeto de que éstas estuvieran en disposición de poder ellos ponerlas en acción al día siguiente. Cualquiera podría comprender la religiosidad insuperable que guardamos hacia Dios y nuestra observancia de las leyes por los siguientes datos: el asedio no les impidió por miedo lo más mínimo cumplir con los sacrificios, sino que sacrificaban sobre el altar dos veces al día, una por la mañana y otra a la hora nona[30], y ni siquiera aunque hubiera dificultades a causa de los ataques enemigos omitieron el ofrecimiento de víctimas. Pues incluso cuando la ciudad había sido tomada, hecho ocurrido a los tres meses de asedio[31] que coincidió con el día de ayuno, en el año correspondiente a la Olimpiada ciento setenta y nueve[32], los enemigos, tras irrumpir en el Templo, degollaban a los que hallaban en su interior, pero éstos, que se encontraban dedicados a los sacrificios, no por ello dejaban en absoluto de continuar con los oficios sagrados, sin que se vieran forzados a escapar ni por miedo a perder la vida ni por la cantidad de judíos ya asesinados, sino que consideraban preferible aguantar junto a los propios altares, dispuestos a sufrir todo lo que fuera preciso, a contravenir cualquiera de las normas legales. Y que esto que digo no son sólo palabras que traslucen un intento de alabar una religiosidad ficticia, sino auténtica verdad, lo atestiguan todos los que han puesto por escrito las gestas de Pompeyo, entre quienes se encuentran Estrabón y Nicolás y, además de ellos, Tito Livio, el autor de una *Historia de Roma.*

69. *Los romanos degüellan a los defensores del Templo.* 4. Y una vez que, aplicados los ingenios militares, la más grande de las

---

[30] A las *tres* de la tarde. Sobre estos sacrificios, cf. *AJ.* 3, 237.

[31] Cf. *BJ.* 1, 149.

[32] La Olimpiada ciento setenta y nueve corresponde a los años 64/60 a. C., y el consulado de Antonio y Cicerón tuvo lugar en el año 63 a. C. Como Pompeyo inició las operaciones al principio de la primavera, la conquista de Jerusalén parece haber ocurrido en julio del 63 a. C. Cf. también Estrabón 16, 763, y Dión Casio 27, 16.

torres, luego de ser sacudida, cayó al suelo y dejó abierta una brecha, se precipitaron dentro los enemigos. Y el primero en escalar la muralla fue Cornelio Fausto, hijo de Sila, que subió a ella con sus soldados, y a continuación de él lo hizo el centurión Furio, que subió con su compañía por la otra parte, y por el medio de ambos Fabio, también él centurión, acompañado de poderosas tropas. Y todos los lugares se pusieron a rebosar de cadáveres. Y, de los judíos, unos fueron aniquilados por los romanos, otros mutuamente entre sí mismos, y hubo quienes o bien se arrojaron al fondo de los precipicios o bien ardieron prendiendo fuego a sus casas, al no poder soportar la situación reinante. Los judíos caídos ascendieron a doce mil, mientras romanos fueron muy pocos. Y fue hecho prisionero el propio Absalón[33], tío y suegro de Aristobulo a un tiempo. Y se cometieron no pocas violaciones en relación con el Templo, el cual hasta entonces era infranqueable y cerrado a la contemplación de los profanos. En efecto, a su interior pasó Pompeyo, y no pocos de su séquito, y vieron todo cuanto la ley divina no permitía ver a ninguna otra persona más que únicamente a los Sumos Sacerdotes. Y, aunque en su interior había una mesa de oro, un candelabro sagrado, vasijas para las abluciones y gran cantidad de ungüentos y, aparte de eso, entre los tesoros dinero sagrado por un montante de dos mil talentos, no arrambló[34] con nada de ello, a causa de sus profundos sentimientos religiosos, sino que también en esto actuó conforme a las virtudes de que estaba adornado. Y al día siguiente, tras comunicar a los servidores del Templo que procedieran a purificarlo y a ofrecer a Dios los sacrificios de costumbre, devolvió el cargo de Sumo Sacerdote a Hircano no sólo a causa de los otros servicios que le había prestado, sino también, y principalmente, porque había impedido a los judíos diseminados por el país que lucharan al lado de Aristobulo. Luego, ejecutó por decapitación a los culpables de aquella guerra. Y, a su vez, otorgó los correspondientes premios a Fausto y a todos los otros que habían escalado la muralla bravamente. También hizo que Jerusalén quedara obligada al pago de un tributo a los romanos, y, tras despojar a los habitantes de Jerusalén de las ciudades de Cele-Siria que ellos habían sometido anterior-

[33] Cf. *AJ.* 13, 323, y *BJ.* 1, 154.

[34] En el mismo sentido, Cicerón, *Pro Flacco*, 67, pero en forma distinta Dión Casio 27, 16, 4.

mente, las colocó bajo el mando de su propio gobernador[35] y al conjunto de la nación judía, que anteriormente había alcanzado vastos límites, la redujo a sus estrictos límites. Y Gádara, que había sido arrasada poco antes[36], la refundó, regalándosela al gadarense Demetrio, liberto suyo. Y las restantes ciudades, a saber, Hipo, Escitópolis, Pela, Dío, Samaria y también Márisa, Azoto, Jamnia y Aretusa, las devolvió a sus habitantes. Estas ciudades, además de las arrasadas, se encontraban en el interior. Y en la costa se hallaban Gaza, Jopa, Dora y la Torre de Estratón (la cual adoptó el nombre de Cesarea[37] cuando Herodes la reconstruyó magníficamente y la adornó con puertos y templos), todas las cuales dejó libres Pompeyo y asignó a la provincia[38].

77. *Hircano y Aristobulo culpables de estas desgracias.* 5. Los culpables de las desgracias que afectaron a los habitantes de Jerusalén resultaron ser Hircano y Aristobulo por sus mutuas rencillas. En efecto, por culpa de ellos no sólo perdimos la libertad y quedamos a merced de los romanos y fuimos obligados a devolver a los sirios el territorio que habíamos conquistado arrebatándoselo por las armas, sino que, además, en breve período de tiempo los romanos nos exigieron el pago de más de diez mil talentos. Y la dignidad de rey, anteriormente reservada a los miembros de la familia de los Sumos Sacerdotes, se convirtió a partir de entonces en prerrogativa del común de los hombres. De esto hablaremos en su debido lugar[39]. Por su parte, Pompeyo, tras entregar a Escauro Cele-Siria y el resto de ella hasta el río Eúfrates y Egipto junto con dos legiones romanas, partió para Cilicia, con prisa por llegar a Roma. Y llevaba prisionero al propio Aristobulo junto con sus vástagos, puesto que tenía dos hijas y otros tantos hijos, uno de los cuales, Alejandro, escapó, mientras el más joven de los dos, Antígono, era llevado a Roma con Pompeyo conjuntamente con sus hermanas.

80. *Antípatro reconcilia a Escauro con Aretas.* 5.1. Y, como Escauro hubiera llevado su ejército contra la ciudad árabe de Petra,

---

[35] El legado de Siria. Cf. cap. 76, y *BJ.* 1, 155.
[36] Cf. *AJ.* 13, 356.
[37] Cf. *AJ.* 15, 331 y ss., y *BJ.* 1, 156.
[38] A la provincia de Siria. Cf. *BJ.* 1, 57.
[39] En *AJ.* 15.

al serle imposible irrumpir en ella se dispuso a saquear los territorios circundantes, y, al sufrir de hambre las fuerzas expedicionarias, Antípatro, por encargo de Hircano, le suministró desde Judea provisiones y todo lo demás de lo que estaba en falta[40]. Y Antípatro, enviado como embajador ante Aretas por Escauro a causa de las relaciones amistosas que reinaban entre ellos, lo convenció también a él a que entregara a Escauro una cantidad de dinero para evitar que su país fuera saqueado por el enemigo, y él mismo se ofreció fiador del pago de trescientos talentos. En estas condiciones, Escauro dio por finalizada la guerra, deseando él este resultado no menos de lo que lo pretendía Aretas.

82. *Gabinio legado de Siria derrota a Alejandro, hijo de Aristobulo.* 2. Y, cuando un tiempo después Alejandro, el hijo de Aristobulo, se dedicaba a llevar a cabo razzias por Judea[41], llegó a Siria Gabinio, procedente de Roma en función de legado quien, aparte de realizar otras gestas memorables, emprendió particularmente una expedición militar contra Alejandro, al no ser Hircano capaz de resistir la presión de aquél. Lejos de ello, Alejandro llegaba ya a intentar reconstruir la propia muralla de Jerusalén, que había derruido precisamente Pompeyo, cosa que, sin embargo, no consiguió, porque se lo impidieron los romanos destacados allí. Pero él, recorriendo en redondo todo el país, armó a numerosos judíos y reclutó rápidamente a diez mil soldados de infantería y a mil quinientos de caballería. Luego, fortificó el baluarte de Alejandreo, situado junto a Coreas, así como Maquerunte, cerca de las montañas de Arabia. Por ello, marchó contra él Gabinio, quien envió por delante a Marco Antonio con otros mandos militares. Estos, tras armar a las compañías integradas por fuerzas romanas y, con ellas, a los judíos adictos a Roma, al frente de los cuales iban Pitolao y Málico, y tras agregar también los seguidores de Antípatro, marcharon al encuentro de Alejandro. Y, por su parte, Gabinio les seguía con el grueso del ejército. Y Alejandro se retiró a las proximidades de Jerusalén, donde, enfrentándose ambos contendientes y entablándose combate, los romanos mataron a unos tres mil contrarios e hicieron prisioneros a un número no inferior[42].

---

[40] Cf. *BJ.* 1, 159.
[41] Cf. *BJ.* 1, 160 y ss.
[42] Alejandro logró escapar a Alejandreo. Cf. *BJ.* 1, 163.

86. *Gabinio reconstruye las ciudades derruidas en Judea.* 3. En esto, Gabinio, luego de llegar a Alejandreo, invitaba a los que se encontraban dentro a alcanzar una solución pactada, prometiendo que les perdonaría los crímenes cometidos anteriormente por ellos. Pero, al acampar en masa delante del fuerte los enemigos, contra quienes habían subido los romanos, Marco Antonio fue reconocido como el más bravo combatiente, al haber luchado brillantemente y haber matado a un número elevado de enemigos. Así, pues, Gabinio, tras dejar allí una parte del ejército hasta que fuera tomada la fortaleza, continuó personalmente la marcha contra el resto de Judea, circunstancia que aprovechó para ordenar reconstruir todas las ciudades que a su paso encontraba derruidas. Y, consecuentemente, fueron reconstruidas Samaria, Azoto, Escitópolis, Antedón, Rafia, Adora, Márisa, Gaza y otras en número no pequeño. Y, como la gente hiciera caso de las recomendaciones de Gabinio, ocurrió que fueron provistas de una población sólida aquellas ciudades, después de haber estado abandonadas durante mucho tiempo.

89. *Alejandro se rinde a Gabinio.* 4. Gabinio, después de haber efectuado estas operaciones en el país, regresó a Alejandreo, donde, como se dispusiera a endurecer el asedio, Alejandro entabló contactos con él a través de emisarios, por medio de los cuales le pidió que le perdonara los errores cometidos y le prometió entregar las plazas fuertes de Hircania y Maquerunte, y posteriormente también Alejandreo[43]. Y Gabinio las derruyó. Y, como acudiera a visitarlo la madre de Alejandro, la cual veía con buenos ojos la causa romana al encontrarse detenidos en Roma su marido y sus otros hijos, le concedió lo que le pidió, y, después de arreglar los asuntos concernientes a ella, volvió a instalar a Hircano en Jerusalén, para que se hiciera cargo de los cuidados del Templo. Y, tras instituir cinco Concejos, distribuyó a la población judía en otras tantas demarcaciones, y, consecuentemente, unos estaban integrados en la comunidad política de Jerusalén, otros en la de Gádara, los siguientes en la de Amatunte, los cuartos lo estaban en la de Jericó y el quinto grupo en la de Saforos de Galilea. Y a partir de entonces los judíos, desligados de un poder monárquico, vivieron en un régimen aristocrático.

[43] Cf. *BJ.* 1, 167 y ss. El contexto muestra que Gabinio aceptó su propuesta.

92. *Aristobulo escapa de Roma y levanta un ejército en Judea.* 6.1. Y, como Aristobulo, tras escapar de Roma y llegar a Judea[44], planeara reconstruir Alejandreo, fortaleza que había sido derruida recientemente, Gabinio envió contra él soldados y, al mando de ellos, a Sisena, Antonio y Servilio, con el encargo no sólo de impedirle ocupar aquella plaza, sino también de capturarlo. Y fueron muchos los que corrían a unirse a Aristobulo por su antigua fama aunque también por disfrutar permanentemente con situaciones novedosas. Así, por ejemplo, un tal Pitolao[45], lugarteniente del comandante en jefe de las fuerzas de Jerusalén, desertó a él con mil hombres. Pero muchos de los que se le sumaron estaban desarmados. Y Aristobulo, cuando decidió levantar el campamento y marchar a Maquerunte[46], se desembarazó de los hombres que no pudieron procurarse armamento (pues no le eran útiles para las operaciones bélicas), mientras tomó consigo a los provistos de armas, los cuales ascendían a ocho mil, con los que se puso en camino. Y, como cayeran sobre ellos los romanos, fueron derrotados los judíos después de una tenaz batalla, aunque ellos combatieron con bravura y ardor, siendo obligados por la presión de los enemigos a darse la vuelta y huir. Y fueron matados de ellos nada más y nada menos que cinco mil, mientras los restantes, dispersándose, intentaron salvarse como podían. Sin embargo, Aristobulo consiguió refugiarse con más de mil en Maquerunte, plaza que se dispuso a fortificar, y, aunque las cosas le iban mal, no por ello dejó de concebir buenas esperanzas para el futuro[47]. Pero, después de haber resistido durante dos días al asedio y de haber recibido múltiples heridas, fue conducido a presencia de Gabinio, tras caer prisionero con su hijo Antígono, quien junto con él había huido de Roma. Aristobulo, que tuvo tan mala suerte, fue llevado de nuevo a Roma, donde fue retenido en prisión, tras haber reinado y ocupado la dignidad de Sumo Sacerdote durante tres años y seis meses y haber sido un hombre brillante y magnánimo. El Senado romano, sin embargo, soltó a sus hijos, al haberle indicado Gabinio por carta que le había prometido eso a su madre[48] cuando le entregó las plazas fuertes[49]. Y ellos regresaron a Judea.

---

[44] En el año 56 a. C.
[45] Cf. cap. 84, y *BJ.* 1, 162, 172 y 180.
[46] Fortaleza de Perea. Cf. *BJ.* 7, 164-189.
[47] Cf. *BJ.* 1, 173.
[48] Cf. cap. 90.
[49] Cf. *BJ.* 1, 174.

98. *Antípatro e Hircano prestan ayuda a Gabinio en Egipto.* 2. Gabinio, cuando llevaba el ejército contra los partos y había cruzado ya el Eúfrates, cambió de opinión, optando por darse la vuelta a Egipto y reponer en el trono a Ptolemeo[50]. Este asunto ha sido tratado ya por otros autores. Ahora bien, durante esta expedición militar llevada a cabo por Gabinio le proporcionó provisiones, armas y dinero Antípatro por encargo de Hircano, y el citado Antípatro atrajo para la causa de Gabinio a los judíos que habitaban por arriba de Pelusio y los convirtió en sus aliados, dándose la circunstancia de ser ellos los guardianes de los pasos que daban acceso a Egipto. Por otro lado, Gabinio, a su regreso de Egipto, encontró a Siria víctima de disensiones y disturbios, y ello porque Alejandro, el hijo de Aristobulo, tras alcanzar por segunda vez y de nuevo el poder por la fuerza, había llevado a la defección a numerosos judíos y, recorriendo el país con un nutrido ejército, había matado a todos los romanos con cuantos se topó y al grupo de ellos que habían conseguido refugiarse en el monte de nombre Garizín se dispuso a sitiarlos, cercándolos.

101. *Gabinio derrota a Alejandro por segunda vez.* 3 Gabinio por su parte, al encontrarse con que la situación de Siria era de este tenor, envió por delante contra los insurgentes a Antípatro, por ser éste un hombre perspicaz, a ver si podía poner coto a su demencia y persuadirlos a que tornaran a una mejor sensatez. Y él, llegándose allí, consiguió hacer entrar en razón a muchos de ellos y atraerlos al cumplimiento de su deber, pero a Alejandro no pudo contenerlo. Este, en efecto, con treinta mil soldados judíos, marchó al encuentro de Gabinio, pero al trabar combate con los romanos fue derrotado, cayendo diez mil de sus hombres en las proximidades del Monte Tabor[51].

103. *Gabinio regresa a Roma.* 4. Gabinio, después de restablecer la situación en la ciudad de Jerusalén conforme al deseo de Antípatro[52], marchó contra los nabateos[53], a quienes venció en batalla, y a

---

[50] Ptolemeo XII Auletés, quien había huido a Roma, escapando de los insurgentes alejandrinos, en el año 58 a. C., y fue repuesto por Gabinio en el 55 a. C.

[51] Cf. *BJ.* 1, 177.

[52] Cf. *BJ.* 1, 178 y ss.

[53] Un pueblo árabe del otro lado del Jordán. Cf. *AJ.* 12, 335.

los fugitivos partos Mitrídates y Orsanes, que habían acudido junto a él, los soltó, aunque hizo correr el rumor de que se le habían escapado. Y Gabinio, después de haber llevado a cabo durante la etapa de comandante en jefe magníficas y brillantes gestas, partió para Roma, tras entregar el mando a Craso[54]. Sobre las campañas de Pompeyo y Gabinio contra los judíos escribieron Nicolás de Damasco y Estrabón de Capadocia, sin que ninguno de los dos difiera del otro.

105. *Craso saquea el Templo de Jerusalén.* 7.1. Craso llegó a Judea dispuesto a emprender una expedición militar contra los partos, y, después de haber arramblado con el dinero del Templo, que Pompeyo había dejado donde estaba y que ascendía a dos mil talentos, fue capaz incluso de despojar al Templo de todo el oro, que sumaba la cantidad de ocho mil talentos. Y se apoderó también de una barra de oro forjado, hecha de un peso de trescientas minas. La mina equivale entre nosotros a dos libras y media. Esta barra se la entregó un sacerdote de nombre Eleazar guardián del tesoro, no por maldad, puesto que era honrado y justo, sino que como le había sido confiada la custodia de los cortinajes del Templo, que eran admirables por su hermosura y muy costosos de ejecución y que, por otro lado, colgaban de la citada barra, al ver que Craso se dedicaba a hacer acopio del oro y temer por todos los ornatos del Templo, le dio la barra de oro en concepto de rescate de todas las demás piezas, tras haber recibido de él garantía jurada de que no se llevaría ningún otro objeto del santuario, sino que se contentaría con el que él le iba a dar, valorado en muchos miles de millares. La barra en cuestión estaba metida dentro de una viga de madera hueca, cosa que ignoraban todos los demás y que únicamente sabía Eleazar. Sin embargo, Craso, que recibió esta pieza, con el compromiso de no tocar ningún otro objeto del templo, luego, tras violar el juramento, arrambló absolutamente con todo el oro que había en el santuario.

110. *Riqueza y poder de los judíos de la diáspora.* 2. Y nadie se extrañe de que hubiera tanta abundancia de riquezas en nuestro templo, habida cuenta de que todos los judíos diseminados por el mundo y que veneran a Dios, incluidos los de Asia y Europa, vienen haciendo aportaciones a él desde hace mucho tiempo. Pero es que la

[54] M. Licinio Craso Dives es el triunviro, junto con César y Pompeyo, que llegó como procónsul de Siria en la primavera del año 54 a. C.

magnitud de las riquezas antes señaladas por nosotros no es una indicación carente de testimonios, ni son elevadas a cifras tan altas por fanfarronería y exageración nuestra, sino que da fe de lo que venimos diciendo nosotros, entre otros muchos historiadores el propio Estrabón de Capadocia, que dice así: «Por otro lado, Mitrídates[55] por medio de emisarios que envió a Cos se apoderó de los bienes que por razones de seguridad había depositado allí la reina Cleopatra[56] y también de los ochocientos talentos de los judíos». Nosotros, los judíos, no tenemos dinero público más que únicamente el de Dios, y es claro que este dinero lo trasladaron a Cos los judíos de Asia por miedo a Mitrídates, puesto que no es verosímil que enviaran dinero a Cos los residentes en Judea, cuando ellos disponían de una ciudad y un santuario sólidamente fortificados, y tampoco es de creer que lo hicieran los judíos que habitaban Alejandría, quienes no tenían nada que temer de Mitrídates. Y también en otro lugar el mismo Estrabón da fe de que, en la fecha en que Sila pasó a Grecia para atacar a Mitrídates y envió a Lúculo[57] para hacer frente al levantamiento en Cirene de nuestro pueblo, todo el mundo habitado estaba lleno de gente de nuestra raza, expresándose al respecto así: «En la ciudad de Cirene había cuatro sectores distintos de población: el de los ciudadanos de Cirene, el de los agricultores, un tercero el de los emigrantes y un cuarto el de los judíos. Este último sector de población había irrumpido ya en todas las ciudades, de suerte que no es fácil encontrar un lugar del mundo habitado que no haya recibido a gentes de esta raza y que no sea dominado por ellas. Y, por lo que a Cirene respecta, como tenía los mismos gobernantes[58] que Egipto ocurrió que no sólo imitó a la nación egipcia continuamente en todas las demás cuestiones, sino que también alimentó y acrecentó extraordinariamente los grupos judíos, que se regían por las leyes tradicionales judías. En Egipto por lo menos hay un territorio asignado para residencia de los judíos, y un gran sector de la ciudad de Alejandría está reservado para este pueblo. Y en esta ciudad existe también un etnarca suyo, que gobierna a este pueblo, como si fuera el jefe de un Estado

---

[55] Mitrídates VI Eupátor el Grande, quien venció al ejército romano en Asia Menor en el año 88 a. C.

[56] Sobre Cleopatra III de Egipto y su depósito del dinero en Cos, cf. *AJ.* 13, 349.

[57] Lucio Licinio Lúculo, enviado por Sila contra Cirene en el invierno del año 87/86 a. C.

[58] Los Ptolemeos.

independiente. Pues bien, en Egipto esta raza se hizo poderosa por ser los judíos originariamente[59] egipcios y por haber fijado cerca la residencia los que emigraron de allí, y pasó a Cirene por encontrarse también este país colindante con el imperio egipcio (exactamente como lo está Judea) o, más bien, por haber pertenecido anteriormente a ese imperio». Esto lo dice ciertamente Estrabón.

119. *Craso pierde la vida en Partia. Casio invade Judea.* 3. Craso, por su parte, una vez que dispuso todo en la forma que quería, marchó contra Partia. Pues bien, él pereció en esta campaña con todo el ejército[60], como ha sido indicado también por otros autores. Entonces Casio[61], tras refugiarse en Siria y ganarla para su causa, fue un obstáculo para los partos en sus incursiones contra ella alentados por la victoria sobre Craso[62]. Luego, tras llegar a Tiro, subió también a Judea. En estas circunstancias conquistó inmediatamente la ciudad de Tariqueas, tras caer sobre ella, redujo a la esclavitud a unos treinta mil hombres y mató a Pitolao[63] (que había sucedido a Aristobulo al frente de la insurrección), al haberlo instado a tomar esta medida Antípatro, quien casualmente en aquel entonces gozaba de grandes influencias también sobre él y era sumamente considerado por los propios idumeos. Este Antípatro tomó por esposa a una joven perteneciente a una ilustre familia idumea de origen árabe llamada Cipro, de la que le nacieron cuatro hijos: Fasael, Herodes (quien posteriormente se convirtió en rey), José y Feroras, y una hija, Salomé. El citado Antípatro había hecho también con los otros soberanos amistad y un acuerdo de asistencia mutua, pero principalmente con el árabe, a quien confió sus propios hijos durante el enfrentamiento que sostuvo contra Aristobulo[64]. Tras esto Casio levantó su campamento y se apresuró a marchar sobre el Éufrates, al encuentro de los enemigos que iniciaban sus incursiones desde allí, como también otros autores han señalado.

---

[59] Esta idea de Estrabón es refutada por Josefo en *Contra Apión* 1, 104, 223, 278, y 2, 28.

[60] Craso fue derrotado cerca de Carras, en Mesopotamia, en el año 53 a. C. y poco después matado.

[61] Casio Longino, el futuro asesino de César, fue cuestor de Craso en el 53 a. C.

[62] Cf. *BJ.* 1, 180 y ss.

[63] Primeramente general de Hircano (cf. *AJ.* 14, 84, y *BJ.* 1, 162), que después se pasó a Aristobulo (cf. *AJ.* 14, 93, y *BJ.* 1, 172 y 180).

[64] Cf. cap. 14 y ss.

123. *Aristobulo, puesto en libertad por César, ataca en Siria a los pompeyanos pero muere envenenado.* 4. Un tiempo después, cuando César hubo ocupado Roma tras la huida de Pompeyo y del Senado al otro lado del Mar Jónico, liberó a Aristobulo de la prisión y decidió enviarlo a Siria, luego de entregarle el mando de dos legiones para que ganara para su causa esta región, empresa para la que disponía de los medios necesarios[65]. Pero Aristobulo no tuvo la suerte de ver hechas realidad las esperanzas concebidas por él cuando consiguió de César esta autoridad, sino que, antes de que alcanzara sus propósitos, los partidarios de Pompeyo acabaron con su vida por envenenamiento. Y lo enterraron los simpatizantes de la causa de César, aunque su cadáver reposó embalsamado en miel[66] durante mucho tiempo hasta que Antonio posteriormente lo envió a Judea, donde hizo que fuera sepultado en las sepulturas reservadas a los reyes. Y Escipión[67], después de recibir de Pompeyo el encargo de matar a Alejandro[68], el hijo de Aristobulo, lo ejecutó por decapitación, tras imputar al joven los crímenes cometidos anteriormente contra los romanos. De esta manera murió él en Antioquía. Y de sus hermanos[69] se hizo cargo Ptolemeo, el hijo de Meneo, Señor de la Cálcide, situada al pie del Monte Líbano, quien, por medio de su hijo Filipión, a quien envió a Ascalón a visitar a la mujer de Aristobulo, mandó a ésta que le remitiera por conducto de Filipión a su hijo Antígono y a sus hijas. Y Filipión, que se enamoró de una de ellas dos, la tomó por esposa. Pero posteriormente su padre Ptolemeo, luego de matarlo a él, se casó con Alejandra y continuó velando por sus hermanos.

127. *Antípatro e Hircano ayudan a César en Egipto.* 8. 1. Y cuando, tras la muerte de Pompeyo[70] y la victoria[71] sobre él, César combatía en Egipto, Antípatro, procurador de los judíos, le prestó numerosos servicios, por encargo de Hircano. En efecto, cuando

---

[65] Cf. *BJ.* 1, 183. Ello tuvo lugar en enero del año 49 a. C. Cf., asimismo, Dión Casio 41, 18, 1.

[66] Sobre este procedimiento, cf. Heródoto 1, 198.

[67] Quinto Metelo Escipión el Piadoso, suegro de Pompeyo y procónsul de Siria en 49/48 a. C.

[68] Con cuya hermana se casaría después Herodes. Cf. *AJ.* 14, 467, y *BJ.* 1, 343 y ss.

[69] Cf. *AJ.* 14, 79, y *BJ.* 1, 185 y ss.

[70] Fue asesinado al desembarcar en Egipto en septiembre del año 48 a. C.

[71] César derrotó a Pompeyo en Fársalo en agosto del 48 a. C.

Mitrídates de Pérgamo, que le llevaba fuerzas auxiliares, se encontraba incapaz de conseguir pasar por Pelusio y, a causa de ello, perdía el tiempo en Ascalón[72], llegó junto a él Antípatro con tres mil soldados judíos. Además, hizo que de Arabia vinieran en su ayuda las autoridades. Y por su intervención corrieron en ayuda de Mitrídates todos los gobernantes de Siria, que no se resignaban a quedarse a la zaga de nadie en su pasión por ayudar a César: el reyezuelo Jámblico, Ptolemeo, el hijo de Soemo, que habitaba en el Monte Líbano y las ciudades prácticamente en su totalidad. Tras esto Mitrídates, luego de partir de Siria, llegó a Pelusio, donde, como sus gentes no le abrieran las puertas, se dispuso a poner sitio a la ciudad. En estas operaciones el campeón de la bravura fue Antípatro, quien, al ser él el primero en derribar una parte de la muralla, abrió a los demás una brecha por donde irrumpir en la ciudad. Así fue como Mitrídates tomó Pelusio. Luego, cuando Antípatro y Mitrídates con sus fuerzas partieron de allí para reunirse con César, se lo impedían los judíos que habitaban la llamada región de Onías[73]. Pero Antípatro trató de persuadir también a éstos a que tomaran su partido en razón de pertenecer a la misma raza, y sobre todo mostrándoles la carta del Sumo Sacerdote Hircano, en la que los exhortaba a que se hicieran amigos de César y ofrecieran a su ejército presentes de hospitalidad y toda suerte de provisiones. Y ellos, cuando comprobaron que Antípatro e Hircano coincidían en desear lo mismo, le obedecieron. Por su parte, los habitantes de la zona de Menfis, al llegar a sus oídos la noticia de que éstos se habían unido a Mitrídates, lo invitaron también ellos a que se presentara en su región. Y él, llegándose allí, tomó consigo también a aquéllos.

133. *Antípatro se gana el afecto de César por su valor.* 2. Y, una vez que Mitrídates había recorrido ya todo alrededor el llamado Delta, contactó con los enemigos cerca del denominado *Campamento de los judíos*[74]. Y en la batalla que trabaron ambos contendientes cedió el flanco de Mitrídates, y habría corrido peligro de sufrir lo peor si Antípatro, que había vencido ya a los enemigos situados enfrente de él, no hubiera acudido en su ayuda por

[72] Cf. *BJ.* 1, 187 y ss.
[73] Cf. *AJ.* 13, 65.
[74] Cf. *BJ.* 1, 191 y ss.

la orilla del río con sus propios soldados, quien, aparte de salvarlo, puso en fuga a los egipcios cuando éstos ya habían vencido a Mitrídates. Y, como continuara en persecución de ellos, se apoderó incluso de su campamento, y a continuación, a Mitrídates que se había distanciado muchísimo de él al ceder al enemigo, lo llamó que volviera. Y de los soldados de Mitrídates cayeron ochocientos, mientras que de los de Antípatro cincuenta[75]. Mitrídates, por su parte, escribió a César dándole cuenta de ello, declarando a Antípatro autor tanto de la victoria lograda por ellos como también de su propia salvación, a resultas de lo cual César, de momento, lo alabó y luego, a lo largo de toda la guerra, se sirvió de Antípatro para las misiones más arriesgadas. Y, claro, le tocó ser herido en las distintas contiendas.

137. *Hircano es premiado por César por ayudar a su ejército en Egipto.* 3. César, sin embargo, cuando después de un tiempo finalizó la guerra y desembarcó en Siria, les concedió grandes honores, a Hircano ratificándole la dignidad de Sumo Sacerdote y a Antípatro otorgándole la ciudadanía romana y la exención del pago de contribuciones en cualquier parte. Y son numerosos los autores que afirman que Hircano tomó parte con ellos en esta campaña y que fue a Egipto. Y de esta mi afirmación dan fe Estrabón de Capadocia quien, siguiendo a Asinio[76], se expresa así: «Y después de Mitrídates también Hircano, el Sumo Sacerdote de los judíos, invadió Egipto». Y este mismo Estrabón, en otro lugar, de nuevo, siguiendo a Hipsícrates[77], se expresa así: «Mitrídates partió solo, pero luego fue llamado por él a Ascalón Antípatro, el procurador de Judea, quien le proporcionó tres mil soldados e incitó a lo mismo a los otros reyezuelos. Y en esta campaña participó también el Sumo Sacerdote Hircano». Estas son palabras de Estrabón.

---

[75] En *BJ.* 1, 192 dice que fueron *ochenta.*

[76] Asinio Polión (amigo de Catulo, Horacio y Virgilio) escribió una *Historia,* ahora perdida casi totalmente, sobre la guerra civil, abarcando desde el 60 a. C., hasta quizá el año 40 a. C.

[77] Historiador, perteneciente probablemente al siglo I a. C., tal vez deba ser identificado con el gramático Hipsícrates de Amiso y quizá fuente de Estrabón para los asuntos del Bósforo.

140. *Antígono, hijo de Aristobulo II, apela a César contra la usurpación de Hircano.* 4. Y como también Antígono, el hijo de Aristobulo, se hubiera presentado a César, se lamentaba ante él no sólo de la suerte de su padre, sino también de que por defender la causa de César había muerto envenenado Aristobulo, y lo mismo su hermano, a quien lo había matado Escipión decapitándolo[78]. Por todo ello le pidió que tuviera compasión de él por haber sido desposeído del poder, y tras esto acusó a Hircano y a Antípatro de gobernar a la nación judía con violencia y de violar los derechos que le asistían a él. Pero Antípatro, que estaba presente, se defendió en los puntos en que observaba que la acusación iba dirigida contra él, y, en este sentido, calificó al bando de Antígono de subversivos y rebeldes, al tiempo que le recordó todo lo que había bregado por los romanos y los servicios que les había prestado al frente de sus tropas, hablándole de cosas que su propio cuerpo atestiguaba[79]. Y dijo que Aristobulo había sido conducido a Roma[80] con toda razón, al haber sido siempre hostil y nunca afecto a los romanos, y que su hermano[81], cuando fue ejecutado a causa de su bandolerismo por Escipión, había recibido lo que se merecía, y que en modo alguno había sufrido este castigo por un comportamiento violento e injusto del que se lo infligió.

143. *César y el Senado romano honran a Antípatro y a Hircano.* 5. Una vez que Antípatro hubo pronunciado estas palabras, César designó a Hircano Sumo Sacerdote, y a Antípatro le ofreció el cargo que prefiriera. Pero como él dejara la decisión en sus manos, César lo designó procurador[82] de Judea. Y a Hircano le permitió también reconstruir las murallas de su patria, favor que él le había pedido, puesto que estaban todavía derruidas desde que las había derribado Pompeyo. Y por una carta enviada a los cónsules, a Roma, les comunicó que registraran estas decisiones suyas en el Capitolio. Y el decreto aprobado por el Consejo del Senado es del siguiente tenor: «Lucio Valerio, hijo de Lucio, pretor, somete a la

[78] Cf. *BJ.* 1, 195 y ss.
[79] Cf. *BJ.* 1, 197 y ss.
[80] Cf. *AJ.* 14, 79.
[81] Hermano de Antígono, a saber, Alejandro. Cf. caps. 125 y 82.
[82] Cf. cap. 127.

consideración del Senado el día trece de diciembre en el Templo de la Concordia el asunto que luego se dirá. Y al acto de ser puesto por escrito el decreto correspondiente asistieron Lucio Coponio, hijo de Lucio, de la tribu Colina, y Papirio, de la tribu Cirina. El asunto tratado fue éste: Alejandro, hijo de Jasón, Numenio, hijo de Antíoco, y Alejandro, hijo de Doroteo, en su calidad de embajadores de los judíos, varones excelentes y amigos de Roma, hablaron sucesivamente, proponiendo renovar el afecto y la amistad que desde siempre les han unido a los romanos, además de traer en señal de la asistencia militar mutua un escudo de oro por valor de cincuenta mil monedas de oro y de rogar que se les entregara documentos escritos dirigidos a las ciudades autónomas y a los reyes, a fin de exigirles que su país y sus puertos recibieran garantías de seguridad y no sufrieran ningún quebranto, en relación con todo lo cual el Senado tomó la determinación no sólo de acordar con ellos un tratado de amistad y afecto y de otorgarles todo cuanto pidieron obtener sino también de aceptar el escudo traído». Esto ocurrió en el mes de Panemo del año noveno de ejercer Hircano los cargos de Sumo Sacerdote y etnarca. Pero Hircano obtuvo honores también del pueblo de los atenienses por haberles sido útil en muchas cuestiones, por lo que ellos le enviaron por escrito un decreto del siguiente tenor: «En tiempos en que Dionisio, el hijo de Asclepiades, ocupaba la presidencia y era sacerdote, y cuando faltaban cinco días para la finalización del mes de Panemo, fue entregado a los magistrados judíos este decreto de los atenienses. En el arcontado de Agatocles[83], cuando Eucles, hijo de Jenandro, del demo etalida, era el secretario, tuvo lugar en el teatro una reunión de los presidentes el día once del mes de Muniquión, correspondiente asimismo al día once de la presidencia en cuestión, en la que Doroteo del demo erquiense y sus compañeros de presidencia sometieron a votación el siguiente texto, que el pueblo había aprobado a propuesta de Dionisio, hijo de Dionisio, y que decía así: "Dado que Hircano, hijo de Alejandro[84], Sumo Sacerdote y etnarca de los judíos, continuamente muestra afecto hacia el pueblo ateniense en su conjunto y a cada uno de los atenienses en particular y los atiende con todo interés, de suerte que los acoge amablemente en su casa cuando van allá por razones de embajada o por motivos personales

[83] Correspondiente al año 106-105 a. C.
[84] Alejandro Janeo.

y los despide con iguales muestras de afecto, hecho que ya antes fue testimoniado, en vista de que también ahora Teódoto, el hijo de Diodoro, perteneciente al demo de Sunion, ha iniciado el asunto, recordando al pueblo ateniense las virtudes de este hombre y diciendo de él que tenía el propósito de hacernos todo el bien que le sea posible, queda decidido por decreto honrar a este hombre con una corona de oro en premio a su distinción de acuerdo con la ley, erigirle una estatua de bronce en el recinto sagrado del Templo de Demo y de las Gracias, proclamar la concesión de la corona en el teatro, cuando se presenten las nuevas tragedias en las fiestas dionisiacas así como en la fiesta de las panateneas, eleusinias y en las competiciones gimnásticas, y, asimismo, que los magistrados se preocupen, mientras él continúe así y nos guarde afecto, de que todo lo que nosotros imaginemos al respecto sea en honor y agradecimiento al interés y pasión que este hombre siente por nosotros, para que, cumplido esto, se vea que nuestro pueblo acoge a las buenas gentes, les otorga la correspondiente recompensa y emula el interés mostrado hacia nosotros por las personas tratadas ya con honor. Y queda decidido, asimismo, proceder a elegir también entre el conjunto de nuestros conciudadanos embajadores, que deberán no sólo llevarle este decreto, sino también exhortarlo, una vez que haya aceptado este honor, a que procure hacer toda suerte de bien a nuestra ciudad continuamente"». De esta manera, pues, quedan puestos de manifiesto suficientemente los honores otorgados a Hircano por los romanos y el pueblo ateniense.

156. *Antípatro restablece el orden en Judea.* 9. 1. César después que hubo arreglado los asuntos de Siria, se hizo a la mar. Y Antípatro, una vez que regresó a Judea tras acompañar a César hasta los confines de Siria, reconstruyó inmediatamente la muralla derruida por Pompeyo[85], y, acudiendo adonde era menester, aplacó los tumultos que se producían a lo largo del país, no sólo amenazando a los culpables, sino también aconsejándoles que se estuvieran quietos, diciéndoles que quienes fueran adictos a Hircano estarían tranquilos y vivirían en paz disfrutando de sus propias riquezas, mientras que quienes pretendieran esperar algo de una conducta subversiva y estuvieran pendientes de obtener ganancias por esa vía tendrían en él a un dictador en vez de a un protector, y

[85] Pero cf. cap. 144 (donde se atribuye a Hircano).

en Hircano, un tirano en vez de a un rey, y, asimismo, en los romanos y César unos crueles enemigos en vez de a unos dirigentes[86]. Con estos razonamientos restableció por sí solo la calma en el país.

158. *Herodes, hijo de Antípatro, es nombrado gobernador de Galilea y somete a los bandoleros.* 2. Luego, al ver a Hircano lento y retraído, nombró gobernador de Jerusalén y de su zona a Fasael, que era su hijo mayor, y al siguiente de sus hijos, que era Herodes, lo designó procurador de Galilea, pese a ser sumamente joven, ya que tenía solamente quince años[87]. Pero su juventud no le perjudicó lo más mínimo, sino que, como tenía ingenio, el joven encontró inmediatamente ocasión para hacer gala de su valía. En efecto, tras alcanzar a Ezequías, el jefe de los bandoleros dedicado a llevar a cabo razzias contra los territorios sirios contiguos acompañado de una banda numerosa, consiguió apresarlo y lo mató, y con él a muchos de sus bandoleros. Y los sirios celebraron muy entusiásticamente esta operación, porque con ella les limpió el país del bandolerismo, del que ellos deseaban ardientemente verse libres. Y se sintieron con ello tan contentos que a cuenta de esta acción entonaban cánticos en su honor tanto en las aldeas como en las ciudades, reflejando en ellos que les había procurado la paz y el disfrute tranquilo de sus bienes. Y por esta acción se hizo conocer también de Sexto César[88], quien era pariente de César el Grande y gobernador de Siria. Entonces su hermano Fasael sintió celos de los éxitos de Herodes y, consecuentemente, estimulado por la excelente reputación alcanzada por aquél, ponía todo el interés por evitar carecer de igual fama, y, así, consiguió hacer totalmente adictos a su persona a los habitantes de Jerusalén, controlando la ciudad por sí solo, pero sin aplicarse a su gestión torpemente ni ofendiendo a nadie con arbitrariedades. Esto hacía que Antípatro recibiera del pueblo tratamiento de rey y honores tales como obtendría uno que fuera

---

[86] Cf. *BJ.* 1, 201 y ss.

[87] Estos hechos sucedieron en el año 47 a. C. Ahora bien, como Josefo en *AJ.* 17, 148, dice que Herodes tenía cuando murió el año 4 a. C. unos setenta años, significa ello que en el momento de ser designado procurador de Galilea rondaba los veintisiete años.

[88] Sexto Julio César luchó en España contra Pompeyo en el año 49 a. C. En el 47 a. C. fue nombrado legado de Siria, donde fue asesinado por Cecilio Baso, partidario de Pompeyo, en el 46 a. C. Cf. *AJ.* 14, 268.

soberano absoluto. No obstante, pese al lustre obtenido con ello, Antípatro no contravino ningún vínculo de afecto y lealtad que le unían a Hircano, cosa que desgraciadamente suele ocurrir con harta frecuencia.

163. *Las autoridades judías acusan a Antípatro y a sus hijos ante Hircano.* 3. Pero las autoridades judías, al ver que Antípatro y sus hijos alcanzaban altas cotas tanto en el afecto del pueblo como en los ingresos que les proporcionaban por igual Judea y el dinero de Hircano[89], sentían malquerencia contra él. Pero se dio el caso, incluso, de que Antípatro había hecho amistad con los dictadores romanos y de que, cuando convenció a Hircano a enviarles dinero, una vez que tuvo éste en su poder hizo pasar por suyo el regalo, puesto que se lo envió en su nombre, sin indicar que había sido Hircano quien lo entregaba. Hircano, al oir estas críticas, no les daba importancia, sino que incluso se alegraba profundamente. Los magnates de los judíos, en cambio, estaban sobrecogidos de miedo al ver en Herodes una personalidad violenta, osada y ávida de un poder absoluto. Y, acercándose a Hircano, acusaban abiertamente ya a Antípatro, diciéndole a Hircano: «¿Hasta cuándo permanecerás inactivo, con lo que se está haciendo? ¿O es que no ves que Antípatro y sus hijos se han ceñido el poder, mientras que tú lo único que oyes es que te llaman rey? Pon coto a ello y no te olvides que esto es así, ni tampoco te imagines que con tu pusilanimidad no corre peligro tu propia persona y tu trono, puesto que Antípatro y sus hijos actualmente no ejercen una función por delegación tuya (y no te engañes a ti mismo creyendo eso), sino que abiertamente se reconoce que actúan como soberanos dotados de poderes absolutos. Así, por ejemplo, Herodes, su hijo, mató a Ezequías y a muchos de los suyos, violando con ello nuestra ley, que prohíbe ejecutar a un hombre, aunque sea un malvado, si previamente no ha sido condenado a este castigo por el Sanedrín. No obstante, él, sin haber obtenido tu permiso, se atrevió a hacerlo».

168. *Herodes es citado a juicio ante el Sanedrín de Jerusalén.* 4. Hircano, al oír esto, hizo caso. Además, encendieron su cólera también las madres de los ejecutados por Herodes, puesto que ellas insistían todos los días en el Templo en reclamar del rey y del pue-

---

[89] Cf. *B.J.* 1, 208 y ss.

blo que Herodes fuera sometido a juicio ante el Sanedrín por su actuación. Así, pues, Hircano, movido por ello, citó a juicio a Herodes, para que se defendiera de los crímenes de que era acusado. Y él se presentó como le había aconsejado su padre que se presentara, no a solas ni provisto de los medios suficientes para asegurarse la protección de su persona. En efecto, después de arreglar los asuntos de Galilea en la forma que consideró conveniente a sus intereses, se presentó ante el Tribunal, acompañado de una comitiva suficiente para el viaje, en forma tal que no pareciera que trataba de intimidar a Hircano presentándose con demasiadas tropas ni tampoco que iba solo y desprotegido. De todas formas, Sexto, el legado de Siria, escribió a Hircano exigiéndole que absolviera a Herodes de la acusación de que era objeto, y amenazándolo si le desobedecía. La carta de Sexto fue el pretexto que él utilizó para, sin recibir ninguna crítica de boca del Sanedrín, dejar libre a Herodes, puesto que lo quería como a un hijo. De todas formas, hay que hacer constar[90] que Herodes, al presentarse ante el Sanedrían con las tropas que le acompañaban, asustó a todos, sin que nadie de los que lo zaherían antes de llegar se atreviera ya a acusarlo, sino que todos estaban quietos y sin saber qué hacer. Y, al encontrarse ellos en esa situación, uno, de nombre Samayas[91], varón justo y que por lo mismo no se dejaba vencer del miedo, levantándose dijo: «Varones del Sanedrín y tú, rey, ni yo sé de nadie citado alguna vez por nosotros a juicio que se haya presentado así, ni tampoco supongo que podéis afirmarlo vosotros, sino que todo el mundo, cualquiera que sea quien haya llegado ante este Sanedrín para ser juzgado, se ha presentado con humildad y en actitud de estar atemorizado y de impetrar vuestra compasión, no sólo habiéndose dejado crecer la cabellera, sino también trayendo como indumentaria una vestimenta negra. El bueno de Herodes, en cambio, que se enfrenta a una acusación por asesinato y que ha sido citado para responder de tan grave imputación, se ha plantado aquí revestido con un ropaje de púrpura, con la cabeza adornada por una cabellera atusada y haciéndose rodear de soldados armados, para, si fallamos en contra de él conforme manda la ley, matarnos a nosotros y salvarse él por un acto de fuerza contra la justicia.

---

[90] Toda la narración que sigue es un ejemplo de *hýsteron próteron*, no el único en la obra de Josefo.

[91] Citado en *A.J.* 15, 3, 370, como discípulo del fariseo Polión.

Pero no es a Herodes a quien yo reprocharía este comportamiento, a saber, poner su conveniencia por encima de la ley, sino a vosotros y al rey, que le otorgáis tanta impunidad. Sabed, sin embargo, que Dios es grande y que, en consecuencia, éste, a quien ahora pretendéis dejar libre por causa de Hircano, día llegará en que os castigará tanto a vosotros como al propio rey». Y no se equivocó en nada de lo que dijo, puesto que Herodes, cuando alcanzó el título de rey, mató al propio Hircano y a todos los miembros del Sanedrín a excepción de Samayas, porque a él lo estimó profundamente a causa de su respeto a la justicia, y porque cuando con posterioridad a estos hechos la ciudad fue sitiada por Herodes y Sosio aconsejó al pueblo que abriera a Herodes las puertas, tras decirle que a causa de sus pecados no podían escapar de él. De todas formas, de esta cuestión trataremos en su debido lugar[92].

177. *Hircano permite a Herodes substraerse a la condena.* 5. Pero Hircano, al observar que los miembros del Sanedrín estaban decididos a ejecutar a Herodes, suspendió el juicio para el día siguiente, y por medio de un emisario que le envió secretamente le aconsejó que huyera de la ciudad porque, según le hizo saber, sólo así escaparía al peligro que corría. Entonces él se retiró a Damasco, aparentando que huía del rey, y, tras presentarse a Sexto César y asegurar su situación personal, tomó la determinación de que si volvía a ser citado a juicio ante el Sanedrín, no obedecería[93]. Y los miembros del Sanedrín tomaron muy a mal su huida e intentaron hacer comprender a Hircano que todo ello iba en contra de él. La verdad es que tampoco a él se le ocultaba esto, pero no podía hacer nada por cobardía y falta de imaginación. Y, efectivamente, cuando Sexto hizo a Herodes Gobernador de Cele-Siria (cargo que le vendió por dinero), Hircano cogió miedo a que Herodes emprendiera una expedición militar contra él. Y no se demoró mucho el cumplimiento de sus temores, sino que Herodes llegó muy pronto contra él con un ejército, irritado por el juicio y por haber sido llamado a rendir cuentas ante el Sanedrín. Pero le impidieron atacar la ciudad de Jerusalén su padre Antípatro y su hermano, quienes salieron a su encuentro, calmaron sus ímpetus y le rogaron que no emprendiera ninguna operación militar, sino que, tras asustarlos con amenazas

[92] En *AJ.* 15, 3 y ss.
[93] Cf. *BJ.* 1, 212 y ss.

únicamente, no fuera más lejos contra el hombre que le había otorgado la posibilidad de llegar al cargo que ostentaba. Y, puesto que Herodes tomaba muy a mal haberse presentado cuando fue citado a juicio, lo invitaban ellos a que se acordara también de que había salido libre de él, cosa que debía agradecer, y no que se encaraba hacia el lado más triste de aquel hecho y se mostraba desagradecido después de haber conseguido salvarse. Y lo invitaban además a que pensara que, si la Divinidad es quien decide también la suerte de la guerra, la injusticia de su expedición militar era de una entidad bastante grave, por lo que tampoco debía esperar absolutamente la victoria cuando se disponía a atacar a un rey que había ayudado a criarlo y quien no sólo había sido bienhechor suyo en múltiples ocasiones, sino que además no le había causado ninguna molestia, puesto que en relación con las imputaciones que él le hacía, si Hircano le ofreció algún motivo de sospecha y la sombra de un comportamiento agrio, fue por culpa de unos consejeros malvados y no por culpa suya.

185. *Razones que tiene Josefo para citar decretos romanos favorables a los judíos.* 10. 1. César, una vez que llegó a Roma, se disponía a hacerse a la mar rumbo a África[94], para llevar la guerra contra Escipión y Catón, momento en que Hircano, por medio de unos emisarios que envió a visitarlo, lo invitó a ratificar un tratado de amistad y de asistencia mutua militar con él. Y me pareció que era necesario exponer todos los honores y alianzas militares que los romanos y sus gobernantes han contraído con nuestro pueblo para que no se le oculte a nadie que tanto los reyes de Asia como los de Europa mostraron interés por nosotros, prendados de nuestra bravura y lealtad. Y puesto que son muchos los que por animadversión hacia nosotros desconfían de los decretos relativos a nosotros registrados por persas y macedonios, por no estar ellos depositados en todas partes ni en los lugares públicos, sino únicamente entre nosotros mismos y algunos otros bárbaros, mientras que no cabe contradecir los decre-

[94] César, tras vencer a Pompeyo en Fársalo (el 9 de agosto del año 48 a. C.), continuar la persecución contra él hasta Egipto, donde Pompeyo fue asesinado al desembarcar (el 28 de septiembre del 48 a. C.), y llevar a cabo la campaña en Asia Menor contra Farnaces, regresó a Roma, pero en enero del año 46 a. C. desembarcó en África, donde en la batalla de Tapso derrotó a las fuerzas pompeyanas dirigidas por Escipión.

tos aprobados por los romanos (pues no sólo están expuestos en los lugares públicos de las ciudades sino también aún hoy están grabados en tablillas de bronce en el Capitolio[95]. Pero eso no es todo, sino que el propio Julio César, tras haber ordenado fabricar una tablilla de bronce para los judíos de Alejandría, declaró que eran ciudadanos alejandrinos), ésas son las razones por las que procedo a dar cuenta de ellos. Y adjuntaré los decretos firmados por el Senado y Julio César con Hircano y nuestro pueblo.

190. *Julio César al pueblo de Sidón.* 2. «Cayo Julio César, Emperador y Sumo Sacerdote, por segunda vez Dictador, saluda a las autoridades, al Consejo y al pueblo de Sidón. Sería magnífico que os encontrarais bien de salud. Yo y el ejército así nos encontramos. De la inscripción grabada en la tablilla concerniente a Hircano, hijo de Alejandro, que es Sumo Sacerdote y etnarca de los judíos, os envío esta copia, para que sea depositada en vuestros archivos oficiales. Quiero, además, que ella sea expuesta al público en una tablilla de bronce no sólo en lengua griega sino también en la latina. He aquí su contenido: «Yo, Julio César, Emperador y Sumo Sacerdote, por segunda vez Dictador, con la aprobación del Senado he tomado la decisión siguiente: Puesto que Hircano, hijo de Alejandro, perteneciente al pueblo judío, no sólo ahora sino también en tiempos anteriores, tanto en la paz como en la guerra, ha mostrado lealtad y manifestado interés por nuestro Estado, como lo han testimoniado numerosos emperadores, y puesto que en fechas sumamente recientes, con motivo de la guerra que se desarrollaba en Alejandría, llegó en nuestra ayuda con mil quinientos soldados y, cuando fue enviado por mí a reunirse con Mitrídates[96], superó en bravura a todos los del regimiento, por estas razones quiero que Hircano, hijo de Alejandro, y sus hijos sean los etnarcas de los judíos, que ellos mismos ocupen para siempre, ajustándose a sus costumbres tradicionales, el cargo de Sumo Sacerdote, que él y sus hijos sean aliados nuestros, y además también que sean contados entre nuestros amigos personales, y, asimismo, los derechos inherentes al cargo de Sumo Sacerdote o cualesquiera otros privilegios que haya conforme determinan sus

[95] Suetonio, *Vesp.* 8, 4, dice que Vespasiano reemplazó los documentos quemados en el año 69 d. C. por tablillas de bronce.

[96] Cf. cap. 139.

propias leyes, todos ellos mando que los alcancen él y sus hijos. Y si durante este período surge alguna cuestión relativa al modo de vida de los judíos, me complace que la resuelvan entre ellos. No apruebo, en cambio, que se les exija dinero o que deban aceptar el estacionamiento de tropas en su territorio para pasar el invierno».

196. *Julio César a las ciudades de Fenicia.* 3. Los privilegios otorgados, concedidos y atribuidos a Hircano por Cayo César, Emperador y Cónsul, son del tenor siguiente: «Que sus hijos gobiernen la nación judía y disfruten de los lugares que les han sido dados, y que el propio Sumo Sacerdote y etnarca de los judíos proteja a los que sean víctimas de injusticias. Por otro lado, mando que se envíe a visitar a Hircano, el hijo de Alejandro, Sumo Sacerdote de los judíos, embajadores para que concierten con él un tratado de amistad y asistencia militar mutua, y que una tablilla de bronce que contenga estos extremos sea expuesta no sólo en el Capitolio, sino también en Sidón y Tiro, y asimismo en Absalón y en los santuarios, grabada en caracteres romanos y griegos. Y mando que los citados embajadores presenten este decreto a los administradores todos de cada ciudad y a sus jefes e igualmente a los distintos pueblos amigos nuestros, quienes deberán ofrecer a estos embajadores hospitalidad y difundir esta disposición por todas partes».

199. *Julio César otorga a Hircano y a sus hijos la dignidad de Sumo Sacerdote.* 4. Cayo César, Emperador, Dictador, Cónsul, para bien del Senado y del pueblo romano y en consideración a la dignidad, virtud y amabilidad de Hircano, hijo de Alejandro, le concede que tanto él como sus hijos sean Sumos Sacerdotes y sacerdotes de Jerusalén y de la nación entera, conforme a los principios de la justicia y de la ley, según los cuales también sus antepasados han mantenido ininterrumpidamente la dignidad de sacerdotes».

200. *Julio César sobre la reducción de impuestos a los judíos.* 5. «Cayo César, Cónsul por quinta vez, dictamina que estos hombres reciban y fortifiquen la ciudad de Jerusalén[97] y que la gobierne Hircano, hijo de Alejandro, Sumo Sacerdote y etnarca de los judí-

[97] Cf. cap. 144.

os, en la forma que él prefiera. Y mando que los judíos sean eximidos en el segundo año de arrendamiento del pago de un *cor*[98] en los ingresos que ellos deban efectuar, y que nadie haga negocio a costa de los judíos ni éstos paguen los mismos tributos».

202. *Privilegios concedidos por César a los judíos.* 6. «Cayo César, Emperador por segunda vez, establece que las diversas ciudades judías, a excepción de Jopa, paguen anualmente un impuesto a favor de la ciudad de Jerusalén, menos el año séptimo, que ellos llaman sabático, habida cuenta de que en él ni recogen la fruta de los árboles ni siembran. Y que en Sidón sus gentes les entreguen el segundo año el tributo, consistente en la cuarta parte de lo sembrado, y, además de eso todavía, paguen no sólo a Hircano, sino también a sus hijos, los mismos diezmos que pagaban también a sus antepasados. Asimismo mando que nadie, ni gobernador ni vicegobernador, ni general o embajador, reclute en territorio judío fuerzas auxiliares, ni tampoco a los soldados se les permita exigir dinero a los judíos para invernar en Judea o bajo cualquier otro pretexto, sino que los judíos permanezcan totalmente libres de toda suerte de vejación. Y todos los bienes que en el futuro ellos adquieran o compren y ocupen ininterrumpidamente y se repartan, ellos los mantendrán. Y en lo que respecta a la ciudad de Jopa, que los judíos conquistaron al principio, cuando firmaron el tratado de amistad con los romanos, es de mi agrado que continúe perteneciendo a ellos, como al principio. Y mando que Hircano y sus hijos paguen en concepto de tributo por esta ciudad y a costa de sus habitantes, anualmente y en la ciudad de Sidón, como impuesto sobre la tierra, el puerto y las exportaciones, veinte mil seiscientos setenta y cinco *modios*[99] excepto el año séptimo, que los judíos llaman sabático, en el que ni aran ni recogen la fruta de los árboles. Y en lo que toca a las aldeas situadas en la Gran Llanura[100], que han ocupado ininterrumpidamente Hircano y antes que él sus antepasados, es del agrado del Senado que las continúen conservando Hircano y los judíos con los mismos derechos que antes tenían. Y mando también que continúen con todos los derechos iniciales que asistían a los judíos en general y a los Sumos Sacer-

[98] El *cor* equivale a 370 litros.
[99] El *modio* equivale, aproximadamente, a 9 litros.
[100] Cf. *AJ.* 12, 348.

dotes y simples sacerdotes en sus relaciones mutuas, así como con los privilegios que obtuvieron por decisión del pueblo y Senado romano. Y, asimismo, mando que ellos puedan hacer uso de esos mismos derechos en Lida. Y en lo que respecta a los lugares, territorios y granjas, de los que les había sido concedido disfrutar gratuitamente a los reyes de Siria y Fenicia por su condición de aliados de los romanos, el Senado decreta que los posean el etnarca Hircano y los judíos. Y ordeno también que a Hircano y a sus hijos, así como a los embajadores enviados por él, se les otorgue el privilegio de contemplar el combate singular entre gladiadores y fieras sentados entre los miembros del Senado. También mando que, cuando ellos hayan solicitado al dictador o al jefe de caballería permiso para entrar en el Senado, se les indroduzca y se les entregue la respuesta en el término de diez días, a contar desde aquél en el que se haya aprobado el decreto».

211. *Julio César elogia la lealtad de los judíos.* 7. «Cayo César, Emperador, Dictador por cuarta vez y Cónsul por quinta, y designado Dictador de por vida[101], pronuncia acerca de los derechos que asisten a Hircano, el hijo de Alejandro, Sumo Sacerdote y etnarca de los judíos, palabras del siguiente tenor: «Habida cuenta de que antes que yo los mandos de las provincias han testimoniado a favor tanto de Hircano, Sumo Sacerdote de los judíos, como de los propios judíos, no sólo ante el Senado sino también ante el pueblo, ocasión en que tanto el pueblo como el Senado les han dado rendidas gracias, está bien que también nosotros los recordemos y nos preocupemos de que el Senado y el pueblo romano devuelvan a Hircano y a la nación judía y a sus hijos un agradecimiento acorde con el afecto que han mostrado hacia nosotros y con los beneficios que nos han reportado».

213. *Julio César al pueblo de Pario.* 8. «Julio Cayo, Pretor, Cónsul de los romanos, saluda a las autoridades, Consejo y pueblo de Pario[102]. Me visitaron los judíos residentes en Delos y algunos de los judíos vecinos de ellos, en presencia de vuestros propios embajadores y manifestaron que vosotros les impedís por decreto

[101] Parece que sólo en el año 44 a. C. alcanzó él estos títulos.

[102] Situada al este del Helesponto. Schürer sostiene que es un error por *Paros*, isla no lejos de Delos.

practicar las costumbres y los ritos sagrados heredados de sus padres. Pues bien, a mí no me complace que contra nuestros amigos y aliados se aprueben decretos de un tenor tal que por ellos se les prohíbe vivir según sus costumbres y aportar dinero para sus comidas en común y para las ceremonias sagradas, cuando ni siquiera en Roma se les tiene prohibido obrar así. En efecto, Cayo César, nuestro pretor y cónsul, quien en una disposición prohíbe que se reúnan en la ciudad los miembros de comunidades religiosas, sólo a éstos no les prohibió ni que aportaran dinero para un fondo común ni que hicieran comidas en comunidad. E igualmente también yo, que prohíbo las demás comunidades religiosas, sólo a éstos les permito que se reúnan y celebren banquetes de la comunidad según sus costumbres y normas tradicionales. Así, pues, también en vuestro caso está bien, si aprobasteis algún decreto contra estos nuestros amigos y aliados, que deroguéis tal decreto, en atención a las virtudes y afecto que ellos sienten por nosotros».

217. *Continuación de la política de Julio César después de su muerte.* 9. Y, tras la muerte de Cayo[103], Marco Antonio y Publio Dolabela, que eran cónsules, reunieron al Senado y, después de introducir a los embajadores enviados por Hircano, trataron con ellos de las peticiones que formulaban y firmaron asimismo con ellos un tratado de amistad. Y el Senado aprobó por votación concederles todo cuanto querían obtener. Adjunto también el decreto para que los lectores de mi obra tengan a mano la evidencia de lo que digo.

219. *Decreto del Senado ratificando la política de César hacia los judíos.* 10. «Decreto del Senado copiado del archivo y concretamente de las tablillas de los archivos oficiales, siendo archiveros de la ciudad Quinto Rutilio y Quinto Cornelio y ocupando el citado decreto la tablilla segunda y la columna primera[104]. A once de abril. En el Templo de la Concordia. Asistieron al acto de su redacción los siguientes: Lucio Calpurnio Pisón[105], de la tribu Menenia, Servio Sulpicio Quinto, de la tribu Lemonia, Cayo Caninio Rebilo, de la tribu Teretina, Publio Tedetio, hijo de Lucio, de la tribu Polia,

[103] Cayo Julio César murió el 15 de marzo del año 44 a. C.
[104] Cf. Horacio, *Sermones* 2.5.51-54, y Suetonio, *Nero*, 17.
[105] Su vida transcurrió entre 48 a. C. y 32 d. C.

Lucio Apulio, hijo de Lucio, de la tribu Sergia, Flavio, hijo de Lucio, de la tribu Lemonia, Publio Plautio, hijo de Publio, de la tribu Papiria, Marco Gelio, hijo de Marco, de la tribu Mecia, Lucio Erucio, hijo de Lucio, de la tribu Esteletina, Marco Quinto Plaucino, hijo de Marco, de la tribu Polia, y Publio Serrio. Propuesta de Publio Dolabela y Marco Antonio, cónsules. En relación con las medidas aprobadas por Cayo César, con el visto bueno del Senado, a favor de los judíos y que no tuvieron tiempo de ser remitidas para ser registradas en el archivo, pues bien, en relación con ellas a nosotros nos complace que se actúe en la misma forma que les ha parecido a los cónsules Publio Dolabela y Marco Antonio, y que se las remita para su registro en las tablillas así como a los administradores de la ciudad, con el encargo de que se preocupen también ellos de que sean expuestas en las tablillas de dos caras. Dado el día nueve de febrero en el Templo de la Concordia. Por su parte, los embajadores enviados por el Sumo Sacerdote Hircano fueron éstos: Lisímaco, hijo de Pausanias, Alejandro, hijo de Teodoro, Patroclo, de Quéreas, Jonatán, hijo de Onías».

223. *Dolabela concede privilegios a los judíos de Asia.* 11. Pero Hircano envió también a uno de estos embajadores ante Dolabela[106], gobernador en aquel entonces de Asia, para rogarle que eximiera a los judíos de la prestación del servicio militar y les permitiera preservar las costumbres tradicionales y vivir conforme a ellas, objetivos que les resultó fácil alcanzar. En efecto, Dolabela, cuando recibió la carta de Hircano, sin pensárselo envió una carta en este sentido a todas las autoridades de Asia, carta relativa a los judíos que remitió también a la ciudad de Efeso, capital de Asia. El contenido de la carta era del tenor siguiente.

225. *Carta de Dolabela.* 12. «A uno del mes de Leneón, fecha en que Artemón ocupa la presidencia. Dolabela, legado, saluda a las autoridades de Efeso, a su Senado y al pueblo. Alejandro, hijo

[106] Publio Cornelio Dolabela, famoso por su vida disipada y casado en segundas nupcias con Tulia, hija de Cicerón, fue nombrado legado de Siria (no de Asia) en junio del año 44 a. C. Luego, en su marcha a Asia, tomó Esmirna por sorpresa y ejecutó a Trebonio, legado de Asia. Pero poco después, en el año 43 a. C. fue sitiado por Casio en Laodicea, suicidándose para evitar caer en sus manos.

de Teodoro, embajador del Sumo Sacerdote y etnarca de los judíos Hircano hijo de Alejandro, me informó de la imposibilidad de sus conciudadanos para ingresar en el ejército, por no estar facultados para tomar las armas y ponerse en camino los sábados, ni para proveerse ese día de las provisiones tradicionales y usuales entre ellos. Así, pues, yo, igual que lo hicieron también los legados que me precedieron, les otorgo la exención del servicio militar y les concedo el derecho a hacer uso de las costumbres heredadas de sus antepasados, con autorización a reunirse para celebrar sus ritos sagrados y santos, en la forma que les mandan sus leyes, y dedicarse a los sacrificios. Y quiero que vosotros divulguéis esta carta por las diversas ciudades».

228. *Léntulo exime a los judíos de Efeso del servicio militar.* 13. Estos son los privilegios con que Dolabela agració a los nuestros cuando Hircano le envió una embajada. Por su parte, el cónsul Lucio Léntulo dictaminó: «A los judíos que son ciudadanos romanos y que mantienen y celebran en Efeso ceremonias religiosas de rito judaico, ante el Tribunal correspondiente eximo, en razón de su objeción al servicio militar, de la prestación de tal servicio, con fecha del veinte de septiembre, cuando son cónsules Lucio Léntulo y Cayo Marcelo. Asisten al acto: el legado Tito Ampio Balbo, hijo de Tito, de la tribu Horatia, Tito Tongio, hijo de Tito, de la tribu Crostomina, Quinto Cesio, hijo de Quinto, Tito Pompeyo Longino, hijo de Tito, el tribuno militar, Cayo Servilio Branco, hijo de Cayo, de la tribu Teretina, Publio Clusio Galo, hijo de Publio, de la tribu Vetoria, Cayo Sentio, hijo de Cayo, de la tribu Sabatina. Tito Ampio Balbo, hijo de Tito, legado y propretor, saluda a las autoridades, Consejo y pueblo de Efeso. El cónsul Lucio Léntulo, con ocasión de una visita que yo le hice para abogar por los judíos de Asia, los eximió de la prestación del servicio militar. Y como yo hubiera formulado posteriormente la misma petición al propretor Fanio y al procuestor Lucio Antonio obtuve idéntico resultado, por lo que quiero que vosotros cuidéis de que nadie los moleste».

231. *Decreto del pueblo de Delos.* 14. Decreto del pueblo de Delos: «A veinte del mes de Targelión[107], durante el arcontado de Beoto. Resolución de los magistrados: el legado Marco Pisón, resi-

[107] Correspondiente a mayo/junio, probablemente del año 49 a. C.

dente en nuestra ciudad y quien asimismo tiene encomendado el reclutamiento de las tropas, tras habernos convocado a nosotros y a un grupo bastante numeroso de ciudadanos, ordenó que a todos los judíos que sean ciudadanos romanos no los moleste nadie exigiéndoles la prestación del servicio militar, en razón de que el cónsul Lucio Cornelio Léntulo había eximido a los judíos del servicio militar a causa de la objeción de este pueblo a tal prestación. Por ello nosotros debemos obedecer el mandato del comandante en jefe». Decretos similares a éstos aprobó también el pueblo de Sardes[108] acerca de nosotros.

233. *Carta de Cayo Fanio al pueblo de Cos.* 15. «Cayo Fanio, hijo de Cayo, pretor proconsular, saluda a las autoridades de Cos. Quiero que vosotros sepáis que me han visitado embajadores de los judíos solicitando recibir el decreto aprobado por el Senado acerca de ellos, decreto adjunto como anexo. Quiero, en consecuencia, que vosotros, de conformidad con las exigencias del decreto del Senado, cuidéis y toméis las medidas para que estos hombres sean trasladados seguros a su patria al atravesar vuestro país».

234. *Resolución de Léntulo relativa a los judíos de Efeso.* 16. Resolución del cónsul Lucio Léntulo: «A los judíos que poseen la ciudadanía romana, quienes, a mi juicio, mantienen y practican en Efeso rituales religiosos judaicos, los declaro exentos, en consideración a su objeción de conciencia, con efectos del día veinte de junio».

235. *Carta de Lucio Antonio al pueblo de Sardes.* 17. «Lucio Antonio, hijo de Marco, procuestor y propretor, saluda a las autoridades, Consejo y pueblo de Sardes. Judíos, conciudadanos vuestros, que me visitaron, me manifestaron que ellos celebran desde siempre, y de acuerdo con las exigencias de sus leyes tradicionales, asambleas privadas en un lugar privado, donde juzgan los mutuos comportamientos y controversias. Y como ellos solicitaran que se les permitiera continuar haciéndolo, he decidido que ellos puedan mantener esta costumbre con entera libertad».

236. *Propuesta formulada a Léntulo.* 18. «Marco Publio, hijo de Espurio, Marco, hijo de Marco, y Lucio, hijo de Publio, decla-

[108] Cf. cap. 235.

ran: Como visitáramos al procónsul Léntulo, le informamos de la propuesta formulada por Dosíteo, hijo de Cleopátridas, alejandrino, de que a los judíos poseedores de la ciudadanía romana, acostumbrados a celebrar oficios religiosos de ritual judaico, los exima, si le parece, del servicio militar, en atención a su objeción de conciencia al respecto. Y, efectivamente, los eximió de esa prestación con fecha del 20 de junio».

237. *Léntulo exime por decreto a los judíos de Efeso del servicio militar.* 19. «Fecha: el año en que son cónsules Lucio Léntulo y Cayo Marcelo. Presentes: el legado Tito Ampio Balbo, hijo de Tito, de la tribu Horatia, Tito Tongio, de la tribu Crostomina, Quinto Cesio, hijo de Quinto, Tito Pompeyo Longino, hijo de Tito, de la tribu Cornelia, el tribuno militar Cayo Servilio Branco, hijo de Cayo, de la tribu Teretina, Publio Clusio Galo, hijo de Publio, de la tribu Vetoria, el tribuno militar Cayo Tentio, hijo de Cayo, de la tribu Emilia, Sexto Atilio Serrano, hijo de Sexto, de la tribu Emilia, Cayo Pompeyo, hijo de Cayo, de la tribu Sabatina, Tito Ampio Menandro, hijo de Tito, Publio Servilio Estrabón, hijo de Publio, Lucio Pacio Capitón hijo de Lucio, de la tribu Colina, Aulo Furio Tercio, hijo de Aulo, Apio Menas. Delante de éstos Léntulo expuso lo siguiente: "A los judíos poseedores de la ciudadanía romana, cualesquiera que sean los oficios religiosos judaicos que tienen por costumbre celebrar en Efeso, los eximo ante el altar del servicio militar en atención a la objeción de conciencia que ellos profesan al respecto"».

241. *Carta de las autoridades de Laodicea a Cayo Rabirio.* 20. Las autoridades de Laodicea saludan al procónsul Cayo Rabirio[109], hijo de Cayo. Sópatro, embajador del Sumo Sacerdote Hircano, nos entregó tu misiva, por la que nos manifestabas que unos hombres que te habían visitado por encargo de Hircano, el Sumo Sacerdote de los judíos, te habían traído redactado un escrito relativo a los individuos pertenecientes a su raza, en el que te pedía que se les permita celebrar la fiesta de los sábados y cumplir con las restantes obligaciones religiosas conforme al mandato de sus leyes tradicionales, y que vieras la manera de que nadie les imponga obligaciones, en atención a su condición de amigos y aliados

[109] Hacia el año 45 a. C. aspiró al consulado. Fue hijo de banquero y ardiente partidario de César.

nuestros, y no les perjudique nadie en nuestra provincia, y por la que nos manifestabas también que, como los representantes del pueblo de Tralles hubieran negado delante de tu propia persona que les complaciera la decisión tomada respecto a ellos, te reafirmaste en tu postura de que no había otra solución más que ésa, y que habías sido invitado a que también nosotros fuéramos informados por ti en relación a la decisión tomada acerca de ellos. Pues bien, nosotros, siguiendo tus mandatos, hemos sido receptivos a la carta que se nos entregó y la depositamos en nuestros archivos oficiales. Y en relación con los restantes encargos que nos haces, procuraremos no tener que recibir ningún reproche al respecto».

244. *Carta de Publio Servilio Galba a Mileto.* 21. «Publio Servilio Galba, hijo de Publio, procónsul, saluda a las autoridades, Consejo y pueblo de Mileto. Prítanis, hijo de Hermas, conciudadano vuestro, que me visitó en Tralles con ocasión de celebrar yo allí sesión pública judicial, me manifestó que vosotros, en contra de mi parecer, atacáis a los judíos y les impedís celebrar la festividad de los sábados, cumplir con sus preceptos religiosos tradicionales y manejar la producción según su costumbre, mientras que el decreto propuesto por él es conforme a las leyes. Así, pues, quiero que sepáis vosotros que yo, tras escuchar las propuestas de reposición que hubo, opté por decretar que a los judíos no se les prohiba practicar y seguir sus costumbres».

247. *Decreto de Pérgamo.* 22. «Decreto de los magistrados, aprobado el uno del mes de Desio, correspondiente a la presidencia de Cratipo. Habida cuenta de que los romanos, siguiendo la actuación de sus antepasados, aceptan correr riesgos en pro de la seguridad común a toda la humanidad y se afanan por colocar a sus aliados y amigos en un estado de prosperidad y paz sólidas, como el pueblo judío y su Sumo Sacerdote Hircano hubieran enviado ante ellos como embajadores a Estratón, hijo de Teódoto, Apolonio, hijo de Alejandro, Eneas, hijo de Antípatro, Aristobulo, hijo de Amintas, y a Sosípatro, hijo de Filipo, varones la flor y nata de su pueblo, el Senado romano decretó, en relación con las propuestas que formularon, uno, que el rey Antíoco[110], hijo de

[110] Para unos, se trata de Antíoco IX Ciziceno, hijo de Antíoco VII Sidetes (este último vivió entre 159-129 a. C.) y, para otros, del propio Antíoco VII Sidetes, leyendo «Antíoco, hijo de Demetrio».

Antíoco, se abstenga de perjudicar a los judíos aliados de los romanos, dos, que les sean devueltas las fortalezas, puertos, territorio y cualquiera otra cosa que les hubiera arrebatado[111], tercero, que se les permita exportar por los puertos, cuarto, que nadie esté exento de pagar un canon al efectuar exportaciones desde el territorio de los judíos o desde sus puertos salvo únicamente Ptolemeo, rey de Alejandría[112], por ser aliado y amigo nuestro y haber expulsado la guarnición de Jopa, como le habían solicitado. Asimismo, Lucio Pecio, miembro de nuestro Senado, varón prez y gloria de nuestro pueblo, mandó que cuidáramos de que estas cosas se cumplan tal como el Senado romano decretó, y de que veláramos por el traslado seguro de los embajadores judíos a su tierra. Por otro lado, recibimos con satisfacción en el Senado y la Asamblea a Teodoro, y, tras recoger de su mano la carta y el decreto del Senado romano y haber pronunciado él con total pasión un discurso y manifestado la virtud y magnanimidad de Hircano, en el sentido de que concede beneficios a todos los que tanto oficial como privadamente se presentan a él, también nosotros mismos, que somos aliados de los romanos, hemos decidido hacer todo lo que sea en pro de los judíos, siguiendo los dictados del Senado romano. Pero Teodoro, el que nos entregó la carta, pidió también a nuestras autoridades que enviaran a Hircano copia del decreto aprobado por nosotros y embajadores con la misión de manifestarle el interés que por él siente nuestro pueblo, y de rogarle que él conserve y acreciente su amistad con nosotros así como que nos procure en todo momento algún bien, en la seguridad de que recibirá la correspondiente recompensa, puesto que no tiene más que acordarse de que también en tiempos de Abram, que fue el padre de todos los hebreos, nuestros antepasados fueron amigos de ellos, según comprobamos en los documentos oficiales».

256. *Decreto de Halicarnaso.* 23. «En la fecha en que era sacerdote Memnón, hijo de Arístides y, por adopción, de Evónimo, el día tantos del mes de Antesterión[113], el pueblo, a propuesta de

---

[111] Parece referirse a los puertos arrebatados a los judíos por Antíoco Sidetes. Cf. *AJ.* 13, 261.

[112] Parece referirse a Ptolemeo IX Alejandro, llamado a Egipto desde Chipre por su madre Cleopatra III en el año 107 a. C. Pero también puede tratarse de Ptolemeo VII Evergetes II Fiscón. Cf. Diodoro 33, 28a.

[113] Correspondiente a la mitad de febrero/marzo.

Marco Alejandro, aprobó el siguiente decreto: Habida cuenta de que en todo momento cumplimos con celo los deberes de respeto y santidad hacia la Divinidad, siguiendo el proceder del pueblo romano y su condición de benefactor del común de la humanidad, así como las prescripciones que ha comunicado por escrito a nuestra ciudad relativas a la amistad y alianza que los judíos tienen con Roma, invitándonos por ellas a que se celebren los oficios religiosos que los judíos dedican a Dios, así como las fiestas y asambleas de costumbre, decretamos también nosotros que los judíos que lo quieran, tanto hombres como mujeres, guarden la festividad de los sábados, celebren las ceremonias religiosas de acuerdo con las exigencias de las leyes judías y construyan oratorios junto al mar según su costumbre tradicional. Pero si alguien se lo prohíbe, bien autoridad bien simple particular, quede incurso en la siguiente[114] multa, que deberá pagar a la ciudad».

259. *Decreto de Sardes*. 24. «Decreto aprobado por el Consejo y el pueblo a propuesta de las autoridades: Habida cuenta de que los judíos que habitan en nuestra ciudad con derecho de ciudadanía han recibido continuamente del pueblo numerosos y magníficos privilegios, y ahora, tras presentarse al Consejo y al pueblo, nos han rogado, cuando les han sido restituídas las leyes y la libertad por el Senado y el pueblo romano, que se les conceda el derecho a reunirse, formar una comunidad propia y solucionar sus disputas judiciales de acuerdo con sus costumbres habituales, así como que se les conceda también un lugar donde reunirse con sus mujeres e hijos a celebrar sus oraciones tradicionales y sacrificios a Dios, nuestro Consejo y pueblo han decretado que les queda concedido el derecho a reunirse en los días indicados de antemano para cumplir con las exigencias de sus leyes, así como que se les delimite también por las autoridades un lugar para la construcción de un edificio y habitáculo para ellos, que consideren adecuado para este fin, y, por último, que los funcionarios encargados de regular el abastecimiento de la ciudad se preocupen de hacer que se importe para ellos los víveres adecuados[115] para su manutención».

---

[114] Falta en el original la cuantía de la multa.
[115] Cf. cap. 226.

262. *Decreto de Efeso.* 25. Decreto del pueblo de Efeso: «Durante la presidencia de Menófilo, con fecha del uno del mes de Artemisio, a propuesta de las autoridades el pueblo aprobó el siguiente decreto, que Nicanor, hijo de Eufemo, se encargó de presentar. Habida cuenta de que, con ocasión de la visita que los judíos de esta ciudad efectuaron a Marco Junio Bruto, hijo de Poncio y procónsul, en solicitud del derecho a celebrar la festividad de los sábados y a actuar en todo conforme a sus costumbres tradicionales sin que nadie se lo impida, el gobernador se lo concedió. El Consejo y el pueblo han decretado, en vista de que el asunto compete a los romanos, que a ningún judío se le prohiba guardar el día del sábado sin que se le imponga ninguna multa por ello, y que, por otro lado, se les permita actuar en todo conforme a sus propias leyes».

265. *Conclusión de las citas de documentos públicos.* 26. Pues bien, hay todavía otros muchos decretos de este tenor aprobados por el Senado y los emperadores romanos a favor de Hircano y nuestro pueblo, así como resoluciones de ciudades y cartas con que los gobernadores han contestado a las misivas en que nosotros reivindicábamos los derechos que nos asisten, por todos los cuales, y a tenor de los que hemos adjuntado, los posibles lectores que obren sin malicia pueden confiar en la veracidad de nuestra *Historia.* En efecto, dado que ofrecemos testimonios claros y evidentes de la amistad que nos unió a los romanos, demostrando que ellos permanecen hasta la actualidad y permanecerán grabados en columnas y tablillas de bronce depositadas en el Capitolio, me tomé la libertad de excusar adjuntar aquí la totalidad de ellos por considerarlo a un tiempo superfluo y desagradable, aparte de que no considero que haya nadie tan torpe que se niegue rotundamente a creer en la realidad de que los romanos nos han concedido privilegios a nosotros, habida cuenta de que también ellos lo evidenciaron a través de un número sumamente elevado de decretos aprobados en favor nuestro, y que, con los datos que hemos ofrecido, se imagine que nosotros no decimos la verdad de lo que aseguramos que ocurrió. Así, pues, con los datos ofrecidos hemos dado cuenta de la amistad y alianza que en aquellos tiempos nos unió a los romanos».

268. *Antípatro ayuda a los cesarianos contra los pompeyanos.* 11. 1. Hacia esta misma época ocurrió que se turbó la paz en Siria por el siguiente motivo: Baso Cecilio, uno de los partidarios

de Pompeyo, tras tramar un complot contra Sexto César[116] no sólo consiguió matarlo a él, sino que además, al hacerse cargo del ejército que mandaba aquél, se hizo el amo de la situación. Pero estalló una dura guerra en los alrededores de Apamea cuando los generales de César vinieron contra él con fuerzas de caballería y también de infantería. Y también Antípatro envió en ayuda de estos últimos tropas comandadas por sus hijos, en recuerdo de los beneficios con que César lo había distinguido, y, en razón de ello, considerando justo vengar a Sexto y tomar represalias contra su asesino. Y, como la guerra se prolongara, dio tiempo a que llegara Murco procedente de Roma para tomar el mando dejado vacante por Sexto, mientras era asesinado César en el Senado por la banda integrada por Casio y Bruto, después de haber ocupado el poder durante tres años y seis meses[117]. Pues bien, esto está aclarado también en otros autores.

271. *Casio se hace el amo de Siria y es apoyado por Antípatro y sus hijos.* 2. Como hubiera estallado la guerra consiguiente a la muerte de César y todas las autoridades romanas se hubieran dispersado cada cual por un sitio para el reclutamiento de tropas, a Siria llegó Casio, para hacerse cargo de las legiones destacadas en la zona de Apamea[118]. Y consiguió atraer tanto a Baso como a Murco, con lo que levantó el cerco de Apamea. A continuación se dispuso a reunir armas y soldados visitando las diversas ciudades, a las que imponía la obligatoriedad de pagar fuertes tributos. Pero fue Judea a la que gravó más duramente, al exigirle el pago de setecientos talentos de plata. Y Antípatro, al ver que tal exigencia constituía un asunto que le producía tremendo pavor e inquietud, repartió la exacción a los particulares de esta cantidad de dinero y puso en manos de sus dos hijos su recaudación. Y, además, ordenó también la exacción de dinero, parte, a Málico[119], pese a encontrarse éste malquisto con él, y parte, a otros. Y, al ser Herodes el primero que recaudó en Galilea la

[116] Asesinado en el año 46 a. C.

[117] Desde la batalla de Fársalo, el 9 de agosto del año 48 a. C., hasta el 15 de marzo del 44 a. C., hay un poco más de *tres* años y *siete* meses, como Josefo indica en *BJ.* 1, 218.

[118] Cf. *BJ.* 1, 218 y ss.

[119] Málico o Malco fue un noble judío que apoyó a Hircano. Cf. cap. 84, y *BJ.* 1, 220.

cantidad que le había sido encomendada[120], se hizo amigo íntimo de Casio. Pues Herodes consideró prudente mimar ya a los romanos y ganarse su afecto a costa del sufrimiento del prójimo. Y fueron vendidos como esclavos conjuntamente con todos los varones todos los alcaldes de las otras ciudades, y Casio redujo entonces a la esclavitud a cuatro ciudades, de las que las más potentes eran Gofna y Emaús, y, junto a éstas, Lida y Tamna[121]. Y Casio, llevado de la cólera habría llegado incluso a ejecutar a Málico (pues marchó contra él) de no haber sido por Hircano, quien por mediación de Antípatro frenó su cólera al enviarle de su peculio particular cien talentos.

277. *Málico atenta contra la vida de Antípatro.* 3. Una vez que Casio se llevó sus fuerzas de Siria, Málico urdió un complot contra Antípatro, en la idea de que el final de éste significaría la seguridad del mandato de Hircano. Pero no pasó inadvertido a Antípatro que él urdía estas maquinaciones. Al contrario, al percatarse efectivamente de ellas, puso tierra por medio marchándose para la parte de allá del Jordán, donde se dispuso a reunir fuerzas árabes y locales, por igual. Y Málico, que era hábil, negaba toda maquinación, y defendiéndose con juramentos prestados tanto a él como a sus hijos y asegurando que tampoco se le habría pasado por las mientes nada semejante al ver su penuria mientras que Fasael, defendía Jerusalén y Herodes estaba encargado de la custodia de las armas, consiguió reconciliarse con Antípatro, tras lo cual llegaron a un acuerdo, cuando Murco era el legado de Siria, quien, al enterarse de que Málico preparaba la subversión en Judea, estuvo a punto de ejecutarlo, aunque a la postre le perdonó la vida a instancia de Antípatro.

280. *Málico envenena a Antípatro.* 4. Pero resulta que Antípatro no se percató de que había salvado la vida del que sería su asesino, Málico. En efecto, Casio y Murco, una vez que hubieron reclutado un ejército, pusieron en manos de Herodes la intendencia general. También lo hicieron gobernador de Cele-Siria, entregándole barcos y fuerzas tanto de caballería como de infantería, al tiempo que le prometían nombrarlo incluso rey de Judea una vez finalizada la guerra que acababa entonces de estallar entre

[120] Cien talentos, según *BJ.* 1, 221.

[121] Por su lentitud en recoger el dinero exigido. Cf. *BJ.* 1, 221.

ellos, por un lado, y Antonio y el joven César[122], por el otro. Pero Málico, atemorizado por ello, puso entonces todo su empeño en eliminar a Antípatro, y, así, tras persuadir por dinero al copero de Hircano, en cuyo palacio estaban ambos invitados a un banquete, mató a este hombre por envenenamiento, al tiempo que se aseguraba la ciudad por fuerzas militares[123]. Y como Herodes y Fasael hubieran tenido conocimiento del complot contra su padre y se encontraran irritados, de nuevo Málico lo negaba y abjuraba del asesinato. Y Antípatro, que había destacado por su piedad, justicia y celo por su patria, murió de esta manera. Y, de sus hijos, Herodes decidió vengar inmediatamente a su padre marchando contra Málico con el ejército, mientras que su hermano mayor Fasael era partidario de apoderarse del individuo mediante engaños, para evitar ser inculpados de haber iniciado una guerra civil. Consecuentemente, Herodes aceptó la exculpación de Málico y fingió creer que él no había tenido nada que ver en la muerte de su padre Antípatro, a quien Herodes tributó espléndidas exequias. Y Herodes, presentándose en Samaria y encontrándola maltrecha, emprendió su recuperación y se dispuso a solucionar las disputas entre sus gentes.

285. *Herodes entra en Jerusalén desafiando a Hircano y a Málico.* 5. Pero no mucho después, con motivo de la llegada de la fiesta de Jerusalén, se dirigió a la ciudad con sus tropas, mientras Málico, temeroso, trató de convencer a Hircano de que no le permitiera la entrada. Hircano, efectivamente, se dejó convencer, poniendo como pretexto y causa de su prohibición el hecho de que él no debía admitir en la ciudad a una multitud extranjera cuando el pueblo estaba purificado. Pero Herodes, haciendo poco caso de los mensajeros de Hircano, entró de noche en la ciudad, con lo que infundió pavor a Málico, aunque éste no dejaba de fingir, sino que, lejos de ello, lloraba a Antípatro y se proclamaba su amigo en presencia de la gente, mientras en secreto cuidaba de su integridad personal. Por su parte, Herodes y su grupo decidieron no poner en evidencia tampoco su impostura, sino, por el contrario, rivalizar también ellos con Málico en evitar toda sospecha.

---

[122] Octavio César Augusto. Cf. cap. 301.

[123] Cf. *BJ.* 1, 227 y ss.

288. *Casio autoriza a Herodes a matar a Málico.* 6. A Casio, sin embargo, le dio cuenta Herodes por carta de la muerte de su padre, y aquél, que sabía cuál era la manera de ser de Málico, le contestó asimismo por escrito animándolo a vengar a su padre[124], para lo que secretamente envió mensajeros a sus tribunos militares destacados en Tiro, por los que les ordenó que colaboraran con Herodes en su decisión de tomar venganza. Y como las autoridades de todos los lugares acudieran oficialmente a rendir homenaje a Casio cuando éste tomó la ciudad de Laodicea, llevándole coronas y dinero, Herodes consideró que ésta sería la ocasión para que Málico pagara la justa satisfacción, una vez que llegara allí, pero Málico, cuando llegó cerca de Tiro de Fenicia, sospechando la cosa, emprendió objetivos de mayor calado. En efecto, como su hijo se encontraba en Tiro como rehén, tomó la determinación de, una vez que entrara en la ciudad, substraerlo y partir para Judea, y, como Casio se disponía a machar contra Antonio[125], llevar al pueblo judío a la defección de Roma y alzarse él con el poder. Pero sus planes los anuló no sólo el Destino, sino también Herodes, por su habilidad en adivinar sus propósitos, quien[126], anticipándose a los planes de Málico, envió a la ciudad a un criado suyo, aparentemente para preparar el banquete (puesto que Herodes había advertido a todos los miembros de la embajada que los invitaría a comer) pero en realidad para que se presentara a los tribunos militares, y persuadirles de que con puñales salieran fuera de la ciudad para atacar a Málico. Y ellos, al salir y encontrarse con él cerca de la ciudad a orillas del mar, hirieron a este individuo hasta causarle la muerte. Entonces Hircano de la impresión recibida por lo ocurrido se volvió mudo y, apenas recuperado, preguntó al grupo de amigos de Herodes qué significaba lo ocurrido y quién era el que había ordenado ejecutar a Málico. Y, al decirle ellos que había sido Casio quien lo había ordenado, aplaudió el hecho, puesto que, según él dijo, Málico era un individuo sumamente perverso y conspirador contra su

[124] Cf. *BJ.* 1, 230 y ss.

[125] Casio abandonó Siria a principios del año 42 a. C., por lo que estos hechos ocurren a finales del 43 a. C.

[126] Esta narración como la correspondiente de *BJ.* 1, 231-234, aparentemente complicada, se aclara recordando que Herodes, Málico e Hircano se dirigen todos juntos desde Jerusalén en embajada oficial a rendir homenaje a Casio en Laodicea, y que, al llegar a Tiro, se anticipan los acontecimientos.

patria. Y Málico pagó este justo castigo por la iniquidad que había cometido contra Antípatro.

294. *Disturbios en Judea tras la partida de Casio.* 7. Tras partir Casio de Siria se iniciaron los disturbios en Judea. En efecto, Hélix, que quedó en Jerusalén con un ejército, marchó contra Fasael [127], mientras el pueblo se levantó en armas. Herodes, por su parte, se encontraba en Damasco, adonde había acudido a visitar a Fabio, el legado. Y aunque deseaba ardientemente correr en ayuda de su hermano, se vio impedido de hacerlo a causa de una enfermedad, hasta que por fin Fasael, imponiéndose a Hélix por sus propios medios, consiguió encerrarlo en una fortaleza, de donde luego lo dejó salir por un acuerdo, mientras reprochaba a Hircano que, pese a haber recibido múltiples favores de ellos, colaboraba con sus enemigos. Y es que el hermano de Málico, tras haber promovido una revuelta, mantenía bajo su control no pocas plazas, incluida Masada[128], que constituía el baluarte más sólido de todos. Pues bien, Herodes, una vez que se recuperó de la enfermedad, marchó contra él, y, tras arrebatarle todas las plazas que ocupaba, lo dejó libre por un acuerdo.

297. *Herodes derrota a Antígono.* 12. 1. Y por lo que respecta a Antígono, el hijo de Aristobulo, que había reunido un ejército y mimado a Fabio con dinero, Ptolemeo, el hijo de Meneo, intentó reponerlo en el trono por el parentesco que lo unía a él[129]. Y también le prestó ayuda militar Marión, a quien Casio había nombrado tirano de Tiro a su marcha. En efecto, este hombre[130] consiguió el control de Siria dividiéndola en territorios sometidos a un tirano. Marión, concretamente, invadió también Galilea, que quedaba colindante con su territorio, donde ocupó y mantuvo bajo control tres plazas fuertes. Pero Herodes, que marchó también contra éste, le arrebató todas ellas, al tiempo que amablemente dejó en

---

[127] Según *BJ.* 1, 236, queriendo vengar la muerte de Málico.

[128] La actual *Sebbê*, en la costa oriental del mar Muerto. Cf. *BJ.* 7, 280 y ss.

[129] Ptolemeo, hijo de Meneo, reyezuelo de Cálcide del Líbano, había protegido a los deudos de Aristobulo y se había casado con su hija Alejandra, hermana de Antígono. Cf. cap. 126.

[130] Casio. Cf. *BJ.* 1, 239.

libertad a los soldados de guarnición en Tiro, a algunos de los cuales entregó incluso regalos para ganarse el afecto de su ciudad[131]. Tras concluir estas operaciones marchó al encuentro de Antígono, a quien venció en la batalla que trabó con él y lo expulsó de Judea cuando apenas había pisado el borde de esta región[132]. Y cuando se presentó en Jerusalén le ciñeron la corona en su cabeza tanto Hircano como el pueblo. Y estaba ya emparentado con la familia de Hircano por compromiso de matrimonio, razón por la que la protegía más, dado que tenía el proyecto de tomar como esposa a la hija de Alejandro, hijo de Aristobulo, y nieta de Hircano[133], de la que tuvo tres varones y dos hembras[134]. Pero ya antes se había casado con una mujer plebeya, de nombre Doris, perteneciente a su pueblo, de la que nació su hijo mayor, Antípatro.

301. *Marco Antonio favorece a Herodes y a Hircano.* 2. Pues bien Casio fue derrotado por Antonio y César[135] en Filipos[136], como ya otros autores han constatado. Tras la victoria, César se dirigió a Italia, mientras Antonio partió para Asia[137]. Y, al llegar él a Bitinia, llegaron a su encuentro embajadas de todas partes. Y se le presentaron también las autoridades judías, que acusaron a Herodes y Fasael, diciendo que Hircano constituía una simple apariencia de rey, mientras que eran los citados quienes tenían todo el poder. Pero Antonio tenía en alta estima a Herodes, quien había acudido ante él para defenderse de sus acusadores, razón por la cual sus contrincantes no consiguieron siquiera que escuchara sus alegatos, cosa que Herodes había logrado de Antonio por dinero. Por otro lado, cuan-

---

[131] Cf. *BJ.* 1, 238.

[132] Este Antígono y su hermano Alejandro eran hijos de Aristobulo II, hermano de Hircano II, e hijos de Alejandro Janeo. Curiosamente Herodes ataca y vence a Antígono, tío de Mariame (hija de Alejandro, hijo de Aristobulo II, y de Alejandra, hija de Hircano II), futura esposa de Herodes. Cf. caps. 125, 126, 300, 353, 467, y *BJ.* 1, 240-241.

[133] Alejandra, madre de Mariame, era hija de Hircano II (cf. *AJ.* 15, 23-63, 69, 72, 80, 87, 166, 169, 183, 185, 202, 252).

[134] Los varones fueron Alejandro, Aristobulo y otro muerto en la infancia, y las hembras Salampsio y Cipro. Cf. *AJ.* 18, 130, y *BJ.* 1, 435, 566.

[135] Marco Antonio y Octavio César, que adoptará el título de *Augusto* en el año 27 a. C.

[136] En Macedonia, en el año 42 a. C.

[137] En el año 41 a. C. Cf. Plutarco, *Ant.* 24; Apiano, *Bell. Civ.* 5, 4, y Dión Casio 48, 24.

do Antonio llegó a Efeso, el Sumo Sacerdote Hircano y nuestro pueblo enviaron una embajada ante él para llevarle una corona de oro y rogarle que, ordenándoselo por escrito a las autoridades de las provincias, soltara y dejara libres a los judíos tomados cautivos por Casio sin respetar las normas de la guerra, y les devolviera el territorio de que habían sido desposeídos en tiempos de Casio[138]. Antonio, al considerar justas estas peticiones de los judíos, inmediatamente se lo comunicó así por escrito a Hircano y a los judíos en una disposición que envió igualmente a la ciudad de Tiro con el mismo contenido, y que decía así:

306. *Carta de Marco Antonio a Hircano.* «Marco Antonio, Emperador, saluda a Hircano, Sumo Sacerdote y etnarca, y al pueblo judío. Me gustaría que os encontrarais bien de salud. Por mi parte, yo me encuentro bien de salud, al igual que el ejército. Lisímaco, hijo de Pausanias, José, hijo de Meneo, y Alejandro, hijo de Teodoro, al visitarme en Efeso en calidad de embajadores[139], renovaron la misión cumplida anteriormente por ellos en Roma y desarrollaron diligentemente la actual en pro de tu persona y de tu pueblo, al poner de manifiesto el afecto que sentís hacia nosotros. Persuadido, pues, tanto por vuestros hechos como por vuestras palabras, de que os sentís íntimamente unidos a nosotros, y conocedor de vuestras severas y piadosas costumbres, considero vuestros intereses como cosa propia. Por otro lado, como llevaran a cabo razzias contra Asia entera los contrarios tanto a nosotros como al pueblo romano y no se abstuvieran de atacar a las ciudades ni de profanar los templos, ni guardaran los juramentos que hicieron, nosotros en una contienda sostenida no sólo en beneficio propio, sino también en favor del común de la humanidad, hemos frenado a los culpables tanto de sus desafueros contra los hombres como de sus pecados contra los dioses, por la gravedad de los cuales creemos que el propio sol se dio la vuelta, puesto que incluso él observó con disgusto el repugnante crimen cometido contra la persona de César. Pero tanto sus maquinaciones, que atacaban a los mismos principios divinos y que acogió Macedonia como atmósfera propicia para sus osados y detestables crímenes, como la mezcolanza de unas huestes degeneradas y esquizofrénicas que

[138] Cf. cap. 297.
[139] Cf. cap. 219.

reclutaron por la zona de Filipos de Macedonia, donde ellos ocuparon lugares favorables a su causa por su situación natural al estar protegidos por montañas que llegaban hasta el mar, de suerte que el paso hacia el interior quedaba reservado a un solo puerto de montaña, conseguimos sojuzgar igual lo uno que lo otro, al haber dictado los dioses un fallo condenatorio contra ellos a causa de sus injustas maquinaciones. También Bruto, al refugiarse en Filipos y ser allí encerrado por nosotros, compartió el mismo destino fatal que Casio. Una vez castigados éstos, esperamos que Asia de ahora en adelante disfrute de paz y se vea libre de la guerra. Con ello hacemos partícipes a nuestros propios aliados de la paz que nos ha sido concedida a nosotros por Dios. Y es que ahora gracias a nuestra victoria el cuerpo de Asia va a recuperarse de una especie de grave enfermedad. Así, pues, con la idea de incrementar tanto tu bienestar como el de tu pueblo, cuidaré de vuestros intereses. En este sentido he publicado por las distintas ciudades documentos escritos con orden de que todos aquellos que siendo libres o siervos, fueron vendidos como esclavos en pública subasta por Cayo Casio o sus subordinados, sean puestos en libertad. Asimismo es mi deseo que vosotros gocéis de los privilegios otorgados tanto por mí como por Dolabela[140]. Y en cuanto a los habitantes de Tiro, les prohibo que sean violentos con vosotros, al tiempo que les ordeno que restituyan a los judíos las plazas de éstos que ellos retienen. Por otro lado, recibí la corona que enviaste».

314. *Carta de Marco Antonio a los habitantes de Tiro en pro de los judíos.* 4. «Marco Antonio, autoridad romana dotada de plenos poderes, saluda a las autoridades, Consejo y pueblo de Tiro. Al manifestarme en Efeso los embajadores de Hircano, Sumo Sacerdote y etnarca de su pueblo, y decirme que vosotros continuáis ocupando el territorio suyo, que invadisteis durante el mandato de nuestros adversarios, y dado que nosotros aceptamos entrar en guerra para imponer nuestra autoridad y, velando por los piadosos y justos, nos enfrentamos a quienes no se acordaron de agradecer los beneficios recibidos ni guardaron los juramentos prestados, es mi deseo no sólo que asista a nuestros aliados la paz emanada de vosotros, sino también no concederos el derecho a

[140] Cf. cap. 217 y ss., y 224 y ss.

conservar ninguna de las plazas que obtuvisteis de nuestros contrincantes, sino que os instamos a que se las devolváis a quienes se las arrebatasteis. Y ello porque ninguno de aquéllos recibió provincias ni legiones por concesión del Senado, sino que, tras arrebatarlas por la fuerza, las regalaron a quienes les fueron útiles para llevar a cabo sus iniquidades. Así, pues, una vez que ellos han pagado su justo merecido, dictaminamos que nuestros aliados pasen a ocupar sin impedimento alguno las plazas que siempre poseyeron, y que vosotros, si ocupáis actualmente algunas que pertenecían a Hircano, el etnarca de los judíos, aunque ello fuera desde un solo día antes de que Cayo Casio pusiera los pies en nuestra provincia, trayendo con ello aquí una guerra desleal, se las devolváis y en modo alguno uséis con ellos la fuerza para hacerlos incapaces de adueñarse de lo suyo. Y si tenéis algo justo que alegar en contra de sus reivindicaciones, estaréis vosotros en disposición de utilizarlo cuando vayamos a los lugares en cuestión, habida cuenta de que en nuestros fallos judiciales respetamos con igual consideración todos y cada uno de los derechos de nuestros aliados».

319. *Marco Antonio envía a los habitantes de Tiro un decreto concerniente a los judíos.* 5. «Marco Antonio, autoridad romana dotada de plenos poderes, saluda a las autoridades, Senado y pueblo de Tiro. Aquí os remito una disposición dictada por mí, en relación con la cual quiero que vosotros cuidéis de grabarla en las tablillas oficiales, en caracteres latinos y griegos, y de ponerla, una vez escrita, en el lugar más visible, para que pueda ser leída por todos. Hela aquí: «Marco Antonio, autoridad romana dotada de poderes absolutos y miembro del triunvirato instituido para el gobierno de la República, dicta la siguiente disposición: Habida cuenta de que Cayo Casio durante esta revuelta saqueó, tras ser ocupada por sus tropas, una provincia que no le pertenecía y a unas gentes que eran aliadas nuestras y forzó la rendición de la nación judía, que fue desde siempre amiga del pueblo romano, nosotros, tras poner coto a su locura por la fuerza de las armas, nos disponemos mediante disposiciones y fallos judiciales a devolver sus derechos a los territorios saqueados por él, determinando que éstos sean restituidos a nuestros aliados. Asimismo ordenamos que sean soltados todos aquellos bienes que, perteneciendo a los judíos, fueron vendidos, bien se trate de personas, bien se trate de propiedades: las

personas para que sean libres, como lo fueron de siempre, y las propiedades para que vuelvan a sus dueños anteriores. Y es mi deseo que la persona que no obedezca a esta disposición afronte mi juicio, y, en caso de que resulte convicta de crimen, será entonces cuestión de mi incumbencia condenar al que no la haya obedecido a una pena adecuada a la gravedad de su acto».

323. *Carta a Sidón, Antioquía y Arado.* 6. Y esto mismo comunicó por escrito a las autoridades de Sidón, Antioquía y Arado. Pues bien, hemos adjuntado también estos datos acertadamente, para que constituyan una prueba del desvelo que, según nosotros aseguramos, los romanos se tomaron en pro de nuestro pueblo.

324. *Antonio favorece en Dafne a Herodes.* 13. 1. Por otro lado, cuando después de esto Antonio iba de camino a Siria, Cleopatra, al encontrarse con él en Cilicia[141], lo subyugó, y quedó transido de amor por ella. Y entonces de nuevo[142] cien judíos los más influyentes se presentaron a él, acusando a Herodes y a los suyos y haciendo que los representaran en los alegatos los más hábiles del grupo en el dominio de la palabra. Y les contradijo Mesala[143], presentando un alegato en favor de los jóvenes[144], en presencia del propio Hircano, quien casualmente había emparentado ya con la familia de ellos[145]. Y Antonio, tras escuchar a ambas partes en Dafne, preguntó a Hircano cuál de los dos bandos abanderaría mejor a su pueblo. Y al contestarle él que Herodes y su hermano, Antonio, que ya de antiguo mantenía relaciones estrechas de amistad con ellos a causa de la hospitalidad de familia que había establecido con su padre cuando acompañaba a Gabinio[146], los designó a ellos dos tetrarcas y les confió el gobierno de Judea, para lo cual dictó el correspondiente documento, al tiempo que encarceló a

[141] A finales del verano del año 41 a. C. Cf. Plutarco, *Ant.* 26.

[142] Cf. cap. 302.

[143] M. Valerio Mesala Corvino (aproximadamente 70-3 a. C.), orador célebre, que durante la guerra civil se unió sucesivamente a Casio, Antonio y Augusto. Fue amigo de Horacio y de Tibulo.

[144] Fasael y Herodes.

[145] Aunque Herodes en este momento estaba sólo prometido, no casado, a Mariame, nieta de Hircano. Cf. cap. 300.

[146] Cf. cap. 84-86.

quince rebeldes, a quienes la intervención de Herodes libró de morir cuando Antonio se disponía a matarlos.

327. *Los romanos atacan a algunos adversarios de Herodes.* 2. Pero ellos ni aun así se estuvieron quietos al regresar de la embajada, sino que mil de ellos volvieron a encontrarse con Antonio en Tiro, adonde él había decidido ir[147]. Y Antonio, sobornado ya con cuantiosas riquezas por Herodes y su hermano, ordenó al gobernador de la plaza que castigara a los embajadores judíos por las pretensiones de alterar el estado de cosas establecido y que ayudara a Herodes y los suyos a consolidarse en el poder. Y rápidamente Herodes, saliendo adonde ellos se encontraban (pues hay que aclarar que los referidos embajadores se habían aposentado en la playa, delante de la ciudad) les aconsejó (le acompañó en esta empresa el propio Hircano) que se marcharan, porque se produciría una gran catástrofe si insistían en la controversia. Pero ellos no hicieron caso. Y, acto seguido, unos romanos que se lanzaron a la carrera sobre ellos con puñales, mataron a algunos e hirieron a otro grupo más numeroso que el anterior, mientras los restantes que consiguieron escapar a casa se quedaron quietos aterrados. Y como el pueblo clamara contra Herodes, Antonio, fuera de sí, mató a los encarcelados.

330. *Antígono consigue ayuda de los partos.* 3. A los dos años después de esto ocuparon Siria Pácoro, el hijo del rey parto, y Barzafranes, que era sátrapa[148], y asimismo murió Ptolemeo[149], hijo de Meneo. Y su hijo Lisanias, que le sucedió en el mando, firmó un tratado de amistad con Antígono, el hijo de Aristobulo, para cuya tarea encontró útil al sátrapa, quien gozaba de suma influencia ante él. Tras ello, Antígono[150] prometió a los partos que les entregaría mil talentos y quinientas mujeres si le devolvían el poder substrayéndoselo a Hircano y aniquilaban a Herodes y los suyos. Y la verdad es que no se los dio[151], no obstante lo cual los partos, inducidos por esa promesa, emprendieron una expedición militar contra Judea para reponer en el trono a Antígono, expedición en la

147 Cf. *BJ.* 1, 245 y ss.
148 Cf. *BJ.* 1, 248 y ss.
149 Cf. cap. 297.
150 Pero Lisanias, según *BJ.* 1, 248, aunque cf. *AJ.* 14, 365.
151 Cf. caps. 353 y 365.

que Pácoro marchaba por la costa y el sátrapa Barzafranes por el interior. Pues bien, los habitantes de Tiro cerraron sus puertas a Pácoro, mientras que los de Sidón y Ptolemaide se las abrieron. No obstante, Pácoro envió a Judea una columna de caballería a inspeccionar la situación del país y para colaborar con Antígono y al frente de ella a su homónimo, que era el copero del rey. Y como algunos judíos de la zona del Monte Carmelo se unieran a Antígono y estuvieran prestos a invadir Judea unidos a él, Antígono concibió esperanzas de ocupar por medio de ellos determinada parte del país. El lugar en cuestión se llama el Bosque. Pero, al enfrentarse a ellos una sección judía, estos hombres se vieron obligados a escapar a Jerusalén. Y como, al sumárseles algunos otros, se reunieran muchos, llegaron junto al palacio y le pusieron sitio. Y al acudir en su defensa Fasael y Herodes con los suyos y producirse una batalla en la plaza del mercado, vencieron estos jóvenes a los enemigos, y persiguiéndolos hasta el Templo, enviaron a las casas próximas algunos soldados[152] fuertemente armados para que las protegieran, soldados que el pueblo amotinado hizo pasto de las llamas con casas y todo, al encontrarse faltos de ayuda. Pues bien, Herodes poco después tomó represalias por esta iniquidad contra los rebeldes, al trabar combate con ellos y matar a un elevado número.

337. *Fasael se deja engañar de Pácoro.* 4. Y mientras se producían escaramuzas entre ellos, los enemigos esperaban la inminente presencia de las masas procedentes del país a celebrar la llamada Pascua de Pentecostés (se trata de una fiesta). Y una vez llegado ese día, se reunieron en torno al Templo decenas de millares de personas, tanto armadas como desarmadas[153]. Y estos asistentes a la fiesta ocuparon el Templo y la ciudad toda salvo la zona del palacio, puesto que éste estaba defendido por Herodes con unos pocos soldados. Pues bien, mientras Fasael guardaba la muralla, Herodes, apoyado por una compañía, saltó contra los enemigos por el suburbio y, tras combatir valerosamente, obligó a volver la espalda a numerosas decenas de millares de ellos, unos corriendo a refugiarse en la ciudad y otros en el Templo, mientras hubo algunos que lo hicieron en el campamento situado en el extrarradio (pues había uno en el mismo lugar citado). También

[152] *Sesenta,* según *BJ.* 1, 251.
[153] Cf. *BJ.* 1, 253 y ss.

Fasael corrió a prestarle ayuda. Por su parte, Pácoro, el comandante en jefe de los partos, a petición de Antígono entró en la ciudad con unos pocos jinetes, para parar el motín según decía, pero en realidad para ayudarle a aquél a hacerse con el poder. Y, como Fasael hubiera salido a su encuentro y lo hubiera recibido como a un viejo amigo, Pácoro lo indujo a que se presentara en calidad de embajador ante Barzafranes, tentativa esta que no constituía otra cosa más que un engaño urdido por él. Y Fasael, sin sospechar lo más mínimo, se dejó convencer, y eso que Herodes no aprobaba su acción a causa de la proverbial perfidia de los bárbaros, sino que, lejos de ello, lo animaba a atacar a Pácoro y a los que habían llegado con él.

342. *Fasael e Hircano detenidos por los partos.* 5. Marcharon, así pues, en función de embajadores Hircano y Fasael, mientras Pácoro, tras dejar a Herodes[154] doscientos jinetes y diez más de los llamados Libres[155], los acompañó hasta allá. Y al llegar a Galilea les salieron al encuentro con armas los enemigos[156] apostados allí. Y Barzafranes primeramente los acogió afectuosamente y les dio regalos, pero luego los atacó a traición[157]. Y Fasael e Hircano fueron alojados cerca de Ecdipa[158], por la parte de arriba del mar. Y, una vez allí, al llegar a sus oídos la noticia de que Antígono había prometido mil talentos y quinientas mujeres a los partos en contra de sus intereses, tenían ya bajo sospecha a los bárbaros. Pero esto no fue todo, sino que además alguien les informó de que iban a ser atacados por la noche, para lo que fuerzas secretas los rodeaban a escondidas, y de que habrían sido detenidos ya[159] de no haber esperado los enemigos a que los partos de Jerusalén hubieran apresado a Herodes, no fuera a ser que, si antes de ello eran ejecutados, escapara aquél, al enterarse de lo sucedido. Y era como los rumores apuntaban, tanto que las fuerzas que los vigilaban fueron observadas por Hircano y Fasael mismos. En estas circunstan-

---

[154] Según *BJ.* 1, 255, para evitar toda sospecha.

[155] Pues, según parece, la mayoría de los jinetes partos eran esclavos (cf. Marcus).

[156] Enemigos de Herodes (y, por lo mismo, de Hircano y Fasael).

[157] Cf. *BJ.* 1, 256.

[158] Ecdipa, la actual *ez Zib,* que está situada en la costa entre el monte Carmelo y Tiro. Cf. *AJ.* 5, 85.

[159] Cf. *BJ.* 1, 257 y ss.

cias hubo algunos que exhortaron a Fasael a subirse inmediatamente a un caballo y a no esperar más, pero quien lo incitaba principalmente a ello fue Ofelio, quien había oído de boca de Saramala, el más rico entonces de los habitantes de Siria, toda esta serie de noticias e intenciones de los enemigos, y quien le prometió proporcionarle barcos para la huída, habida cuenta de que el mar estaba cerca. Fasael, sin embargo, no se avino a abandonar a Hircano ni tampoco a hacer correr riesgos a su hermano. Pero, llegándose a Barzafranes, le dijo que no actuaba correctamente cuando planeaba una acción tan grave contra ellos, puesto que, si era dinero lo que pedía, le aseguró que él le proporcionaría una cantidad mayor que la que fuera a entregarle Antígono, y eso sin contar que era un hecho espantoso que los matara cuando ellos se habían reunido con él totalmente confiados por su condición de embajadores y sin que le hubieran faltado lo más mínimo. El bárbaro, por su parte, cuando Fasael le dijo esto, juró que no había nada de cierto en sus suposiciones, sino que eran falsas sospechas las que lo conturbaban. Y, sin más, regresó junto a Pácoro[160].

348. *Herodes es informado del peligro que corre Fasael.* 6. Una vez que se hubo ido él, unos partos detuvieron a Hircano y a Fasael, mientras éstos los maldecían una y otra vez por perjuros[161]. Por su parte, el copero[162] que había sido mandado contra Herodes tenía el encargo de sacarlo fuera de la muralla y detenerlo allí. Pero se dio la circunstancia de que habían sido enviados por encargo de Fasael unos mensajeros para darle cuenta de la perfidia de los bárbaros partos. Y, al enterarse Herodes de que los referidos mensajeros habían sido detenidos por los enemigos, fue a visitar a Pácoro y a los partos influyentes por considerarlos los amos de los llegados. Y éstos, que lo sabían todo, fingían arteramente, y le dijeron que él debía salir con los suyos fuera de la muralla y venir al encuentro de los que traían el documento, puesto que, según le decían, por lo menos hasta aquel momento todavía no habían sido apresados ellos por los rebeldes, aunque sí era verdad que habían llegado para dar cuenta de los éxitos logrados por Fasael en sus gestiones. Reclamos a los que no hizo caso

---

[160] El hijo del rey.
[161] Cf. *BJ.* 1, 260 y ss.
[162] Cf. cap. 333.

Herodes, puesto que a sus oídos había llegado la noticia por otros conductos de la detención de su hermano. Además, cuando su punto de vista fue aplaudido por la hija de Hircano[163], madre de la joven con quien estaba prometido, sospechó todavía más que antes de los partos. Pues bien, aunque los demás no hacían caso a esta mujer, él, sin embargo, confió en ella, por ser una mujer sumamente inteligente.

352. *Herodes escapa con su familia a Idumea.* 7. Mientra los partos deliberaban sobre qué medida les interesaba tomar (pues no les agradaba la idea de atacar abiertamente a un varón de tal condición) y posponían la decisión para el día siguiente, Herodes, que estaba tan inquieto como cabe suponer y que se inclinaba por creer más a los que había oído la información relativa a su hermano y a la traicionera intención de los partos que a los contrarios, llegada la noche decidió aprovecharla para escapar y no demorar la partida por considerar que todavía no estaba demostrado que corriera riesgo alguno de parte de los enemigos. Así, pues, levantando el vuelo con los soldados de que disponía y montando en las caballerías al grupo de las mujeres, formado por su propia madre y hermana[164] y por la mujer a quien había de tomar por esposa[165], que era hija de Alejandro, el hijo de Aristobulo, la madre de ésta (que era hija de Hircano) y a su hermano más pequeño[166], y asimismo a todo el servicio y al restante gentío que les acompañaba, siguió el camino que lleva a Idumea, pasando inadvertido a los enemigos. Ninguno de los cuales habría sido visto que fuera tan duro de corazón que, de haber sido testigo de esta acción, no se hubiera compadecido de ellos por su desventura, habida cuenta de que se trataba de unas pobres mujeres que llevaban consigo a sus tiernas criaturas y que, entre lágrimas y

---

[163] Se trata de Alejandra (madre de Mariame y viuda de Alejandro, hermano de Antígono, hijos ambos de Aristobulo II y sobrinos de Hircano II), a quien Josefo en *BJ.* 1, 262, califica como *la más perspicaz de las mujeres.*

[164] Su madre Cipro y su hermana Salomé. Cf. *AJ.* 14, 121, y *BJ.* 1, 181.

[165] Mariame (cf. *AJ.* 14, 300 y 467) y su madre Alejandra (cf. *AJ.* 15, 23-63, etc.).

[166] Aristobulo y por otro nombre Jonatán, que a sus dieciséis años fue nombrado Sumo Sacerdote y luego ahogado por orden de Herodes. Cf. *AJ.* 15, 23, 25, 29, 34, 41-51, 64, y 20, 247, y también *BJ.* 1, 437.

gemidos, abandonaban la tierra de sus mayores y a sus seres queridos en prisión, y sin esperar ya nada bueno en relación con su propio futuro[167].

355. *Tribulaciones de esta gente durante la huída.* 8. Pero Herodes, sacando a relucir una decisión superior al abatimiento que pudiera proporcionarle aquella terrible situación, no sólo se enfrentaba lleno de ánimo a aquel amargo trago, sino que, asistiendo a los suyos durante el viaje, exhortaba a todos y cada uno de ellos a estar tranquilos y no rendirse ni entregarse a la tristeza, puesto que, según él les decía, ello perjudicaba a la huida, de la que únicamente dependía su salvación. Y ellos procuraban aguantar aquella pesada carga en la forma que Herodes les aconsejaba. Pero faltó poco para que él se suicidara cuando al volcar una caballería estuvo a punto su madre de morir; por dos razones, no sólo por el disgusto que experimentó a cuenta de su madre, sino también por temor a que lo alcanzaran los enemigos en su persecución, al producirse una pérdida de tiempo a causa de aquel percance. Y cuando, a resultas de ello, él ya había extraído la espada y se disponía a asestarse un golpe, lo retuvieron las personas presentes, al lograr dominarlo por la multitud de ellos y decirle que no estaba bien que los abandonara en medio del peligro y a punto de caer en manos de los enemigos, puesto que, según le hicieron saber, no era de valiente librarse él de los peligros y consentir que los amigos cayeran en ellos. Forzado, así, a desistir de cometer un crimen contra sí mismo tanto por consideración a los alegatos que se le dijeron como por la multitud de gente que no le permitían utilizar la mano para cumplir el objetivo que él había pretendido, tras conseguir el restablecimiento de su madre y darle la cura que permitía la urgencia del momento, siguió el viaje proyectado, efectuando una marcha apresurada hasta alcanzar la fortaleza de Masada. Y aunque fueron muchos los combates que libró contra los partos lanzados en su persecución, venció en todos[168].

359. *Herodes deja a su familia en la fortaleza de Masada.* 9. Durante la huida Herodes no permaneció seguro siquiera en lo que a los judíos respecta, sino que también éstos los atacaron cuando llegaron a un punto distante sesenta estadios de la ciudad, arrojándose

[167] Cf. *BJ.* 1, 263 y ss.
[168] Cf. *BJ.* 1, 264.

sobre ellos durante el viaje y entrando al cuerpo a cuerpo. Pues bien, no sólo los puso en fuga, sino que los venció tan contundentemente que no daba la impresión de ser uno que se encontraba en una situación tan falta de recursos y obligada, sino de haberse preparado para la guerra con todo esmero y estar provisto sobradamente de toda suerte de medios. Algún tiempo después, una vez que fue nombrado rey, en aquel especial lugar en que se impuso a los judíos no sólo construyó un palacio sumamente notable, sino que además fundó una ciudad en torno a él, que llamó Herodías[169]. Y, cuando llegó al territorio de Idumea y, dentro de él, a Oresa, localidad designada con ese nombre, llegó a su encuentro su hermano José, quien le aconsejó qué medida de carácter general debía tomar, puesto que la multitud que le acompañaba, aun sin contar a sus tropas mercenarias, era numerosa, mientras que la plaza fuerte de Masada, en la que proyectaba refugiarse, era demasiado reducida para acoger a tan cuantioso gentío. Y Herodes, accediendo a estos consejos, dejó marchar a la mayoría, en número superior a los nueve mil, mandándoles que buscaran la salvación por Idumea cada cual por su sitio y dándoles provisiones para el viaje. Y tomando consigo a los hombres ligeros y a sus deudos más íntimos, alcanzó la fortaleza citada. Y tras instalar allí tanto a las mujeres como a sus seguidores (que ascendían a unos ochocientos), habida cuenta de que en aquella plaza fuerte había trigo, agua y todas las demás provisiones en cantidad suficiente para ellos, él se dirigió a toda prisa a Petra, ciudad de Arabia. Pero al amanecer del día siguiente los partos saquearon todos los otros edificios de Jerusalén, incluido el palacio real, y únicamente se abstuvieron de llevarse el dinero de Hircano, que ascendía precisamente a trescientos talentos. Pero se les escaparon numerosas riquezas de Herodes, y fundamentalmente todas las que habían sido sacadas y llevadas previamente a Idumea por la precaución de este hombre[170]. Con todo, las riquezas de la ciudad no bastaron para los partos, sino que, saliendo fuera, cometieron tropelías por todo el país, y concretamente la potente ciudad de Márisa la arrasaron.

365. *Antígono mutila a Hircano. Muerte de Fasael.* 10. Antígono, repuesto así en el trono de Judea por el rey de los partos,

[169] En *BJ.* 1, 265, llamada *Herodion* (situada cerca de Belén), distinta de la fortaleza del Herodion. Cf. *AJ.* 16, 13.

[170] Cf. *BJ.* 1, 268 y ss.

tomó prisioneros a Hircano y a Fasael, aunque estaba sumamente disgustado con que se le hubieran escapado las mujeres que pensaba entregar a los enemigos, ya que éste era el pago que, junto con el dinero, les había prometido[171]. Y temeroso de Hircano, no fuera a ser que el pueblo le restituyera el trono, tras presentarse donde aquél se encontraba (estaba vigilado por los partos) le cortó las orejas, tratando con ello de que la dignidad de Sumo Sacerdote ya no volviera a recaer sobre él por estar mutilado, ya que la ley exige que esta dignidad la ocupen personas perfectas[172]. En cuanto a Fasael, habría que admirar su coraje, puesto que él, cuando se enteró de que iba a ser degollado, no consideró en modo alguno terrible la muerte, sino que, tomando por algo sumamente amargo y deshonroso sufrir este castigo a manos de un enemigo, al no tener las manos libres a causa de las ataduras para matarse, se golpeó la cabeza contra una piedra, con lo que se quitó la vida de la manera más hermosa al parecer de todos, dado que no tenía remedio, y privó al enemigo de la facultad de matarlo a su antojo. Aunque se rumorea que, al producirse Fasael con el golpe una herida enorme, Antígono había enviado secretamente médicos, aparentemente para curarlo con medicamentos, y había acabado con su vida, al aplicarle aquéllos un medicamento mortífero en la herida. No obstante, como Fasael antes de expirar por completo hubiera oído de boca de una mujer que su hermano Herodes había escapado de los enemigos, sobrellevó muy animosamente el último trance, al dejar en este mundo al que había de vengar su muerte y podía tomar represalias contra los enemigos exteriores.

370. *Malco, rey árabe, se niega a ayudar a Herodes.* 14. 1. Pero a Herodes no le abatió los ánimos la magnitud de las calamidades que lo embargaban, sino que tal magnitud estimulaba su habilidad para encontrar la manera de emprender acciones arriesgadas[173]. En efecto, marchó a visitar a Malco[174] (el rey árabe que anteriormente había recibido numerosos beneficios de su familia) para

---

[171] Cf. *BJ.* 1, 269 y ss. Cf. también *AJ.* 14, 343.

[172] Cf. *AJ.* 3, 278-279, y *Lev.* 21, 17 y ss.

[173] Cf. *BJ.* 1, 274 y ss.

[174] Se trata de Malco, el rey árabe que sucedió a Aretas III (cf. cap. 14 y ss.), y que no hay que confundir con Málico, el judío amigo de Hircano (cf. cap. 273). Cf. Dión Casio 48, 41.

obtener ahora la justa correspondencia[175] y conseguir dinero, que era justamente lo que más necesitaba, ya como préstamo, ya gratis, habida cuenta de que el árabe habría recibido grandes sumas de él, de estar aquél en una situación similar. En efecto, como no sabía lo que había pasado con su hermano, se afanaba por rescatarlo de los enemigos, estando dispuesto a abonar a cuenta de él un precio en concepto de rescate que alcanzara los trescientos talentos. Y por este motivo llevaba consigo al propio hijo de Fasael, de siete años de edad, para entregarlo a los árabes como garantía. Pero le salieron al encuentro unos emisarios enviados por Malco, por quienes le ordenó que se diera la vuelta, y ello porque, según decía, los partos le habían comunicado que no recibiera a Herodes, aunque ello no era más que un simple pretexto que él utilizaba para no pagar sus deudas[176], puesto que los propios mandos árabes lo incitaban a ello, con objeto de quedarse con los depósitos que habían tenido la suerte de recibir de Antípatro. En vista de ello, Herodes les respondió que no iba a visitarlos en modo alguno para causarles molestias, sino únicamente para tratar de unos asuntos que le afectaban muy seriamente.

374. *Herodes llega a Alejandría.* 2. A continuación, como optara por darse la vuelta, siguió muy prudentemente rumbo a Egipto[177]. Y aquel día se alojó en un santuario (puesto que en él había dejado a un séquito muy numeroso) y al día siguiente, al llegar a Rinocorura[178], se enteró allí de lo que le había ocurrido a su hermano. Y Malco, aunque cambió de parecer y corrió en pos de Herodes, no consiguió nada más que eso, puesto que aquél se encontraba ya sumamente lejos, apresurándose en su marcha rumbo a Pelusio. Y como a su llegada unas naves que estaban ancladas allí le impidieran navegar a Alejandría, visitó a las autoridades. Luego, escoltado por ellas hasta la referida ciudad con respeto y suma deferencia, fue retenido por Cleopatra. No obstante, pese a que pretendió persuadirlo a que se quedara, no lo logró, puesto que tenía prisa por llegar a Roma a pesar de que había fuer-

[175] Cf. cap. 372.
[176] Cf. cap. 81.
[177] Cf. *BJ.* 1, 277 y ss.
[178] La actual *el-'Arîš* en los límites de Palestina y Egipto. Cf. *AJ.* 13, 395.

te temporal en la mar y se anunciaba que Italia estaba sumida en la inquietud y la zozobra[179].

377. *Herodes recibe ayuda de sus amigos de Roma.* 3. Así, pues, tras hacerse a la mar desde allí rumbo a Panfilia y ser sorprendido por un violento temporal, a duras penas logró llegar sano y salvo a Rodas, después de haber sido arrojado a la mar el cargamento. Allí se encontraron con él dos amigos, Sapino y Ptolemeo. Y al encontrar la ciudad maltratada por la guerra contra Casio, no dudó otorgarle beneficios pese a encontrarse él en situación tan apurada, sino que la restableció más allá de sus propias posibilidades. Luego, después de construir una trirreme y hacerse a la mar desde allí con sus amigos rumbo a Italia, arribó a Brindisi. Y como desde allí hubiera llegado a Roma, fue Antonio el primero a quien dio cuenta de la situación en que se encontraban sus intereses en Judea, y concretamente de cómo su hermano Fasael había perecido a manos de los partos una vez apresado e Hircano era mantenido prisionero por ellos, y cómo habían repuesto ellos a Antígono como rey, tras haberles prometido entregar dinero por importe de mil talentos y quinientas mujeres, las que habían de pertenecer a la clase principal y a la propia familia de él y de su hermano, así como de que él las había sacado y llevado de noche, tarea en la que había evitado caer en manos de los enemigos tras soportar múltiples penalidades. A continuación le comunicó que corrían todavía serios peligros sus familiares, al encontrarse sitiados, y, asimismo, que no sólo se había hecho a la mar en medio del temporal, sino también que no había hecho caso de penalidad alguna en su afán de alcanzar a Antonio, quien era su única esperanza y ayuda.

381. *Antonio y Octavio prometen ayudar a Herodes.* 4. A Antonio le entró pena por el revés sufrido por Herodes, y, por ello, tras hacerse la reflexión común relativa a las personalidades que han alcanzado un rango tan alto cómo también ellas están sometidas a los vaivenes de la fortuna, estaba totalmente decidido a prestar su ayuda a Herodes en las peticiones que éste le formuló,

[179] Tal vez se refiera a la guerra Perusina, ocurrida en 41-40 a. C., entre Octavio y Lucio Antonio, hermano de Antonio (Riccioto en su nota a *BJ.* 1, 279).

y ello, en parte, por recuerdo de la hospitalidad que le había brindado Antípatro[180], y, en parte, influido por el dinero que Herodes había prometido entregarle si llegaba a rey, como ya antes le había entregado cuando había sido nombrado tetrarca[181], pero mucho más por odio a Antígono (a quien suponía subversivo y hostil a los romanos)[182]. Y asimismo también el César estaba bastante dispuesto a aceptar la petición de Herodes y a colaborar en lo que aquél quería, no sólo por la ayuda que Antípatro había prestado a su padre[183] en la campaña de Egipto y por la hospitalidad y afecto que aquél le había dispensado en todas las ocasiones, sino también por halagar al propio Antonio, que estaba sumamente interesado en ayudar a Herodes. Y, así, Mesala y con él Atratino, tras reunir al Senado y colocar a su lado a Herodes, pasaron revista a los beneficios que su padre había prestado al pueblo romano y recordaron el afecto que el propio Herodes tenía a los romanos, a la vez que acusaban y tildaban de hostil a Antígono, no únicamente en razón de haber chocado anteriormente con ellos[184], sino sobre todo porque se había hecho con el poder con ayuda de los partos, despreciando a los romanos. Y cuando los senadores se encontraban ya con los ánimos exacerbados, Antonio, tras subir al estrado, les informó de que con vistas a la propia guerra contra los partos convenía que Herodes se convirtiera en rey. Y como todos ellos lo decidieran así, dictaron un decreto en este sentido[185].

386. *Honores concedidos a Herodes por las autoridades romanas.* 5. Y lo más importante de la ayuda prestada por Antonio a Herodes fue que no sólo le consiguió el trono, cosa que él no esperaba (puesto que no había subido a Roma para pedirlo para sí mismo, por cuanto que no se imaginaba que se lo fueran a conceder los romanos, por su costumbre de entregarlo a los de la familia, sino que había subido a solicitar su concesión para el

[180] Cf. cap. 326, y *BJ.* 1, 282 y ss.
[181] Cf. caps. 326-327.
[182] Al aliarse con los partos. Cf. cap. 384.
[183] A Julio César. Cf. caps. 127-142, y *BJ.* 1, 187 y ss.
[184] Cf. cap. 125 y ss.
[185] Cf. *BJ.* 1, 284; Estrabón 16, 765; Apiano, *Bell. Civ.* 5, 75, y Tácito, *Hist.* 5, 9.

hermano[186] de su mujer, en quien se daba la circunstancia de ser nieto de Aristobulo, por parte de padre, y de Hircano, por parte de madre), sino también que le ofreció la posibilidad de partir de Italia después de haber obtenido en tan sólo siete días, todo un récord, lo que ni siquiera se esperaba. Y una vez levantada la sesión del Senado, Antonio y el César, llevando a Herodes en medio y precedidos de los cónsules y restantes autoridades, se dirigieron a ofrecer un sacrificio y a depositar el decreto en el Capitolio. Y fue Antonio quien honró a Herodes con un banquete el primer día de su reinado. Así fue como él obtuvo el trono, habiéndolo alcanzado en la Olimpiada ciento ochenta y cuatro[187], cuando eran cónsules Cneo Domicio Calvino, éste por segunda vez, y Cayo Asinio Polión.

390. *José, hermano de Herodes, defiende con éxito la fortaleza de Masada.* 6. Pero durante todo este tiempo Antígono sitiaba a los refugiados en la fortaleza de Masada, quienes contaban con todos los demás elementos necesarios y sólo andaban escasos de agua[188], hasta el punto de que por este motivo José, el hermano de Herodes, había planeado escapar con doscientos de los suyos a Arabia, puesto que había llegado a sus oídos la noticia de que Malco se había arrepentido de la iniquidad cometida contra Herodes[189]. Pero lo contuvo de hacerlo el agua que durante la noche cayó del cielo, puesto que, al llenarse de agua las cisternas, ya no necesitaban huir, sino que todos ellos, animados ya incluso más de lo que correspondía al contar en abundancia con aquello de lo que antes carecían, convencidos de que ello respondía a la protección que Dios les brindaba, efectuaban salidas impetuosas, y trabando combate con las huestes de Antígono, contra unas de ellas abiertamente y contra otras a escondidas, aniquilaron a un elevado número de sus hombres. En esto, Ventidio, el general romano enviado desde Siria con la misión de reprimir a los partos, invadió Judea en pos de ellos, aparentemente para llevar ayuda militar a José, aun-

[186] Cf. cap. 353, y *AJ.* 15, 23, 25, 29, 34, 41, 51-56, 64 y ss., 247 y ss., y *BJ.* 1, 437. Se trata de Aristobulo, llamado también Jonatán, hijo de Alejandro y de Alejandra.

[187] Correspondiente al año 40 a. C.

[188] Cf. cap. 362.

[189] Cf. caps. 370-375, y *BJ.* 1, 286.

que en realidad todo ello no era sino una estratagema urdida por él para recibir dinero de Antígono. Y, efectivamente, tras fijar su campamento al pie mismo de Jerusalén, obtuvo de Antígono el dinero que consideró suficiente. Tras ello regresó con la mayor parte de sus fuerzas, aunque para evitar que tal percepción pudiera ser descubierta flagrantemente dejó allí con un reducido grupo de soldados a Silón. También a éste lo mimaba Antígono, para que no entorpeciera en absoluto sus movimientos, puesto que esperaba que los partos volvieran a prestarle su ayuda.

394. *Victoria de Herodes, apoyado por los romanos.* 15. 1. Herodes, por su parte, una vez que hubo desembarcado en Ptolemaide, procedente de Italia, y hubo reunido no pocas fuerzas, integradas por igual tanto por mercenarios extranjeros como por compatriotas suyos, marchó por Galilea contra Antígono[190]. Y le prestaban ayuda Silón y Ventidio, una vez que fueron convencidos por Delio a que ayudaran a Herodes a reponerlo en el poder, siendo Delio quien había sido enviado por Antonio con esa misión. Pues bien, Ventidio estaba ocupado en calmar los disturbios que se habían originado en las ciudades a causa de los partos, mientras Silón se encontraba en Judea, tras haber sido sobornado por Antígono con dinero. Pese a ello, las fuerzas expedicionarias de Herodes crecían día tras día a medida que avanzaba, tanto que se le sumó Galilea entera salvo unos pocos. Pero para sus pretensiones de llegar cuanto antes junto a los sitiados en Masada (puesto que constituía para él una necesidad inaplazable salvar a los familiares que se hallaban sitiados en aquella fortaleza) representaba un impedimento la ciudad de Jopa, ya que, al serle hostil, le convenía tomarla cuanto antes, para que a espaldas de él no les quedara a los enemigos refugio alguno, según avanzaba él rumbo a Jerusalén. Y Silón utilizó esto como pretexto para levantar el campamento y marcharse[191], y como los judíos salieran en su persecución, Herodes, acompañado por unas pocas tropas, cargó contra los judíos y los obligó a darse la vuelta, con lo que salvó a Silón, quien se defendía de ellos malamente, y tras tomar Jopa, corrió a salvar a los familiares de Masada. Y sus paisanos se pasaban a él, unos a causa de la amistad con su padre, otros por la fama del propio Herodes, los de más allá en

[190] Cf. *BJ.* 1, 290 y ss.
[191] Cf. cap. 393.

pago a los beneficios obtenidos de ambos, y los más por las esperanzas que tenían ya depositadas en él por considerarlo un rey de plena solvencia.

399. *Herodes y Silón sitian a Antígono en Jerusalén.* 2. Pues bien, las fuerzas que Herodes había logrado reunir eran abrumadoras, y, aunque Antígono ocupaba, tendiéndole emboscadas y apostando hombres, los lugares estratégicos de los pasos que él debía recorrer en su avance, con ello no causó a los enemigos absolutamente daño alguno o sumamente poco. Herodes, por su parte, una vez que hubo recuperado a sus familiares de Masada y tomado la fortaleza de Oresa[192], marchó contra Jerusalén, donde se le unió el ejército de Silón y un elevado número de habitantes de la ciudad, asustados de su potencial. Y como hubiera fijado el campamento en el lado occidental de la ciudad, los soldados de guardia que estaban destacados en esa parte disparaban contra ellos venablos y flechas, y los hubo que, irrumpiendo en grupos compactos, llegaron a una lucha cuerpo a cuerpo contra los hombres de Herodes situados en vanguardia. Y Herodes ordenó primeramente a su heraldo que anunciara en alta voz, recorriendo la muralla, que había llegado no sólo con vistas a favorecer al pueblo, sino también en busca de la salvación de la ciudad, sin la mas mínima intención de exigirles cuentas a sus enemigos declarados por los crímenes cometidos, sino dispuesto a ofrecer incluso a sus mayores contrincantes perdón por las faltas cometidas contra él. Antígono, en cambio, en contra de las proclamas de Herodes decía tanto a Silón como al ejército romano que obraban injustamente cuando pretendían entregar el trono a Herodes por ser no sólo un simple particular, sino además idumeo, esto es, judío a medias, cuando debían ofrecerlo a los miembros de la familia real, como era su costumbre. Puesto que, según él continuaba diciéndoles, si en el momento presente estaban irritados con él y habían tomado la determinación de quitarle el trono por haberlo recibido con la ayuda de los partos, había muchos de su familia que cumplían los requisitos legales para recibir el trono, quienes, al no haber cometido falta alguna contra los romanos y ser sacerdotes, sufrirían un trato inmerecido si eran privados de esa dignidad[193]. Estos eran los alegatos que pro-

[192] Cf. cap. 361.

[193] Está pensando en el pequeño Aristobulo (también llamado Jonatán), hermano de Mariame, prometida del propio Herodes. Cf. caps. 386-387.

nunciaban el uno contra el otro, llegando incluso al insulto. Tras lo cual Antígono dio permiso a los suyos para que rechazaran a los enemigos de la muralla. Entonces las fuerzas de Antígono dispararon contra ellos sus arcos y, actuando con gran coraje, los obligaron fácilmente a darse la vuelta y alejarse de las torres.

406. *Informalidad de Silón.* 3. Entonces también Silón puso al descubierto que había sido sobornado[194]. En efecto, incitó a un número no pequeño de sus propios soldados a que criticaran a grito pelado la escasez de provisiones y pidieran dinero para su manutención y, asimismo, que los sacara de allí y los llevara a pasar el invierno en lugares idóneos, dado que los situados alrededor de la ciudad de Jerusalén estaban desiertos por haber sido saqueados por los soldados de Antígono. Silón, en fin, empezó a levantar el campamento e intentó retirarse[195]. Pero Herodes insistía en rogar tanto a los mandos como a los soldados de Silón que no lo abandonaran, puesto que el César y Antonio así como el Senado se habían volcado en impulsarlo a esta empresa, ya que, según continuaba diciéndoles, él les procuraría abundancia de provisiones y les proporcionaría fácilmente y sin tasa los recursos que solicitaban. Y como inmediatamente, tras serle formulada esa petición, saliera él al campo, ya no dejó a Silón pretexto alguno para la retirada, puesto que trajo una cantidad de provisiones como nadie hubiera imaginado. Y además encargó a las gentes de la zona de Samaria que tenían amistad con él que le bajaran a Jericó trigo, vino, aceite, ganado y todo lo demás, a fin de que no faltara a los soldados en los días sucesivos el suministro de provisiones. Pero estos hechos no pasaron inadvertidos a Antígono, sino que, lejos de ello, envió por el campo a mandos militares con la misión de tender emboscadas a los encargados de traer las provisiones y así impedirles el éxito de la operación. Y, efectivamente, los referidos mandos obedecieron las órdenes de Antígono y así, tras concentrar en los alrededores de Jericó abundancia de soldados armados, aguardaban apostados en la cima de las montañas a los que llevaban las provisiones. Pero tampoco Herodes se estaba de brazos cruzados ante estas operaciones, sino que, tras tomar consigo diez cohortes, cinco de ellas romanas y otras cinco judías, y

[194] Por Antígono. Cf. caps. 395 y 412.
[195] Cf. *BJ.* 1, 297 y ss.

mezclados con ellas mercenarios, a los que hay que sumar unos pocos jinetes, se presentó en Jericó. Y después de ocupar la ciudad, que había sido abandonada, y de hacer prisioneras a quinientas personas, incluidas esposas y descendencia, que habían ocupado los picos de las montañas, las dejó en libertad, mientras que los romanos, irrumpiendo en la ciudad, la saquearon, al encontrar las casas repletas de todo tipo de tesoros. Tras ello, el rey volvió a Jerusalén, después de dejar una guarnición para la defensa de Jericó. Y, al llegar allí, dejó que el ejército romano marchara a pasar el invierno en los territorios adyacentes de Idumea, Galilea y Samaria. Pero también Antígono consiguió de Silón en pago al dinero recibido la posibilidad de acoger una parte de su ejército en Lida, al tiempo que cortejaba a Antonio. Y los romanos vivían en la opulencia, libres de las armas[196].

413. *Conquistas de Herodes en Galilea.* 4 . Herodes, en cambio, no aceptaba permanecer quieto, sino que, lejos de ello, envió a su hermano José a Idumea con dos mil hoplitas y cuatrocientos jinetes, mientras él, después de llegar a Samaria y dejar allí a su madre y a los otros familiares, que habían salido ya de Masada, marchó a Galilea para tomar alguna de las plazas ocupadas por Antígono con guarniciones[197]. Y, así, llegó por fin a Séforis en medio de una nevada que caía del cielo, y al escapar las guarniciones de Antígono, se encontró allí con provisiones sin tasa. Luego, como algunos bandoleros habitaran en cuevas, envió desde allí una columna de caballería y tres secciones de soldados de infantería, decidido a poner coto a sus fechorías. Y estas cuevas estaban sumamente cerca de una aldea de nombre Arbela[198]. Y a los cuarenta días llegó él con la totalidad del ejército. Y como los enemigos hubieran efectuado una salida temeraria, cedió el flanco izquierdo de sus tropas, pero apareciendo él allí con un grupo de soldados bien compacto puso en fuga a los que desde hacía tiempo vencían, y consiguió que volvieran los que huían. Pero él insistió en su persecución de los enemigos hasta el río Jordán, quienes huían cada grupo de ellos por un camino distinto. Con ello se atrajo la lealtad de toda Galilea a excepción de los que habitaban en

---

[196] En el invierno del año 39-38 a. C. (Marcus).
[197] Cf. *BJ.* 1, 303 y ss.
[198] La actual *Khirbet Irbîd.* Cf. *AJ.* 12, 421, y *Vida,* 1, 88.

las cuevas[199], y tras ello procedió a repartir el dinero, dando a cada uno de los soldados ciento cincuenta dracmas y a los mandos mucho más. Luego envió el ejército a los cuarteles de invierno. En esto llegaron a él Silón y los mandos de las fuerzas asentadas en los cuarteles de invierno, al negarse Antígono a proporcionarle la manutención, puesto que este hombre los mantuvo durante un mes, no más, y luego, en lugar de continuar alimentándolos, envió incluso emisarios a las poblaciones de la zona para ordenarles que saquearan la región y huyeran a las montañas, con objeto de que los romanos, al no disponer de provisión alguna, perecieran de hambre. Pero Herodes confió a Feroras, el más joven de sus hermanos, cuidar de esto, ordenándole que reconstruyera incluso las murallas de Alejandreo. Y Feroras rápidamente dotó a los soldados de suma abundancia de provisiones y refundó Alejandreo[200], devastado anteriormente.

420. *Cómo aniquiló Herodes a los bandoleros de las cuevas.* 5. Por estas mismas fechas Antonio moraba en Atenas[201], mientras Ventidio, que se encontraba en Siria, llamó a Silón para marchar contra los partos, aunque le encargó que primero colaborara con Herodes en la guerra que éste llevaba y que después convocara a los aliados a que acudieran a la guerra que el propio Ventidio proyectaba[202]. Y Herodes, a quien le urgía marchar contra los bandoleros de las cuevas, envió a Silón junto a Ventidio, mientras él corrió contra aquéllos. Las cuevas se encontraban en el interior de unas montañas sumamente abruptas, provistas de unos accesos escarpados por la misma mitad y rodeadas por rocas puntiagudas. Justo en éstas tenían su guarida los bandoleros con sus familias. Pero el rey, luego de construir contra ellos arcones, los descolgó atados con cadenas de hierro por medio de un artilugio desde la cima de la montaña, habida cuenta de que a causa de lo afilado de la misma los soldados ni podían subir desde abajo hasta las cuevas, ni bajar desde arriba. Los arcones estaban repletos de soldados provistos de grandes ganchos, con los que habían de atraer a los bandoleros

[199] Cf. cap. 421.

[200] Cf. cap. 92. Cf. también *BJ.* 1, 308.

[201] Antonio y su esposa Octavia vivieron en Atenas dos años, desde el 39 a. C.

[202] Cf. *BJ.* 1, 309 y ss.

que les hicieran frente y matarlos, al ser despeñados. Pues bien, la bajada de los arcones resultaba peligrosa, al producirse a una profundidad infinita. En su interior, sin embargo, había también provisiones para los soldados que bajaban en ellos. Y cuando los arcones fueron descolgados y ninguno de los bandoleros que se encontraba a la boca de las cuevas se atrevía a salir, sino que, lejos de ello, estaban quietos de puro miedo, uno de los hombres portadores de las armas, ciñéndose el puñal y agarrándose con ambas manos a la cadena de la que colgaba el arcón, bajó a la boca de la cueva, molesto con la tardanza producida por aquéllos, que no se atrevían a salir contra ellos. Y plantándose en la boca de la cueva, primero con venablos obligó a retirarse hacia atrás a la mayoría de los que estaban en la boca, y luego, atrayendo hacia sí con el gancho a los que se resistían, los empujó precipicio abajo. Tras ello, luego de irrumpir contra los de dentro, degolló a un gran número de ellos. A continuación entró en el arcón y descansaba allí. Y el temor se apoderó de los otros bandoleros al oir los lamentos de los que caían al fondo, y renunciaron a toda esperanza de salvación. Ahora bien, la noche que se echó encima suspendió la culminación de la operación. Y fueron muchos los bandoleros que, después de parlamentar con él y de aceptar éste, se rindieron y se sometieron. Y los soldados de Herodes también al día siguiente actuaron de la misma manera, siendo todavía más los que metidos en las cajas cargaban contra los bandoleros, los atacaban a la entrada de las cuevas y les arrojaban teas incendiarias, con lo que las cavernas se prendían, dado que en ellas había mucha leña. Pero cierto anciano, que estaba bloqueado dentro de la cueva con sus siete hijos y su mujer, cuando éstos le pidieron que los dejara salir para entregarse a los enemigos, se situó en la boca, y así, degollaba al muchacho que salía fuera, cosa que hacían uno tras otro, hasta que acabó con todos, y a continuación hizo lo mismo con su mujer, tras lo cual, luego de arrojar los cadáveres contra el fondo del precipicio, se arrojó él mismo, prefiriendo la muerte a la esclavitud. Pero primero tachó reiteradamente a Herodes de vil, y eso que el rey (pues los hechos ocurrían a la vista de él) le tendía una mano y le ofrecía toda suerte de seguridad. Consecuentemente, las cuevas, una vez ocurrido esto, quedaron ya todas sometidas.

431. *Más victorias de Herodes en Galilea.* 6. Y el rey, tras designar a Ptolemeo comandante en jefe de las fuerzas que opera-

ban allí, marchó a Samaria con seiscientos jinetes y tres mil soldados de infantería, dispuesto a medirse con Antígono en combate[203]. Pero a Ptolemeo no le salió bien el mando, sino que, lejos de ello, como cayeran sobre él los mismos que ya antes habían conturbado la paz de Galilea, acabaron con su vida, y luego, tras haber cometido este crimen, se refugiaron tanto en las marismas como en terrenos inaccesibles, al tiempo que sometían a pillaje y saqueo toda aquella región. Pero Herodes se vengó de ellos cuando volvió. En efecto, aniquiló a algunos de los rebeldes, y a los que se refugiaron en plazas fuertes, tras rendirlos mediante el asedio, los mató y arrasó sus baluartes. Y luego de poner fin de esta manera a aquel movimiento subversivo, impuso a las propias ciudades una multa de cien talentos.

434. *Sospechosa actitud del general romano Maqueras.* 7. Y como en este medio tiempo hubiera caído en combate Pácoro y los partos hubieran sufrido un desastre[204], Ventidio envió en ayuda de Herodes a Maqueras con dos legiones y mil soldados de caballería, a instancias de Antonio[205]. Pues bien, Maqueras, como ante la llamada de Antígono se dejara sobornar por dinero, en contra del parecer de Herodes partió con ánimo de observar la situación en que se encontraba aquél. Pero Antígono, al sospechar de las verdaderas intenciones de su llegada, ni siquiera le abrió las puertas de la ciudad, sino que, lejos de ello, lo obligó a alejarse disparándole con hondas y con ello reveló su propio propósito. Y Maqueras, al darse cuenta de que Herodes le había aconsejado lo mejor y de que él mismo había cometido un tremendo error al hacer caso omiso de su consejo, se retiró a la ciudad de Emaús, durante cuyo recorrido degolló a todos los judíos que encontraba al paso, tanto enemigos como amigos, irritado por el revés sufrido. Y el rey, exacerbado por este proceder, puso rumbo a Samaria, puesto que había decidido visitar a Antonio para exponerle este asunto, ya que, según Herodes decía, no necesitaba en modo alguno unos aliados de esta calaña, sino que se bastaba él solo para derribar a Antígono. Y a consecuencia de esta decisión Maqueras le pidió que se quedara y, en

[203] Cf. *BJ.* 1, 431 y ss.

[204] Batalla que tuvo lugar en junio del año 38 a. C., en Giudaro, perteneciente al distrito sirio de Cirréstica. Cf. también *BJ.* 1, 317y ss.

[205] Que ahora, en el año 38 a. C., se encontraba en Siria.

todo caso, si estaba tan decidido a ir, que dejara con ellos, para continuar la guerra contra Antígono, a su hermano José al menos. Y Herodes se reconcilió con él ante las reiteradas solicitudes de Maqueras, tras lo cual dejó allí a José con el ejército, pero advirtiéndole que no acometiera ninguna acción arriesgada ni discutiera con Maqueras.

439. *Hazañas de Herodes en favor de Antonio.* 8. Y él corrió en apoyo de Antonio (quien se encontraba sitiando Samosata, la plaza situada a orillas del Eúfrates), acompañado de los soldados de caballería y los de infantería que habían venido a luchar a su lado[206]. Y al llegar a Antioquía y encontrarse allí con numerosos hombres concentrados que se esforzaban por llegar junto a Antonio, pero que por miedo no se atrevían a proseguir la marcha a causa de que a su paso los bárbaros los atacaban y mataban a muchos de ellos, los reanimó y se puso él al frente de la marcha. Y a falta de dos jornadas para alcanzar Samosata los bárbaros tendieron allí una emboscada a los hombres que marchaban para unirse con Antonio. En efecto, al haber en la zona bosques que cubrían las entradas en el llano, apostaron allí al acecho un número no pequeño de jinetes con el encargo de estarse quietos hasta que los transeúntes hubieran llegado hasta los campos donde la caballería podía operar. Y como hubieran pasado ya los primeros y Herodes ocupara la retaguardia, entonces de repente cayeron sobre ellos los que se encontraban al acecho, en número de quinientos. Y cuando aquéllos habían puesto en fuga a los que iban en cabeza, al acudir en su ayuda el rey con el ímpetu que lo caracterizaba repelió inmediatamente a los enemigos, al tiempo que levantó el ánimo de los suyos y les devolvió la confianza, hasta tal punto que, al darse la vuelta los que antes huían y ponerse a combatir, los bárbaros eran matados a diestro y siniestro. También el rey los acosaba sin parar de matar y, después de haber recuperado todo lo que les había sido arrebatado (constituido por un elevado número de acémilas y esclavos), siguió camino adelante. Y, como los atacaran todavía más enemigos apostados en los bosques que se encontraban cerca de la salida al llano, también con éstos trabó combate él, acompañado de un grupo de soldados compacto, poniéndolos en fuga, y tras

[206] Cf. cap. 206.

matar a muchos de ellos ofreció segura la marcha a las tropas que le seguían, mientras ellas gritaban llamándolo salvador y protector.

445. *Antonio da la bienvenida a Herodes en Samosata.* 9. Una vez que Herodes se encontraba cerca de Samosata, Antonio condujo a su encuentro al ejército acompañado de los oficiales a su servicio, otorgándole a Herodes este honor y también para procurarle socorro, puesto que a sus oídos había llegado la noticia del ataque llevado a cabo por los bárbaros contra ellos. Y Antonio vio con agrado su llegada, y en este sentido, tras informarse de las operaciones realizadas por él durante la marcha, acogía con satisfacción y admiración su valentía. Luego, al verlo Antonio con sus propios ojos y abrazarlo, lo saludó y lo distinguió con honores especiales, habida cuenta de que lo había designado recientemente rey[207]. Y, tras entregar Antíoco[208] no mucho después la fortaleza y con ello acabando la guerra, Antonio puso el gobierno de Siria en manos de Sosio[209] mientras él, después de ordenarle que prestara ayuda militar a Herodes, puso rumbo a Egipto. Y Sosio envió por delante a Judea dos legiones en ayuda de Herodes, mientras él seguía detrás con el grueso del ejército.

448. *José muere en una batalla acaecida cerca de Jericó.* 10. Pero se da la circunstancia de que José había muerto ya en Judea de la siguiente manera. José echó al olvido las instrucciones[210] que le había dado su hermano en el momento de partir para reunirse con Antonio y, así, como hubiera acampado en lo alto de las montañas (puesto que, al haberle entregado Maqueras cinco cohortes, aceleraba la marcha rumbo a Jericó, deseoso de arrebatar la cosecha de trigo a sus habitantes) y se diera la circunstancia de que las tropas romanas estaban integradas por soldados reclutados recientemente, por lo que eran inexpertos en guerras (y es que incluso los reclutas eran en su mayor parte de Siria), los enemigos aprovecharon para atacarle allí. Y al encontrarse en lugares abruptos con

---

[207] Cf. cap. 386.

[208] Antíoco, rey de Comagene. Cf. cap. 439, y *BJ.* 1, 322. Cf. Plutarco, *Ant.* 34.

[209] Cayo Sosio, cuestor de Antonio hacia el 40 a. C. Nombrado legado de Siria y Cilicia en el 38, tomó Jerusalén en interés de Herodes el año 37 a. C.

[210] Cf. cap. 438, y también *BJ.* 1, 323 y ss.

la retirada cortada, no sólo murió él en bravo combate, sino que también perdió la totalidad del ejército, puesto que perecieron seis cohortes. Y Antígono, luego de apoderarse de los cadáveres, cortó la cabeza de José[211], que luego rescató su hermano Feroras por cincuenta talentos. Y tras esto los galileos, luego de rebelarse contra los personajes influyentes de su pueblo, arrojaron al lago[212] a los partidarios de Herodes, y la revolución se extendió por gran parte de Judea.

451. *Herodes corre a Jericó para vengar la muerte de José.* 11. Y fueron al encuentro del rey para referirle lo ocurrido unos mensajeros, quienes en Dafne de Antioquía le dieron cuenta del percance de su hermano, aunque ya él se lo esperaba por ciertas visiones tenidas en sueños que le advirtieron claramente la muerte de su hermano[213]. Acelerando él, así pues, la marcha, cuando llegó al Líbano agregó a sus fuerzas ochocientos hombres de allí y, haciéndose también con una legión romana, llegó a Ptolemaide, y desde allí, levantándose todavía de noche, avanzó con el ejército por territorio de Galilea. Y los enemigos le salieron al encuentro, pero, vencidos en combate, se vieron forzados a encerrarse en la plaza de la que habían partido la víspera. Y seguidamente, al amanecer, Herodes llevó a cabo ataques contra ella, pero al no conseguir resultado alguno a causa de una tremenda tormenta que estalló, se llevó el ejército a las aldeas próximas. Pero al llegarle de parte de Antonio una segunda legión más, los que ocupaban la plaza la abandonaron de noche, aterrorizados. Tras ello el rey se apresuró en su marcha hacia Jericó, con la intención de vengar en sus habitantes la muerte de su hermano. Y una vez que acampó en determinado lugar, invitó a un banquete a las autoridades y, después de la fiesta, pasó a su habitación, tras despedir a los asistentes. Por lo que aquí pasó cualquiera podría ver el afecto con que Dios trataba al rey. En efecto, se derrumbó el techo del refectorio sin que cogiera a nadie y lo matara, de suerte que todo el mundo creyó que Herodes era amado por Dios, al haber escapado ileso de un peligro tan grande e inesperado.

---

[211] Cf. *BJ.* 1, 325.

[212] Lago de Genesaret, también conocido por el nombre de mar de Galilea y mar de Tiberíades.

[213] Cf. *BJ.* 1, 328 y ss.

456. *Las fuerzas de Antígono son derrotadas por Herodes en Jericó.* 12. Y al día siguiente seis mil soldados enemigos que bajaron de las cumbres de las montañas dispuestos al combate aterrorizaron a los romanos. En efecto, las fuerzas enemigas ligeramente armadas, tras acercarse a los soldados de Herodes, alcanzaban con los venablos y las piedras disparadas a las fuerzas del rey, que acababan de salir del campamento[214], y uno alcanzó al propio rey en el costado con un venablo. Antígono, por su parte, envió contra Samaria a un general de nombre Papo, acompañado de algunas fuerzas, deseoso de dar a los enemigos la impresión de que llevaba la guerra con medios sobrantes, aunque él continuaba asediando al general Maqueras. Herodes, por su parte, una vez que hubo ocupado cinco ciudades, mató a los hombres hechos prisioneros en ellas, que sumaban en torno a los dos mil, y, tras hacer pasto de las llamas a las propias ciudades, volvió contra Papo, quien estaba acampado cerca de una aldea de nombre Isana. Y fueron numerosos los que corrieron a unirse a Herodes de Jericó y del resto de Judea[215]. Luego, cuando él llegó cerca de donde se encontraban los enemigos y éstos saltaron contra los suyos con arrojo, los venció en la batalla que trabó con ellos, y los persiguió hasta el interior de la aldea citada, sin parar de matar a los fugitivos, en venganza por la muerte de su hermano. Y al llenarse las viviendas de soldados enemigos y muchos de ellos refugiarse en los tejados, se apoderó de ellos, y al derribar los techos de las casas, observó que los bajos estaban repletos de soldados acorralados. Así pues, al alcanzarlos a éstos con piedras arrojadas desde arriba, los aniquilaban a montones, uno tras otro. Y este fue el espectáculo más terrible visto en esta guerra: el de unos cadáveres, en número infinito, que yacían amontonados unos sobre otros dentro de las paredes. Este fue el hecho que más quebró los ánimos de los enemigos que estaban al acecho del resultado, puesto que había infinidad de ellos, venidos de muy lejos y concentrados en torno a la ciudad, quienes entonces, al ver lo ocurrido, huyeron. Y si no lo hubiera impedido una violenta tormenta, el ejército del rey con la confianza conseguida por haber vencido habría llegado a la misma Jerusalén, y con ello habría culminado toda la operación, puesto que el propio Antígono examinaba ya la posibilidad definitiva de la huida y abandono de la ciudad.

---

[214] Cf. *BJ.* 1, 332.
[215] Cf. *BJ.* 1, 335-339.

462. *Herodes escapa milagrosamente a la muerte.* 13. Entonces, como es natural, el rey mandó a los soldados que cenaran, puesto que ya era tarde, mientras él (pues estaba cansado) entró en una casa a darse un baño. Allí precisamente corrió él un peligro grandísimo, del que logró escapar gracias a la Divina Providencia[216]. En efecto, cuando se encontraba desnudo y bañándose en la habitación interior acompañado de un solo esclavo que le ayudaba, resulta que en la misma casa había un grupo de soldados enemigos armados, que se habían refugiado allí por miedo. Y mientras se bañaba, escapó el primero con la espada desenvainada y salió por la puerta, y a continuación de él un segundo y un tercero igualmente armados, sin causar al rey el más mínimo daño que el susto, y contentos ellos de poder seguir su camino sin sufrir daño alguno. Y al día siguiente Herodes, tras cortar la cabeza de Papo (pues había sido aniquilado[217] anteriormente) se la envió a Feroras en represalia por lo que le había pasado a su hermano, puesto que había sido Papo el asesino de aquél[218].

465. *Herodes interrumpe el sitio de Jerusalén para casarse.* 14. Tras llevarse de allí sus fuerzas una vez que hubo cesado la tormenta, llegó cerca de Jerusalén y acampó al pie de la ciudad[219]. Y aquel año se cumplió el tercer aniversario de su nombramiento en Roma como rey[220]. Posteriormente levantó el campamento y, llegando cerca de la muralla, acampó delante del Templo frente a la parte más vulnerable de aquélla, decidido a atacarla por donde ya anteriormente lo había hecho Pompeyo[221]. Y tras repartir el espacio en tres terraplenes, levantó torres, no sólo utilizando numerosos brazos en la obra, sino también talando los bosques de los alrededores. Y después de dedicar a las obras los hombres idóneos, él, mientras el ejército estaba todavía consagrado al asedio, marchó a Samaria[222] a contraer matrimonio, para tomar como esposa a la hija de Alejandro, el hijo de Aristobulo, con la que estaba prometido, como he dicho antes[223].

---

[216] Cf. *BJ.* 1, 340 y ss.

[217] En el enfrentamiento, según *BJ.* 1, 342.

[218] Pero cf. cap. 450.

[219] Cf. *BJ.* 1, 343 y ss.

[220] Nos encontramos en el año 37 a. C. y había sido nombrado rey el año 40 a. C.

[221] Cf. cap. 60 y ss.

[222] Cf. cap. 413.

[223] Cf. cap. 300.

468. *Sosio y Herodes unen sus fuerzas.* 16. 1. Tras la boda, Sosio cruzó Fenicia, después de enviar sus fuerzas por delante atravesando el interior, y marchó también su general[224], con una multitud de soldados tanto de caballería como de infantería. Y se presentó también el rey procedente de Samaria, sumando al antiguo un nuevo ejército no pequeño, puesto que ascendía a treinta mil hombres. Todos se concentraron frente a la muralla de Jerusalén y fueron a situarse en la parte norte de la ciudad[225], estando compuesto el ejército por once cuerpos de infantería, seis mil soldados de caballería y otras fuerzas de apoyo procedentes de Siria. Y los mandos supremos eran: Sosio, que había sido enviado por Antonio en su ayuda, y Herodes en nombre propio, dispuesto a arrebatar el poder a Antígono, declarado en Roma enemigo, y a sustituirlo él en el trono conforme al decreto del Senado[226].

470. *La religiosidad y bravura de los sitiados.* 2. Pero los judíos con suma pasión y decisión, habida cuenta de que estaba reunida allí la totalidad de la nación[227], se enfrentaban a las fuerzas de Herodes, encerrados dentro de la muralla. Y ellos hacían constantes invocaciones alrededor del Templo y animaban continuamente al pueblo, llevándolo al convencimiento de que Dios los libraría de aquellos peligros. Y, asimismo, arramblaron con los productos que había fuera de la ciudad, de suerte que no dejaron nada que pudiera constituir alimento bien para las personas, bien para las bestias de carga, puesto que, dedicándose a la rapiña en acciones secretas, produjeron la falta de víveres[228]. Pero Herodes, conocedor de esto, tendió emboscadas en los lugares más apropiados para ello, al tiempo que, enviando cuerpos de ejército de tierra en busca de provisiones, reunió víveres traídos de muy lejos, de tal manera que en un pequeño período de tiempo dispusieron de gran abundancia de recursos. Por otro lado, también los tres terraplenes cobraron altura fácilmente al trabajar continuamente numerosos brazos, puesto que era verano y para subirlos no había impedimento alguno, ni por el tiempo que hacía ni por los que trabajaban, quienes intentaban

[224] Texto probablemente corrompido.
[225] Cf. caps. 466 y 60 y ss.
[226] Cf. caps. 381-385.
[227] Cf. caps. 337-338.
[228] Cf. *BJ.* 1, 347 y ss., y 349 y ss.

derribar la muralla acercando las máquinas de guerra y recurriendo a toda suerte de medios. Con todo y con eso no asustaban a los de dentro, sino que, muy por el contrario, también ellos respondían a las argucias discurridas por los de Herodes con no pocas y, así, unas veces, saliendo a la carrera, incendiaban unas obras que estaban a medias y otras ya acabadas, y otras veces, llegando al cuerpo a cuerpo, no eran peores que los romanos en audacia, aunque en conocimientos técnicos les iban a la zaga. Y, asimismo, para contrarrestar a las máquinas de guerra construían ellos otras murallas cuando se desmoronaban las primeras edificaciones, y también, saliendo al encuentro de los enemigos por bajo tierra, se enfrentaban a ellos en las minas. Y, empleándose con desesperación más que con prudencia, se empecinaban en continuar la guerra hasta las últimas consecuencias, y eso que estaban asediados por un ejército numeroso y sufrían de hambre y escasez de provisiones, ya que era el año sabático cuando ocurría esto. Pues bien, los primeros en subir a lo alto de la muralla fueron veinte soldados de élite, y a continuación los capitanes de Sosio[229], ya que la primera muralla fue tomada a los cuarenta días y la segunda a los quince. Y fueron pasto de las llamas algunos de los pórticos situados alrededor del Templo, de cuyo incendio Herodes culpó a Antígono, tratando de concitar contra él el odio de los judíos. Pero una vez tomada la zona exterior del Templo y la parte baja de la ciudad, los judíos se refugiaron en el interior del Templo y en la parte alta de la ciudad, pero por miedo a que los romanos les impidieran cumplir con los sacrificios diarios celebrados en honor de Dios enviaron una embajada ante Herodes para rogarle que les permitiera introducir únicamente las víctimas. Y él se lo concedió, en la creencia de que se entregarían. Pero cuando observó que no hacían nada de lo que había imaginado, sino que resistían valerosamente, defendiendo el trono de Antígono, atacó y tomó por la fuerza la ciudad. E inmediatamente todos los lugares se pusieron a rebosar de muerte y destrucción, puesto que los romanos estaban irritados por la prolongación del sitio y el ejército judío de Herodes se afanaba por no dejar con vida a adversario alguno. Eran degollados en masa tanto en las calles como en las casas, adonde habían sido empujados, y en el Templo, en el que se habían refugiado. No hubo compasión hacia los niños pequeños ni hacia los ancianos, ni respeto a

[229] Cf. *BJ.* 1, 351 y ss.

la debilidad de las mujeres. Al contrario, pese a que el rey envió emisarios por todas partes invitando al perdón, nadie contuvo la mano, sino que como enloquecidos atacaban a las personas de cualquier edad. Entonces el propio Antígono, sin pararse a reflexionar ni sobre su suerte anterior ni sobre la presente, bajó de la fortaleza y se arrojó a los pies de Sosio, quien, sin compadecerse lo más mínimo de él por el revés sufrido, lo increpó descontroladamente y lo llamó *Antígona*, aunque no lo dejó libre de vigilancia al tacharlo de mujer, sino que fue llevado a prisión y sometido a vigilancia.

482. *Herodes frena la violencia de sus aliados romanos.* 3. La preocupación de Herodes era, una vez que se había impuesto a los enemigos, imponerse también a sus aliados extranjeros, y ello porque esta masa foránea se había lanzado a contemplar el Templo y los objetos sagrados guardados en el santuario[230]. Pero el rey los contuvo a todos, a unos rogándoles, a otros amenazándolos y hubo algunos con quienes tuvo que utilizar las armas, puesto que consideraba la victoria peor que una derrota si en el primer caso era visto por ellos algo de lo que no debía ser contemplado. E impidió también el pillaje en la ciudad, discutiendo al respecto fuertemente con Sosio, a quien le hizo saber, por un lado, que los romanos iban a dejarlo rey de un desierto si vaciaban la ciudad de riquezas y de hombres, y, por otro, que él consideraba el propio gobierno de todo el mundo habitado una pobre recompensa al asesinato de un número tan elevado de conciudadanos. Y como Sosio afirmara que el pillaje permitido por él a los soldados era una justa correspondencia al asedio, Herodes contestó que él mismo pagaría de su peculio particular la soldada a todos y cada uno de ellos. Y, comprando así la seguridad de lo que quedaba de la ciudad, cumplió su promesa a la perfección, puesto que concedió brillantes recompensas a cada soldado, también a los mandos militares en proporción a su rango y al propio Sosio al estilo del más importante de los reyes, de suerte que salieron todos llenos de dinero.

487. *Ejecución de Antígono, el último de los reyes hasmoneos.* 4. Este desastre sufrido por la ciudad de Jerusalén aconteció cuando eran cónsules en Roma Marco Agripa [231] y Caninio

---

[230] Cf. *BJ.* I, 354 y ss.

[231] En el año 37 a. C. Dión Casio 49, 22, sitúa la caída de Jerusalén durante el consulado de Claudio y Norbano, ocurrido en el 38 a. C.

Galo, correspondiente al tercer mes de la Olimpiada ciento ochenta y cinco, durante la festividad del ayuno, como si fuera una repetición de la catástrofe acaecida a los judíos en tiempos de Pompeyo, ya que los judíos de Jerusalén habían sido hechos prisioneros también por aquél el mismo día, sólo que ahora ocurría esto veinte años[232] después de la acción de Pompeyo. Sosio, por su parte, tras ofrecer a Dios una corona de oro, se alejó de Jerusalén, llevando a Antígono prisionero para entregárselo a Antonio. Pero Herodes, por temor a que Antígono, guardado en prisión por Antonio y trasladado a Roma por él, alegara sus derechos ante el Senado, manifestando en cuanto a sí mismo que descendía de reyes mientras que Herodes era un simple particular, y, en última instancia, que eran sus hijos a los que competía reinar por derecho de familia si es que él había faltado a los romanos, en fin, Herodes, por temor a esto, persuadió a Antonio por la entrega de grandes sumas de dinero a que ejecutara a Antígono. Ocurrido ello, Herodes se vio libre de todo temor y finalizó así el gobierno de la familia de los hasmoneos, ciento veintiséis años después de instaurado[233]. Fue ésta una casa ilustre e insigne tanto por su propio linaje y la suma dignidad sacerdotal como por las gestas que los antepasados de Antígono habían llevado a cabo en pro de la nación. Pero ellos perdieron el poder por sus mutuas disensiones, poder que pasó a Herodes, hijo de Antípatro, perteneciente a una casa vulgar, a una familia de simples particulares súbditos de los reyes. Con esto transmitimos a la posteridad los datos que nosotros hemos encontrado relativos al final de la línea hasmonea.

EX LIBRIS

ARMAUIRUMQUE

[232] Más bien, *veintiséis años después,* puesto que Pompeyo tomó Jerusalén en el 63 a. C.

[233] Esto nos lleva al año 163 a. C., fecha en que Onías huyó a Egipto. Cf. *AJ.* 12, 385-388, y *BJ.* 1, 357.

RESUMEN:

1. Cómo, tras la conquista de la ciudad de Jerusalén por Sosio y Herodes, mandó Antonio decapitar a Antígono en Antioquía, al tiempo que Herodes mató a los cuarenta y cinco amigos más íntimos de aquél y exigió dinero a la ciudad.
2. De qué manera Hircano, el anterior rey y Sumo Sacerdote de los judíos, regresó junto a Herodes después de ser puesto en libertad por Arsaces, el rey de los partos.
3. Cómo Herodes nombró Sumo Sacerdote a Aristobulo, el hermano de Mariame, su mujer, y cómo se las arregló no mucho después para que fuera eliminado.
4. Cómo Cleopatra, que aspiraba a hacerse con el trono de Judea y Arabia, consiguió ciertas partes de estas naciones de manos de Antonio.
5. Llegada de Cleopatra a Judea.
6. Cómo Herodes atacó a Aretas en el momento en que Antonio era vencido por Octavio César en la batalla de Actio.
7. Capítulo referente al terremoto ocurrido en Judea y a las personas y ganados que mató.
8. Arenga de Herodes a los judíos que se encontraban desanimados por este suceso y por la derrota sufrida.
9. Cómo Herodes mató a Hircano al verse en la imperiosa necesidad de visitar a Octavio César, que acababa de salir victorioso.
10. Cómo Herodes logró incluso de Octavio César la confirmación de su condición de rey y cómo lo acompañó a Egipto.

11. Cómo Herodes, tras su llegada a Alejandría, fue honrado por Octavio César.
12. Cómo él, de regreso a Judea, se vio en la necesidad de matar a su esposa Mariame, inducido por falsas acusaciones.
13. Capítulo referente al hambre que afectó a Judea y Siria y cómo Herodes salvó a las gentes y a las ciudades.
14. Fundaciones de ciudades que Herodes llevó a cabo al estilo de las griegas.
15. Cómo Herodes, después de derruir el anterior Templo de Jerusalén, que tenía seiscientos años de antigüedad, levantó otro en su lugar el doble de grande.

Este libro comprende un período de dieciocho años.

1. *Herodes premia a unos y castiga a otros.* 1.1. Pues bien, nuestro libro anterior muestra cómo Sosio y Herodes tomaron por la fuerza Jerusalén y, junto a ello, cómo hicieron prisionero a Antígono. Ahora pasamos a relatar los hechos conexos con los narrados anteriormente. En efecto, una vez que Herodes tuvo en sus manos el mando de Judea entera promovía a los más altos cargos a todos los miembros de la comunidad ciudadana que cuando eran todavía unos simples particulares defendían su causa, mientras que no dejó pasar ni un solo día sin castigar y vengarse de los que habían tomado partido por sus adversarios[1]. Pero fueron estimados especialmente por él Polión[2], el fariseo, y Samayas[3] su discípulo, y esto porque ellos durante el asedio de Jerusalén aconsejaban a sus conciudadanos abrir a Herodes las puertas de la ciudad, por lo que ahora recibían la debida recompensa. Por otro lado, este Polión[4], cuando en una ocasión Herodes se enfrentaba en un juicio a la petición de la pena de muerte, predijo, en son de reproche a Hircano y a los jueces, que Herodes, si salvaba la vida, se vengaría de todos ellos, cosa que el tiempo vino a confirmar, ya que Dios cumplió estas sus palabras.

---

[1] Cf. *BJ.* 1, 358.

[2] Cf. también cap. 370.

[3] Cf. cap. 370, y *AJ.* 14, 172-176.

[4] Los manuscritos difieren en la personalidad del autor de estas palabras: según unos es Polión quien las pronuncia y según otros Samayas. Cf. *AJ.* 14, 172-176. Nosotros nos inclinamos por Polión, porque, como hemos dicho en su lugar, seguimos la edición de B. Niese en el libro XV.

5. *Antonio mata a Antígono a instancias de Herodes.* 2. Entonces Herodes, una vez que se hizo el amo de Jerusalén, requisó todas las joyas que había en el reino, arrebatándoselas incluso a los ricos, y, después de reunir una gran cantidad de plata y oro, agasajó a Antonio y sus amigos con todo ello. Y mató a cuarenta y cinco hombres, los cabecillas del partido de Antígono, y en torno a las puertas de las murallas puso vigilantes para que no se sacara joya alguna con los muertos, y, por ello, estos vigilantes inspeccionaban los cadáveres, con lo que todo objeto de plata o de oro o cualquier tesoro que se encontrara era remitido al rey, y, así, las calamidades no tenían fin, puesto que la avaricia del jefe que se encontraba necesitado arramblaba con todo, al tiempo que el año sabático, que había llegado entonces, obligaba a que el campo permaneciera sin cultivar, dado que a nosotros nos está prohibido sembrar las tierras en esa época. Antonio, por su parte, una vez que tomó cautivo a Antígono, decidió mantenerlo prisionero hasta celebrar el triunfo, pero cuando llegó a sus oídos la noticia de que la nación judía continuaba insurrecta y permanecía fiel a Antígono por odio a Herodes decidió decapitarlo en Antioquía[5], puesto que los judíos no podían estar quietos de ninguna otra manera. Estas mis palabras las atestigua Estrabón de Capadocia cuando se expresa así: «Por su parte, Antonio decapitó al judío Antígono cuando le fue llevado a Antioquía. Hay que hacer constar que éste fue el primero de los romanos que decidió decapitar a un rey, al creer que no podría cambiar de ninguna otra manera la forma de pensar de los judíos y hacer que aceptaran a Herodes, quien había sido nombrado en lugar de aquél, puesto que ni siquiera torturados admitieron proclamarlo rey. ¡Tanta era la fidelidad que mostraban hacia el anterior rey! Antonio creyó, pues, que el oprobio de decapitar a Antígono aminoraría el recuerdo que le guardaban y aminoraría también el odio que le tenían a Herodes». Hasta aquí Estrabón.

11. *Herodes atrae con argucias a Hircano.* 2.1. Enterado el Sumo Sacerdote Hircano, quien precisamente se encontraba cautivo en Partia, de que Herodes había conseguido el trono de Judea, llegó junto a él, liberado de la cautividad de la siguiente manera. Bazafranes y Pácoro, comandantes en jefe del ejército de los par-

[5] Pero cf. *AJ.* 14, 488-489.

tos, tras coger prisioneros a Hircano, el que primeramente alcanzó la dignidad de Sumo Sacerdote y luego la de rey, y a Fasael, el hermano de Herodes, los llevaron a Partia[6]. Y Fasael, al no poder soportar la infamia de estar prisionero y considerar preferible a cualquier vida de este tipo la muerte con dignidad, se provocó él mismo la muerte, como dije antes[7].

14. Por lo que a Hircano respecta, una vez que fue llevado a Partia, el rey de los partos, Fraates, se portó con él bastante bondadosamente, tras informarse de lo ilustre de su prosapia. Por esta razón lo sacó de la prisión y le permitió morar en Babilonia, justo donde había multitud de judíos. Y a Hircano le concedían los honores propios de su condición de Sumo Sacerdote y de rey los referidos judíos de Babilonia y con ellos toda la raza judía que habitaba hasta las orillas del Eúfrates, cosa que era del agrado de Hircano. Pero al enterarse de que Herodes había subido al trono recuperó las esperanzas no sólo porque él sentía afecto por Herodes desde siempre, sino también porque confiaba en que aquél se acordaría del favor que él le había hecho cuando, al ser sometido a juicio y correr peligro de ser condenado a muerte, lo salvó de ese riesgo y de todo castigo[8]. Por todo ello, Hircano, que estaba en ascuas por volver junto a él, dio cuenta de sus intenciones a los judíos. Y éstos trataban de retenerlo y le pedían que se quedara con ellos hablándole de los favores así como de los honores que le rendían y diciéndole que él no estaba en absoluto necesitado de que ellos le otorgaran los honores debidos a los Sumos Sacerdotes ni a los reyes y, lo que era de más peso, que allá no podría obtener estos honores en razón de la mutilación física que había sufrido a instancias de Antígono[9], añadiendo que los reyes no devuelven los favores con igual interés a como los reciben cuando son simples particulares, puesto que la nueva dicha los transforma no sin razón.

18. Pese a que ellos le insistían con razonamientos de este tenor por su propio interés, él sentía añoranza por marchar. También Herodes en una carta que le escribió lo invitó a que pidiera a

[6] Cf. *AJ.* 14, 365-371 y 379.
[7] Cf. *AJ.* 14, 367-368.
[8] Cf. *AJ.* 14, 168-179.
[9] Cf. *AJ.* 14, 366.

Fraates y a los judíos residentes allí que no vieran con malos ojos que fuera a ocupar el trono con igual poder que él mismo, puesto que, según continuaba diciéndole en la carta, ahora era llegado el momento de pagarle él los favores por los excelentes beneficios recibidos, no sólo al ser criado por él, sino también por haber salvado la vida por su mediación, y de recibirlos el propio Hircano. Al mismo tiempo de escribir esta carta a Hircano, envió también a Saramala en función de embajador ante Fraates con bastantes regalos, para que, alegando igualmente razones de humanidad, no le obstaculizara cumplir con el agradecimiento que debía a su bienhechor. Pero su interés no venía de aquí, sino que, como él ocupaba el poder inmerecidamente, temía probables cambios y a causa de ello se afanaba por tener en sus manos a Hircano o incluso por quitárselo de enmedio definitivamente, cosa que, en efecto, llevó a cabo posteriormente[10].

21. Sin embargo, entonces, cuando llegó Hircano, persuadido a ello, tras habérselo permitido el rey y haberle entregado dinero para los judíos, Herodes, que lo recibió con toda suerte de honores, no sólo le asignaba en las reuniones el primer puesto, sino que también en los banquetes lo sentaba adelante y lo engañaba llamándolo *padre* y tratando por todos los medios de que su maquinación permaneciera libre de toda sospecha. Pero también sus otros propósitos estaban condicionados a los intereses del mando, de donde le vinieron las disensiones de familia. En efecto, Herodes, que se guardó mucho de designar Sumo Sacerdote de Dios a algún hombre ilustre, mandó venir de Babilonia a un sacerdote de nombre Ananel, perteneciente a una familia de las más obscuras y le otorgó a él la dignidad de Sumo Sacerdote.

23. *Alejandra y sus intrigas.* 5. Consecuentemente Alejandra, nada más ocurrido esto, no toleró la afrenta. Ella era hija de Hircano y esposa de Alejandro[11] (hijo del rey Aristobulo), con quien tuvo dos hijos, uno varón, a la sazón hermosísimo, de nombre Aristobulo, y una hembra, casada con Herodes, Mariame, de insigne belleza. Se puso alterada y apenas soportaba el desprecio del que era víctima su hijo, consistente en que en vida de él fuera hon-

[10] Cf. cap. 164-178, y *BJ.* 1, 433.
[11] Matado ya por Escipión, cf. *AJ.* 14, 125, y *BJ.* 1, 185.

rado con la dignidad de Sumo Sacerdote un simple advenedizo, y, en consecuencia, a través de una carta enviada a Cleopatra por mediación de un músico que se encargó de llevársela le rogó que pidiera a Antonio la dignidad de Sumo Sacerdote para su hijo.

25. Y mientras Antonio se mostraba remiso a hacerle caso, su amigo Delio, que llegó a Judea a solucionar ciertos asuntos, al ver a Aristobulo no sólo admiró al muchacho por su madurez, sino que también se quedó estupefacto ante su altura y belleza, y no menos ante la de Mariame, casada con Herodes, y se le vio tratar con cierta distinción a Alejandra por haber traído al mundo unos hijos tan hermosos. Y como ella trabara conversación con Delio, éste la persuadió a que escribiera una carta a Antonio y le enviara los retratos de ambos, puesto que, según él le decía, cuando Antonio los viera, no habría nada de lo que le pidiera que no fuera a conseguir[12]. Y Alejandra, dejándose llevar de estos consejos, envió los retratos a Antonio. Y Delio consideraba a estos hijos un portento, diciéndole a Antonio que él no creía que hubieran sido engendrados por seres humanos, sino por un dios. Y con ello trataba de arrastrar a Antonio al placer sexual. Pero a éste le dio vergüenza hacer venir junto a él a la joven por estar casada con Herodes y por guardarse de dar motivos a Cleopatra para que le reprochara tal conducta, pero le comunicó por carta al rey que le enviara al muchacho, añadiéndole cortésmente: *siempre que no le pareciera mal.* Trasladada esta petición a Herodes, éste consideró no exento de riesgos enviar a Aristobulo, que estaba hermosísimo a la sazón, puesto que en aquel momento tenía dieciséis años, y que era de preeminente familia, a presencia de Antonio, dado que en aquel entonces disponía de un poder como ningún otro de los romanos y era capaz, además, de someterlo a sus pasiones amorosas e incluso de procurarse el placer sexual abiertamente en razón de su poder. Le contestó, pues, con otra carta en la que le decía que sólo con que el muchacho saliera del país todo él rebosaría de guerra y disturbios, puesto que los judíos esperaban cualquier cambio y novedad para procurarse otro rey.

31. Herodes, tras excusarse ante Antonio con estos argumentos, decidió no privar del todo al muchacho y a Alejandra de algu-

[12] Cf. *BJ.* 1, 439.

na dignidad. Al contrario, como también su mujer Mariame le insistiera empecinadamente en que entregara a su hermano el honor de Sumo Sacerdote y él entendiera que le convenía, a fin de que el muchacho, una vez provisto de esa dignidad, no pudiera salir al extranjero, convocó una asamblea de allegados y en ella acusó duramente a Alejandra, diciendo de ella que conspiraba en secreto para hacerse con el trono y que maquinaba por mediación de Cleopatra la manera de conseguir que él fuera desposeído del poder y de que el muchacho en vez de él tomara las riendas del Estado gracias a Antonio. Y Herodes continuó diciendo que no era justo que ella pretendiera eso cuando con ello privaba a su hija del honor de que gozaba y ocasionaba disturbios en el reino, por el que él había bregado enormemente y conseguido, corriendo riesgos no soportables por cualquiera. Y añadió que no desistiría él de ser justo con ellos por tener presente en la mente la conducta incorrecta de aquella mujer, sino que les aseguró, por el contrario, que incluso en aquellas circunstancias otorgaba a su hijo la dignidad de Sumo Sacerdote y que si en su momento había honrado con ese puesto a Ananel fue porque Aristobulo era sumamente joven. Pero al expresarse Herodes en tales términos, no enunciados descuidadamente, sino, lo que más pretendía, profundamente pensados para engañar a aquellas mujeres y a los allegados cuya presencia había sido requerida, Alejandra, fuera de sí tanto por la alegría de haber conseguido lo que no podía imaginarse como por temor a ser objeto de sospecha, alegó en medio de un río de lágrimas razones en su defensa, asegurando que había recurrido a todos los medios imaginables por conseguir la dignidad de Sumo Sacerdote para su hijo por la infamia que suponía verse privado de ella, pero en lo que respectaba al trono que ni lo pretendía ni aunque le correspondiera quería ella hacerse con él, habida cuenta de que en el momento presente ya gozaba ella de suficiente honor con que Herodes ocupara el poder y con la seguridad que sobraba a toda la familia, derivada de la capacidad que tenía él, en grado superior a la de los otros, para mandar. Y continuó ella diciendo que, conmovida por sus favores, en aquel momento aceptaba gustosa la dignidad para su hijo y que en el futuro ella estaría presta a obedecer a Herodes en todo, y que le rogaba la excusara si, dejándose llevar del parentesco y de la confianza que ello le daba, había actuado con una precipitación demasiado acentuada, dolida por la desconsideración de que había sido objeto Aristobulo. Al conversar entre ellos de

esta manera tan sincera y estrecharse la mano más efusivamente que antes, se reconciliaron, arrancada de su corazón, según hacían suponer, toda sospecha.

39. *Aristobulo es nombrado por Herodes Sumo Sacerdote.* 3.1. Y el rey Herodes despojó inmediatamente de la dignidad de Sumo Sacerdote a Ananel, quien, según dijimos antes, no era del lugar, sino uno de los judíos que habitaban al otro lado del Eúfrates, puesto que no pocas decenas de millares de estas gentes vivían en la región de Babilonia. De allí procedía Ananel, perteneciente a una familia de Sumos Sacerdotes y apreciado por Herodes desde hacía tiempo atrás a causa de la amistad que los unía. Él lo honró con esta dignidad cuando subió al trono y él se la quitó para parar las inquietudes domésticas, actuando ilegalmente, puesto que ningún otro había sido despojado de esta dignidad una vez que la había alcanzado. Mejor dicho: el primero que violó esta ley fue Antíoco Epífanes cuando despojó de la dignidad de Sumo Sacerdote a Jesús y se la otorgó a su hermano Onías[13], el segundo Aristobulo[14], cuando despojó de ella a su hermano Hircano, y Herodes el tercero, que devolvió el cargo al pequeño Aristobulo.

42. *Nuevas maniobras de Alejandra.* 2. Y de momento Herodes creyó haber puesto remedio a los males de familia. Sin embargo, y como era de esperar, pese a la reconciliación continuó no menos que antes con sospechas, al considerar acertado temer a Alejandra tanto por sus anteriores manejos como por si encontraba la ocasión de tramar nuevas intentonas. Por todo ello le ordenó que morara en palacio y que no hiciera nada por su cuenta. Asimismo, su guardia cuidó de vigilarla, de suerte que no le pasaba desapercibido nada que ella intentara hacer fuera de los quehaceres cotidianos. Todo esto poco a poco hacía que la cólera se apoderara de ella y que el odio prendiera en su alma, puesto que, como estaba llena de orgullo femenino, consideraba una indignidad estar sometida a vigilancia a causa de la sospecha que sobre ella recaía, prefiriendo cualquier cosa a malvivir en la esclavitud y el temor, privada de libertad bajo la apariencia de recibir un honor. Consecuentemente, por medio de emisarios que envió ante Cleopatra se quejaba a ella

[13] Cf. *AJ.* 12, 238.
[14] *AJ.* 13, 408, y 14, 4-7.

de la amarga situación en que continuamente se encontraba, rogándole que la socorriera en la medida de sus fuerzas. Y Cleopatra le mandó que huyera en secreto a Egipto junto con su hijo y fuera a reunirse con ella. Le pareció bien esta propuesta y, en consecuencia, urdió la siguiente estratagema: tras preparar dos cajas en forma de féretros de cadáveres se introdujo en ellas ella misma y a su hijo, ordenando a los esclavos que estaban al tanto del asunto que las sacaran por la noche. Ellos tenían que ir desde allí hasta alcanzar el mar y una nave, la cual estaba preparada y dispuesta para cruzar el mar y llegar a Egipto. Pero su criado Esopo se lo comunicó a Sabión, un amigo de Alejandra, corriendo a decírselo por creerlo conocedor del asunto. Y Sabión, al enterarse de ello, como era aborrecido por Herodes por considerarlo uno de los que habían maquinado contra la vida de Antípatro por envenenamiento, concibió la esperanza de que se libraría de ese odio con el afecto que le dispensara por una denuncia y, consecuentemente, contó al rey el plan de Alejandra. Y Herodes, tras dejarla llevar a cabo toda la operación, la detuvo al sorprenderla en la misma huida, pero le perdonó la falta, no atreviéndose a tomar contra ella ninguna represalia, pese a lo mucho que lo deseaba, puesto que, según él pensaba, Cleopatra no consentiría, por el odio que le tenía a él, que Alejandra fuera objeto de una acusación, y por ello prefirió perdonarlos, haciéndose pasar por bueno y haciendo gala de magnanimidad. Se propuso, sin embargo, quitarse de enmedio definitivamente al muchacho, pero no hacerlo enseguida ni al mismo tiempo que este suceso, pues le parecía más convincente a efectos de pasar desapercibido.

50. *Asesinato de Aristobulo.* 3. Y como le impidiera llevar a cabo inmediatamente el crimen planeado la llegada de la Fiesta de los Tabernáculos, fiesta guardada entre nosotros como la que más, dejó pasar esos días, durante los cuales tanto él como el resto de la gente se dedicó a divertirse. Sin embargo, precisamente con motivo de ello la envidia que lo irritaba lo movió a acelerar el cumplimiento de su plan. En efecto, el joven Aristobulo, de diecisiete años de edad, cuando según manda la ley subió al altar a celebrar el sacrificio y, ataviado con la vestimenta propia de los Sumos Sacerdotes, oficiaba los ritos religiosos, mostrándose hermosísimo y superando en estatura lo propio de su edad, y dejando traslucir en su aspecto una gran dosis de la dignidad propia de la familia a

que pertenecía, se convirtió en la espoleta que hizo que la multitud le mostrara su afecto y que le trajo a la memoria con toda claridad el recuerdo de las gestas llevadas a cabo por su abuelo Aristobulo. Y esta multitud, dejándose vencer poco a poco por el recuerdo, evidenciaba sus sentimientos en un todo de alegría y abatimiento, mientras le dirigían expresiones de buen augurio entremezcladas con sus oraciones, de suerte que resultó patente el afecto de la masa y parecía demasiado peligroso para el trono el reconocimiento por los beneficios recibidos en su día. Por todo ello Herodes decidió ejecutar el plan que tenía concebido contra el muchacho. Y, así, ocurrió que, una vez pasada la fiesta, tomó parte él en Jericó en un banquete al que Alejandra le había invitado, junto a su hijo Aristobulo. En él Herodes, que trataba afectuosamente al muchacho y lo inducía a beber sin temor, aceptaba fácilmente jugar y divertirse agradablemente con él. Y, como el ambiente del lugar resultara demasiado caluroso, salieron fuera muy pronto, sudorosos, y, colocándose al borde de las grandes piscinas que había en la corte, se refrescaban del intenso calor del mediodía. Y al principio se pusieron a contemplar a los criados y amigos que nadaban, pero luego fue llevado al agua también el muchacho por iniciativa del propio rey, momento en que los amigos del rey Herodes a los que se les había ordenado cumplir este cometido, una vez llegada la oscuridad de la noche, no paraban de hundirlo y sumergirlo bajo el agua so pretexto de diversión mientras nadaba y sin dejarlo subir a la superficie, hasta que por fin lo ahogaron. Así fue como pereció Aristobulo, cuando todavía no había cumplido los dieciocho años de edad y después de haber ocupado durante un año el cargo de Sumo Sacerdote, que recuperó de nuevo Ananel.

57. *Ansias de venganza de Alejandra.* 4. Comunicada la tragedia a las mujeres, inmediatamente se produjo a causa del percance cánticos de dolor ante el yacente cadáver y una pena incontenible, y la ciudad, una vez divulgada la noticia, se dolía sobremanera, puesto que todos los hogares tomaron la desgracia como propia y no como cosa que afectara al prójimo. Pero Alejandra estaba todavía más afectada al intuir la causa de la muerte. Ella estaba embargada de un dolor superior al de cualquier otro por saber cómo se había producido el hecho, pero consideraba obligado dominarse por temor a sufrir un castigo todavía mayor. Y muchas veces intentó cerrar con su propia mano la página de su vida, pero sin

embargo se contuvo, en la esperanza y deseo de poder conseguir en vida vengar al que había sido asesinado intencionadamente y contra todo derecho. Y por ello evitaba con más fuerza llevar una vida ruidosa, puesto que consideraba conveniente para encontrar la ocasión de vengarse no dejar traslucir sospecha alguna de que sabía que el muchacho había perecido premeditadamente. Por eso ella se contenía tenazmente para no ofrecer a Herodes ninguna sospecha. Herodes, por su parte, a todas las personas ajenas a la familia les quitaba convincentemente toda sospecha de que al muchacho le hubiera sobrevenido la muerte de una manera premeditada, puesto que no sólo atendía a todo lo que tuviera que ver con el dolor por él, sino que también vertía lágrimas y evidenciaba un abatimiento de espíritu verdadero, tal vez acaso porque lo venciera el dolor en vista de que el difunto se encontraba en la flor de la edad y en vista asimismo de su hermosura, aun sin dejar de considerar que la muerte del muchacho le proporcionaba a él seguridad, pero claramente porque lo intentaba como forma de defensa. Pero mostró todavía más esta actitud en la magnificencia del funeral, puesto que prestó gran atención no sólo a la sepultura sino también a la adquisición de grandes cantidades de incienso y porque enterró con él numerosas joyas, hasta tal punto que la pena de su dolor conmovió el corazón de las mujeres, y con ello las consoló en parte.

62. En cambio, a Alejandra nada de esto la venció, sino que, por el contrario, el recuerdo del crimen, al procurarle dolor, la hacía continuamente y cada vez más rabiosa y ansiosa de victoria, por lo que informó por carta a Cleopatra de la perversidad de Herodes y de la muerte de su hijo. Y ella, que ya desde tiempo atrás se afanaba por atender a las peticiones de Alejandra y que lamentaba sus infortunios, tomó como cosa propia todo el asunto y, en consecuencia, no paraba de incitar a Antonio a vengar el asesinato del muchacho, en razón, según ella le decía, de que no era justo que Herodes, después de ser nombrado por su influencia rey de un territorio que no le pertenecía, hiciera gala de tales violaciones contra los auténticos reyes. Y Antonio, convencido por estos razonamientos, cuando se dirigió a Laodicea ordenó a Herodes, por medio de un mensajero, que acudiera allí a demostrar que él no había tenido arte ni parte en la muerte de Aristobulo, puesto que, según le hacía saber, si se había producido por sus manejos, tal

maquinación se había efectuado inicuamente. Y Herodes, aterrorizado no sólo ante esta inculpación, sino también ante la animadversión de Cleopatra, manifestada en que no dejaba de actuar para que Antonio se enemistara con él, decidió obedecer, puesto que ninguna otra cosa podía hacer, y, dejando a su tío José[15] encargado del gobierno y de la administración del reino, le encomendó en secreto que, si le pasaba algo en su visita a Antonio, acto seguido ejecutara a la propia Mariame, ya que, según le confesó, él estaba locamente enamorado de su mujer y temía el deshonor de que, una vez muerto él, ella fuera pretendida por algún otro a causa de su hermosura. Y, como colofón, le informó del interés de Antonio por conseguir a aquella mujer, habida cuenta de que ya hacía largo tiempo que había oído hablar de su belleza. Así, pues, Herodes, tras dejarle este encargo, marchó a visitar a Antonio, sin tener el convencimiento de salir ileso del trance.

68. *Divulgación de un secreto y sus funestas consecuencias.* 6. Y José, al estar encargado de la administración del reino y en razón de ello reunirse continuamente con Mariame no sólo para resolver los asuntos sino también para rendirle los honores que por su condición de reina él debía ofrecerle, soltó continuas declaraciones relativas al afecto y amor que Herodes sentía hacia ella. Y como las mujeres que lo oían, y sobre todo Alejandra, tomaran a broma sus palabras con una actitud propia de las mujeres, José, en un afán desmedido por mostrar los sentimientos del rey, llegó incluso a revelar la recomendación recibida, tomándola por prueba de que Herodes no podía vivir sin ella, puesto que estaba decidido, si le pasaba lo peor, a no separarse de ella ni siquiera tras la muerte. Hasta aquí José. Las mujeres, en cambio, que, como es de suponer, prefirieron quedarse de los sentimientos de Herodes no con su enamoramiento, sino con su crueldad, patente en que, ni siquiera muerto, renunciaba al aniquilamiento y a la muerte tiránica, concibieron una terrible preocupación a cuenta de lo dicho por José.

71. Pero, en esto, por la ciudad de Jerusalén corrió el rumor, propalado por los que estaban enemistados con Herodes, de que Antonio lo había matado después de torturarlo. Y estas habladurías

[15] Cf. caps. 72, 81, 83, 86 y ss., 169, 204, 254, y *BJ.* 1, 441-443.

inquietaron, como es natural, a todas las personas del palacio, pero sobre todo a las mujeres. Y Alejandra llegó incluso a intentar convencer a José de que abandonara el palacio y corriera con ellas a refugiarse al amparo de las banderas de la legión romana que acampaba entonces en torno a la ciudad para la protección del reino y que estaba mandada por el hijo de Judas, puesto que, según ella le dijo, con ello lograrían dos cosas: la primera, que, aun en el supuesto de que se originara algún tumulto en la corte, ellos permanecerían seguros al tener de su parte a los romanos, y la segunda, que tenía la firme convicción de que Mariame obtendría todo cuando la viera Antonio, por cuya intercesión no sólo recuperarían el poder, sino que además no dejarían de conseguir nada de lo que es natural que alcancen quienes han nacido en el seno de una familia real de rancio abolengo.

74. Pero mientras ellos se encontraban en estas consideraciones les llegó una carta de Herodes, contraria por entero a aquellos rumores y habladurías. En efecto, cuando llegó junto a Antonio, enseguida volvió a ganárselo con los regalos que le llevó al llegar de Jerusalén, y enseguida con sus charlas evitó que estuviera irritado con él, puesto que las palabras de Cleopatra tuvieron menos eficacia ante Antonio que el mimo con que lo trató Herodes. En efecto, Antonio afirmó que no era correcto exigir a un rey cuentas de sus actos durante el ejercicio del poder, puesto que de esa manera no sería rey siquiera, sino que lo correcto era que quienes le habían otorgado esa dignidad y lo habían dotado de esa facultad lo dejaran utilizarla. Y, asimismo, a Cleopatra le hizo saber que le convenía no meterse en cuestiones de gobierno. De esto hablaba Herodes en la carta, en la que, a su vez, refería los otros honores de que había gozado ante Antonio, al sentarse a su lado en los tribunales de justicia y al acompañarle en los banquetes todos los días, y también en la carta daba cuenta de cómo había obtenido estos privilegios, pese a que Cleopatra lanzaba contra él terribles calumnias, ya que, según él decía, al sentir ella intensa pasión por la región de Judea y exigir que se le concediera el trono, se afanaba por todos los medios por quitárselo de enmedio. Y Herodes continuaba diciendo en la carta que, pese a ello, al encontrar en Antonio a una persona justa, ya no esperaba que le ocurriera nada desagradable, sino que, lejos de eso, regresaría pronto, después de lograr que el afecto que Antonio sentía por su trono y gestión polí-

tica fuera todavía más intenso y sólido, mientras que Cleopatra ya no contaba con la esperanza de obtener más, al concederle Antonio, en vez de lo que ella exigía, la región de Cele-Siria, con cuya concesión él la consoló y al mismo tiempo le hurtó las pretensiones que ella tenía por conseguir Judea.

80. *Encuentro apasionado y agrio entre Herodes y Mariame.* 9. Una vez que les fue llevada esta carta abandonaron aquella pretensión que tenían de correr a refugiarse entre los romanos en la idea de que Herodes había perecido. Sin embargo, a éste no le pasaron inadvertidas sus intenciones. Al contrario, cuando el rey volvió a Judea después de acompañar a Antonio en su marcha contra los partos[16] inmediatamente su hermana Salomé así como su propia madre le informaron de la intención que habían concedido Alejandra y su grupo, y particularmente Salomé, actuando calumniosamente contra su marido José, le dio cuenta de que él se veía continuamente con Mariame. Le dijo esto por estar enemistada desde bastante tiempo atrás con ella a causa de que Mariame, sacando a relucir en las disputas entre ellas un orgullo demasiado prepotente, la ofendía aludiendo a la baja extracción social de su familia. Entonces Herodes, que sintió siempre un amor ardiente por Mariame, se descompuso inmediatamente y no aguantaba los celos que lo oprimían, pero dominándose continuamente para no cometer por culpa del amor un desaguisado, exacerbado por la vehemente pasión y celos que lo embargaban, preguntó a Mariame en privado por sus relaciones con José. Y al negarlo ella todo con juramentos y alegar en su defensa todas las razones que le asistían por no haber cometido pecado alguno, el rey poco a poco iba cambiando de opinión y superando la irritación, rendido hasta tal punto al encendido amor que sentía por su mujer que se disculpaba de haber llegado a creerlo simplemente por oírlo y le confesaba estar sumamente agradecido por la honestidad que la adornaba. Y él le confesaba el intenso amor y afecto que sentía por ella y, al final, como suele acontecer entre los enamorados, prorrumpieron en lágrimas, abrazados el uno al otro con sumo afecto. Y, como el rey le confiara continuamente y cada vez más sus sentimientos amorosos hacia ella, Mariame le dijo: «No es de un enamorado el encar-

[16] Hecho ocurrido en el año 36 a. C., y que terminó en fracaso.

go de que si te pasaba algo malo a manos de Antonio compartiera la misma suerte también yo, que no tengo culpa de nada». El rey, impresionado tremendamente con esta frase que pronunció Mariame, la apartó inmediatamente de sus brazos, y gritaba y se mesaba los cabellos, diciendo que él tenía la prueba más evidente de que José había tenido relaciones íntimas con ella, puesto que, según él indicaba, aquél no le habría declarado lo que había oído en secreto de no haber surgido entre ellos una gran amistad y confianza. En este estado de ánimo por poco mata a su mujer, aunque, rendido al amor que sentía por ella, dominó este impulso suyo, conteniéndose apenas y difícilmente. A José, sin embargo, ordenó ejecutarlo sin concederle siquiera una entrevista, y a Alejandra, a quien metió en prisión, la sometió a una estrecha vigilancia por considerarla cómplice de todo.

88. *Ambición de Cleopatra y sus nefastos efectos.* 4.1. En esto, la región de Siria fue víctima de desasosiego, al no dejar Cleopatra de importunar a Antonio para que se metiera con todos. En efecto, trataba de persuadirlo de que despojara a todos y cada uno de los príncipes de sus reinos y se los entregara a ella. Y es que ejercía sobre Antonio la máxima influencia por la pasión que sentía por ella. Y, como por su condición natural le agradaba la idea de tener cada vez más, no hubo violación alguna que ella no cometiera, y, así, ya antes había aniquilado por envenenamiento a su hermano, del que sabía que conseguiría subir al trono, cuando sólo tenía quince años él, y asimismo a su hermana Arsínoe la mató por mediación de Antonio, y eso que ella se había refugiado en Efeso, en el templo de Artemis, en busca de asilo. En efecto, Cleopatra, por dinero, por la sola sospecha de conseguirlo en algún sitio, violaba tanto templos como sepulturas, puesto que ningún santuario le parecía tan sagrado que no fuera despojado de las joyas que contuviera ni ningún lugar tan profano que no sufriera a manos de ella todo aquello que está prohibido, con sólo que aportara algún recurso a sus inicuas ambiciones. En suma, nada era bastante para satisfacer a aquella mujer tan proclive a los dispendios como esclava de sus pasiones, pero ¡qué digo! todo era poco para lo que tenía ella en su mente alcanzar. Por eso apremiaba continuamente al propio Antonio a que despojara a los otros de algún bien y se lo regalara a ella, y, así, como hubiera cruzado Siria en compañía de él, se le ocurrió la idea de convertirla en posesión suya. Con este fin consi-

guió que fuera condenado a muerte Lisanias[17], el hijo de Ptolemeo, al acusarlo ella de meter a los partos en la política de la región. Y, asimismo, pidió a Antonio la entrega de Judea y Arabia, exigiéndole que despojara de estas regiones a las personas que reinaban en ellas. Por lo que a Antonio respecta, se daba la circunstancia de que estaba por completo sometido a esta mujer, hasta el punto de que su sumisión a todos sus caprichos parecía venir no sólo de sus relaciones íntimas con ella, sino incluso de una suerte de hechizo de que él fuera víctima, pero con todo y con eso la evidencia palmaria de la injusticia de tales peticiones hacía que se avergonzara de cometer tamañas iniquidades y de someterse a los dictados de ella hasta tal grado. Así, pues, para no negarse a ella por completo ni cobrar fama de malvado si llevaba a cabo abiertamente todo lo que ella le mandaba, despojó a los reyes de cada uno de los dos países citados de una parte de su territorio y se las regaló a ella. Y le entregó también las ciudades que hay en la parte de allá del río Eleútero hasta llegar a Egipto, a excepción de Tiro y Sidón, porque él sabía que eran libres desde los tiempos de sus antepasados, y pese a las pertinaces insistencias de ella por que se las diera.

96. *Cleopatra intenta seducir a Herodes.* 2. Cleopatra, tras obtener estas regiones y acompañar hasta el Eúfrates a Antonio, que marchaba contra Armenia[18], se dio la vuelta y se detuvo en Apamea y Damasco y pasó también a Judea, donde Herodes se reunió con ella y le cogió en arriendo no sólo las regiones de Arabia regaladas a ella por Antonio, sino también los ingresos que ella percibía por la región de Jericó, la cual, dicho sea de paso, produce bálsamo (que es la planta más preciosa de todas las que crecen allí y entre nosotros) y palmeras, tan numerosas como hermosas. Al andar ella en estos tratos y conseguir bastante confianza con Herodes, intentó llegar al acto sexual con el rey, habida cuenta de que ella practicaba esta suerte de placeres desvergonzadamente, acaso porque sintiera cierta pasión amorosa por él, o lo que es más de creer, porque tenía la intención de utilizar la afrenta de que iba a ser objeto el rey como el principio de sus insidias contra Herodes. En suma, ella traslucía estar rendida a los deseos de tener relaciones sexuales con él. Pero

[17] Cf. *AJ.* 14, 330-332, y *BJ.* 1, 248.
[18] En el año 34 a. C.

Herodes, que ya desde tiempo atrás no le guardaba afecto a Cleopatra por constarle que se llevaba mal absolutamente con todos y que en aquel momento consideraba justo odiarla, si es que por desenfreno era capaz de llegar hasta hacerle esa proposición tan vergonzosa, y vengarse de ella antes de que lo hiciera con él Cleopatra si es que intentaba tales acciones por tenderle una emboscada, rechazó con evasivas sus proposiciones, y consultó a sus amigos si debía matarla ahora que la tenía cogida, puesto que, según les decía, con ello libraría de numerosos males tanto a aquéllos con quienes ya se había enfrentado como a aquéllos con quienes era de esperar que se enfrentaría, cosa que, asimismo, redundaría en bien del propio Antonio, habida cuenta de que tampoco a él le sería fiel si llegaba el momento o la necesidad de que él requiriera esa virtud. Cuando Herodes sometía a su consideración la posibilidad de hacer realidad esta su propuesta, los amigos se le opusieron, al hacerle ellos comprender, antes de nada, que no debía, en un momento en que estaba ocupado con operaciones de mayor calado, embarcarse en una acción que entrañaba el más patente de los peligros, y luego insistiéndole y pidiéndole que no actuara con precipitación, puesto que, según ellos le hacían ver, Antonio no lo soportaría ni aunque uno le pusiera delante de los ojos que ello le favorecía tremendamente, ya que encendería todavía su amor por aquella mujer el pensar que había sido privado de ella por la fuerza y a traición, mientras que ninguna explicación le parecería suficiente para la exculpación, habida cuenta, por un lado, de que el ataque se habría producido contra una mujer que había alcanzado el más alto rango de todas las de la época aquella, y, por otro, de que la conveniencia, en el supuesto de que uno creyera que se daba en este caso, habría de parecerle que venía acompañada de una temeridad y condena del amor que él sentía por ella. Por todo lo cual no cabía la menor duda de que tanto el reino como su familia se llenarían de sufrimientos tremendos e incesantes, cuando en sus manos estaba resolver la situación decorosamente evitando el pecado al que ella lo provocaba. Al infundirle ellos miedo con tales razonamientos y dejando traslucir el probable riesgo de la operación le impidieron llevar a cabo su propósito. Entonces él, tras calmar a Cleopatra mediante regalos, la acompañó un trecho en su marcha a Egipto.

104. *Herodes paga Cleopatra el importe del arriendo de las regiones concedidas a ella por Antonio, y asuntos conexos.* 3.

Antonio, una vez que se apoderó de Armenia, envió cautivo a Egipto a Artabazes, el hijo de Tigranes, junto con sus hijos los sátrapas, agasajando a Cleopatra con ellos y con todas las joyas de aquel reino, que él se trajo de allí[19]. Y de Armenia se hizo rey Artaxías[20], el mayor de los hijos del citado Artabazes, que en aquel entonces había conseguido escapar. Y Arquelao y el César Nerón, después de destronar a éste, devolvieron el trono a Tigranes[21], su hermano menor. Pero estos hechos los trataremos más adelante.

106. Herodes era puntual pagador de la renta que debía abonar por el territorio[22] entregado a Cleopatra por Antonio, puesto que consideraba no exento de riesgos dar a Cleopatra motivos para que lo odiara. Pero el árabe, cuya contribución había aceptado cobrar Herodes, durante algún tiempo le pagó los doscientos talentos[23], pero después se hizo malévolo y tardo en el pago y, aunque a la postre soltara muy a duras penas una parte del total, ni siquiera esta porción parecía darla sin defraudar.

108. *Herodes ataca a los árabes en venganza por el incumplimiento de sus obligaciones.* 5.1. Y Herodes, en vista de que el árabe ignoraba de la manera dicha el cumplimiento de sus obligaciones y de que al final se negaba terminantemente a cumplir la más mínima de ellas, estaba decidido a marchar contra él, pero dedicó preferencia a la guerra romana. En efecto, cuando era inminente la batalla de Actio[24], la cual ocurrió en la Olimpiada ciento ochenta y siete[25], y en la que Octavio César se disponía a combatir con Antonio en un intento por hacerse con el poder absoluto, Hero-

---

[19] Cf. *BJ.* 1, 363.

[20] Se refugia en la corte de Fraates IV, rey de los partos, por quien fue repuesto en el trono, matando a todos los romanos. Cf. también Dión Casio 51, 16, 2. Cuando Tiberio en el año 20 a. C. invadió Armenia, Artaxías fue asesinado por sus parientes, cf. Tácito, *An.* 2, 3, y Dión Casio 54, 9, 4 y ss.

[21] Este Tigranes no fue hijo de Artabazes, sino de Alejandro, hijo de Herodes, y de Glafira, hija de Arquelao, rey de Capadocia. Cf. *AJ.* 18, 139, y *BJ.* 1, 552, y también *AJ.* 16, 11, 193, 206, 303, 328-329, y 17, 12, y *BJ.* 1, 476 y ss., 500, 508, 552, 563.

[22] Cf. caps. 95-96.

[23] Cf. caps. 96 y 132.

[24] Promontorio de Acarnania.

[25] Año 31 a. C.

des, que tenía un país que venía dando ya durante mucho tiempo excelentes cosechas y que con ello había conseguido pingües ingresos y riquezas, reclutó un ejército para ayudar a Antonio, dedicando a estos preparativos una gran atención. Pero Antonio le dijo que no tenía necesidad alguna de la asistencia militar de su ejército, y por ello le ordenó que emprendiera una expedición militar contra el árabe, cuya deslealtad había llegado a sus oídos por el propio Herodes y Cleopatra[26]. En efecto, Cleopatra entendía que esta operación redundaría en interés propio, al partir de la idea de que, de los dos reyes en contienda, el uno iba a salir malparado por el otro. Como Antonio le hubiera dicho esto a Herodes, éste, de vuelta a casa, se dedicó a reunir el ejército con la intención de invadir inmediatamente Arabia, y, efectivamente, una vez que tuvo a punto las fuerzas de caballería y de infantería, llegó a Diópolis, donde los árabes se encontraron con él, puesto que sus preparativos bélicos no les habían pasado inadvertidos[27]. Y se produjo una tenaz batalla, que ganaron los judíos. Pero con posterioridad a estos hechos un numeroso ejército árabe se concentró en Cánata, que es una localidad de Cele-Siria. Y Herodes, tras enterarse de este hecho, marchó contra ellos con el máximo de fuerzas de que disponía, y, al llegar cerca del enemigo, decidió fijar el campamento en un lugar favorable y, una vez que hubiera tendido una empalizada en derredor de él, lanzarse al ataque en el momento oportuno. Pero al dictar él esta orden las tropas judías le exigieron a gritos que, evitando toda pérdida de tiempo, las condujera contra los árabes, y es que las tropas estaban ávidas de entrar en combate por la confianza que les daba creerse bien organizadas. También se encontraban con los mejores ánimos todos los soldados judíos que habían ganado la batalla anterior, cuando ni siquiera dieron a los enemigos la ocasión de llegar al cuerpo a cuerpo. Así, pues, como los soldados alborotarán y mostraran suma pasión, el rey decidió aprovechar el ímpetu de sus tropas, y, tras arengarles diciendo que él no quedaría por detrás del valor mostrado por ellos, marchó el primero al combate, a la cabeza de todo el ejército que le seguía agrupado en el correspondiente puesto. E inmediatamente el terror invadió a los árabes. En efecto, resistieron un poco, pero al comprobar que los judíos eran invencibles y estaban llenos de pasión, los más de ellos huyeron tras ceder

[26] Cf. *BJ.* 1, 364 y ss.
[27] Cf. *BJ.* 1, 366 y ss.

y habrían sido aniquilados si Atenión[28] no hubiera jugado una mala pasada a Herodes y a los judíos. En efecto, éste, que era general de Cleopatra al frente de las fuerzas destacadas allí y que estaba enfrentado con Herodes, observaba no sin cuidado el desarrollo de los acontecimientos, decidido a permanecer quieto si los árabes lograban un éxito brillante, pero si eran derrotados, que es lo que sucedió justamente, presto a atacar a los judíos con sus tropas reclutadas en la misma región. Y entonces, cayendo inopinadamente sobre los judíos, que no sólo estaban agotados, sino también convencidos de haber vencido, causó en ellos una tremenda mortandad. En efecto, los judíos, como habían gastado sus fuerzas contra los enemigos reconocidos y gozaban tranquilos de la victoria, se rindieron rápidamente a los atacantes y recibieron numerosos golpes en terrenos inadecuados para la caballería y pedregosos, a los que estaban más habituados los que iniciaron el ataque. Y, al irles mal las cosas a los judíos, los árabes se recuperaron y, dándose la vuelta, se dedicaron ya a matar a los que habían vuelto la espalda. Éstos morían víctimas de toda suerte de aniquilamientos, y de los judíos que corrían por todas partes sólo unos pocos consiguieron refugiarse en el campamento. Por su parte, el rey Herodes, al desesperar del éxito de la batalla, partió a caballo para prestarles su ayuda. Pero no llegó a tiempo de defenderlos por mucho que corrió, sino que, antes de conseguirlo, el campamento judío fue tomado, mientras que los árabes obtuvieron un éxito desmesurado y contra todo pronóstico, al obtener una victoria que distaban mucho de merecer, y despojar a los adversarios de una gran parte de sus fuerzas. A partir de aquí Herodes se dedicaba al bandolerismo y, recorriendo continuamente Arabia, llevaba la desgracia a aquellas tierras con estas incursiones y acampado en las montañas. Desistió por completo de entrar en combate abierto, pero sin dejar de causar daño al enemigo continua y esforzadamente cuidaba de sus intereses, procurando por todos los medios enderezar el revés sufrido.

121. *Terremoto, desánimo de los judíos y arenga de Herodes.* 2. En esto tuvo lugar la batalla de Actio entre Octavio César y Antonio, coincidente con el séptimo año del reinado de Herodes, fecha en que las tierras judías, al sufrir un terremoto, aparentemen-

[28] Cf. *BJ.* 1, 367, 369, 375.

te como en ninguna otra ocasión, produjo grandes pérdidas en los ganados de la región. Pero perecieron también unas treinta mil personas sepultadas debajo de las casas que se desmoronaron. El ejército, sin embargo, al vivir al cielo raso no sufrió daño alguno por efecto de la catástrofe. Cuando los árabes tuvieron conocimiento de ello, cuya gravedad aumentaban más allá de la verdad, al darles la noticia, todos aquéllos que querían halagar el oído de los árabes cuando oyeran las noticias de lo sucedido, les entraron mayores ínfulas, hasta el punto de que, como el país de los enemigos estaba derruido y las personas aniquiladas, se imaginaron que ya no había quedado tampoco nada que pudiera hacerles frente a ellos. Tanto que a los embajadores judíos que llegaron allí después de esos sucesos, luego de detenerlos, los mataron, y marcharon con todo entusiasmo contra su ejército. Pero los judíos se negaron a enfrentarse a esta invasión y, como estaban desanimados por el revés sufrido, renunciaban a actuar, víctimas a causa de aquel desastre de la más grande desesperación, puesto que ni esperaban luchar en igualdad de condiciones, al haber sido ellos derrotados en la batalla anterior, ni recibir ayuda, al encontrarse maltrecha la situación de su país. Así, pues, al encontrarse ellos en esa actitud, el rey intentó arrastrar a los mandos militares, tratando de convencerlos con razonamientos y esforzándose por levantar sus ánimos decaídos. Y, después de incitar y animar a algunos de los mejores, se atrevió ya a hablar también al grueso de las tropas, a las que antes temía, no fuera a ser que las encontrara irritadas a causa del descalabro sufrido. Consecuentemente arengó a sus tropas dirigiéndoles un discurso del siguiente tenor[29]:

«No ignoro, señores, que a lo largo de esta época han sido numerosos los obstáculos con que nos hemos topado en nuestro quehacer, y en tales situaciones es natural que no estén animados siquiera los que destacan por su heroísmo. Pero puesto que no sólo apremia combatir, sino que además nada de lo acontecido es tan grave que no pueda rectificarse con una sola operación bien hecha, he optado por arengaros y al mismo tiempo por haceros comprender por qué razones deberíais continuar con el orgullo innato en vosotros. Quiero demostraros en primer lugar, en lo referido a la guerra, cuán justamente entramos en ella, al vernos

[29] Cf. *BJ.* 1, 373 y ss.

forzados a acudir a ella obligados por la insolencia de nuestros adversarios, puesto que, si comprendéis esto, se convertirá en el factor que os proporcionará a vosotros los mayores ánimos, y, después de esto, quiero mostraros que nada de lo que nos ocurre es terrible y que tenemos las más grandes esperanzas de obtener la victoria. Pero empezaré por el primer punto, poniéndoos a vosotros por testigos de lo que voy a decir, puesto que, aunque evidentemente conocéis la falta de respeto de los árabes a las leyes y que se comportan con todos los demás que no son árabes tan pérfidamente como es natural que lo haga esa raza bárbara y ajena a toda idea de Dios, sin embargo las ofensas que nos han hecho a nosotros llevados por la ambición y la envidia, y tendiéndonos insidias con motivo de nuestras recientes inquietudes, son innumerables. ¿Y qué necesidad hay de enumerar las muchas que nos han hecho? Pero en todo caso cabe preguntarse: cuando ellos corrían peligro de ser privados de su propia autonomía y de convertirse en esclavos de Cleopatra ¿quiénes fueron los otros que los libraron de este temor? Sólo la amistad que me unía a mí con Antonio y el afecto que él siente por nosotros ha sido la causa de que tampoco ellos hayan sufrido un castigo irremediable, guardándose este singular varón de hacer nada que pudiera inspirarnos a nosotros sospechas. Y cuando, pese a todo, quiso Antonio entregar a Cleopatra una parte de uno y otro reino[30], también de esto me ocupé yo, y al darle yo a costa mía numerosos regalos, conseguí la seguridad para ambos reinos, mientras que los gastos corrieron de mi cargo, puesto que tuve que entregarle doscientos talentos y salir fiador de otros doscientos que correspondían a los ingresos que debíamos percibir por su país pero que hemos perdido. La verdad es que lo correcto era que los judíos no pagaran tributo a nadie del mundo ni que cedieran una parte de su territorio, pero si ello es menester nunca debemos hacerlo por ésos a los que nosotros mismos hemos salvado. Tampoco es correcto que los árabes, después de haber confesado que nos debían afecto y agradecimiento por conservar su autonomía, luego se porten inicuamente con nosotros, quitándonos lo que nos pertenece, y eso cuando éramos no enemigos, sino amigos suyos. Y es que la formalidad, que debe reinar incluso con los más enemigos, es de

[30] Cf. cap. 94.

todo punto necesario que se guarde mucho más con los amigos, cosa que no entra en el código de conducta de estas gentes, que toman por la cosa más hermosa obtener dinero de cualquier manera, mientras que el comportamiento injusto no lo consideran perjudicial con tal de poder obtener ganancia y lucro. ¿Os formuláis vosotros todavía ahora la pregunta de si debemos vengarnos de los injustos, cosa que Dios no sólo lo quiere, sino que también manda que odiemos la soberbia y la injusticia, y más cuando entramos en una guerra no sólo justa, sino incluso necesaria? En efecto, los crímenes que tanto los griegos como los bárbaros coinciden en considerar los más horrendos, ésos los cometieron contra nuestros embajadores al degollarlos, cuando los griegos aseguran que los heraldos son sagrados e inviolables y nosotros conseguimos conocer gracias a estos mensajeros enviados por Dios las más hermosas de las creencias y lo más santo de lo que contienen las leyes, puesto que ese título de mensajero tiene la virtud de traer a Dios a presencia de los hombres y posee la facultad de reconciliar a enemigos con enemigos. Así, pues, ¿qué mayor impiedad podría haber que matar a embajadores que son enviados a hacer alegatos en pro de una solución justa? ¿Y cómo podrían ellos, después de haber cometido tan repugnantes crímenes, estar seguros en su vida o ser afortunados en la guerra? A mí me parece que de ninguna manera. Supongamos, pues, que la santidad y la justicia nos asiste a nosotros, pero que ellos tienen la suerte de ser más valientes o más numerosos. A esto hay que objetar lo siguiente. En primer lugar, es indigno que nosotros digamos esto, puesto que a quienes asiste la justicia a ésos les asiste Dios, y, si Dios está de parte de uno, también lo está el número y la valentía. Pero analicemos nuestro propio comportamiento: vencimos en la primera batalla y, cuando nos enzarzamos en la segunda, no resistieron lo más mínimo a nuestro empuje, sino que huyeron al punto, sin aguantar nuestra carga y decisión, sólo que, cuando nosotros íbamos venciendo, nos atacó Atenión, entrando en una guerra que no nos había declarado. Este proceder de los enemigos ¿cuál de las dos cosas es, valía de ellos o un segundo acto de iniquidad y de insidia? ¿Por qué, pues, nuestros ánimos están más abatidos cuando debíamos concebir mayores esperanzas? ¿Cómo podríamos asustarnos de quienes son vencidos en todas las ocasiones en que contienden de verdad, mientras que cuando se les atribuye la victoria es que la han logrado por procedimientos

injustos? ¿Y cómo es que, si uno los considera valientes, no se lanza a por ellos todavía con más ímpetu por eso mismo? Pues hay que convenir en que la valentía se demuestra no en atacar a los que son más débiles que uno, sino en poder vencer incluso a los que son más fuertes. Por otro lado, si hay alguno que tiene el ánimo abatido a causa de nuestras propias desgracias y del terremoto acaecido, piense en primer lugar que esto mismo tiene engañados a los mismos árabes, puesto que consideran los hechos ocurridos de una gravedad superior a la realidad, y, en segundo lugar, que no está bien que un mismo hecho sea motivo de valentía para ellos y de cobardía para nosotros, puesto que ellos están animados no por algún éxito propio, sino por la creencia de que nosotros sucumbimos ya a las calamidades, mientras que nosotros, si marchamos contra ellos, a ellos les quitaremos los excesivos humos que tienen, mientras que nosotros recuperaremos la posibilidad de combatir con quienes ya no volverán a confiar en sí mismos. En efecto, ni estamos tan afectados, ni lo ocurrido muestra la cólera de Dios, como algunos creen, sino que estas cosas son simples coincidencias y cosas que pasan. Y aunque hubieran sido causadas por la decisión de Dios, es evidente que ya han cesado por decisión de Él, satisfecho con lo ocurrido, puesto que, si quisiera perjudicarnos todavía más, no habría cambiado. Sin embargo, por lo que a la guerra toca, que no sólo quiere que ella se ponga en movimiento, sino también que sabe que es justa, Él mismo lo ha mostrado, puesto que, aunque algunos perecieron en el campo con motivo del terremoto, ninguno de los hombres en armas sufrió daño alguno, sino que os salvasteis todos, con lo que Dios puso de manifiesto que si hubierais estado en el ejército todos en masa, incluidos vuestros hijos y mujeres, el resultado habría sido que vosotros no hubierais sufrido daño alguno. Conscientes de esto y, lo que es más importante, de que gozáis en todo momento de la protección de Dios, salid con justa rabia en persecución de quienes se comportan inicuamente con los amigos, quebrantan los acuerdos en las batallas, actúan execrablemente contra los embajadores y han sido siempre inferiores a vuestra valía».

147. *Victoria de Herodes.* 4. Los judíos, al oír estas reflexiones, se volvieron mucho más animosos para la lucha. Y Herodes, tras celebrar los sacrificios de rigor y coger deprisa a sus hombres, los condujo contra los árabes, luego de cruzar el río Jordán, y fijó

su campamento cerca de los enemigos[31]. Luego, tomó la determinación de ocupar una fortaleza situada en medio de uno y otro ejército, porque así, si se procuraba un campamento seguro, él se vería beneficiado, tanto para el caso de entablar pronto batalla como para el supuesto de que debiera retrasarla. Pero como los árabes pensaran lo mismo, se produjo una disputa por apoderarse de aquel lugar, al principio con escaramuzas y luego entrando en acción más hombres por ambas partes, hasta que por fin el bando de los árabes fue derrotado y se retiró. Este éxito contribuyó no poco a infundir confianza a los judíos. Y al observar Herodes que las fuerzas enemigas abrigaban cualquier idea menos desear entrar en batalla con ardor, intentó, llevando el ejército, arrancar la empalizada y apoderarse del campamento de los enemigos. Y es que éstos, obligados por ellos, avanzaban desordenados y no provistos de pizca alguna de ardor o de confianza en la victoria. Con todo y con eso entraron en acción no sólo porque eran más numerosos, sino también porque la necesidad de luchar los obligaba a acudir al peligro, con lo que tuvo lugar una batalla enconada, siendo no pocos los que cayeron de uno y otro lado, hasta que, al fin, derrotados los árabes, huyeron. Y se produjo una matanza entre los que cedían, de suerte que morían no sólo a manos de los enemigos, sino que fueron también ellos mismos culpables en parte de sus males, tanto por pisarse unos a otros a causa de su multitud y de su precipitación desordenada como por ser víctimas de sus propias armas. El hecho es que resultaron cadáveres cinco mil de ellos. Y el resto de las tropas consiguió refugiarse dentro de la empalizada, pero no tenían una esperanza segura de salvación por falta de provisiones y, todavía más, de agua. Y los judíos que los perseguían no lograron irrumpir dentro a la par que ellos, aunque poniendo sitio a la empalizada y sometiéndola a vigilancia impedían la entrada a los que pretendían socorrerlos y la salida a los que querían huir.

Los árabes, al encontrarse en tan difícil situación, enviaron embajadores ante Herodes, primero para solicitar alcanzar una solución definitiva al conflicto, y después, puesto que la sed los apremiaba, aceptando de momento todo lo que fuera y pidiendo obtener la seguridad de sus personas. Pero Herodes no recibió ni a los embajadores ni el rescate por los prisioneros, ni ninguna otra

[31] Cf. *BJ.* 1, 380 y ss.

solución comedida, por estar ansioso de vengar los desafueros cometidos por aquéllos contra los judíos. Y entonces, obligados, entre otras causas, sobre todo por la sed que padecían, salían fuera y se entregaban para que los detuvieran e hicieran prisioneros. Y en cinco días fueron capturados de esta manera un total de cuatro mil enemigos, pero al sexto todos los restantes determinaron salir en plan de guerra para avanzar contra los adversarios y entrar con ellos en combate cuerpo a cuerpo, prefiriendo sufrir en su caso todo lo que fuera preciso que no perecer ellos poco a poco ignominiosamente. Y una vez que tomaron esta determinación salieron fuera de la empalizada, pero no pudieron en modo alguno hacer frente a la batalla, al no tener fondo para luchar brillantemente, por estar debilitados tanto en el espíritu como en el cuerpo, y al considerar ya una ganancia la hipotética muerte por juzgar su vida una desgracia, con lo que en la precedente batalla cayeron unos siete mil de ellos. Y al sufrir tan descomunal desastre, perdieron todo el orgullo de que antes disponían, y, al admirar a la luz de sus propios sufrimientos la capacidad de mando de Herodes, de allí en adelante cedieron a su influencia y lo declararon protector del pueblo árabe. Herodes, por su parte, que entendió correcto cobrar los más grandes ánimos por el éxito logrado, volvió a su país, habiendo adquirido además gran consideración por esta gesta.

161. *Temor de Herodes a Octavio por haber ayudado a Antonio.* 6.1. Pues bien, las demás cosas le resultaban favorables, por aparecer él incuestionable en todo, pero lo amenazaba el peligro de jugárselo todo al haber vencido César Octavio a Antonio en la batalla de Actio. En efecto, en aquel momento daban todo por perdido no sólo el propio Herodes sino igualmente también los que lo rodeaban, tanto enemigos como amigos, puesto que no resultaba verosímil que fuera a quedar él sin castigo cuando había tenido una amistad tan íntima con Antonio. Así pues, mientras sus amigos daban por perdida toda posibilidad de confiar en una salida favorable a él, los que se hallaban enemistados con él, si aparentaban públicamente condolerse con el rey, tenían un sentimiento oculto de satisfacción, convencidos de obtener un cambio más favorable a sus intereses. Y el propio Herodes, al observar que Hircano era el único de estirpe regia que continuaba vivo, creyó que ya no debía dejar este impedimento en su camino, puesto que para el caso de que consiguiera salvarse y escapar al peligro consi-

deraba ésta una medida acertada si quería evitar que, en circunstancias tales como aquéllas por las que él pasaba entonces, le amenazara un hombre más digno que él de alcanzar el trono y, asimismo, para el supuesto de que sufriera lo peor por decisión de César Octavio porque anhelaba, llevado de la envidia, eliminar al único que podría hacerse con el trono.

Cuando él daba vueltas en su cabeza a esta idea, también ellos[32] le dieron algunos motivos para llevar a cabo su pensamiento. En efecto, a Hircano no le apetecía tanto entonces como en el resto del tiempo, a causa de la sencillez de su condición, llevar una vida ajetreada ni tampoco emprender una revolución, resignándose a su suerte y estando contento con todo lo que ella le deparaba. Alejandra, en cambio, era pendenciera y, al no poder aguantar las ansias de cambio, hacía saber a su padre que no debía permanecer por siempre de brazos cruzados ante los desafueros cometidos por Herodes contra su familia, sino que lo que tenía que hacer era anticiparse a las esperanzas que se adivinaban en el futuro desde una situación de seguridad, y en este sentido le pedía que, en una carta dirigida a Malco, quien tenía a su cargo el gobierno de los árabes, le solicitara que los acogiera en su reino y los protegiera, puesto que, según ella le hacía saber, una vez que ellos hubieran escapado, si el futuro que esperaba a Herodes resultaba en la forma que era previsible al haber concitado contra sí la enemistad de César Octavio, serían ellos los únicos que recuperarían el poder no sólo por razón de su linaje sino también por el afecto que les dispensaba el pueblo. A pesar de que ella pretendía persuadirlo a tomar esta decisión, Hircano rehuía esta conversación. Ahora bien, como ella padecía el vicio de la obstinación, en cierto modo incluso muy propio de las mujeres, y no lo dejara ni de noche ni de día, sino que le hablaba continuamente de ello y de la inquina que Herodes les tenía a ellos, se dejó convencer al fin a entregar una carta a un tal Dosíteo, quien se contaba entre sus amigos, en la que se requería al árabe que le enviara al Lago Asfaltitis[33] jinetes que habían de hacerse cargo de ellos y escoltarlos hasta él. Este lago dista del límite de Jerusalén trescientos estadios. Hircano confiaba en Dosíteo, porque éste trataba con exquisita consideración tanto al propio

[32] Hircano y los suyos, singularmente su hija Alejandra y su nieta Mariame.

[33] El mar Muerto.

Hircano como a Alejandra, mientras que tenía motivos no pequeños para sentir animadversión contra Herodes, puesto que era, por un lado, pariente de José[34], a quien aquél había aniquilado, y, por otro, hermano de los asesinados anteriormente por Antonio en Tiro[35]. Estas razones, sin embargo, no impulsaron a Dosíteo a ser fiel a Hircano en esta misión, sino que valorando en más la esperanza de conseguir algo del rey que lo que podía esperar del otro, fue y entregó la carta a Herodes. Y éste, tras felicitarlo por la prueba de afecto que le dispensaba, lo animó todavía a que le prestara el siguiente servicio, que consistía en que tras doblar la misiva y sellarla se la entregara a Malco y recogiera la carta que él le diera, puesto que, según le hizo saber, no carecía de interés poder conocer él también la intención del árabe. Y como Dosíteo le prestara este servicio animosamente, el árabe le remitió otra misiva en la que le decía, por un lado, que acogería con gusto no sólo al propio Hircano y a todos los suyos, sino también a todos los judíos partidarios de él, y, por otro, que enviaría las fuerzas que habían de llevarlos con plena garantía de seguridad y que no le faltaría nada de lo que le pedía. Cuando Herodes hubo tenido en sus manos esta segunda misiva, mandó llamar inmediatamente a Hircano y le preguntó por los acuerdos a que había llegado con Malco. Y como éste lo negara, le enseñó la carta y, luego, mandó ejecutar a aquel pobre hombre, con la aprobación del Tribunal.

174. *Razones que abonan la idea de la inocencia de Hircano.* 3. Esta explicación de los hechos que nosotros ponemos por escrito se ajusta al contenido de las notas del rey Herodes. Pero para los otros autores la realidad de los hechos no concuerda con esta explicación, puesto que, en su opinión, Herodes mató a Hircano no por estos motivos, sino que, más bien, por su inquina hacia él, le imputó responsabilidades, de acuerdo con su manera de ser. En efecto, según éstos escriben, las cosas ocurrieron así: con ocasión de un banquete Herodes formuló a Hircano la pregunta, que no daba el más mínimo motivo de sospecha, de si había recibido alguna carta de Malco, y como él hubiera confesado haber tenido de él una carta de salutación, Herodes le preguntó de nuevo si había

[34] Cf. caps. 65, 68 y ss., 72, 81, 83, 86 y ss., 169, 204, 254, y *BJ.* 1, 441-443.

[35] Cf. *AJ.* 14, 327.

recibido algún regalo. Y al responderle Hircano que no había recibido nada más que cuatro caballos de montar, utilizó tal pretexto para hacer recaer sobre él la acusación de corrupción y traición y, en consecuencia, ordenó que aquel hombre fuera estrangulado. Y ellos aducen como prueba de que Hircano fue víctima de tan infausto final sin haber cometido la más mínima falta su bondad de carácter y el que no ofreció indicios de osadía o temeridad ni en la juventud ni cuando ocupó el trono, sino que incluso en aquella ocasión había cedido a Antípatro la mayoría de los asuntos de gobierno[35]. Pero que entonces, cuando él tenía casualmente más de ochenta años de edad y le constaba con meridiana claridad que Herodes ocupaba el poder con total seguridad y cuando, además, había cruzado incluso el Eúfrates dejando al otro lado a las gentes que lo estimaban para venir a depender por entero de Herodes; en fin, que en esas condiciones llevara a cabo una intentona e iniciara una revolución es lo más increíble de todo y no acorde con su condición, sino que lo creíble es que todo ello fue una argucia de Herodes.

179. *Vida azarosa la de Hircano.* 4. Este fue el final de vida que Hircano encontró después de haber experimentado mientras vivió vicisitudes variopintas y multiformes. En efecto, inmediatamente ya al principio, cuando reinaba su madre Alejandra, fue nombrado Sumo Sacerdote de la nación judía, cargó que ocupó durante nueve años. Luego, tras alcanzar el trono a la muerte de su madre y haberlo ocupado durante tres meses, fue derrocado por su hermano Aristobulo aunque fue repuesto en él por Pompeyo, y, después de haber recuperado todos los cargos, continuó en el ejercicio de ellos durante cuarenta años. Posteriormente, fue por segunda vez despojado de ellos por Antígono y, tras haber sido privado de una parte de su cuerpo, estuvo cautivo en Partia. Y con el tiempo regresó de allí a su país por la confianza que le inspiró Herodes, circunstancia en que no se encontró con nada de lo que esperaba, sufriendo en su vida un cúmulo de desgracias, pero la más desagradable fue, como dijimos antes, haberse encontrado en la ancianidad con un final inmerecido, puesto que da la impresión de que se portó con todos con bondad y mesura, y de que la mayor

[35] Cf., por ejemplo, *AJ.* 14, 37-44 y 80.

parte de los actos de gobierno los puso en manos de ministros, siendo él una persona a quien no le gustaba la vida ajetreada ni tampoco hábil para ocupar el trono, al tiempo que a Antípatro y a Herodes les fue posible progresar hasta donde llegaron por la bondad de este hombre, quien se encontró con el resultado de una muerte tan ignominiosa, ni merecida ni santa, causada por ellos.

183. *Herodes se dispone a presentarse ante César Octavio.* 5. Herodes, una vez que se quitó de enmedio a Hircano, se apresuró a presentarse ante el César, pero como no podía esperar nada bueno de los contactos que tuviera con él a causa de la amistad que lo había unido a Antonio, sospechaba lo peor de Alejandra, no fuera a ser que, aprovechando la ocasión, sublevara al pueblo y suscitara una sedición en el reino. Por eso otorgó plenos poderes a su hermano Feroras, mientras a su madre Cipro, a su hermana y a toda su prole los indrodujo en Masada, ordenando a Feroras que si llegaba a sus oídos la noticia de que a él le había pasado algo malo, se hiciera cargo del gobierno. A su mujer Mariame, en cambio, (pues no podía ocupar la misma residencia que la hermana y la madre de Herodes por estar enemistada con ellas) la introdujo junto con su madre Alejandra en Alejandreo, dejando al cuidado de ellas a José, el administrador, y a Soemo de Iturea, quienes desde siempre le habían sido sumamente leales y que entonces eran dejados para vigilar a estas mujeres so pretexto de que ello constituía un honor para ellas. También éstos recibieron el encargo de que, si se enteraban de que a él le había pasado algo malo, ejecutaran en el acto a ambas, y de que conservaran, junto con su hermano Feroras, con todas sus fuerzas el trono para sus hijos.

187. Una vez que él les hubo dado estos consejos y encargos, corrió a Rodas a encontrarse con César Octavio. Y cuando arribó a esta ciudad, se despojó de la corona, pero sin desprenderse de ninguna de las otras condecoraciones que lo adornaban. Y cuando ya se le concedió en el encuentro con el César autorización para tomar la palabra, puso de manifiesto todavía mucho más su grandeza de espíritu, puesto que ni orientó su disertación en el sentido de la súplica, como era natural en tales circunstancias, ni pretendió formular ruego alguno, como cabía esperar tras los errores cometidos, sino que se limitó a dar cuenta de sus actos irreprensiblemente. En efecto, dijo al César que había tenido con Antonio una

amistad grandísima y que había hecho todo lo posible porque el gobierno de la república cayera en sus manos, puesto que, aunque no había tomado parte activa a su lado en la campaña por estar ocupado en la guerra contra los árabes, le había enviado, en cambio, dinero y provisiones. Y continuó diciéndole así: «Que esta ayuda que le había prestado era reducida en comparación con la que le correspondía haberle aportado, puesto que quien como él confesaba que era amigo de Antonio y le constaba fehacientemente que aquél había sido su bienhechor, debía acompañarlo en los peligros con la aportación total de su vida, cuerpo y riquezas; y que, aunque él le había devuelto menores bienes de los que debía, sin embargo sí tenía la conciencia tranquila de haber actuado correctamente cuando no lo abandonó, ni siquiera después de perder la batalla de Actio y de no haber pasado a depositar las esperanzas en otro cuando su suerte ya había cambiado claramente, y de haberse mantenido, por el contrario, si no un aliado de la categoría que exigían las circunstancias, sí al menos un consejero sumamente cabal, puesto que, en este sentido, había sugerido veladamente a Antonio que mandara ejecutar a la persona cuya muerte constituía el único factor de que pudiera salvarse y no perder el gobierno de la república: esa persona no era otra que Cleopatra, ya que, una vez ejecutada ella, él tenía ligeras posibilidades de dirigir el gobierno de la república y de encontrar y concertar contigo más fácilmente una solución a la enemistad que os separaba. Él no me hizo caso en nada de esto, sino que prefirió seguir con sus despropósitos, actuando así de una manera inconveniente a sus intereses y favorable a los tuyos. Por todo ello ahora, si juzgas mis desvelos dejándote influir por el odio que le tienes a Antonio, ni aun así renegaría de mi actuación ni desdeñaría hablar públicamente del afecto que sentí por él, pero si, prescindiendo de su persona, analizas cómo me porto con los que han sido mis benefactores y qué clase de amigo soy para ellos, podrás saber quiénes somos nosotros con conocimiento de causa, puesto que, aunque se cambie el nombre, no por ello podrá brillar menos la firmeza con que nosotros defendemos la amistad».

194. Herodes, al expresarse en tales términos y poner completamente de manifiesto su nobleza de espíritu, se atrajo descomunalmente la simpatía de César, que era una persona generosa y noble, de tal manera que los motivos de las imputaciones que

pesaban sobre él conformaron ya el fundamento del afecto que César le dispensó. Y, así, no sólo repuso de nuevo la corona real sobre su cabeza, sino que también, tras animarlo a que mostrara hacia él no menos afecto que había mostrado hacia Antonio, le dispensó toda suerte de honores, añadiendo que Quinto Didio[37] le había escrito, comunicándole que Herodes le había prestado su concurso sincero en el asunto de los gladiadores. Herodes, tras ser honrado con tan favorable acogida y comprobar, en contra de lo que cabía esperar, que su trono volvía a estar más seguro totalmente por concesión de César y confirmación de los romanos, medida que César tomó para seguridad de Herodes, acompañó a Octavio César a Egipto, tras agasajarlo, incluso por encima de sus posibilidades, tanto al propio Octavio como a sus amigos, y poner de manifiesto toda su grandeza de espíritu. Por otro lado, intercedió también por Alejandro, que era uno de los amigos de Antonio, a fin de que no sufriera calamidad alguna de signo irreparable, pero no logró su empeño porque Octavio César ya estaba comprometido de antes por juramento. Luego, regresó de nuevo a Judea con mayor prestigio y confianza en sí mismo, con lo que impresionó a quienes habían esperado lo peor y contrario, convencidos de que por el afecto de Dios hacia él extraería siempre de las situaciones de peligro un mayor esplendor. Sea de ello lo que quiera, el hecho es que acto seguido se preparó para el recibimiento de Octavio César, que desde Siria se disponía a invadir Egipto. Y cuando se presentó, lo recibió en Ptolemaide con todo el séquito real y ofreció también a su ejército dones de hospitalidad y provisiones sin tasa. Y era contado entre los hombres de más confianza de Octavio César, tanto que lo acompañaba siempre montado a caballo cuando aquél pasaba revista a sus fuerzas y lo acogió a él y a sus amigos en ciento cincuenta salas, todas ellas preparadas con suntuosidad y riqueza de servicios. Y le llevó también, cuando las fuerzas de Octavio César atravesaban las tierras desprovistas de agua, los suministros más apremiantes, de suerte que no les faltó ni vino, ni agua, que era de lo que más necesitados estaban los soldados. Pero al propio César le regaló ochocientos talentos, con lo que obligó a todo el mundo a pensar que hacía gala de un lujo mucho mayor y más brillante de lo que correspondía a las dimensiones del

[37] Cf. Dión Casio 51, 7.

reino que él gobernaba. Esto contribuyó a confirmar en todos el convencimiento de que Herodes actuaba con afecto e interés por ellos y ganó muchísimo ante los romanos, al vincular su magnanimidad a las necesidades del momento. Pero Herodes, cuando las fuerzas de Octavio César regresaron de Egipto, otra vez más se vio que en esta segunda ocasión les ofreció unos servicios no inferiores en absoluto a los prestados en la primera.

202. *Herodes y sus problemas familiares.* 7.1. Sin embargo, al llegar él a su reino encontró turbada la paz de su casa e irritadas tanto a su mujer Mariame como a Alejandra, la madre de ella. En efecto, al creer éstas, como era de sospechar, que habían sido introducidas en aquel lugar no por su personal seguridad, sino para que, sometidas a vigilancia, no pudieran disponer de nadie, ni de los demás ni de sí mismas, era una cosa que a duras penas soportaban.

Mariame, concretamente, interpretaba el supuesto amor del rey hacía su persona simplemente como una falacia y un engaño inventado para su propio provecho, y, por otro lado, estaba molesta por no contar, por culpa de Herodes, con la esperanza de continuar viva en el caso de que a él le pasara lo peor, puesto que recordaba los encargos dados por Herodes a José[38], lo que la llevaba a tratar con mimo a sus guardianes y más a Soemo, al saber que de él dependía todo. Y Soemo al principio se mantenía leal a Herodes, no dejando de cumplir nada de lo que lo había encargado, pero como aquellas mujeres lo mimaran de una manera harto insistente con palabras y con regalos, se iba rindiendo poco a poco, hasta que al fin les dio cuenta de todas las recomendaciones que le había hecho el rey. Al obrar así lo hizo movido sobre todo porque no esperaba en absoluto que Herodes volviera con las mismas atribuciones, con lo que, además de escapar a toda represalia venida de ese lado, consideraba que con su actitud favorecería en no pequeña medida a las mujeres, quienes era natural que no perderían la dignidad de que estaban investidas, y que conseguiría todavía una mayor recompensa si se convertían ellas mismas en reinas o se situaban muy próximas al futuro rey. Y, además, estaba convencido no menos de que, aún en el supuesto de que Herodes volviera habiendo conseguido todo lo que se hubiera propuesto, no tenía la

[38] Cf. caps. 65-66 y 69.

más mínima garantía de que iba a poder rebatir a aquella mujer si ella lo pretendía, puesto que sabía muy bien que el amor que el rey sentía por Mariame era superior a todo lo que se le pudiera decir. Estas consideraciones lo llevaron a comunicarles las recomendaciones del rey, que Mariame escuchó con irritación, al darse cuenta de que ella no se vería jamás libre de sufrir lo peor de parte de Herodes, por lo que concibió sentimientos de odio hacia él, por un lado haciendo votos porque Herodes no recibiera un castigo de poco más o menos, y, por otro, considerando insoportable en su caso compartir la vida con él. Cosa que demostró más tarde, al no ocultar ninguno de sus sentimientos.

209. *Un imprevisto hace que Herodes no ejecute de momento a su esposa Mariame.* 2. Pues bien, Herodes, tras arribar a su tierra enaltecido con aquellos magníficos éxitos que inesperadamente logró, la primera persona a quien dio la buena noticia de los éxitos alcanzados, fue, como es natural, su mujer, y sólo a ella abrazó, por preferirla a todo lo demás a causa del amor y confianza que en ella tenía depositados. Pero ocurrió que ella, cuando Herodes le daba cuenta de sus éxitos, no mostraba alegría sino más bien disgusto, ni podía ocultar sus sentimientos. Al contrario, impulsada por la desconsideración con que era tratada y la conciencia de pertenecer a una familia de pro, respondía con lamentos a los abrazos de Herodes y evidenciaba que la exposición de los hechos realizada por su marido le causaba más disgusto que alegría, de suerte que ciertos sentimientos, que eran no sólo sospechosos, sino incluso meridianamente claros, inquietaban a Herodes. Lo angustiaba, en efecto, el observar el incomprensible odio de su mujer hacia él y que ella no se molestaba en ocultar, y estaba molesto con su comportamiento, de forma que, al ser él incapaz de dominar el amor que sentía por ella, no mantenía hacía Mariame una postura fija, bien de irritación, bien de concordia, sino que pasaba continuamente de un sentimiento al otro, sin saber en absoluto con cuál de los dos quedarse. Consecuentemente, cogido él de esta manera entre el odio y el amor y dispuesto en numerosas ocasiones a tomar represalias contra ella por su desconsideración, sin embargo al tener su corazón dominado por ella resultaba carecer de la fuerza necesaria para mandar al otro mundo a aquella persona. Y, en suma, aunque le gustaría matarla, temía sin embargo no fuera a ser que sin darse cuenta tomara contra sí mismo un castigo demasiado duro si moría Mariame.

213. Pero la hermana y la madre de Herodes, conscientes de que él se encontraba así de irritado con Mariame, creyeron encontrar la ocasión más preciosa para hacer que le cogiera odio a su mujer y, así, charlaban con él instigándolo no poco con calumnias que pudieran inspirarle odio y celos al mismo tiempo. Y él, aunque no le desagradaba oír tales informaciones, ni se decidía de una vez por todas a tomar alguna medida drástica contra su mujer, como habría hecho de estar completamente convencido de lo que ellas le decían, sin embargo sus relaciones con ella eran cada vez peores y ardía más en cólera, mientras ella no ocultaba su aborrecimiento hacia él, y él iba convirtiendo el amor que sentía por ella en irritación. Y hubo un momento en que habría tomado contra ella una medida irreparable, pero como en aquel preciso instante llegara la noticia de que Octavio César había ganado la guerra y que, muertos Antonio y Cleopatra, se había apoderado de Egipto, Herodes por la urgencia de correr a encontrarse con el César dejó como estaba el problema doméstico. Mariame, por su parte, para ganarse a Soemo, en el momento en que Herodes se disponía a partir le confesaba a éste estar sumamente agradecida a Soemo por las atenciones que le había dispensado y solicitó al rey para él el gobierno de alguna región, cargo que aquél obtuvo. Y Herodes, al llegar a Egipto, trabó conversaciones con el César con mayor confianza que antes por ser ya su amigo y fue premiado con los más grandes dones, puesto que Octavio le concedió los cuatrocientos galos que componían la escolta personal de Cleopatra y le devolvió el territorio [39] del que había sido despojado por los ardides de aquella mujer[40]. Y agregó a su reino las ciudades de Gádara, Hipo y Samaria y, de la zona costera, las plazas de Gaza, Antedón, Jopa y Torre de Estratón.

213. *Herodes condena a muerte a su esposa Mariame.* 3. Y Herodes, al obtener también estos éxitos, alcanzó una posición mas brillante. Y acompañó al César hasta Antioquía, regresando luego a casa. Y mientras que sus éxitos en política exterior acrecentaban su felicidad, en la misma medida fracasaba en los asuntos privados y especialmente en el matrimonio, en el que antes parecía

[39] Cf. caps. 92-95.
[40] Cf. *BJ.* 1, 396.

ser singularmente afortunado, puesto que el amor, por otro lado justificado, que hasta entonces había sentido por Mariame no era en absoluto inferior a ninguno de los conocidos por la historia. Pero ella, que por lo demás era honesta y fiel a él, tenía un genio algo difícil, propio de ciertas mujeres, lo que la llevaba, por un lado, aprovechándose de que Herodes estaba rendido a sus caprichos a causa de la pasión amorosa que sentía por ella, a maltratarlo bastante, y, por otro, al no darse cuenta de que en aquel momento estaba sometida a un rey y de que otro mandaba en ella, a comportarse con él numerosas veces de una manera insolente, comportamiento que aquél tomaba a broma y aguantaba sin perder el control y en tono mayestático. Pero ella públicamente se mofaba a causa de su inferior extracción social, tanto de la madre de Herodes como de su hermana, de quienes hablaba mal, a consecuencia de lo cual ya antes se habían producido entre estas mujeres disensiones y un odio irreconciliable, y en el momento al que nos referimos provocó entre ellas incluso calumnias demasiado graves. Y este mirarse mal entre las mujeres, que cada día cobraba más cuerpo, se extendió a lo largo de todo el año que siguió al regreso de Herodes de estar con el César. Al final, sin embargo, este odio, que venía siendo alimentado desde bastante tiempo atrás, explotó, por causa del motivo siguiente. El rey, al acostarse para descansar un poco a la hora del mediodía, llevado del apasionado amor que sentía siempre por Mariame la llamó junto a él. Ella entró en la habitación, pero sin embargo no se acostó con él, pese a sus insistentes ruegos, limitándose ella a menospreciarlo y a censurarle que hubiera matado tanto a su padre[41] como a su hermano[42]. Y en el momento en que él a duras penas soportaba su insolencia y estaba dispuesto a cometer un disparate, Salomé, la hermana del rey, al percatarse de que la turbación era especialmente grave, mandó entrar en la habitación del rey a su copero, preparado al efecto desde muchísimo tiempo atrás, ordenándole decir al rey que Mariame había intentado convencerlo a que le ayudara a preparar un filtro de amor para el rey. También le ordenó que, si Herodes se turbaba y le preguntaba qué era ello, le dijera, por un lado, que se

[41] Cf. *AJ.* 14, 119-125 y 140, y *BJ.* 1, 195. Pero en *BJ.* 1, 437, en vez de *padre,* se dice *abuelo* (que era Hircano II, padre de Alejandra. Cf. *AJ.* 15, 173).

[42] Cf. *AJ.* 15, 51-56, y *BJ.* 1, 437.

trataba de un hechizo que tenía Mariame y, por otro, que había sido invitado él a servírselo, pero que, si Herodes no se inquietaba al mencionarle el filtro, dejara quieta la cuestión. En todo caso, según Salomé le hacía saber, el asunto no comportaba riesgo alguno para él. Y Salomé, tras darle estas instrucciones, le mandó entrar a decírselo al rey en aquel mismo momento. Y el copero entró plenamente convencido y al mismo tiempo deprisa, diciendo a Herodes que Mariame le había ofrecido regalos y desde hacía tiempo venía intentando convencerlo a que le suministrara un filtro. Al descomponerse el rey ante esta noticia y preguntarle qué era eso del filtro, le dijo que se trataba de un hechizo que Mariame andaba intentando entregarle, cuyos efectos él ignoraba, precisamente por lo que había venido a comunicárselo, al considerarlo lo más seguro para él y para el rey. Al oír tales noticias el rey, que ya antes se encontraba sumamente molesto, se irritó aún más y, en consecuencia, al eunuco de mayor confianza de Mariame lo sometió a tortura para informarse del asunto del hechizo, en la idea de que sin él no era posible que se hubiera hecho cosa alguna, ni de mayor importancia ni de menor. Y este hombre, cuando fue sometido a tormento, no le pudo aportar información alguna del asunto por el que era torturado, pero aseguró sin embargo que la hostilidad que su mujer sentía hacia él se debía a la información que Soemo le había dado a ella. Y mientras el eunuco se estaba refiriendo todavía a esta cuestión, el rey a voz en grito aseguró que Soemo, después de ser sumamente fiel, al menos en todas las demás ocasiones, a él y al trono, no habría revelado sus encargos de no haber llegado bastante lejos en sus relaciones con Mariame. Y sin más ordenó a los servicios de seguridad que detuvieran a Soemo y lo mataran. Y a su mujer, reuniendo al efecto a sus íntimos, la sometió a juicio, en el que la acusó duramente a causa de los filtros y hechizos a que hacían referencia las calumnias levantadas contra ella. Y Herodes, en su discurso, se mostraba descompuesto y más furioso de lo que convenía a un juicio, hasta que al final, al comprender los asistentes al acto que se encontraba en ese estado de ánimo, la condenaron a muerte. Pero, aun emitida la sentencia, no sólo al propio Herodes sino también a algunos de los presentes les rondaba una idea del tenor siguiente , que no se debía ejecutarla tan temerariamente, sino meterla en alguna prisión del reino. Pero Salomé y su grupo se empeñaron en eliminar a esta persona y contribuyó especialmente a convencer al rey a que

tomara esta determinación cuando le aconsejaron que se anduviera con mucho cuidado con el levantamiento de las multitudes, en caso de que ella viviera. Esta idea hizo, así pues, que Mariane fuera conducida camino de la muerte.

232. *Ignominioso comportamiento de Alejandra.* 5. Alejandra, al observar el estado de cosas presente y, concretamente, que tenía pocas esperanzas de evitar también ella recibir de Herodes el mismo castigo, adoptó una postura infame y contraria a su inicial osadía. En efecto, deseosa de poner de manifiesto que no tenía nada que ver con el asunto del que Mariame era acusada, saltó y, en son de reproche hacia su hija, en presencia de toda la audiencia y a voz en grito, le dijo que había sido malvada e ingrata con su marido y que era justo el castigo a que había sido condenada por su osadía tan alocada, ya que no había correspondido debidamente a la persona que tantos beneficios le había procurado a ella y a todos los suyos. Mientras ella fingía tan ignominiosamente, teniendo la osadía incluso de agarrar a Mariame por los pelos, los otros mismos condenaban, como es natural, muy vehementemente su infame impostura, pero quien más evidenció este sentimiento fue la propia víctima, puesto que se limitó a mirarla sin contestar una palabra en absoluto ni alterarse ante el despropósito de su madre, sino que mostró que estaba por encima de aquel fallo de su madre y que lo que más la molestaba era que su actitud ignominiosa fuera tan palmaria. Ella, sin embargo, marchó camino de la muerte con un semblante imperturbable y con el color de su piel inmutable, no dejando de poner de manifiesto a los ojos de los espectadores, ni siquiera en el momento supremo, la nobleza de su estirpe.

237. *Semblanza de Mariame.* 6. Así fue como murió aquella mujer, que alcanzó las más altas cotas tanto en señorío como en grandeza de espíritu, aunque le faltó la moderación y tenía un carácter demasiado dado a la disputa. Pero por la hermosura de su cuerpo y la distinción de su porte superaba, más de lo que puede darse a entender con palabras, a las mujeres de su edad. Y aquí vino el principal motivo para que ella no viviera a gusto y placenteramente con el rey, puesto que, al ser mimada por Herodes a causa del amor que sentía por ella y al no esperar recibir de él ningún maltrato, se tomaba confianzas excesivas. Y como ella sufría con la suerte de los suyos, osaba decirle a él todas las desgracias

que a este respecto había padecido, con lo que al final consiguió que le fueran hostiles no sólo la madre y la hermana del rey, sino también él mismo, que era el único que le garantizaba que no le pasara nada desagradable.

240. *Desvaríos de Herodes tras la muerte de Mariame, y otros males.* 7. Pero una vez ejecutada ella, ardió todavía más la pasión del rey, quien se encontraba en la forma que ya antes señalamos, pues su amor por ella no era desapasionado ni del tipo habitual, sino que, si ya había sido en sus inicios ardiente, la confianza derivada de su vida en común no logró evitar que fuera cada vez más intenso[43]. Sin embargo entonces parecía que lo atacaba más que nunca, lo que se atribuía a un castigo divino por el ajusticiamiento de Mariame. En efecto, fueron numerosas las veces que reclamaba a gritos su presencia y muchas también las que rompió en lamentos desconsolados y descontrolados e ideaba todo recurso que pudiera tranquilizar la inquietud de su alma entregándose a la bebida y a las relaciones íntimas, pero todo esto no le valía de nada. Por todo ello dejó de lado la administración del reino y hasta tal punto lo dominaba la pasión por ella que llegó incluso a ordenar a los miembros del servicio que reclamaran la presencia de Mariame, como si todavía estuviera viva y pudiera atender a su llamada. Y cuando él se encontraba en esta situación, sobrevino una peste, que acabó con la vida no sólo de la mayoría de la gente del pueblo, sino también de la de sus amigos más apreciados. Ello hizo sospechar a todo el mundo que esta calamidad se debía a la cólera divina por la iniquidad cometida contra Mariame. Y esta misma circunstancia agravó aún más el estado anímico del rey, hasta que, por fin, le dio por marcharse a lugares solitarios donde, so pretexto de dedicarse a la caza, sufría su tristeza. Pero cuando todavía no había pasado allí demasiados días contrajo una enfermedad gravísima, que se manifestaba en fiebre, dolor de nuca y pérdida del sentido. Y no hubo remedio alguno de los aplicados que terminara reportándole mejora alguna, sino que, si durante un tiempo contrarrestaban la enfermedad, al final llevaron a desesperar de que pudiera salvarse. Y cuantos médicos le asistían, en vista de que la enfermedad no respondía a los medicamentos que le apli-

[43] Cf. *BJ.* 1, 444.

caban, y en vista también de que el rey no podía llevar otro tipo de régimen alimenticio que aquél al que lo obligaba la enfermedad, decidieron darle todo lo que a él le apeteciera. Y como ellos desesperaban de conseguir su salvación en virtud de un régimen alimenticio, confiaron su recuperación a la suerte. Este es el tipo de asistencia médica que recibía allá en Samaria, posteriormente llamada Sebaste[44].

247. *Conspiración y muerte de Alejandra.* 8. Por su parte, Alejandra, que moraba en Jerusalén, al enterarse de la enfermedad de Herodes intentó controlar las guarniciones de la ciudad. Eran dos: una, la que protegía a la propia ciudad, y otra, la que protegía el Templo. Y quien las controlara tendría dominada a la nación entera, puesto que, si, por un lado, los sacrificios no podían hacerse sin su aquiescencia, por otro ningún judío podía prescindir de celebrarlos, habida cuenta de que todos los judíos estarían más dispuestos a perder la vida que a dejar de cumplir los actos rituales que tienen por costumbre celebrar en honor de Dios. Pues bien, Alejandra alegó ante los comandantes de estas guarniciones que debían ponerlas bajo el mando de ella y de los niños de Herodes no fuera que, si él dejaba este mundo, algún otro antes que ellos tomara el poder en sus manos, puesto que si él se recuperaba nadie se lo preservaría más seguro que sus propios familiares. Pero ellos no recibieron con agrado esta propuesta de Alejandra, sino que, si durante su vida anterior le habían sido fieles, le permanecieron todavía más en aquel momento, no sólo por odio a Alejandra, sino también por no considerar compatible con sus sentimientos religiosos abandonar a Herodes todavía en vida, puesto que eran viejos amigos, e incluso uno de ellos, Aquiab[45], primo del rey.

Inmediatamente, pues, le comunicaron por medio de carta y de un emisario la intención de Alejandra. Y Herodes sin demora alguna dio orden de que se procediera a matarla, mientras él, tras salir de la enfermedad muy a duras penas y con sufrimiento, maltrecho espiritual y físicamente por igual, estaba irritado con propensión a cometer actos desagradables y, en este sentido, ante cualquier inculpación recurría muy prestamente a tomar represalias contra

[44] Esto es, *Augusta*, en honor a *Augusto*, título adquirido por Octavio en el año 27 a. C.

[45] Cf. *AJ.* 17, 184, 270 y 297, y *BJ.* 1, 662 y 2, 55 y 77.

las víctimas. Y, así, llegó a asesinar incluso a sus más íntimos amigos como eran Costóbaro, Lisímaco, Gadias, de sobrenombre Antípatro, y también a Dosíteo, y todo por el motivo siguiente.

253. *Herodes castiga cruelmente a los traidores.* 9. Costóbaro era de estirpe idumea y uno de los hombres de más alto rango de su pueblo, cuyos antepasados habían sido sacerdotes de Cozas, ser que los idumeos consideran dios. Pues bien, Hircano[46] sustituyó en su día la Constitución idumea por las normas y costumbres judías. Posteriormente Herodes, cuando ocupó el trono, designó a Costóbaro gobernador de Idumea y de Gaza, y le entregó en matrimonio a su hermana Salomé, después de ejecutar a José, su anterior marido, según indicamos[47]. Y a Costóbaro, al alcanzar estos honores con gran contento e inesperadamente, se le subió demasiado el éxito a la cabeza y poco a poco se fue propasando, de suerte que ni consideraba honroso para sí mismo cumplir las órdenes que le daba su jefe, Herodes, ni para los idumeos estar supeditados a los judíos, obligados a compartir sus costumbres. Por todo ello envió repetidas veces mensajeros a Cleopatra, diciéndole continuamente que Idumea había pertenecido a sus antepasados, por lo que era justo que reclamara a Antonio la entrega del país en cuestión, puesto que, según le hacía saber, él estaba presto a transferir a ella la debida lealtad. Efectuaba estas gestiones en modo alguno porque prefiriera que Cleopatra se hiciera con el poder, sino porque si Herodes era despojado de la mayor parte de su reino consideraba un objetivo al alcance de su mano no sólo lograr para sí el gobierno de la nación idumea, sino también llevar a cabo proyectos más ambiciosos. En efecto, tenía la esperanza de alcanzar cotas más altas, para lo que contaba con los recursos no pequeños compuestos por una familia de solera y el dinero que se había procurado con continuas usuras, todo lo cual le inspiraba ideas en modo alguno de poca monta. Pues bien, Cleopatra fracasó en su intento cuando pidió a Antonio hacerse con el control de este país. Y alguien le dio cuenta a Herodes de este asunto, y él, aunque estaba decidido a matar a Costóbaro, optó sin embargo por ceder a la petición de su hermana y de su madre, y, en consecuencia, lo dejó libre y le con-

[46] Hircano I. Cf. *A.J.* 13, 257-258.
[47] Cf. *A.J.* 15, 81 y 87, y *B.I.* 1, 441-443.

cedió el perdón, teniéndolo de allí en adelante no exento de sospecha en razón de su antigua intentona.

259. Pero transcurrido un tiempo ocurrió que Salomé discutió con Costóbaro, e inmediatamente ella le envió una carta en la que le comunicaba la disolución de su matrimonio, procedimiento no acorde con las leyes judías, puesto que entre nosotros el marido está legitimado para tomar esta medida, mientras que la esposa no está autorizada, ni siquiera divorciada, a contraer libre matrimonio si el marido anterior no se lo permite. Sin embargo, Salomé, que optó por seguir no la ley de su pueblo sino la que ella misma se confirió, renunció a continuar viviendo bajo el mismo techo, y dijo a su hermano Herodes que se había separado de su marido por afecto hacia él, puesto que, según le indicó, se había enterado de que aquél, en compañía de Antípatro, Lisímaco y Dosíteo, aspiraba a dar un golpe de Estado. Y en prueba de la veracidad de su proceder se refirió a los hijos de Saba, de quienes dijo que ya llevaban ocultos en casa de Costóbaro un período de doce años. Y así era en verdad. Cosa que causó gran impresión al rey, puesto que oír esto era lo que menos se esperaba, pero se enfureció aún más por lo extraño de la noticia, habida cuenta de que el asunto de los hijos de Saba había concitado en su día todo su interés por castigarlos a causa de guardar ellos sentimientos de animadversión hacia él, mientras que en aquel momento se le habían ido de la memoria por el largo tiempo transcurrido. La hostilidad y el odio que Herodes sentía contra ellos había surgido por el motivo siguiente.

Cuando Antígono ocupaba el trono, Herodes sitiaba con sus fuerzas la ciudad de Jerusalén[48] y por el apremio de las calamidades que afectaban a los sitiados eran bastantes los que llamaban a Herodes y se inclinaban a cifrar sus esperanzas ya en él. Pero los hijos de Saba, que gozaban de prestigio e influencia ante la masa, continuaban fieles a Antígono, por lo que despotricaban contra Herodes continuamente e incitaban al pueblo a ayudar a los reyes a conservar el poder que les pertenecía por familia. Ellos, claro está, defendían esta opción política porque consideraban que también convenía a sus propios intereses. Pero en el momento en que la

[48] Cf. *AJ.* 14, 394-438, y *BJ.* 1, 290-319.

ciudad iba siendo tomada y Herodes iba dominando la situación, Costóbaro, que fue designado para la misión de bloquear las salidas y vigilar la ciudad, para evitar que los ciudadanos culpables o que defendían una opción política contraria al rey pudieran escapar, al saber que los hijos de Saba gozaban ante la masa entera de aceptación y estima, y al considerar que podría serle de gran ayuda para un posible cambio de gobierno conservarlos sanos y salvos, los sacó a hurtadillas y los ocultó en una finca de su propiedad. Y de momento, al asegurar bajo juramento de que no sabía nada en absoluto de aquéllos, se vio libre de las sospechas de Herodes, a quien por cierto le había pasado por la cabeza sospechar lo que realmente pasaba. Y posteriormente, cuando el rey publicó anuncios y premios a quien revelara dónde se encontraban e ideó todo tipo de rastreo, Costóbaro no fue a confesar la verdad, sino que como estaba persuadido de que el descubrimiento y detención de los hombres en cuestión no resultaría un hecho impune para él por haberlo negado primero, se veía ya obligado a mantenerlos ocultos no sólo por efecto hacia ellos, sino también por necesidad. Y, una vez que éstos fueron delatados al rey por su hermana, Herodes por medio de unos emisarios que envió a los campos en que ellos se encontraban según decía la denuncia, los mató, no sólo a ellos, sino también a los otros inculpados, con lo que no quedó resto alguno de la familia de Hircano, sino que el trono estaba exclusivamente en sus manos, al no haber nadie con categoría suficiente para enfrentarse a sus desafueros.

267. *El fanatismo judío se rebela ante el proceder filoheléni-co de Herodes.* 8.1. Esto contribuyó a que Herodes se apartara aún más de las costumbres tradicionales de los judíos y corrompiera con hábitos extraños las viejas instituciones que debían ser intocables, hechos que nos perjudicaron no poco también el futuro, al ser descuidadas todas las normas que antes inducían a la gente a la piedad. En efecto, primeramente en honor de César Augusto estableció un concurso quinquenal de juegos y edificó un teatro en Jerusalén, y luego un anfiteatro grandísimo en la llanura, admirables ambos por su suntuosidad, pero extraños a las costumbres judías, puesto que nuestros antepasados no transmitieron a sus descendientes el uso de estos edificios ni la representación de tales espectáculos. Herodes, sin embargo, realizó con el mayor lustre la celebración de los juegos quinquenales, al anunciarlos a los pue-

blos limítrofes e invitando a ellos a las gentes de todas las razas. Los púgiles y el resto de los concursantes fueron convocados de todos los países, atraídos por la esperanza de conseguir alguno de los premios ofrecidos y la gloria derivada de la victoria, de suerte que se reunió la flor y nata de los expertos en estas pruebas, puesto que propuso magníficos galardones no sólo a los vencedores en los ejercicios gimnásticos, sino también a los que vivían dedicados a la música y que eran conocidos por el nombre de *gentes del teatro*. Esto hizo que se pusiera el máximo empeño en que acudieran a competir los especialistas más insignes. Y ofreció también a las cuadrigas de caballos, a las parejas y al concurso del simple caballo no pequeños premios, y por el deseo de que su espectáculo resultara sobresaliente imitó todas las novedades que los diversos pueblos habían introducido en razón de su suntuosidad o de su prestancia. Concretamente el teatro fue adornado todo alrededor por pinturas con las gestas de César Augusto y los trofeos que aquél consiguió de las naciones a las que se enfrentó, pinturas todas hechas por él de oro puro y de plata. Y, en lo que al atuendo respecta, no había vestido alguno ni juego de piedras tan precioso que no fuera mostrado asimismo al público y al espectáculo objeto de concurso. Y se trajeron también animales salvajes, habiendo hecho Herodes grandísimo acopio de leones y otras fieras dotadas de fuerza descomunal o de hechura un tanto rara. Y se celebraron enfrentamientos entre sí de los animales citados, y peleas contra ellos llevadas a cabo por hombres que habían sido condenados a enfrentarse a las bestias. Los extranjeros resultaban impresionados por el gasto que todo aquello implicaba y asimismo estupefactos por los riesgos inherentes al espectáculo en sí, mientras que para las gentes del país aquello representaba la evidente disolución de las costumbres estimadas por ellas, puesto que les parecía claramente impío arrojar hombres a las fieras para deleite de las personas que lo contemplaban, e igualmente impío sustituir sus hábitos por costumbres extrañas. Pero lo que sobre todo les dolía eran los trofeos, pues al creer que eran imágenes lo que rodeaba a las armas les molestaba sobremanera, dado que era contrario a su tradición venerar tales objetos.

277. Pero tampoco le pasaba inadvertido a Herodes que estaban conturbados. En estas circunstancias emplear la fuerza contra ellos lo consideraba inoportuno, por lo que conversó con algunos y

de esta manera trataba de convencerlos y quitarles esas supersticiones. Pero no sólo no lo conseguía, sino que, molestos ellos por lo que consideraban despropósito de Herodes, a voz en grito y de manera unánime dijeron que, aunque daban por tolerable cualquier cosa, no estaban dispuestos a consentir imágenes de personas en la ciudad, en referencia a los trofeos, puesto que, según indicaban, no pertenecía a la tradición de su pueblo. Herodes, por su parte, al ver que estaban alterados y que no cederían fácilmente si no se les conseguía convencer, tras llamar a los más notables de ellos los llevó al teatro y, mostrándoles los trofeos, les preguntó qué les parecía que era aquello. Y al decir ellos a voz en grito «*imágenes de hombres*», Herodes ordenó que les fuera quitada la ornamentación superpuesta y con ello les mostró simplemente la madera. La eliminación de la referida ornamentación se trocó inmediatamente en risa, y también facilitó muchísimo que se calmaran el hecho de que ya anteriormente consideraron ellos ridícula la estructura de las supuestas imágenes.

280. *Conjura de unos pocos, contrarios a esta política filohelénica de Herodes.* 3. Como Herodes hubiera tratado por este procedimiento de sacudirse de encima a la multitud y de calmar los ánimos que tenía excitados por la furia que la embargaba, los más daban la impresión de haber cambiado y de no estar ya irritados, pero algunos de ellos continuaban molestos con aquellos usos insólitos, y, al considerar la disolución de las costumbres tradicionales germen de futuras y grandes calamidades, creyeron un deber suyo de carácter religioso jugarse la vida antes que dar la impresión, cuando su Constitución estaba siendo adulterada, de que consentían que Herodes introdujera por la fuerza lo que no se ajustaba a sus hábitos, habida cuenta de que él en teoría aparecía como rey de la nación entera, mientras que en la práctica era hostil a ella. Movidos por estos sentimientos, diez hombres de la ciudad decidieron, bajo juramento, arrostrar cualquier riesgo, introduciendo debajo de los respectivos mantos cuchillos para cumplir su plan. Y entró a formar parte del grupo de conjurados, inducido a ello por considerar una afrenta indigna lo que oía, un individuo privado de la visión en los ojos, no porque se considerara capacitado para llevar a cabo alguna operación o actuar en la tarea, sino por declararse dispuesto a sufrir un castigo si también aquéllos se encontraban con él, de suerte que esta su voluntariedad confirió a los restantes

un enorme estímulo. Pues bien, tras esta determinación tomaron el acuerdo de marchar al teatro, en la esperanza de que ni el propio Herodes escaparía sano y salvo si caían sobre él de improviso y en la creencia, aun en el supuesto de que no pudieran alcanzarlo a él, de que conseguirían matar a muchos de su séquito, y, en última instancia, de que, aunque tuvieran que morir, se consideraban satisfechos con llevar al propio rey a reflexionar sobre las afrentas que él mismo cometía contra el pueblo según el sentir general. Pues bien, ellos albergaban decididamente tales intenciones. Pero uno de los funcionarios encargados por Herodes de la misión de espiar en todas partes y de transmitir la información de los hechos de este tenor descubrió el total de la operación y dio cuenta de ello al rey cuando se disponía a entrar en el teatro. Y él, como no consideró inverosímil la noticia en vista tanto del odio que la mayoría de la gente le tenía, de lo que él era conocedor, como de los disturbios que suscitaban todas sus actuaciones, se retiró a palacio y, a continuación, procedió a citar uno por uno a los acusados. Y como los servicios de seguridad hubieran caído sobre ellos, fueron sorprendidos en flagrante. Y como comprendieran que no podrían escapar, embellecieron la inevitable llegada de su hora final con no abdicar lo más mínimo de su altura de miras, puesto que mostraron los puñales cogidos ya, sin doblegarse ni negar la operación, y convinieron en reconocer que su conjura obedecía a razones honrosas y piadosas, no determinadas por ningún interés ni motivaciones particulares, sino mucho más en defensa de las costumbres de la comunidad, las cuales todos deben guardar o morir por su defensa. Ellos, tras justificar con tan noble sinceridad la razón de su conspiración, fueron llevados detenidos por los servicios de la seguridad real que los rodeaba y, tras soportar toda clase de vejaciones, fueron ejecutados. Pero no mucho después un grupo de hombres secuestraron, llenos de odio, a la persona que había denunciado la conjura, y no se limitaron únicamente a matarlo, sino que lo cortaron en trozos y lo tiraron a los perros. Y aunque el hecho fue observado por numerosos ciudadanos no lo denunció nadie, hasta que, al efectuar Herodes una investigación más cruel e imperiosa, unas mujeres que fueron sometidas a tortura declararon los hechos que habían visto. Y el castigo impuesto por Herodes a los autores por su temeraria acción fue su muerte y la de toda su familia. Pero la persistencia del pueblo en su actitud y lo inamovible de su lealtad a las leyes no hacían nada fácil la situación de Herodes si no se

fortificaba de una forma totalmente segura. Por ello decidió constreñir al pueblo por todos los medios para evitar que llevara a cabo una revolución y con ella se produjera abiertamente una rebelión.

292. *Herodes construye fortificaciones a lo largo del país para controlar al pueblo.* 5. Consecuentemente, como él tenía controlada la ciudad de Jerusalén con el palacio en que residía y el Templo con la fortaleza del castillo llamado Antonia [49], construido por él, consideró la ciudad de Samaria como tercer baluarte para controlar a la totalidad de la nación y por ello la dotó de unas sólidas fortificaciones, llamándola Sebaste[50], y creyendo que el lugar poseía unas condiciones favorables nada inferiores a las de ningún otro para controlar el país, puesto que distaba de Jerusalén sólo una jornada de camino y podría ser utilizada por igual para controlar una sublevación originada en la ciudad de Jerusalén u originada en el resto del país. Asimismo, para controlar a la nación entera edificó una fortaleza en el lugar antiguamente llamado Torre de Estratón y que Herodes denominó Cesarea. Y fundó una plaza en la gran llanura, adonde destacó un escuadrón de caballería elegido entre los miembros de su escolta, otra, de nombre Gaba, en Galilea, y Esebonitis en Perea. Pues bien, levantó estas fortalezas en las diversas regiones, inventando siempre algo nuevo para su seguridad y dominando a la nación entera con guarniciones, para evitar por todos los medios que las gentes tuvieran la posibilidad de promover disturbios, a los que recurrían continuamente al menor motivo, y para que no le pasara desapercibida tampoco una posible sedición, al estar siempre encima quienes podían no sólo enterarse sino también impedirlo. Pues bien, en el momento en que se decidió a amurallar la ciudad de Samaria instó a muchos de los que habían luchado y combatido a su lado e igualmente a muchos de los vecinos a que habitaran la ciudad, atraídos a ello no sólo por el orgullo de levantarla nueva y a causa de ello no estar anteriormente en el número de las ciudades insignes, sino mucho más porque Herodes ponía todo empeño en su seguridad. Y éste cambió su nombre, llamándola Sebaste, y distribuyó entre los nuevos habitantes las tierras próximas a la ciudad, que eran las más feraces del

[49] En honor de su amigo Marco Antonio. Cf. *BJ.* 1, 401.
[50] Esto es, *Augusta*, en honor de Augusto. Cf. *BJ.* 1, 403.

país, con lo que, nada más que formaron la nueva ciudad, vivían en la opulencia. Y rodeó la ciudad con una muralla sólida, no sólo convirtiendo la pendiente del lugar en una fortaleza, sino también cercando no el área de antes sino una tan amplia que no se quedaba a la zaga de la ocupada por las más famosas ciudades, puesto que comprendía veinte estadios. Y por la parte inferior del círculo de murallas y concretamente en el centro de esta área, dejó un terreno de dos estadios y medio para un recinto sagrado, que fue adornado con toda suerte de medios, dentro del cual levantó un templo de los más notables por su tamaño y por su belleza. Y embelleció la ciudad, deteniéndose en las diversas partes y terminado con todas, teniendo en cuenta la necesaria seguridad de la ciudad con la solidez de su círculo de murallas, convirtiéndola en una fortaleza en su mayor parte, pero una fortaleza tan hermosa que por su belleza dejara constancia del humanismo de Herodes a la posteridad.

299. *Calamidades sufridas por los judíos. Socorridos por Herodes.* 9.1. Pues bien, este año, que era el décimotercero[51] del reinado de Herodes, el país sufrió desastres gravísimos, debidos bien a la cólera divina o a que esta suerte de calamidades ocurren al cabo de cierto tiempo. En efecto, primeramente hubo sequías tan pertinaces que las tierras resultaban improductivas y no brotaban siquiera las plantas que la tierra produce espontáneamente, y luego, como cambiaba el género de alimentación por falta de harina, las enfermedades y la peste se apoderaban ya de las personas, quienes se veían afectadas continuamente por males correspondientes a los sucesivos tipos de alimentación. Así, no sólo la falta de cuidados médicos y de alimentos acentuaba aún más la gravedad de la peste, que ya había empezado con fuerza, sino que, además, la consunción de los que morían en estas circunstancias privaba a los mismos supervivientes de ánimos[52], en vista de que no podían contrarrestar aquella difícil situación con los medios de que disponían. Por otro lado, al perderse la cosecha del año y consumidas las de años anteriores y que habían sido depositadas en reserva, no quedaba nada que hiciera concebir una sana esperanza, habida cuenta de que la plaga apretaba más de lo esperado y no

[51] Por consiguiente, el año 24 a. C.
[52] Cf. Tucídides 2, 51, 4.

únicamente aquel año, con lo que a los judíos no sólo no les quedaba nada que llevar a la boca, sino que perdieron incluso la simiente que les quedaba al no producir nada las tierras, ni siquiera al año siguiente. Y la necesidad de alimentarse discurrió numerosas formas de hacerlo por la falta de comida. Y el propio rey resultó afectado por una falta de recursos no menor al verse privado de los tributos que recibía en forma de frutos de las tierras y al haber gastado el dinero en beneficio de aquéllos cuyas ciudades restauraba. Y no había nada que a su parecer pudiera prestarle la debida ayuda, dado que la peste había concitado contra él el odio de sus mismos súbditos, habida cuenta de que los infortunados gustan siempre de echar la culpa de su situación a las autoridades.

305. Pese a encontrarse él en situación tan difícil, reflexionaba sobre la manera de subvenir a tan apremiantes necesidades. Pero le resultaba difícil, por un lado porque tampoco los pueblos vecinos podían vender trigo a causa de que ni siquiera ellos mismos pasaban por una situación mejor, y, por otro, porque no tenía dinero, con que hubiera podido a lo mejor procurarse un poco de grano por una elevada suma. Considerando, sin embargo, que lo correcto era no desentenderse bajo ningún concepto de prestar ayuda, mandó fundir las joyas de plata y oro que había en su palacio, sin respetar ni las obras hermosamente labradas ni los objetos valiosos de arte. Y envió el dinero conseguido de esta manera a Egipto, el gobierno de cuya provincia lo ocupaba Petronio por nombramiento de César Augusto. Éste, aunque eran no pocos los que habían acudido a él por las mismas necesidades, como era, sin embargo, amigo personal de Herodes y quería salvar la vida de sus súbditos, fueron éstos los primeros a quienes dio trigo para que se lo llevaran, y colaboró con ellos en todas las operaciones de compra y partida por mar, de tal manera que a él se debió una gran parte de esta ayuda o toda ella. En efecto, cuando los enviados regresaron con el trigo, Herodes cuidó de atribuir la razón primera de esta ayuda a su personal intervención, con lo que no sólo cambió los sentimientos de los que anteriormente estaban enojados con él, sino que además hizo gala de un afecto y protección grandísimos hacia el pueblo. En este sentido, lo primero que hizo fue entregar trigo, efectuando la distribución con toda meticulosidad, a todos los que podían elaborar por sí mismos el pan de comer, y luego, como eran muchos los que por la vejez o algún otro achaque que les afectara no eran capaces de

amasarse el pan, tuvo la precaución de asignarles panaderos y de ofrecerles ya preparada la comida. Y cuidó también de que esta gente no corriera peligro de perder la vida en el invierno, víctima de la falta de ropa de vestir, al haber perecido sus ovejas o haberlas consumido en su totalidad, a consecuencia de lo cual no podían usar prendas de lana ni ninguna otra con que cubrirse. Y una vez que él los hubo surtido también de estos géneros, le tocó ya prestar ayuda a las ciudades vecinas, y en este sentido distribuyó simiente entre las gentes de Siria. Y esta medida le benefició no poco, porque el favor que hizo a la población siria acertó a dar un cosechón, con lo que todos ellos tuvieron comida suficiente. Y, dicho sea con brevedad, cuando llegó el momento de la siega de las mieses, envió por todas las partes del territorio un número de hombres no inferior a los cincuenta mil, a los que alimentó y mantuvo a su costa, y de esta manera no sólo sacó a flote con toda pasión y entusiasmo a su maltrecho reino, sino que también alivió no menos a las poblaciones de la zona que se encontraban en las mismas desgracias. En efecto, no hubo nadie que, encontrándose necesitado, fuera abandonado y no consiguiera la ayuda debida. Al contrario: no sólo los pueblos y las ciudades, sino también los propios particulares que se encontraban sin provisiones por tener que mantener a bastantes miembros de la casa, si acudieron a él lograron lo que necesitaban, de suerte que, si se hace la cuenta, los *coros* de trigo entregados fuera del reino sumaron diez mil (el *coro* equivale a diez médimnos[53] áticos) y los entregados a su propio reino fueron en torno a los ochenta mil. Y esta atención suya y la oportunidad de los favores que él prestó resultaron tan eficaces entre los propios judíos y fueron tan propagados entre los extranjeros que los antiguos odios que había concitado contra él por violar algunas costumbres fueron eliminados tanto del reino como de la nación judía en general y les pareció una satisfacción más que suficiente el empeño que él puso en socorrerlos en unos momentos sumamente dramáticos. Y también entre los extranjeros obtuvo una excelente fama. Y parece que él corrió dificultades inenarrables, y que, aunque dejaron mal parado al reino, contribuyeron en no pequeña medida a su propia gloria, y ello porque, al hacer gala de una forma inesperada de magnanimidad en momentos de penuria, cambió los

[53] El *médimno* ático equivale a unos 52 litros.

sentimientos de un elevado número de personas, de tal manera que volvieron a pensar que el auténtico Herodes no era según lo mostraba la apariencia de los hechos antiguos, sino según lo presentó la diligencia que él puso en los momentos de necesidad.

317. *Otros quehaceres de Herodes.* 3. También por aquel tiempo envió Herodes en ayuda de César Augusto quinientos soldados, escogidos entre los miembros de su escolta personal, que Elio Galo[54] llevó al Mar Rojo y que le fueron de suma utilidad. Y como los negocios de Herodes mejoraran y se hicieran prósperos de nuevo, edificó en la parte alta de la ciudad un palacio[55], en el que construyó habitaciones de un tamaño descomunal (que dotó de un ornato suntuosísimo de oro, mármol y pinturas al óleo), de tal manera que cada una de ellas tenía triclinios con capacidad para un montón de hombres y recibieron sus nombres de acuerdo con las dimensiones que tenían. Así, una se llamaba la *habitación de César Augusto* y otra *la de Agripa*. También contrajo matrimonio, incitado a ello por concupiscencias amorosas, no teniendo ningún reparo en vivir según su propio capricho. Esta boda se gestó de la siguiente manera. Simón de Jerusalén era hijo de un tal Boeto de Alejandría y uno de los más notables sacerdotes. Tenía una hija que pasaba por ser la más bella de las mujeres de su época. Consecuentemente, como fuera ella el motivo de todas las conversaciones de los habitantes de Jerusalén, primeramente Herodes se impresionó al oír lo que de su belleza se decía. Y luego, cuando también al verla, la hermosura de la joven lo enloqueció, desaprobó terminantemente la idea de aprovecharse continuamente de ella por la fuerza de la autoridad, sospechando (como así era) que iba a ser acusado de recurrir a la fuerza y a la imposición dictatorial, por lo que consideró preferible tomar en matrimonio a la joven. Y como Simón tenía una categoría inferior a lo que correspondía para poder emparentar con el rey, y demasiado alta como para que se le pudieran herir sus sentimientos, Herodes consiguió satisfacer sus deseos de la manera más adecuada, que no fue otra más que elevando la categoría de aquella familia y dotándola de mayor

[54] Gobernador de Egipto antes de Petronio. Llevó una expedición contra la Arabia Feliz, que duró dos años (25 y 24 a. C.) y que terminó en un completo fracaso, quizá por traición del nabateo Sileo.

[55] Cf. *BJ.* 1, 402.

prestigio. Y así, sin más, despojó a Jesús, el hijo de Foabit, de la dignidad de Sumo Sacerdote y nombró a Simón para ocupar este cargo, tras lo cual trabó con él vínculos de parentesco.

323. Una vez que hubo celebrado la boda, construyó una fortaleza en el lugar[56] en que había vencido a los judíos cuando, tras ser expulsado del poder, estaba Antígono al frente del Estado. Esta fortaleza dista de Jerusalén unos sesenta estadios[57] y ocupa un lugar seguro y sumamente adecuado para una edificación. Bastante cerca de ella se levanta una colina construida por la mano del hombre, de forma sinuosa y que a trechos está ocupada por torres redondas. La subida a su cima, que es empinada, está construida con peldaños de piedra pulida en número de doscientos. Y en la parte más interior de la colina había estancias regias y suntuosas, dotadas al mismo tiempo de seguridad y ornato. Y al pie del montículo había asimismo viviendas de construcción admirable, entre otras cosas y principalmente por la traída de aguas (puesto que el lugar en cuestión no disponía de ella), una obra de gran longitud y sólo lograda a costa de unos gastos sumamente elevados. Y ya en el terreno llano y alrededor de la colina está edificada la ciudad, no inferior a ninguna otra y en la que el montículo cumple la función de acrópolis de las demás viviendas.

326. Y Herodes, como todas las cosas le hubieran salido en la justa medida de lo que él esperaba, no abrigaba la más mínima sospecha de que se reprodujeran los disturbios en su reino, al haber constreñido a sus súbditos por una y otra forma, por miedo, puesto que se demostraba inexorable en los castigos, y, en lo que se refiere a la atención que les había prestado, porque se reveló magnánimo en los reveses que sufrieron. Pero se procuró también la seguridad del exterior al convertirlo, asimismo, en una especie de baluarte defensivo contra sus subordinados, puesto que no sólo tenía unas relaciones afectuosas y cordiales con las ciudades del extranjero, sino que además mimaba a los poderosos con oportunos presentes que regalaba a cada uno de ellos, haciéndoles favores bastante grandes, puesto que tenía de por sí una magnanimidad adecuada a su dignidad de rey, a consecuencia de lo cual todo lo

[56] Cf. *AJ.* 14, 458.
[57] Sobre 11 kilómetros.

suyo mejoraba, gracias a que todo progresaba e iba siempre a más. Pero a causa de su pasión por este comportamiento y a causa también del mimo con que trataba a César Augusto y a aquellos romanos más influyentes, se vio obligado a sobrepasar los límites de las costumbres judías y a violar numerosas normas, por deseo de gloria, no sólo fundando ciudades sino también erigiendo templos, no en territorio de los judíos (pues tampoco se lo habrían consentido, ya que a nosotros nos está prohibido tal suerte de edificaciones así como venerar al estilo griego estatuas e imágenes), sino en territorio extranjero y en las regiones de nuestro entorno, donde sí construyó esta clase de edificaciones citadas. Cuando hacía estas obras, ante los judíos se justificaba alegando que no las hacía por propio gusto, sino porque así se le mandaba y ordenaba, mientras que a César Augusto y a los romanos les vendía el favor de que no perseguía tanto mantenerse dentro de los límites de sus propias tradiciones como honrarlos a ellos, aunque la verdad es que él únicamente perseguía su exclusivo interés o, lo que es lo mismo, sólo ansiaba dejar a la posteridad los mayores monumentos demostrativos de su poderío. De ahí viene no sólo que se preocupara de las reconstrucciones de ciudades, sino también de que ello le causara cuantiosos gastos.

331. *Construcción del puerto de Cesarea.* 6. Y, al ver a orillas del mar un lugar, que antiguamente se llamaba Torre de Estratón[58], sumamente idóneo para construir en él una ciudad, emprendió su trazado y su edificación con gran fuste, levantándola toda ella no de una manera como para salir del paso, sino de mármol blanco, y adornándola por doquier con palacios suntuosísimos y residencias para los funcionarios de la ciudad y, lo más grandioso y que dio más trabajo, con un puerto imbatible por las olas, de un tamaño similar al Pireo, y en cuyo interior podían atracar las naves y permanecer ancladas. Este puerto suscitó la admiración de todos por su construcción, ya que el lugar no era idóneo para una obra tan magnífica, sino que tuvo que llevarse a cabo con material importado y con cuantiosos gastos. En efecto, la ciudad en cuestión está situada en Fenicia, en la ruta de navegación a Egipto, entremedias de Jopa y Dora (éstas son unas villas costeras desprovistas de

[58] Cf. *AJ.* 14, 76, y *BJ.* 1, 156.

puerto a causa de los embates del ábrego que, al arrastrar continuamente arena del mar sobre la costa, no permiten a las naves arribar, sino que los mercaderes se ven obligados a permanecer anclados a gran distancia de la costa). Herodes salvó este inconveniente que ofrecía el lugar, y tras delimitar el contorno del puerto y conferirle el espacio suficiente para que los grandes mercantes pudieran permanecer anclados junto a tierra firme, mandó arrojar piedras de un tamaño descomunal a una profundidad de veinte brazas. La mayoría de estas piedras tenían una longitud de cincuenta pies, una anchura no inferior a dieciocho y una altura de nueve, aunque entre ellas las había mayores y menores. Este dique, que fue tendido para contener los embates del mar, tenía una longitud de doscientos pies. La mitad de esta longitud estaba llamada a contrarrestar los embates de las olas, esto es, a resistir al oleaje que debía romperse allí y justo por eso se llamaba *rompeolas*, mientras que la parte restante estaba compuesta por un muro de piedra con torres intercaladas, la mayor de las cuales, una cosa sumamente hermosa, se llamaba *Drusio*, habiendo recibido esta denominación del nombre de Druso[59], hijastro de César Augusto y recientemente muerto. Fueron construidos también una serie de porches para que sirvieran de alojamiento a los marineros, y, por delante de estos porches, un desembarcadero amplio circundaba todo alrededor el puerto, lo que constituía un paseo agradabilísimo para quien quisiera utilizarlo. La entrada y la boca del puerto fue una construcción orientada al Bóreas, que es de todos los vientos el que presenta el cielo más claro. Y al fondo del muro de contención y a la izquierda según se entraba había una torre construida muy sólidamente para resistir el embate de las olas, y a la derecha dos piedras grandes, mayores que la torre de al lado, derechas y ensambladas. Todo alrededor del puerto hay construcciones de piedra sumamente pulida, constituidas por una serie de viviendas, y en medio se alza un montículo, en el que se encuentra un templo dedicado a César Augusto, visible desde lontananza a los que navegan en dirección a este puerto, y dos estatuas, una representando a Roma y la otra a César Augusto. Y la ciudad en sí se llama Cesarea, la cual ha recibido unos materiales y una construcción hermosísimos. Y en lo que a la zona subterránea de la ciudad res-

[59] Hijo de Tiberio Claudio Nerón y Livia (posteriormente esposa de Augusto). Murió en el año 9 a. C.

pecta, fueron allí construidas galerías y callejas no menos logradas que las construcciones de la superficie; unas, situadas a una distancia igual entre ellas, llevan al puerto y al mar, mientras que hay una que las atraviesa a todas en sentido transversal, de tal manera que las aguas de lluvia y las aguas sucias de sus habitantes son devueltas fácilmente al mar, al tiempo que el agua del mar, cada vez que es azotado desde mar abierto, recorre y lava la totalidad de la ciudad. Y en ella construyó también un teatro, y detrás de él, al lado meridional del puerto, un anfiteatro con capacidad para una masa ingente de personas y situado en forma idónea para divisar el mar desde él. Pues bien, la construcción de la ciudad fue completada así en un plazo de doce años, gracias a que el rey no desfalleció en las obras y aportó los recursos necesarios.

342. *Herodes aniquila a los bandoleros.* 10.1. Cuando Herodes se encontraba en esta situación y la ciudad de Sebaste[60] ya había sido reconstruida, decidió enviar a Roma a sus hijos Alejandro y Aristobulo[61] para que ofrecieran sus respetos al César. Ellos, tras desembarcar, se alojaron en casa de Polión, un hombre que gozaba como el que más de la amistad de Herodes, aunque se les había permitido alojarse en casa de César Augusto. En efecto, no sólo recibió a los muchachos con toda simpatía, sino que también autorizó a Herodes a que confirmara en el trono a aquél de sus hijos que quisiera. Y le dio además las regiones de Tracón, Batanea y Auranitis, y César Augusto, después de haberlas recibido él, se las entregó por el motivo siguiente. Un tal Zenodoro[62] había tomado en arriendo el patrimonio de Lisanias. Pues bien, a Zenodoro no le resultaban suficientes los ingresos que con el arriendo obtenía, mientras que con partidas de bandoleros que tenía en Tracón obtenía unos ingresos bastante considerables. Y es que estos lugares los habitaban unos hombres que vivían desesperados y que saqueaban las tierras de Damasco, a los que Zenodoro no sólo no reprimía, sino que incluso él mismo participaba en sus beneficios[63]. Los vecinos, sin embargo, que lo pasaban mal, a grito pelado criticaban a Varrón, legado en aquel momento, y le pedían que comunicara

[60] Cf. *AJ.* 13, 275, y *BJ.* 1, 64.
[61] Cf. *BJ.* 1, 435.
[62] Cf. *BJ.* 2, 95, donde recibe el nombre de *Zenón.*
[63] Cf. *BJ.* 1, 398 y ss.

por carta a César Augusto los atropellos de Zenodoro. Y el César, una vez que le fueron referidos estos hechos, contestó con otra carta en la que le ordenaba que procediera a eliminar las partidas de bandoleros, y asignó el país a Herodes, en la seguridad de que bajo la administración de éste los posibles residentes en la zona de Tracón ya no molestarían a los vecinos. Y asignó el país a Herodes porque no era tarea fácil impedir a las gentes de Tracón el bandolerismo, dado que lo tenían como costumbre y no disponían de otro modo de vida, ya que ellos ni habitaban ciudades, ni poseían tierras de cultivo, sino que sus viviendas las constituían guaridas subterráneas y cuevas, donde residían en unión y compañía de sus ganados. Y se habían procurado también acopio de agua y aprovisionamiento de un tipo de víveres que pudieran resistir el mayor tiempo posible en la oscuridad. Hay que hacer constar que las entradas a estos cubículos eran angostas, de tal forma que pudiera adentrarse en ellos de uno en uno, pero el interior era increíblemente extenso y amplio. A su vez, el suelo situado por la parte de arriba de estas viviendas no estaba elevado, sino más o menos llano. El total estaba constituido por una roca dura y de difícil acceso, a no ser que se siguiera la pista de un sendero, y ni siquiera estas pistas eran rectas, sino sinuosas.

Por lo que a estas partidas de bandoleros respecta, cuando se veían impedidos de cometer atropellos contra las poblaciones vecinas, el modo de bandolerismo que practicaban se dirigía a robarse unos a otros entre ellos mismos, de tal manera que en este tipo de bandolerismo no faltaba desafuero alguno. Pero cuando Herodes recibió esta merced y penetró en el país conducido por expertos guías puso fin a las actividades malsanas de estas gentes y procuró la seguridad y la paz a las poblaciones vecinas.

349. *Acusaciones contra Herodes ante Agripa primero, y ante Augusto después.* 2. Zenodoro, por su parte, molesto primero por haber sido despojado del gobierno de aquella provincia y todavía más por envidia de Herodes, que se había hecho cargo del poder en ella, subió a Roma para acusarlo. Pero regresó de vacío. Y en este tiempo fue enviado Agripa [64] para gobernar las provincias situadas más allá del Mar Jonio como legado de César Augusto. Y

[64] En el año 23 a. C.

Herodes, dado que era muy amigo e íntimo de Agripa, lo visitó en Mitilene, donde pasaba el invierno, y tras ello volvió a Judea. Y un grupo de habitantes de Gádara acudieron a Agripa para acusarlo, pero él, sin darles ninguna explicación, los remitió esposados a Herodes. Y los árabes, que ya desde antiguo eran hostiles al gobierno de Herodes, se pusieron en movimiento e intentaban convulsionar el estado de cosas de su reino, entonces incluso provistos de una acusación bastante razonable en su opinión. Y es que Zenodoro, cuando perdió toda esperanza de conservar su poder y antes de perderlo, les había vendido Auranitis, que era una parte de su provincia, por cincuenta talentos. Y como esta región de Auranitis estaba comprendida en el regalo que César Augusto le había hecho a Herodes, ellos alegaban que ser despojados de la referida zona no era justo y la reivindicaban, en numerosas ocasiones efectuando incursiones y queriendo emplear la fuerza, y algunas veces acudiendo a tribunales de justicia. Y trataban de poner de su parte también a los soldados faltos de recursos y hostiles a Herodes, haciéndoles concebir continuamente esperanzas e invitándolos a la subversión, que es lo que más les gusta a quienes les van mal los negocios en la vida. Y Herodes, pese a que conocía desde largo tiempo atrás estos tejemanejes, no reaccionaba con malos modos, sino que trataba de convencerlos por la vía de la reflexión, no siendo partidario de dar motivos a disturbios.

354. Y cuando Herodes llevaba ya diecisiete años de reinado[65], César Augusto llegó a Siria. Y en aquella ocasión la inmensa mayoría de los habitantes de Gádara a grito pelado recriminaban a Herodes, acusándolo de ser duro y tiránico en sus mandatos. Ellos actuaban con esta osadía principalmente porque Zenodoro los instaba a ello al tiempo que hablaba mal de Herodes y porque les aseguraba, bajo juramento, que no dejaría de remover resorte alguno para conseguir privar a Herodes de la dignidad de rey de Gádara y agregarla a la personal administración de César Augusto. Los gadarenses, persuadidos por esto, efectuaron contra Herodes un griterío no pequeño, envalentonados por no haber sufrido represalias ni siquiera los que habían sido entregados por Agripa[66], al soltarlos Herodes y no hacerles ningún daño. Y es que

[65] En el año 20 a. C.
[66] Cf. cap. 351.

Herodes tenía fama de ser como ningún otro inexorable con sus conciudadanos pero magnánimo con los extraños, hasta perdonar a los que, de éstos últimos, le faltaban. Al acusarlo, así pues, de vejaciones, robos y demoliciones de templos, Herodes se dispuso imperturbable a la defensa, y César Augusto le tendió la mano sin cambiar un ápice su afecto hacia él ni dejarse influir por la turbación de las masas. Y durante el primer día los enemigos de Herodes presentaron sus alegatos, pero el juicio no prosiguió en los días siguientes, puesto que los gadarenses, al observar la inclinación del propio César Augusto y del Consejo y suponer que serían entregados al rey, cosa muy probable, por miedo a las consiguientes torturas llegada la noche unos se suicidaron, algunos se arrojaron desde lo alto y otros se quitaron la vida voluntariamente arrojándose al río. Esto fue interpretado como la propia condena de su osadía y de su error, lo que llevó a Augusto a que al instante absolviera a Herodes de aquellas inculpaciones. Pero Herodes, además de la suerte anterior, se encontró con otra de un alcance ilimitado. Fue ésta: Zenodoro, tras reventársele el intestino y perder sangre en abundancia con la consiguiente debilidad, dejó este mundo en Antioquía de Siria. Y Augusto entregó a Herodes también la parte de éste (conformada por Ulata, Paniade y el territorio colindante), que no era pequeña y que estaba situada entremedias de Traconítide y Galilea[67]. Y estableció relaciones estrechas entre él y los legados de Siria, a quienes encargó que cualquier decisión que tomaran lo hicieran contando con el parecer de Herodes. En suma, consiguió tal grado de éxito que, siendo éstos dos los que gobernaban un imperio romano de tan vastas dimensiones, Augusto y luego Agripa, resulta que, en lo tocante al afecto que ambos sentían por él, Augusto con excepción de Agripa no estimó a nadie por encima de Herodes, y, a su vez, Agripa con excepción de Augusto concedía el primer puesto en su corazón a Herodes. Y al tomar Herodes tal grado de confianza con Augusto, le pidió una tetrarquía para su hermano Feroras, asignándole él mismo de su reino unos ingresos por valor de cien talentos, para que si a Herodes le pasaba algo[68] la situación económica de Feroras estuviera garantizada y sus hijos no pudieran imponerle condición alguna. Y una

[67] Cf. *BJ.* 1, 400.

[68] Eufemismo, para designar su posible muerte.

vez que regresó tras haber acompañado a Augusto hasta las orillas del mar, erigió en su honor en las tierras antes gobernadas por Zenodoro un templo el más hermoso de todos, hecho de mármol y situado cerca del lugar llamado Panio[69]. Panio es una gruta hermosísima ubicada en el interior de una montaña, al pie de la cual se encuentra una falla del terreno y una quebrada profunda e infranqueable, llena de agua estancada, mientras que por arriba se eleva una montaña de dimensiones descomunales. Y de debajo de la gruta brotan los manantiales del río Jordán. Este es el lugar que, siendo ya de por sí sumamente privilegiado, lo embelleció Herodes aún más con el templo que consagró a Augusto.

365. *Herodes fuerza a las gentes a obedecerle.* 4. Entonces eximió del pago de la tercera parte de los tributos a las gentes de su reino, con la excusa de que se recuperaran de las malas cosechas, pero se trataba mucho más de un intento de recuperar el afecto de su corazón, que le era hostil, puesto que, al interpretar que la realización de tales obras significaba en cierto modo la destrucción de sus acendrados sentimientos religiosos y el cambio de costumbres, se sentían sumamente molestos, y éste era el tema de conversación que estaba constantemente en boca de todos, con los ánimos exacerbados y alterados. Pero Herodes prestaba también a tal estado de ánimo suma atención, evitando todo motivo para ello y ordenándoles que se dedicaran en todo momento a sus quehaceres, mientras, por otro lado, no les estaba permitido a los habitantes de Jerusalén celebrar reuniones, ni compartir el paseo o estancias, sino que todos sus movimientos eran observados por los espías de Herodes. Y los que eran sorprendidos desafiando estas órdenes eran sometidos a severos castigos, y fueron numerosos los que siendo subidos al castillo de nombre Hircania, eran allí ejecutados, y tanto en la ciudad de Jerusalén como en los caminos estaban sus espías vigilando a los que pudieran reunirse en secreto. Y hasta se asegura que ni el propio Herodes se desentendió de este asunto, sino que fueron numerosas las veces que, vestido a la manera de un simple particular, se entremezclaba por la noche con la masa y que de esta manera se enteraba de los sentimientos que la gente tenía de su régimen de gobierno. Consecuentemente, a los

[69] Junto a los manantiales del río Jordán. Cf. *BJ.* 1, 404.

que se negaban terminantemente a comulgar con su conducta los perseguía por todos los medios mientras al resto del pueblo pretendía obligarlo bajo juramento a prestarle fidelidad y lo forzaba a confesar que guardaría decididamente lealtad jurada a su régimen. En estas circunstancias, la mayoría de las gentes por adulación o por miedo cedían a sus exigencias, y a los que defendían su dignidad personal y consideraban intolerable que se les obligara a ello se los quitaba de enmedio por cualquier procedimiento. Y trataba de convencer también a que le juraran fidelidad el propio fariseo Polión y Samayas[70], así como todos aquéllos discípulos que escuchaban las enseñanzas de los referidos maestros. Pero éstos no accedieron a sus pretensiones, ni fueron castigados como lo fueron los que se negaban a ello, logrando que Herodes les tuviera consideración gracias a la personalidad de Polión. Y fueron eximidos también de esta obligación los llamados entre nosotros esenios. Estos constituyen una clase de hombres que siguen el género de vida dado a conocer entre los griegos por Pitágoras. Pues bien, de ellos daré cuenta más exacta en otro lugar[71]. De momento conviene aclarar cuál fue el motivo por el que Herodes apreciaba a los esenios y por qué los consideraba una raza superior al género humano, puesto que esta referencia no parecerá impropia del género literario de la *Historia*, habida cuenta sobre todo de que traslucirá el concepto que de ellos se tenía.

373. *El esenio Manaem predice al niño Herodes su futuro.* 5. Había un esenio, de nombre Manaem, quien aparte de dar fe de las más excelsas virtudes con su conducta, tenía el don divino de la predicción del futuro. Éste, al ver a Herodes todavía niño que se dirigía a la escuela, lo saludó calificándolo de rey de los judíos. Pero Herodes, creyendo que lo confundía con otro o que se reía de él, le hizo saber que él era un simple particular. Pero Manaem, con una suave sonrisa y dándole un ligero azote en las nalgas, le dijo: «Sábete que a pesar de ello serás rey y llevarás con acierto el gobierno, puesto que Dios te ha honrado con él. Piensa siempre en los azotes de Manaem, en la idea de que ello constituye la señal del cambio de tu destino, puesto que tal pensamiento te será sumamente beneficioso siempre que gustes de la justicia y la piedad

[70] Cf. *AJ.* 15, 3 y ss.
[71] *AJ.* 18, 18 y ss., y *BJ.* 2, 119 y ss.

para con Dios y de la bondad para con tus conciudadanos. Pero la verdad es que yo, que lo conozco todo, sé que tú no actuarás así, puesto que sobresaldrás en éxito y conseguirás fama eterna como ningún otro, aunque te olvidarás de la piedad y de la justicia. Pero esto no pasará inadvertido a Dios, puesto que la cólera que tu comportamiento le va a suscitar la tendrá en cuenta al final de tu vida». Herodes de momento no prestó atención a esta declaración porque sus aspiraciones no llegaban a tanto, pero posteriormente, cuando poco a poco subió hasta no sólo ser rey, sino también conseguir un gran imperio, mandó llamar a Manaem y le preguntó durante cuánto tiempo gobernaría. Pero Manaem no le contestó nada en absoluto. Y como al callarse Manaem, le preguntara Herodes si los años de su reinado serían únicamente diez y Manaem, tras contestarle que serían veinte y hasta treinta, no determinara el límite último del tiempo de vida que le estaba reservado, Herodes, satisfecho con esta información, despidió a Manaem, tras saludarlo afectuosamente estrechando su mano, y desde entonces y por siempre apreció a todos los esenios en atención a aquél. Pues bien, optamos por revelar a nuestros lectores estos hechos, pese a lo inverosímiles que resultan, y por dar cuenta de lo que ocurre entre nosotros, porque son muchos los esenios que son honrados con tan alta consideración a causa de sus excelentes virtudes y de su facultad de interpretar los designios divinos.

380. *Destrucción del Templo antiguo y construcción de otro moderno.* 11. 1. Pues bien, cuando después de las operaciones antes dichas llegó el año décimo octavo[72] del reinado de Herodes, éste emprendió una tarea que no estaba al alcance de cualquiera, construir por su intervención el Templo de Dios, dotarlo de mayor amplitud y elevarlo a una altura mucho más considerable, en la idea, como así era, de que la obra que proyectaba llevar a cabo sería mucho más llamativa que todas las que él había realizado antes y que bastaría para conferirle fama eterna. Pero, al tener constancia de que el pueblo no se mostraba favorable a ello y de que la empresa no sería fácil dada su magnitud, entendió que debía convencer primero al pueblo y luego ya emprender la obra en blo-

[72] Esto es, en el año 22 a. C. Pero según *BJ.* 1, 401, correspondería al año 25 a. C.

que. Y, así, convocando a sus conciudadanos, les habló de la siguiente manera: «Compatriotas, considero superfluo hablar de las otras obras realizadas por mí a lo largo y a lo ancho del reino, aunque su operatividad es tal que ellas a mí me reportan poco ornato y a vosotros más seguridad. En efecto, al no desentenderme en los momentos más difíciles de lo que más importaba a vuestros intereses, ni en las construcciones pretender beneficio alguno para mí antes que efectuar obras irreprochables para todos vosotros, creo haber llevado con la voluntad de Dios a la nación judía a un grado de felicidad como no había alcanzado antes. Pues bien, me parece ocioso hablar, a quienes las conocen, de las obras realizadas en las diversas regiones del país y en las ciudades que levanté tanto en él como en los territorios agregados y con cuyo bellísimo ornato ensalcé a nuestra nación. Ahora, en cambio, trataré de haceros ver que la obra que pretendo acometer va a ser la más santa y la más hermosa de todas las de nuestro tiempo. En efecto, el Templo actual lo edificaron en honor de su Divina Majestad nuestros padres tras su regreso de Babilonia, pero le falta, para alcanzar las dimensiones originarias, sesenta codos de altura, ya que tanto como esto era lo que lo superaba el primero, aquel famoso que había edificado Salomón. Y que nadie acuse a nuestros padres de haberse desentendido de la piedad hacia Dios, puesto que el Templo resultó inferior no por culpa de ellos, sino que las actuales dimensiones del edificio las fijaron Ciro y Darío, el hijo de Histaspes. Y como nuestros padres estaban sometidos, bajo régimen de esclavitud, primero a ellos y a sus descendientes y luego a los macedonios, no tuvieron ocasión de elevar el actual Templo a igual altura que el originario exponente de su piedad. Pero puesto que ahora gobierno yo por voluntad de Dios y disfrutamos de un largo período de paz y, asimismo, hemos conseguido abundancia de dinero e ingentes ingresos y, lo más importante, son nuestros amigos y nos tienen afecto los romanos, quienes mandan, para decirlo con la justa palabra, en el mundo entero, intentaré enmendar las deficiencias de tiempos anteriores determinadas por la necesidad y el sometimiento, y de esta manera rendir a Dios el más perfecto culto en agradecimiento a este reino que he recibido».

390. Así se expresó Herodes, pero su discurso, hecho por sorpresa, dejó atónita a la gente. Y lo increíble de las expectativas no la animó, sino que estaba angustiada, temerosa de que Herodes se

precipitara a derribar el conjunto de la obra y luego no fuera capaz de llevar su proyecto a término. Y es que no sólo se les representaba demasiado grande el riesgo que se corría con ello, sino que además la magnitud de la empresa les parecía difícil de acometer. Y cuando ellos le hablaban en este estado de ánimo, el rey los tranquilizó al asegurarles que no derribaría el Templo mientras antes no hubiera preparado todo para su ejecución. Y no les defraudó en esta información previa que les dio. En efecto, emprendió la construcción del Templo sólo después de haber dispuesto él animosamente todo, a saber, una vez que hubo preparado mil carros para transportar las piedras, seleccionado los diez mil operarios más expertos, comprado ropas sagradas para un número de mil sacerdotes y enseñado a algunos de éstos la técnica de la construcción y a otros la forma de trabajar la madera.

391. Y, así, tras arrancar los cimientos originarios y echar otros, sobre ellos levantó el templo, dotándolo de una longitud de cien codos y de una altura de veinte más, en los que se redujo la altura del Templo al asentarse los cimientos con el paso del tiempo, reducción que decidimos colmar en tiempos de Nerón. Pues bien, el Templo fue edificado a base de piezas de mármol muy duro, dotadas cada una de ellas de unos veinticinco codos de largas, ocho de altas y de unos doce de grosor. Y, por lo que respecta a la estructura global de la obra y al igual que acontecía en el caso del pórtico real, las partes de uno y otro lado eran muy bajas, mientras que la zona central era muy alta, de tal manera que esta última sección resultaba visible a muchos estadios de distancia a los que habitaban en el campo y todavía más para todos aquéllos que vivían enfrente o acertaban a dirigirse allá. Y adornó las puertas de entrada junto con los dinteles e igual que el interior del Templo con cortinas variopintas, tejidas con flores purpúreas intercaladas con columnas. Por la parte de arriba de las cortinas y por debajo de la coronación del edificio se extendía una vid de oro con racimos colgantes, objeto de admiración para los espectadores tanto por lo que respecta a sus dimensiones y a lo logrado de su ejecución como por la suntuosidad del material empleado en su construcción. Además, rodeó el Templo también con pórticos enormes, cuidando de hacer un conjunto armónico y superando en gastos a los antepasados, tanto que parecía haber adornado el Templo como nadie. Y ambos pórticos estaban unidos a la muralla. Y

la propia muralla constituye la obra más grande de la que los hombres hayan oído hablar. Se trata de lo siguiente: había en la parte oriental de la ciudad una colina rocosa y escarpada que se elevaba suavemente hasta alcanzar las cimas de la cumbre. Pues bien, Salomón, el primero entre nuestros reyes, inteligentemente cercó con una muralla de vastas proporciones lo alto de la cumbre, pero también cercó con otra muralla la parte baja de la colina, empezando por el pie que está rodeado por un hondo barranco, y la hizo con piedras enormes unidas entre sí con láminas de bronce, recogiéndola continuamente un pequeño trecho hacia dentro y de esta manera haciéndola ganar hondura, de tal forma que resultaban inmensas tanto las dimensiones como la altura de esta construcción cuadrangular. Y, consecuentemente, el espectador advertía por fuera claramente las dimensiones de las piedras, mientras su parte interior, asegurada fuertemente con láminas de hierro, mantenía su estructura inamovible por los siglos de los siglos. Y una vez que la obra siguiendo este procedimiento conectó con la cima de la colina, Salomón, al allanar su cumbre y rellenar el espacio vacío que rodeaba por dentro la muralla, puso el terreno al mismo nivel que los lugares cuya superficie sobresalía, dejándolo igual de llano. El conjunto de esta obra constituía un recinto con un redondo de cuatro estadios[73], puesto que cada lado tenía una longitud de un estadio. Y una segunda muralla de piedra, situada más dentro que la anterior, rodeaba la parte alta de la colina, al pie mismo de la cumbre. Esta segunda muralla tiene por el flanco oriental un pórtico doble, igual de alto que la muralla, y como el Templo se encuentra situado en medio, el referido pórtico mira a las puertas de aquél. Este es un pórtico que numerosos reyes anteriores a Herodes adornaron. Por otro lado, todo alrededor del Templo fueron colocados los despojos arrebatados a los ejércitos extranjeros, todos los cuales los ofrendó Herodes, sumando a ellos todos cuantos arrancó a los propios árabes.

403. *Otras construcciones de Herodes.* 4. Y en el flanco norte del mencionado recinto había sido cercada con una muralla una ciudadela cuadrada sólidamente protegida. La edificaron los reyes y Sumos Sacerdotes de la familia asmonea anteriores a

[73] El estadio equivale aproximadamente a 185 metros de largo.

Herodes y la llamaron *Torre*, para depositar ellos allí la vestimenta sagrada con que se reviste el Sumo Sacerdote únicamente cuando debe oficiar el sacrificio. Esta vestimenta la guardó en este mismo lugar Herodes y después de su muerte estuvo controlada por los romanos hasta la época de Tiberio César. En el reinado de éste, en cambio, Vitelio[74], el legado de Siria, con motivo de una visita que hizo a Jerusalén en la que la población lo recibió con los más grandes honores, quiso corresponder a su noble comportamiento, y por eso, cuando pidieron tener la vestimenta sagrada bajo su control, escribió en este sentido a Tiberio César, quien se lo permitió, y de esta manera, el control de esta vestimenta permaneció en manos de los judíos hasta la muerte del rey Agripa[75]. Pero después de éste, Casio Longino[76], el entonces legado de Siria, y Cuspio Fado, el procurador de Judea, ordenaron a los judíos depositar la referida vestimenta en la fortaleza Antonia, puesto que, según ellos les decían, debían ser los romanos quienes la controlaran, como ya lo habían hecho anteriormente. Consecuentemente, los judíos enviaron embajadores ante el César Claudio para pedirle continuar con el control de esta vestimenta. Cuando ellos llegaron a Roma, el joven rey Agripa, que se encontraba casualmente en Roma, consiguió el control de la vestimenta para los judíos gracias a su intervención ante el emperador[77], quien dio instrucciones en este sentido a Vitelio, el legado de Siria. Pero en tiempos anteriores la vestimenta estaba bajo la dependencia del sello del Sumo Sacerdote y de los tesoreros del Templo. Estos últimos la víspera de las fiestas subían junto al comandante de la fortaleza[78] y, tras el correspondiente cotejo de su propio sello, recogían la vestimenta. Luego, una vez que había pasado la fiesta, volvían a llevarla al mismo sitio y, tras hacer ver al comandante de la guarnición que su sello concordaba con el existente allí, la depositaban. Pues bien, estos datos han sido declarados a causa de las vicisitudes por las que pasó luego la vestimenta. En fin, en el momento en que nos encontramos Herodes, el rey de los judíos, reconstruyó esta torre, dotándola de mayor solidez, con vistas a la seguridad y protección

[74] Legado de Siria entre los años 35-37 d. C.
[75] Agripa I murió el año 44 d. C.
[76] Casio Longino fue legado de Siria entre los años 45-49 d. C.
[77] Claudio.
[78] La fortaleza Antonia. Cf. cap. 406.

del Templo, y le puso por nombre Antonia, en honor de Antonio, amigo suyo y general de los romanos.

410. En el sector occidental del recinto amurallado se levantaban cuatro puertas: una se dirigía al palacio real a través del barranco ocupado para el tránsito, dos a los suburbios y la otra restante a la otra parte de la ciudad, continuada por numerosos peldaños que llevaban abajo, al barranco y luego, desde aquí, de nuevo arriba hasta alcanzar la ciudadela. Y es que la ciudad, que tenía la forma de un teatro, quedaba enfrente del Templo, rodeada de un hondo barranco por el costado meridional. Asimismo, la cuarta[79] cara de este recinto amurallado, que era la que miraba al mediodía, tenía también ella puertas en la zona central y a continuación de esta zona un triple pórtico real, el cual se prolongaba y extendía desde la parte oriental del barranco hasta la occidental, puesto que no podía extenderse más allá. Se trataba de una obra la más notable de todas las que hay bajo el sol. En efecto, aunque la altura del barranco era ya enorme e imposible de alcanzar con la vista si desde arriba uno se asomaba al hondo, en aquel lugar de arriba se levantaba todavía el pórtico, de una altura inmensa, de tal manera que si uno quería alcanzar con la vista desde lo alto del tejado del pórtico la suma de ambas alturas se mareaba, sin que la vista consiguiera alcanzar aquel inconmensurable fondo. Este pórtico disponía de cuatro series de columnas contrapuestas las unas a otras todo a lo largo (la cuarta serie de estas columnas estaba unida a una pared de piedra). El grosor de cada una de estas columnas era tal que para abarcarlas se requerían tres hombres que se tocaran entre sí sus dos brazos abiertos. Su longitud era de veintisiete pies. La columna descansaba sobre un toro doble. La cifra total de columnas era de ciento sesenta y dos. Y sus capiteles, de estilo corintio, estaban formados por esculturas asombrosas por la magnificencia del conjunto. Y aunque eran cuatro las series de columnas, éstas formaban tres áreas entremedias de los pórticos. Y dos de estas áreas, simétricas entre sí, tenían idéntico formato: la anchura de cada una de ellas dos era de treinta pies, la longitud era de un estadio y la altura de más de cincuenta pies. En cambio, en el caso del área central, su anchura era de un tercio más que las otras dos áreas y su altura el doble. Los

[79] Las cuatro caras son: ésta del mediodía, la occidental (cf. cap. 410), la del Norte (cf. cap. 403) y la oriental (cf. cap. 397).

techos estaban adornados con esculturas labradas en madera, de varios aspectos y formas. El techo del medio alcanzaba en altura cotas más altas que los dos laterales. Alrededor de los arquitrabes fue construida la pared central, la cual constaba de columnas levantadas en ella y era toda de piedra tan pulida resultaba increíble a quienes no lo habían visto, y a los que lo contemplaban les causaba una fuerte impresión. De este tenor era el contenido del primer recinto amurallado. Pero en el centro[80], a no mucha distancia del recinto amurallado citado, había un segundo, al que se ascendía por unos pocos peldaños y que estaba rodeado por una cerca de piedra con una inscripción que prohibía la entrada a los extranjeros bajo amenaza de pena de muerte. Este recinto amurallado interior tenía por el lado Sur y Norte tres puertas respectivamente a igual distancia unas de otras, y, en cambio, por el lado oriental una sola, la grande, por la que entrábamos los que nos encontrábamos purificados junto con nuestras esposas. Una vez sobrepasada otra puerta situada más adentro que la primera se encontraba el Templo, cuyo acceso estaba prohibido a las mujeres. Y todavía más dentro que esta segunda había una tercera por la que sólo los sacerdotes estaban autorizados a entrar. Aquí se encontraba el sanctasanctórum y en su parte delantera el altar, sobre el que se ofrecían los holocaustos a Dios. A ninguno de estos tres elementos[81] pasó el rey Herodes, puesto que lo tenía prohibido al no ser sacerdote. En cambio, se ocupó de las obras tanto de las de los pórticos como de las de los recintos amurallados exteriores, construcciones que llevó a término en ocho años.

421. El Templo fue reedificado por los sacerdotes[82] en el plazo de un año y cinco meses. Completada esta obra, el pueblo entero se colmó de alegría y dio gracias a Dios, en primer lugar por la

[80] Donde se hallaba el Templo. Cf. cap. 401.

[81] Hay que comprender: el altar, el sanctasanctórum y el espacio situado por dentro de la tercera puerta de acceso. Parece que hay que entender, pues, que las mujeres sólo podían traspasar la primera de las tres puertas, los hombres (y, entre ellos, Herodes) también la segunda y los sacerdotes incluso la tercera.

[82] Lo edificaron los propios sacerdotes por la razón antes señalada o, mejor, aludida, de que los profanos no tenían acceso a algunas de sus partes, por lo que los sacerdotes recibieron enseñanzas previas de albañilería y carpintería. Cf. cap. 390.

rapidez con que había sido ejecutada, y en segundo lugar por el empeño que en ella había puesto el rey, festejando la reconstrucción y deseándole los mejores augurios. El rey, por su parte, sacrificó en honor de Dios trescientos bueyes y los demás aportaron para el sacrificio el número de bueyes que cada uno podía, de suerte que no es posible indicar el número de los sacrificados, puesto que se nos escapa la posibilidad de indicarlo de una manera cierta, ya que coincidió con la fecha de terminación de las obras del Templo el aniversario de la subida al poder del rey, aniversario que, siguiendo la costumbre, celebraban, con lo que los festejos resultaron brillantísimos por coincidir ambos eventos.

424. El rey construyó además una galería subterránea secreta, que llevaba desde la fortaleza Antonia hasta alcanzar el interior del Templo y venía a terminar en su puerta oriental[83], encima de la cual construyó también una torre, para poder recorrer aquella zona subterránea y subir a la citada torre, precaviéndose de esta manera de un posible levantamiento popular contra los reyes. Y se dice que en el tiempo que duró la construcción del Templo no llovía por el día, sino que la lluvia caía de noche, para no impedir la realización de las obras. Esta es una información transmitida por nuestros padres, y no es en absoluto una cosa increíble si observamos las demás formas en que Dios se nos manifiesta. De esta manera, pues, fueron culminadas las obras del Templo.

[83] La puerta mayor. Cf. cap. 418.

RESUMEN:

1. Cómo Alejandro y Aristobulo regresaron de Roma junto a su padre.
2. Cómo los hermanos del rey, Salomé y Feroras, recurrieron a calumnias contra ellos.
3. Cómo Herodes, después de casar a Alejandro y a Aristobulo, se hizo a la mar para visitar a Agripa en Mitilene y cómo Herodes lo convenció de que viniera a Judea.
4. Partida de Agripa para Jonia y cómo Herodes se hizo a la mar por segunda vez para encontrarse con Agripa en el Bósforo.
5. Encuentro de los judíos de Jonia con Agripa para acusar a los griegos, en presencia de Herodes.
6. Cómo Agripa les aseguró la vigencia de sus leyes, y cómo Herodes regresó a Judea.
7. Cómo Herodes habló a los habitantes de Jerusalén y les perdonó la cuarta parte de las contribuciones del año anterior.
8. Cómo la discordia se adueñó de la casa de Herodes por apreciar él a su hijo mayor Antípatro más que a Alejandro y Aristobulo y cómo éstos últimos consideraron intolerable esta afrenta.
9. Cómo Herodes, cuando Antípatro residía en Roma, llevó allí a Alejandro y Aristobulo y los acusó ante Augusto.
10. Defensa de Alejandro ante Augusto y reconciliación de los dos hermanos con su padre.

11. Cómo Herodes celebró juegos quinquenales en honor de la fundación de Cesarea.
12. Embajada de los judíos de Cirene y Asia ante Augusto para exponerle los asuntos de que acusaban a los griegos.
13. Copia de la carta que al respecto escribieron Augusto y Agripa a las diversas naciones y ciudades.
14. Cómo Herodes, al estar falto de dinero, bajó al sepulcro de David y cómo, turbado de miedo, levantó un monumento sobre el sepulcro.
15. Cómo Arquelao, rey de Capadocia, reconcilió con su padre a Alejandro, previamente encarcelado por él, y cómo él partió para Capadocia y Herodes para Roma.
16. Rebelión de los habitantes de la Traconítide y reconquista de este país por los gobernadores del lugar.
17. Cómo Herodes exigió a Arabia la entrega de los rebeldes que se habían refugiado en aquel país y cómo, al no conseguir su propósito, emprendió una expedición militar contra ellos con permiso de Saturnino.
18. Cómo el árabe Sileo acusó ante Augusto a Herodes a propósito de la invasión que éste llevó contra su país y cómo Herodes se vio libre, gracias a Nicolás, de estas acusaciones pese al enfado de Augusto.
19. Calumnias de Euricles ante Herodes contra los hijos de éste y cómo su padre Herodes los encarceló y dio cuenta de ellos a Augusto por carta.
20. Cómo Herodes, tras haberle concedido Augusto la correspondiente autorización, acusó a sus hijos en Beirut ante el Consejo Judicial y cómo, una vez muertos, fueron enterrados en la fortaleza de Alejandreo.

Este libro comprende un período de doce años.

1. *Herodes dicta leyes contrarias a la tradición judía.* 1.1. El rey, que en la administración del Estado se mostraba ávido por reprimir los distintos delitos cometidos en la ciudad de Jerusalén y en el conjunto del país, dictó una ley nada parecida a las ya existentes, que él mismo sancionó, por la que imponía la obligación de que los ladrones que eran vendidos debían ser sacados fuera del reino, medida que no sólo significaba una pena grave para quienes la sufrían, sino que también implicaba la disolución de las costum-

bres tradicionales. Y es que al convertirse en esclavos de extranjeros y que no tenían el mismo género de vida, y verse forzados a cumplir todas cuantas obligaciones les imponían sus amos en forma inflexible, constituía un pecado contra la religión, no un castigo de los convictos de robo, por lo que tal suerte de pena estaba prohibida originariamente. En efecto, las leyes mandaban que el ladrón depositara el cuádruplo de lo robado y que, si no disponía de este importe, fuera vendido, eso sí, pero en modo alguno a extranjeros ni para sufrir la esclavitud por tiempo indefinido, ya que debía ser puesto en libertad al cabo de siete años. En cambio, que el castigo fuera terrible e ilegal tal y como fue determinado entonces parecía a la gente un acto de soberbia, convencida de que Herodes había pensado imponer esta pena no como rey sino como tirano y con desconsideración hacia los intereses generales de sus súbditos. Consecuentemente, esta actitud del rey, de factura similar al resto de sus comportamientos, constituía una parte de los reproches y de la animadversión de que él era objeto.

6. *Comienzan las intrigas contra los hijos de Mariame.* 2. Por estas fechas emprendió la navegación a Italia, deseoso no sólo de encontrarse con César Augusto sino también de visitar a sus hijos, que se educaban en Roma. Y César Augusto, además de recibirlo afectuosamente, le entregó sus hijos para que los llevara a su tierra, al entender que habían culminado ya los estudios. Cuando llegaron procedentes de Italia, las masas pugnaban por rodear a los jóvenes, quienes fueron objeto de la admiración de todos, no sólo porque estaban adornados por el grandioso destino que les esperaba, sino también porque su figura no carecía de dignidad regia. E inmediatamente se vio que eran malvistos no sólo por Salomé, la hermana del rey, sino también por quienes con sus calumnias habían llevado a la muerte a Mariame. Pues éstos creían que, en caso de alcanzar ellos el poder, pagarían su justo merecido por las iniquidades cometidas contra su madre. Consecuentemente, convirtieron esta misma razón de ser del miedo que los embargaba en calumnia contra ellos, haciendo correr el rumor de que no se encontraban a gusto con su padre a causa de la muerte de su madre, hasta el punto de creer ellos, según propagaban sus calumniadores, que no se ajustaba a las exigencias de la religión convivir bajo el mismo techo con el asesino de la persona que los trajo al mundo. Y actuaban así porque, al llevar la calumnia de la verdad

de lo imputado a la persuasión de su culpabilidad, podían hacerles daño y privarlos del afecto que Herodes tenía a sus hijos, puesto que tampoco le comunicaban abiertamente a él tales infundios, sino que los propagaban entre el resto de la población. Y al referírselos ésta a Herodes, en el fondo de su alma fue cuajando un odio que con el tiempo no pudo ser vencido por el propio instinto de padre. Y el rey, que de momento, sin embargo, sentía el amor de padre con una fuerza superior a toda sospecha y calumnia, no sólo los hacía partícipes de los honores debidos, sino que también, cuando alcanzaron edad para ello, les dio esposas, a Aristobulo Berenice, la hija de Salomé, y a Alejandro Glafira, la hija de Arquelao, rey de Capadocia.

12. *Herodes invita a Marco Agripa a visitar su reino.* 2.1. Herodes, tras arreglar estos asuntos, al enterarse de que el propio Marco Agripa había vuelto a desembarcar en Asia, procedente de Italia, corrió junto a él y lo invitó a visitar su reino y a recibir los debidos honores de un hombre hospitalario y amigo. Y él, luego de ceder a su tenaz insistencia, llegó a Judea, ocasión en la que Herodes no escatimó cumplido alguno, puesto que no sólo lo acogió en las ciudades, sino que también, al tiempo que le mostraba las construcciones, dispensó tanto a él como a sus amigos el disfrute de todo género de habitáculo y de lujo, lo mismo en Sebaste y en el puerto de Cesarea, que había sido construido por él, como en las fortalezas de nombre Alejandreo, Herodio e Hircania, que había edificado con grandes costes. Y lo llevó también a la ciudad de Jerusalén, donde todo el pueblo salió a su encuentro en traje de fiesta y recibió a aquel hombre entre faustas aclamaciones. Agripa, por su parte, ofreció a Dios un sacrificio de cien bueyes, e invitó a un banquete a una población que en número de personas no quedaba por detrás de ninguna de las más populosas. Y él, aunque por gusto se habría quedado allí durante más días todavía, aceleró la partida apremiado por la época del año, ya que si se echaba encima el invierno no consideraba exento de riesgos el viaje por mar a Jonia, adonde necesariamente tenía que regresar.

16. *Herodes corre a reunirse con Marco Agripa en el Bósforo.* 2. Así pues, Agripa partió por mar después de haberlo honrado Herodes, a él y a las personas más insignes de su séquito, con numerosos regalos. Y el rey, después de pasar el invierno en su

país, en la primavera se apresuró a reunirse con él, sabedor de que preparaba la campaña al interior del Bósforo. Y después de cruzar Rodas y Cos en su navegación, arribó a la zona de Lesbos, donde creyó que alcanzaría a Agripa. Pero al rey lo detuvo allí un viento del norte, que impedía la salida a la mar de las naves. Por eso él pasó más días de lo previsto en Quío, donde, al recibir a gran número de personas que se le acercaban, se las ganaba con regalos regios, al tiempo que, al ver desmoronado el pórtico de la propia ciudad, el cual, tras haber sido derribado en la guerra contra Mitrídates, no era tan fácil de reconstruir como los demás a causa de su tamaño y belleza, les entregó dinero en cantidad tal que pudiera no sólo bastar para la culminación de la obra, sino incluso sobrar, diciéndoles que no consintieran aquel estado de cosas, sino que levantaran cuanto antes el pórtico, devolviendo a la ciudad su peculiar ornato. Él, por su parte, una vez que se calmó el viento, se trasladó a Mitilene y desde allí a Bizancio, y, al llegar a sus oídos la noticia de que Agripa había alcanzado por mar el interior de las Rocas Cianeas, corrió en pos de él con la mayor celeridad posible. Y como lo hubiera alcanzado cerca de la Sínope del Ponto, se le vio acercarse con las naves cuando nadie lo esperaba, pero su presencia resultó grata, lo que se tradujo en inacabables abrazos, y todo ello porque Agripa creía haber recibido la prueba más fehaciente de afecto y cariño hacia su persona, habida cuenta de que el rey había efectuado tan largo viaje por mar y no le había escatimado su ayuda, la cual, al abandonar el gobierno y la administración de sus propios asuntos, había considerado más importante que todo ello. En razón de esto, durante esta campaña Herodes fue todo para él: colaborador en las obras que habían de realizarse y consejero en los asuntos particulares, dulce amigo en los momentos de ocio y la única persona que compartía todo con él, lo molesto en razón del afecto que Herodes sentía hacía él y lo agradable en razón de la estima que le tenía. Y cuando ellos hubieron concluido las operaciones de la zona del Ponto que habían motivado la llegada de Agripa, decidieron ya no efectuar el regreso por mar, sino que, tras atravesar a pie Paflagonia y Capadocia y alcanzar desde allí la gran Frigia, llegaron a Efeso y desde allí cruzaron de nuevo el mar hasta Samos. Y el rey hizo en todas y cada una de las ciudades numerosos favores, determinados por las necesidades de los que corrían a su encuentro. En efecto, no esquivó nada que pudiera resolverse con dinero o con su favorable acogida: en el

primer caso corría él personalmente con los gastos y en el segundo servía de intermediario a quienes solicitaban alguna gracia a Agripa, tarea en la que conseguía que los peticionarios no fracasaran en ninguno de sus propósitos. Y aunque Agripa era bondadoso y generoso a la hora de conceder todo aquello que, a la par que era beneficioso para quienes lo habían solicitado, no molestaba a ningún otro, la intervención del rey resultaba sumamente eficaz en el designio de mover a Agripa a conceder los favores pedidos sin demora. Así, por ejemplo, lo reconcilió con las gentes de Ilión, pagó a los habitantes de Quío el dinero que debían a los procuradores de César Augusto, consiguió su exención del pago de contribuciones, y prestó su ayuda a los demás cuando necesitaban algo.

27. *Por la mediación de Herodes, Agripa escucha las quejas de los judíos de Jonia.* 3. En el momento en que ellos llegaron a la zona de Jonia una multitud inmensa de judíos que habitaban las ciudades de aquella región se acercó a ellos, aprovechando la ocasión que se les brindaba y la posibilidad de expresarse pública y libremente, y refirieron las vejaciones de que eran objeto al no permitírseles hacer uso de sus propias leyes y ser obligados por la iniquidad de los jueces a someterse a juicio en días sagrados, y al ser despojados del dinero destinado a ser enviado a Jerusalén, por cuanto que eran obligados a tomar parte en las expediciones militares y en la prestación de servicios públicos y a gastar el dinero sagrado en estos menesteres, de los que habían sido eximidos siempre al haberles permitido los romanos vivir en consonancia con sus propias leyes. Como ellos criticaran a voz en grito tal suerte de vejaciones, el rey intercedió para que Agripa escuchara sus alegatos y puso a disposición de ellos para que expusiera la justicia de su causa a Nicolás, que era amigo personal suyo. Y una vez que Agripa hubo sentado a su lado a las autoridades romanas y a los reyes y príncipes presentes, Nicolás, luego de ocupar el debido lugar, argumentó así en pro de los judíos: «Magnífico Agripa, a todos los hombres que se encuentran en apuros les es obligado refugiarse en brazos de quienes puedan librarlos de las vejaciones de que son objeto, circunstancia que se da en los que han venido a tu encuentro, a los que asiste además confianza en lograr sus propósitos. En efecto, como numerosas veces antes de ahora os han encontrado a vosotros en la disposición de ánimo que habían deseado, piden por mediación de vosotros, que fuisteis quienes les

concedisteis los favores, no ser desposeídos de ellos, sobre todo cuando los han recibido de aquéllos que son los únicos en tener facultad para concederlos, mientras que son desposeídos de los mismos por alguien que en modo alguno está por encima, sino por quienes los judíos saben que están a la misma altura que ellos, por cuanto que son igualmente súbditos vuestros. Y, claro, hay que convenir en que, si fueron distinguidos con dones relevantes, ello representa un elogio para quienes los obtuvieron por haberse mostrado merecedores de tan grandes bienes, y si lo fueron con dones de poca monta, resulta vergonzoso no convalidar esta pequeñez después de habérsela concedido. Sin embargo, los que constituyen un impedimento a ello y tratan vejatoriamente a los judíos resulta meridianamente claro que ofenden a ambas partes: a los que han recibido el favor, por cuanto que no consideran hombres de bien a quienes así se lo testimoniaron los que tenían autoridad sobre ellos al concederles tales dones, y a los que se los concedieron, por cuanto que pretenden que los favores otorgados por ellos queden invalidados. Y si uno preguntara a los judíos cuál de estas dos cosas querrían que les fuera quitada, la vida o las costumbres heredadas de sus antepasados, las procesiones, los sacrificios, las fiestas, bien sé que preferirían sufrir cualquier cosa antes que quebrantar una sola norma tradicional, puesto que no sólo la mayoría de los pueblos opta por las guerras en defensa de estas tradiciones, que procuran no transgredir, sino que también medimos la felicidad que ahora tiene el género humano gracias a vosotros, por la facultad que asiste a todos y cada uno de los pueblos de desarrollarse y pasar la vida en su país apegados a sus particulares costumbres. Así pues, los mismos que no aceptarían sufrir esta vejación se esfuerzan por causarla a otros, como si no cometieran igual pecado si se desentienden de rendir a sus dioses el culto propio de ellos que si impíamente echan a perder a algunos sus peculiares costumbres. Pero examinemos a continuación esta otra cuestión: ¿Hay algún pueblo o ciudad o comunidad humana para quienes no constituye el más grande de los bienes el liderazgo de vuestro imperio y el poderío romano? ¿Querría alguien que los beneficios venidos de aquí fueran invalidados? Nadie, ni aunque estuviera loco, y eso porque no hay quien no participe de ellos, individual y colectivamente. Y, sin embargo, los que pretenden quitárselos a algunos de aquéllos a quienes vosotros se los concedisteis no dejan ningún bien seguro, ni siquiera para sí, de los que

poseen gracias a vosotros. Y, claro está, hay que convenir en que los beneficios recibidos por éstos son inconmensurables, ya que, si cotejaran las antiguas monarquías y el actual imperio, aunque son muchas las cosas que han contribuido a su felicidad, se convencerían de que incluso vale por todas el hecho de no verse ya esclavos sino libres. Y nuestra situación, aunque los negocios nos van espléndidamente, no debe mirarse con malos ojos, ya que la suerte nos sonríe, gracias a vosotros, como a todos y únicamente pedimos compartir este bien, la posibilidad de observar sin impedimento el culto tradicional, cosa que, en sí misma, debiera no sólo no ser mal vista, sino incluso parecer que favorece a quienes la consienten, puesto que la Divinidad, si se congratula de ser honrada, se congratula con quienes permiten que se la honre, aparte de que entre nuestras costumbres no hay ninguna inhumana, sino que todas son piadosas y sancionadas por la habitual justicia que las asiste. Y no ocultamos los mandamientos de que nos servimos como recordatorio para el ejercicio de la piedad y del comportamiento humano en nuestra vida, al tiempo que dedicamos el séptimo día al aprendizaje de nuestras costumbres y de la Ley, puesto que, a nuestro juicio, como ocurre con cualquier otro instrumento, también aquellas herramientas que nos facultan para no pecar exigen entrenarse en ellas. Así pues, nuestras costumbres, si se las examina en sí mismas, se muestran hermosas, y, por otro lado, antiguas para nosotros, aunque a algunos no se lo parezca, de tal manera que el valor que les confiere su antigüedad resulta imposible de olvidar para quienes las han heredado y preservado religiosamente. Estas son las costumbres de que pretenden despojarnos por pura vejación, y con este objeto echan a perder y nos expolian abiertamente el dinero que recolectamos para dedicarlo a Dios, nos imponen cargas tributarias y nos llevan en días festivos a los tribunales y otros menesteres, no por necesidad derivada de los contratos, sino para ultrajar el culto observado, como ellos saben, por nosotros, y con esta actitud demuestran sentir un odio, ni justificado ni tampoco permitido a ellos, ya que vuestro imperio, establecido de forma unitaria para todos, confiere eficacia a la benevolencia e ineficacia a la malevolencia de quienes prefieren este tipo de sentimientos a aquél. Por eso, pues, magnífico Agripa, pedimos no sufrir daño ni soportar vejaciones, ni que se nos impida practicar nuestras costumbres, ni ser despojados de nuestros bienes, ni que determinadas gentes violen nuestros derechos cuando nosotros no violamos los

suyos. Y es que no sólo son merecidos, sino que además nos fueron concedidos previamente por vosotros. Todavía podríamos leer multitud de decretos del Senado y las tablillas depositadas en el Capitolio para dar fe de estas mercedes, las cuales evidentemente fueron otorgadas después de haber sido demostrada nuestra lealtad hacia vosotros, aunque tendrían igual fuerza si nos las hubierais regalado, aun en el supuesto de que antes no os hubiéramos hecho favor alguno. Y es que con vuestro gobierno beneficiáis no sólo a nosotros, sino también prácticamente a todo el mundo, conservando a todos los bienes que tenían y añadiéndoles otros superiores a los que cabría esperar. Se podría hacer interminable esta exposición si uno enumerara los beneficios que cada uno de nosotros ha obtenido gracias a vosotros. Sin embargo, para demostrar que nosotros los hemos recibido todos ellos merecidamente, nos basta sinceramente, aunque callemos nuestro comportamiento anterior, con referirnos a la persona que ahora es nuestro rey y que está sentado a tu lado. ¿Qué forma de benevolencia le ha faltado mostrar a vuestra casa? ¿De qué clase de lealtad ha carecido? ¿Qué aprecio no ha sentido? ¿Qué otras necesidades reclaman antes su atención? ¿Qué impide entonces que los favores que nos habéis otorgado a nosotros sean a cuenta de tantos beneficios como habéis recibido vosotros? Pero es igualmente hermoso no pasar por alto ni dejar en el olvido tampoco la hombría de bien de su padre Antípatro, el cual, cuando con dos mil hoplitas corrió en ayuda de César con ocasión de invadir éste Egipto, se vio que no quedó a la zaga de nadie, ni en los combates por tierra, ni cuando fue menester recurrir a las naves. ¿Y qué necesidad hay de significar cuán gran favor prestaron aquellos soldados en aquellas circunstancias y con cuántos y qué importantes premios fueron obsequiados individualmente por César, cuando ello exige recordar la carta que en aquel entonces escribió César al Senado así como que Antípatro recibió oficialmente honores y la ciudadanía? Bastarán, pues, estas pruebas para demostrar no sólo que nosotros recibimos merecidamente los privilegios citados, sino además que también merecidamente te pedimos a ti su convalidación, de quien había que esperarlos aunque no nos hubieran sido concedidos anteriormente, en vista del afecto que el rey siente hacia vosotros y vosotros hacia él. Por otro lado, se nos anuncia por los judíos de allá que pisaste amablemente el país, que ofreciste a Dios cumplidos sacrificios, honrándolo con cumplidas oraciones, que convidaste al pueblo y que aceptaste

su hospitalidad. Todo esto, efectivamente, es menester considerarlo señal y prueba del afecto que no sólo nuestra nación sino también la ciudad de Jerusalén sienten hacia un hombre que está al frente de tan grande Estado, afecto que devolviste a la nación judía y que fue propiciado por la hospitalidad de Herodes. Al recordarte esto, a ti y al propio rey, que está sentado a tu lado, no os pedimos nada de más, sino únicamente que no consintáis que nos sean arrebatados aquellos dones que vosotros mismos nos concedisteis».

50. *Agripa ratifica los derechos concedidos, tras lo cual Herodes y él parten cada cual a su país.* 5. Cuando Nicolás hubo terminado esta exposición, no se produjo oposición alguna por parte de los griegos, puesto que tampoco intervenían en el tema como en el caso de un pleito, sino que se trataba de solicitar su intercesión en relación con las violaciones de que eran objeto. Y ellos no negaron lo más mínimo que no cometían esas violaciones, sino que únicamente pretextaron que los judíos, después de aprovecharse del país que ellos les habían brindado, no hacían luego más que un cúmulo de iniquidades. Pero los judíos demostraron su condición de población autóctona y que cuando tenían estima por sus peculiaridades lo hacían sin causar a nadie la más leve molestia. Al comprender, pues, Agripa que los judíos sufrían violaciones respondió lo siguiente: que, en razón del afecto y cariño que Herodes sentía hacia él, estaba dispuesto a regalar a los judíos todo lo que fuera, aunque lo que solicitaban parecía justo en sí mismo, de manera que si le hubieran pedido todavía más cosas no habría vacilado en concedérselas, siempre que no perjudicaran al imperio romano. Y puesto que solicitaban únicamente que no fueran invalidados los derechos que habían recibido anteriormente, les hizo saber que les ratificaba el derecho a continuar viviendo conforme a sus propias costumbres sin ser molestados. Tras dar esta respuesta, puso fin a la reunión. Y Herodes, situado a su lado, lo besaba y le confesaba su agradecimiento por la estima en que lo tenía. También Agripa, contento con esto, daba prueba de iguales sentimientos, correspondiéndole con abrazos y besos. Y a continuación se retiró Agripa. Y el rey, por su parte, decidió navegar a casa desde Samos y, tras despedirse de Agripa, se hizo a la mar. Y no muchos días después, como hubieran encontrado vientos favorables, arribó a Cesarea. Y desde allí marchó a Jerusalén, donde reunió en asamblea a la totalidad de su pueblo. Y se presentó una multitud ingente

procedente incluso del resto del país. Y el rey, tras pasar a ocupar el lugar adecuado, dio cuenta de la totalidad de su viaje al extranjero y se refirió al caso de los judíos que habitaban en Asia, de quienes dijo que gracias a su intercesión vivirían de allí en adelante libres de toda vejación. Y, en suma, enorgulleciéndose de no renunciar a nada que redundara en beneficio de su pueblo, tanto en prosperidad como en la administración del reino, los eximió del pago de la cuarta parte de contribución correspondiente al año anterior. Y la gente, seducida tanto por sus palabras como por esta gracia, llena a rebosar de alegría, regresó a su lugar de procedencia, no cansándose de hacer los mejores votos por el rey.

66. *Arrecian las intrigas de Salomé y Feroras contra los hijos de Mariame.* 3.1. Pero cada día las disensiones de familia ganaban terreno y cobraban una intensidad más cruel, al recoger Salomé, como si se tratara de una herencia, el odio que sentía contra la madre y volverlo contra los hijos, y al tomar ella el éxito que había tenido en sus maquinaciones contra su madre como impulso demente y osado que la movía a no dejar con vida a ningún descendiente que pudiera vengar la muerte de aquella mujer que había sido eliminada por ella misma, al tiempo que los propios jóvenes sentían cierto grado de osadía y hostilidad contra su progenitor no sólo por el recuerdo de las desgracias que había sufrido su madre inmerecidamente, sino también por sus ansias de alcanzar el poder. Y este nuevo mal resultó igual al primero: los jóvenes criticaban tanto a Salomé como a Feroras, y éstos maquinaban y conspiraban con hechos contra los muchachos. Y es que el odio que se guardaban los unos a los otros era igual, pero la modalidad que adoptaba era distinta, ya que, mientras los jóvenes estaban prestos a censurar e insultar públicamente, por considerar a causa de su inexperiencia noble proceder no esconder su cólera, los otros utilizaban sus calumnias de una forma no igual a ellos, sino de una manera efectiva y perversa, provocando continuamente a los muchachos y pensando que su osadía llegaría a trocarse en violencia contra su progenitor. Pues, según calculaban, el hecho de que los jóvenes no se avergonzaran de las faltas cometidas por su madre, así como que no creyeran que ella había pagado lo que se merecía, implicaba que no se detendrían hasta vengarse con sus propias manos del que pasaba por ser el culpable. Finalmente, pues, se llenó toda la ciudad de esta suerte de rumores y, al igual que ocurre en las com-

peticiones dramáticas, la gente se compadecía de la inexperiencia de los muchachos, mientras era la diligencia de Salomé la que prevalecía, al tiempo que eran ellos quienes le daban la coartada[1] de que no mentía. En efecto, ellos, como estaban tan afligidos con la muerte de su madre, cuando Salomé hablaba mal tanto de aquélla como de los propios jóvenes se esforzaban por demostrar desventurado el fallecimiento de su madre y también desventurados a sí mismos, quienes se veían obligados a convivir con los asesinos de ella[2] y a compartir con ellos las mismas cosas.

66. *Salomé y Feroras informan a Herodes de la supuesta animadversión de sus hijos.* 2. Este estado de cosas ganaba terreno cada vez más, al encontar las disensiones una oportunidad en la ausencia del rey. Y cuando regresó Herodes y, según advertimos, conversó con la población, le llegó inmediatamente la noticia, suministrada por Feroras y Salomé, de que los jóvenes representaban un gran peligro para él, puesto que no cesaban de amenazar públicamente que no tolerarían dejar impune la muerte de su madre. Y añadieron todavía que mantenían confianza en la ayuda de Arquelao de Capadocia para, por mediación de él, no sólo presentarse a César Augusto sino también para acusar a su padre ante él[3]. Y Herodes se inquietó inmediatamente que oyó tales cosas, pero se estremeció todavía más cuando le dieron cuenta de ello también personas extrañas. Cayó en el abatimiento, y al pensar en su desgracia primera y darse cuenta de que no había podido disfrutar ni de sus seres más queridos ni de su amada esposa por las disensiones surgidas en la familia, y al considerar la situación presente todavía más grave que la pasada y más peligrosa que aquélla, su alma se debatía en un mar de confusiones. Pues realmente, aunque el destino le proporcionaba en la inmensa mayoría de sus empresas exteriores un éxito superior incluso a lo que cabía esperar, sin embargo en los bienes más importantes de familia y en los que no cabía suponer, le ocurría ser desafortunado, realidades ambas que ganaban terreno como nadie podía imaginárselo y ofrecían una reñida competencia entre si Herodes debía aceptar a cambio de las desgracias de familia tan gran éxito en sus actividades

[1] Cf. *Guerra judía* 1, 447.
[2] Cf. Sófocles, *Electra*, 263-264.
[3] Cf. *BJ.* 1, 447.

exteriores o si, por el contrario, debía escapar a esos infortunios tan enormes de orden familiar renunciando incluso a la posesión de una cosa tan admirada como es la corona real.

78. *Herodes trae a palacio a su otro hijo, Antípatro, para contrarrestar a los hijos de Mariame.* 3. Herodes, inquieto y afectado en la manera dicha, con objeto de bajar los humos a aquellos jóvenes introdujo en palacio[4] a otro hijo que le había nacido cuando él era todavía un simple particular, y a éste, que se llamaba Antípatro, aparentaba estimarlo, pero no tanto como posteriormente, cuando no sólo se sometió por entero a él sino que también depositó toda su confianza en este joven, en la creencia de que con esta postura quitaría aquella osadía a los hijos de Mariame y, más aún, con la intención de aprovecharla para hacerlos entrar en razón. Y es que, según él pensaba, de esta manera desaparecería la obstinación que anidaba en ellos si se convencían de que la sucesión en el trono no correspondía exclusiva ni necesariamente a ellos solos. Esta fue la razón por la que introdujo a Antípatro bajo apariencia de un opositor, creyendo que su previsión de los acontecimientos era acertada y que en su debido momento podría hacer mejores a los jóvenes, una vez que les fueran bajados los humos. Pero los hechos no resultaron como Herodes pensó, puesto que no sólo a los muchachos les parecía que había cometido una ofensa desmedida contra ellos, sino que además Antípatro, como era de condición astuta, una vez que concibió cierta esperanza de alcanzar lo que nunca había soñado, tomó como único objetivo de sus maquinaciones a sus hermanos, decidido a no cederles el primer puesto sino ganarse a su padre, quien ya se había enemistado con ellos por efecto de las calumnias y era fácil de llevar a lo que se había propuesto, a que cada día se irritara más con los calumniados. Consecuentemente, los cuentos eran llevados a Herodes no por él solo, puesto que se guardaba mucho de transmitir la imagen de que denunciaba por su propia iniciativa tales conductas, sino que utilizaba preferentemente colaboradores libres de toda sospecha y que habían de dar la impresión de que lo hacían por afecto al rey[5]. Y llegó un momento en que fueron bastantes los que no sólo adulaban a Antípatro por lo que esperaba alcanzar, sino también

[4] Cf. *BJ.* 1, 448.
[5] Cf. *BJ.* 1, 450.

los que tenían seducido a Herodes por aparentar que le transmitían tales noticias por afecto. Y como compitieran entre sí por multiplicar cambios de cara y parecer leales a los jóvenes, éstos les daban todavía más fundamentos en sus pérfidos manejos. En efecto, no sólo muy a menudo prorrumpían ellos en lágrimas por las vejaciones y desprecios de que eran objeto e invocaban a su madre, sino que incluso llegaban a tildar a su padre de injusto abiertamente ante los amigos, todo lo cual, esperado al acecho malévolamente por los secuaces de Antípatro y transmitido a Herodes bastante incrementado, ganaba terreno, haciendo las disensiones de familia nada baladíes. Agobiado, pues, el rey con las calumnias y deseoso de humillar a los hijos de Mariame, concedía cada vez más privilegios a Antípatro por la estima que le profesaba, hasta que, completamente entregado a él, trajo a palacio a su madre y a él lo recomendaba cada vez con más interés a César Augusto, escribiéndole muy a menudo cartas para contar las excelencias de Antípatro y otras veces comunicándoselo personalmente. En este sentido, cuando Agripa se disponía a regresar a Roma al cabo del decenio que le llevó la organización de los asuntos de Asia, Herodes navegó desde Judea y se reunió con él, ocasión en que Antípatro no sólo fue el único que trajo consigo, sino que además se lo entregó para que lo llevara a Roma repleto de regalos con objeto de que consiguiera hacerse amigo de César Augusto[6], de tal manera que todo parecía estar ya en manos de él y que los muchachos habían sido excluidos por completo del poder.

87. *Antípatro continúa conspirando y maquinando contra los hijos de Mariame desde Roma. Herodes los acusa ante Augusto.* 4.1. Este viaje redundó, así pues, en honor de Antípatro y contribuyó a dar la impresión de que ocupaba el primer puesto. En efecto, se hizo notar en Roma, al haberlo recomendado por carta Herodes a todos sus amigos. Pero él, sin embargo, estaba disgustado por no estar junto a su padre y no disponer de la oportunidad de calumniar continuamente a sus hermanos, y temía sobre todo un cambio de su padre y que, al encontrarse solo, tuviera a bien adoptar una actitud más benigna con los hijos de Mariame. Y, obsesionado con esta idea, no desistía de sus propósitos, sino que incluso desde allí,

[6] Cf. *BJ.* 1, 451.

cuando suponía que alguna noticia molestaría e irritaría a su padre contra sus hermanos, se la comunicaba siempre por carta, aparentemente como que se preocupaba por él, pero en realidad persiguiendo con la malevolencia innata en él un solo propósito, importante en sí y que tenía concebido, hasta que produjo en Herodes tal grado de irritación y de maldiciones que, como tuviera ya sentimientos hostiles hacia los jóvenes pero, aun así, se resistiera a embarcarse en una empresa tan triste, para no errar ni por omisión ni por precipitación consideró preferible navegar hasta Roma para acusar allí a sus hijos ante César Augusto y, así, no poner en sus solas manos un asunto tan grave que por su magnitud podía suscitar sospechas de impiedad. Y como hubiera subido a Roma, llegó hasta la ciudad de Aquilea, corriendo a encontrarse con César Augusto, y tras saludarlo y solicitarle un momento para poder exponerle las grandes desventuras que creía sufrir, colocó a sus hijos a un lado y les imputó animadversión y maquinaciones y que le eran hostiles, puesto que procuraban por todos los medios aniquilar a su propio padre y alcanzar el trono de la forma más cruel, mientras él sostenía que no estaba obligado ni siquiera a la hora de su muerte a ceder el trono a nadie por la fuerza sino que, por el contrario, tenía autorización de César Augusto para entregarlo a aquél que, a su juicio, se comportara mejor con él. Y añadía que aquellos jóvenes no estaban especialmente interesados por hacerse con el poder, sino que le daban bastante poca importancia al hecho mismo de perder el trono y la vida siempre que pudieran matar a su padre. «¡Tan brutal y repugnante es el odio que contra mí han vertido[7] en sus almas!». Y continuó diciendo: «Esta desventura, que venía soportando yo solo desde hace largo tiempo, me he visto obligado ahora a referírsela a César Augusto y a mancillar sus oídos con tan horrendas palabras. Y, sin embargo, ¿qué mal han recibido ellos de mí? ¿En qué asunto me reprochan haber sido severo? ¿Cómo es posible y justo no dejarme que sea yo libre para ocupar y entregar a quien se lo merezca un poder que yo mismo conseguí con infinitos trabajos y riesgos? Porque justamente esto con lo demás está destinado a ser un premio a la sacrosanta conducta de aquél que vaya a cuidar al que ocupa el poder tan dignamente que lo haga acreedor a tan grande recompensa. Y que

[7] Cf. Sófocles, *Electra*, 1311.

tampoco ellos actúan con pureza de alma cuando recurren a todo por alcanzar el poder, es algo totalmente patente, ya que quien no hace más que pensar en hacerse con el trono como sea, medita al mismo tiempo la muerte de su progenitor, por cuanto que no le es posible sucederle de otra manera más que de ésa». Y continuó diciendo que hasta el día de la fecha él no había ido a la zaga de nadie en darles lo que se debe dar a príncipes e hijos de rey, no simplemente ornato, no un servicio a su disposición, no una vida muelle, sino que les había dado las consortes más distinguidas, puesto que había casado con Aristobulo a la hija de su hermana y con Alejandro a la hija del rey Arquelao, y, lo más importante, que habiendo renunciado a utilizar contra ellos la facultad que tenía pese a serles imputado un crimen tan grave, los había traído ante César Augusto, bienhechor de todo el mundo, y que, después de renunciar él mismo a todas las facultades que le asistían tanto en su condición de padre vilipendiado como de rey víctima de una conspiración, se había presentado a un juicio de igual a igual. Y, por último, dijo que lo que no debía ocurrir, sin embargo, era que él quedara completamente sin ser vengado y tampoco que fuera condenado a vivir víctima del más grande temor, cuando ni siquiera a aquéllos, después de lo que habían tramado, no les solucionaba nada, si de momento conseguían escapar, ver la luz del sol, puesto que, después de cometer realmente los crímenes más graves que un hombre puede hacer, estaban llamados a padecerlos.

100. *Abatimiento de los hijos de Mariame.* 2. Estas fueron las acusaciones que Herodes vertió contra sus hijos ante César Augusto. Y los jóvenes, ya incluso cuando su padre hablaba, eran un mar de lágrimas y de confusión, y más todavía cuando Herodes acabó su exposición, puesto que, aunque en su fuero interno tenían razones fehacientes para demostar que estaban al margen de la grave imputación contra ellos vertida[8], sabían sin embargo, como así era, que resultaba difícil defenderse de tales infundios cuando éstos habían sido lanzados por su padre, dado que tampoco casaba bien con el momento hacer una exposición de motivos cabal, lo que los habría obligado a poner de manifiesto que la violencia y el apresuramiento lo habían hecho desvariar. Ello se traducía, consecuente-

[8] Cf. *BJ.* 1, 453.

mente, en incapacidad para poder hablar y en lágrimas y, al fin, en ayes de dolor muy sentidos, al temer dar la impresión de que su incapacidad para hablar estaba determinada por el convencimiento interno de la realidad de las imputaciones y al no encontrar fácil defenderse no sólo por su juventud, sino también por la turbación que experimentaban. Pero César por lo menos, al ver el estado de ánimo en que se hallaban, no dejó de comprender que el azoramiento que los embargaba obedecía no a un extraño convencimiento de la realidad de lo que se les acusaba, sino a su inexperiencia y comedimiento, lo que hizo que fueran compadecidos por los particulares presentes allí y que conmovieran a su padre, que fue presa de una verdadera emoción.

104. *Alejandro pronuncia una sentida defensa.* 3. Pero una vez que los jóvenes notaron cierto grado de benevolencia tanto en su padre como en César Augusto y que, a su vez, todos y cada uno de los demás los acompañaban en las lágrimas y absolutamente todos compartían su dolor, entonces uno de ellos dos, concretamente Alejandro, tras reclamar la atención de su padre, emprendió la tarea de disipar las acusaciones vertidas contra ellos, diciendo: «Padre, tu afecto hacia nosotros se ha hecho patente incluso a propósito de este mismo juicio, puesto que si hubieras pensado hacernos algún mal, no nos habrías traído ante la persona que salva a todos. En efecto, cuando te asistía como rey y cuando te asistía como padre el derecho de castigar a los culpables, el traernos a Roma y poner a éste como testigo era el comportamiento de quien quería salvarnos, puesto que no hay nadie que cuando toma la determinación de matar a uno lo lleva a un santuario y a un templo[9]. Pero nuestra situación es en estos momentos bastante mala, habida cuenta de que ya no soportaríamos vivir si la gente está convencida de que nosotros hemos ofendido a tan magnífico padre. Y en modo alguno es peor esto que lo que voy a decir, que en vez de morir vivamos bajo la sospecha de haberlo ofendido, cuando la verdad es que no lo hemos ofendido lo más mínimo. Así pues, si mi sinceridad consiguiera encontrar la forma de demostrar la verdad, sería una dicha haberte convencido a ti y evitar nosotros todo riesgo, pero si la calumnia triunfa tan poderosamente, a noso-

[9] Donde el condenado consigue la impunidad por el derecho de asilo.

tros nos sobra la actual luz del sol, puesto que ¿qué falta nos hace verla envueltos en esta sospecha? Por otro lado, hay que convenir en que el afirmar que anhelamos alcanzar el trono es una acusación fácil contra los jóvenes, y el añadir la desgracia de nuestra desventurada madre es suficiente para hacer realidad con aquella primera la actual. Pero mira a ver si estas inculpaciones en su conjunto no podrán ser imputadas a todos por igual. Pues nada impedirá, si el que reina tiene hijos y su madre ha muerto, que todos ellos pasen por estar conspirando contra su padre. Sin embargo, la simple sospecha no basta para demostrar tal pecado. En este sentido, que diga alguien si nosotros hemos osado hacer algo de un tenor tal, por obra del cual incluso las inculpaciones increíbles suelen recibir credibilidad. ¿Puede alguien demostrar que nosotros hemos preparado veneno o nos hemos conjurado con personas de nuestra edad o hemos sobornado criados o hemos redactado escritos contra ti? Y, sin embargo, todas y cada una de las cosas mencionadas ha habido veces en que, aunque no se hayan producido, han sido fingidas para calumniar, pues cuando la familia que vive en palacio no está unida ello es terrible. También el poder, del que tú afirmas que constituye un premio a la buena conducta, sucede muy a menudo ser responsable de hacer concebir esperanzas a los más malvados, las que hacen que no se retraigan ante maldad alguna. Pues bien, nadie podrá acusarnos de haber cometido una sola injusticia. Por otro lado, por lo que respecta a las calumnias vertidas contra nosotros ¿cómo podría disiparlas el que se niega a escuchar? Nos hemos permitido, sí, contar alguna cosa íntima, a la que tú no le darás importancia, lo que sería injusto, sino aquéllos que no saben callar siquiera lo que se les ha contado en la intimidad. Alguno de nosotros lloró, sí, por nuestra madre. Pero no porque haya muerto, sino porque, incluso difunta, ha sido difamada por quienes no tienen derecho a ello. ¿Suspiramos por hacernos con un poder que sabemos ocupa nuestro padre? ¿Con qué pretensión? Si nosotros recibimos honores de reyes, justamente como los recibimos, ¿no carece de todo sentido que suspiremos por él? Y si no los recibimos ¿no esperamos recibirlos en su día? ¿O es que aniquilándote a ti confiábamos hacernos con el poder nosotros, quienes en caso de cometer tal felonía ni podríamos caminar por la tierra ni navegar por el mar? ¡Claro, la santidad de tus súbditos y la religiosidad de toda nuestra nación habría consentido que unos parricidas estuvieran al frente de los asuntos de Estado y que entraran en el

Templo más sacrosanto, reconstruido por ti! ¿Y qué? Aun admitiendo que hubiéramos hecho caso omiso de todos los demás ¿uno que hubiera cometido un asesinato podía quedar impune viviendo César Augusto? Ni engendraste hijos tan impíos ni tan dementes, aunque quizás más desventurados de lo que sería de desear para ti. Y, si ni tienes inculpaciones que hacernos ni encuentras en nosotros conspiración alguna, ¿qué te queda para creer que hemos cometido tan grave pecado? Sí, nuestra madre está muerta. Pero has de saber que las circunstancias que llevaron a su muerte tampoco podían irritarnos, sino ponernos en guardia. Podemos alegar más datos en defensa nuestra, pero lo que no ha ocurrido no admite explicación. Justo por ello, ante César Augusto, señor del mundo, que actúa de mediador en el caso presente, contraemos el compromiso siguiente: si en razón de la pura verdad adoptas, padre, con nosotros una disposición libre de toda sospecha, viviremos, pero ni aun así dichosos, puesto que la simple inculpación, aunque se haya demostrado falsa, es una cosa terrible, que está entre las grandes desgracias. Pero si continúas con algún temor, tú quédate con la noble conducta que te caracteriza, que nosotros explicaremos nuestro proceder por nuestra propia cuenta. Nosotros no sentimos tanto aprecio por la vida como para mantenerla a costa de hacer daño a la persona que nos la dio».

121. *Los jóvenes salen airosos de este duro trance.* 4. César Augusto, que tampoco antes creía tan graves acusaciones, las rechazó todavía más a medida que Alejandro se iba manifestando en los términos en que lo hizo, y continuamente dirigía su mirada a Herodes, a quien veía también sumido en un mar de confusiones, al tiempo que la emoción invadía a todos los presentes y un murmullo difundido por la sala hacía que el rey fuera visto con displicencia. Y es que lo increíble de la acusación y la circunstancia de que los jóvenes se encontraran en plenitud de hermosura física atraía hacia ellos la ayuda de la compasión. Y todavía más: una vez que Alejandro se había enfrentado a las imputaciones de su padre hábilmente [10] y con inteligencia, ni él mismo ni su hermano tenían ya el mismo encogimiento, sino que, aunque continuaban llorando y mirando al suelo abatidos, se les notaba una mejor confianza, mientras el rey, quien

[10] Cf. *BJ.* 1, 453.

creía haber presentado una acusación convincente basada en datos que a él lo convencían, necesitaba que alguien lo defendiera por no haber podido demostrar la verdad de sus imputaciones. Y César Augusto, después de un momento, afirmó que, aunque los jóvenes parecían ser inocentes de la acusación vertida contra ellos, habían cometido este fallo: no haberse comportado con su padre en forma tal que hubiera evitado toda suerte de imputación contra ellos[11]. Y a Herodes, a su vez, lo animaba a que se reconciliara[12] con sus hijos, desechando toda clase de sospecha contra ellos, puesto que tampoco era justo creer que los propios hijos de uno son capaces de atentar tan gravemente contra su padre. Y continuó diciéndole que el arrepentimiento de unos y otros podía no sólo curar las heridas, sino estimular el mutuo afecto, con tal de que, excusándose ambas partes de lo precipitado de sus sospechas, se decidieran a tratarse los unos a los otros con mayor afecto. Tras esta reprimenda hizo con la cabeza una señal a los jóvenes. Y como aquéllos pretendieran caer a los pies de su padre para pedirle perdón, Herodes, anticipándose a ellos, los besaba, mientras no dejaban de llorar, y los abrazaba sucesivamente a uno tras otro, lo que provocó que ninguno de los que allí se encontraban, persona libre o esclavo, dejara de emocionarse.

127. *Intercambio de regalos entre Herodes y Augusto.* 5. Pues bien, Herodes y los dos jóvenes, luego de dar sentidas gracias a César Augusto, se retiraron formando grupo, y les acompañó Antípatro, fingiendo congratularse con la reconciliación. Y en los días posteriores Herodes regaló trescientos talentos a César Augusto, quien estaba ocupado en ofrecer espectáculos y reparto de víveres entre la población romana, mientras César Augusto le concedió la mitad de los ingresos que proporcionaban las minas de bronce de Chipre y le entregó la administración de la mitad de ellas, aparte de honrarlo con invitaciones y alojamientos. Y, en lo que respecta al trono, le otorgó la facultad de nombrar su sucesor a quien prefiriera de sus hijos o, en otro caso, de asignar una parte del reino a cada uno de ellos, con lo que el honor de ser rey los alcanzaría a todos. Y como Herodes estuviera dispuesto a hacerlo ya, dijo que no le permitiría que dejara de tener autoridad tanto sobre el reino como sobre los hijos mientras viviera.

---

[11] Cf. Tucídides 2, 45.
[12] Cf. *BJ.* 1, 454.

130. *Herodes regresa a Judea, donde hace una severa advertencia a todas las partes.* 6. Tras esto regresó de nuevo a Judea. Y en su ausencia la región de la Traconítide, que constituía una parte no pequeña de su reino, se sublevó, pero los generales dejados allí por Herodes redujeron a los sublevados y los obligaron de nuevo a obedecer al rey. Herodes, por su parte, que venía por mar con sus hijos, cuando llegó a Eleúsa de Cilicia, ciudad designada actualmente con el nombre de Sebaste, encontró allí a Arquelao, rey de Capadocia, quien le ofreció una cordial acogida, contento por la reconciliación de Herodes con sus hijos y porque Alejandro, quien estaba casado con su hija, había sido absuelto de la acusación que sobre él pesaba. Y se intercambiaron entre ellos los regalos que cumplen a los reyes. Y Herodes, luego de llegar procedente de este lugar a Judea y presentarse en el Templo, dio pormenorizada cuenta de los logros conseguidos en su viaje, refiriéndose a la amabilidad con que lo había tratado César Augusto y a las otras realidades particulares que, a su juicio, convenía que conocieran también los demás[13]. Al final, empleó unas palabras en poner sobreaviso a sus hijos, llamando a la concordia a las personas de la corte y al resto de la población y nombrando a sus hijos futuros reyes, llamados a sucederle, primero a Antípatro y luego también a los nacidos de Mariame, Alejandro y Aristobulo. Pero, en tanto llegaba ese momento, exigía que todos tuvieran la mirada puesta en él y lo consideraran rey y amo de todo, sin miedo a que se encontrara impedido para el ejercicio de sus funciones por la vejez, edad a la que se tiene la mayor experiencia en las tareas de gobierno, ni a que tuviera disminuidas las otras facultades que posibilitan no sólo dominar el reino sino también mandar en los hijos. Y, por lo que respecta a los mandos militares y a la tropa, les aseguró que si tenían la mirada puesta exclusivamente en él tendrían una vida tranquila y que toda una fuente de felicidad emanaría del afecto recíproco. Tras haber pronunciado estas palabras despidió a los convocados. Y su discurso agradó a la mayoría, pero hubo algunos a los que no les gustó tanto. Y es que por rivalidad entre unos y otros y por las esperanzas que había dado a sus hijos los ánimos andaban ya muy revueltos y anhelaban el cambio[14].

[13] Cf. *BJ.* 1, 457 y ss.
[14] Cf. *BJ.* 1, 467 y ss.

136. *La reconstrucción de Cesarea es celebrada con juegos y festejos.* 5. 1. Por estas fechas alcanzaron su culminación las obras de reconstrucción de la ciudad de Cesarea Sebaste, y su reconstrucción completa tocó a su fin a los diez años de iniciada, correspondiendo la fecha antes citada al año vigésimo octavo de subir Herodes al trono y a la Olimpiada ciento noventa y dos[15]. Así pues, inmediatamente que se terminaron las obras se celebraron con motivo de la bendición de la nueva ciudad festejos y actos suntuosísimos, ya que Herodes, por un lado, había anunciado concursos de música y de pruebas atléticas y, por otro, había preparado una cantidad enorme de gladiadores y de fieras, así como una carrera hípica, y todo ello con más lujo que los actos celebrados en Roma y en algunos otros pueblos. Y dedicó estos juegos a César Augusto, dispuesto a celebrarlos quinquenalmente. Y éste, a su vez, le remitió todos los objetos de su propiedad particular apropiados para tan digna celebración, contribuyendo con ello a honrar la magnificencia de Herodes. También Julia, la esposa de César Augusto, le envió por su cuenta muchos de los objetos más suntuosos de allá, de tal manera que el conjunto de los objetos enviados en una valoración global no valían menos de quinientos talentos. Y como se hubiera reunido en la ciudad una multitud bastante numerosa compuesta por gente que venía atraída por el espectáculo y por delegaciones que enviaban los diversos pueblos para corresponder a los beneficios recibidos de Herodes, éste acogió a todas estas personas no sólo en alojamientos, sino también a la mesa y en continuas fiestas. Y la masa allí congregada por el día disfrutaba encantada de los espectáculos y por la noche se alegraba y gozaba con todo aquello, de tal manera que la magnanimidad del rey se hizo notar. Y es que en cualquier negocio que emprendiera rivalizaba por superar la nombradía de los que le hubieran precedido, y en este sentido se asegura que el propio César Augusto y Agripa habían dicho frecuentemente que el reino gobernado por Herodes venía pequeño a la grandeza de espíritu que había dentro de él, puesto que merecía reinar no sólo sobre Siria entera sino también sobre Egipto.

142. *Otras ciudades fundadas por Herodes.* 2. Al concluir esta celebración y los correspondientes festejos levantó otra ciudad

[15] Correspondiente a los años 12-9 a. C.

más en la llanura de nombre Cafarsaba, tras escoger al efecto un lugar bien provisto de agua y una región magnífica por su arbolado, puesto que la misma ciudad estaba circundada por el curso de las aguas de un río y se hallaba rodeada por un bosque hermosísimo por lo elevado de sus árboles. Y le puso por nombre Antipátride, en honor a su padre Antípatro. Y tras edificar por la parte de arriba de Jericó una villa, no sólo excelente por la seguridad que le asistía, sino también agradabilísima para residir en ella, le puso por nombre Cipro, en honor también a su madre. Y a su hermano Fasael, por el cariño que le había profesado, le dedicó un monumento, la cosa más hermosa, puesto que le levantó en la propia ciudad de Jerusalén una torre, en absoluto inferior a la de la isla de Faro, a la que le puso por nombre Fasael, que compartía la doble función de conferir seguridad a la ciudad y de servir de recuerdo a la memoria del muerto, por el nombre con que había sido bautizada. Pero fundó también una ciudad designada con el nombre de este mismo hermano en el valle de Jericó según se va hacia el Norte, gracias a la cual hizo más productiva, por los cultivos realizados por sus habitantes, la propia región circundante, antes desértica. También a esta ciudad le puso por nombre Fasael.

146. *Otros rasgos de munificencia del rey Herodes.* 3. Resulta imposible enumerar los demás favores que hizo a las ciudades tanto de Siria como de Grecia y a cualesquiera que encontrara en sus viajes. En efecto, es fama que prestó bastantes servicios, llevó a cabo reparaciones de edificios públicos y regaló dinero sin tasa a los que lo necesitaban para atender a las obras empezadas anteriormente y luego abandonadas. Pero las más grandes y más notables de las realizadas por él fueron las siguientes: a los rodios les levantó el templo de Apolo Pítico a expensa propia y les concedió una elevada suma de talentos de plata para la construcción de naves. A los habitantes de la ciudad de Nicópolis, fundada por César Augusto junto a Actio, les ayudó a reparar la inmensa mayoría de los edificios públicos. Y a los habitantes de la Antioquía siria, ciudad importantísima que está cortada todo a lo largo por una plaza, esta misma plaza se la adornó con pórticos construidos a ambos lados y pavimentó las calles públicas con piedra pulida, lo que contribuyó en grandísima medida al ornato de la ciudad y a la comodidad de sus habitantes. Y más todavía: los juegos celebrados en Olimpia, que por falta de recursos económicos se encontraban

en una situación mucho más deslucida de lo que correspondía a su fama, los hizo más dignos, al asignarles fondos pecuniarios, y dignificó la fiesta con sacrificios y otras preciosidades. Precisamente en atención a su munificencia, Herodes fue honrado por los eleos con el título de juez perpetuo de los juegos.

150. *Las dos caras de la extraña personalidad de Herodes.* 4. Pues bien, las demás personas ocurre que se extrañan de la diversidad de comportamientos que anidan en la persona de Herodes. En efecto, cuando se mira a las munificencias y favores que ha dispensado a la humanidad entera, no hay absolutamente nadie, incluso quien lo estime bastante poco, que pueda negarse a reconocer que ha hecho gala de una condición sumamente generosa. En cambio, cuando uno se fija en las venganzas y ofensas que ha llevado a cabo con sus súbditos y familiares más íntimos, y se entera de lo duro e implacable del carácter que tenía, se verá obligado a considerarlo brutal y exento de toda moderación. De ahí que se interprete el comportamiento inherente a su persona como desigual y encontrado. Yo, en cambio, que no admito esa explicación, tengo para mí que la causa de estas dos actitudes es una sola y la misma. Mi explicación es la siguiente: como era soberbio y estaba fuertemente supeditado a este sentimiento, por un lado se dejaba arrastrar a la magnanimidad cada vez que lo asaltaba la idea de alcanzar fama en el futuro o elogio en el presente. Pero, por otro lado, como efectuaba gastos por encima de sus posibilidades, se veía obligado a ser duro con sus subordinados, ya que las cuantiosas cantidades de dinero gastadas para favorecer a unos hacían que él causara daño a aquéllos a los que se las exigía. Y aunque se daba cuenta de que él era odiado por las injusticias que cometía contra sus subordinados, no consideraba factible corregir sus desvaríos, ya que llevar eso a efecto tampoco favorecía a sus ingresos, y por ello respondía a la actitud de sus subordinados haciendo de esa misma malquerencia un pretexto para procurarse más recursos. Más aún: en lo que respecta a sus allegados, si alguno de ellos o bien no lo halagaba con palabras, reconociéndose con ello esclavo de él, o bien aparentaba remover algo con vistas a alcanzar el poder, no era capaz de dominarse, y, en consecuencia, por este motivo persiguió a parientes lo mismo que a amigos, tomando contra ellos iguales represalias que contra sus enemigos, cargando con tan graves pecados por querer ser honrado él solo. Y prueba de la existencia

en él de este sentimiento y de que lo dominaba de forma sumamente imperiosa, vale también lo que le ocurría a propósito de los honores que él concedía a César Augusto, Agripa y demás amigos. En efecto, en la medida con que halagaba a los superiores, con esa misma exigía ser halagado también él y, como él cuando daba algo ofrecía siempre lo que a su entender era lo más hermoso, mostraba apetencia por recibir iguales dones. Ahora bien, la nación judía es contraria por ley a esta clase de valores, mientras está acostumbrada a amar la justicia en vez de la gloria humana. Es justamente ésta la causa por la que la nación judía no le resultaba grata a él, ya que esta nación no podía halagar la vanagloria del rey con la dedicación de imágenes, templos o hechos de este tenor. Esta me parece ser la causa de las iniquidades con que Herodes ofendió a sus allegados y consejeros, y también de los beneficios que otorgó a los extraños y a los que no tenían nada que ver con él.

160. *Privilegios otorgados a los judíos por decreto de las autoridades de Roma.* 6.1. A los judíos residentes en Asia y a aquéllos otros que había acogido la región de Libia contigua a Cirene los maltrataban las ciudades respectivas, porque aunque los reyes anteriores les habían otorgado iguales derechos que a los demás ciudadanos, en aquellas fechas, sin embargo, los griegos los sometían a vejaciones, hasta el punto de que no sólo les quitaban el dinero sagrado, sino que también los maltrataban sucesivamente a unos tras otros. Y al sufrir ofensas y no encontrar ningún remedio al trato inhumano que les infligían los griegos, enviaron una delegación ante César Augusto para exponerle una vez más la situación. Y él les concedió los mismos derechos que a los demás, remitiendo a las autoridades de las respectivas provincias escritos en ese sentido, cuya copia adjuntamos, en prueba del afecto que han sentido por nosotros desde antiguo los gobernantes.

162. 2. «César Augusto, Pontífice máximo, dotado de capacidad para gobernar al pueblo, publica el siguiente decreto: dado que el pueblo judío se ha demostrado agradecido al pueblo romano, no sólo en el momento presente sino también en el pasado y especialmente en tiempos de mi padre adoptivo, el emperador César, y lo mismo su Sumo Sacerdote Hircano, hemos decretado, yo y mi Consejo, con el consiguiente juramento y el visto bueno del pueblo romano, que los judíos puedan hacer uso de sus propias disposicio-

nes, siguiendo el mandato que ellos han heredado de sus antepasados, como lo hacían en tiempos de Hircano, Sumo Sacerdote de Dios Altísimo, y, por lo que concierne a su dinero sagrado, que goce del derecho de salvaguardia así como de ser remitido a Jerusalén y entregado a los receptores de la referida ciudad y, por último, que no sean obligados ellos a dar garantías ante el juzgado un sábado o la víspera desde la hora nona[16]. Y si alguno es sorprendido robando sus Sagradas Escrituras o el dinero sagrado tanto del edificio donde celebran ellos los cultos del sábado como de aquél en que se reúnen los hombres, mandamos que él sea declarado sacrílego y su capital sea confiscado para pasar a engrosar el erario público de los romanos. Y la resolución fallada por ellos a mi favor por el respeto con que yo trato a todos los hombres y por los méritos de Cayo Marcio Censorino, así como el presente decreto, mando que sean expuestos en el lugar más insigne dedicado a mi persona por la generalidad de pueblos de Asia en Ancira. Y si alguno contraviene algunas de las concesiones antes dichas, pagará un castigo no pequeño». Este decreto fue grabado en una columna del templo de César Augusto.

166. 3. «César Augusto saluda a Norbano Flaco. Cuantos judíos haya realmente que por una inveterada costumbre suelen remitir a Jerusalén el dinero sagrado que aportan, que lo hagan sin impedimento alguno». También esta disposición la dictó César Augusto.

167. 4. También el propio Agripa dio prescripciones en favor de los judíos de la forma siguiente: «Agripa saluda a las autoridades, Consejo y pueblo de Efeso. Quiero que los judíos residentes en Asia lleven a cabo conforme a sus costumbres tradicionales el cuidado y custodia del dinero sagrado que ellos remiten al Templo de Jerusalén. Asimismo quiero que quienes hurtan el dinero sagrado de los judíos y quienes se refugian en lugares de asilo sean sacados de allí y entregados a los judíos, de acuerdo con el reglamento que permite que sean sacados de los lugares de asilo los sacrílegos. Os comunico que escribo una carta también al pretor Silano, dándole instrucciones para que nadie obligue a un judío a dar garantías ante el juzgado en sábado».

---

[16] *Correspondiente a las tres de la tarde.*

169. 5. «Marco Agripa saluda a las autoridades, Consejo y pueblo de Cirene. Los judíos de Cirene (en pro de los cuales envió ya Augusto una orden al pretor de Libia, que entonces era Flavio, y a los otros procuradores de la provincia en el sentido de que se les permitiera remitir sin impedimento alguno el dinero sagrado a Jerusalén, como es tradición en ellos) me comunican ahora que se les impide hacerlo, sufriendo vejaciones a manos de determinados calumniadores profesionales, bajo pretexto de unas cargas tributarias, de las que están exentos. Ordeno que a estos judíos se les restablezca en sus derechos y que no se les moleste en modo alguno, y, por último, que, si les ha sido sustraído el dinero sagrado a algunas de las ciudades, las autoridades elegidas para intervenir en este asunto corrijan el fallo dando satisfacción a los judíos de la provincia citada».

171. 6. «Cayo Norbano Flaco, procónsul, saluda a las autoridades de Sardes. César Augusto me escribe ordenando que no se les impida a los judíos remitir a Jerusalén el dinero que hayan recolectado según la costumbre tradicional de ellos. Os escribo, pues, para que sepáis que César Augusto y yo queremos que sea así».

172. 7. El propio procónsul Julio Antonio no fue en absoluto menos, y comunicó por escrito lo siguiente: «Saludo a las autoridades, Consejo y pueblo de Efeso. Los judíos que habitan en Asia me dieron cuenta el día trece de febrero, con ocasión de encontrarme yo en Efeso resolviendo pleitos, de que César Augusto y Agripa les habían concedido seguir sus propias normas y costumbres, y el derecho a efectuar y acompañar sin impedimento alguno el envío de las primicias que cada uno de ellos ofrecen, por voluntad propia, para dar culto a la Divinidad. Y me pidieron que también yo ratificara la decisión en consonancia con los derechos que les fueron otorgados por Augusto y Agripa. Quiero, pues, que vosotros sepáis que también yo, en línea con los deseos de Augusto y Agripa, les concedo obrar y actuar en conformidad con sus costumbres tradicionales sin impedimento alguno».

174. *Los judíos deben ser juzgados por la justicia de sus actos y no por la peculiaridad de sus costumbres.* 8. Pues bien, he adjuntado estos datos a la fuerza, para mostrar a los griegos, aprove-

chando que el texto de nuestra obra llegará a ellos más que ningún otro, que los judíos desde antiguo no sólo venimos recibiendo toda suerte de honores y no hemos sido impedidos por los gobernantes de cumplir ninguna de nuestras normas tradicionales, sino que incluso cooperamos al bien común al rendir culto y honor a Dios. Y les traigo a la memoria esto muy a menudo en un intento de reconciliar las dos razas y de eliminar los motivos de odio que están arraigados en algunos individuos necios que hay tanto entre nosotros como entre ellos. Y es que no hay raza humana alguna que, en cuestión de costumbres, siga a lo largo de los siglos las mismas, habida cuenta de que a veces se da una gran diferencia de ellas entre las mismas ciudades. En cambio, practicamos la justicia, concepto idéntico para todos los hombres, y virtud sumamente útil tanto para los griegos como para los no griegos. Y como ésta es la virtud que nuestras leyes tienen más en cuenta, resulta que ellas nos hacen a nosotros, si nos atenemos a su cumplimiento estricto, favorables y amigos de todos los hombres. Por esta razón también nosotros tenemos derecho a exigirles a ellos este mismo trato, habida cuenta además de que no se nos debe considerar extraños por nuestras costumbres diferentes, sino iguales a cualquier otro por la nobleza de nuestra conducta, ya que ésta es un bien común a todos sin excepción y el único capaz de mantener sana y salva la vida entre los hombres. Pero ahora debo volver de nuevo a continuar el hilo de mi narración.

179. *Herodes penetra en los sepulcros de David y Salomón.* 7.1. Pues bien, Herodes, como tenía numerosos gastos con sus obras en el extranjero y con las ejecutadas en su propio reino, al haber oído ya antes que Hircano, quien le había precedido en el trono, tras abrir el sepulcro de David, había cogido tres mil talentos de plata y que habían quedado mucho más todavía, con capacidad incluso para satisfacer todos los gastos, desde hacía bastante tiempo tenía la intención de actuar, pero fue entonces cuando por la noche, luego de abrir el sepulcro, penetró en él, cuidando no ser visto en modo alguno por las gentes de la ciudad y habiéndose hecho acompañar de los más leales de sus amigos. Pues bien, él, a diferencia de Hircano, no encontró dinero depositado allí, pero sí joyas de oro y numerosos tesoros, con todo lo cual arrampló. Pero para hacer una búsqueda más escrupulosa pretendía penetrar más adentro y llegar hasta las cajas, en las que se encontraban los cuer-

pos de David y Salomón. Pero dos miembros de su escolta fueron aniquilados al alcanzarlos según entraban una llama (al menos esto era lo que se contaba), por lo que él, aterrorizado, salió, y posteriormente construyó a la entrada, con objeto de poder calmar su temor, un monumento marmóreo que requirió grandes gastos pecuniarios. El propio Nicolás, el historiador que estaba a su servicio, menciona esta construcción, pero no que había bajado también, por constarle que se trataba de una acción indigna. Pero es que él redacta permanentemente el resto de su obra siguiendo este mismo proceder, puesto que, como vivía en palacio con el propio rey, escribía en la forma que le fuera grata a aquél y en tono servil, tocando sólo los temas que le proporcionaran gloria y modificando, en cambio, y ocultando con todo celo muchos de sus comportamientos a todas luces inicuos, llegando Nicolás en su proceder incluso a querer convertir en una bella acción el asesinato de Mariame y de sus hijos, tan cruelmente cometido por el rey, lo que lleva al historiador a acusarla a ella de impudicia y a los jóvenes de conspiración, al tiempo que Nicolás aprovecha siempre su obra para elogiar demasiado desmedidamente al rey cuando sus acciones han sido justas y para justificarle ardorosamente sus desafueros. Pues bien, uno podría perdonarle a Nicolás grandemente este proceder, puesto que, como dije, interpretaba su obra no como narración verídica para el común de las gentes, sino como servicio al rey. Nosotros, en cambio, a pesar de ser familiares íntimos de los reyes asmoneos y en razón de ello sentir aprecio por los Sumos Sacerdotes, hemos considerado indigno ofrecer referencias falsas acerca de ellos, sino que exponemos sus actuaciones de una manera limpia y justa, puesto que aunque sentimos respeto por muchos de los descendientes de Herodes, todavía hoy honrados con el rango de reyes, apreciamos la verdad más que a ellos mismos, verdad que, cuando está justificada, ocurre que no encuentra en ellos otra respuesta que la irritación.

188. *Continúan las disensiones en el entorno familiar de Herodes.* 2. Los asuntos de familia parecía que le iban a Herodes de mal en peor, y ello por la operación que llevó a cabo contra el sepulcro, bien sea que la cólera divina sumara a las disensiones que la familia padecía en grado máximo otras nuevas, en número bastante elevado para que desembocaran en desgracias irremediables, o bien sea que fuera el propio azar quien efectuó esa suma de

disensiones contra Herodes, en un momento en que la coincidencia de aquel motivo producía la fuerte convicción de que se había encontrado con las desgracias por su impiedad. Había, en efecto, en la corte una insurrección y unos odios del tenor de una guerra de familia, cuyos miembros contendían entre sí con calumnias. En este sentido, Antípatro maniobraba continuamente contra sus hermanos, quien era hábil para arrojar sobre ellos un cúmulo de calumnias por medio de personas extrañas, mientras él muy a menudo cumplía el papel de defensor de ellos[17], para que su aparente afecto le sirviera de coartada para los proyectos que tenía concebidos. Y de esta manera tan artera tenía engañado a su padre, porque le había hecho creer que sólo él ponía todo el empeño en velar por la seguridad paterna. Y Herodes incorporó al servicio de Antípatro al propio Ptolemeo, cuya función consistía en llevar la dirección de los asuntos del reino, al tiempo que se hacía aconsejar de la madre de Antípatro en las cuestiones más acuciantes. Y, para decirlo de una vez por todas, este grupo de individuos, lo eran todo, con capacidad no sólo para hacer lo que quisieran sino también para infundir en el rey hostilidad contra las personas situadas al margen de ellos y que parecía que se la merecían. Los hijos de Mariame, en cambio, se hallaban cada vez más irritados, y, llevados de su noble condición[18], no soportaban el deshonor de que eran víctimas, al ser relegados en sus derechos y pasar a ocupar un puesto más deshonroso. Y más aún: por lo que respecta a las esposas de los dos hermanos, Glafira, la hija de Arquelao, casada con Alejandro, le tenía odio a Salomé, no sólo por amor a su marido, sino también por aparentar adoptar un tono demasiado arrogante con la hija de aquélla, ya que estaba casada con Aristobulo, y Glafira consideraba indignante que ella gozara de iguales honores.

194. *Feroras, hermano del rey, provoca otro motivo más de disensión familiar.* 2. Pues bien, cuando sobrevino esta segunda contienda tampoco Feroras, el hermano del rey, se vio libre de inquietud, sino que, por el contrario, daba motivos particulares para que Herodes sospechara de él y lo odiara. Había caído, en efecto, enamorado de una mujer esclava suya, y se había rendido a

[17] Cf. *BJ.* 1, 468 y 471.
[18] Cf. *BJ.* 1, 468.

los encantos de aquella persona alocadamente, tan sometido a ella que, aunque estaba prometida con él la hija del rey, la despreció y dedicaba, en cambio, todos sus pensamientos a la esclava[19]. Y Herodes, sintiéndose despreciado, estaba molesto por haber favorecido demasiado a su hermano y hacerlo partícipe del trono por su poderío, mientras que no veía que correspondiera a los dones recibidos, por lo que creía ser desdichado en lo que a su propia persona respecta. Y Herodes, al no encontrar un comportamiento justo en Feroras, entregó en matrimonio a la muchacha en cuestión al hijo de Fasael, pero él mismo, pasado un tiempo, al creer que su hermano había olvidado aquella pasión amorosa, después de reprocharle su anterior comportamiento, le pedía luego que aceptara casarse con la segunda hija, cuyo nombre era Cipro. También Ptolemeo aconsejó a Feroras que, dejando de una vez por todas de despreciar a su hermano, pusiera fin a aquellos amoríos, puesto que, según le hizo saber, era denigrante que por rendirse a una esclava se viera privado del afecto del rey y, por otro lado, se hiciera responsable de las preocupaciones de Herodes y del odio que él sintiera contra el propio Feroras. Y él, al ver que era eso lo que le convendría por haber sido perdonado ya antes, cuando fue víctima de calumnias, repudió a aquella mujer, con la que ya tenía un hijo, y prometió al rey que tomaría como esposa a su segunda hija, hasta el extremo de concertar la boda para treinta días después, comprometiéndose bajo juramento a no volver a tener trato alguno con la mujer repudiada. Pero, transcurridos los treinta días, continuaba tan rendido a aquel amor que no cumplió ya nada de lo prometido y volvió de nuevo a vivir con la primera mujer. Esta actitud afligió ya abiertamente a Herodes y le infundió cólera. Por eso él dejaba continuamente caer algunas palabras en este sentido, y fueron muchos los que tomaron esa cólera del rey contra Feroras como pretexto para calumniarlo. Y no pasaba ni un sólo día ni hora que Herodes pudiera pasar tranquilo, sino que continuamente le sobrevenía algún motivo de nuevas preocupaciones, habida cuenta de que sus familiares y seres más queridos estaban enfrentados entre sí. En este sentido, efectivamente, Salomé, que sentía irritación y animadversión contra los hijos de Mariame, no permitía siquiera a su propia hija, casada con Aristobulo, uno de los dos

[19] Cf. *BJ.* 1, 483 y ss.

jóvenes, que tratara a su marido con el amor propio de una casada, puesto que no sólo intentaba persuadirla a que ella dijera y revelara a su madre todos los secretos que su marido le contara, sino que también trataba de infundirle muchos motivos de sospecha en las discusiones habituales en el matrimonio. Por este procedimiento Salomé se enteraba de todos los planes de los dos hermanos y conseguía que su hija sintiera aversión hacia el joven. Y aquélla, por halagar a su madre, le contaba frecuentemente que ellos mencionaban en privado a Mariame, que aborrecían a su padre y que no paraban de amenazar, si alcanzaban ellos algún día el poder, con convertir en escribanos de aldea[20] a los hijos que había tenido Herodes con las otras esposas, puesto que encajaría con tal menester su actual preocupación e interés por la cultura, y, en cuanto a aquellas esposas, si las veían también a ellas usando los mismos atavíos que su madre[21], amenazaban con que serían encerradas y no verían siquiera el sol, vestidas con harapos en vez de con su actual lujo. Y esta información era pasada inmediatamente por Salomé al rey. Y él, que escuchaba estos hechos de sus hijos con dolor, intentaba corregirlos, pero las sospechas contra ellos daban al traste con sus intentos y, al ponerse cada vez peor, creía lo que le dijera cualquiera contra cualquiera. No obstante, en aquella ocasión, como reprendiera a sus hijos y éstos se defendieran de aquellas acusaciones, de momento se repuso bastante pero en los días siguientes le acaecieron desgracias mucho peores.

206. *Feroras dice a Alejandro que su padre Herodes está enamorado de su esposa Glafira.* 4. En efecto, Feroras, presentándose en casa de Alejandro, quien, según indicamos, tenía por esposa a Glafira, hija de Arquelao, le aseguró haber oído a Salomé decir que Herodes estaba rendidamente enamorado de Glafira y que no podía calmar la pasión que sentía por ella. Entonces él, al oir esto, se encendió llevado tanto por su juventud como por los celos, y tomaba por el lado malo las muestras de estima de Herodes hacia la joven (tales pruebas de cariño se producían muy a menudo), al considerarlas sospechosas por la información que le había llegado. No soportó la comezón que le producía el asunto, sino que, presentándose ante su padre, le declaró entre lágrimas lo

[20] Cf. *BJ.* 1, 479.
[21] Cf. Sófocles, *Electra*, 266-269.

dicho por Feroras. Herodes, por su parte, se llenó de inquietud, poniéndose fuera de sí mucho más que antes y no soportando la falsedad de la calumnia, que le producía rubor. Y después de dolerse una y otra vez de la perversidad de los suyos al comprobar el pago que recibía cuando él se había portado tan bien con ellos, mandó llamar a Feroras y, cuando llegó, luego de colmarlo de denuestos, le dijo: «Oh tú, el más malvado de todos, ¿has llegado a tan desmedida y excesiva ingratitud que pensaste tales barbaridades de nosotros y contaste iguales barbaridades? ¿Es que no me doy cuenta de tu intención, de que llevaste a mi hijo esos cuentos no simplemente por afán de maledicencia, sino para convertirlos en motivos de conspiración y veneno que trajeran mi perdición? Puesto que ¿quién que no tuviera un alma bondadosa, justo como la tiene este hijo mío, se habría resistido a tomar represalias contra su padre, llevado de una sospecha tan hiriente? ¿Y cuál de estas dos cosas crees que le llevaste contra el ser que lo engendró, un cuento infundido en su alma o una espada puesta en su mano derecha? ¿Y qué significa que tú, cuando odias no solo a Alejandro, sino también a su hermano, le fingieras afecto, sólo para calumniarme a mí, y le hablaras de infundios que fue cosa de tu sola impiedad no sólo idearlos, sino también lanzarlos? Vete a paseo, después de haber sido la peor persona con tu bienhechor y hermano. Y ojalá que esa mala conciencia te acompañe durante toda tu vida y que yo venza siempre a los más, sin tomar contra ellos las represalias que se merecen y beneficiándolos con favores superiores a los que debieran recibir».

213. *Feroras y Salomé quedan en mal lugar ante Herodes.* 5. Esta era, pues, la situación en que se encontraba el rey. Feroras, por su parte, cogido en flagrante delito, le aseguró que era Salomé quien había intentado convencerlo de ello y que ella era la fuente de la noticia. Pero ella, nada más oir esto último (pues se hallaba presente), en tono convincente gritó que nada de aquello había salido de su boca y que todo el mundo pretendía volver contra ella el odio del rey y hacerla reo de delito, a causa del afecto que sentía por Herodes, advirtiéndole continuamente de los peligros que le amenazaban. Y ella añadió que, si siempre había sido así, en el momento presente era víctima de tal inquina todavía más que antes de parte de su hermano Feroras, puesto que, como ella era la única que intentaba persuadirlo a que repudiara a su actual esposa y se

casara con la hija del rey, él le correspondía con odio. En estos términos se expresaba ella, mesándose la cabellera incesantemente e incesantemente golpeándose el pecho. Y aunque el gesto de su cara confería a su protesta cierto grado de persuasión, la perversidad de su condición denotaba, sin embargo, la falsedad oculta en su proceder. Feroras, por su parte, sin ningún argumento que aportar a su defensa, estaba cortado entre dos extremos, ya que, después de haber confesado haberlo dicho, no se le creía que lo hubiera oído. Y la confusión y el enfrentamiento de argumentos de uno contra otro se prolongó bastante tiempo. Y al fin el rey despidió, lleno de odio hacia ellos, a su hermano y a su hermana, y después de alabar a su hijo por su autodominio y por haberle referido a él la noticia de lo ocurrido, se dedicó al cuidado de su cuerpo a una hora bastante tarde. Y como la controversia se hubiera desarrollado en estos términos, se oyeron críticas contra Salomé, puesto que daba la impresión de ser ella quien había movido los hilos de aquella calumnia. También las esposas del rey estaban molestas con ella, porque sabían que era de un carácter sumamente difícil y que ella cambiaba de un momento a otro según las circunstancias, tornándose enemiga o amiga. Por ello continuamente contaban algo malo a Herodes contra ella, pero hubo determinado suceso que produjo un convencimiento todavía mayor del carácter de esta mujer.

220. *Salomé y el árabe Sileo se prometen secretamente matrimonio.* 6. Se trata de lo siguiente. Obodas, rey de Arabia, era indolente y torpe, y por eso se ocupaba de la mayor parte de sus asuntos Sileo[22], hombre hábil, joven todavía y hermoso. Pues bien, él, como hubiera visitado a Herodes por cierto asunto, invitado a comer con el rey vio a Salomé, en quien empezó a fijarse, y al enterarse de que se encontraba viuda le propuso matrimonio. Y Salomé, puesto que no sólo se llevaba peor que antes con su hermano, sino que además veía al joven no sin emoción, decidió casarse con él. Y en los días sucesivos, al acudir ambos a comer, se traslucía en ellos bastantes y desmedidos signos del amor que reinaba entre los dos. Y las esposas del rey le refirieron la noticia a Herodes, riéndose del indecente comportamiento de la pareja. Entonces Herodes solicitó información también a Feroras y le

[22] Cf. *BJ.* 1, 487.

pidió que los observara durante la comida y viera qué trato se dispensaban el uno al otro. Y Feroras le trajo la noticia de que ambos no dejaban de manifestarse su pasión no sólo con movimientos de cabeza, sino también con sus miradas. Posteriormente el árabe regresó a su país, tratado con cierta reserva, pero tras dejar pasar dos o tres meses volvió de nuevo, evidentemente con este solo motivo, y entabló conversaciones con Herodes, pidiéndole que le diera a Salomé en matrimonio, alegando que este enlace matrimonial no dejaría de ser útil para sus relaciones con el reino árabe, el cual no sólo estaba en sus manos en aquel momento por su poderío, sino que había de estarlo aún más en el futuro. Y como Herodes refiriera esta conversación a Salomé y le preguntara si estaba dispuesta a casarse con Sileo, ella aceptó rápidamente, pero Sileo, al exigírsele que se convirtiera al judaísmo y que entonces la tomara por esposa, puesto que de otra manera no era ello posible, no dio su aceptación, sino que, luego de declarar que incluso sería lapidado por los árabes si lo hacía, se alejó. En estas circunstancias acusaban ya a Salomé no sólo Feroras, sino también, y mucho más, las esposas de Herodes, diciendo que ella había tenido relaciones íntimas con el árabe. Por otro lado, la joven que el rey había prometido en matrimonio con su hermano y que Feroras no tomó por esposa al estar rendido a los encantos de su mujer, como ya dije, como Salomé se la pidiera para el hijo que había tenido con Costóbaro, Herodes estaba decidido a casarla con él, pero cambió de opinión a instancias de Feroras, al decirle éste no sólo que aquel joven no le guardaba afecto por la muerte de su padre[23], sino también que era más justo que cogiera como marido de la joven a su hijo, quien estaba llamado a sucederle en el gobierno de la tetrarquía[24]. Le pidió excusas por esta sugerencia y Herodes se volvió atrás de su anterior decisión. Consecuentemente, la joven, una vez permutado el anterior compromiso de matrimonio por éste, se casó con el hijo de Feroras, mientras el rey le dio como dote la suma de cien talentos.

229. *Los servicios secretos de Herodes fuerzan a los eunucos a dar falso testimonio de Alejandro.* 8.1. Pero las disensiones de familia no remitían, sino que continuamente tomaban incluso más

[23] Cf. *AJ.* 15, 250-260 y 264.
[24] Cf. *AJ.* 15, 363, y *BJ.* 1, 483 y 559.

graves caracteres, pues se sumó un hecho del tenor siguiente, surgido por motivos indecentes y que llegó demasiado lejos por maldad. El rey tenía unos eunucos, sumamente mimados por su hermosura. De ellos, uno tenía encomendado escanciar el vino, otro presentar la comida y un tercero cuidar del sueño del rey y llevar el gobierno de los asuntos más importantes. Y ocurrió que alguien anunció al rey que ellos habían sido seducidos por su hijo Alejandro a cambio de recibir elevadas sumas de dinero. Y como Herodes los hubiera interrogado al respecto, reconocieron haber tenido con Alejandro relaciones y contactos íntimos[25], pero aseguraron no tener conocimiento de que aquél hubiera cometido ninguna otra acción malsana contra su padre. Pero al ser torturados más fuertemente y no tener otra salida, ya que los servicios secretos de Herodes los apremiaban cada vez más por halagar así a Antípatro, dijeron que Alejandro guardaba en el fondo de su ser animadversión y odio contra su padre, y también que los exhortaba a que renunciaran a estar de parte de Herodes, quien estaba ya de más, y en su vejez intentaba disfrazar sus años tiñendo de negro los cabellos y tratando de ocultar así la prueba de su edad, mientras que si ponían el pensamiento en él, cuando hubiera caído en sus manos el poder, el cual, aunque no lo quisiera su padre, no lo alcanzaría ningún otro, rápidamente ocuparían en él el primer lugar, puesto que el gobierno de la nación estaba ya a su alcance no sólo por razones de linaje, sino también por sus manejos, habida cuenta de que numerosos mandos militares y numerosos amigos, personas en absoluto malvadas, se habían comprometido tanto a causar como a sufrir todo lo que fuera.

235. *Herodes sospecha de todos, con lo que impone un ambiente de delaciones falsas.* 2. Herodes, al oír estas palabras, rebosó insultos y miedo, considerando irritante lo dicho por Alejandro en son de burla, y no exento de peligro para su persona las otras palabras dichas por él y que le infundían sospecha, de manera que se excitaba aún más por uno y otro motivo y, en este estado de exacerbación, temía no fuera que se hubiera organizado de verdad contra él un complot demasiado fuerte como para poder él mantenerse a salvo en aquellas circunstancias. Esto hizo que no

[25] Cf. *BJ.* 1, 488 y ss.

realizara la correspondiente averiguación a las claras, sino que envió por todas partes espías con la misión de enterarse de las cosas objeto de sospecha[26]. Herodes sospechaba y odiaba a todo el mundo, y continuamente, por razones de seguridad personal, no sólo concebía numerosas sospechas, sino que también hacía objeto de ellas a las personas que no se merecían esta desconsideración. Y no había límite alguno a sus sospechas, sino que incluso los que solían permanecer a su lado le parecían a él tanto más temibles cuanto mayor poder tenían. Y por lo que respecta a aquellos que no tenían confianza con él, sólo con que nombraran ellos al rey le parecía demasiada, e inmediatamente pensaba que, muriendo ellos, era un grupo más que le daba seguridad. Todos y cada uno de ellos, por un lado, pensando que si uno se anticipaba a otro en verter calumnias contra éste ello le había de reportar la salvación a él, y, por otro, estando dispuestos incluso a sufrir con toda justicia el daño que injustamente habían causado a otros si eran objeto de malquerencia por haber conseguido en un momento dado aquello que pretendían. En este sentido se dieron casos de algunos que por enemistad particular persiguieron a otros en la forma dicha y que, al ser convictos de mentira, pagaron su mal con otro igual, puesto que, al considerar el momento aquel como una especie de arma y red con que coger a sus enemigos, ellos mismos cayeron en la trampa que habían urdido contra otros. Y es que sobrevenía rápidamente el arrepentimiento del rey por haber matado a personas que no habían delinquido sin género alguno de dudas, y la irritación de su arrepentimiento no se avenía a dejar de causar iguales males, sino a vengarse con idéntico castigo de los denunciantes.

241. *Herodes aparta de su lado a algunos de los amigos más íntimos.* 3. Este era el tipo de desasosiego que reinaba entre las personas de la corte. Y a muchos de sus amigos llegó incluso a advertirles lo siguiente: que él ya ni necesitaba su presencia ni que entraran en palacio. Y lanzó este mensaje contra aquéllos cuya confianza con Herodes los hacía partícipes de parte de éste de un respeto mayor o menor. Así, por ejemplo, excusó la presencia de Andrómaco y Gemelo, viejos amigos suyos y quienes no sólo habían prestado numerosos servicios a la casa real como embaja-

[26] Cf. *BJ.* 1, 492 y ss.

dores y consejeros, sino que también habían educado a sus hijos y habían alcanzado el primer lugar en confianza con él, en lo que al primero respecta porque su hijo Demetrio era amigo íntimo de Alejandro, y en cuanto a Gemelo por que le constaba que sentía afecto hacia aquél, puesto que no sólo se había criado y educado con él, sino que también había compartido la estancia en Roma. Y se limitó a excusar la presencia de éstos, aunque le hubiera gustado tomar contra ellos medidas peores, pero incapaz de tomarlas por no atreverse a tanto contra varones no insignificantes se contentó con privarlos de su aprecio y de que pudieran poner coto a sus crímenes.

244. *Alejandro es acusado de atentar contra su padre.* 4. Pero el culpable de todo esto era Antípatro, quien, una vez que notó que la seguridad de su padre se había debilitado, aunque ya desde hacía largo tiempo lo acosaba y asediaba, pensó que podía conseguir todavía más altas cotas de poder si eran arrancados del entorno de su padre todos los que podían obstaculizar sus planes. Así, una vez que Andrómaco y Gemelo fueron apartados del trato e intimidad con su padre, el rey lo primero que hizo fue interrogar mediante tortura a todos los que consideraba fieles a Alejandro para averiguar si estaban enterados de que aquél hubiera planeado algún crimen contra él. Pero ellos morían al no poder afirmar que hubiera planeado algo[27]. Y para el rey era suficiente motivo para enfurecerse el que no se descubriera nada que fuera tan grave como maliciosamente se suponía, pero en estas circunstancias Antípatro se revelaba capaz de imputar la inocencia demostrada por la propia verdad de los hechos a la capacidad de aguante de los dolores y a la lealtad hacia Alejandro, eso por un lado, y, por otro, de incitar a Herodes a que buscara, interrogando a más personas, la trama oculta de la intentona. Y entonces hubo uno que, en medio de numerosas torturas, dijo que sabía que el joven contaba a menudo, siempre que coincidía que se le elogiaba que era un gran tipo físicamente, poseía un excelente tino en el manejo del arco y superaba a todo el mundo en las demás habilidades, que la naturaleza le había otorgado esos dones más para su desgracia que para su bien, puesto que a causa de ellos su padre estaba molesto con él y lo envidiaba y que por ello él mismo, siempre que

[27] Cf. *BJ.* 1, 496 y ss.

paseaba en compañía de su padre, se encogía y contraía para no parecer más alto, y siempre que disparaba el arco en las cacerías en presencia de él, lo lanzaba lejos del blanco, porque conocía el prurito de su progenitor por descollar en estas cosas. Esto era lo que aquél afirmaba mientras era torturado y, luego, cuando su cuerpo fue librado de la tortura, añadió que Alejandro había decidido, contanto con la colaboración de su hermano Aristobulo, tender una emboscada a su padre durante una cacería y matarlo, para a continuación, una vez que hubiera llevado a cabo esta acción, escapar a Roma, con vistas a reclamar el trono. Y se encontró además una carta del joven dirigida a su hermano, en la que reprochaba a su padre un comportamiento injusto por asignar a Antípatro una región que le reportaba unos ingresos de doscientos talentos. Con estos datos Herodes entendió enseguida contar con una prueba, a su juicio fiable, que denunciaba la poca confianza que merecían sus hijos, y, por ello, tras mandar detener a Alejandro, lo encarceló. Pero luego no dejaba de angustiarse, en parte porque no creía demasiado ni siquiera lo que había oído, ya que, al reflexionar sobre ello, no veía nada parecido a una conspiración urdida por ellos, sino meros reproches y pruritos infantiles, y, por otro lado, la referencia a que Alejandro, tras matarlo a él a las claras, fuera a escapar a Roma, le resultaba increíble. Por ello juzgó conveniente una prueba más contundente de la actuación ilegal de su hijo y que él debía conseguir, mientras le inquietaba la idea de que pudiera parecer que lo había condenado a la cárcel precipitadamente. Y, en consecuencia, al interrogar bajo tortura a los amigos de Alejandro que ocupaban altos cargos, ejecutó a no pocos de ellos, al no revelarle nada de lo que él suponía. Y como Herodes mostrara enorme precipitación y predisposición a tal proceder y reinara en palacio el miedo y el desasosiego, un joven, al ser sometido a tormento, aseguró que Alejandro había transmitido a sus amigos de Roma un mensaje, para pedirles que intervinieran para que fuera llamado allá cuanto antes por César Augusto, indicándoles que tenía que darle cuenta de un complot organizado contra él, consistente en que su padre había decidido tomar como amigo, en contra de los romanos, a Mitrídates, rey de los partos, y también le aseguró que Alejandro tenía preparado un veneno en la ciudad de Ascalón.

254. *En palacio reina un ambiente de terror.* 5. Herodes lo creyó y con ello recibió cierto consuelo de haber actuado urgente-

mente en momentos de desgracia, inducido por otros momentos peores. Y por lo que al veneno respecta, pese al empeño que puso en buscarlo, no consiguió encontrarlo. Por su parte, Alejandro, fervientemente deseoso de llevar hasta el colmo sus males, no se dedicó a negar las imputaciones vertidas contra él, sino que estimulaba una actuación precipitada de su padre con una falta aún más grave, tal vez porque pretendía con ello avergonzarlo por su prontitud en creerse las calumnias, pero sobre todo, si conseguía que se le creyese, dedicido a perjudicar no solo a él sino también a todo el reino. En efecto, tras escribir una carta, se la remitió en cuatro libelos[28], en la que le decía que no necesitaba en absoluto torturar a nadie ni continuar con sus averiguaciones, puesto que él le declaraba que había existido una conspiración contra él y que en ella estaban implicados tanto Feroras como los más amigos del rey, y en cuanto a Salomé, que ella lo había visitado de noche y que había tenido relaciones íntimas con él en contra de la voluntad del propio Alejandro, y, por otro lado, que todos habían convenido en la misma idea, en que, cuanto antes lo eliminaran a él, antes se substraerían al temor de su permanente amenaza. Entre el número de los calumniados estaban también Ptolemeo y Sapinio, los amigos más leales del rey. Y los otrora más amigos se enfurecían unos contra otros, como si les hubiera entrado qué otra cosa más que una especie de rabia, al no disponer en absoluto de la posibilidad de defenderse o de poner en evidencia al calumniador, llegando hasta el fondo de la verdad, sino que, como continuamente amenazaba a todos ellos alguna forma de perdición, a la que eran condenados por la arbitrariedad del rey, lloraban unos el ser encarcelados, otros el ser asesinados y otros, en fin, la inminencia de recibir esos mismos castigos a continuación de los primeros, por lo que la soledad y el abatimiento mancillaban el palacio, falto de la anterior dicha. Y la vida de Herodes era toda ella una pura angustia, encontrándose desasosegado y considerando el hecho de no confiar en nadie como causante de un gran castigo inminente contra su persona. Tanto es así que se imaginaba a su hijo atacándolo o situado cerca de él, espada en mano. De esta manera, al encontrarse en este estado de ánimo día y noche, daba la impresión de padecer delirio y hasta incluso demencia. Tal era la situación en que se hallaba Herodes.

[28] Cf. *BJ.* 1, 498 y ss.

261. *Arquelao calma astutamente a Herodes.* 6. Por su parte, Arquelao [29], rey de Capadocia, cuando se enteró de la situación en que se hallaba Herodes, como no sólo estaba preocupado por su hija y por el joven, sino que también se compadecía de aquel hombre amigo suyo, tan tremendamente desasosegado, se presentó allí, por dar al asunto una importancia no secundaria. Y, al descubrir que Herodes se encontraba en el estado de ánimo referido, consideró totalmente inadecuado a las circunstancias recriminarlo o decirle que había actuado con cierta precipitación, puesto que, al sentirse herido, intentaría no quedar por debajo y, al pretender todavía defenderse más, se llenaría de mayor cólera. Lejos de ello, buscó, siguiendo otra táctica, enderezar aquella infausta situación, por lo que se enfadó con el joven, mientras que a Herodes lo calificaba de persona bondadosa por no haber actuado precipitadamente, y, además, aseguró que anularía el matrimonio con Alejandro y que no perdonaría tampoco a su propia hija si ella, conociendo alguno de los manejos de su marido, no los había denunciado. Al actuar Arquelao así en contra de lo que Herodes podía esperar y creer, y, más aún, al mostrar irritación y ponerse de parte de él, el rey abandonó su enfado contra Alejandro y, sin darse cuenta, poco a poco pasó de creer que había actuado correctamente a adoptar los sentimientos propios de un padre. Su estado de ánimo era lamentable en una y otra situación, puesto que, cuando alguien trataba de absolver al joven de las calumnias vertidas contra él, montaba en cólera, y a su vez, cuando Arquelao, poniéndose del lado de Herodes, lo acusaba, tornaba a llorar y a dolerse muy sentidamente. A tal punto llegó que le pidió que no disolviera aquel matrimonio y que sintiera menos enfado por las iniquidades cometidas por el joven. Arquelao, por su parte, al encontrarlo más calmado, no sólo trasladó la responsabilidad de las calumnias a los amigos del rey, al asegurar que había sido cosa de ellos estropear a Alejandro por ser joven y consecuentemente no darse cuenta de su malevolencia, sino que llegó a más, a poner al hermano del rey bajo sospecha de éste. Fue de la siguiente manera: como Herodes estuviera también irritado con Feroras, éste, a falta de una persona que lo reconciliara con su hermano, al ver que Arquelao gozaba de gran influencia ante aquél, en la situación en que se hallaba se encomendó a él, vestido de negro y

[29] Cf. *BJ.* 1, 499 y ss.

con todos los signos de su inminente muerte. Y Arquelao ni hizo caso omiso de su petición ni le aseguró que fuera capaz de hacer cambiar rápidamente de opinión al rey cuando se encontraba tan irritado, y por ello le aseguró que era mejor que se presentara él al rey y le pidiera perdón, confesándose culpable de todo, puesto que, según palabras de Arquelao, al actuar así Feroras contribuiría a calmar tan desmedida cólera de Herodes, al tiempo que el propio Arquelao, presente allí, tomaría partido por él. Convencido Feroras de lo acertado de estos consejos, se lograron dos cosas al mismo tiempo: el joven Alejandro se vio libre inmediatamente de las calumnias vertidas contra él y Arquelao, tras reconciliar a Feroras con el rey, partió luego ya para Capadocia, recibiendo el agradecimiento de Herodes como no lo había recibido ningún otro en aquellas circunstancias. Eso hizo que el rey lo honrara con regalos carísimos y lo tratara además magníficamente, considerándolo como el mejor amigo. Además, Herodes prometió a Arquelao que iría[30] a Roma, una vez que había escrito a César Augusto de su intención de llegarse allí, y a continuación partieron juntos hasta Antioquía. En este lugar Herodes reconcilió a Titio, legado de Siria, con Arquelao, con quien se llevaba mal por ciertas discrepancias, y desde allí volvió de nuevo a Judea.

271. *Herodes sufre las afrentas causadas por Sileo y los bandoleros de la Traconítide.* 9. 1. Herodes se encontraba en Roma y cuando regresó de allí una guerra lo enfrentó a los árabes por un motivo del tenor siguiente. Los habitantes de la Traconítide, una vez que César Augusto quitó esta región a Zenodoro[31] y la entregó a Herodes, no tenían ya posibilidades de dedicarse al bandolerismo, sino que se veían forzados a cultivar el campo y a vivir civilizadamente. Pero este régimen de vida no fue elegido por ellos, ni el laboreo de la tierra les rendía utilidad. No obstante, al principio, como el rey no les permitía causar perjuicios a las poblaciones circundantes, se abstenían de ello, lo que fue motivo de grandes elogios a Herodes por la diligencia de que dio prueba en este asunto. Pero, en cambio, al desembarcar en Roma (cuando no sólo acusó

[30] Cf. *BJ.* 1, 510 (según este lugar es Alejandro quien debe acudir a Roma).

[31] Cf. *AJ.* 15, 344-363, y *BJ.* 1, 398-400, y 2, 95 (donde es llamado Zenón).

ante César Augusto a su hijo Alejandro, sino que también llegó allá para presentar a su hijo Antípatro al emperador), los habitantes de la Traconítide, al difundir la especie de que había muerto, rompieron todo vínculo de dependencia del reino de Herodes y volvieron de nuevo a infligir perjuicios a las poblaciones cercanas a la manera acostumbrada.

Ahora bien, en aquel entonces los generales del rey, que se encontraba ausente, los redujeron[32]. Pero posteriormente unos cuarenta jefes bandoleros por miedo a lo que les pasó a los que fueron hechos prisioneros abandonaron el país y, habiendo escapado a Arabia, donde Sileo los acogió tras el fracaso de su proyectado matrimonio con Salomé, habitaron una plaza fuerte, que les concedió el referido Sileo, y en continuas razzias saqueaban no sólo Judea, sino también Cele-Siria, ofreciendo Sileo bases y seguridad a sus fechorías. Por su parte, Herodes, al regresar de Roma, se enteró de que numerosas propiedades de sus gentes habían sido devastadas, y como no pudo apoderarse de los bandoleros por la seguridad que se habían procurado con la protección de los árabes, al hallarse irritado por tener que soportar aquellos desafueros recorrió en persona la Traconítide y de esta manera ejecutó a los parientes de los bandoleros. A consecuencia de esto, los citados bandoleros todavía más que antes, coléricos por los castigos recibidos y obligados por ley a perseguir por todos los procedimientos a los asesinos de sus parientes y con total impunidad, saqueaban y robaban sin tregua todas las propiedades del reino de Herodes. Y éste trató el asunto en cuestión con Saturnino y Volumnio, legados de César Augusto, exigiendo la entrega de los bandoleros para imponerles un castigo. Esto hizo que los bandoleros se hicieran todavía más fuertes, por lo que se incrementó bastante su número, conmocionaban todo con la consiguiente desolación del reino de Herodes, asolando campos y aldeas, y pasaban a cuchillo a las personas apresadas, lo que hacía que sus iniquidades tomaran el aspecto de una guerra, puesto que alcanzaban ya una cifra próxima a los mil bandoleros. Herodes, molesto con ello, no sólo exigía a los árabes la entrega de los bandoleros, sino que también pedía la devolución de los sesenta talentos que se había dignado conceder a Obodas por mediación de Sileo en concepto de préstamo, toda vez

[32] Cf. *AJ.* 16, 130.

que había cumplido ya la fecha convenida para ello. Sileo, por su parte, que había relegado a un segundo plano a Obodas y manejaba todo a su antojo, en lo que a los bandoleros respecta negaba que ellos se encontraran en Arabia y, en lo que al dinero concierne, retrasaba su devolución, mientras Sileo y Herodes celebraban conversaciones acerca de este asunto con Saturnino y Volumnio, jefes de Siria. Ellos acordaron, por mediación de las referidas autoridades romanas, por un lado, que Herodes recuperaría el dinero y que tanto el uno como el otro entregarían recíprocamente a las personas naturales del otro reino y que se encontraran en el país contrario, todo ello en el plazo de treinta días. Y no se encontró que hubiera en el reino de Herodes árabe alguno en absoluto y que residiera allí ni para cometer fechorías contra su lugar de origen ni por ningún otro concepto, mientras que quedó en evidencia que los árabes tenían a los bandoleros en su reino.

282. *Herodes se toma la justicia por su mano.* 2. Transcurrida la fecha acordada, Sileo subió a Roma, sin haber cumplido nada de lo que debía haber hecho. Herodes, por su parte, no paraba de exigir a los árabes la entrega del dinero y de los bandoleros residentes allí. Y, como la pareja compuesta por Saturnino y Volumnio le dieran permiso para atacar a quienes se hacían los desentendidos, Herodes penetró con el ejército en Arabia, tras haber completado en tres días un recorrido habitualmente hecho en siete jornadas, y, habiendo alcanzado la fortaleza que cobijaba a los bandoleros, se apoderó al asalto de todos ellos y arrasó aquella plaza, de nombre Raepta, sin cometer ningún otro desaguisado. Y como los árabes, dirigidos por Nacebo, hubieran corrido en ayuda de la plaza, se originó una batalla en la que cayeron unos pocos hombres de Herodes pero, en cambio, del lado árabe murieron Nacebo, el general, y unos veinticinco de los suyos, mientras los demás se dieron la vuelta y huyeron. Herodes, después de vengarse de los árabes, refrenó a los bandoleros de la Traconítide al establecer en esta región a tres mil idumeos. Luego, por medio de unos emisarios informó de su actuación a los legados romanos, que se encontraban en Fenicia, indicándoles que él no había hecho nada más que lo que debía, atacar a los árabes por desentenderse del cumplimiento de sus obligaciones. Y ellos, efectivamente, por mucho que indagaron descubrieron que no mentía en lo que decía.

286. *La astucia de Sileo consigue de Augusto que se declare enemigo a Herodes.* 3. Unos mensajeros que llegaron urgentemente a Roma informaron a Sileo de lo ocurrido, exagerando, como es natural, todos y cada uno de los sucesos. Y él, que ya antes había hecho todo lo posible por darse a conocer a César Augusto, en aquel momento, cuando daba vueltas por la corte, tan pronto como oyó la noticia se despojó de su indumentaria habitual y se atavió con una vestimenta de color negro y, presentándose a Augusto, le dijo que Arabia había sido destrozada por la guerra y todo aquel reino destruido, al habérselo asolado Herodes con un ejército. Y entre lágrimas le dijo que habían perecido dos mil quinientos hombres, la flor y nata de los árabes, que había sido aniquilado también Nacebo, el general de las fuerzas árabes, quien era su amigo íntimo y pariente, que habían sido robadas las riquezas depositadas en Raepta, y que había sido menospreciado Obodas por no valer para la guerra en razón de su debilidad, y todo ello por no estar en el lugar atacado ni él mismo ni las fuerzas árabes. Al expresarse Sileo en estos términos y añadir maliciosamente que tampoco él se habría ausentado del país de no haber estado convencido de que César Augusto cuidaba de que la paz reinara entre unos y otros, sin excluir a nadie, y pedirle que aunque él se encontraba presente allí no hiciera la guerra entablada por Herodes útil a éste, César Augusto, con los ánimos exacerbados por estas palabras, preguntó a las gentes de Herodes allí presentes y a los romanos que habían llegado de Siria si Herodes había sacado el ejército fuera de sus fronteras. Y como éstos se vieran constreñidos a decir que así era y él no quisiera oír el por qué y cómo Herodes lo había hecho, César Augusto no sólo se puso más irritado, sino que también escribió a Herodes una carta en un tono por lo demás duro y que, en resumidas cuentas, venía a decirle que si antes lo había tratado como amigo de ahora en adelante lo trataría como súbdito. También Sileo dirigió una carta a los árabes informándoles de lo ocurrido. Entonces ellos, con los ánimos levantados con esta noticia, no entregaron a Herodes los bandoleros que habían escapado, ni le saldaban la deuda contraída con él, y, lejos de esto, los pastos propiedad de Herodes y que tenían ellos en arriendo los aprovechaban sin pagar la renta, al haber sido humillado el rey de los judíos en razón de que César Augusto estaba irritado con él. También los habitantes de la Traconítide aprovecharon esta oportunidad para sacudirse el yugo de la vigilancia que sobre ellos prestaban los idumeos y dedicarse al robo

en unión de los árabes, quienes saqueaban el territorio idumeo no sólo por lucro, sino también por rencor, lo que los incitaba a actuar con mayor crueldad en sus fechorías.

293. *Herodes, debilitada su posición ante Augusto, se esfuerza por recuperarla.* 4. Herodes se veía obligado a soportar todos estos agravios al haberlo abandonado la anterior seguridad en sí mismo y que le venía del apoyo prestado por César Augusto, hecho que lo había privado de lo más de su orgullo. Y es que, cuando él envió embajadores ante Augusto para que le presentaran alegaciones en su defensa, el emperador no se había dignado siquiera recibirlos, sino que al grupo de los allí llegados los había obligado a regresar sin que hubieran conseguido sus propósitos. Esto, claro está, sumía a Herodes en el desánimo y en el temor, pero quien le hacía sufrir de una forma desmedida era Sileo, al conseguir credibilidad y encontrarse en Roma, y al aprovechar el momento presente para pretender incluso más altas cotas de poder. Y es que, al haber muerto Obodas y alzarse con el poder en Arabia Eneas, quien después adoptó el nombre de Aretas, Sileo intentaba expulsarlo del trono mediante calumnias y recuperar él el poder, con vistas a lo cual entregó grandes sumas de dinero a los personajes de la corte y otras muchas sumas había prometido entregar a César Augusto. Además, el emperador estaba irritado con Aretas por ejercer las funciones de rey sin haberle informado previamente de ello por carta. El propio Aretas envió luego una carta a César Augusto, acompañada de regalos y una corona de oro, de muchos talentos de peso. Y la referida carta acusaba a Sileo de ser un siervo perverso, puesto que había acabado con la vida de Obodas envenenándolo y mandaba cuando todavía vivía aquél, poder que utilizaba para violar a las mujeres de los árabes y tomar prestado dinero con que apropiarse del ejercicio del mando. Pero César Augusto no admitió tampoco esto, sino que lo rechazó, sin aceptar ninguno de estos regalos. En este estado de cosas, las calamidades que afligían a Judea y a Arabia se incrementaban y cobraban cada día caracteres más graves, las primeras traducidas en desorden, y las que afectaban a Arabia ocasionadas porque nadie protegía a una población que estaba siendo aniquilada, y ello porque, de los dos reyes, el de Arabia, al ejercer un poder todavía no ratificado por el emperador, no estaba en condiciones de frenar a los malhechores, al tiempo que Herodes, al haberse enfadado con él César

Augusto por haberse precipitado a defenderse, se veía obligado a soportar todos los desafueros cometidos contra él. Y, al no ver final alguno a las calamidades de que era víctima, decidió enviar de nuevo un emisario a Roma, a ver si de esta manera podía conseguir de Augusto un trato más suave por la intervención de sus amigos y formulando esa petición al propio emperador. Y allá se dirigió Nicolás de Damasco.

300. *Antípatro se sirve del intrigante Euricles para acabar con Alejandro.* 10. 1. Las disensiones reinantes en la familia de Herodes y especialmente entre sus hijos alcanzaron cotas mucho más altas por aquellas fechas. Y es que, aunque ya en tiempos anteriores no dejaba en absoluto de percibirse que desdichadamente se cernían amenazadoras sobre el reino las mayores y más desagradables calamidades humanas, fue en aquel momento cuando ellas se precipitaron y cobraron mayor auge por un motivo del tenor siguiente. Euricles de Lacedemonia[33], persona no carente de relevancia entre las gentes de su patria pero perverso de espíritu y, pese a su condición muelle y aduladora, capaz de tener uno y otro vicio y no parecerlo, con ocasión de visitar a Herodes le entregó los regalos de rigor y recibió de aquél muchos más. Pero Euricles aprovechó la oportunidad que le brindó ese encuentro para hacerse uno de los amigos más íntimos del rey. El tal Euricles se alojaba en la vivienda de Antípatro, pero tenía acceso y trato con Alejandro, puesto que alegaba gozar del aprecio de Arquelao de Capadocia. De ahí que fingiera estimar también a Glafira. Tenía muchas caras, puesto que de una manera desapercibida trataba a todo el mundo exquisitamente, sin perder ocasión de estar atento a lo que se cuchicheaba o se hacía, con objeto de así corresponder a aquella confianza con calumnias. Y llegó al fin un momento en que cada una de las personas con quienes se relacionaba juzgaba la actuación de este hombre en forma tal que él era amigo sincero de Euricles, mientras creía que el lacedemonio se relacionaba con los demás por favorecerle a él. Este convenció a Alejandro, dada su juventud, de que no declarara a nadie sus sentimientos y de que a él solo podía confesarse sin temor y con total confianza. Y, así, aquél se declaró molesto de que su padre estuviera enemistado con

[33] Cf. *BJ.* 1, 513 y ss.

él. También le refirió el caso de su madre y, en relación a Antípatro, le dijo que, tras haberlo desplazado a él y a su hermano de los honores a ellos debidos, gozaba ya de un poder absoluto. Y le aseguró que todo ello era intolerable, tanto más cuanto que su padre había concebido ya un odio tal contra el propio Alejandro que no se le permitía siquiera hablar con él en los banquetes o reuniones. Alejandro le contaba esta serie de cosas, por las que, como es natural, estaba dolido. Pero Euricles refería esa conversación a Antípatro, diciéndole estas precisas palabras: «Hago esto no por ti, sino sobrecogido por la gravedad del asunto, a causa del aprecio que tú sientes hacia mi persona», al tiempo que lo animaba a tomar precauciones con Alejandro, habida cuenta de que, según le indicaba Euricles, Alejandro no contaba ninguna de estas cosas sin cólera, sino que en sus palabras traslucía el ansia de matar. Antípatro, así pues, al tomar de acuerdo con estos datos a Euricles por bien intencionado hacia él, le entregó a propósito de cada información que le aportaba grandes regalos y, finalmente, lo persuadió a que refiriera la cuestión a Herodes. Y Euricles no dejaba de ser convincente en lo tocante a la malevolencia de Alejandro, a juzgar por las palabras que decía haberle oído, sino que, lejos de eso, al influir al rey continuamente y excitarlo con sus dichos, puso a Herodes en una disposición de ánimo tal que provocó en él un odio hacia su hijo implacable. Y el rey mostró a Euricles su agradecimiento al momento, puesto que le dio como regalo cincuenta talentos. Y él, tras recibirlos y haber subido junto a Arquelao, rey de Capadocia, le alabó a Alejandro, a quien decía haberle ayudado enormemente a reconciliarse con su padre. Y después de haber hecho negocio también con Arquelao, se alejó antes de que fuera descubierta su condición malsana. Pues bien, Euricles, que ni en la misma Lacedemonia dejó de ser malvado, fue desposeído de su ciudadanía por sus numerosas iniquidades.

311. *Herodes da un paso más en la animadversión hacia sus hijos.* 2. Pero el rey de los judíos ya no se limitaba como anteriormente a prestar oídos solamente a las calumnias vertidas contra Alejandro y Aristobulo, sino que, al haber concebido contra ellos un odio particular, actuaba ya por propia iniciativa, aunque no se lo dijera nadie, traducido ello en que observaba todo, preguntaba por todo y prestaba oído a todas las personas, cualesquiera que ellas fueran, siempre que pudieran decir algo contra aquéllos, y así

descubrió que Evárato de Cos era cómplice de Alejandro. Pues bien, este tipo de información era el que Herodes recibía con el mayor placer.

313. *Jucundo y Tirano, escoltas del rey, son acusados de connivencia con Alejandro.* 3. Ocurrió para mal de los jóvenes un hecho demasiado grave, y ello porque continuamente urdían los hombres calumnias en contra de ellos, y así, al estar a disposición de cualquiera, por así decirlo, practicar este ejercicio, decir algo malo de ellos parecía a todos que contribuía a la seguridad personal del rey. Herodes tenía dos guardias de corps, apreciados por su fuerza y altura, Jucundo y Tirano[34]. Estos, al haber sido apartados del servicio por haber chocado con el rey, se hicieron del grupo de Alejandro cabalgando en compañía de él y honrados por él en los ejercicios físicos, por lo que recibieron ciertas monedas de oro y otros regalos. Inmediatamente, pues, el rey, al tener también a éstos bajo sospecha, los sometió a interrogatorio bajo tortura, y ellos, tras resistir durante mucho tiempo, luego dijeron que Alejandro había tratado de convencerlos de que asesinaran a Herodes aprovechando que se adelantara a los demás mientras perseguía una pieza durante la cacería, puesto que, según Alejandro, era posible alegar que, al caerse del caballo, se había clavado sus propias lanzas, habida cuenta de que ya en tiempos pasados le había ocurrido un hecho de este tenor. Y en apoyo de sus palabras le mostraron también las monedas de oro, enterradas en la cuadra de los caballos y denunciaron al mayoral de caza de haberles entregado por orden de Alejandro no sólo lanzas a ellos sino también armas a las personas encargadas de cuidarlo a él.

317. *También es acusado de connivencia con Alejandro el comandante de la guarnición de Alejandreo.* 4. A continuación de éstos fue sometido a interrogatorio bajo tortura, luego de ser detenido, el comandante de la guarnición de Alejandreo, puesto que también sobre él pesaba la acusación de haber prometido a los jóvenes que los acogería en la guarnición y les entregaría el dinero, correspondiente al tesoro real, depositado en aquella fortaleza. Pues bien, él lo negó todo, pero su hijo, que se presentó ante Herodes, le ase-

[34] Cf. *BJ.* 1, 527.

guró que era cierto, y además le entregó una nota, escrita al parecer por la propia mano de Alejandro, y que decía así: «Una vez que hayamos realizado, digamos que con la ayuda de Dios, todo lo que nos hemos propuesto hacer, llegaremos junto a vosotros. En fin, procurad acogernos, según prometisteis, en la fortaleza». Tras la lectura de esta nota Herodes no albergaba duda alguna de que sus hijos conspiraban contra él, pese a que Alejandro afirmó solemnemente que había sido Diofanto quien había imitado su letra y que aquella breve nota había sido urdida por instigación de Antípatro. Y es que, efectivamente, Diofanto tenía fama de ser un experto en tales amaños. Y en fechas posteriores, al ser puesta en evidencia su intervención en otros casos, fue luego ya condenado a muerte.

320. *Aristobulo quiere implicar a Salomé, lo que empeora las cosas.* 5. El rey presentó ante el pueblo en Jericó a las personas que, sometidas a interrogatorio bajo tortura, habían acusado a sus hijos. Y la multitud mató a estas personas, arrojándoles piedras con sus propias manos. Y como la multitud estuviera decidida a matar igualmente a Alejandro y Aristobulo, el rey lo evitó, conteniendo al pueblo por mediación de Ptolemeo y Feroras, pero, en cambio, fueron puestos ellos bajo vigilancia y observación. Y nadie se acercaba a los dos jóvenes, y todas sus acciones y conversaciones eran objeto de la máxima atención. En suma, ellos sufrían el desdoro y el temor propio de qué otra cosa más que de condenados. Y uno de ellos dos, Aristobulo[35], impulsado por el rencor que albergaba en el fondo de su corazón no sólo a que su propia tía y suegra se compadeciera de sus desgracias, sino también a que odiara a la persona que hacía caso de estos chismes, le dijo: «¿Es que no te das cuenta de que también tú corres peligro de muerte, al estar acusada de haber puesto todos los secretos de este país en conocimiento de Sileo por deseo de casarte con él?». Pero ella corrió lo más que pudo a informar a Herodes de estas palabras. Entonces el rey, no pudiendo ya contenerse, ordenó no sólo encarcelarlos, sino también que, separados el uno del otro, declararan y pusieran por escrito todos los crímenes que habían cometido contra su padre. Y ellos, en respuesta a esta orden, pusieron por escrito no haber tramado ni preparado conspiración alguna contra su

[35] Cf. *BJ.* 1, 534 y ss.

progenitor, y que lo único que habían hecho era proyectar la huida, y eso a la fuerza, por resultar su vida sospechosa y difícil.

325. *Herodes pretende demostrar a Melas, embajador de Arquelao, la intervención de éste en la conspiración de sus hijos.* 6. Como por aquellas fechas hubiera llegado de Capadocia en calidad de embajador de Arquelao un tal Melas, quien gozaba de grandes influencias en aquel país, Herodes, deseoso de demostrarle la animadversión de Arquelao a su persona, mandó llamar a Alejandro, puesto que estaba en prisión, y volvió a formularle preguntas en relación con el tema de la huida, concretamente adónde y cómo habían decidido desplazarse. Y Alejandro dijo que junto a Arquelao, quien había prometido hacerlos llegar desde allí a Roma, pero, en cambio, aseguró que no habían tramado ninguna otra cosa, ni insólita ni grave, contra su padre y que tampoco era verdad nada de lo que había sido urdido por la malevolencia de sus adversarios. Y agregó que le habría gustado, con vistas a lograr una investigación más sólida, que vivieran todavía Tirano[36] y los otros, pero que también ellos habían perecido ya, al haber metido Antípatro entre la multitud a sus propios secuaces.

328. *Glafira acepta cualquier cosa por salvar a su marido. Nicolás de Damasco es enviado a Roma por Herodes para contrarrestar las intrigas de Sileo.* 7. Como Alejandro se expresara en tales términos, Herodes mandó llevar conjuntamente a Melas y Alejandro ante Glafira, la hija de Arquelao, y preguntarle si ignoraba algún hecho en el asunto de la conspiración contra él. Y cuando llegaron, Glafira, al ver a Alejandro atado con cadenas, empezó inmediatamente a golpearse la cabeza y, después de golpearse fuertemente, a lanzar tremendos y patéticos gemidos. Y no sólo el joven prorrumpió en lágrimas, sino que también el espectáculo resultó un tanto doloroso para los presentes, quienes hasta pasado un buen rato no pudieron decir ni hacer nada de lo que motivaba su llegada. Y al final, como Ptolemeo (pues ésta era la persona a quien se le había encargado la misión de llevar allí a Alejandro) mandara a Alejandro decir si su mujer conocía alguna de sus acciones, contestó: «¿Cómo no había de saberlo, cuando la quiero

[36] Cf. *AJ.* 16, 314-320.

más que a mi propia vida y ha colaborado conmigo en dar la vida a nuestros hijos?». Y ella a voz en grito replicó que no tenía conocimiento de nada extraño, pero que, si contribuía a la salvación de su marido hacer recaer sobre ella alguna mentira, reconocía estar al corriente de todo. Y Alejandro dijo: «Ni yo pensé nada reprobable ni nada de lo que sospechan quienes menos debían hacerlo, ni tú sabes nada, sino únicamente que habíamos decidido desplazarnos junto a Arquelao y desde allí a Roma».

Al estar ella de acuerdo con esto, Herodes, convencido de que con ello estaba demostrada la animadversión de Arquelao hacia él, entregó una carta a Olimpo y Volumnio [37] ordenándoles que, haciendo ellos en su viaje por mar escala en Eleúsa de Cilicia, dieran cuenta de estos hechos a Arquelao y que, tras reprocharle haber apoyado a sus hijos en la conspiración contra él, continuaran desde allí la navegación a Roma. Y en caso de que encontraran que Nicolás[38] había logrado en alguna medida que César Augusto ya no estuviera molesto con él, les encargó astutamente que entregaran al emperador la carta y las pruebas demostrativas de la culpabilidad de los jóvenes. Arquelao, claro está, se defendía, confesando, sí, haber estado dispuesto a acoger a los jóvenes por entender que convenía tanto a los propios jóvenes como a su padre que no se sumara por rabia algún crimen más a las disensiones entre ellos por recíprocas suspicacias, pero afirmando rotundamente no haber estado dispuesto a enviarlos luego junto a César Augusto, ni tampoco haber prometido a los jóvenes ninguna otra cosa, llevado de un sentimiento de animadversión hacia él.

335. *El hábil Nicolás de Damasco consigue hacerse escuchar de Augusto, cuya amistad con Herodes restablece.* 8. Los emisarios de Herodes, una vez desembarcados en Roma, tuvieron oportunidad de entregar a César Augusto la carta, por encontrarlo reconciliado con Herodes, puesto que el desarrollo de la embajada de Nicolás había ocurrido de la siguiente manera.

Cuando llegó a Roma y se presentó en la corte, consideró oportuno, inmediatamente, no limitarse a cumplir la misión que había determinado su presencia allí, sino también acusar a Sileo, y eso porque vio claro, antes de su encuentro con el emperador, que

---

[37] Ambos amigos de Herodes: cf. *BJ.* 1, 535 y ss.

[38] *AJ.* 16, 299.

los árabes se hacían la guerra los unos a los otros. Y, efectivamente, los árabes[39], sospechando de Sileo y pasándose a Nicolás, le revelaron la totalidad de fechorías cometidas por Sileo, presentándole incluso pruebas demostrativas de haber aniquilado él a todos los familiares de Obodas, puesto que entre los documentos de Sileo había uno que le habían substraído ellos al separarse de él y con el que demostraban sus aseveraciones. Entonces Nicolás, dándose cuenta de que esta circunstancia significaba una suerte para él, se trazó sus inmediatos proyectos contando con ella, esforzándose por conseguir que César Augusto accediera a reconciliarse con Herodes. Y optó por actuar así porque sabía bien a las claras que, si él pretendía defender el comportamiento del rey, no le sería concedido permiso para expresarse, mientras que si optaba por acusar a Sileo, tendría oportunidad de hablar de Herodes. Pues bien, como ambos contendientes hubieran planteado un litigio y se fijara la fecha de celebración del juicio, una vez llegado el día, Nicolás, teniendo de su parte a los embajadores de Aretas, aparte de acusar a Sileo imputándole el asesinato del rey Obodas y de numerosos árabes así como de haber tomado prestado dinero con ningún fin bueno y poniendo de manifiesto que había mantenido relaciones adúlteras no sólo con mujeres árabes, sino también romanas, luego de esto agregó lo mas grave, que había engañado a César Augusto al no darle en absoluto una información verídica de las actuaciones de Herodes. Cuando llegó a este punto, César Augusto lo interrumpió, pidiéndole que le dijera únicamente si Herodes no había llevado su ejército hasta Arabia, ni había matado a dos mil quinientos hombres del lugar, ni había cogido prisioneros *después de saquear el país*. Ante esta interpelación del emperador Nicolás le replicó que le daría una información sumamente precisa, y era que nada o al menos la mayoría de las cosas no habían ocurrido en la forma que «tú oíste y según las cuales estaba justificado que te pusieras bastante irritado». Y como César Augusto, al encontrarse con esta sorpresa, aplicara los oídos a lo que decía Nicolás, éste, tras referirse al préstamo de los quinientos talentos y al acuerdo firmado por ambas partes, en el que se había adjuntado un texto que decía lo siguiente: que Herodes estaba facultado, caso

[39] Sin duda, los árabes enviados por Eneas Aretas para contrarrestar los intentos de Sileo de alzarse con el poder. Cf. *A.J.* 16, 294-299.

de que transcurriera la fecha convenida sin devolverlo, para tomar el correspondiente rescate del país entero, calificó la expedición militar de no ser en sí tal expedición, sino de responder a una justa recuperación del dinero de su propiedad. Y continuó diciendo que esta expedición Herodes no la había llevado a cabo inmediatamente, ni cuando se lo permitía el acuerdo firmado por ambas partes, sino después de recurrir infinidad de veces a los buenos oficios de los legados de Siria, Saturnino y Volumnio, y de, por fin, haber jurado Sileo, delante de ellos, por tu suerte, que en un plazo de treinta días devolvería el dinero y a los tránsfugas del reino de Herodes, y que, incluso cuando Sileo no cumplió nada de lo prometido, había recurrido de nuevo Herodes a los legados y que, aunque ellos lo habían autorizado a coger el rescate, aún así le costó mucho trabajo emprender una expedición con sus hombres. A esto se reduce la guerra, según ésos la calificaban en tono trágico, y la invasión militar. Y sin embargo, ¿cómo ello podría ser calificado de acción de guerra, cuando tus propios legados se lo autorizaron, cuando el acuerdo entre las partes lo facultó y cuando tu nombre, César, junto con el de los demás dioses, fue profanado? Ahora, a continuación, debo referirme a los que Sileo califica de prisioneros. Bandoleros que habitaban Traconítide, al principio en número de cuarenta pero luego muchos más, escapando al castigo de Herodes hicieron de Arabia su centro de operaciones. Les ofreció cobijo Sileo, alimentándolos contra todo el mundo y les dio una región donde habitar, mientras era él quien se llevaba las ganancias de los bandoleros. Pues bien, Sileo se comprometió con los mismos juramentos a entregar también a éstos en la misma fecha que el préstamo. Y él no podría demostrar en mi presencia que haya sido secuestrado de territorio árabe ningún otro más que los bandoleros y eso ni todos ellos, sino únicamente aquéllos que no pudieron esconderse. Pues bien, aunque el asunto de los prisioneros se ha demostrado una mentira tan maliciosa, entérate ahora, oh César, de la ficción y engaño más grandes inventados por él para lograr tu irritación. En efecto, afirmo que cuando nos atacaron las fuerzas árabes, acción en la que cayeron uno o dos soldados de Herodes, quien apenas se defendió entonces, murieron del lado árabe el general que mandaba las fuerzas, Nacebo, y unos veinticinco hombres en total, mientras que Sileo hablaba de dos mil quinientos muertos, suma alcanzada al multiplicar cada uno de los realmente caídos por cien».

351. *Augusto castiga a Sileo y restablece la amistad con Herodes.* 9. Esta información excitó aún más a César Augusto, quien, volviéndose a Sileo lleno de ira, le preguntó cuántos árabes habían muerto. Y como él no supiera qué decir y alegara que le habían suministrado una cifra errónea, se procedió a leer el contrato del préstamo y la carta de los generales, así como la relación de ciudades que se quejaban de los actos de bandolerismo. Y al final César Augusto experimentó un cambio tan profundo que condenó a muerte a Sileo, mientras que se reconcilió con Herodes, sensiblemente arrepentido por haberle escrito en tono demasiado hiriente, víctima de aquellos infundios, al tiempo que dirigió a Sileo unas palabras de este tenor: que lo había obligado con su información falsa a ser desconsiderado contra un hombre amigo suyo. En suma, Sileo fue remitido a su lugar de origen para ser sometido a juicio, devolver el préstamo a los acreedores y luego recibir el castigo a que había sido condenado. Por otro lado, César Augusto no sentía simpatía por Aretas porque había alcanzado el poder no por mediación de él sino por sí sólo. Por eso tenía decidido entregar a Herodes también Arabia, pero lo impidió la carta enviada por aquél. Y es que Olimpo y Volumnio[40], cuando se enteraron de que César Augusto sentía de nuevo simpatía por Herodes, decidieron inmediatamente, conforme al encargo del rey, hacerle entrega de la carta, en la que le hablaba de sus hijos y de las pruebas correspondientes. Y César Augusto, tras leerla, no creyó correcto asignar un gobierno más a un anciano que, además, andaba mal con sus hijos, por lo que, tras recibir a los emisarios de Aretas y reprocharle únicamente que hubiera actuado con precipitación por no esperar a recibir el reino de su mano, aceptó sus regalos y confirmó su gobierno.

356. *Augusto otorga a Herodes plena autoridad sobre sus hijos.* 11. 1. César Augusto, una vez reconciliado con Herodes, le escribió diciéndole que estaba molesto con sus hijos[41] y que, si habían pretendido cometer un crimen nefando, debía condenarlos por ser parricidas, puesto que le otorgaba esa facultad, pero que si únicamente habían tramado la huida debía simplemente reprender-

[40] Cf. *AJ.* 16, 332 y ss., y *BJ.* 1, 535 y ss.
[41] Cf. *BJ.* 1, 536 y ss.

los y no llevar a cabo contra ellos una acción irremediable, y, por otro lado, le aconsejaba que celebrara un consejo, designando la ciudad de Beirut como lugar de reunión, donde habitaban romanos, y que, haciéndose acompañar de los legados romanos y de Arquelao, rey de Capadocia, así como de todos los demás que considerara sobresalientes por su amistad y rango, determinara con el asesoramiento de las personas citadas lo que procediera. De este tenor fue el mensaje enviado por César Augusto. Herodes, por su parte, una vez que le fue llevada la carta de Augusto, se puso inmediatamente rebosante de alegría por la reconciliación y, asimismo, rebosante de alegría por concederle toda autoridad sobre sus hijos. Y ocurría que el hecho de no irle bien las cosas previamente lo había convertido en un ser irritado pero no osado ni decidido precipitadamente a acabar con la vida de sus hijos, pero en el momento presente, al recuperar el odio por haber cambiado su situación a mejor y cobrar seguridad personal, se vanagloriaba de su poder. Así pues envió emisarios por todas partes para convocar a un consejo a todos cuantos consideró conveniente citar, exceptuado Arquelao, puesto que éste no consideraba oportuno que se presentara allí por aborrecimiento hacia él o bien porque entendiera que había de constituir un obstáculo a sus planes.

361. *Intervención de Herodes, quien da por condenados a sus hijos.* 2. Una vez que se hubieron presentado en Beirut los legados romanos y los demás notables de las diversas ciudades convocados, Herodes, como no quería llevar a sus hijos al consejo, los dejó en una aldea sidonia de nombre Palaesto, próxima a la ciudad de Beirut, con objeto de poder presentarlos si eran requeridos [42]. Y Herodes, tras entrar solo en el consejo, sin acompañamiento de nadie, y sentados ya allí ciento cincuenta hombres, pronunció una acusación no tan penosa como era de esperar ante la imperiosa necesidad de tener que hablar de sus propios infortunios, pero sí totalmente diferente a como un padre debería expresarse al hablar de sus hijos. Se manifestaba, en efecto, violento, se mostraba alterado al tratar de demostrar la culpabilidad de sus hijos y ofrecía signos clarísimos de cólera e irritación, no permitiendo a los presentes enterarse de las pruebas, sino proponiéndoles que otorgaran

[42] Cf. *BJ.* 1, 538 y ss.

al padre un apoyo indecoroso contra los hijos, y leyéndoles lo redactado por ellos mismos, donde no estaba escrito nada que reflejara conspiración o maquinación de crimen alguno, sino únicamente que habían decidido huir, así como algunas censuras, que tenían reproches contra él por su animadversión hacia ellos. Cuando llegó a este punto no sólo gritaba todavía más, sino que exageraba hasta el colmo para que los asistentes reconocieran que sus hijos habían conspirado contra él, jurando que le gustaría más ser privado de la vida que tener que oir palabras como las redactadas por sus hijos. Y finalmente, luego de decir que él tenía plena autoridad en el asunto no sólo por ley natural, sino también por concesión de César Augusto, añadió a ello además que la ley heredada de los antepasados mandaba a los asistentes al acto, en caso de que los progenitores, tras acusar a un hijo, pusieran las manos sobre su cabeza, que debían necesariamente lapidarlo y matarlo por ese procedimiento. Y continuó diciendo que, aunque él había estado decidido a cumplir este mismo precepto legal en su tierra y reino, había esperado, sin embargo, el fallo de los presentes, pero haciéndoles saber que habían llegado no tanto para juzgar un crimen evidente y que por poco cometen contra él sus hijos, sino para tener la oportunidad de compartir su irritación, dado que nadie, por muy ajeno que se encontrara de lo sucedido, debía desentenderse de una conspiración tan grave.

367. *La mayoría de los presentes votan la pena de muerte contra los jóvenes.* 3. Una vez que el rey hubo terminado esta perorata, y pese a que los jóvenes no fueron llevados siquiera para que pudieran defenderse, los asistentes al consejo, al comprender que la irritación del rey no admitía un arreglo ni una reconciliación, dieron el *placet* a su determinación. Y así, antes que ningún otro, Saturnino, ex cónsul y personaje de alto rango, manifestó su punto de vista, recurriendo a un circunloquio sumamente desagradable. Afirmó, en efecto, que condenaba a los hijos de Herodes, pero que como él tenía hijos no creía que fuera justo matarlos, puesto que ese castigo era demasiado duro, y eso aunque tuvieran la culpa de todas las desdichas del rey. A continuación de Saturnino también sus hijos, en número de tres, quienes le acompañaban en calidad de legados, manifestaron el mismo punto de vista, mientras que Volumnio abiertamente afirmó que condenaba a muerte a los que habían atentado tan impíamente contra su padre.

En el mismo sentido se expresó la mayoría de los que intervinieron a continuación, de manera que ya no cabía ninguna otra interpretación sino que los jóvenes habían sido condenados a muerte. Herodes partió inmediatamente de allí y llegó con ellos a Tiro. Y como Nicolás hubiera llegado por mar de Roma y se reuniera con él en esta ciudad, el rey, luego de ponerlo al corriente de la decisión tomada en Beirut, le preguntó qué opinión tenían del comportamiento de sus hijos sus amigos de Roma, y el le dijo: «Su opinión es que lo que ellos habían pensado hacerte a ti es un crimen, pero que, no obstante, conviene que los encarceles y los mantengas en prisión, y su deseo es que, si optas por castigarlos con la muerte, ojalá no des la imagen de haberte dejado llevar por la ira más que por la sensatez, y si, por el contrario, optas por soltarlos, que ojalá no te encuentres con una desdicha irreversible. Esta es la opinión de la inmensa mayoría de tus amigos de Roma». Y él, callado, permaneció reflexionando durante largo rato, tras lo cual le mandó que le acompañara en su viaje por mar.

373. *En un ambiente general de temor sólo Tirón manifiesta públicamente su opinión, contraria a la de Herodes.* 4. Como Herodes hubiera llegado a Cesarea y en aquella situación todo el mundo no hiciera otra cosa más que hablar de sus hijos, el reino estaba en ascuas[43], a la expectativa de en qué terminaría el caso. En efecto, a todos los invadía un miedo terrible, preocupados desde hacía largo tiempo de que llegara a ejecutarlos. Y aunque estaban disgustados con su suerte, no dejaba de correr un riesgo tanto quien dijera algo valiente como quien se lo oyera decir a otro, por lo que, evitando esa tentación, manteniendo oculta su simpatía por los jóvenes, sobrellevaban la gravedad del caso con dolor pero en silencio. Sólo uno de ellos, antiguo soldado y de nombre Tirón, cuyo hijo era, por razones de edad, amigo de Alejandro, todo lo que los demás mantenían oculto en el fondo de sus corazones calladamente, él, llevado de su nobleza de espíritu, lo expresaba públicamente y se veía obligado innumerables veces a gritarlo ante la multitud, declarando sin ambages que había muerto la verdad y que la justicia había sido borrada de la faz de la tierra, mientras que triunfaba la mentira y la malevolencia, las cuales habían cubierto el comportamiento humano con

[43] Cf. *BJ.* 1, 543 y ss.

una nube tan oscura que ni en los más grandes crímenes de lesa humanidad se veía quiénes eran los que pecaminosamente los cometían. Este comportamiento sincero no parecía que dejara de implicar sus riesgos, pero sus dichos certeros conmovían a todos, habida cuenta de que él se enfrentaba a las circunstancias sin cobardía alguna. Por ello también todo lo que a cada uno de ellos en particular les hubiera gustado decir lo escuchaban cuando era dicho por él y, mientras preveían que su propia seguridad radicaba en mantenerse callados, sin embargo acogían con agrado la sinceridad de Tirón. En efecto, el castigo que se cernía sobre su persona obligaba a todos, quienquiera que fuera, a defenderlo en conversaciones secretas.

379. *Tirón se enfrenta al propio Herodes.* 5. Tirón, atreviéndose a enfrentarse al mismo rey con total franqueza, le pidió hablar a solas con él, y, tras concedérselo, le dijo[44]: «Oh rey, al no poder resistir por más tiempo la preocupación que me embarga, preferí esta peligrosa franqueza, pero necesaria y conveniente a tus intereses si encuentras algún provecho en ella, a mi seguridad personal. ¿Adónde se ha ido y volado el sentido que antes anidaba en el fondo de tu espíritu? ¿Adónde también aquella superior inteligencia con la que enderezabas numerosos y grandes entuertos? ¿Cómo se explica este abandono de tus amigos y parientes? Entiendo que, aunque están a tu lado, ellos no son ni parientes ni amigos, cuando consienten un oprobio tan repugnante en un reino otrora afortunado. ¿Pero es que tú no vas a comprender qué es lo que estás haciendo? ¿Matarás a dos jóvenes nacidos de una reina, esposa tuya, y que han alcanzado las más altas cotas en toda clase de virtudes, quedándote en la ancianidad con un solo hijo, que ha administrado perversamente la esperanza que depositaste en él, y con unos parientes a los que ya has condenado a muerte tantas veces? ¿No te das cuenta de que las masas, pese a su silencio, comprenden tu error y detestan tu ira, y que, a su vez, el ejército entero y sus mandos sienten compasión por los desdichados y odio contra los causantes de su desgracia?». El rey al principio lo escuchaba de una forma no totalmente desconsiderada, al contrario, ¡qué necesidad hay de decirlo!, sus palabras lo conmovieron, al tocar Tirón claramente no sólo el crimen que suponía aquella situación, sino también la pérdida de sus parientes. Pero

[44] Cf. *BJ.* 1, 545 y ss.

luego Tirón poco a poco arreciaba en sus críticas, al expresarse con una franqueza excesiva y propia de soldados. Y como su descortesía superara los justos límites de la medida, Herodes se llenó de desasosiego y, creyendo que más que oir consejos útiles era objeto de reproches, al enterarse de que no sólo los soldados se encontraban disgustados, sino que también sus mandos estaban irritados, ordenó, una vez que le fue entregada la relación nominal de todos ellos, meterlos en prisión y tenerlos bajo vigilancia, igual que a Tirón.

387. *El hijo de Tirón implica a su padre en un complot contra Herodes.* 6. Ocurrido esto, también un tal Trifón, barbero del rey, aprovechó la oportunidad para presentarse a él y decirle que Tirón una y otra vez había intentado convencerlo de que le cortara el cuello al rey con la navaja de afeitar cuando lo atendía, puesto que así, según aseguraba que le decía Tirón, conseguiría un puesto de primer orden con Alejandro y recibiría grandes regalos[45]. Cuando el barbero hubo dicho esto, Herodes ordenó detenerlo, y a continuación sometió a tortura a Tirón, al hijo de éste y al barbero para esclarecer la verdad. Tirón resistía, pero su joven hijo, al ver que su padre se encontraba ya mal, que no tenía ninguna esperanza de salvación y que el futuro que le esperaba era previsible a juzgar por los tormentos a que era sometido el desdichado, le aseguró al rey que le revelaría la verdad si le daba palabra de eximir del tormento y castigo tanto a él como a su padre. Y como le hubiera dado seguridad de ello, dijo que existía el compromiso de que Tirón atacara con sus propias manos al rey, habida cuenta de que podía encontrarse con él a solas, y de que, tras quitarle la vida, sufriera lo propio, dedicando a Alejandro este comportamiento nada innoble. Pues bien, el hijo, al declarar esto, consiguió arrancar a su padre del tormento, sin que se supiera a ciencia cierta si se había visto forzado a contar la verdad o si había pensado que ésta era la única manera de poder substraerse al castigo él y su progenitor.

392. *Herodes se dispone a ejecutar a sus hijos.* 7. Herodes, aunque tampoco antes tenía duda alguna de llevar a cabo la muerte de sus hijos al no haber dejado dentro de su alma lugar ni sitio para ello, sino que había eliminado todo lo que pudiera invitarlo a cambiar esa opinión por una idea mejor, se apresuró entonces a

---

[45] Cf. *BJ.* I, 547 y ss.

cumplir su propósito[46]. Y habiendo presentado ante la Asamblea no solo a los trescientos mandos militares que habían sido acusados, sino también a Tirón y, junto con ellos, al hijo del último y al barbero que delante de él había demostrado su culpabilidad, procedió a acusar a todos ellos. Y la multitud los mató, no parando de golpearlos con lo que encontraran a mano. Por su parte, Alejandro y Aristobulo, tras ser conducidos a Sebaste, fueron matados por estrangulamiento, por orden del rey. Y por la noche llevaron sus cadáveres a Alejandreo, donde descansaban el abuelo materno de los jóvenes y la inmensa mayoría de sus antepasados.

395. *Reflexiones finales de Josefo sobre un padre que es capaz de matar a sus propios hijos.* 8. Pues bien, quizá haya algunos a quienes no les parezca extraño que un odio, alimentado desde hacía tan largo tiempo, hubiera crecido tanto y, llegando tan lejos, anulara los propios sentimientos naturales. Pero sería cosa de saber si tal responsabilidad habría que hacerla recaer sobre los jóvenes por haber lanzado reproches contra su padre y con el tiempo haber causado un mal irreparable contra sí mismos por la irritación del rey, o si habría que imputársela al propio rey, por mostrarse insensible e inflexible a cualquier concesión, llevado de su pasión por el mando y demás glorias, hasta el punto de creer que no debía quedar nadie que le impidiera hacer todo lo que le viniera en gana o, por último, si hay que atribuirla a la suerte, la cual tiene un poder superior a cualquier pensamiento generoso, razón por la que estamos convencidos de que las acciones humanas están predeterminadas por ella, obligadas necesariamente a suceder como suceden, por lo que la llamamos *destino*, en la idea de que no hay nada que no ocurra por decisión de ella. Pues bien, por lo que respecta a esta última explicación, como resulta excesiva para aclarar la personalidad de Herodes, nos bastará con excluirla, atribuyéndonos así a nosotros mismos alguna libertad en nuestras acciones y por ello no haciéndonos exentos de responsabilidad en nuestros diferentes comportamientos, extremo éste ya sancionado antes de ahora por la propia legislación. De las otras dos explicaciones, en lo que atañe a aquélla que explica los hechos por relación a la conducta de los hijos de Herodes, cabría reprocharles e imputarles que, llevados de osadía

[46] Cf. *BJ.* 1, 550 y ss.

juvenil y vanidad regia, se metieran a calumniar a su padre y no vieran con buenos ojos la conducta seguida por él en su vida, que fueran malévolos en sus fantasías y no se contuvieran de declarar sus pensamientos y que, por ambas causas, se dejaran coger fácilmente por los que los acechaban para luego denunciarlos y así recibir la recompensa correspondiente. Pese a ello, su padre evidentemente no parece que se merezca tampoco nuestra aquiescencia a propósito del crimen que cometió contra aquéllos, puesto que, a pesar de no tener un claro convencimiento de su conspiración ni poder demostrar un complot para atacarlo, se atrevió a matar a los que eran fruto de su ser, quienes estaban dotados de un tipo hermosísimo, eran solicitadísimos por todos los extraños y no quedaban por detrás de nadie en los distintos quehaceres, cuando se trataba de ir a la caza o de practicar las artes marciales o bien de hablar de cualquier tema. Con todos estos dones, efectivamente, contaban ambos, aunque Alejandro, que era el mayor de los dos, en grado superior. Y decimos que Herodes no se merece nuestra aquiescencia en lo que hizo porque, aunque los hubiera condenado, le bastaba sin embargo con tenerlos vivos o bien en prisión o bien apartados del poder, puesto que él gozaba de gran seguridad al estar protegido por las fuerzas romanas, gracias a las cuales no podía sufrir ningún contratiempo, ni de forma repentina ni por la fuerza. En cambio, el matarlos deprisa y para dar gusto al resentimiento que lo dominaba es prueba de un crimen para el que no hay suficiente castigo. ¡Tan grande fue el pecado que él cometió, y eso que había alcanzado ya la ancianidad! Por otro lado, hay que convenir en que la dilación y demora en matar a sus hijos no podría conllevar perdón alguno a la acción. En efecto, que uno, asustado y aturdido, cometa en el acto un desaguisado, aunque es un hecho repugnante, resulta ser siempre fruto de las circunstancias. Por el contrario, que uno, actuando con calma y con mucho tiempo, disponiéndose infinidad de veces a cometer un crimen y otras tantas veces conteniéndose, al final se decida y lo lleve a cabo es indicio de un alma asesina e incapaz de alejarse de los peores instintos. Y lo demostró por su comportamiento posterior, puesto que no se abstuvo de matar tampoco a las restantes personas que él consideraba sus seres más queridos. Y en este caso, aunque lo justificado de su condena a muerte hacía que las víctimas fueran vistas por la gente con menos simpatía, sin embargo la crueldad de no perdonarlos tampoco a éstos era igual a la que mostró con sus hijos.

Libro XVII

RESUMEN:

1. Cómo Antípatro fue odiado por toda la nación por el aniquilamiento de sus hermanos y cómo por ello adulaba a las gentes de Roma con grandes sumas de dinero así como a Saturnino, quien tenía confiado a su cargo el gobierno de Siria, y a los mandos militares de su ejército.
2. Cómo el rey Herodes, al ver que la región de la Traconítide no podía mantenerse tranquila a causa de las incursiones de los árabes, tras mandar venir al judío Zámaris, que se había retirado de Babilonia y residía en Antioquía, lo estableció en ella y lo utilizaba como escudo contra los árabes.
3. Cómo Antípatro, al haber adoptado Herodes a los niños de sus hijos Alejandro y Aristobulo y haber prometido en matrimonio con ellos a las hijas de Feroras, persuadió a su padre a que cambiara ese compromiso matrimonial y lo hiciera con sus propios hijos. Y cómo Antípatro aduló al grupo de Feroras, deseoso ya de maquinar contra su padre a través de ellos.
4. Cómo Salomé, la hermana del rey, al enterarse de ello, se lo comunicó secretamente a su hermano.
5. Cómo Herodes comunicó a Antípatro que no visitara a Feroras ni le revelara ningún dato que debiera mantenerse callado. Antípatro, entonces, a la luz del día no contravenía las órdenes de su padre, aunque sí en secreto, pero esto no pasó inadvertido a Herodes.

6. Cómo Antípatro escribió a sus amigos de Roma exhortándolos a que escribieran a su padre tratando de persuadirlo a que lo enviara a él con grandes sumas de dinero a visitar a César Augusto, y cómo Herodes, convencido, lo envió allá.
7. Cómo Antípatro persuadió a Feroras a que asesinara a su padre Herodes con un veneno, veneno que el propio Antípatro entregó a Feroras. Y cómo el rey Herodes comunicó a su hermano Feroras que repudiara a su mujer o que abandonara el reino. Pero él, que escuchó con gran contento esta orden, optó por retirarse a su tetrarquía [1], donde no mucho después murió.
8. Denuncia presentada por los libertos de Feroras contra la mujer de éste, de que había sido asesinado con veneno. Y cómo Herodes, tras la correspondiente investigación, encontró el veneno preparado contra él por su hijo Antípatro, y cómo, al obtener pruebas mediante tortura, se enteró de las maquinaciones de Antípatro.
9. Antípatro, procedente de Roma, llega por mar junto a su padre. Y cómo aquél, tras haber sido acusado por Nicolás de Damasco y haber sido condenado a muerte por su padre y por Quintilio Varo, quien en aquel entonces tenía confiado el gobierno de Siria, fue mantenido en prisión hasta que César Augusto tomara una decisión al respecto.
10. Embajada enviada por Herodes a César Augusto para exponerle el asunto concerniente a Antípatro. Y cómo César Augusto, luego de oír las acusaciones vertidas contra él, lo condenó a muerte.
11. Este capítulo trata de la enfermedad de Herodes y del levantamiento que llevaron a cabo los judíos aprovechándose de ella, así como del castigo de los sublevados.
12. Cómo Antípatro, al creer que había muerto Herodes, propuso al carcelero que lo soltara, y cómo por ello Antípatro fue ajusticiado.
13. Muerte de Herodes, disposiciones que él tomó en el testamento en relación con César Augusto y reparto del reino entre sus tres hijos. Y cómo nombró a Arquelao rey de Judea.
14. Carta de Herodes al ejército, regalo a cada uno de sus miembros e invitación a que guardaran fidelidad a su hijo Arquelao.

---

[1] Cf. *AJ.* 15, 362, y *BJ.* 1, 483 y 559.

15. Inhumación de Herodes en la fortaleza de Herodio. Y cómo el pueblo se levantó contra su hijo Arquelao en la fiesta.
16. Cómo Arquelao mató a tres mil de los sublevados, y cómo él, acompañado de su hermano Herodes, embarcó para Roma, con vistas a reunirse con César Augusto, tras confiar el reino a su hermano Filipo.
17. Cómo Sabino, legado de César Augusto en Siria, subió a Jerusalén, reclamando por la fuerza a los servicios de Arquelao la entrega de las riquezas de Herodes y de las fortalezas.
18. Cómo los servidores de Arquelao persuadieron al pueblo a recurrir a las armas y a sitiar a Sabino y a su ejército en la Antonia. Y cómo Varo, al llegar a sus oídos estos hechos, subió a Jerusalén con cuantiosas fuerzas, y cómo, después de salvar a Sabino del asedio, castigó a los culpables del levantamiento y, tras restablecer en perfecto estado la situación de Judea, escribió a César Augusto dándole cuenta de lo sucedido.
19. Cómo César Augusto confirmó las disposiciones testamentarias de Herodes respetando la sucesión de sus hijos. Y cómo Arquelao fue acusado por sus familiares ante César Augusto y cómo él, victorioso, consiguió ser designado rey, y asimismo cómo Arquelao, después de reinar cruelmente durante diez años y volver a ser acusado, fue desterrado a Viena, al tiempo que César Augusto transformó su reino en una provincia romana.

Este libro abarca un período de catorce años.

1. *Antípatro intenta ganarse a los personajes influyentes.* 1. Pero a Antípatro, tras desembarazarse de sus hermanos al inducir a su padre a una conducta no sólo extremadamente depravada, sino también vengativa contra ellos, las esperanzas que tenía depositadas en su nueva vida no le salían en absoluto como tenía concebido. En efecto, aunque se vio libre del temor por alcanzar el poder al no tener que compartirlo con sus hermanos encontró, sin embargo, demasiado laborioso y difícil alzarse con el trono. ¡Tan grande era el odio[2] que el pueblo judío rezumaba contra él! Y pese a que

[2] Cf. *BJ.* 1, 552.

también éste se encontraba irritado con él, le dolía todavía más que el ejército guardara hostiles intenciones hacia su persona, puesto que eran las fuerzas armadas en quienes los reyes tenían depositada por completo su seguridad personal, siempre que por cualquier circunstancia el pueblo pretendiera un cambio de régimen. ¡Tan grande fue el peligro que a Antípatro le procuró el asesinato de sus hermanos! No obstante, gobernaba junto con su padre, no actuando de ninguna otra forma más que como rey, y gozaba todavía más de la confianza de su padre al granjearse la seguridad de su afecto en base a unos hechos por los que debía haber muerto, como si hubiera denunciado a sus hermanos para asegurar la vida de Herodes y no por hostilidad hacia ellos, y más que hacia ellos contra su padre. ¡Tan malignos eran los espíritus que lo trastornaban! Pues bien, todo este proceder fue utilizado por Antípatro como medio para atacar a Herodes, para librarse él de posibles acusadores en las actuaciones que pensaba realizar y para despojar a Herodes de la posibilidad de refugiarse en quienes le prestaran su concurso si Antípatro resultaba a las claras un enemigo.

Resulta, pues, que Antípatro llevó a cabo la maquinación contra sus hermanos por odio hacia su padre, y las siguientes consideraciones lo obligaban todavía más intensamente a no abandonar la tarea que traía entre manos. Eran éstas, a saber, que si Herodes moría pronto, se alzaba él con el poder indiscutiblemente, mientras que, si su padre alcanzaba una edad todavía más avanzada, le acechaba el peligro de que llegara a oídos de él su acción. Y el hecho de que él, Antípatro, había sido quien la había urdido traía la consecuencia inevitable de que su padre se convertiría en enemigo suyo. Y se mostraba sumamente espléndido en su intento de ganarse a los personajes del círculo de su padre, tratando de remover con grandes dádivas el odio que la gente sentía hacia él y procurando conseguir el afecto hacia su persona con envíos de suntuosos regalos a los amigos de Roma sobre todo, y por encima de todos a Saturnino, el legado de Siria. Él esperaba que conseguiría poner de su parte no sólo al hermano de Saturnino por la magnitud de los regalos que le entregaba, sino también a la hermana del rey, casada con un hombre[3] que era el favorito de Herodes, utilizando con ella el mismo recurso. Y fingiendo afecto hacia las personas

[3] Cf. *Aj.* 17, 10.

que conversaban con él, era un individuo tremendamente hábil para hacerse creer, y sumamente perspicaz para ocultar el odio que había concebido contra cualquiera. Sin embargo no consiguió engañar a su tía, puesto que lo tenía conocido desde bastante tiempo atrás y era una persona no susceptible ya de ser seducida tampoco, porque desde hacía largo tiempo venía contrarrestando la perversa malignidad de Antípatro con toda suerte de procedimientos. Hay que tener en cuenta que con una hija[4] de Salomé estaba casado un tío de Antípatro por parte de madre, quien por recomendación y gestión del sobrino había tomado en matrimonio a la joven anteriormente casada con Aristobulo (a la otra hija de Salomé la tenía por esposa Calias, el hijo de su marido). Pero estas relaciones matrimoniales no constituían en modo alguno un impedimento para que Salomé no percibiera que era un malvado, como tampoco el anterior parentesco entre ambos impidió a esta mujer odiarlo. Y por lo que respecta a Salomé, interesada en casarse con el árabe Sileo por estar apasionadamente enamorada de él, Herodes la obligó a casarse con Alexas, asunto en que colaboró con él Julia, quien hizo todo lo posible por persuadir a Salomé a que no rechazara ese matrimonio, no fuera a ser que, en caso contrario, surgiera animadversión entre ellos, ya que Herodes había jurado públicamente que no vería con buenos ojos a Salomé si no aceptaba casarse con Alexas. Salomé hizo caso a Julia, no sólo por ser esposa de César Augusto, sino también y además porque le aconsejaba tomar una decisión que le favorecía enormemente. Y por estas fechas a la hija del rey Arquelao, que había estado casada con Alejandro, Herodes la remitió a su padre, devolviéndole la dote a costa suya, para evitar que entre ellos no reinara ningún tipo de discrepancia.

12. *Herodes desposa a sus nietos, esponsales modificados por intervención de Antípatro.* 2. El propio Herodes se encargó de criar con gran cuidado a los vástagos de sus hijos. En efecto, Alejandro tuvo de Glafira dos varones, y Aristobulo de Berenice, la hija de Salomé, tres varones y dos hembras[5]. Y una vez, en presencia de sus amigos, tras rodearse de los pequeños y llorar el infortu-

[4] Se trata de Berenice. Cf. *BJ.* 1, 553.
[5] Cf. *BJ.* 1, 552.

nio de sus hijos hizo votos[6] por que los vástagos de aquéllos no se encontraran en la vida con nada de ese tipo, sino que, llegando a adultos, correspondieran a las atenciones de su crianza con un comportamiento virtuoso y justo. Y desposó en matrimonio, con el compromiso de hacerlo realidad cuando alcanzaran la edad para ello, a la hija de Feroras con el hijo mayor de Alejandro y a la de Antípatro con el mayor de Aristobulo, y designó a una de las dos hijas de Aristobulo para el hijo de Antípatro y a la otra hija[7] de Aristobulo para su propio hijo Herodes. Éste le había nacido al rey de la hija del Sumo Sacerdote, puesto que nosotros, según costumbres ancestrales, podemos casarnos con varias mujeres a la vez. El rey efectuaba estos esponsales por compasión hacia los niños huérfanos, tratando de provocar en Antípatro mediante el parentesco contraído por ese matrimonio un sentimiento de afecto hacia ellos. Pero Antípatro no dejó de comportarse tampoco con los hijos de sus hermanos con la misma animadversión con que los había tratado a ellos, y es que la pasión que mostraba su padre hacia ellos exacerbó sus sentimientos, por suponer que llegarían a ser más poderosos que sus hermanos, y sobre todo porque cuando llegaran a adultos Arquelao, que era rey, se adheriría a los hijos de su hija, y Feroras, también él tetrarca, al que se casara con su hija. Y suscitó su cólera también el pueblo en todo su conjunto porque sentía compasión hacia los huérfanos y porque no se abstenía de tratarlo a él siempre con odio por su perverso comportamiento con sus hermanos. Tramó, así pues, la anulación de los compromisos adoptados por su padre, al considerar terrible para su persona que los huérfanos alcanzaran la adhesión de tan grandes poderes. Herodes, cediendo a la petición de Antípatro, cambió de parecer, en forma tal que el propio Antípatro se casó con una hija de Aristobulo y su hijo con la de Feroras[8]. De esta manera los compromisos primeros de matrimonio fueron camblados en contra de la voluntad del rey.

19. *Otras esposas e hijos de Herodes.* 3. El rey Herodes por esta época estaba casado con nueve mujeres[9]: una, la madre de Antípatro, otra, la hija del Sumo Sacerdote, precisamente con la

[6] Cf. Sófocles, *Ayax*, 550-570, y también *La Ilíada* 6, 475-481.
[7] Herodías. Cf. *A.J.* 18, 109 y ss.
[8] Cf. *B.J.* 1, 564-565.
[9] Cf. *B.J.* 1, 562-563.

que había tenido un hijo de su mismo nombre. Y él estaba casado con otra más, una hija de su hermano, y asimismo con una prima, quienes no tuvieron hijo alguno. Y entre sus mujeres había otra de estirpe samaritana, de la que nacieron Antipas, Arquelao y su hija Olimpíade. Con ésta última posteriormente se casó Josefo, que era sobrino del rey, mientras Arquelao y Antipas recibían educación en Roma, alojados en casa de un particular. Y entre las mujeres casadas con el rey se encontraba también Pálade, quien le dio un hijo, Fasael, y además de las citadas Fedra y Elpide, de quienes nacieron dos hijas, Roxana y Salomé. Y en lo que toca a sus hijas mayores, hermanas de Antípatro por parte de madre, con quienes rehusó casarse Feroras[10], estaban casadas, una con Antípatro, que era hijo de la hermana del rey, y la otra con Fasael, quien también era hijo de un hermano de Herodes[11]. Ésta era la descendencia de Herodes.

23. *Herodes funda una ciudad para frenar a los habitantes de la Traconítide.* 2. 1. En estas fechas Herodes, deseoso de estar seguro frente a los habitantes de la Traconítide, decidió fundar en medio de Judea una aldea, de unas dimensiones no inferiores a las de una ciudad, no sólo para mantener su reino libre de sus incursiones, sino también para atacar rápidamente a los enemigos, partiendo de un punto bastante próximo a ellos. Y Herodes, teniendo constancia de que un hombre de estirpe judía, tras haber cruzado el Eúfrates procedente de Babilonia con un total de quinientos arqueros a caballo y una multitud de parientes que ascendía a cien hombres, residía casualmente en la Antioquía contigua a Dafne de Siria, lugar de nombre Valata, que le había dado Saturnino, entonces legado, para que habitara en él, envió a buscarlo y con él a la multitud de sus acompañantes, comprometiéndose a entregarle tierras en la provincia de nombre Batanea, limítrofe con Traconítide, deseoso de conseguir que su estancia allí representara un escudo defensivo para él, y al mismo tiempo le prometió que el territorio que ocupara estaría libre de impuestos y sus habitantes exentos del pago de todas las contribuciones habituales, concediéndoles que habitaran unas tierras libres de cualquier exacción.

---

[10] Cf. *AJ.* 16, 194.
[11] Cf. *BJ.* 1, 566.

26. *Presente y futuro de la aldea fundada.* 2. El babilonio, persuadido por estas ofertas, se presentó allí y, tomando posesión de aquellas tierras, edificó castillos y una aldea, a la que puso por nombre Bartira. Y este hombre constituyó un escudo defensivo no sólo para las gentes del lugar frente a los habitantes de la Traconítide, sino también para los que llegaban de Babilonia a ofrecer sacrificios en Jerusalén, quienes gracias a él evitaban sufrir robos a manos de los habitantes de la Traconítide. Y fueron muchos los que vinieron a unirse con él, procedentes de todos los lugares. Eran gentes que cuidaban de cumplir con las tradiciones judaicas. De esta manera el lugar se hizo sumamente populoso por la garantía de permanecer exentos de todo tipo de impuesto, estado de cosas que les duró mientras vivió Herodes. Por otra parte, su hijo Filipo, una vez que se hizo cargo del gobierno del lugar[12], les cobró pocos impuestos y durante poco tiempo; sin embargo Agripa el Grande[13] y su hijo y homónimo[14] los machacaron intensamente, aunque no quisieron modificar su estatus de libertad. Los romanos, cuando sucedieron a éstos en el gobierno del lugar, mantuvieron también ellos el rango de región libre, pero oprimieron a la población con la imposición de toda suerte de tributos.

29. *Semblanza del babilonio y de sus sucesores.* 3. Zámaris, el babilonio, quien se vinculó a Herodes tras la adquisición de esta región, murió después de haber vivido en medio de una aureola de virtud y dejando a su muerte unos hijos excelentes, uno de ellos Jacím, quien, convirtiéndose en un personaje ilustre por su hombría, instruyó a sus súbditos babilonios en el arte de la equitación, de suerte que escuadrones de caballería integrados por estos hombres escoltaban a los reyes citados. Y Jacím, que murió en la ancianidad, dejó tras sí a su hijo Filipo, hombre excelente por la fuerza de sus brazos y capaz de medirse con cualquiera en el hábil manejo de los demás asuntos. Justo por ello se convirtió en amigo fiel y firmemente adicto al rey Agripa, lo que determinó que fuera él quien instruyó siempre a todos los ejércitos que alimentó el rey y quien dirigía sus marchas adonde fuera menester.

---

[12] Cf. *AJ.* 17, 189, y *BJ.* 1, 668.
[13] Cf. *AJ.* 18, 236.
[14] Cf. *AJ.* 20, 138 y ss., y *BJ.* 2, 247.

32. *Continúan las maquinaciones de Antípatro.* 4. Mientras Herodes se encontraba en la situación antes dicha, el gobierno entero del reino estaba en manos de Antípatro, quien no carecía de autoridad para tomar cualquier medida que le favoreciese, puesto que su padre le había concedido esta facultad, convencido de su afecto y lealtad. Y Antípatro tenía la osadía de pretender conseguir una autoridad todavía superior a la que ya tenía, y ello porque su padre no se daba cuenta de que era un malvado y porque aparentaba suma lealtad en todo lo que decía. Y era temido por todos[15], no tanto por la fuerza de su autoridad como por precaución ante un individuo tan maligno. Pero el que más lo adulaba era Feroras, quien también era adulado tremendamente por Antípatro, puesto que éste había conseguido envolverlo por completo al ganarse al bando femenino para sus maquinaciones contra él. Y es que Feroras era un esclavo no sólo de su esposa, sino también de la madre y hermana de ella, y eso que detestaba a estas personas por la insolencia de sus hijas solteras. Pero sin embargo se contenía, y no podía hacer nada sin contar con estas mujeres, quienes tenían cautivado a este hombre y no había cosa alguna que dejaran ellas de hacer de mutuo acuerdo, por lo que Antípatro trataba de atraérselas no sólo por su propia intervención, sino también por la de su madre. Y es que, en el caso de estas cuatro mujeres, lo que decía una lo decían todas. Y entre Feroras y Antípatro no había opiniones discordantes en ningún asunto, por insignificante que fuera. Pero un freno a su amistad lo constituyó la hermana del rey, quien venía acechando desde bastante atrás todas sus relaciones, y como veía que la concordia entre ellos se fraguaba con vistas a causar daño a Herodes, no dejó de denunciárselo. Y ellos, al darse cuenta de que la concordia que reinaba entre sí era vista con malos ojos por el rey, concibieron la idea, por un lado, de no celebrar reuniones públicas y de aparentar, cuando la ocasión lo aconsejaba, que se guardaban odio el uno al otro y que se hacían mutuos reproches, sobre todo cuando acertaba a estar presente Herodes o quienes habían de llevarle a él la noticia, pero al mismo tiempo concibieron el propósito de conseguir que el acuerdo que reinaba entre ellos se hiciera todavía más fuerte en secreto. Y la idea que concibieron la llevaron a la práctica. Pero a Salomé ni le había pasado

[15] Cf. *BJ.* 1, 567 y ss.

inadvertido antes cuáles eran sus intenciones al lanzarse a tales manejos, ni tampoco cuando tramaban maquinaciones en secreto dejó ella de actuar. Y, así, rastreaba cualquier pista y luego, magnificando sus temores, daba cuenta a su hermano no sólo de contactos secretos y reuniones para beber, sino también de planes urdidos entre sombras, planes que, según ella decía, si no fueran concebidos para atentar contra la vida del rey, no se habría impedido que se hicieran públicos. Pero lo que realmente ocurría, según Salomé le decía al rey, era que aquéllos, al aparentar a la vista de la gente estar enfrentados entre sí y no decir nada que no fuera para causarse un mutuo daño, sin embargo a escondidas del pueblo se manifestaban afecto y no dejaban de tratarse con cariño siempre que se quedaban a solas. Con este comportamiento delataban ser enemigos de aquellas personas a las que habían pretendido que su mutuo trato afectuoso hubiera pasado inadvertido. Ella investigaba este comportamiento de Antípatro y Feroras, y cuando conseguía datos precisos se los refería a su hermano, quien ya intuía la mayor parte de estas cosas por sí solo, aunque sus sospechas no llegaban a dar fe a las denuncias de su hermana.

Pues bien, por aquel entonces una secta judía que alardeaba extraordinariamente de cumplir escrupulosamente las tradiciones patrias y de interpretar las leyes en la manera que es grato a Dios (secta a la que estaban sometidas las mujeres en cuestión, se encontraba en pleno vigor). Se llamaban fariseos. Eran capaces más que nadie de actuar contra el rey, adivinadores del futuro y dispuestos a atacarlo y a golpearlo abiertamente. Tanto es así que mientras la totalidad del pueblo judío aseguró, mediante severos juramentos, que se mantendría fiel a César Augusto y al gobierno del rey, estos hombres, en número superior a los cinco mil, no lo juraron, y cuando el rey les impuso una multa, la mujer de Feroras abonó por ellos su importe. Entonces los fariseos, correspondiendo a la muestra de afecto que ella les había dado, le predijeron (pues se les atribuía el don de presagiar el futuro por inspiración divina) que Dios había determinado el final del poderío de Herodes, tanto de él como de su descendencia, y que el trono pasaría a ella y a Feroras así como a sus hijos. También estos hechos (pues no pasaron inadvertidos a Salomé) fueron denunciados al rey, así como que ellos habían sobornado a algunas personas de la corte. Y el rey mandó matar a los fariseos más culpables, así como al eunuco Bagoas y a un tal Caro, quien sobresalía entre sus contemporáneos

por la distinción de su figura y que era el favorito de Herodes. Y mató también a todos los miembros de su familia que se habían instruido en las enseñanzas de los fariseos. Éstos habían vuelto loco de alegría a Bagoas con el señuelo, por un lado, de que sería llamado padre y bienhechor de la persona según su predicción llamada a ser rey y, por otro, de que si todas las cosas habían de depender de la decisión de este rey, el matrimonio de Bagoas con una mujer había de conferirle a él capacidad incluso de engendrar hijos legítimos.

46. *Herodes pide en vano a Feroras que repudie a su esposa.* 3. 1. Herodes, tras castigar a los fariseos convictos de estos crímenes, reunió en consejo a sus amigos y en él acusó a la mujer de Feroras, imputando a aquella osada mujer haber ofendido a sus hijas solteras[16] y responsabilizándola del siguiente desdoro a su propia persona, a saber, de promover por su forma de ser la discordia y la hostilidad entre él y su hermano no sólo con sus palabras, sino también con todas las acciones que podía, y de que los fariseos hubieran evitado el pago de la multa que él les había impuesto gracias a la aportación económica y pecuniaria de ella, y acusándola, por fin, de que no había en aquel entonces acción alguna en la que no anduviera ella por medio. «Por todo ello, querido Feroras, lo correcto sería que espontáneamente tú, sin necesidad de que te indicara yo mi parecer al respecto, repudiaras a esa mujer, convencido de que será responsable de la hostilidad entre tú y yo, y que ahora mismo, si es que pretendes mantener el parentesco conmigo, te divorcies de esta esposa, puesto que así continuarás siendo hermano mío y no perderás mi afecto».

Pero Feroras, aunque emocionado por tan excelentes palabras, dijo que no rompería en absoluto ni con la relación familiar que lo unía a su hermano, como era justo, ni con el afecto que sentía por su esposa, y que prefería morir antes que renunciar a la mujer que quería. Herodes aguantó la ira que le produjo esta respuesta, pese a recibir una ofensa displicente, y ordenó a Antípatro y a su madre que no conversaran con Feroras y que cuidaran de evitar que las mujeres se juntaran unas con otras. Ellos prometieron hacerlo así, pero Feroras y Antípatro cuando encontraban la ocasión se reunían

[16] Cf. *BJ.* 1, 571 y ss.

y jaraneaban juntos. Corrió la noticia de ello y de que la mujer de Feroras conversaba con Antípatro, siendo la madre de Antípatro la que les facilitaba los contactos.

52. *Antípatro por temor escapa a Roma. Continúan las maquinaciones contra Herodes.* 2. Antípatro, sospechando de su padre y temiendo que el odio que le guardaba aquél fuera a más, escribió a sus amigos de Roma mandándoles que por carta sugirieran a Herodes que lo enviara cuanto antes a visitar a César Augusto[17]. Cumplido su encargo, Herodes envió a Antípatro, remitiendo con él regalos en número sumamente considerable y sus disposiciones testamentarias en las que designaba para sucederle como rey a Antípatro y, para el caso de que éste muriera antes de subir al trono, a su hijo Herodes, el que le había nacido de la hija del Sumo Sacerdote. Y al mismo tiempo que Antípatro partió también el árabe Sileo, sin haber cumplido nada de lo que le había ordenado César Augusto[18]. Y Antípatro lo acusó ante César Augusto de los mismos crímenes de que lo había acusado anteriormente[19] Nicolás. Pero Sileo fue acusado también por Aretas no sólo de haber matado a un gran número de los notables de Petra, en contra de su opinión, y especialmente a Soemo, varón sumamente digno de ser honrado por su virtud en todos sus comportamientos, sino también de haber asesinado a Fabato, siervo de César Augusto. Pues bien, Sileo era inculpado de tan graves imputaciones. Corinto era un guardaespaldas del rey Herodes, el cual gozaba de toda su confianza. Sileo trató de persuadirlo por la entrega de grandes sumas de dinero a que matara a Herodes y él se comprometió a ello. Pues bien, al enterarse de ello Fabato por habérselo referido Sileo, dio cuenta de ello al rey. Entonces éste, tras detener a Corinto, lo sometió a tortura y de esta manera consiguió informarse de todo. Y, asimismo, haciendo caso de la denuncia de Corinto, detuvo también a otros dos árabes, de los cuales uno era jefe de una tribu y el otro amigo de Sileo. Y también éstos confesaron (pues el rey los sometió a tortura) que habían participado en la trama, animando a Corinto a que no desfalleciera y dispuestos a colaborar con él en el asesinato si era menester. Y Saturnino, a quien Herodes dio cuenta de todo, los remitió a Roma.

---

[17] Cf. *BJ.* 1, 573 y ss.
[18] Cf. *AJ.* 16, 353.
[19] Cf. *AJ* 16, 399 y ss.

58. *Amor fraternal de Herodes.* 3. Herodes mandó a Feroras que se retirara a su tetrarquía[20], al sentir amor profundo hacia su mujer. Y él partió lleno de contento para allá, jurando una y otra vez que no volvería hasta que se hubiera enterado de la muerte de Herodes. Y eso hizo que, aunque al caer enfermo el rey le pidió que volviera porque él quería confiarle ciertos encargos, no le obedeciera, por fidelidad a su juramento. Sin embargo, Herodes no imitó a Feroras, pese a que éste había manifestado con esta negativa sus sentimientos, sino que visitó a Feroras cuando posteriormente cayó enfermo, y eso que no había recibido ninguna invitación al respecto. Y luego, cuando murió, lo amortajó y, conduciendo su cadáver a Jerusalén, lo honró con una sepultura y en su honor dictó un largo luto oficial.

60. *Al investigar Herodes la muerte de Feroras se entera de las maquinaciones de Antípatro contra él.* Esto fue para Antípatro, pese a haber llegado a Roma por mar, el principio de sus males[21], al vengarse Dios de su fratricidio. Pero daré cuenta pormenorizada de todo ello, para que sirva como ejemplo a la raza humana de la conveniencia de comportarse honradamente en todas las acciones. En efecto, una vez que Feroras murió y fue enterrado, dos libertos de Feroras estimados por él se presentaron a Herodes y le pidieron que no dejara impune la muerte de su hermano, sino que efectuara una investigación de aquel fallecimiento tan inexplicable como desdichado. Y al prestar él atención a sus palabras, ya que consideraba convincente la sugerencia, ellos le refirieron que Feroras había comido con su mujer la víspera de caer enfermo y que, tras haber ingerido un veneno suministrado en una comida no habitual antes, había muerto por efecto de él. Y ellos continuaron diciendo que, sin embargo, el veneno había sido traído de Arabia por una mujer, aparentemente para infundir en Feroras pasión amorosa por ella (puesto que, efectivamente, el nombre de tal veneno se llama *hechizo amoroso*), pero en realidad para provocar la muerte de Feroras. Y, según ellos añadieron, de todas las mujeres las más expertas en cuestión de venenos son las de Arabia. Por otro lado, la mujer a la que ellos imputaban haber

[20] Cf. *BJ.* 1, 578 y ss.
[21] Cf. *BJ.* 1, 582 y ss.

traído el veneno reconoció ser la amiga más íntima de la amada de Sileo. Y para convencerla a ella de que les vendiera el veneno llegaron a aquellas tierras la madre y la hermana de la mujer de Feroras, quienes habían llegado de vuelta con ella un día antes de la referida comida. Y el rey, espoleado por esta información, sometió a tortura a las esclavas de aquellas mujeres y también a algunas libres y, cuando el asunto estaba sin aclarar por no hablar ninguna de ellas, finalmente una, que no resistió los dolores, aunque no declaró nada más, invocó a Dios para pedirle que castigara con tormentos iguales a la madre de Antípatro, por ser la culpable de las calamidades que afectaban a todos. Esta declaración llevó a Herodes a continuar con la investigación, y de esta manera, tras someter de nuevo a tortura a las mujeres, se enteró pormenorizadamente de todo: de las jaranas y reuniones secretas, y también de que Antípatro había contado a las mujeres de la casa de Feroras una noticia que Herodes había dicho únicamente al propio Antípatro (se trataba del mandato dado a Antípatro por su padre de que ocultara a Feroras el regalo que le hacía de cien talentos), del odio de Antípatro hacia su padre y de cómo se lamentaba a su madre de que la vida de su padre se alargara hasta una edad avanzadísima, mientras a él lo amenazaba una vejez no menor, de suerte que la corona de rey, aunque llegara a ceñir sus sienes, ya no le produciría igual satisfacción, y también de que él decía que eran muchos los que alimentaban la esperanza de alcanzar el trono, no sólo sus hermanos, sino también los hijos de sus hermanos, quienes no le dejaban mirar tranquilo un futuro seguro, puesto que incluso entonces, en el caso de que a él le sucediera una desgracia, Herodes mandaba que el poder le fuera entregado a su hermano antes que a su propio hijo[22]. También dijeron que Antípatro acusaba a su padre de suma crueldad e incluso del asesinato de sus hijos, y de que se había dejado decir que, por miedo a que la emprendiera en cualquier momento con ellos, él y Feroras habían concebido el ardid de marchar, él para Roma, y Feroras para su tetrarquía.

68. *Herodes descubre que Antípatro quería acabar con su vida.* 2. La información aportada por las mujeres torturadas con-

[22] Cf. *AJ.* 17, 53.

cordaba con la que le había dado su hermana [23], lo que favorecía enormemente para que no viera ya con reservas la declaración dada por ellas ni dejara de creer en ella. Y el rey, al coger a Dóride, la madre de Antípatro, colaborando con la maldad de su hijo, tras quitarle todas las joyas con que ella se ataviaba y adornaba y que alcanzaban un valor de muchos talentos, la despidió, al tiempo que selló la amistad con las mujeres de la casa de Feroras. Pero quien más excitó la cólera del rey contra su hijo fue un samaritano, de nombre Antípatro, tutor de Antípatro, el hijo del rey, al haberlo acusado en el momento de ser torturado entre otros crímenes de haber preparado un veneno mortífero y habérselo entregado a Feroras, mandándole que se lo suministrara a su padre durante su ausencia en el extranjero, a fin de quedar él totalmente libre de toda sospecha en tal crimen. Y el referido samaritano aclaró que el veneno lo había traído de Egipto Antífilo, un amigo de Antípatro, y que le había sido llevado a Feroras por Teudión, hermano de la madre de Antípatro, el hijo del rey, y que así había sido como el veneno llegó a la mujer de Feroras, al dárselo a ella su marido para que lo guardara. Y ésta, al interrogarla el rey, confesó que era verdad, y, corriendo como que iba a buscarlo, se arrojó desde la terraza de la casa, aunque no murió, al caer de pie. Y, así, una vez que se recuperó, al prometerle el rey impunidad para ella y para los suyos si no se inclinaba por ocultarle la verdad, mientras que la colmaría de los más extremados castigos si pretendía comportarse estúpidamente, le prometió y juró solemnemente contarle cómo ocurrió, refiriéndole luego toda la verdad según aseguraba la mayoría de la gente.

Su declaración fue la siguiente: «Efectivamente, el veneno ha sido traído de Egipto por Antífilo, a quien se lo proporcionó un hermano suyo que es médico. Y tras llevarlo Teudión a nuestra casa, lo guardé yo misma luego de recibirlo de manos de Feroras y de haber sido preparado por Antípatro para suministrártelo a ti. Pero cuando cayó enfermo Feroras y lo cuidabas tú, al llegar junto a su lecho, como viera él el afecto con que lo tratabas, se le partió el alma y, tras reclamar mi presencia, me dijo: "Querida esposa, Antípatro me envolvió en sus maquinaciones contra el que es su propio padre y hermano mío, tras urdir un plan asesino y procurarse un

[23] Cf. *AJ.* 17, 36.

veneno que le serviría para llevarlo a efecto. Pues bien, ahora, en vista de que mi hermano no me escatima muestra alguna del afecto con que antes me distinguía y, por lo que a mí respecta, me asiste la sospecha de que mi vida no va a durar mucho, ¡ea!, para no mancillar yo la memoria de mis antepasados con el crimen de un fratricidio, procede a quemar el veneno en presencia de mí"». Y ella continuó diciendo que, luego de llevarlo adonde se encontraba Feroras, se dispuso a cumplir sin demora alguna el encargo de su marido, operación en la que ella había quemado la mayor parte del veneno, pero que había quedado un poco, con la intención de que, si el rey, una vez fallecido Feroras, la trataba mal, poder ella abandonar este mundo por medio de él, escapando así a unos castigos imposibles de evitar de otra manera. Y tras pronunciar estas palabras sacó fuera la caja con el veneno. Pero también otro hermano de Antífilo y su madre, por los castigos y la dureza de los tormentos a que fueron sometidos, dijeron lo mismo que ella y reconocieron que aquélla era la caja. Y fue acusada también la hija del Sumo Sacerdote y esposa del rey de ser conocedora de todo ello y de pretender ocultarlo. Por este motivo Herodes no sólo la repudió, sino que además borró a su hijo del testamento que lo mencionaba como posible rey. Y, asimismo, a su suegro Simón, hijo de Boeto, lo despojó de la dignidad de Sumo Sacerdote, cargo para el que nombró a Matías, hijo de Teófilo y nacido en Jerusalén.

79. *Continúan las maquinaciones de Antípatro.* En este mismo tiempo también se presentó procedente de Roma Batilo, liberto de Antípatro, quien, sometido a tormentos, descubrió que había traído veneno para entregarlo a la madre de Antípatro y a Feroras, con objeto de que si el anterior no había podido acabar con la vida del rey consiguieran ellos con éste aniquilarlo. Y Herodes recibió una carta enviada por sus amigos de Roma, redactada siguiendo una idea y sugerencia de Antípatro para acusar a Arquelao y Filipo, en la cual se decía que ellos no sólo censuraban a su padre por la muerte de Aristobulo y Alejandro, sino también que no cesaban de lamentarse, indicando ellos que ya habían sido llamados por su padre, llamada que no se producía por otro motivo más que para matarlos a ellos también[24]. Y los amigos de Antípa-

[24] Se encontraban en Roma, educándose y formándose. Cf. *AJ.* 20 y 21, y *BJ.* 1, 602.

tro habían colaborado con él en la redacción de esta carta a cambio de jugosas ganancias. Y también el propio Antípatro escribió una carta a su padre para hablarle de ellos, diciéndole que dejara a los muchachos completamente al margen de las acusaciones más graves que contra ellos se lanzaban e imputando a su juventud los comentarios que ellos hacían[25]. Y él, entretanto, continuaba el juicio contra Sileo, se dedicaba a adular a los varones principales y se había comprado un atuendo espléndido por valor de doscientos talentos. Por otro lado, uno podría extrañarse de que, de tantos movimientos producidos contra él en Judea en los siete meses anteriores, no fuera advertido por ninguno de ellos[26]. El motivo que lo explica es no sólo la meticulosa vigilancia de los caminos, sino también el odio de la gente hacia Antípatro. En efecto, no había nadie que se encontrara dispuesto a procurarle seguridad a costa de correr el mismo peligro.

83. *Antípatro se mete en la boca del lobo.* 5. Herodes, al comunicarle Antípatro en la carta que, tras haber realizado todo en la forma debida, regresaría en breve, le contestó, ocultándole su cólera y mandándole que no demorara el viaje, no fuera que en su ausencia le pasara lo peor, al tiempo que censuraba un poco a su madre, pero prometiéndole que suspendería tales reproches cuando él hubiera llegado, y por todos los medios mostraba afecto hacia su persona, por temor a que, si sospechaba algo, suspendiera el regreso a Jerusalén y, quedándose a vivir en Roma, promoviera insidias contra su reino y llegara incluso a efectuar algo contra él[27]. Antípatro recibió esta carta en Cilicia y la que le daba cuenta de la muerte de Feroras en Tarento, anteriormente. Y sufrió lo indecible con esta última noticia, no porque sintiera afecto hacia Feroras, sino en razón de que aquél había muerto sin haber llevado a cabo el asesinato de su padre, justo como había prometido. Pero al encontrarse cerca de Celénderis de Cilicia dudaba ya si continuar o no la navegación hacia casa, terriblemente dolido por el repudio a que había sido sometida su madre. Y, entre sus amigos, unos le aconsejaban que se quedara allí mismo, sin perder de vista la marcha de los

[25] Antípatro repite la misma estratagema usada en tiempos pasados contra sus hermanos Aristobulo y Alejandro: cf. *AJ.* 16, 190.

[26] Cf. *BJ.* 1, 606.

[27] Cf. *BJ.* 1, 608 *y ss.*

acontecimientos, mientras otros le insistían en que no demorara navegar hacia casa, puesto que, a juicio de éstos, disiparía toda posible acusación presentándose allí, ya que también en aquel momento el poder había caído en manos de sus acusadores por ninguna otra razón más que la de aprovecharse de su ausencia. Y Antípatro, haciéndoles caso a éstos últimos, continuó la navegación y arribó al puerto de nombre Augusto, nombre con que lo designó Herodes en honor del César, tras haberlo construido a costa de elevadas sumas de dinero. Y Antípatro previó que se hallaba ya metido en la desgracia al no estar nadie allí para recibirlo ni para darle la bienvenida, a diferencia de lo que había ocurrido en el momento de su partida, cuando fue despedido con los mejores votos y augurios[28]. Y la verdad es que nadie había sido impedido con hostiles imprecaciones de que acudiera a recibirlo, y, si nadie salió a saludarlo fue porque esperaban que pagara su merecido por la muerte de sus hermanos.

89. *Herodes saluda a Antípatro llamándolo fratricida.* 2. En aquel momento se encontraba en Jerusalén Quintilio Varo[29], quien había sido enviado a suceder a Saturnino en el gobierno de Siria y se había presentado allí para aconsejar a Herodes en los asuntos que le concernían, cuando éste reclamó su presencia. Y mientras ellos estaban reunidos en sesión se presentó Antípatro, cuando él todavía no se había enterado de nada. Y entró en palacio, cubierto aún de una vestimenta de púrpura. Y los oficiales de puertas le dejaron entrar, pero se lo prohibieron a sus amigos. Entonces él se inquietó, al darse cuenta ya claramente de en dónde se había metido, sobre todo cuando su padre lo rechazó al pretender acercarse a saludarlo, imputándole ser el responsable de un fratricidio y de haber planeado acabar con su vida, y haciéndole saber que al día siguiente Varo oiría y decidiría lo que procediera. Y cuando él salió, abrumado por la magnitud de amenaza tan dura, escuchada personalmente, fueron a su encuentro su madre y su mujer (ésta era la niña que había tenido Antígono[30], quien había sido rey de los

[28] Cf. *BJ.* 1, 614 y ss.

[29] Quintilio Varo, acompañado de tres legiones, fue sorprendido posteriormente por Arminio en el año 9 d. C. en el desfiladero Teutoburgiense, y se suicidó (cf. Dión 56, 18-22, Velcyo 2, 117-120, y Floro 2, 30).

[30] Cf. *AJ.* 15, 8 y ss.

judíos antes que Herodes), e, informado por ellas de todo, se dispuso a preparar su defensa[31].

93. *Herodes se queja públicamente de lo desagradecidos que han sido sus hijos.* 3. Al día siguiente se reunieron en consejo Varo y el rey, al que fueron convocados también los amigos de ambos y con ellos los miembros de la familia del rey, su hermana Salomé, y asimismo cualesquiera otros llamados a testificar y aquéllos que habían sido sometidos a declarar bajo tortura, y juntamente los esclavos de la madre de Antípatro, quienes habían sido detenidos, poco antes de su regreso, con una carta para él cuyo contenido principal decía, por un lado, que no volviera, porque el rey había conseguido enterarse de todo, y, por otro, que el único recurso que posiblemente le quedaba era César Augusto, con cuya ayuda podría evitar caer en manos de su padre. Y cuando Antípatro se arrojó a los pies de su padre y le suplicaba que no diera por fallado el juicio antes de iniciarse, sino que podía resultar él exento de toda culpa si su padre se dignaba escucharlo, Herodes, tras ordenar llevarlo de allí y colocarlo en el centro de la sala, procedió a lamentarse de haber tenido hijos, hecho que le había producido desgracias tremendas, a saber, verse despojado anteriormente de sus primeros hijos a causa de la hostilidad de aquéllos hacia su persona y ser arrojado en su vejez en manos de Antípatro. Y a continuación enumeró sus esfuerzos por criarlos y educarlos, y se refirió a la abundancia de dinero que les había proporcionado en todo momento y motivo, nada de lo cual le había impedido dejar de correr peligro de morir por maquinación de ellos, sólo por alcanzar impíamente el trono antes de que su padre abandonara este mundo de acuerdo con la ley natural, como es deseo de cualquiera y es justo. Y añadió que le causaba estupefacción Antípatro, puesto que no comprendía por qué razón había tenido la osadía de no evitar recurrir a este nefasto proceder, ya que en un documento escrito lo había declarado su sucesor en el trono y ya, cuando todavía vivía él, no tenía en absoluto un poder inferior al suyo tanto por la prestancia del rango concedido como por las facultades decisorias de que estaba investido[32], aparte de haber recibido unos ingresos

[31] Cf. *BJ.* 1, 619.
[32] Cf. *AJ.* 17, 3 y 53.

anuales por importe de cincuenta talentos y de haber obtenido como regalo para su viaje a Roma la cifra de trescientos talentos. Y en relación con sus hermanos le reprochaba, en caso de haber sido ellos efectivamente malvados, que después de acusarlos de ello hubiera luego imitado él su proceder y, si realmente no eran malvados, de haber presentado gratuitamente tan graves imputaciones contra miembros de su misma familia, puesto que él, Herodes, se había enterado de todo lo concerniente a aquéllos por ninguna otra fuente más que por la denuncia de Antípatro, de suerte que la medida que había tomado contra ellos estuvo motivada por él. Y por último señaló que el propio Antípatro, al instituirse heredero del supuesto parricidio que aquéllos habían querido cometer, los absolvía de toda malignidad.

99. *Antípatro hábilmente logra poner de su parte a la audiencia.* 4. Y Herodes según decía esto se echó a llorar, sin poder continuar el discurso. Entonces Nicolás de Damasco, que era amigo del rey y que con él dirigía toda la administración y que, asimismo, era testigo de cómo habían ocurrido los hechos, ante el ruego del rey de que pronunciara él el resto de alegatos, enumeró todo lo concerniente al caso con pruebas y demostraciones. A continuación, Antípatro procedió a defenderse de los alegatos presentados por su padre, enumerando todas las pruebas que había dado de afecto hacía él y sacando a relucir los honores de que gozaba, en relación con los cuales señaló que nunca los habría alcanzado de no merecérselos por su buen comportamiento hacia él. Y continuó en estos términos[33]: «En efecto, cualquier cosa que fuera preciso prever, se la aconsejé inmediatamente y también inteligentemente antes que nadie, y, si alguna operación exigía brazos para ejecutarla, todo fue realizado por mí con mi solo esfuerzo. Y no es verosímil que yo, después de librar a mi padre de maquinaciones extrañas, comenzara a maquinar contra él, ni que pretendiera yo anular la buena conducta de que le había dado prueba con aquel comportamiento para luego verme envuelto en el vituperio consiguiente a estos supuestos crímenes míos. Y, sin embargo, he sido designado sucesor del actual rey y no se ha impedido a mi persona el disfrute de unos honores que conservo hasta el día de hoy. No es

[33] Cf. *BJ.* 1, 629 y ss.

verosímil que yo, que dispongo tranquila y hermosamente de la mitad de todos los bienes, pretenda disponer de la totalidad entre vituperios y peligros, cuando no está claro que pueda conseguir ese propósito y tengo a la vista, además, el castigo sufrido por mis hermanos, a quienes denuncié y acusé, cuando podían haber pasado inadvertidos, e hice que fueran castigados cuando resultó claro su comportamiento perverso con nuestro padre. Mi actitud en este asunto es un ejemplo del esfuerzo que desplegué aquí y de haberme comportado con el afecto más puro hacia mi padre. Y de mi comportamiento en Roma es testigo César Augusto, a quien igual que a Dios es imposible engañar. Una prueba fidedigna de ello es la carta enviada por él. Y no es correcto que sean dotadas de mayor autoridad que ella las calumnias lanzadas contra mí por quienes se han propuesto concitar la enemistad entre mi padre y yo, cuando la mayoría de tales calumnias han sido urdidas en mi ausencia, al encontrar nuestros enemigos el campo libre, libertad de la que no habrían dispuesto de permanecer yo en mi tierra». Luego, llegó incluso a arrojar sobre las confesiones obtenidas por tortura el calificativo de falaces, alegando que el castigo tenía la virtud de enseñar a las víctimas a decir, en la inmensa mayoría de los casos, aquello que agrada a las personas que les han impuesto el tormento, y se ofreció él mismo a someterse a la prueba de la tortura.

106. *Nicolás de Damasco pone en evidencia la maldad del alma de Antípatro.* 5. Como a raíz de estas palabras pronunciadas por Antípatro el consejo cambiara de opinión (todos, en efecto, se compadecieron tremendamente de Antípatro al echarse éste a llorar y recurrir a afear su rostro, hasta el punto de que no sólo sus mismos enemigos llegaron a compadecerse de él, sino que se veía ya claro que el propio Herodes suavizaba su intransigencia, aunque no quería que se le notara), Nicolás[34], continuando el discurso iniciado por el rey, repitió, exagerando bastante más la gravedad de los hechos, las pruebas obtenidas por las declaraciones bajo tortura o por confesiones de testigos, las cuales comportaban la evidencia de su culpabilidad, pero de una manera especial dio pormenorizada cuenta de la bondad del rey. Y, en relación con esto, Nicolás dijo que Herodes, aunque la había mostrado en el

[34] Cf. *BJ.* 1, 629 y ss.

cuidado con que crió y educó a sus hijos, no encontró en parte alguna que ella le hubiera reportado utilidad, sino que se había visto envuelto por una desgracia en cada momento. Y Nicolás decía que, pese a todo, los despropósitos de los primeros hijos no le extrañaban tanto como los de Antípatro, puesto que aquéllos, por ser demasiado jóvenes y haber sido corrompidos por la malignidad de sus consejeros, habían borrado de su alma las reglas de la naturaleza cuando pretendieron alzarse con el poder antes del momento debido, mientras que uno con toda razón podría asustarse de la repugnante conducta de Antípatro, quien no sólo no calmó sus perversas intenciones a pesar de haber recibido tantos beneficios de manos del rey, comportándose en esto exactamente igual que las serpientes dotadas del más mortífero veneno, aunque hay que reconocer que incluso en éstas anida cierta suavidad cuando se trata de atentar contra sus bienhechores, mientras que Antípatro ni siquiera había tomado como impedimento para no situarse en disposición de imitar la crueldad de sus hermanos la suerte que ellos corrieron. Y añadió: «Y, sin embargo, oh Antípatro, tú mismo fuiste quien denunciaste los crímenes que tus hermanos pretendían cometer, tú quien buscaste ponerlos en evidencia y quien hiciste que se les castigara, una vez que fueron cogidos en sus maquinaciones. Y no te echamos en cara que no renunciaras a tratarlos con saña, sino que estamos asustados de que te empeñaras en imitar su desvergüenza, con lo cual descubrimos que aquella actuación tuya lo que perseguía era no la seguridad de tu padre, sino la muerte de tus hermanos con objeto de que, al hacer creer que tu odioso comportamiento hacia ellos era exponente del amor que sentías hacia tu padre, pudieras obtener mayores facilidades y posibilidades para atentar contra él. Lo que ahora has confirmado incluso con los hechos. Pues igual que mataste a tus hermanos por haber demostrado que eran malvados no entregaste a la justicia a los que cooperaron con ellos, poniendo de manifiesto a todo el mundo con este proceder que decidiste presentar la acusación contra tus hermanos tras haber concertado un pacto con sus colaboradores en contra de tu padre, porque lo único que querías era conseguir atentar contra tu padre y, en consonancia con tu condición, disfrutar de la alegría que te proporcionaran dos operaciones, de las que era evidente la que llevaste a cabo contra tus hermanos, de la que alardeaste como si hubieras realizado la más noble gesta. Y era justo que la consideraras una acción tan importante. Porque, en otro

caso, tú eras peor si lo único que perseguías era urdir una secreta maquinación contra tu padre, odiándolos a ellos no porque hubieran conspirado contra tu padre (pues, si no fuera así, no habrías venido a dar tú en un comportamiento similar), sino porque podrían llegar a heredar el poder con más razón que tú, y buscando, luego de matar a tus hermanos, hacer lo mismo con tu padre, por un lado, para que antes de su muerte no se advirtiera que tus acusaciones contra aquéllos eran falsas, y, por otro, para llevar a cabo contra tu desdichado padre la venganza que con toda justicia merecías sufrir tú, puesto que tramabas un parricidio insólito, y tan perverso como hasta el día de hoy no ha visto la historia de la humanidad. Pues no se trataba sólo de que tú fueras un hijo que maquinaba contra su padre, sino que éste era un padre que te amaba y te había favorecido, puesto que compartías la realidad del trono con él y habías sido declarado su sucesor, y sin que se te hubiera impedido gozar del poder ya por anticipado, y además te habías asegurado de antemano, por decisión y el documento escrito de tu padre, la seguridad de disfrutar de él en el futuro. Pero se ve que tú interpretabas los hechos no de acuerdo con la bondad que te dispensaba tu padre, sino conforme a tu propio gusto y perversidad, deseoso de despojar de su parte a tu padre, quien te hacía a ti caso en todo, y buscando con tus acciones eliminar de la faz de la tierra a éste, a quien con tus palabras aparentabas pretender salvar. Y no circunscribías tu perversidad únicamente a tu propia persona, sino que llenaste a tu madre de tus maquinaciones, y convertiste en discordia el buen entendimiento que debe reinar entre los hermanos, osando incluso llamar fiera a tu padre, cuando eres tú quien se ha formado unas intenciones más maliciosas que las de cualquier serpiente, las que te han inducido a destilar el veneno propio de las serpientes contra tus familiares más íntimos y contra los que te han proporcionado tan enormes beneficios, armándote, para atacar a un anciano, de vigías coligados contigo y del concurso sagaz de hombres y mujeres, como si tu pensamiento no bastara para procurarte un odio recóndito. Y ahora has venido a tratar de refutar no sólo las confesiones, aportadas bajo tormento, por personas libres y por esclavos, sino también las denuncias hechas por hombres y mujeres contra los conjurados dependientes de ti, esforzándote por negar la verdad, y no contento con borrar de este mundo sólo a tu padre, sino intentando hacer lo mismo incluso con la ley escrita, que va en contra de tus intereses, y tam-

bién con la dignidad de Varo y las justas leyes de la naturaleza. En consecuencia, confías tanto en la desvergüenza que pides incluso ser sometido a la prueba de la tortura, llegando a calificar de falaces las *confesiones* de las *gentes* sometidas anteriormente a ella, con el propósito de que las personas que salvan a tu padre sean calificadas de faltar a la verdad y de que, en cambio, las confesiones que hicieras tú en la tortura parecieran fiables. ¿No salvarás tú, Varo, al rey del ultraje cometido contra él por sus familiares más íntimos, y no aniquilarás a esta fiera perversa, que fingía cariño hacia su padre para conseguir la perdición de sus hermanos y que, en cambio, cuando esperó alzarse rápidamente con el trono para sí solo, se reveló la fiera más mortífera de todas, cuando tú sabes que el parricidio, según el parecer general, cohstituye una ofensa no sólo contra la naturaleza, sino también contra la justicia? Y hay que tener en cuenta que, en el caso de un parricidio convicto, la persona que no lo castiga ofende a la naturaleza no menos que quien lo planeó».

Y Nicolás agregó a continuación el tema de la participación, en el asunto, de la madre de Antípatro, refiriéndose a las palabras que ella con una ligereza mujeril había dicho a determinadas personas y asimismo a los oráculos y sacrificios a que habían recurrido para impetrar el final del rey, y habló también del comportamiento desenfrenado que Antípatro adoptó con las mujeres de la casa de Feroras entre ríos de vino y concupiscencia amorosa, y mencionó las cuestiones relativas a las confesiones obtenidas bajo tortura y lo relacionado con los testimonios presentados. De esta manera los hechos que salieron a relucir fueron muchos y de todo tipo, unos ya a punto y otros que, según se descubrió, iban a ser anunciados y confirmados rápidamente. Y es que la gente, aunque a lo mejor habría callado cualquier cosa por temor a que Antípatro, si lograba escapar de aquel peligro, se vengara de ellos, sin embargo al ver que era convicto de las acusaciones presentadas contra él por los primeros acusadores y que la excepcional suerte que le había acompañado siempre lo entregaba ahora a sus enemigos, se atiborraban, sin hartarse, de odio hacia su persona. Este hundimiento de Antípatro lo provocó no tanto la animadversión hacia él de los que habían decidido acusarlo cuanto la magnitud de los crímenes que su osadía le había inspirado y la hostilidad que había mostrado hacia su padre y sus hermanos, llenando él la casa real de discordia y muerte de unos por otros y no utilizando ni el odio

por exigencias de la justicia ni el amor por afecto, sino según pensara que le convenía a él. Todo esto lo habían advertido por sí desde hacía bastante tiempo los más sagaces, aquéllos que valen más que nadie para interpretar con acierto los hechos y para valorar los acontecimientos libres de cólera. Y éstos, a quienes se les había impedido antes clamar contra esto, al presentárseles la posibilidad de demostrarlo hacían público lo que sabían. Entonces revelaron toda suerte de perversidades, revelaciones que en absoluto podían ser tachadas de falsas, puesto que hablaban no por afecto hacia Herodes, ni tampoco se les podía imputar que sospechaban que correrían peligro si callaban lo que sólo de ellos dependía decirlo, sino que era claro que hablaban por considerar perversos los hechos y a Antípatro merecedor de todo castigo, no por seguridad de Herodes sino por su propia perversidad. Fueron muchas las denuncias y asimismo fueron muchos los que denunciaron sin que se les hubiera ordenado que lo hicieran, de suerte que Antípatro, aunque durante muchísimo rato fue capaz en grado extremo de mentir y no ponerse colorado, al final no tuvo fuerzas siquiera para pronunciar una sola palabra para refutar estas declaraciones.

127. *Antípatro no responde a las acusaciones, limitándose a invocar únicamente a Dios.* 5. Cuando Nicolás dio fin a su discurso y a la presentación de las pruebas, Varo mandó a Antípatro que procediera a defenderse de aquellas imputaciones[35], si tenía alguna posibilidad de demostrar que no era reo de aquellos cargos, haciéndole saber que no sólo él hacía votos, sino que sabía que también su padre los formulaba igualmente, por no cogerlo convicto de crimen alguno. Pero Antípatro se tumbó en el suelo boca abajo, invocando a Dios y a todo el mundo para que testimoniaran a favor de él que no había cometido crimen alguno y que hicieran patente con pruebas evidentes que él no había llevado a cabo ninguna maquinación contra su padre. Todos los hombres carentes de un comportamiento honrado tienen la costumbre, en el momento de tramar un crimen, de evitar que Dios sea testigo de nada y de proceder a actuar conforme a su sola decisión, mientras que, en el momento de ser convictos de sus crímenes y correr riesgo de tener

[35] Cf. *BJ.* 1, 639.

que pagar su merecido, piden su testimonio, invocándolo para así obviar toda responsabilidad. Esto es lo que le sucedió en aquel momento a Antípatro. En efecto, después de haberse comportado en todo como si Dios no existiese, en cambio cuando la justicia le cerraba todas las salidas y se vio falto de cualquiera otra justificación con que librarse de las imputaciones de que era objeto, entonces se emborrachaba invocando la ayuda de Dios y reclamándole que le diera prueba de que se salvaba por su intervención, poniendo Él de manifiesto todos los desvelos que Antípatro no había dejado de soportar en defensa de su padre.

131. *Herodes informa a César Augusto del comportamiento de Antípatro. Y otras cosas más.* 7. Varo, cuando pese a la infinidad de preguntas que le formuló a Antípatro no obtenía ninguna otra respuesta más que la invocación a Dios, en vista de que aquello se hacía interminable mandó sacar fuera el veneno para comprobar la fuerza que tenía[36].Y una vez que hubo sido traído, lo bebió, por orden de Varo, uno que estaba condenado a muerte, quien inmediatamente murió. Entonces Varo, levantándose de su asiento, abandonó el consejo, y al día siguiente partió para Antioquía, justamente donde residía la mayor parte del tiempo por ser esta ciudad la capital de Siria. Y Herodes ordenó meter en prisión inmediatamente a su hijo, mientras la población ignoraba el contenido de la conversación que había sostenido Varo con él y qué fue lo que le había dicho antes de partir[37]. Y Herodes, tras ordenar su encarcelamiento, envió a Roma, para ser entregada a César Augusto, una carta en la que le hablaba de Antípatro y despachó para entrevistarse con César Augusto unos emisarios encargados de darle cuenta de viva voz de la perversidad de su hijo. Por estos mismos días fue interceptada también una carta dirigida a Antípatro por Antífilo (quien residía en Egipto), la cual, una vez que el rey le soltó el sello, se vio que manifestaba lo siguiente: «Te adjunto la carta de Acme, con riesgo de mi propia vida, pues sabes que de nuevo[38] vuelvo a jugármela a manos de dos familias si soy descubierto. Pero, en todo caso,

[36] Cf. *BJ.* 1, 639 y ss.

[37] Cf. *BJ.* 1, 640.

[38] Pues Antífilo ya había participado en otra maquinación contra Herodes: cf. *AJ.* 17, 70.

ojalá tengas éxito en el asunto que traes entre manos.» Esto era lo que decía la carta, pero el rey buscaba también la otra carta, aquella a la que ésta hacía referencia. Pero no había manera de encontrarla, mientras el esclavo de Antífilo, que era quien había traído la carta leída, negaba terminantemente haber recibido de aquél ninguna otra. En estas circunstancias, y mientras al rey lo invadía la confusión, uno de los amigos de Herodes, al observar que la túnica interior estaba sutilmente cosida (pues iba vestido con dos), se imaginó que la carta iba oculta por la parte interior del forro. Y efectivamente así era. Cogieron, pues, esta misiva, y en ella figuraba el siguiente texto: «Carta que Acme dirige a Antípatro. Escribí a tu padre una carta en el sentido que querías y en ella le adjunté una copia que hice de las cartas que escribí a mi señora como si se la hubiera escrito Salomé. Una vez que él la lea estoy segura de que tomará represalias contra Salomé por entender que ella está maquinando contra Herodes». Se trataba de la carta supuestamente escrita por Salomé a la señora de Acme, carta que Antípatro, utilizando el nombre de Salomé, le había sugerido al menos en lo concerniente a las intenciones que se buscaban con ella, aunque en la forma se ajustaba a la manera de hablar de Acme. Y la copia de la carta supuestamente escrita por Salomé a la señora de Acme iba acompañada del siguiente texto: «Carta que Acme envía al rey Herodes. Yo, que pongo todo mi empeño en que no te pase inadvertida ninguna maquinación tramada contra ti, como encontrara una carta de Salomé a mi señora cuyo contenido iba contra ti, la copié con riesgo para mi propia vida por ayudarte a ti y te la envié. Se trata de una carta que Salomé le escribió, mostrándole su deseo de casarse con Sileo. Así pues, una vez que hayas leído la carta, rómpela, para que tampoco mi vida corra peligro». Y también iban dirigidos al propio Antípatro unos párrafos, en los que Acme le manifestaba que, siguiendo sus instrucciones, ella no sólo había escrito a Herodes haciéndole saber que Salomé tenía el máximo interés en hacer cualquier cosa para maquinar contra él, sino que además le había enviado una copia de la carta supuestamente dirigida por Salomé a la señora de la propia Acme. Acme era de estirpe judía, esclava de Julia, la esposa de César Augusto, y hacía esto por afecto hacia Antípatro, tras haber sido sobornada con cuantiosas entregas de dinero para que colaborara con él en su empeño de causar daño tanto a su padre como a su tía.

142. *Antípatro pretende responsabilizar de todo a Antífilo.* 8. Herodes, impresionado por la magnitud de la maldad de que daba muestra Antípatro, decidió matarlo [39] inmediatamente por ser provocador de grandes problemas y asimismo por haber maquinado no sólo contra él, sino también contra su hermana y haber corrompido la casa de César Augusto. La propia Salomé lo incitaba a ello, golpeándose el pecho y mandándole que la matara a ella misma si le había dado motivos serios para que pudiera él conceder alguna credibilidad a tales infundios. Entonces Herodes, tras ordenar ir a buscar a su hijo, le formuló algunas preguntas, mandándole que si tenía algunos alegatos que hacer en contra de lo que se le acusaba los presentara sin reserva alguna. Y como continuara con la boca cerrada, le sugirió, en vista de que resultaba convicto por todos los conceptos de ser un malvado, que no se abstuviera de denunciar al menos a los que habían cooperado con él en sus perversas maquinaciones. Entonces Antípatro hizo recaer la culpa de todo en Antífilo, sin implicar a ningún otro. Y Herodes, embargado de dolor, decidió enviar a Roma a su hijo a presencia de César Augusto, para que diera cuenta de sus maquinaciones en este asunto. Pero luego, por temor a que con el concurso de sus amigos consiguiera escapar a la pena de muerte, lo encerró en la cárcel como antes, y envió de nuevo ante César Augusto embajadores con una carta personal suya en la que acusaba a su hijo y le daba cuenta de que Acme había cooperado con aquél en sus criminales acciones y con copias de las otras cartas.

146. *Herodes, creyendo que no saldría de su enfermedad, hace testamento.* 6. Estos embajadores se dirigieron urgentemente a Roma, advertidos de lo que debían contestar cuando se les preguntara y siendo portadores de las cartas. El rey, por su parte, al caer enfermo redactó un nuevo testamento[40], dejando la corona real al más joven de sus hijos[41] en detrimento de Arquelao y de Filipo por el aborrecimiento que sentía hacia éstos influido por las calumnias dirigidas contra ellos por Antípatro[42], y a César Augusto dinero por importe de mil talentos, y a Julia, la esposa de César

[39] Cf. *BJ.* 1, 644 y ss.
[40] Cf. *AJ.* 17, 53.
[41] Antipas. Cf. *BJ.* 1, 646.
[42] Cf. *AJ.* 17, 80.

Augusto, así como a sus hijos, amigos y libertos, quinientos a cada uno. Y, asimismo, asignó a sus propios hijos dinero, rentas y fincas, y también a sus nietos. Y a su hermana Salomé le dejó numerosas riquezas por haberse mantenido fiel a él en todo momento y no osar en circunstancia alguna intrigar contra él. Y aunque se daba cuenta de que no saldría de aquella enfermedad (rondaba, en efecto, los setenta años), se puso furioso, tratando a todos con la más descarnada cólera y acritud. Lo que motivaba este comportamiento suyo era la creencia de que era despreciado por todos y de que al pueblo judío le producía satisfacción su desventura, y más cuando algunos hombres de los más influyentes entre el pueblo se levantaron contra él por el motivo siguiente.

149. *Judas y Matías, aprovechándose de la enfermedad de Herodes, mandan al pueblo derribar ciertas obras levantadas por él.* 2. Judas, hijo de Sarifeo, y Matías, hijo de Margaloto[43], eran oradores elocuentísimos y mejores intérpretes que cualquiera de las leyes heredadas de los antepasados y hombres que gozaban del afecto incluso del pueblo por instruir a los jóvenes (pues continuamente pasaban el día entero con ellos todos aquéllos que se esforzaban por hacerse hombres valiosos). Pues bien, estos dos hombres, al enterarse entonces de que la enfermedad que padecía el rey era incurable, incitaron a la juventud a que se granjeara, de acuerdo con el imperativo de las leyes, el premio de parecer piadosos derribando las obras levantadas por el rey violando la ley tradicional, puesto que, según ellos decían a los jóvenes, por el atrevimiento de construir estas obras en contra del dictado de la ley Herodes se había encontrado no sólo con todos los demás infortunios con que había sido abrumado en grado superior a lo que es habitual entre los humanos, sino también con la enfermedad que padecía. Herodes, efectivamente, había construido ciertas obras en contra del mandato de la ley, las que le reprochaban Judas y Matías. Y es que el rey había dispuesto encima de la puerta mayor del Templo una ofrenda sumamente cara, un águila grande de oro, mientras que la ley prohibe a quienes optan por vivir de acuerdo con sus postulados no sólo concebir la idea de no levantar estatuas de nadie, sino también dedicar ofrendas de animal alguno.

[43] Cf. *BJ.* 1, 648 y ss.

Por todo ello estos maestros mandaban derribar el águila, puesto que, según ellos decían a los jóvenes, aun en el caso de que la acción entrañara el riesgo de perder la vida, a la persona que por ley natural está sometida a la muerte le parece mucho más útil que el placer de vivir el premio conseguido con ello por los que hayan de morir en pro de la conservación y salvaguarda de las normas patrias, al granjearse la gloria de ser alabados eternamente, puesto que en el momento presente serán alabados, efectivamente, y detrás de sí dejarán una vida que será recordada siempre en el futuro. Y como, evidentemente, tampoco los que viven sin correr ese peligro pueden evitar la desgracia de la muerte, resulta que lo correcto para quienes aspiran a la gloria es marchar de este mundo recibiendo entre aplausos y honores la condena de la muerte que sobre cada uno pesa, aparte de que comporta también sumo alivio no sólo el morir a causa de una honrosa conducta, la cual hará que sea recordada la condena a muerte que uno sufra, sino también el conseguir, con la gloria que de esta conducta se deriva, ayudar a los propios hijos de uno y a todos los familiares, igual hombres que mujeres, que queden aquí.

155. *El águila es derribada y detenidos los culpables.* 3. Ellos incitaron a los jóvenes con tales palabras. Y en este momento les llegó una noticia que aseguraba que el rey había muerto, lo que contribuyó al esfuerzo que desplegaban los maestros. Y subiendo al Templo al mediodía se dispusieron a arrancar y cortar el águila con hachas, a una hora en que había mucha gente en su interior. Y el general del rey, a quien alguien comunicó el asunto, al entender que la operación obedecía a designios superiores a los que en realidad se debía, subió con cuantiosas fuerzas, que fueran capaces de reprimir a la multitud de los que intentaban derribar la ofrenda. Y como cayera sobre gentes que no lo esperaban, sino que, como suele actuar la masa, habían tomado esa osada decisión fundándose más en vanas creencias que en seguras precauciones, no sólo descoordinadas entre sí, sino también sin haber adoptado ninguna medida preventiva que les sirviera de utilidad, detuvo, por un lado, a no menos de cuarenta jóvenes, que osadamente habían hecho frente a su ataque cuando la restante multitud emprendió la huida, y, por otro, a los inductores del crimen, Judas y Matías, quienes habían considerado infame escapar a su ataque, y los presentó ante el rey. Y como el rey, cuando llegaron a su presencia,

les preguntara cómo se habían atrevido a derribar su ofrenda, le contestaron: «No nos arrepentimos de nuestra acción, sino que la trama ha sido urdida por nosotros y lo hecho ha sido hecho por nosotros con un noble proceder sumamente adecuado para los que son hombres. Pues nosotros hemos corrido en ayuda de una casa dedicada a la gloria de Dios y pensada para escuchar la enseñanza de la ley. Y nadie debe extrañarse lo más mínimo de que hayamos considerado más dignas de ser observadas que tus órdenes las leyes que nos dejó Moisés, después de haberlas escrito siguiendo el dictado y enseñanza de Dios. Y soportaremos a gusto la muerte y cualquier castigo que nos impongas, por ser conscientes de que su llegada nos viene no por un comportamiento injusto, sino por amor de santidad».

Esto lo decían todos a una, expresándose en sus palabras con una osadía en modo alguno inferior a aquélla en que confiaron y que los llevó a no abstenerse de ejecutar la acción en cuestión. Y el rey, después de encadenarlos, los mandó a Jericó, convocando a continuación a una reunión con él a las autoridades judías. Y una vez que se hubieron presentado, los convocó a una reunión en el anfiteatro, adonde él fue llevado tumbado en una camilla ante la imposibilidad de mantenerse en pie. Una vez allí indicó cuán grandes esfuerzos había hecho él por ellos y con cuán grandes aportaciones económicas había restaurado el Templo cuando los asmoneos en los ciento veinticinco años en que reinaron no habían sido capaces de hacer una cosa semejante en honor de Dios, e indicó además que lo había adornado también con ofrendas dignas de consideración, en atención a las cuales concebía la esperanza de que aun después de que muriera quedaría en este mundo el recuerdo y una buena fama de su persona. Y a voz en grito les reprochó a continuación que ni siquiera cuando todavía estaba vivo se abstenían de ofenderle, sino que a plena luz del día y a la vista de la multitud habían tocado, con un comportamiento ofensivo hacia su persona, las ofrendas que había dedicado, y habían procedido a su derribo, según ellos decían para ofenderle a él, pero en verdad, si se examinaba atentamente lo sucedido, cometiendo un sacrilegio.

164. *Las autoridades se ponen de parte de Herodes.* 4. Las autoridades judías, por temor a su crueldad, no fuera a ser que, enfurecido, tomara represalias incluso contra ellos en aquel

momento, le aseguraron que aquellos hechos no habían sido realizados con su apoyo y que, a su juicio, era evidente que tales crímenes no debían quedarse sin recibir el correspondiente castigo[44]. Entonces Herodes adoptó una postura bastante comedida con los demás, mientras que al Sumo Sacerdote Matías lo despojó de su dignidad sagrada por considerar que había sido en parte culpable de lo ocurrido, nombrando Sumo Sacerdote a Jozar, hermano de la mujer de Matías. Y en un momento en que era Sumo Sacerdote el citado Matías sucedió que fue nombrado otro Sumo Sacerdote más para un solo día, concretamente para el día en que los judíos guardan ayuno. El motivo fue el siguiente: Matías, mientras celebraba los oficios religiosos en la noche previa al día en que se celebraba el ayuno, tuvo una visión en la que le pareció haber tenido relaciones íntimas con una mujer. Y como por este motivo no pudiera celebrar los oficios religiosos, los ofició en vez de él Josefo, hijo de Elemo, que era pariente suyo. Herodes, a este Matías lo despojó del cargo de Sumo Sacerdote, mientras que al otro Matías que había promovido el motín y a algunos de sus discípulos los quemó vivos. Y la propia luna se ocultó aquella noche.

168. *Enfermedad de Herodes. 5. Toma baños calientes.* La enfermedad de Herodes se iba agudizando cada vez más, porque de esta manera Dios le exigía el justo pago por sus iniquidades[45]. En efecto, la fiebre era suave, no revelando al tacto un ardor tan grande como el mal que producía por dentro. Esta enfermedad le provocaba unos pruritos tremendos de coger cualquier cosa, a lo que, claro está, no cabía oponerse. Se le produjeron úlceras en los intestinos, temía dolores especialmente tremendos en el recto, y en los pies se le formaron ampollas con un líquido translúcido. Un mal semejante le afectaba también al pecho. Y, por cierto, sus partes pudendas sufrieron la gangrena, que se las infectó de gusanos. Experimentaba una respiración jadeante, y ésta demasiado molesta no sólo por el hedor del efluvio, sino también por el jadeo motivado por la dificultad en el respirar. Y sufría convulsiones en todos los miembros, desarrollando una fuerza irresistible. Y, claro, los adivinos y aquéllos a quienes por su sabiduría incumbe interpretar estos hechos contaban que esta enfermedad era el pago que Dios

[44] Cf. *BJ.* 1, 655.
[45] Cf. *BJ.* 1, 656 y ss.

exigía al rey por sus numerosos actos de impiedad. Y éste, a pesar de que sufría dolores mayores de lo que cualquiera podría resistir, alimentaba la esperanza de poder restablecerse, y, en consecuencia, hizo que vinieran médicos y no rehusó poner en práctica los remedios que le dictaminaron. Y, así, tras cruzar el río Jordán, tomó las aguas calientes de Calírroe, que además de ser beneficiosas para todo son aptas para el consumo humano.

Estas aguas desembocan en el lago de nombre Asfaltitis[46]. Y como los médicos hubieran prescrito hacerlo entrar en calor allí, al tumbarse en una bañera llena de aceite les dio la impresión de que se les había ido. Pero como volviera en sí cuando los criados prorrumpían en lamentos, al no concebir esperanza alguna de que pudiera salvarse mandó que se les entregara a los soldados cincuenta dracmas por cabeza, y donó también elevadas sumas de dinero a los mandos militares y a los propios amigos del rey. Y a continuación regresó de nuevo a Jericó. Y la melancolía se apoderó de él, haciendo que se enfureciera con todos, lo que trajo como consecuencia que ideara la siguiente acción. Como se hubieran presentado por orden suya los notables judíos de todos los puntos de la nación judía (los que ascendían a una cifra muy elevada, dado que había sido citada la nación entera y nadie hizo oídos sordos a su edicto, ya que estaban expuestos a morir quienes hicieran caso omiso de su mandato) y como el rey estuviera furioso con todos, tanto si eran inocentes como si habían dado motivos, tras ordenar encerrarlos a todos ellos en el hipódromo y mandar llamar a su hermana Salomé y a su marido Alexas[47], les dijo que no tardaría en morirse según podía deducirlo por los terribles dolores que lo embargaban, cosa que le resultaba tolerable y hasta grata por todos los conceptos, pero que le causaba especialmente tristeza la idea de que no recibiera el honor de ser llorado y se le negara el luto que debería guardarse por un rey. Y afirmaba estar seguro de lo que decía, puesto que no le pasaban inadvertidos los sentimientos que albergaban los judíos y, más concretamente, que ellos hacían votos por que muriera, muerte que les resultaba sumamente grata, ya que incluso cuando todavía vivía corrían a abandonarlo y a comportarse insolentemente con las obras dedicadas por él.

[46] Esto es, el mar Muerto. Cf. *BJ.* 1, 174, 203, y 4, 476-485.
[47] Cf. *AJ.* 17, 10.

Herodes continuó diciéndoles a Salomé y Alexas que, en consecuencia, era un deber de ellos procurar algún alivio al dolor que ello le causaba, puesto que si ellos manifestaban pensar igual que él, sus funerales serían grandiosos, incluso como no los habría tenido ningún otro rey, y la nación entera lloraría de verdad con la consiguiente diversión y risa de él. Les pidió, en consecuencia, que cuando vieran que él había expirado, tras rodear el hipódromo con tropas que ignoraran todavía su muerte (puesto que no debían hacerla pública antes de cumplir este encargo) les ordenaran que dispararan sus dardos contra los encerrados. Y Herodes les añadió que, si mataban a todos aquéllos de la manera dicha, no dejarían de causarle a él una enorme satisfacción por partida doble, tanto por haber cumplido lo que les encargó cuando estaba a punto de morir como por ser honrado con un luto adecuado a su condición de rey. Y él, llorando a lágrima viva y apelando al afecto que debían mostrar los familiares y a la fidelidad que debían guardar a Dios cumpliendo lo prometido, los conminó exigiéndoles que no lo privaran de ese honor, mientras ellos le confesaron que no faltarían a su compromiso.

Cualquiera podría comprender (incluso aquél a quien le agradara su conducta anterior cuando llevado del impulso por salvar su vida había tomado aquella medida contra sus familiares más íntimos) que los sentimientos de este hombre, al menos en lo que puede deducirse de sus últimos encargos, no comportaban en absoluto un proceder humano, dado que aun estando a punto de abandonar este mundo se preocupó de causar a toda la nación judía dolor y desolación por la pérdida de sus seres más queridos, para lo cual mandó a Salomé y Alexas que aniquilaran a un miembro de cada familia, aunque no habían cometido iniquidad alguna contra él ni nadie los había acusado con otras inculpaciones, cuando las personas que adoptan un comportamiento noble suelen en tales momentos abandonar el odio que hasta entonces habían tenido, y merecidamente, hacia quienes se habían convertido en sus enemigos.

182. *Antípatro se juega la vida por precipitación.* 7. En el momento en que Herodes encomendaba a su hermana y cuñado este encargo le llegó una carta remitida por los embajadores enviados a Roma a entrevistarse con César Augusto. Lo principal de su contenido era que Acme había sido condenada a muerte por la irritación que le causó a Augusto que hubiera colaborado en los mal-

vados designios de Antípatro y, por lo que se refería al propio Antípatro, que tomara con él la medida que considerara más oportuna a su juicio, desde la perspectiva de padre y de rey, tanto si quería mandarlo al destierro como si prefería matarlo[48]. Herodes, al escuchar esta noticia, se recuperó un poco por el placer que le produjo la carta, contento no sólo por la muerte de Acme, sino también por la facultad que se le confería de castigar a su hijo. Pero, abrumado por los dolores que cada vez se hacían más intensos, languidecía por no comer, por lo que en un momento dado pidió una manzana y un cuchillo, puesto que solía pelarla él personalmente y comerla cortándola en pequeños trozos. Y, una vez que tuvo en sus manos las dos cosas solicitadas, luego de mirar en derredor para pasar desapercibido se decidió a herirse con el cuchillo, y lo habría conseguido si antes no le hubiera agarrado la mano Aquiab[49], que era primo suyo. Y como éste hubiera emitido un grito tremendo, se produjeron de nuevo por todo el palacio lamentos y un revuelo enorme, en la creencia de que el rey había fallecido. Y Antípatro[50], como creyó que su padre era realmente difunto, no sólo hacía gala de atrevimiento en lo que decía, dándose ya por liberado enteramente de la cárcel y suponiendo que sin dificultad alguna tomaría en sus manos el poder real, sino que llegó incluso a decir al carcelero que lo pusiera en libertad, prometiéndole grandes beneficios ya entonces y también en el futuro, entendiendo que había llegado el momento de luchar por esto. Pero el carcelero no sólo se negó a hacer lo que le pedía Antípatro, sino que además dio cuenta al rey de las intenciones de su hijo, añadiendo incluso muchas consideraciones por su cuenta. Y Herodes, que ya antes de este momento no sentía un rendido afecto hacia su hijo, al oir al carcelero decir eso, prorrumpió en gritos, dándose golpes en la cabeza, aunque estaba en las últimas, e, incorporándose sobre los codos, envió adonde estaba Antípatro a algunos miembros de su escolta, tras ordenarles que lo mataran sin demora alguna, inmediatamente, y que luego lo enterraran en Hircania[51] en una tumba insignificante.

---

[48] Cf. *BJ.* 1, 661 y ss.

[49] Cf. *AJ.* 15, 250.

[50] Cf. *BJ.* 1, 663 y ss.

[51] Castillo de Judea. Cf. *AJ.* 13, 417; 14, 89; 15, 366; 16, 13; y *BJ.* 1, 161, 167, 364, 664.

188. *Testamento y muerte de Herodes.* 8. Luego Herodes modificó el texto del testamento[52] al cambiar de pensamiento, de forma tal que a Antipas[53], a quien antes dejaba el trono, lo nombró tetrarca de Galilea y Perea, a Arquelao lo favoreció con la concesión del trono y a Filipo, hijo del propio Herodes y hermano carnal de Arquelao, con la concesión de las regiones de Gaulonítide, Traconítide, Batanea y Paniade, convertidas en una tetrarquía. Por otro lado, Jamnia, Azoto y Fasaélide las asignó a su propia hermana Salomé, así como quinientas mil monedas de plata. Pero se acordó también de todos los restantes familiares suyos, a quienes les concedió dinero y retribuciones representadas por unas rentas anuales, dejándolos a todos ellos ricos. A César Augusto le dejó diez millones de monedas de plata y, aparte de eso, objetos, unos de oro y otros de plata, así como vestimenta sumamente cara, y a Julia, la esposa de César Augusto, y a algunos más, cinco millones.

Una vez que hubo terminado estos asuntos, murió cinco días después de haber mandado matar a su hijo Antípatro, habiendo reinado, desde que consiguió que fuera asesinado Antígono[54], treinta y cuatro años, y desde que fue designado rey por los romanos, treinta y siete[55], hombre cruel con todos por igual, esclavo de la cólera y conculcador de la justicia. Tuvo como ningún otro la suerte de su lado (pues no sólo de simple particular alcanzó la dignidad de rey, sino que, además, aunque se vio envuelto en peligros innumerables, consiguió escapar de todos ellos, llegando a vivir muchísimos años), y en lo que concierne a su casa y concretamente a sus hijos gozó también, al menos desde su punto de vista, de una suerte sumamente favorable por no dejar de triunfar sobre ellos cuando entendió que le eran hostiles, aunque, a mi juicio, en este asunto fue sumamente desdichado.

---

[52] Cf. *AJ.* 17, 52 y 146.

[53] Estuvo apoyado por Tiberio. Abandonó a su primera esposa, hija de Aretas IV, para casarse con su sobrina Herodías (a su vez, hija de Aristobulo y casada primero con Herodes, hermano de Antipas y luego con éste). Antipas, luego llamado Herodes Antipas o simplemente Herodes (cf. *BJ.* 2, 167), incitado por su nueva esposa Herodías, pidió a Cayo Calígula el título de rey, por lo que, además de serle denegado, fue condenado al destierro a Lión, de la Galia, adonde le acompañó su esposa (cf. *AJ.* 18, 240-256). Este Herodes Antipas ordenó la muerte de san Juan Bautista (cf. *AJ.* 18, 116 y ss., y Lucas 3, 1-20, y 9, 9, y también Mateo 14, 1 y ss.).

[54] Cf. *AJ.* 14, 465-467, y 489-491.

[55] Herodes nació en el año 73 a. C. y murió en el 4 a. C.

193. *Salomé y Alexas dan la libertad a los recluidos en el hipódromo. Lectura del testamento de Herodes.* 2. Salomé y Alexas, por su parte, antes de que trascendiera la noticia de la muerte del rey, mandaron a sus casas a los que habían sido encerrados en el hipódromo, asegurándoles que, por orden del rey, debían partir para sus respectivos lugares de origen y ocuparse de sus negocios[56]. De esta manera, ellos realizaron esta magnífica acción en beneficio de la nación. Y a continuación fue hecha pública ya la noticia de la muerte del rey. Tras ello, Salomé y Alexas, luego de reunir a las tropas en el anfiteatro de Jericó, primeramente leyeron una carta escrita por Herodes a sus soldados, no sólo para agradecerles la lealtad y afecto hacia su persona, sino también para invitarlos a que se comportaran igual con su hijo Arquelao, a quien había designado rey. Seguidamente, y pese a todo, Ptolemeo, quien estaba encargado del sello real, procedió a leer el testamento, el cual, sin embargo, no había de alcanzar validez más que cuando César Augusto le diera su visto bueno. Y en coherencia con la petición de Herodes los soldados prorrumpieron en gritos de aprecio hacia el nuevo rey Arquelao, y luego, formados por compañías ellos y sus respectivos mandos, le prometieron el mismo afecto y lealtad, invocando la ayuda de Dios para el nuevo rey.

196. *Funerales de Herodes.* 3. Y a continuación prepararon los funerales del rey, cuidando Arquelao de que la conducción del cadáver de su padre resultara fastuosísima, sacando todas sus mejores galas para acompañar al muerto[57]. Éste era transportado en una caja de oro recubierta de piedras carísimas y de diversos colores. El forro de la caja era de púrpura. Y el cadáver estaba revestido con una vestimenta de púrpura y adornado con una corona, encima de la cual estaba superpuesta otra corona de oro. Y pegado a su mano derecha se encontraba un cetro. Y en torno a la caja se hallaban sus hijos y el conjunto de sus familiares. A continuación de éstos estaban dispuestas las tropas distribuidas por razas y nombres con que eran designadas: en primer lugar, su guardia personal, a continuación los tracios, tras éstos los germanos y, a su vez, a continuación de éstos los galos, todos en uniforme de campaña. Y detrás de éstos marchaba ya el grueso del ejército, ataviado

[56] Cf. *BJ.* 1, 666 y ss.
[57] Cf. *BJ.* 1, 671 y ss.

como si fuera a la guerra, conducido por sus comandantes y oficiales. A éstos les seguían quinientos criados del rey, portadores de los aromas. Y se dirigieron con un cortejo de ocho[58] estadios[59] de largo al Herodion, puesto que fue enterrado en este lugar por mandato expreso del propio Herodes.

200. *Tras siete días de luto Arquelao dirige la palabra a la multitud.* 4. Justo así es como Herodes acabó sus días. Por su parte, Arquelao no dejó de honrar a su padre con un luto de siete días (pues éste es el número de días que prescribe la legislación tradicional judía)[60]. Y, una vez cumplido este plazo, invitó a la multitud a un banquete y, dando con este acto por concluido el luto, subió al Templo. Y todas las gentes con que se encontraba lo aclamaban y aplaudían a su paso, todos y cada uno rivalizando entre sí por parecer que eran ellos quienes lo honraban con las aclamaciones más impresionantes. Y él, luego de subir a un estrado elevado y de sentarse en un trono de oro, correspondió con sus saludos a los de la multitud, expresándole su satisfacción por el afecto que le habían mostrado con la alegría de sus aclamaciones. Y confesó estarles agradecido por no guardarle ellos rencor alguno por la insolencia con que su padre los había tratado, diciéndoles también que procuraría corresponder a su afecto no quedándose por debajo del que ellos le habían mostrado. Y continuó diciéndoles que de momento, sin embargo, se guardaba de aplicarse el título de rey, y que, claro está, sería honrado con esa dignidad si es que César Augusto confirmaba y ratificaba las disposiciones testamentarias redactadas por su padre, motivo por el que cuando las tropas pretendieron en Jericó imponerle la corona rechazó ese atractivo honor, ya que, evidentemente, todavía no se lo había otorgado quien tenía autoridad para concederlo. Y a continuación indicó que, si el gobierno de la nación recaía sobre él, no faltaría a su deber de corresponder a su afecto, puesto que se esforzaría por mostrarse en todas las cuestiones relacionadas con ellos mucho mejor que su padre. Y las gentes (como gustan de hacer las masas que creen que son los primeros días los que revelan mejor los sen-

[58] Pues la distancia del lugar de partida del cortejo fúnebre (Jericó) hasta el Herodion es de unos 36 kilómetros.

[59] Aproximadamente un kilómetro y medio.

[60] Cf. *BJ.* 2, 1 y ss.

timientos de quienes pasan a ocupar tan altos cargos), cuanto más suave y comedidamente les hablaba Arquelao, tanto más fuertemente prorrumpían en aplausos y se dedicaban a pedirle mercedes, solicitándole a gritos unos que les redujera los impuestos que pagaban al año, otros, a su vez, la liberación de los que habían sido encarcelados por orden de Herodes (eran muchos y de muchas fechas), y los hay que pidieron la supresión de las tasas que les habían sido impuestas y exigidas cruelmente por las ventas o compras realizadas en público. Y Arquelao, al haber empezado a hacer cualquier cosa por ganarse a la gente, no decía a nada que no, por entender que una gran cosa para la conservación del poder sería contar con el afecto de la multitud hacia su persona. A continuación, luego de ofrecer un sacrificio a Dios, se dirigió a celebrar un banquete en compañía de los amigos.

206. *Un grupo de exaltados judíos promueve desórdenes so pretexto de vengar a los muertos por derribar el águila del Templo.* 9. En esto, algunos judíos, luego de reunirse deseosos de implantar un orden político nuevo, lloraban a Matías y a los que con él habían sido condenados a muerte por Herodes, quienes de momento se habían visto privados, por temor a aquél, del honor de que se les dedicara luto[61]. Y estos nuevos alborotadores habían estado unidos a los que habían sido ajusticiados por derribar el águila de oro. Y ellos, prorrumpiendo en tremendos gritos y lamentos, llegaron incluso a lanzar contra el rey algunos insultos, en la idea de que éstos contribuían a aliviar la suerte de los muertos. Y en una convención que celebraron acordaron exigir a Arquelao que vengara a aquéllos con el castigo de los que gozaban de honores concedidos por Herodes, y que, antes de nada y de la forma más patente, cesara a la persona que había sido designada Sumo Sacerdote por aquél y eligiera para ese cargo a un hombre más respetuoso con la ley y también más limpio de culpa. Arquelao, pese a que la furia mostrada por ellos le molestaba terriblemente, dio su visto bueno, por urgirle el viaje que tenía proyectado realizar a Roma para estar al tanto de la decisión que iba a tomar César Augusto. En consecuencia, envió junto a ellos al comandante en jefe del ejército, a quien mandó que siguiera con ellos la vía de la persuasión, invitándolos a

[61] Cf. *BJ.* 2, 5 y ss.

abstenerse del comportamiento alocado inherente a tan grave proceder y haciéndoles comprender, en lo concerniente a la muerte con que se habían encontrado sus amigos, que se había producido de acuerdo con las leyes, y, en lo relativo a sus peticiones, que estaban llegando demasiado lejos con sus insolencias, dado que no era momento de andar con tales cuestiones, sino, más bien, de estar unidos y esperar a que él, luego de alcanzar el poder con el visto bueno de César Augusto, regresara a su lado, puesto que sería entonces cuando, conjuntamente con ellos, deliberaría acerca de sus peticiones, pero que de momento se contuvieran, para evitar dar la impresión de que fomentaban la discordia.

210. *Los alborotadores desoyen los buenos consejos del general y de otros más.* 2. Arquelao, después de dar al citado general estos consejos e indicaciones, lo envió junto a ellos[62]. Pero éstos, con sus gritos, no sólo no lo dejaron hablar, sino que además hicieron que corrieran riesgo de perder la vida tanto él como todos los demás que manifestaban interés por hablarles para hacerlos entrar en razón y conseguir que renunciaran a ese tipo de comportamiento. Y esto porque los alborotadores habían decidido seguir en todo los dictados de su voluntad personal más que acatar el poder de las autoridades, puesto que consideraban ignominioso que, vivo Herodes, fueran privados de sus seres más queridos y, una vez producida su muerte, se vieran impedidos de la posibilidad de vengar su memoria, pese a la irritación de sus sentimientos, al considerar legítima y justa toda acción que hubiera de producirles placer, mientras eran incapaces de prever el peligro que de su conducta podía derivarse, pues si alguno de ellos sí lo sospechaba, lo anulaba el excesivo placer inmediato que sentía por vengarse de los que le parecían sus mayores enemigos. Y aunque fueron muchos los enviados por Arquelao y se presentaron otros más, aparentemente no mandados por él sino por su propia iniciativa, con el fin de conseguir calmarlos algo, no consintieron hablar a ninguno. Se trataba ya de un levantamiento llevado a cabo por quienes se comportaban con acentuada cólera, y mostraban indicios evidentes de que elevarían a cotas más altas la gravedad del motín si la multitud corría a sumarse a ellos.

---

[62] Cf. *BJ.* 2, 9 y ss.

213. *Los amotinados lapidan a los soldados de una cohorte enviados a contenerlos.* 3. Como por estas fechas se celebrara la fiesta en que, según una vieja costumbre, los judíos ofrecen en el Templo panes no fermentados (esta fiesta se llama la Fiesta de la Pascua, celebrada en conmemoración de la salida de los judíos de Egipto[63]. Es una fiesta que ellos celebran con gran fervor, en la que es habitual que los judíos sacrifiquen más cantidad de víctimas que en ninguna otra, por lo que baja a Jerusalén una multitud innumerable de todo el país y hasta incluso del extranjero, para adorar a Dios), los revolucionarios lloraban a Judas y Matías, los intérpretes de la ley, y se reunieron en el Templo, donde disponían de víveres en abundancia, ya que a los sublevados no les daba vergüenza pedírselos a sus mismos dueños. Entonces Arquelao, por temor a que se produjera una situación espantosa por la demencia de aquellos hombres, envió una cohorte y con ella al tribuno militar, por un lado, para reprimir la sedición iniciada por los sublevados, antes de que la multitud entera se impregnara de la locura de aquéllos y, por otro, para que si había algunos que, de una manera mucho más clara que los demás, estaban dominados por el anhelo de promover un levantamiento los condujera ante él. Pero los revolucionarios, seguidores de los citados intérpretes de la ley, no sólo incitaron a la multitud contra ellos recurriendo a los gritos y a la exhortación, sino que también la lanzaron contra los soldados, de suerte que, tras rodearlos, lapidaron a la inmensa mayoría de ellos. Sólo unos pocos, y entre ellos el tribuno, lograron escapar, aunque heridos. Los asesinos, después de cometer este crimen con sus propias manos, volvieron de nuevo a los sacrificios. Por su parte, Arquelao, como le parecía que no había otra vía para salvar la situación más que cortar de raíz los ímpetus revolucionarios de la multitud, envió contra ellos a la totalidad del ejército y a la caballería, ésta para que a los que tenían montadas las tiendas fuera les impidieran socorrer a los que estaban en el Templo y a los que escapaban del ataque de la infantería los atraparan cuando ya creían sentirse seguros. De esta manera los soldados de caballería mataron a unos tres mil hombres, mientras el resto de la multitud escapó dirigiéndose a las montañas próximas. Pero Arquelao ordenó a todos por voz de heraldo que regresaran a sus casas. Y ellos

[63] Cf. *BJ.* 2, 10 y ss.

marcharon, abandonando la fiesta, por temor a males mayores, pese a que eran atrevidos a causa de su rudeza.

219. *Arquelao y otros miembros de la familia de Herodes viajan a Roma.* Luego Arquelao bajó al mar con su madre, llevando consigo a Nicolás y a Ptolemeo y a otros muchos amigos, tras otorgar a su hermano Filipo poderes absolutos para cuidar de su patrimonio y del gobierno[64]. En este viaje le acompañó también Salomé, la hermana de Herodes, quien llevaba consigo a sus propios hijos, y otros muchos parientes, en teoría para ayudar a Arquelao a conseguir el título de rey, pero en la práctica para competir por él y sobre todo para lanzar imprecaciones contra Arquelao por lo ocurrido en el Templo. Y en Cesarea se encontró Arquelao con Sabino, encargado en Siria de los negocios del emperador, quien se dirigía a Judea para poner bajo su control y custodia los bienes de Herodes[65]. Pero Varo, que se presentó allí, le frenó el ímpetu que tenía por cumplir este objetivo (la presencia de Varo en Cesarea se explica porque había sido llamado por Arquelao, utilizando para este menester a Ptolemeo). Y Sabino, en atención a Varo, ni se hizo cargo de las fortalezas que había en Judea ni precintó los tesoros, sino que dejó que continuara Arquelao con ellos hasta que Augusto tomara una determinación al respecto, y, comprometiéndose a esto, se quedó en Cesarea. Pero una vez que Arquelao embarcó para Roma y Varo se retiró para Antioquía, Sabino se presentó en Jerusalén y tomó posesión del palacio real [66]. Y tras mandar venir a los comandantes de las fortalezas y a los funcionarios de las finanzas, no sólo les manifestó su deseo de exigirles cuentas, sino que también organizó las fortalezas a su gusto. Pero los funcionarios de Arquelao no hacían caso omiso de los encargos de su jefe, sino que insistían en preservar todos los bienes según se les había ordenado, so pretexto de guardarlos todos para Augusto.

224. *También Antipas, hijo de Herodes, viaja a Roma para competir con Arquelao por la corona de Judea.* 4. Por estas fechas embarcó para Roma también Antipas, hijo de Herodes, para

---

[64] Cf. *BJ.* 2, 11 y ss.
[65] Cf. *AJ.* 17, 190.
[66] Cf. *BJ.* 2, 20 y ss.

reivindicar el trono para sí, incitado a luchar por el poder por el apoyo que le prestaba Salomé, quien le hizo ver que él tenía muchos más méritos para conseguir el gobierno de Judea por haber sido nombrado rey en el anterior testamento de Herodes, testamento más sólido que el redactado posteriormente [67]. Antipas llevó consigo a su madre y a Ptolemeo, hermano de Nicolás, quien había sido de todos los amigos el más apreciado por Herodes y ahora era adicto a su persona. Pero quien más lo incitó a pensar en reivindicar el trono fue Ireneo, puesto que era un experto en el dominio de la palabra y en él tenía Antipas depositada su confianza por la fama de su pericia. Justo por esto Antipas no hizo caso de quienes le sugerían que renunciara a sus pretensiones en favor de Arquelao, dado que aquél era mayor y en el testamento último había sido nombrado rey. Y una vez que llegó Antipas a Roma, todos sus familiares tomaron partido por él, no por afecto hacia su persona, sino por odio a Arquelao, puesto que anhelaban sobre todo la libertad y quedar subordinados al pretor romano. Y en el supuesto de que hubiera algún inconveniente a esta solución, pensaban colaborar con Antipas en reivindicar el trono para éste por considerarlo más útil que Arquelao para sus intereses. También Sabino acusaba a Arquelao en una carta a Augusto.

228. *Augusto convoca un consejo para tomar una determinación al respecto. 5.* Arquelao, luego de hacerle llegar a Augusto una carta en la que le exponía sus justos derechos y le daba cuenta del testamento de su padre, y de enviar a su presencia a Ptolemeo con las cuentas del dinero de Herodes y con el sello, se quedó a la espera del resultado[68]. Y Augusto, después de leer esta carta y las misivas de Varo y Sabino, así como el dinero que había y a cuánto ascendían los ingresos anuales, y también la carta que le había remitido Antipas reivindicando el trono, reunió a sus amigos para que manifestaran su opinión al respecto. Y junto con éstos recibió también a Cayo, hijo de Agripa y de su propia hija Julia, quien había sido adoptado como hijo por él y había de ocupar el primer asiento. Y mandó que tomara la palabra para tratar del asunto en cuestión quien quisiera. Y el primero en tomar la palabra fue Antípatro, hijo de Salomé, persona dotada de un tremendo dominio de

[67] Cf. *AJ.* 17, 188 y 146, y *BJ.* 2, 20 y ss.
[68] Cf. *BJ.* 2, 23 y ss.

la palaba y sumamente enfrentado a Arquelao, quien dijo que era una broma de mal gusto que Arquelao viniera a hablar de reivindicar para sí el gobierno cuando en la práctica había tomado el poder antes de que Augusto se lo hubiera concedido, acusándolo del horrendo crimen cometido a propósito de los que habían perecido en la fiesta, quienes, en el supuesto de que hubieran delinquido, lo correcto hubiese sido que el castigo que debiera imponérseles hubiera sido reservado a quienes tenían facultades y autoridad para ello y en modo alguno que les fuera impuesto por un hombre que, si actuaba en calidad de rey, faltaba a la determinación que en el futuro adoptara Augusto al respecto, mientras que, si lo hacía considerándose un simple particular, había actuado todavía mucho peor (¡puesto que hubiera estado bonito que se le hubiera perdonado este crimen cuando no reivindicaba para sí trono alguno!) por ser privado Augusto de la facultad que al respecto le asistía. Y la emprendió contra él acusándolo de haber destituido a algunos comandantes del ejército, de haberse sentado ya en el trono real, de haber resuelto pleitos en calidad de rey, de haber dado su visto bueno a las peticiones que le formulaba el pueblo y de ejecutar cualquier cosa, nada de lo cual se le hubiera ocurrido hacer con más autoridad si hubiera ocupado el poder por decisión de Augusto. Y le imputaba también la liberación de los prisioneros del hipódromo y otros muchos crímenes, unos ya ocurridos, y otros de los que podría esperarse que ocurrirían por ser natural que los lleven a cabo las personas jóvenes y que por el prurito de mandar toman decisiones antes de tener derecho a ello, y le imputaba asimismo haberse desentendido de dedicar luto a su padre y de haber andado metido en jaranas la misma noche de su muerte, motivo éste, según él decía, por el que el pueblo había empezado a sublevarse, al observar que Arquelao, a quien su padre lo había beneficiado en tal alto grado y lo había honrado con dones tan grandes, correspondía al difunto con tanta ingratitud, puesto que él, a semejanza de lo que ocurre en los escenarios de teatro, por el día fingía llorar, mientras que por la noche disfrutaba del placer que le confería el poder. Y Antípatro continuó diciendo que a Arquelao se le vería comportarse con Augusto, si éste le concedía el trono, con tanta ingratitud como se había portado con su propio padre, puesto que danzaba y cantaba como si hubiera fallecido un enemigo y no un hombre familiar suyo tan próximo y que había llegado a concederle tan inmensos beneficios. Y manifestó que lo más tremendo de

todo era que se hubiera presentado ante Augusto con la solicitud de ejercer como rey por aprobación de aquél, cuando el propio Arquelao ya había ejecutado antes todo lo que él hubiera podido hacer de haberle otorgado previamente el emperador plena confirmación para ello. Y magnificaba en su discurso sobre todo lo tremendo que había sido haber pasado a cuchillo a los que murieron en torno al Templo y la profanación que suponía, por un lado, que, cuando se celebraba la fiesta, hubieran sido sacrificados a manera de víctimas, algunos de ellos extranjeros y otros gentes del lugar, y, por otro, que el Templo fuera atestado de cadáveres por obra de un hombre no de raza extraña, sino de uno que pretendía alcanzar el trono apoyado en argumentos de legalidad, para así colmar su instinto tiránico con su criminal conducta, aborrecida por todos los hombres por la que ni siquiera en sueños había visto a su padre, cuando éste estaba en su sano juicio, que lo nombrara rey para sucederle a él, y ello porque conocía a fondo su condición. Y Antípatro agregaba que el propio Antipas era un candidato más sólido desde la perspectiva del testamento, puesto que había sido designado por su padre para sucederle como rey cuando no estaba en absoluto enfermo físicamente y mucho menos píquicamente, sino cuando actuaba con una mente límpia y dirigía los asuntos con plena capacidad física. Y Antípatro señaló, por último, que aunque el padre de Arquelao hubiera sentido por éste ya antes el mismo afecto que le mostró al final de sus días, Arquelao había puesto de manifiesto qué clase de rey sería cuando privó a Augusto, pese a ser éste el autorizado para otorgarle el trono, del honor de concederle esa facultad, y cuando no se abstuvo, en un momento en que era todavía un simple particular, de sacrificar a sus conciudadanos en el Templo.

240. *Nicolás toma la palabra a favor de Arquelao.* 6. Antípatro, tras expresarse en tales términos y confirmar sus palabras con la presentación como testigos de muchos de sus familiares, puso fin a su discurso.

A continuación se levantó Nicolás en defensa de Arquelao, y empezó su discurso imputando la responsabilidad de lo ocurrido en el Templo a la obstinación de las víctimas más que a la voluntad de Arquelao, puesto que quienes inician comportamientos tan nefastos son unos perversos no sólo por la intrínseca insolencia, sino también porque fuerzan a defenderse a aquéllos que prefieren

adoptar una actitud prudente. Y continuó diciendo que era claro que su comportamiento hostil iba dirigido teóricamente contra Arquelao, pero en realidad era contra Augusto, ya que a los soldados que Arquelao había enviado oportunamente para frenar su insolencia los habían matado lanzándose contra ellos, sin tener en cuenta a Dios ni las normas de la Fiesta, mientras Antípatro no se avergonzaba de erigirse en vengador de tales criminales, bien para satisfacer la hostilidad que sentía contra Arquelao o bien por odio a su justa conducta. Y al respecto pronunció estas exactas palabras: «Los que pasan a la acción e inician comportamientos criminales contra quienes no han pensado en nada de esa índole, éstos son quienes fuerzan a recurrir a las armas, para defenderse, a aquéllos que no quieren llegar a esos extremos».

E imputaba también los restantes crímenes a la responsabilidad de los propios acusadores, por ser todos ellos quienes incitaban a las víctimas a una nefasta actuación, puesto que ninguna acción susceptible de ser tildada de injusta habría ocurrido sin el consejo de estos hombres. Y Nicolás añadió que la conducta tan perversa de los que luego murieron no era el fruto de su instinto, sino que obedecía a la creencia que les habían hecho concebir de que con ello perjudicarían a Arquelao. Tan grande era el interés de estos acusadores por perjudicar a un hombre pariente íntimo suyo y que, si por una parte se había portado en todo momento muy bien con su padre, por otra convivía con ellos, con quienes igualmente en todo momento se había comportado amigablemente. Y continuó diciendo que, además, el testamento último no sólo había sido redactado por el rey en su sano juicio, sino que también era más válido que el redactado anteriormente, puesto que en el último le había sido dejada a Augusto, como soberano del mundo, la posibilidad de decidir sobre su contenido[69]. Y añadió que Augusto no imitaría en modo alguno la insolencia de los enemigos de Arquelao, quienes, después de disfrutar mientras Herodes vivió de toda suerte de poder que tenía aquél, se empeñaban ahora a fondo en burlarse de la decisión tomada por el rey, cuando ellos tampoco hicieron tantos méritos ante Herodes como los hizo Arquelao. Y continuó Nicolás diciendo que, en atención a todas estas circunstancias, Augusto, por lo menos, no anularía el testamento dejado

[69] Cf. *BJ.* 2, 34-36.

por un hombre que lo hizo todo por él y que era su amigo y aliado, testamento que Herodes redactó con lealtad a la persona de Augusto. También señaló que la virtud y lealtad de Augusto, extendidas por el mundo entero, no imitarían en absoluto la perversidad de los adversarios de Arquelao, ni imputaría locura o estar fuera de sus cabales a un rey que había dejado a un buen hijo como sucesor y que se había refugiado en la lealtad de Augusto para hacer cumplir su testamento. Y por último Nicolás advirtió que en modo alguno se había equivocado Herodes en la elección de sucesor, toda vez que había tenido la prudencia de dejar cualquier decisión al respecto al arbitrio de Augusto.

248. *Augusto despide a los reunidos sin haber tomado una decisión.* 7. Nicolás puso fin a su discurso después de haberse expresado en los términos referidos. Y Augusto, como Arquelao se arrojara a sus pies, no sólo lo levantó amablemente, asegurándole que era totalmente merecedor de la corona real, sino que además le mostró un gran afecto personal[70], sugiriéndole que no haría otra cosa sino lo que el testamento indicaba y convenía a Arquelao. Sin embargo no le confirmó nada en forma tal que Arquelao pudiera quedarse tranquilo fundándose en una señal fidedigna. Y Augusto, tras haberse ausentado las personas que participaron en esta reunión, reflexionaba a solas si debía confirmar a Arquelao en el trono o si hacía una repartición del reino entre todos los hijos de Herodes, teniendo en cuenta sobre todo que todos ellos necesitaban gran ayuda.

250. *Resurgen los movimientos revolucionarios en Judea.* 10. Pero antes de que se produjera alguna confirmación al respecto, no sólo murió de enfermedad Maltace, la madre de Arquelao, sino que además llegó remitida por Varo, el legado de Siria, una carta que daba cuenta de la sublevación de los judíos[71]. En efecto, después de la partida por mar de Arquelao toda la nación judía se alzó en disturbios. Y Varo, que se presentó allí en persona, tras imponer castigos a los culpables del amotinamiento, consiguió contener el levantamiento, que había alcanzado vastas proporciones. Luego regresó a Antioquía, dejando en Jerusalén una legión de su ejército

[70] Cf. *BJ.* 2, 37 y ss.
[71] Cf. *BJ.* 2, 39 y ss.

para que frenara los impulsos revolucionarios de los judíos. Pero no logró en absoluto calmarlos ni impedir que se sublevaran. En efecto, una vez que Varo se marchó, Sabino, el intendente de Augusto, que se quedó allí, ofendió gravemente a los sublevados, confiando en que con las fuerzas militares dejadas allí los superaría incluso en número. En efecto, tras proveer de armas a numerosos miembros de su escolta se servía de ellos para intentar tomar por la fuerza las fortalezas y para llevar a cabo apasionadamente la investigación sobre los bienes reales por lucro y anhelo de riquezas, con cuyo comportamiento incitaba y forzaba a los judíos a sublevarse.

254. *Los judíos sublevados y el pueblo cercan a Sabino en Jerusalén.* 2. Con motivo de la celebración próxima del día de Pentecostés (es una vieja fiesta nuestra, así llamada) llegaron y se reunieron en Jerusalén, (y no sólo por adorar a Dios, sino por tomar muy a mal las ofensas que les infligía Sabino como si estuviera ebrio) un gran número de personas que alcanzaban a ser decenas de millares, entre quienes se encontraban galileos, idumeos, la población de Jericó, los que habitan al otro lado del Jordán y una multitud de los propios judíos, quienes se mezclaron con todos y estaban mucho más dispuestos que los demás a vengarse de Sabino[72]. Y, distribuidos en tres grupos, acamparon en otros tantos lugares, unos ocupando el hipódromo, mientras que, de los otros dos grupos restantes, situados al norte del Templo, unos tomaron la parte oriental, mirando al Mediodía, y el tercer grupo la zona de Poniente, justo donde se encontraba el propio palacio real. Ellos hicieron todo esto para bloquear a los romanos, a quienes cortaron la retirada por todas partes. Y Sabino (pues cogió miedo no sólo a aquella multitud, sino también al orgullo de unos hombres que concedían escasa importancia a la idea de morir por negarse a ser derrotados cuando su aspiración única era triunfar) envió inmediatamente una carta a Varo y, como es habitual en situaciones semejantes, no paraba de mandarle que se diera prisa en socorrerlo, dándole cuenta de que las tropas dejadas allí corrían un gravísimo peligro, ya que presumía que no tardarían en ser hechas prisioneras y luego aniquiladas[73].Y él mismo, tras ocupar de la fortaleza la

[72] Cf. *BJ.* 2, 42 y ss.
[73] Cf. *BJ.* 2, 45 y ss.

más alta de sus torres de nombre Fasael, la cual había construido Herodes en honor de su hermano Fasael y le había puesto ese nombre[74] tras su muerte por culpa de los partos[75], incitaba a los romanos a que atacaran a los judíos. Y él, que no se atrevía siquiera a bajar adonde estaban los romanos, consideraba justo que los demás sacrificaran su vida por defender la ambición personal de él. Y, como los romanos se atrevieran a atacarlos, se entabló una tenaz batalla en la que los romanos se imponían a los enemigos en las operaciones bélicas. Pero el arrojo de los judíos no se debilitaba ni siquiera en vista de su tremendo descalabro, en el que cayeron infinidad de ellos. Al contrario, avanzando en círculo escalaron los pórticos que había allí y que rodeaban la pared exterior del Templo, donde se produjo una tremenda batalla y desde donde los judíos disparaban piedras, unas lanzándolas con sus manos y otras con hondas, tipo de batalla en la que eran experimentados. También los arqueros, situados todos al lado de los que disparaban piedras, dañaban considerablemente a los romanos no sólo por estar situados más arriba, sino también por ser imposible que se les pudiera atacar al no caber la posibilidad de alcanzarlos con los dardos quienes lo intentaban, mientras que ellos tenían a sus enemigos demasiado fáciles de dominar. La lucha que se entabló se desarrolló en estos términos a lo largo de mucho tiempo. Pero luego los romanos, que sufrían grandemente con las acciones de los enemigos, arrojaron fuego sobre los pórticos, sin que los judíos que estaban subidos a ellos se percataran de ello. Y el fuego, favorecido por numerosos factores y enriquecido con materias capaces de provocar la llama, prendió enseguida en el techo. Y éste, al estar provisto de un maderamen lleno de pez y cera, y, además, de oro con un baño de cera, cedió en el acto, con lo que desaparecieron aquellas obras magníficas y notabilísimas, al tiempo que este descalabro inesperado alcanzó a los que se encontraban encima de los pórticos, puesto que algunos de ellos, al hundirse el techo, cayeron con él, mientras a los otros los alcanzaban con sus proyectiles los enemigos, plantados en derredor. Y de ellos fueron muchos los que, al no ver manera de salvarse y estar angustiados con la desgracia en que se encontraban envueltos, se arrojaron al

[74] Cf. *AJ.* 16, 144.
[75] Cf. *AJ.* 15, 12-13.

fuego o buscaban escapar de él suicidándose con sus espadas. Y a los que intentaban salvarse retrocediendo por el camino por donde habían subido los romanos los mataron a todos al estar desarmados y con el ánimo abatido, sin que su exasperación pudiera socorrerlos en esa circunstancia. De forma que de los que habían subido al tejado de los pórticos no se salvó ni uno solo. Y los romanos, atravesando el fuego metiéndose por donde éste dejaba huecos, tomaron el tesoro, en el que había dinero sagrado, gran cantidad del cual fue sustraído por los soldados, mientras Sabino se apropió, que se viera, de cuatrocientos talentos.

265. *Los judíos, pese a todo, continúan con el asedio de Sabino y sus fuerzas, recluidas en el palacio real.* 3. A los judíos les dolía la suerte de los suyos caídos en esta batalla, pero les dolía también la sustracción de los depósitos del Templo [76]. Ellos, no obstante, cercando el palacio real con las fuerzas judías que se les habían incorporado y que eran las más aguerridas, amenazaban con prenderle fuego y matarlos a todos, ordenándoles que lo abandonaran a toda prisa y prometiéndoles a todos ellos, incluido Sabino, respetar su vida si hacían caso. Entonces la inmensa mayoría de las fuerzas reales desertaron a ellos, mientras que Rufo y Grato con los más aguerridos soldados de Herodes se unieron a los romanos. Y a las órdenes de Rufo se encontraba también un escuadrón de caballería, que también se sumó a los romanos. Y los judíos, pese a que intentaban minar las murallas, no descuidaban el asedio, mientras mandaban a los judíos que habían cambiado de bando que no les impidieran recuperar después de tanto tiempo la libertad de la nación que tenían al alcance de la mano.

Sabino, naturalmente, deseaba salir con los soldados, pero no podía confiar en su palabra por su comportamiento anterior, y en consecuencia, la excesiva vesania de los enemigos hizo que rechazara sus propuestas. Otra cosa que le ayudó a soportar el asedio fue la esperanza de que llegaría Varo a socorrerlos.

269. *La rebelión se extiende por toda Judea.* 4. En esto, otras innumerables sublevaciones se extendieron, por contagio, por toda Judea, donde muchos se lanzaron por todas partes a la lucha,

[76] Cf. *BJ.* 2, 51 y ss.

impulsados a ella por la esperanza de conseguir ganancias personales y por animadversión hacia los judíos[77]. En efecto, dos mil hombres que en otro tiempo habían servido en el ejército a las órdenes de Herodes y que en aquel entonces estaban licenciados, tras formar un cuerpo compacto en la propia Judea[78], iniciaron una guerra contra las fuerzas reales, guerra en la que a los sublevados les hizo frente Aquiab[79], el primo de Herodes, quien, retirándose del llano a las cumbres de las montañas por la pericia de los enemigos en el uso de las armas, salvaba lo que podía moviéndose por la fragosidad de aquellos parajes.

Por otro lado, había un tal Judas, hijo del jefe bandolero Ezequías[80], que en su día había alcanzado un poderío enorme y había sido hecho prisionero por Herodes a costa de grandes penalidades. Pues bien, este Judas, tras reunir por la zona de Séforis de Galilea una multitud de hombres alocados, llevó a cabo una incursión contra el palacio real del lugar, y, al apoderarse de las armas depositadas allí, armó a todos sus hombres, sin dejar uno solo, al tiempo que arrambló con el dinero que había sido dejado allí. Y resultaba temeroso para todos, puesto que robaba y saqueaba a todos los que caían en sus manos. Pero anhelaba alcanzar una situación más elevada y aspiraba al rango de rey, honor que esperaba conseguir no por un comportamiento honrado, sino por un exceso de insolencia.

273. *Anarquía, que aprovechan algunos aventureros para ceñirse la corona real.* 6. Había también un tal Simón, quien había sido esclavo del rey Herodes, pero por lo demás un individuo de noble prestancia, que destacaba por su altura y fuerza física y era muy creído por ello. Pues bien, éste, concibiendo altos vuelos por el embrollo político reinante, osó ceñirse la corona real y, tras reunir en torno a sí una multitud de hombres y de ser proclamado rey por la demencia de aquellas personas, cargo que, a su parecer, se lo merecía más que cualquier otro, incendió el palacio real de Jericó, sometiendo al saqueo los bienes en él depositados. También hizo desaparecer otras muchas viviendas reales en numerosos puntos del país tras prenderles fuego y permitir a estas ban-

[77] Cf. *BJ.* 2, 55 y ss.
[78] Pero en *BJ.* 2, 55, se dice que fue en Idumea.
[79] Cf. *AJ.* 15, 250, y 17, 184.
[80] Cf. *AJ.* 14, 159.

das que se llevaran como botín los bienes en ellas depositados[81]. Y él habría cometido todavía más graves fechorías si no le hubieran prestado atención rápidamente. En efecto, Grato, el que acababa de poner las tropas reales del lado de los romanos, salió al encuentro de Simón con las fuerzas de que disponía, y como entre ambos bandos se hubiera entablado una batalla de grandes proporciones, perecieron en ella la mayor parte de las fuerzas de Perea, por estar desorganizadas y luchar con arrojo más que con pericia, y por lo que respecta al propio Simón, que trató de ponerse a salvo escapando por un barranco, Grato le cortó la cabeza luego de alcanzarlo. Y asimismo fue incendiado el palacio real de Amata, ciudad situada a orillas del río Jordán, por una banda de hombres similar a la de Simón. Y tan grande fue la insensatez que se adueñó de la nación por estas dos razones, por no haber un rey de su misma raza con capacidad para contener al pueblo y porque los extranjeros que intentaron hacer entrar en razón a los sublevados los inflamaron aún más por su insolencia y avaricia que, por ejemplo, el propio Atronges[82], pese a ser un hombre no ilustre ni por el rango de sus antepasados ni por la excelencia de su valía, como tampoco por disponer en abundancia de alguna suerte de bienes, sino un pastor y personaje oscuro en todo y por todo, y únicamente destacado por su enorme contextura física y por la fuerza de sus brazos, tuvo la osadía de aspirar a convertirse en rey y a no dar gran importancia al hecho de morir y perder la vida por el placer de cometer las mayores tropelías. También él tenía cuatro hermanos, igualmente de complexión robusta y convencidos de destacar sobremanera por la potencia de sus brazos, quienes pensaban que debían proponerse alcanzar el trono. Cada uno de ellos mandaba una compañía, ya que se había unido a ellos una multitud enorme. Estos eran generales pero subordinados a Atronges, aunque entraban en lucha con independencia propia. Atronges, que se ciñó la corona real, celebraba consejos para tratar de las operaciones que había de llevar a cabo, aunque cualquier decisión dependía de su sola determinación. La libertad de acción de este hombre duró mucho tiempo, durante el cual recibía el título de rey y nadie le privaba de hacer lo que le viniera en gana. Y tanto él como sus

[81] Cf. *BJ.* 2, 57 y ss.
[82] Cf. *BJ.* 2, 60 y ss.

hermanos propendían grandemente al aniquilamiento no sólo de los romanos, sino también de los soldados del rey, actuando con igual odio contra unos y contra otros, contra los últimos por la desconsideración con que los habían tratado durante el gobierno de Herodes, y contra los romanos por las iniquidades que, a su juicio, habían cometido recientemente. Pero algún tiempo después se enfurecieron igualmente con mucha más gente. Y no había nadie que pudiera evitar convertirse en las víctimas de estos hombres, unas veces por suponer que ello les reportaría alguna ganancia y otras por el simple hábito de matar. Y en una ocasión incluso atacaron cerca de Emaús a una compañía del ejército romano que llevaba provisiones y armas para las tropas. En esta operación, tras cercar a la citada compañía, abatieron con sus proyectiles al capitán Ario, que mandaba la agrupación, y a cuarenta soldados más, los mejores de esta compañía de infantería, mientras los restantes lograron salvarse gracias a que Grato, con las tropas reales que le acompañaban, consiguió cubrirles la retirada, aunque abandonando a los muertos por temor a sufrir igual suerte. Y durante mucho tiempo llevaron a cabo tal tipo de ataques, con los que atormentaron no poco a los romanos e infligieron graves daños a la nación judía. Pero algún tiempo después fueron reducidos, uno en combate con Grato y otro con Ptolemeo. Y cuando Arquelao había hecho prisionero al mayor de ellos, el último que quedaba, dolido por la suerte de su hermano y al ver ya imposible salvarse por encontrarse solo y sumamente desfallecido, luego de separarse de sus fuerzas se entregó a Arquelao, confiando en su palabra y en la garantía que representaba para él la Divinidad.

285. *Se reanuda la narración sobre la situación de Sabino.* 8. Ahora bien, estas cosas sucedieron posteriormente. Y en el momento a que antes nos referíamos, Judea estaba llena de bandas de ladrones, de forma que estas banderías, cuando se encontraban con un individuo osado, lo ponían al frente como rey, con vistas a procurar la ruina del conjunto de la nación, actuación en la que resultaban molestos a los romanos en pocos casos y a pocos de ellos, mientras que causaron matanzas de sus compatriotas durante largo tiempo.

Varo, por su parte, tan pronto como tuvo conocimiento de estos hechos, por la carta que le escribió Sabino[83], como temiera

[83] Cf. *AJ.* 17, 250, 256 y 268.

por la seguridad de la legión cogió las dos restantes legiones (pues el total de ellas en Siria era de tres) y cuatro escuadrones de caballería, así como las tropas auxiliares que aportaron entonces los reyes o algunos tetrarcas, y corrió en ayuda de los sitiados entonces en Judea[84]. Y a todas las tropas que habían sido enviadas por delante se les había dicho que se dirigieran a marchas forzadas a la ciudad de Ptolemaide. También las autoridades de Beirut entregaron a Varo, cuando cruzó su ciudad, mil quinientos soldados para que le prestaran su concurso. Asimismo Aretas, rey de Petra, en su intento de ganarse la amistad de los romanos por aversión a Herodes, envió no pocos refuerzos tanto de infantería como de caballería. Y una vez que se hubieron reunido en Ptolemaide todas las fuerzas, Varo, tras entregar a su hijo y a uno de sus amigos una parte de ellas, los envió a combatir a los galileos, quienes habitaban la región contigua a Ptolemaide. Este amigo de Varo que iba al frente de las tropas, luego de invadir Galilea, derrotó a los que se enfrentaron a él en combate y además, tras tomar la ciudad de Séforis, redujo a la esclavitud a sus habitantes y prendió fuego a la ciudad. Y el propio Varo, quien prosiguió la marcha a Samaria con el conjunto del ejército, se abstuvo de hacer daño a esta ciudad por estar libre de toda culpa en el asunto de la sublevación, y acampó en una aldea propiedad de Ptolemeo y de nombre Arus. Pero los árabes, por odio a Herodes, la incendiaron, dado que sentían animadversión incluso hacia los amigos del rey. Y los árabes en su avance desde este lugar saquearon e incendiaron otra aldea más, llamada Sanfo, pese a su situación muy bien defendida y fuerte. Y en su avance nada escapó a sus manos, sino que todos los lugares resultaron repletos de fuego y muerte. Y también Emaús, previamente abandonada por sus habitantes, fue incendiada, tras la orden en este sentido dada por Varo para vengar a los caídos en este lugar[85]. Y continuando el avance desde aquí, conectó ya con Jerusalén. Y los judíos que acampaban en las cercanías de esta ciudad procediendo al asedio de la legión romana, al ver el avance de las tropas no resistieron, sino que se marcharon, dejando el asedio a medio concluir. Y los judíos residentes en el interior de la propia ciudad de Jerusalén, a quienes Varo inculpó muy severamente, se

[84] Cf. *BJ.* 2, 66 y ss.
[85] Cf. *AJ.* 17, 282.

disculparon alegando que la reunión de la multitud había estado motivada por la celebración de la fiesta y que la guerra había estallado no por la intervención personal de ellos, sino por la osadía de los llegados, estado de cosas en el que ellos coincidieron con los romanos, junto con quienes fueron sitiados más que tener interés por sitiarlos. Una vez roto el bloqueo de la ciudad, salieron a recibir a Varo no sólo Josefo[86], primo del rey Herodes, sino también Grato y Rufo[87] con los soldados a sus órdenes. Sabino, en cambio, no se presentó a Varo, sino que se escurrió, escapando de la ciudad de Jerusalén a la costa.

295. *Varo continúa las operaciones.* 10. Varo, enviando por la región una parte del ejército, buscaba detener a los culpables y responsables de la sublevación. Y una vez identificados, cogió a los principales culpables, mientras que hubo algunos otros a quienes dejó libres. Y por este motivo fueron crucificados dos mil. Tras esto, al ver que el ejército no le era necesario para operación alguna, lo despidió[88], y ello porque estas fuerzas habían actuado con suma indisciplina y habían desobedecido las órdenes y los requerimientos de Varo, por ir en busca de las ganancias que cayeron en sus manos como resultado de sus fechorías. Y él, Varo, al tener conocimiento de que diez mil judíos habían formado una facción revolucionaria, corrió a apresarlos. Pero aquéllos no entraron en combate, sino que, siguiendo el consejo de Aquiab, se entregaron. Varo entonces, tras eximir a la mayoría de ellos de responsabilidad en la sublevación, envió únicamente a sus mandos a presencia de César Augusto. Y éste dejó libres a la mayoría de ellos, pero a los familiares de Herodes que se habían sumado a los revolucionarios los castigó, y a nadie más, por haberse alzado en armas contra sus allegados sin el menor respeto a la justicia.

299. *Una embajada judía acusa a Arquelao ante Augusto.* 11. Varo, una vez que hubo restablecido la calma , luego de dejar la misma legión de guarnición en Jerusalén partió para Antioquía. Y

---

[86] Más que primo de Herodes debe de ser primo de Arquelao, ya que Josefo primo de Herodes había sido asesinado por orden de éste. Cf. *AJ.* 15, 86.

[87] Cf. *AJ.* 17, 266.

[88] Concretamente, las fuerzas árabes. Cf. *BJ.* 2, 76.

en cuanto a Arquelao, le surgieron en Roma otras complicaciones más por el motivo siguiente [89]. Una embajada judía, cuyo envío autorizó Varo a la nación judía, llegó a Roma para solicitar su autonomía. Los embajadores enviados por decisión de la nación judía eran cincuenta, a los que se sumaron más de ocho mil judíos residentes en Roma. Y como César Augusto reuniera en consejo en el templo de Apolo, construido por él con un elevado coste, a las personas de su confianza y a los principales romanos, se presentaron allí, por un lado, los citados embajadores, acompañados de aquella multitud de judíos de la misma plaza, y, por otro, Arquelao, en compañía de los suyos. Por lo que respecta a los familiares del rey, éstos rehusaban unirse a Arquelao por odio hacia su persona, pero al mismo tiempo consideraban peligroso apoyar a los embajadores en contra de él, en la idea de que César Augusto juzgaría un acto de desvergüenza que ellos pretendieran actuar así en contra de uno de los suyos. Y se presentó allí también, procedente de Siria, Filipo, a instancias de Varo, con el objetivo primero de apoyar a su hermano, a quien Varo estimaba singularmente y, para el caso de que la monarquía fuera sustituida por otro régimen (puesto que Varo sospechaba que Augusto tomaría la determinación de dividir el reino por ser muchos los que pedían obstinadamente la autonomía), con objeto de que Filipo no se viera privado de que pudiera llevarse él también una parte. Pues bien, una vez concedido el uso de la palabra a los embajadores judíos, quienes esperaban aportar razones que aconsejaban la disolución de la monarquía, se dedicaron a censurar los desafueros cometidos por Herodes, considerándolo rey únicamente de nombre, mientras que en la práctica, tras hacer acopio de los peores procedimientos criminales utilizados en las diversas tiranías, se había servido de ellos cuando maquinaba la destrucción de los judíos, sin que se hubiera negado a inventar otros muchos tormentos más, de acuerdo con su innata condición[90]. En este sentido, señalaron que, aunque los que habían perecido a manos de él habían sido tan numerosos como no se contaba que hubiera ocurrido nunca antes, los supervivientes quedaban en una situación mucho más desdichada que quienes habían muerto, puesto que vivían angustiados no sólo por lo que veían y entendían que había hecho

[89] Cf. *BJ.* 2, 80 y ss.
[90] Cf. *BJ.* 2, 84 y ss.

contra sus propias personas, sino también contra sus propiedades. En demostración de ello, manifestaban que Herodes no había parado de embellecer las ciudades situadas en torno a Judea y habitadas por gentes de otras razas, mientras destruía y machacaba a las ubicadas en su reino, y que a la nación judía la había llenado por completo de una pobreza de la que no podía salir, pese a que ésta vivía una situación próspera como pocas cuando él se había hecho cargo del gobierno, procediendo él en forma tal que arramblaba con las propiedades de los ricos después de matarlos con fútiles inculpaciones y condenaba con la pérdida de sus bienes a aquéllos otros a quienes concedía la gracia de vivir. Y continuaban ellos indicando que si, por un lado, Herodes había exigido el pago de los tributos anuales impuestos a todos y cada uno de los judíos, por otro, éstos se habían visto obligados a abonar además elevadas cantidades de dinero no sólo a él y a sus familiares y amigos, sino también a los servidores suyos que salían a recaudar los tributos, aunque no se conseguía evitar las violencias de Herodes tampoco con ello, ni con la entrega de dinero. Indicaron ellos que, sin embargo, los corruptos comportamientos con doncellas y los actos desvergonzados a que había sometido a mujeres casadas y que había llevado a cabo al amparo de su conducta, propia de un borracho y un inhumano, los callaban en razón de que para las víctimas de tales crímenes el placer que sentían por que no se divulgaran era igual al que hubieran experimentado de no haberse producido. También dijeron que Herodes había cometido contra ellos tan graves fechorías como las habría cometido una fiera que hubiera gozado de la facultad de mandar en personas, y que, en este sentido, aunque eran muchos los reveses y cambios de lugar sufridos por la nación judía, no se sabía que le hubiera sobrevenido nunca una desdicha tan tremenda como la que el propio Herodes trajo a la nación. Y continuaron diciendo que por todas estas razones, como era lógico colegir, saludaron naturalmente con gran contento la ascensión al trono de Arquelao, en la creencia de que cualquiera que fuera el que ocupara el trono resultaría más comedido que Herodes, y que por lo mismo lo acompañaron en el funeral y luto por su padre, mimando a Arquelao, por si podían así alcanzar de él un trato suave, y tratando de ganárselo por otras razones más, pero que él, por temor a que no se le considerara hijo genuino de Herodes, había llevado la vesania contra la nación judía sin demora alguna sino deprisa, y eso que todavía no tenía plenamente confir-

mada su autoridad, por ser competencia de Augusto otorgársela o no otorgársela. Y a continuación indicaron que Arquelao había ofrecido a sus súbditos un indicio de la bondad con que en el futuro los trataría, en relación a un comportamiento comedido y escrupulosamente respetuoso con las leyes, con la primera acción puesta de manifiesto tocante a los ciudadanos y a la Divinidad, cuando dentro del recinto sagrado pasó a cuchillo a tres mil de sus compatriotas[91]. ¿Cómo no iba a estar justificado el odio con que ellos correspondieron a Arquelao cuando éste había cargado sobre ellos, aparte de un tratamiento cruel, una inculpación de haberse resistido y opuesto a sus órdenes? En fin, lo principal de su petición pretendía conseguir, por un lado, librarse de la monarquía y regímenes semejantes y, por otro, ser agregados a Siria y quedar subordinados a los legados romanos enviados a esta provincia, pues sería entonces, según ellos indicaban, cuando se pondría de manifiesto si eran realmente levantiscos y muy dados a la subversión o si, por el contrario, dóciles, cuando hubieran tenido la suerte de encontrar unos gobernantes más comedidos.

315. *Nicolás rebate esas acusaciones y Augusto resuelve la cuestión de la sucesión de Herodes.* 3. Tras el discurso que en este sentido pronunciaron los judíos, Nicolás procedió a eximir de tales imputaciones a los reyes, en lo que toca a Herodes por no haber sido objeto de acusación alguna durante los años de su vida (puesto que, según indicaba Nicolás, los que tienen razones para inculpar a una persona con vistas a exigirle un trato comedido no deben entablar una acusación contra esa persona una vez muerta, cuando podían haberle exigido el pago debido en vida), y, en lo que toca a lo hecho por Arquelao, hacía recaer la responsabilidad de ello en la propia insolencia de los acusadores, quienes, después de adoptar un comportamiento contrario a las disposiciones legales y de haber sido ellos los primeros en pasar a cuchillo a los que pretendían poner coto a su insolente conducta, se atrevían a acusarlo de haberse defendido. Y no sólo eso, sino que además los acusaba de gustar no sólo de comportamientos subversivos, sino también de pasión por sublevarse, y asimismo de indocilidad a acatar la justicia y las leyes, llevados del deseo de imponer su santa volun-

[91] Cf. *AJ.* 17, 218.

tad siempre y en todo momento. Estos fueron, pues, los términos en que se expresó Nicolás. Y Augusto, tras oir a unos y a otros, dio por finalizada la sesión [92]. Pero pocos días después, y por lo que respecta a Arquelao, no lo nombró rey, pero sí lo nombró etnarca de la mitad del territorio que había dependido de Herodes, prometiéndole que lo honraría con la dignidad de rey si adquiría méritos para ello. Y la otra mitad, que dividió en dos partes, las asignó a los otros dos hijos de Herodes, a Filipo y a Antipas (quien había competido con su hermano Arquelao por hacerse con la totalidad del reino)[93]. Dependientes del último quedaron Perea y Galilea, regiones que le reportaban cada año una ganancia de doscientos talentos, mientras que Batanea, incluida Traconítide, y Auranítide, y asimismo una parte de la llamada casa de Zenodoro, aportaban a Filipo cien talentos. Y las regiones que contribuían a las arcas de Arquelao fueron Idumea, Judea y Samaria (cuyos habitantes habían sido eximidos del pago de la cuarta parte de las cargas financieras, alivio dictado a favor de ellos por Augusto en agradecimiento a no haberse sublevado con el resto de la población). Las ciudades que tributaron a Arquelao fueron: Torre de Estratón, Sebaste y, con ellas, Jopa y Jerusalén, pues tanto Gaza como Gádara e Hipo son ciudades griegas que Augusto separó de la administración de Arquelao y agregó a Siria. Los beneficios obtenidos por Arquelao de las regiones cuyo gobierno recibió él sumaban unos ingresos monetarios de seiscientos talentos al año. Los citados son los bienes paternos que correspondieron a los hijos de Herodes. Y a Salomé, además de la herencia que su hermano le había asignado en el testamento[94] (la cual estaba constituida por las ciudades de Jamnia, Azoto y Fasaélide, más quinientas mil monedas de plata acuñada), Augusto le regaló el palacio real de Ascalón. Los ingresos globales que ella percibía del conjunto de estos lugares ascendían a sesenta talentos anuales, pero su casa solariega quedó en la región gobernada por Arquelao. También los restantes familiares del rey recibieron lo que el testamento indicaba. Y a dos hijas solteras del rey Herodes, además de percibir ellas lo que su padre les había dejado en herencia, Augusto añadió como regalo a cada una de ellas doscientas cincuenta mil monedas de plata acuñada, y las casó con los

[92] Cf. *BJ.* 2, 93 y ss.
[93] Cf. *AJ.* 17, 224.
[94] Cf. *AJ.* 17, 188 y ss.

hijos de Feroras. Por otro lado, los bienes que Herodes le había dejado a Augusto éste se los regaló a los hijos del rey, bienes que alcanzaban la cifra de mil quinientos talentos, a excepción de unos pocos objetos con que se quedó él, no tanto por su alto valor pecuniario como en recuerdo del rey.

324. *Una atrevida superchería.* 12. Cuando acababa de ser dispuesto esto por Augusto en el sentido indicado, un joven de raza judía pero criado en la ciudad de Sidón en casa de un liberto romano, se introdujo en el grupo de los familiares de Herodes por la similitud de parecido que, según testimonio de quienes lo observaban, tenía con Alejandro, el hijo de Herodes que había sido condenado a muerte por él[95]. Esto lo incitaba a intentar hacerse con el poder. Y habiendo tomado como colaborador a un compatriota suyo, ducho en las intrigas de palacio pero por lo demás malvado y con un natural proclive a promover graves conflictos, quien se convirtió en maestro de esa fechoría tan osada en que aquél se embarcó, declaró de sí que era Alejandro, el hijo de Herodes, y que había sido escondido por uno de los enviados por el rey a matarlo, ya que, según él contaba, ese supuesto salvador, tras matar a otros dos individuos, los cuales estaban encargados de despistar a los que fueran a comprobar que ellos habían sido ejecutados, lo había salvado a él y a su hermano Aristobulo. Con estas explicaciones no sólo cobraba alas, sino que no dejaba de engañar a los que se encontraban con él. Por el contrario, tras arribar a Creta, consiguió hacérselo creer a todos los judíos que entraron en conversación con él, de suerte que, luego de procurarse grandes sumas de dinero entregado por aquéllos, levantó el vuelo hacia Melos. Y el dinero ingresado por él de esta isla fue todavía mucho más elevado, por estar convencidas las gentes de Melos de que pertenecía a la familia real y, en consecuencia, esperar que aquél recuperaría el poder patrio y sabría corresponder a sus bienhechores. Luego, se dirigió a Roma, acompañado de los mismos que le habían dado hospitalidad, y, arribando a Dicearquía, no falló tampoco en lo que se refería a ganar para su causa por igual engaño a los judíos del lugar. Lejos de eso, se le unieron, dándolo ya por rey, entre otros aquéllos que tenían con Herodes vínculos de hospi-

[95] Cf. *BJ.* 2, 101 y ss.

talidad y le guardaban afecto. La culpa de todo ello era de la gente, que aceptaba con agrado lo que él les contaba, quien encontraba apoyo en la garantía que daba a su palabra el aspecto físico. Y es que incluso a quienes se habían relacionado muy estrechamente con Alejandro les infundió un profundo convencimiento de que él no era otro sino aquél, cosa que luego éstos llegaron incluso a jurar a sus vecinos que así era. De manera que, como la noticia que hablaba de él llegara incluso a Roma, toda la población judía de este lugar salía a su encuentro cuando pasaba por las calles y caminos transportado en un carro, atribuyendo a la intervención divina el hecho de su salvación por lo extraño del caso y alegrándose a causa de la familia a que ellos pertenecían por parte de madre. Él iba ataviado con todo empaque real, costeado por los mismos que le habían ofrecido hospitalidad[96], y en torno a él se formaban grandes aglomeraciones de gente, que lo aclamaba deseándole la mejor ventura, y no había nada, de lo que es natural que se encuentren quienes han conseguido salvarse de una manera tan inesperada, que no se le dedicara.

332. *El falso Alejandro engaña a todos, pero no a Augusto.* 2. Por lo que a Augusto respecta, cuando alguien le habló de él no se lo creía, por suponer que Herodes no se habría dejado engañar fácilmente en un asunto que le afectaba tan de lleno[97]. Pero, no obstante, concediendo un margen de confianza a lo que se le contaba, envió a Célado, un liberto suyo que había tratado a los jóvenes, junto a Alejandro, tras mandarle que lo llevara a su presencia. Y éste se lo llevó, sin haber logrado en absoluto tener más éxito que la multitud en su identificación. Pero Augusto no se dejó engañar. Ahora bien, hay que reconocer que era parecido a Alejandro, pero no tanto como para engañar a quienes tenían la facultad de examinarlo inteligentemente. En efecto, este falso Alejandro no sólo estaba encallecido por efecto del trabajo, sino que también, frente a la finura que mostraba el cuerpo del otro a causa de su vida muelle y noble condición, el cuerpo de éste, por el contrario, se le había puesto más rudo. Pues bien, Augusto, al observar la existencia de una confabulación entre maestro y discípulo en sus mentiras y una concordancia entre ellos en sus osadas explicacio-

[96] Según *BJ.* 2, 105, los habitantes de Melos.
[97] Cf. *BJ.* 2, 106 y ss.

nes, le preguntó por Aristobulo, inquiriéndole qué había sido de él, si también había sido escondido por su benefactor, y por qué razón no se había presentado a él para reivindicar la parte que les correspondía obtener a quienes estaban a la cabeza de la familia. Y como él le asegurara que se había quedado en la isla de Chipre por temor a los peligros del mar, con objeto de que, si la desgracia se cebaba en él, no fuera borrada de la faz de la tierra por completo la descendencia de Mariame, sino que por lo menos pudiera sobrevivir Aristobulo para enfrentarse a quienes habían conspirado contra ellos, explicaciones confirmadas y ratificadas por el personaje urdidor del ardid, Augusto, tras separar al joven y encontrarse con él a solas, le dijo: «Y bien, te ofrezco un premio si dejas de intentar engañarme: este premio consiste en que, en ese caso, no perderías la vida. Indícame ahora mismo quién eres tú y quién ése que te incitó a concebir la osadía de idear este ardid, ya que la maldad de la maquinación en que te has metido es superior a la edad que en este momento tienes». Entonces ya (pues no le cabía hacer otra cosa) explicó a Augusto el ardid aquel, cómo y por quién había sido urdido. Y Augusto, tras observar que el falso Alejandro tenía las suficientes energías para aguantar rudos trabajos físicos, lo incluyó en el registro de los marineros que mueven los remos (pues no le defraudó en la promesa que le había hecho), mientras que al que lo había persuadido a simular este papel lo condenó a muerte. Y por lo que a los melios concierne, les fue suficiente castigo haber gastado en vano el dinero que habían suministrado al falso Alejandro.

339. *Inicio de la acción de gobierno de Arquelao.* 13. Las osadas maquinaciones urdidas en torno al falso Alejandro terminaron de esta manera tan ignominiosa.

Arquelao[98], por su parte, quien heredó la etnarquía[99], tras su regreso a Judea despojó a Joazar, el hijo de Boeto, de la dignidad de Sumo Sacerdote, imputándole haber apoyado a los rebeldes, y lo sustituyó por Eleazar, hermano del propio Joazar. Reconstruyó también el palacio real de Jericó[100], de una manera lujosa, al tiempo que desvió la mitad de las aguas que favorecen con su corriente

[98] Cf. *BJ.* 2, 111 y ss.
[99] Cf. *AJ.* 17, 317.
[100] Cf. *AJ.* 17, 274.

a la aldea de Neara, conduciéndolas a la llanura en que él había plantado palmeras. Asimismo fundó una aldea, a la que puso por nombre Arquelaide. Y cometiendo una transgresión de la ley judía, que prohibe terminantemente a los judíos tomar como esposas a aquellas mujeres que hubieran estado casadas con algún hermano de los posibles pretendientes, se casó con Glafira[101], hija de Arquelao y que había estado casada con su hermano Alejandro, de quien ella había tenido incluso hijos. Pero tampoco Eleazar duró mucho como Sumo Sacerdote, puesto que fue sustituido, todavía en vida, por Jesús, el hijo de Sié.

342. *Arquelao es desterrado a Viena, ciudad de la Galia, por Augusto.* 2. Pero en el año décimo del gobierno de Arquelao[102] los ciudadanos principales de Judea y Samaria, que no soportaban la crueldad y tiranía de este hombre, lo acusaron repetidas veces ante Augusto, y sobre todo una vez que tuvieron conocimiento de que él había contravenido el encargo dado por Augusto de que los tratara comedidamente[103]. Y, claro está, Augusto, a quien le produjo irritación la noticia que oyó, mandó venir a su presencia al representante en Roma del gobierno de Arquelao (quien también se llamaba Arquelao), y como considerara indigno de su persona escribir a Arquelao, dijo al citado representante: «Embarca inmediatamente y tráenos a Arquelao sin demora alguna». Y él, como hubiera embarcado y llegado a Judea a toda prisa, encontró a Arquelao entregado a placenteros festines en compañía de los amigos. Y luego de darle cuenta de la orden de Augusto, lo urgió a ponerse en camino hacia Roma. Y Augusto, una vez que él hubo llegado, escuchó también sus alegaciones en presencia de algunos de sus acusadores. Tras ello lo mandó al destierro, concediéndole como residencia la ciudad gala de Viena, y confiscó sus bienes.

345. *Un sueño nocturno había presagiado a Arquelao este final.* 3. Pero Arquelao, antes de que fuera llamado y llegara allá, dio cuenta a sus amigos de haber tenido un sueño del tenor

---

[101] Cf. *AJ.* 16, 11, y 17, 12.

[102] En el noveno, según *BJ.* 2, 111. Corresponde al año 6 d. C. Cf. también *Vida de Josefo,* 5, y Dión Casio 55, 27.

[103] Cf. *AJ.* 17, 317.

siguiente[104]. Tras contemplar la cifra de diez espigas repletas de grano y que habían alcanzado el máximo de desarrollo que les es propio, le pareció observar que eran engullidas por unos bueyes[105]. Y despertándose sobresaltado, como le parecía que aquella visión nocturna preludiaba algo grave, mandó llamar a los adivinos versados en la interpretación de los sueños. Y los unos discrepaban de los otros al respecto, puesto que no coincidían en ofrecer todos una sola interpretación. En estas circunstancias, Simón, un hombre perteneciente a la secta de los esenios, tras exigirle a Arquelao seguridad en el respeto a su vida[106] le indicó que la visión presagiaba un cambio de régimen nada favorable a él. En este sentido le explicó que los bueyes presagiaban, por un lado, desgracias por tratarse de animales que soportaban las labores y, por otro, cambio de régimen en razón de que las tierras aradas con su esfuerzo no pueden permanecer en la misma situación, y que, por su parte, las diez espigas señalaban igual número de años y que había llegado a su fin el período[107] de gobierno de Arquelao. Ésta fue la interpretación que del sueño hizo Simón, y cinco días después de aparecérsele la visión a Arquelao, llegó a Judea el otro Arquelao enviado por Augusto a reclamar su presencia.

349. *Similar visión de Glafira. 4.* Cosas semejantes sucedieron también a su esposa Glafira, quien era hija del rey Arquelao y con la que había estado casado, como antes dije[108], Alejandro, el hijo de Herodes y hermano del propio Arquelao, luego de conseguir su mano de soltera. En efecto, Glafira, una vez que Alejandro tuvo la desgracia de morir por orden de su padre, se había casado con Juba, rey de Libia, y posteriormente, cuando el libio pasó a mejor vida y ella quedó viuda fijando su residencia en Capadocia junto a su padre, la tomó por esposa nuestro Arquelao, tras repudiar a su consorte Mariame. Y es que el amor que sintió por Glafira fue tan grande que lo trastornó [109]. Pues bien, ella, cónyuge de Arquelao, contempló en sueños una visión nocturna del siguiente

[104] Cf. *BJ.* 2, 112 y ss.
[105] Cf. Heródoto 5, 92.
[106] Cf. *Ilíada* 1, 74 y ss.
[107] Cf. cap. 342 de este mismo libro.
[108] Cf. cap. 341 de este mismo libro.
[109] Cf. *BJ.* 2, 114 y ss.

tenor. Ella creía, al ver aparecérsele en sueños Alejandro, alegrarse y abrazarlo apasionadamente, pero que él le había dirigido reproches y le había dicho: «Glafira, con tu conducta confirmas el dicho que dice que la infidelidad es propia de las mujeres, tú que, a pesar de haberte comprometido conmigo cuando estabas soltera y haberte convertido en mi consorte, unión de la que nos nacieron unos hijos, das al olvido el amor que sentías por mí, al contraer un segundo matrimonio. Y ni aun esto colmó tus ansias de ofenderme, sino que tuviste la osadía de acostarte con un tercer marido, entrando en mi propia casa deshonrosa y desvergonzadamente y contrayendo matrimonio con Arquelao, cuñado tuyo y hermano mío. En fin, yo, como no me olvidaré de quererte, voy a librarte de todo baldón, y para esto volveré a hacerte mía, como lo eras». Glafira (quien dio cuenta a sus amigas de esta visión) falleció pocos días después.

Yo, por mi parte, al entender que estos hechos, por un lado, no eran ajenos a esta historia por estar ella dedicada a hablar de los referidos reyes, y, por otro y sobre todo, que aportaban cierto grado de demostración de que las almas son igualmente inmortales y de que la Divinidad se ocupa de los mortales y humanos con su Providencia, consideré conveniente referirlos. Y si hay alguno que sea incrédulo en relación con estas cuestiones, que disfrute de su particular opinión, pero no podría constituir un impedimento para que no presente estos casos orientados a provocar un comportamiento virtuoso. Augusto agregó luego a la provincia de Siria el territorio que había estado sometido a las directrices de Arquelao. E inmediatamente fue enviado allá por el emperador un hombre perteneciente al orden consular, Cirinio[110], con la misión de proceder al censo de las propiedades existentes en la referida provincia de Siria y de vender el patrimonio de Arquelao.

[110] Cirinio fue enviado a efectuar el censo referido en el año 6 d. C., fecha en que Lucas 2, 1, sitúa el nacimiento de Jesús, y, en cambio, Mateo 2, 1, en tiempos de Herodes el Grande.

Libro XVIII

RESUMEN:

1. Cómo Cirinio fue enviado por Augusto para proceder al censo de Siria y Judea y vender las propiedades de Arquelao.
2. Cómo Coponio, perteneciente al orden ecuestre, fue enviado como procurador de Judea.
3. Cómo Judas de Galilea trató de persuadir a la población a que no censara sus propiedades, hasta que el Sumo Sacerdote Jozar los persuadió con más éxito a que obedecieran a los romanos.
4. Cuáles y cuántas eran las escuelas filosóficas existentes en Judea y cuáles sus normas.
5. Cómo los tetrarcas Herodes y Filipo fundaron ciudades en honor del César.
6. Cómo los samaritanos mancillaron durante siete días al pueblo, al arrojar osamentas de cadáveres al Templo.
7. Cómo Salomé, la hermana de Herodes, dejó al morir sus bienes a Julia, la esposa de Augusto.
8. Cómo Poncio Pilato pretendió introducir secretamente en Jerusalén un busto del emperador, cosa a la que se negó el pueblo levantándose en armas.
9. Lo que les sucedió a los judíos residentes en Roma por estas fechas por culpa de los samaritanos.
10. Acusación presentada contra Pilato por los samaritanos ante Vitelio, y cómo Vitelio lo obligó a regresar a Roma a dar cuenta de su comportamiento.

11. Guerra lanzada por el tetrarca Herodes contra el rey árabe Aretas y su derrota.
12. Cómo César Tiberio ordenó por escrito a Vitelio, por un lado, que persuadiera al parto Artabanes a que le enviara rehenes, y, por otro, que atacara a Aretas.
13. Muerte de Filipo y cómo su tetrarquía se convirtió en eparquía.
14. Desembarco de Agripa en Roma y cómo él, acusado por su propio liberto, fue enviado a prisión.
15. Cómo Herodes, al subir a Roma, fue desterrado, y cómo Cayo regaló su tetrarquía a Agripa.
16. Motines en Alejandría entre judíos y griegos, y embajada de ambos bandos ante Cayo.
17. Apión y sus compañeros de embajada acusan a los judíos de no tener la estatua del César.
18. Cómo Cayo montó en cólera y envió como legado de Siria a Petronio a fin de que atacara a los judíos si se negaban a admitir su estatua.
19. Las calamidades que sufrieron los judíos de Babilonia por culpa de los hermanos Asineo y Anileo.

Este libro abarca un período de treinta y dos años.

1. *Son enviados por Augusto a Judea, Cirinio para llevar a cabo el censo, y Coponio como procurador. Oposición judía al censo.* 1. Cirinio, perteneciente al orden senatorial, quien había desempeñado las demás magistraturas y que, después de pasar por todas ellas, había llegado incluso a cónsul, y que era importante como pocos por su categoría en los demás aspectos, se presentó en Siria, adonde fue enviado por Augusto para administrar justicia entre las gentes y para efectuar el censo de sus propiedades[1]. Y con él fue enviado también Coponio, perteneciente al orden ecuestre, para gobernar a los judíos con poderes absolutos[2]. También Cirinio se presentó en Judea, al haber sido agregada ésta a la provincia de Siria[3], para llevar a cabo el censo de las propiedades judías y para

[1] Cf. Lucas 2, 1 y ss.
[2] De vida y muerte. Cf. *BJ.* 2, 117 y ss.
[3] Cf. *AJ.* 17, 355.

vender los bienes de Arquelao. Y los judíos, aunque al principio no querían en absoluto oir hablar de catastro, fueron cediendo en lo más de su oposición, al convencerlos el Sumo Sacerdote Joazar, hijo de Boeto. Y ellos, haciendo caso de los consejos de Joazar, censaban sus bienes, sin dudarlo lo más mínimo. Pero un hombre, concretamente Judas, perteneciente a la región de Gaulanítide[4] y oriundo de la ciudad de nombre Gamala, con la colaboración del fariseo Saduco los incitó al levantamiento, por un lado diciéndoles que el censo no comportaba ninguna otra cosa más que una evidente esclavitud y, por otro, invitando a la nación judía a defender su libertad, puesto que, según ellos decían a los judíos, si el éxito les acompañaba la posesión de la libertad les ofrecería la felicidad y si, por el contrario, fracasaban en su empeño de conseguir el bien inherente a la propia libertad, se granjearían honor y fama por su magnanimidad, al tiempo que la Divinidad se inclinaría por ayudarles a conseguir éxito en esta empresa en ningún otro supuesto más que cuando ellos colaboraran en hacer efectivos estos planes y, de una manera más concreta, si se enamoraban de grandes ideas y no escatimaban esfuerzo alguno por alcanzarlas. Y como la gente acogiera con agrado las palabras que oían, el grado de su temeridad alcanzó cotas elevadas. Y no hay calamidad alguna, originada por estos hombres, que no llenara por completo a la nación judía, en forma incluso indecible. En efecto, en estas circunstancias los judíos no podían sino sufrir incesantes violencias a causa de las continuas guerras provocadas por estos individuos, que les causaron la pérdida de los seres queridos, quienes habían contribuido a aliviar sus penalidades, y a causa igualmente de los ataques llevados a cabo contra ellos por nutridos grupos de bandoleros, que produjeron la muerte de los varones principales, aparentemente en aras del bien común pero en realidad por creer aquellos criminales alcanzar así ganancias para sí mismos.

Y a consecuencia de ello se produjeron convulsiones sociales y asesinatos de ciudadanos, provocadas unas veces por matanzas entre las gentes de la propia raza judía, puesto que actuaban alocadamente no sólo unos contra otros, sino también contra sí mismos, impulsados por el anhelo de no quedar por debajo de sus contrincantes, y otras veces por los enemigos exteriores con quie-

---

[4] Cf. *AJ.* 17, 189, y *Hechos de los apóstoles* 5, 37.

nes se hallaban en guerra, la cual provocó un hambre que derivó en conductas vergonzosas extremas, así como en la toma y destrucción de ciudades, hasta el punto de que esta convulsión social convirtió incluso el Templo de Dios en pasto de las llamas encendidas por los enemigos.

Se ve así que la alteración y modificación de las normas tradicionales propende enormemente a perder a quienes intervienen en ello, como lo demuestra el hecho de que Judas y Saduco, tras discurrir e introducir en nuestro pueblo una cuarta escuela de filosofía y procurarse numerosos adeptos, no sólo llenaron de inquietud a la población en la fecha en cuestión, sino que además sembraron la semilla de las calamidades que posteriormente hicieron presa en la nación judía en razón del carácter insólito y nunca antes visto de tal sistema filosófico, del que quiero hablar un poco, habida cuenta sobre todo de que el Estado judío fue a la ruina por el fanatismo del que los jóvenes fueron imbuidos por estos agitadores.

11. *Caracterización de las tres sectas judías: fariseos, saduceos y esenios.* 2. Los judíos contaban desde la más remota antigüedad con tres escuelas filosóficas: la de los esenios, la de los saduceos y, en tercer lugar, la de los llamados fariseos. Y aunque nosotros hemos hablado de ellas en el libro segundo de la *Guerra judía*[5], no obstante aludiré de nuevo a las mismas ahora.

12. Pues bien, los fariseos llevan una vida frugal, sin la menor concesión a la molicie, y siguen fielmente aquellos principios que la razón les sugiere y determina como buenos, puesto que consideran que la observancia de los principios que la razón quiere revelarles es algo por lo que merece la pena luchar. Conceden el máximo de respeto a quienes les aventajan en edad, y no osan contradecir sus indicaciones ni criticarlas. Y aunque entienden que todo el acontecer humano está determinado por el destino, tampoco quitan a la voluntad su propia iniciativa, por haber determinado Dios, por un lado, que en el devenir de los acontecimientos intervenga también la decisión del destino, y, por otro, que la voluntad de los hombres proceda con virtud o maldad. Y creen ellos que las

[5] Cf. *BJ.* 2, 119-167.

almas poseen el don de la inmortalidad, y que cuando ellas bajan al otro mundo sufren condenas o reciben premios, según en la vida se hubieran conducido perversa o virtuosamente, de suerte que las primeras reciben como pago la prisión eterna, y las segundas la facultad de volver a la vida. Por estas enseñanzas no sólo consiguen que las gentes les crean ciegamente, sino que además logran que sean realizados según sus indicaciones los actos rituales inherentes a las oraciones y a los sacrificios. ¡Tan alto grado de fidelidad les testimoniaron las ciudades con la práctica de lo que consideraban mejor así en la forma de vida como en sus palabras!

16. Por lo que a los saduceos respecta, su doctrina enseña que las almas se desintegran al mismo tiempo que los cuerpos. Y ellos no se preocupan de observar ninguna otra cosa más que las leyes, puesto que consideran una virtud discutir a los maestros las enseñanzas que éstos pretenden hacer prevalecer. Esta doctrina es admitida por pocos hombres, aunque estos pocos son los que ocupan los puestos principales, pero sin que ellos la pongan en práctica en absoluto (hablando en términos generales), ya que, cuando pasan a ocupar alguna magistratura, se resignan, en contra de su voluntad y a la fuerza, a seguir las directrices de lo que enseña la doctrina de los fariseos, y eso porque el pueblo no les consentiría ningún otro proceder.

18. En lo que a los esenios toca, su doctrina gusta de dejar todo en manos de Dios, y asimismo defienden la inmortalidad de las almas, al tiempo que consideran la consecución de la virtud un objetivo por el que merece la pena luchar. Y si ellos llevan ofrendas al Templo, no celebran, en cambio, sacrificios a causa de la diferencia entre las purificaciones seguidas en el Templo y las habituales en ellos, y por esta razón, como se les prohibe realizar los sacrificios como todos en el atrio del Templo, los llevan a cabo entre ellos solos. Pero por lo demás son hombres de una condición extremadamente buena, y capaces de desplegar los mayores esfuerzos dedicados a la agricultura. Y merece que se admire la justicia de sus comportamientos más que a cualesquiera otros que persiguen la virtud, puesto que nadie entre los griegos o los bárbaros dio en modo alguno el más mínimo ejemplo de una conducta tan justa, mientras que, sin embargo, en ellos ya desde antiguo concurre la circunstancia de no verse impedidos a practicarla. Se trata de lo siguiente: los bienes de uno son comunes a todos, de forma tal que

el rico no disfruta de sus propiedades en mayor medida que el que no posee lo más mínimo. Este sistema de vida lo practican un número de hombres superior a los cuatro mil.

21. Y ni toman esposas ni practican la posesión de esclavos, por entender que esto último comporta injusticia y que lo primero da motivos para la discordia. Y como viven ellos solos se prestan mutua ayuda. Eligen a hombres honrados a mano alzada para que se hagan cargo de los ingresos recibidos y de los frutos que las tierras les producen, mientras que los sacerdotes se ocupan de la elaboración del pan y preparación de las viandas. Y se comportan en su vida de manera en absoluto diferente, sino de una forma sumamente parecida a la secta de los dacios conocida por el nombre de los polistas[6].

23. *Judas de Galilea, jefe de una cuarta escuela, defensora a ultranza de la libertad.* 6. Judas de Galilea, por su parte, se instituyó jefe de una cuarta escuela filosófica. Quienes sustentan las ideas enseñadas por esta escuela concuerdan con el punto de vista de los fariseos en todas las cuestiones, con la única diferencia de que su amor por la libertad es inconmovible, puesto que no aceptan otro jefe y soberano más que únicamente a Dios. Tienen por cosa de poca monta sufrir las más diferentes clases de muertes por oponerse a dar a hombre alguno el título de soberano. Y como la mayoría de la gente ha visto con sus propios ojos con cuánta firmeza soportan los mayores sufrimientos por defender estos principios, omito extenderme más en ello, pues temo no que algo de lo que yo diga acerca de ellos quede en una noticia increíble, sino, por el contrario, que mis palabras induzcan al lector a considerar la capacidad de sufrimiento de estos hombres por debajo del desprecio que hacia él muestran[7]. Esta locura fue la causante de que el pueblo judío empezara a corromperse, aprovechando que Gesio Floro[8], cuando fue procurador de Judea, con la arbitrariedad de sus ofensas exasperó a los judíos y los obligó a sublevarse contra los romanos.

---

[6] Esto es, quienes frente al común de los dacios, de vida nómada, se agrupan en ciudades.

[7] Cf. *BJ.* 2, 151-153.

[8] Cf. *AJ.* 20, 252-258, y *BJ.* 2, 277-292.

26. *Datos generales sobre el gobierno de Judea.* 2. Este es el número de escuelas filosóficas existentes en Judea en aquel tiempo. Cirinio, por su parte, tras haber vendido los bienes de Arquelao y cuando había tocado ya a su fin la elaboración del censo, el cual, ordenado por Augusto, se llevó a cabo treinta y siete años después de la derrota[9] sufrida por Antonio en Actio, despojó de la dignidad de su cargo al Sumo Sacerdote Joazar, contra quien se había amotinado la multitud y en su lugar designó Sumo Sacerdote a Anán, hijo de Set. Y, a su vez, Herodes[10] y Filipo se dedicaron a administrar las respectivas tetrarquías que recibieron cada uno de ellos dos. En este sentido, Herodes amuralló la ciudad de Séforis, honra y prez de toda la Galilea, a la que denominó *Ciudad Imperial,* y asimismo, después de rodear con una muralla la localidad de Betaranta (la cual era también una ciudad), la denominó Juliade, en honor de la esposa del emperador. Filipo, por su parte, tras reconstruir la localidad de Paniade junto a las fuentes del Jordán, le puso por nombre Cesarea. Igualmente él designó con el nombre de Julia, hija de Augusto, a la aldea de Betsaida, situada junto al lago de Genesaret, tras otorgarle el rango de ciudad no sólo por la muchedumbre de sus habitantes, sino también por su importancia.

29. *Procuradores de Judea entre el 6-25 d. C.: Coponio, Ambivio, Rufo y Grato.* 10. Cuando Coponio era procurador de Galilea, adonde, según dije, había sido enviado junto con Cirinio[11], ocurrió el siguiente hecho. Con motivo de la celebración de la fiesta de los ázimos, que llamamos Fiesta de Pascua, es costumbre que los sacerdotes abran a media noche las puertas del Templo. Pues bien, tan pronto como ellos las hubieron abierto unos samaritanos que habían entrado secretamente en Jerusalén esparcieron entre los pórticos del Templo osamentas humanas. Esto hizo que se impidiera a todo el mundo el acceso al Templo, cosa inhabitual hasta entonces en tales circunstancias, y no sólo eso, sino que además adoptaron unas medidas de mayor vigilancia del Templo. No mucho después regresó a Roma Coponio, y vino a sucederle en el gobierno de Judea Marco Ambivio[12], durante cuyo mandato tam-

[9] Ocurrida en el año 31 a. C.
[10] Herodes Antipas. Cf. *AJ.* 17, 318, y *BJ.* 2, 167 y ss.
[11] Cf. *AJ.* 18, 2.
[12] Hacia el año 9 d. C.

bién Salomé, la hermana del rey Herodes, en el momento de su muerte dejó a Julia la ciudad de Jamnia y todas las localidades gobernadas por ella, así como la ciudad de Fasaélide, situada en la llanura, y la de Arquelaide, donde había una plantación inmensa de palmeras que producían un fruto de la mejor calidad[13]. A Marco Ambivio le sucedió Anio Rufo[14], durante cuyo mandato murió el propio Augusto, segundo emperador romano[15], después de ejercer el poder por un espacio de cincuenta y siete años, a los que hay que sumar seis meses más dos días (de todo este período de tiempo Antonio había compartido el poder con él durante catorce años)[16], habiendo vivido setenta y siete años. A Augusto le sucedió al frente del imperio Tiberio Nerón, que era hijo de su esposa Julia. Éste es ya el tercer emperador. Y como sucesor de Anio Rufo fue enviado por Tiberio como procurador de Judea, adonde llegó, Valerio Grato[17], quien, tras deponer a Anán del cargo de Sumo Sacerdote, designó en su lugar a Ismael, hijo de Fabí. Pero también a éste no mucho después lo sustituyó y en su lugar designó Sumo Sacerdote a Eleazar, hijo de Anán, a su vez, en otro tiempo, Sumo Sacerdote. Y al cabo de un año depuso también a éste y entregó la dignidad de Sumo Sacerdote a Simón, hijo de Camito. Pero cuando no había transcurrido un período de tiempo superior a un año desde que éste ocupara el cargo, lo sustituyó Josefo, conocido también por el nombre de Caifás. Y después de esto Grato regresó a Roma, luego de pasar once años en Judea, adonde llegó como sucesor Poncio Pilato[18].

36. *Herodes Antipas funda la ciudad de Tiberíades, en honor de Tiberio.* 3. Por su parte, el tetrarca Herodes [19] (pues alcanzó un alto grado de amistad con Tiberio) edificó la ciudad que lleva el nombre del emperador, a saber, Tiberíades, y la fundó en el lugar

---

[13] Cf. *AJ.* 17, 321 y 340.

[14] En el año 11 d. C.

[15] Josefo considera a Julio César el primer emperador.

[16] A la muerte de Julio César en el año 44 a. C. entiende Josefo que tomaron el poder en Roma Octavio y Antonio, que compartieron hasta la batalla de Acio en el 31 a. C., y que Augusto ejerció hasta su muerte, en el año 14 d. C. Había nacido en el 63 a. C.

[17] En el año 14 d. C.

[18] En el año 25 d. C.

[19] Cf. *AJ.* 17, 318.

más hermoso de Galilea, a orillas del lago de Genesaret. Y no lejos de allí hay unas termas, en una aldea de nombre Emaús. Y la habitaron gentes llegadas allí y entre ellos había no pocos galileos. También otros hombres fueron traídos para habitar esta ciudad de las tierras sometidas al tetrarca, obligados y por la fuerza. Algunos de ellos ocupaban incluso cargos. Pero acogió también para habitar la ciudad junto con los anteriores a mendigos traídos allí de todas partes, entre los cuales había algunos que no era claro incluso que fueran personas libres. Pero él les dio la libertad y les concedió numerosos beneficios en numerosas circunstancias, imponiéndoles la necesidad de no abandonar la ciudad no sólo con la construcción de viviendas costeadas por él mismo, sino también con la entrega de tierras de las suyas propias, porque sabía que la fundación de esta ciudad era ilegal y contraria a la tradición judía por haber sido fijado el asentamiento de Tiberíades entre monumentos funerarios, allí existentes en gran número y que tuvieron que ser levantados. En este caso la ley nos indica que quienes habiten estos lugares se hallan en estado de impureza durante siete días.

39. *Digresión sobre los partos y sus problemas.* 4. También por esta época murió Fraates, el rey de los partos, a consecuencia de una conspiración tramada contra él por su hijo Fraataces por el motivo siguiente. Fraates, cuando ya había tenido hijos legítimos, tuvo relaciones con una joven esclava itálica, de nombre Formusa, la cual le había sido enviada con otros obsequios más por Julio César, primeramente como concubina, pero, entusiasmado por la extraordinaria belleza de la joven, con el paso del tiempo y cuando ésta había tenido con él a Fraates, la declaró su esposa y la trataba con todo respeto. Ella, que se comportaba con total lealtad hacia el rey en todo lo que éste decía y que estaba decidida a que el trono de los partos lo ocupara su propio hijo, comprobaba que esto no podría cumplirse en absoluto a no ser que ella urdiera la eliminación de los hijos legítimos de Fraates. Procedió entonces a persuadirlo a que enviara a Roma en concepto de rehenes a sus hijos legítimos. Y éstos (pues Fraates no encontró manera de negarse a las imposiciones de Formusa) fueron enviados a Roma. Pero Fraataces, aunque era el único hijo de Fraates criado para en su día hacerse cargo del gobierno, llegó un tiempo en que empezó a considerar terrible y asimismo torpe esperar a heredar el poder cuando lo entregara su padre, de modo que urdió la muerte de su progeni-

tor con la colaboración de su madre, con la que se decía que tenía relaciones íntimas. Y él, aborrecido por ambas cosas, puesto que sus súbditos consideraban los amores con su madre una mancha en absoluto inferior a su parricidio, se vio envuelto en un levantamiento popular y antes de llegar a adulto fue destronado. Y así murió. Y como los partos más nobles consideraran unánimemente que les resultaba imposible no ser gobernados por reyes (reyes que deben pertenecer a la familia de los arsácidas, puesto que la ley no permitía a ningún otro que mandara en ellos) y que eran ya demasiadas la cantidad de veces que hasta aquel momento había sido ultrajado el trono, no sólo por el matrimonio con la concubina itálica, sino también por su descendencia, por unos embajadores que enviaron llamaron como rey a Orodes, quien si por un lado era extremadamente mal visto por el pueblo y culpable por su extremada crueldad (pues era sumamente torpe y terriblemente propenso a la cólera), por otro, en cambio, pertenecía a la citada familia de estirpe real. Pero el pueblo, que se levantó en armas contra éste, lo mató, según algunos aseguran en un banquete en que corrió el vino (pues es costumbre que todos lleven dagas), pero según precisa la noticia más divulgada, en una cacería a que lo habían invitado. Y acudiendo unos embajadores a Roma, solicitaron un rey entre los allí rehenes, y les fue enviado Bonones, siendo preferido éste a sus hermanos, pues con él parecía que iba la suerte, que le ofrecían en bandeja los dos imperios más grandes que había bajo el sol, el propio y el ajeno. Pero a estos bárbaros, que son de natural inestable, los asaltó inmediatamente la idea de dar marcha atrás, no sólo por la indignidad del caso (pues desdeñaban cumplir lo ordenado por un esclavo extranjero, sustituyendo el nombre de rehén por el de esclavo), sino también por la infamia que implicaba el hecho de haberlo llamado, pues, según ellos entendían, él les había sido dado para reinar sobre los partos no por la justa vía de la guerra, sino por un procedimiento peor a juicio de todo el pueblo, por la vía infame de la paz.

Así pues, inmediatamente llamaron como rey a Artabano, quien en aquel entonces ocupaba el trono de Media, perteneciente él a la familia de los arsácidas. Y Artabano, que aceptó su invitación, marchó allá con un ejército. Pero se le enfrentó Bonones, quien primeramente lo venció en aquella confrontación gracias a que el pueblo de los partos se puso de su parte, y Artabano se vio obligado a huir a las montañas de Media. Pero no mucho después,

tras reclutar un poderoso ejército, entabló combate con Bonones y lo venció, momento éste en que Bonones huyó a Seleucia montado a caballo y acompañado de unos pocos de los suyos. Y Artabano, después de causar copiosa mortandad entre los derrotados con objeto de asustar a los bárbaros, regresó con sus huestes a Ctesifonte. Y a partir de aquel momento ocupó ya el el trono de los partos, mientras Bonones escapó a Armenia. Éste al principio pretendía recuperar su país, y en este sentido envió repetidas veces embajadores a Roma. Pero cuando Tiberio rehusó concederle ayuda, en parte por la cobardía de que había hecho gala Bonones y en parte por las amenazas del nuevo rey parto (quien también respondió enviando a Roma a sus embajadores y amenazándolo con la guerra) y como no disponía de ningún otro medio de recuperar el trono (puesto que incluso los poderosos armenios que habitaban en los aledaños del monte Nifates se pasaron a Artabano), Bonones se entregó a Silano, el legado romano de Siria. Y éste, por consideración a la estancia de Bonones en Roma, lo mantuvo en Siria bajo su protección. Y Artabano, por su parte, entregó el gobierno de Armenia a Orodes, unos de sus propios hijos.

53. *Muerte de Germánico en el Este.* 5. Y murió también Antíoco, el rey de Comagene[20]. Y entonces el pueblo se enfrentó a los nobles, de manera que ambas partes enviaron embajadores a Roma, los ricos pretendiendo cambiar aquel tipo de régimen en una provincia romana y el pueblo ser gobernado por un rey, como era tradicional en ellos. Y el Senado decidió por votación enviar a Germánico[21] a enderezar la deteriorada situación del Este, acción aprovechada por el destino para ocasionarle la muerte. En efecto, una vez que llegó al Este y hubo enderezado todos los fallos, murió envenenado por Pisón[22], como otros autores han demostrado.

55. *Poncio Pilato se ve obligado a retirar de Jerusalén las efigies del emperador ante la obstinada intransigencia de los judíos.* 3. Por su parte, Pilato, el procurador de Judea, tras llevar de

---

[20] Comagene es una región de Siria.

[21] Germánico, hermano del futuro emperador Claudio por parte de madre, fue asesinado en el año 19 d. C. Cf. Tácito, *An.* 2, 69-72.

[22] Cneo Calpurnio Pisón había sido nombrado legado de Siria en el año 17 d. C.

Cesarea al ejército y asentarlo en Jerusalén para que pasara allí el invierno, con la intención de acabar con las costumbres judías concibió la idea de introducir en la ciudad las efigies del emperador que portan los estandartes militares, cuando nuestra ley prohibe la fabricación de efigies[23]. Justo por este motivo los procuradores anteriores efectuaban su entrada en la ciudad con estandartes desprovistos de tales adornos. Pilato fue el primero en ordenar llevar y asentar en Jerusalén las referidas efigies, sin que de ello se enteraran las gentes por haber tenido lugar la entrada por la noche. Pero los judíos, cuando se enteraron de ello, se presentaron en masa en Cesarea, suplicándole a Pilato durante un gran número de días que ordenara el traslado de las efigies de Jerusalén a otra parte. Pero él no accedió a sus ruegos porque comportaban una ofensa contra el emperador, y en vista de que ellos no dejaban de importunarlo con sus peticiones, al sexto día, luego de situar al ejército en armas a escondidas de los suplicantes, subió él al estrado. Éste, que ocultaba al ejército puesto al acecho, había sido dispuesto en el estadio. Y como los judíos volvieran de nuevo a suplicarle, tras dar a sus soldados la señal convenida los puso en derredor de los suplicantes y los amenazó con imponerles inmediatamente como castigo la muerte si no dejaban de promover disturbios y regresaban a casa. Pero ellos, arrojándose al suelo boca abajo y poniendo al descubierto su cuerpo para ser traspasados por las espadas, dijeron que les produciría mayor placer recibir la muerte que osar contravenir la doctrina propia de las leyes. Y Pilato, maravillado de la entereza que mostraban en la observancia de sus leyes, ordenó inmediatamente trasladar las efigies de Jerusalén a Cesarea.

60. *Disturbios ocasionados por la construcción de un acueducto.* 2. Y Pilato construyó también un acueducto hasta Jerusalén a costa del dinero sagrado y tomando las aguas a unos doscientos estadios de Jerusalén[24]. Pero ellos no estaban contentos con el asunto del agua, y, en este sentido, reunidas muchas decenas de millares de personas lo increpaban y gritaban que abandonara tal empeño, y algunos, recurriendo al insulto, llegaron incluso a faltar a su persona, comportamiento por otra parte habitual en las

[23] Cf. *BJ.* 2, 172 y ss.

[24] Esto es, a una distancia de casi 4 kilómetros.

masas[25]. Entonces Pilato, tras enviar para rodearlos una ingente multitud de soldados vestidos con el mismo atuendo que ellos y que portaban porras debajo de su vestimenta, les ordenó que se retiraran. Y en vista de que, lejos de ello, insistían en insultarlo, dio a los soldados la señal convenida. Entonces éstos los golpearon con mucha mayor dureza de lo que les había mandado el propio Pilato, azotando por igual a los que alborotaban y a los que no. Pero ni aun así adoptaban un comportamiento educado, a consecuencia de lo cual, al ser cogidos desarmados por hombres bien pertrechados que cargaban sobre ellos muchos de los alborotadores murieron incluso en estas circunstancias, mientras otros se retiraron también malheridos.

63. *El famoso, aunque ¿espurio?,* Testimonium Flavianum. 3. Por estas fechas vivió Jesús, un hombre sabio, si es que procede llamarlo hombre. Pues fue autor de hechos extraordinarios y maestro de gentes que gustaban de alcanzar la verdad. Y fueron numerosos los judíos e igualmente numerosos los griegos que ganó para su causa. Éste era el Cristo. Y aunque Pilato lo condenó a morir en la cruz por denuncia presentada por las autoridades de nuestro pueblo, las gentes que lo habían amado anteriormente tampoco dejaron de hacerlo después, pues se les apareció vivo de nuevo al tercer día, milagro éste, así como otros más en número infinito, que los divinos profetas habían predicho de él. Y hasta el día de hoy todavía no ha desaparecido la raza de los cristianos, así llamados en honor de él.

65. *Dos sucesos ocurridos en Roma, relativos a las romanas Paulina y Fulvia.* 4. Por las mismas fechas otro suceso espantoso sacudió a los judíos, y el templo de Isis ubicado en Roma se vio envuelto en unos hechos no exentos de ignominia. Primeramente aludiré al crimen cometido por los sacerdotes de Isis y luego ya pasaré a referir lo que les ocurrió a los judíos residentes en Roma. Era Paulina una matrona romana que por el rango de sus antepasados y por su propio celo en cultivar la virtud había conseguido que su nombre llegara muy lejos. Y aunque no sólo disponía de cuantiosos posibles económicos, sino que además era

[25] Cf. *BJ.* 2, 175 y ss.

hermosa de cara y se encontraba en el momento de la vida en que las mujeres están más exultantes, los esfuerzos principales los dedicaba a llevar una vida morigerada. Estaba casada con Saturnino, equivalente en todo a la nobleza con que estaba adornada ella. De esta mujer se enamoró Decio Mundo, quien gozaba de un alto rango entre los caballeros de su tiempo. Y como ella era de una altura moral superior a toda posibilidad de ser conquistada con regalos, por haber hecho caso omiso de ellos pese a haberle sido enviados en gran cantidad, el enamorado se prendó de ella todavía más, tanto que prometió darle nada más y nada menos que doscientas mil dracmas áticas por dormir con ella una sola noche. Y como ni aun así consiguiera quebrantar la voluntad de esta mujer, al no soportar él haber fracasado en su amor entendió que lo mejor para poner fin al mal que lo aquejaba era condenarse a morir por la no ingestión de alimentos. Y él, una vez que hubo optado por este final, no dejaba de intentar llevarlo a efecto.

Pero Mundo tenía en casa a una liberta de su padre, experta en todo tipo de dolencias, quien, afectada terriblemente por la determinación del joven de morir (pues no dejaba de notársele su decisión de morir), no sólo intentaba levantarle el ánimo, recurriendo a la conversación con él, sino que incluso procuraba convencerlo y hacerle concebir ciertas esperanzas de que él conseguiría tener relaciones íntimas con Paulina. Y como él acogiera con agrado el ruego de la liberta de que renunciara a morir, ella le dijo que necesitaría únicamente cincuenta mil dracmas para conquistar a la matrona. Y ella, tras conseguir levantar el ánimo del joven y haber recibido las monedas de plata solicitadas, no adoptó el mismo método que había utilizado Mundo anteriormente, al comprobar la imposibilidad de conquistar a la matrona por dinero alguno, sino que, al saber que aquella mujer sentía una gran devoción por el culto de Isis[26], ideó el siguiente ardid. Trabando conversación con algunos sacerdotes de esta diosa y haciéndoles concebir grandes esperanzas y, lo más importante, que les entregaría dinero, de momento veinticinco mil dracmas áticas, y si el asunto tenía éxito otras tantas, les dio cuenta del amor del joven, mandándoles que

[26] El culto de Isis contaba en su haber, entre otros, con el ritual de la *incubación*.

pusieran todo el empeño en conquistar a la matrona. Y ellos, seducidos por la cantidad de oro ofrecido, se lo prometieron. Y el más venerable de ellos, corriendo a casa de Paulina y siéndole franqueada la entrada, le pidió hablar con ella a solas, y, concedido ello, le dijo que había llegado allí enviado por Anubis, dios que estaba rendido de amor por ella y quien le ordenaba que fuera a visitarlo al templo. Esta noticia era lo más que ella podía desear, tanto que entre sus amigas se pavoneaba por el tipo de petición formulada por Anubis, y en consecuencia comunicó a su marido que había sido invitada a cenar y acostarse con Anubis. Y él accedió a ello, sabedor de la formalidad de su mujer. Así pues, marchó ella al recinto sagrado y, tras cenar, llegada la hora de dormir, fueron cerradas las puertas por el sacerdote y sacadas fuera las lámparas que había en el interior del templo. En estas circunstancias, Mundo, que se había ocultado en aquel lugar antes de que las puertas hubieran sido cerradas, no dejó de tener relaciones íntimas con ella, sino que la matrona dedicó sus servicios la noche entera a Mundo, convencida de que el ser con quien dormía era un dios. Y como él se hubiera marchado antes de que empezaran a moverse por allí los sacerdotes que no tenían conocimiento de la maquinación, Paulina, tras volver de madrugada junto a su marido, le dio cuenta de la aparición de Anubis y deslumbraba a sus amigas por lo que contaba de él. Pero éstas, por un lado, eran incrédulas al respecto, al considerar la naturaleza del hecho, pero por otro estaban maravilladas, puesto que no sabían cómo podrían juzgar increíbles aquellos hechos cuando pensaban en la formalidad y la dignidad de aquella mujer. Pero tres días después de este hecho Mundo, al encontrarse con ella, le dijo: «Paulina, no sólo me ahorraste doscientas mil dracmas, cuando pudiste haberlas sumado a tu propio patrimonio, sino que al mismo tiempo no dejaste de concederme los servicios que te solicitaba. Ahora bien, como tú intentabas burlarte de Mundo me hice llamar Anubis, puesto que no me importan en absoluto los nombres, sino el placer que entrañan los hechos». Él se alejó después de decirle esto, mientras ella, que sólo entonces cayó en la cuenta de la fechoría, no sólo se rasgó las vestiduras, sino que además, corriendo a dar cuenta a su marido de tamaña maquinación, le pedía no ser abandonada cuando ella solicitaba su ayuda. Y él dio conocimiento del hecho al emperador. Y Tiberio, tras obtener una información meticulosa de lo ocurrido por el interrogatorio a que sometió a los sacerdotes, condenó a éstos a

morir en la cruz, como también a Ida[27], por haber sido la culpable de la perdición de aquella matrona y por haber urdido todo el plan aquel que conllevaba vejación para aquella mujer. Y asimismo derruyó el templo y ordenó arrojar a las aguas del río Tíber la estatua de Isis. A Mundo, en cambio, lo condenó al destierro, considerando impedimento para no castigarlo con mayor dureza el hecho de que había cometido este fallo dominado por la pasión amorosa.

De este tenor fue la infamia en que se vieron envueltos los sacerdotes del templo de Isis. Ahora pasaré a relatar las desgracias con que se encontraron por estas fechas los judíos residentes en Roma, según advertí anteriormente[28].

81. Había allí un judío, huido de su patria por haber sido acusado de transgredir determinadas leyes y por temor al consiguiente castigo, quien era un malvado en grado extremo. Y él, que en aquel entonces residía en Roma, afectaba ser experto en la interpretación de la ley mosaica. Pues bien, tras reunir consigo a tres hombres de condición absolutamente idéntica a la suya, persuadieron a Fulvia, mujer que frecuentaba su trato y que, siendo una de las matronas romanas de alto rango, se había convertido al judaísmo, a que les entregara para remitir al Templo de Jerusalén púrpura y oro. Pero ellos, una vez que hubieron recibido estas ofrendas, las gastaron en usos particulares, que era justamente el objetivo para el que había sido formulada la petición desde un principio. Y Tiberio, al que por encargo de la matrona se lo comunicó Saturnino, quien era amigo suyo y marido de Fulvia, ordenó que fueran expulsados de Roma la totalidad de los judíos Y los cónsules, tras alistar en el ejército a cuatro mil de ellos, los enviaron a la isla de Cerdeña[29], y a la inmensa mayoría de ellos los castigaron a causa de su negativa a incorporarse al ejército[30] por la observancia de las leyes heredadas de sus antepasados judíos.

85. *Éxito y desgracia de un iluminado samaritano.* 4. Los judíos romanos fueron expulsados de la ciudad por culpa de la

---

[27] Nombre, sin duda, parlante, y que significa *experta.* Cf. *AJ.* 18, 69, donde es calificada de tal.

[28] Cf. *AJ.* 18, 65.

[29] Cf. Tácito, *An.* 2, 85, y Suetonio, *Vida de Tiberio,* 36.

[30] Cf. *AJ.* 16, 27.

perversidad de cuatro hombres. Pero tampoco el pueblo de los samaritanos dejó de cometer disturbios. En efecto, los revolvió un hombre que no daba importancia alguna al mentir y que urdía cualquier cosa para halagar a la masa. Consecuentemente, les mandó que se reunieran con él en la cima del Monte Garizín, considerado por ellos el más sagrado de todos los montes, puesto que les aseguraba que, si acudían allí, les mostraría los objetos sagrados sepultados en aquel lugar, siendo Moisés, según él, quien los había enterrado en aquel sitio. Y los samaritanos, considerando creíble su información, tomaron las armas y, asentados en cierta aldea de nombre Tirazana, acogían a los que se iban incorporando, con intención de efectuar la subida a la cima de la montaña con una nutrida multitud. Pero antes de que ellos hubieran conseguido subir a la montaña se les anticipó y les tomó la delantera Pilato con el envío de soldados de caballería y de infantería, quienes, al trabar combate y enfrentarse a los concentrados en la citada aldea, mataron a unos y pusieron en fuga a otros, al tiempo que llevaron detenidos a un elevado número de ellos, y a los principales cabecillas así como a los más influyentes de los que pretendieron huir los mató Pilato.

88. *Vitelio, legado de Siria, depone a Pilato.* 2. Una vez que este motín se hubo aplacado, los senadores de Samaria se presentaron ante Vitelio[31], ex cónsul y que ocupaba el cargo de legado de Siria, y acusaban a Pilato de la muerte de los amotinados, puesto que, según ellos decían, habían acudido a Tirazana no para sublevarse contra los romanos, sino para escapar de la insolencia de Pilato. Vitelio entonces, tras enviar a Marcelo, uno de sus amigos, para que se encargara del gobierno de Judea, ordenó a Pilato que partiera hacia Roma para responder ante el emperador de las acusaciones que contra él habían vertido los judíos. Y Pilato, después de pasar diez años[32] en Judea, se dirigió a Roma, obedeciendo a los mandatos de Vitelio, a los que no podía oponerse. Pero antes de que él hubiera arribado a Roma Tiberio ya había abandonado este mundo.

---

[31] Lucio Vitelio: fue legado de Siria del año 35 al 37 d. C. y amigo íntimo del emperador Claudio. Cf. Suetonio, *Vitelio* 3, y Tácito, *An.* 6, 32.

[32] Años 26-36 d. C.

90. *Vitelio apacigua a los judíos con una acción bien recibida por éstos.* 3. Y Vitelio, tras presentarse en Judea, subió a Jerusalén con motivo de celebrar los judíos la fiesta denominada Pascua. Y al haber sido recibido con grandes honores, eximió para siempre a los habitantes del lugar de la obligación de aportar los frutos propios del mercado y, en cuanto a la vestimenta del Sumo Sacerdote y a la totalidad de su atuendo, les concedió que fueran depositadas en el Templo y que corrieran al cuidado de los sacerdotes, ejerciendo éstos sobre tales ropas un control como ya habían hecho antiguamente. En cambio, hasta el momento en que Vitelio llegó a Jerusalén esta vestimenta del Sumo Sacerdote se encontraba depositada en la Antonia (se trata de una fortaleza así denominada) por el motivo siguiente.

Hircano, uno de los Sumos Sacerdotes, concretamente el primero[33] de los muchos que llevaron este nombre, como había levantado cerca del Templo una torre en la que residía habitualmente, la vestimenta sacerdotal (habida cuenta de que era él quien la guardaba por ser el único al que se le había autorizado el derecho a usar tal indumentaria) la dejaba depositada también en este lugar cada vez que se ponía la suya propia para bajar a la ciudad. Y lo mismo cuidaron de hacer sus hijos y sus nietos. Herodes, por su parte, al hacerse rey, tras haber reparado lujosamente la torre en cuestión, por estar situada en un sitio idóneo, le puso por nombre Antonia, por ser él amigo de Antonio, y la vestimenta citada dejó que continuara depositada allí donde la encontró[34], en la confianza de que el pueblo en agradecimiento a ello no se levantaría jamás contra él. Y lo mismo que Herodes hizo también el rey que lo reemplazó, su hijo Arquelao. Y los romanos, cuando se hicieron cargo del gobierno de Judea[35] dejado por Arquelao, controlaron también la vestimenta del Sumo Sacerdote, siendo depositada en una casa de piedra y puesta bajo el sello de los sacerdotes y de los guardianes del tesoro, mientras el jefe de la fortaleza estaba encargado de encender la lámpara cada día. Y el referido jefe de la fortaleza entregaba la vestimenta a los sacerdotes siete días antes de la fiesta, y el Sumo Sacerdote, luego de usarla una vez purificada, al día siguiente de la fiesta volvía a depositarla en la misma casa en que

[33] Cf. *AJ.* 13, 228-230 y 307.
[34] Cf. *AJ.* 15, 403 y ss.
[35] Cf. *AJ.* 17, 344, 355, y 18, 2.

se hallaba antes. Esta operación se realizaba en tres fiestas de cada año y en la del ayuno. Vitelio, por su parte, con su comportamiento respecto a la vestimenta en cuestión se acomodó al dictado de nuestra tradición, al encargar al jefe de la fortaleza que no se entrometiera en el asunto y cuestión de dónde debía ser depositada ni cuándo debía usarse. Estas medidas las tomó él en beneficio del pueblo judío. Luego depuso del cargo de Sumo Sacerdote a Josefo, de sobrenombre Cayafás, y nombró en su lugar a Jonatas, hijo de Anán, que también había sido Sumo Sacerdote. Luego se puso en camino rumbo a Antioquía.

96. *Tiberio quiere asegurarse la paz con el parto Artabano.* 4. Pero Tiberio envió también una carta a Vitelio, en la que le ordenaba que gestionara un tratado de amistad con Artabano, rey de los partos (pues le daba miedo no fuera que, al ser su enemigo y más cuando había arrastrado a su esfera de influencia a Armenia[36], le causara todavía mayores daños), y que firmara el referido tratado de paz sólo si Artabano le entregaba rehenes, principalmente el hijo del propio Artabano. Y Tiberio, al mismo tiempo que escribía esta carta a Vitelio, trataba de persuadir con la entrega de grandes sumas de dinero tanto al rey de los iberos como al de los albanos[37] a que no dudaran lo más mínimo en atacar a Artabano. Y estos pueblos, aunque se resistieron a los intentos de Tiberio, mandaron contra Artabano a los escitas, permitiéndoles el paso por su propio territorio y abriéndoles el puerto del Caspio. Y a consecuencia de esto Armenia le fue arrebatada de nuevo a Artabano, y, al llenarse de guerras el país de los partos, los principales hombres del lugar fueron muertos y todos sus bienes destruidos, y hasta el hijo del rey cayó en una de estas batallas y con él cientos de miles de soldados de su ejército.

Y por lo que atañe a su padre Artabano, Vitelio, con el envío de dinero a sus familiares y amigos estuvo a punto de matarlo por medio de quienes habían recibido sus regalos, pero Artabano, al comprender que no podría escapar a la maquinación de que era objeto en razón de que, al haber sido urdida por numerosos hombres, y ellos los principales de su pueblo, no dejaría de tener éxito, y al considerar, en relación con las fuerzas que le permanecían fie-

[36] Cf. *AJ.* 18, 48 y 52.
[37] Pueblos del Cáucaso.

les, que también éstas o bien corrompidas aparentaran traidoramente guardarle lealtad o bien que en el momento de la prueba se pasarían a las formaciones constituidas por los hombres que lo habían abandonado antes, se puso a salvo dirigiéndose a las satrapías del Norte. Pero después de estos hechos, tras reunir un nutrido ejército compuesto por soldados daos y sacos[38] y atacar a sus opositores, recuperó el poder.

101. *Vitelio firma la paz con Artabano.* 5. Tiberio, cuando a sus oídos llegó esta noticia, deseaba firmar un tratado de paz con Artabano. Y como también aquél, al ser invitado a ello, acogiera con agrado la idea de tratar este asunto, se reunieron junto al Éufrates Artabano y Vitelio, y construida una pasarela sobre el río se encontraron en el punto medio del puente, acompañados uno y otro de sus respectivas escoltas. Y una vez que ellos hubieron llegado a un acuerdo, el tetrarca Herodes los agasajó con un banquete, luego de levantar a un alto coste una tienda en medio del puente. Y Artabano no mucho después envió a Tiberio como rehén a su hijo Darío y con él otros muchos obsequios, entre ellos a un hombre de siete codos de alto[39], de raza judía y de nombre Eleazar, a quien por su estatura se le llamaba *gigante*. Tras esto Vitelio regresó a Antioquía y Artabano a Babilonia. Pero Herodes, deseoso de ser el primero por quien Tiberio César se enterara de la toma de rehenes, le envió un correo con una carta escrita de su puño y letra en la que le daba cuenta precisa de todo y sin dejarle al ex cónsul nada que anunciar. Posteriormente, al serle enviada una carta por Vitelio y contestarle Tiberio César que ya lo sabía todo por haberle transmitido Herodes previamente noticia de ello, Vitelio, profundamente turbado e interpretando que había sido víctima de una afrenta más grave de lo que en realidad era, mantuvo oculta y sin revelar su ira por este hecho, hasta que, cuando Cayo tomó el poder, consiguió vengarse[40].

106. *Semblanza de Filipo: noble príncipe.* 6. Y Filipo (que era hermano de Herodes)[41] murió por aquel entonces, en el año

[38] Pueblos escitas: cf. Plinio, *Nat. Hist.* 6, 19, y Heródoto 7, 9.
[39] Cf. Heródoto 1, 68.
[40] Cf. *AJ.* 18, 245-255.
[41] Se trata de Herodes Antipas. Cf. *AJ.* 17, 318, y Lucas 3, 1.

vigésimo[42] de la subida de Tiberio al trono, después de haber gobernado él durante treinta y siete la Traconítide, la Gaulanítide y, además de estas regiones, la nación de los bataneos, y de dar a las gentes sobre las que gobernaba un trato comedido y suave. En efecto, residía permanentemente en las tierras de sus súbditos. Y viajaba con un pequeño séquito. Y ocupando el trono destinado a que Filipo, sentado en él, juzgara los casos que se le presentaban y que lo acompañaba en sus viajes, cada vez que alguien, yendo a su encuentro, necesitaba que lo socorriera, colocado el trono sin demora alguna, sino rápidamente en cualquier lugar, y sentándose Filipo en él escuchaba sus quejas, circunstancia en que imponía castigos a los condenados y dejaba en libertad a los que habían sido objeto de injustas imputaciones. Murió en la ciudad de Juliade, pero, transportado su cadáver al monumento funerario que previamente había levantado él mismo, se le dedicó un entierro extraordinario. Y como no dejó hijos, Tiberio, tras hacerse cargo del gobierno de sus tierras, las agregó a la provincia de Siria, aunque ordenó que las sumas de dinero recogidas en concepto de contribuciones en la que había sido tetrarquía de Filipo fueran depositadas en el mismo lugar.

109. *Guerra entre el árabe Aretas y Herodes Antipas, suscitada por problemas familiares.* 5. En este tiempo surgió la discordia entre el rey Aretas de Petra y Herodes por el motivo siguiente.

El tetrarca Herodes[43] se había casado en su día con la hija de Aretas, con quien llevaba ya mucho tiempo viviendo. Pero con motivo de un viaje a Roma se alojó en casa de Herodes[44], hermano suyo aunque no de madre, puesto que este último Herodes era hijo de la hija del Sumo Sacerdote Simón. Y Herodes Antipas, que se enamoró de Herodías, la mujer de su hermano (ésta era hija de

---

[42] Esto es, en el año 33 d. C.

[43] Este Herodes es Herodes Antipas (cf. *AJ.* 17, 318), hijo de Herodes el Grande y Maltace (cf. *AJ.* 17, 20), quien mató a san Juan Bautista (cf. *AJ.* 18, 116-150) y fue condenado al destierro por Cayo Calígula (cf. *AJ.* 18, 240-255).

[44] Este Herodes es, asimismo, hijo de Herodes el Grande y de Mariame, hija del Sumo Sacerdote Simón (cf. *AJ.* 18, 136). Este Herodes había sido declarado por su padre su sucesor, honor que después le negó (cf. *AJ.* 17, 53 y 78).

Aristobulo, también éste hermano de los dos Herodes, y hermana de Agripa el Grande), llegó incluso a proponerle el matrimonio. Y como ella lo aceptara, acordaron que la trasladaría a su casa cuando regresara de Roma. Y en el acuerdo alcanzado estaba estipulado que Herodes Antipas repudiaría a la hija de Aretas. Tras este acuerdo Antipas se hizo a la mar rumbo a Roma. Y cuando regresó a casa tras haber realizado en Roma las gestiones objeto de su misión, su mujer, que se había enterado del acuerdo de su marido con Herodías, le solicitó, antes de que él se hubiera informado de que ella estaba al corriente de todo, que la mandara a Maquerunte (fortaleza situada en la frontera que separaba el reino de Aretas del de Herodes), sin revelarle sus intenciones. Y Herodes accedió a mandarla, suponiendo que la mujer no estaba enterada de nada. Y ella, nada más llegar a Maquerunte, donde encontró todo dispuesto por el comandante de la plaza para continuar el viaje (pues ella había enviado con bastante antelación a Maquerunte, entonces perteneciente al reino de su padre, un mensajero para informar de su llegada), corrió a Arabia, adonde fue llevada por los comandantes de las sucesivas plazas a las que iba llegando. De esta manera llegó rápidamente junto a su padre, a quien informó de la decisión de Herodes. Y Aretas inició a causa de este comportamiento de Herodes su hostilidad hacia él, traducida en una disputa de fronteras en la región de Gamalítide. Y una vez que ambos hubieron reunido sus fuerzas entraron en guerra, llevada por los generales de uno y otro, en quienes ellos delegaron. Y entablada batalla, fue aniquilado todo el ejército de Herodes, al traicionarle y huir al enemigo ciertos hombres que, procedentes de la tetrarquía de Filipo, se habían unido al ejército de Herodes. Herodes comunicó por carta estos hechos a Tiberio. Y éste, montando en cólera por el ataque de Aretas, ordenó por carta a Vitelio que lo atacara y que o bien se lo mandara cautivo si era cogido vivo, o bien que le enviara su cabeza si era matado.

116. *Rumor popular de que la derrota sufrida por Herodes Antipas se debía a que Dios lo había castigado así por haber matado a Juan Bautista.* 2. Tiberio mandó a su legado de Siria que cumpliera este cometido. Pero algunos judíos eran de la opinión de que el ejército de Herodes había perecido por castigo de Dios, quien de esta manera habría castigado muy justamente a Herodes en represalia por la muerte de Juan, de sobrenombre Bautista, a

quien, efectivamente, había matado Herodes, a pesar de ser Juan un hombre bueno, quien recomendaba incluso a los judíos que practicaran las virtudes y se comportaran justamente en las relaciones entre ellos y piadosamente con Dios y que, cumplidas estas condiciones, acudieran a bautizarse, puesto que sólo así Él consideraría aceptable su bautizo, no si lo utilizaban para lograr el perdón de sus pecados, sino si acudían a bautizarse únicamente para la purificación corporal y para ninguna otra cosa, al dar por sentado que su alma estaba ya purificada de antemano con la práctica de la justicia[45]. Y como el resto de las gentes se unieran a él (pues sentían un placer exultante al escuchar sus palabras), Herodes, por temor a que esa enorme capacidad de persuasión que el Bautista tenía sobre las personas le ocasionara algún levantamiento popular (puesto que las gentes daban la impresión de que harían cualquier cosa si él se lo pedía), optó por matarlo, anticipándose así a la posibilidad de que se produjera una rebelión a instancias de él, juzgando este hecho mucho mejor que tener que arrepentirse luego, al encontrarse con problemas tras sufrir un revés. Entonces Juan, tras ser trasladado a la citada fortaleza de Maquerunte, fue matado en ella. Y los judíos opinaban que el descalabro de sus fuerzas expedicionarias se había producido en represalia por la muerte de hombre tan insigne, al querer Dios castigar así a Herodes.

120. *Vitelio se pone en marcha contra Aretas, obedeciendo así la orden de Tiberio, pero da marcha atrás al enterarse de la muerte del emperador.* 3. Vitelio, tras haber dispuesto para la guerra contra Aretas dos legiones de infantería así como las tropas ligeras y la caballería encargadas de apoyar en el combate a las legiones, fuerzas que él tomó de los reinos sometidos a los romanos, en su carrera hacia Petra alcanzó la ciudad de Ptolemaide. Y como él estaba decidido a llevar su ejército a través de Judea, acudieron a encontrarse con él los hombres principales de la nación judía y le rogaban que evitara el tránsito por su país puesto que, según ellos le decían, las normas heredadas de sus antepasados no les permitían consentir que entraran en él efigies, de las que había

[45] Cf. Mateo 14, 1-12, y 3, 1-12; Lucas 3, 19 y ss.; y Marcos 6, 17 y ss. (quien dice que Herodías era la esposa legítima de Filipo, cuando Flavio Josefo afirma que lo era del otro Herodes. No olvidemos que Filipo, según Josefo, *AJ.* 18, 106 y ss., ya había muerto).

muchas colocadas en los estandartes. Y dejándose convencer, cambió de opinión en lo que toca a su anterior determinación al respecto, y consecuentemente, tras ordenar al ejército que avanzara a través de la Gran Llanura, él, en compañía del tetrarca Herodes y de sus amigos, subió a Jerusalén a ofrecer un sacrificio a Dios, con motivo de celebrar los judíos una fiesta tradicional. Y él, que participó en la fiesta y fue acogido por la población judía magníficamente, pasó allí tres días, en los que, luego de despojar de la dignidad de Sumo Sacerdote a Jonatas, la puso en manos de su hermano Teófilo.

Y al cuarto día, al recibir una carta que le daba cuenta de la muerte de Tiberio[46], obligó a la población a prestar juramento de lealtad a Cayo. En estas circunstancias hizo regresar a las fuerzas expedicionarias, ordenándoles que cada grupo de ejército marchara a su lugar de procedencia a pasar allí el invierno, puesto que él ya no estaba igualmente autorizado a entrar en guerra, por haber pasado el gobierno imperial a manos de Cayo. Y se contaba que Aretas, al recurrir a los augurios ante el anuncio de la expedición militar llevada contra él por Vitelio, había asegurado que no había manera alguna de que el ejército invasor entrara en Petra, puesto que, según él predecía, antes de eso habría muerto algún jefe, bien el que había ordenado la guerra, bien el que había decidido cumplir aquella orden, o bien el jefe contra quien iba dirigido aquel preparativo bélico.

126. *Agripa el Grande en Roma.* Vitelio, a continuación, regresó a Antioquía. Por su parte, Agripa, el hijo de Aristobulo, un año antes de la muerte de Tiberio había subido a Roma para gestionar ante el emperador cierto asunto[47] tan pronto como tuviera posibilidad de hacerlo. Quiero, pues, hablar ahora más detenidamente no sólo de Herodes[48], sino también de sus hijos y de cómo fueron ellos, por un lado porque la referencia a todos ellos conviene a mi *Historia* y, por otro, porque la referencia a estas personas implica la constatación de la actuación divina en el destino de ellas, en el sentido de que de nada sirve un elevado número de per-

[46] En el año 37 d. C.

[47] Según *BJ.* 2, 178, para acusar a Herodes Antipas, que en ese momento estaba unido a Herodías, hermana del propio Agripa.

[48] Herodes el Grande. Cf. *AJ.* 18, 130.

sonas ni tampoco otra fuerza alguna desarrollada por los hombres si no se guarda el debido respeto a la Divinidad, como lo demuestra el hecho de que en el solo plazo de cien años perecieron la totalidad de los descendientes de Herodes salvo unos pocos, pese a lo numerosos que eran. Además, podría contribuir algo a hacer entrar en razón a la raza humana el que ésta conozca la desdicha de los hijos de Herodes y asimismo el que yo describa los avatares de Agripa por merecer éste toda nuestra atención y admiración, ya que, de un simple particular que era y contra toda esperanza de los que lo conocían, consiguió alcanzar las más altas cotas de poder. Y aunque ya antes[49] nos hemos referido a esta familia ahora hablaré de ella con mayor precisión.

130. *Hijos y descendientes de Herodes el Grande.* 4. Herodes el Grande tuvo con Mariame, la hija de Hircano, dos hijas. Una de ellas fue Salampsió[50], que se casó con su primo Fasael, hijo de Fasael, el hermano de Herodes, y a quien se la dio en matrimonio el padre de ella. La otra fue Cipro[51], la cual se casó, también ella, con un primo, Antípatro, hijo de Salomé, la hermana de Herodes. Y Fasael tuvo con Salampsió cinco hijos: tres varones, Antípatro, Herodes y Alejandro, y dos hembras, Alejandra y Cipro. Con esta última se casó Agripa, hijo de Aristobulo, y con Alejandra Timio Ciprio, un noble, durante cuyo matromonio murió ella sin dejar descendencia. Cipro, por su parte, tuvo con Agripa dos varones y tres hijas: Berenice, Mariame y Drusila. Los nombres de los varones fueron Agripa y Druso, de los cuales Druso murió antes de alcanzar la juventud. A su vez, el padre de éstos, Agripa, se había criado en compañía de otros hermanos más, a saber, Herodes y Aristobulo. Estos citados en último lugar fueron los hijos que el hijo[52] de Herodes el Grande tuvo con Berenice. Esta Berenice era hija de Costóbaro y Salomé, la hermana de Herodes. Estos eran unos pequeños que todavía no hablaban cuando los dejó Aristobulo, al ser condenado a muerte por su padre él y junto con él su hermano Alejandro, según dijimos[53]. Y, al hacerse

[49] Cf. *AJ.* 17, 1-22, y *BJ.* 1, 553.
[50] Cf. *AJ.* 16, 194 y 196.
[51] Cf. *AJ.* 16, 196.
[52] Aristobulo. Cf. el siguiente cap. 134.
[53] Cf. *AJ.* 16, 311, 322 y 394.

mayores, este Herodes, el hermano de Agripa, tomó por esposa a Mariame, hija de Olimpíade, la hija del rey Herodes, y de Josefo, el hijo de Josefo (éste último hijo del rey Herodes), y tuvo con ella un hijo, Aristobulo. Y Aristobulo, el tercer hermano de Agripa, se casó con Jotapa, hija de Sampsigéramo, rey de Emesa, a los que les nació una hija sorda, que también se llamaba Jotapa.

Los citados son los hijos de los hermanos varones de Agripa. De las hembras, su hermana Herodías se casó con Herodes, hijo de Herodes el Grande, que había sido traído al mundo por Mariame, hija del Sumo Sacerdote Simón. Este Herodes y Herodías tuvieron una hija, Salomé, tras cuyo alumbramiento Herodías, con el propósito deliberado de echar por tierra las costumbres heredadas de los antepasados, se casó con Herodes [54], hermano de su anterior marido por parte de padre, divorciándose de su marido en vida de éste, quien ocupaba la tetrarquía de Galilea. Y Salomé, la hija de Herodías, se casó con Filipo [55], hijo de Herodes y tetrarca de Traconítide. Y al morir su marido Filipo sin descendencia, se casó con ella Aristobulo, hijo de Herodes el hermano de Agripa. De este matrimonio nacieron tres hijos: Herodes, Agripa y Aristobulo. Pues bien, hasta aquí la descendencia de Fasael y Salampsió. A Cipro, por su parte, le nació de su marido Antípatro[56] una hija, Cipro, con quien se casó Alexas Helcías, hijo de Alexas. Este último matrimonio tuvo una hija, Cipro. En cambio, Herodes y Alejandro, hermanos, según dije[57], de Antípatro, murieron sin descendencia.

A Alejandro, hijo del rey Herodes y que fue matado por su padre, le nacieron de la hija de Arquelao, rey de Capadocia, sus hijos Alejandro y Tigranes. Este Tigranes murió en Roma sin descendencia, mientras se enfrentaba a unas acusaciones vertidas contra él. Por su parte, Alejandro tuvo un hijo llamado Tigranes igual que su hermano, quien fue nombrado por Nerón rey de Armenia y que tuvo un hijo, de nombre Alejandro. Éste se casó con Jotapa, hija de Antíoco, rey de Comagene, y Vespasiano lo designó rey de una pequeña isla de Cilicia.

Los descendientes de Alejandro abandonaron nada más nacer la observancia de las costumbres habituales entre los judíos,

---

[54] Cf. *AJ.* 18, 109 y ss., y Mateo 14, 3-10.
[55] Cf. *AJ.* 18, 106-108.
[56] Cf. *AJ.* 18, 130.
[57] En cap. 131.

pasando a adoptar las propias de los griegos. Y por lo que respecta a las restantes hijas del rey Herodes, ellas tuvieron la fatalidad de morir sin dejar descendencia. Y puesto que de los descendientes de Herodes, los que acabo de mencionar son los que quedaban en el momento en que Agripa el Grande subió al trono y ya he dado cuenta de su descendencia, sólo me resta hablar de dos cosas: de cuán grandes fueron las desventuras que le sucedieron a Agripa y de cómo él, tras conseguir sortearlas, alcanzó en poco tiempo la cota más alta de dignidad igual que de poderío.

143. *Avatares del joven Agripa en Roma.* 6. Agripa, que residía en Roma y compartía crianza y amistad con Druso[58], hijo del futuro emperador Tiberio, poco antes de morir el rey Herodes contrajo amistad con Antonia, esposa de Druso el Grande[59], al ser su madre Berenice muy estimada en aquella casa y estar ella muy interesada en sacar adelante a su hijo[60]. Y Agripa, que era por naturaleza magnánimo y pródigo en hacer regalos, mientras vivía su madre no sacó a relucir esa inclinación de su espíritu, con objeto de evitar el enfado que sin duda a ella le habría producido tal proceder. Pero, después que hubo muerto Berenice, al encontrarse facultado para comportarse a su libre albedrío, gastó todo su dinero, una parte de él en la suntuosidad de su cotidiano género de vida y otra con el despilfarro de sus desmedidos regalos, aunque el grueso de su dinero fue pagado a los libertos del emperador con la esperanza de ganárselos. Pero al cabo de poco tiempo la pobreza se cernió sobre él, cosa que le impidió continuar residiendo en Roma. Otro impedimento para poder seguir él en Roma fue que Tiberio, cuando murió su hijo, prohibió a los amigos de éste que lo visitaran demasiado a menudo, porque ello le provocaba sufrimiento, por acordarse de él al verlos.

147. Por este motivo cogió un barco rumbo a Judea, malparado y humillado no sólo por la pérdida del dinero que tenía, sino

---

[58] Julio César Druso, quien vivió del 13 a. C. al 23 d. C., y se casó con Claudia Livia (Livilla), hermana de Germánico.

[59] Nerón Claudio Druso (vivió del 39 al 9 a. C.), casado con Antonia, hija de Marco Antonio; tuvieron tres hijos: Germánico, Livila y Claudio.

[60] Berenice cumplía las funciones de padre, puesto que Aristobulo, su marido y padre de Agripa, había sido condenado a muerte por Herodes.

también por la imposibilidad de pagar sus deudas a los acreedores, que además de ser muchos no le concedían la más mínima posibilidad de escapar de ellos. Consecuentemente, al no saber qué hacer y al sentirse avergonzado por su situación, tras retirarse a una torre situada en Malata de Idumea, empezó a darle vueltas en la cabeza a la idea del suicidio. Pero su mujer Cipro, que se percató de sus pensamientos, hizo todo lo indecible por apartarlo de tal determinación. Consecuentemente, envió incluso a Herodías, hermana de Agripa y que estaba casada con el tetrarca Herodes, una carta, en la que le daba cuenta de la terrible decisión tomada por Agripa y de los apuros que lo impulsaban a ella, al tiempo que la exhortaba, dado que era su hermana carnal, a que lo socorriera y dispusiera a su marido en el mismo sentido, puesto que Herodías, según Cipro le decía en su carta, podía observar que ella, pese a no disponer de iguales recursos, trataba de aliviar por todos los medios a su marido. Entonces éstos, Herodías y Herodes, tras mandar a buscarlo, le asignaron para vivir la ciudad de Tiberíades, y no sólo le fijaron un determinado sueldo para subvenir a las necesidades de su vida, sino que además lo honraron con el cargo de corregidor de la plaza en cuestión. Pero sin embargo Herodes no mantuvo durante demasiado tiempo esta decisión, aunque la verdad es que ni aun así Agripa ganaba lo suficiente. En efecto, al reprocharle Herodías y Herodes, por efecto del vino ingerido, su género de vida durante un banquete celebrado en Tiro, Agripa, que no consideró tolerable que Herodes le echara en cara su miseria y la entrega de los alimentos necesarios, acudió al excónsul Flaco, quien anteriormente en Roma había sido su amigo íntimo y en aquel momento era legado de Siria. Y como Flaco lo hubiera acogido, se quedó a vivir con él, quien ya antes había acogido también allí a Aristobulo, el que a pesar de ser hermano de Agripa se llevaba mal con él. Pero la hostilidad que reinaba entre los dos hermanos no impidió que recibieran los correspondientes honores de su amigo el excónsul. Aristobulo, sin embargo, no contenía lo más mínimo su animadversión hacia Agripa, hasta que consiguió granjearle la enemistad de Flaco, al encontrar Aristobulo el siguiente motivo para que Flaco lo aborreciera.

Los damascenos, que tenían sus diferencias con los sidonios por cuestión de fronteras, como Flaco se dispusiera a escuchar sus alegaciones al respecto, al enterarse ellos de que Agripa gozaba de grandes influencias ante él, le pidieron que se pusiera de su parte, tras acordar con él concederle una elevadísima suma de dinero. Y él

corrió a hacer todo lo que fuera menester en favor de los damascenos, pero Aristobulo, a quien no le pasó inadvertido el acuerdo económico convenido entre las dos partes, lo denunció a Flaco. Y una vez que resultó ser cierto al ser sometido el asunto a investigación, Flaco privó a Agripa de la amistad que le había dispensado. Entonces éste, caído en la más extrema indigencia, se presentó en Ptolemaide, con el propósito de embarcar rumbo a Italia ante la imposibilidad de procurarse un medio de vida en otra parte. Pero, al ser impedido de hacer realidad su propósito por falta de dinero, pidió a Marsias, liberto suyo, que le procurara el importe de ese viaje, tras conseguir de alguien un préstamo. Entonces Marsias exhortó a Pedro, liberto de Berenice, la madre de Agripa, y que de conformidad con el testamento de aquélla pasó a depender de Antonia, que en atención a estas circunstancias le proporcionase tales medios con la firma y garantía del propio Marsias. Y Pedro (pues acusaba a Agripa de no haberle devuelto cierta cantidad de dinero) obligó a Marsias a firmar un contrato en el que éste último reconocía haber recibido un préstamo por un importe de veinte mil dracmas cuando en realidad había percibido dos mil quinientas menos. Claúsula leonina que el pobre Agripa aceptó por no tener otra solución.

Y Agripa, una vez que hubo recibido este préstamo, llegó a Antedón [60bis] y cogiendo allí una nave se disponía a hacerse a la mar. Pero enterado de ello Herenio Capitón, procurador de la ciudad de Jamnia[61], envió allá soldados con la misión de exigirle el pago de trescientas mil monedas de plata que Agripa debía al tesoro imperial de Roma. Y por esto aquellos soldados lo obligaron a suspender el viaje. Y Agripa de momento fingió obedecer su mandato, pero a la noche siguiente, tras cortar la maroma por la que la nave estaba amarrada a tierra firme, escapó por mar rumbo a Alejandría. Y una vez allí solicitó al alabarca[62] Alejandro[63] la concesión de un préstamo por importe de doscientas mil dracmas. Y Alejandro le aseguró que a él no se lo concedería jamás, pero que a Cipro no podía negárselo, impresionado no sólo por el amor que ella sentía

---

[60 bis]. Ciudad costera de Palestina, situada al norte de Gaza.

[61] También ciudad costera de Palestina, al norte de Antedón.

[62] Funcionario romano que en Egipto velaba por las buenas costumbres.

[63] Tiberio Julio Alejandro, judío, sobrino de Filón de Alejandría, pero renegado, procurador de Judea entre el 46-48 d. C., y poco después del 63 d. C. legado de Egipto.

por su marido, sino también por sus otras virtudes. Y, al aceptar ella convertirse en fiadora, Alejandro dio a Agripa en Alejandría cinco talentos con la promesa de entregarle el resto cuando llegara a Dicearquía[64], por temor a la propensión de Agripa a dilapidar el dinero. Y Cipro, tras dejar a su marido que se hiciera a la mar él solo rumbo a Italia, ella en compañía de sus hijos regresó a Judea.

Por su parte, Agripa, una vez que arribó a Putéoli, escribió una carta a Tiberio César, quien residía en Capri, no sólo dándole cuenta de su propia llegada, la que, según le hacía saber, tenía como objeto cuidar y velar por él, sino también solicitándole permiso para arribar a Capri. Y Tiberio, sin dudar lo más mínimo, le contestó en tono de simpatía y significándole incluso que se alegraría de que llegara sano y salvo a Capri. Y Tiberio, una vez que Agripa llegó junto a él, sin escatimarle el afecto que le había mostrado en la carta, lo abrazó y le ofreció su hospitalidad. Pero al día siguiente el emperador recibió una carta enviada por Herenio Capitón, en la que éste le daba cuenta de que Agripa, tras haber contraído un préstamo por importe de trescientas mil dracmas y haber dejado pasar la fecha convenida para su reintegro, cuando le había sido reclamado el pago, lejos de hacerlo, había corrido a escapar de las tierras sometidas a su jurisdicción, con lo que lo había dejado inerme de la facultad de exigirle la devolución. Y el emperador, al leer esta carta, se sintió profundamente dolido, y dio orden de que se le prohibiera a Agripa el acceso a él hasta que devolviera el préstamo. Entonces Agripa, sin dejarse impresionar lo más mínimo por el enfado del emperador, solicitó a Antonia, la madre de Germánico y Claudio, el futuro emperador, que le concediera un préstamo por importe de trescientas mil dracmas, para no perder la amistad con Tiberio. Y ella, en recuerdo de su madre Berenice (puesto que a estas dos mujeres las había unido una gran amistad) y en razón de que el propio Agripa se había educado en compañía de Claudio, le dio el dinero, con lo que éste, al pagar el préstamo anterior, no encontró impedimento alguno para continuar siendo amigo de Tiberio. Y Tiberio César le confió de nuevo su propio nieto[65], encomendándole que lo acompañara siempre en los paseos. Pero Agri-

[64] Ciudad conocida por el nombre de Putéoli, situada al sur de Cumas.

[65] Tal vez Tiberio Julio César Gemelo, hijo de Druso, a su vez hijo de Tiberio y de Livia. Fue condenado a muerte por Cayo Calígula en el año 38 d. C.

pa, recibido cariñosamente por Antonia, se volcó en cultivar la amistad de Cayo[66], quien era nieto de esta mujer y estimado por todos como nadie por fidelidad al padre del muchacho. Por aquel entonces vivía un tal Talo, perteneciente a la raza samaritana y liberto del emperador. Pues bien, Agripa, tras conseguir de éste un préstamo por importe de un millón de dracmas, con esta cantidad no sólo abonó a Antonia el importe del préstamo contraído con ella, sino que también, al gastarse el resto en cultivar la amistad de Cayo, gozaba ante él de una consideración cada vez mayor.

168. *Una indiscreción de Agripa lo lleva a la cárcel por orden de Tiberio, pese a la tardanza con que el emperador tomaba las decisiones.* 5. Y como la amistad de Agripa con Cayo progresara hasta alcanzar gran intimidad, en una ocasión en que ellos viajaban en un carro [67] y surgió la conversación acerca de Tiberio ocurrió que Agripa hizo votos (pues en el carro se encontraban los dos solos) por que Tiberio abandonara pronto el poder y se lo cediera a Cayo por merecérselo por todos los conceptos mucho más que él, palabras que escuchó Eútico, liberto de Agripa y en aquel momento su auriga. Pero éste, como posteriormente, al serle imputado el robo de la ropa de Agripa pese a haberla sustraído sin dejar huella, hubiera escapado y luego detenido, fue conducido ante Pisón, prefecto de la ciudad, y, al preguntarle éste por el motivo de su huida, le aseguró que podía referirle al emperador el contenido de una conversación secreta que le proporcionaría con toda seguridad la posibilidad de mantener a salvo su vida. De manera que Pisón, tras ponerle los grillos propios de un recluso, lo remitió a Capri. Y Tiberio lo mantuvo durante mucho tiempo en prisión, siguiendo su proceder habitual, ya que era reacio a actuar como ningún otro rey o príncipe. En este sentido, no se daba prisa por recibir a los embajadores que deseaban entrevistarse con él, y, asimismo cuando enviaba él a algún país legados o procuradores, tampoco procedía jamás a sustituirlos por otros, a no ser una vez que hubieran fallecido. Y así, como sus amigos le preguntaran por qué motivo se mostraba tan reacio a actuar en estos casos, les contestó que, en el caso de los embajadores, les hacía perder el tiempo

[66] Cayo Calígula era hijo de Germánico y, por tanto, nieto de Antonia. Cf. también *BJ.* 2, 178.

[67] Pero con ocasión de un banquete según *BJ.* 2, 179.

con objeto de evitar que, al ser despachados rápidamente, volviera a solicitarle una entrevista un segundo grupo de embajadores elegidos para el caso, lo que le proporcionaría molestias a él, al tener que dedicarse a recibirlos y despedirlos, y que, en lo relativo a los gobernadores, accedía a mantener indefinidamente en el cargo a los que él hubiera nombrado un día para ocuparlo por respeto y atención hacia sus súbditos. Y explicaba esta idea diciendo que lo natural y propio de todo gobernante es la tendencia a la avaricia y que los nombramientos que no son duraderos sino breves o que los designados ignoran cuándo van a ser relegados del cargo incitan a quienes los ocupan con bastante más fuerza que en caso contrario al robo y pillaje, y que por ello, si los nombrados permanecen bastante tiempo en sus cargos, en un momento dado podrán ellos sentirse satisfechos con la cantidad robada, por lo que de allí en adelante recurrirán a tal proceder con más parsimonia a causa de la gran cantidad de ganancias conseguidas, mientras que, si se procede a sustituirlos deprisa, las ciudades ofrecidas como botín a estos gobernadores no consiguirían satisfacer los instintos de avaricia de éstos, al no darles tiempo a ellas a que los gobernadores que roban primero, luego de llenarse los bolsillos, remitan un poco su desmedido interés por obtener más, debido a que son sustituidos antes de que les dé tiempo a forrarse. Y como ejemplo les refirió el siguiente cuento. Se trata de un hombre que yacía herido en el suelo y en torno a cuyas heridas se agolpaban moscas a montones. Y ocurrió que uno de los que pasaban por allí se compadeció de su desgracia y, al suponer que no las apartaba por imposibilidad de hacerlo, acercándose a él se dispuso a espantarlas. Pero como el herido le rogara que dejara tal proceder, el otro tomó la palabra y le preguntó por qué motivo se despreocupaba de escapar a la desgracia que lo embargaba. A lo que el herido replicó: «Es que me perjudicarías mucho más si apartas a las moscas que están hartas de sangre y que están aquí. En efecto, las moscas que están hartas de sangre ya no muestran tanto anhelo por causarme molestias, sino que incluso se contienen algo, mientras que las que se agolpan vacías y hambrientas, al tomar como presa a uno que ya está consumido, podrían llevarlo a la muerte». Y Tiberio continuó diciendo que por este motivo, claro está, también él adoptaba esta actitud velando por el bien de sus súbditos, quienes son consumidos por tantos depredadores, por lo que él cuidaba de no enviar continuamente gobernadores que a manera de moscas acabaran con ellos, al tomar los

citados gobernadores como elemento coadyuvante de su natural propensión a la avaricia la convicción de que tardarán poco en verse privados del placer que el conseguir ganancias depara a uno.

Y lo que yo estoy diciendo de la tendencia innata en Tiberio a este comportamiento será probado por los mismos hechos. En efecto, durante los veintidós años en que fue emperador envió a gobernar la nación judía un total de dos personas, Grato y Pilato, este último para suceder al primero en el gobierno de esta región. Y no actuó así con los judíos y de manera distinta con los restantes súbditos, sino que manifestaba deliberadamente demora en escuchar a los encarcelados en razón de que, si se les juzgaba rápidamente, ellos encontraban en la muerte un alivio a los males que los embargaban, cuando ello no conviene al trato que se debe dar a comportamientos tales, mientras que si eran consumidos por la pesadumbre que los amenazaba recaía sobre ellos una mayor dosis de desdicha.

179. Justo por esto Eútico no conseguía que Tiberio escuchara sus alegaciones y permanecía en prisión. Pero transcurrido un tiempo Tiberio vino de Capri a Tusculano, distante de Roma unos cien estadios[68], momento en que Agripa rogó a Antonia que consiguiera de Tiberio que escuchara a Eútico, cualquiera que fuera la acusación que contra el propio Agripa vertiera él. Y Antonia era sumamente estimada por Tiberio no sólo por el alto rango que le confería su estrecho parentesco (pues ella había sido esposa de Druso, hermano de Tiberio), sino también por la excelencia de su cordura, ya que se había quedado viuda muy joven y había renunciado a casarse con ningún otro, pese a que Augusto la había animado a que volviera a casarse, y en ese estado había observado una conducta exenta de toda censura. Y ella había prestado de una manera particular los más grandes servicios a Tiberio. En efecto, como se hubiera urdido una conspiración contra él por iniciativa de Sejano, un hombre amigo suyo y que en aquel entonces tenía un enorme poder por ser el comandante de la Guardia Pretoriana, al que se unieron la mayoría de los miembros del Senado y de los libertos y por el que el ejército se dejó sobornar, resultó que la conspiración alcanzó suma gravedad y la operación de Sejano

[68] Unos 19 kilómetros.

habría tenido éxito de no haber actuado Antonia con un arrojo más inteligente que la fechoría que pretendía hacer realidad Sejano. Ocurrió lo siguiente: una vez que ella tuvo conocimiento de la conjuración contra Tiberio le comunicó por escrito toda la maniobra y trama de una manera exacta. Tras escribir la carta se la entregó a Palante, el más fiel de sus esclavos, y lo envió a llevársela a Tiberio, que se encontraba en Capri. Y éste, una vez enterado, mandó matar[69] tanto a Sejano como al resto de los conspiradores, mientras que Antonia, a quien ya antes Tiberio trataba con gran consideración, fue tenida por él en mayor estima todavía y le otorgó toda su confianza. Pues bien, como Tiberio fuera invitado por la referida Antonia a que tomara declaración a Eútico, él le contestó: «Pero debes saber que si Eútico miente cuando acusa a Agripa, el castigo que yo le he impuesto y que se gana por su culpa es suficiente para él, pero si, sometido a la prueba de la tortura, pareciera cierta su acusación, mucho me temo que Agripa, llevado de sus ansias de castigar al liberto, haga recaer más bien el justo castigo sobre sí mismo». Agripa, cuando Antonia le dio cuenta de esto, insistía todavía mucho más en su solicitud de que Tiberio procediera a investigar el asunto. Y Antonia (pues Agripa no dejaba de importunarla con esta petición), al encontrar una ocasión pintiparada (pues sucedió que Tiberio era transportado tumbado en una litera, precedido de Cayo, el nieto de Antonia, y de Agripa, puesto que acababan de almorzar), corrió junto a la litera y exhortó a Tiberio a que Eútico fuera llevado a su presencia y sometido a interrogatorio. Y Tiberio le contestó: «Ahora bien, sean testigos los dioses, Antonia, de que tomaré la determinación que haya que tomar no por iniciativa mía, sino obligado por lo imperioso de tu petición». Tras haber pronunciado estas palabras mandó a Macrón, el sucesor de Sejano, que trajera a Eútico, quien llegó sin demora alguna y a quien Tiberio le preguntó qué tenía que decir contra un hombre que le había dado la libertad. Y Eútico le contestó: «Oh soberano, viajaban juntos en un carruaje[70] ése que ahí está, Cayo, y con él Agripa, mientras yo iba sentado a la altura de sus pies. En aquella ocasión, como ellos conversaran de muchos temas, Agripa le dijo a Cayo: "Ojalá de una vez llegue el día en que el viejo este

[69] En el año 31 d. C.

[70] Pero, según *BJ.* 2, 179, lo aquí narrado habría acontecido durante un banquete.

abandone este mundo y te ponga a ti al frente del mismo, ya que su nieto Tiberio no constituiría ningún impedimento para nosotros si tú te lo quitas de enmedio, con lo que el mundo sería dichoso y yo más que él"».

Y Tiberio, al considerar creíbles estas palabras y reproducir al mismo tiempo la vieja cólera que guardaba contra Agripa, debido a que cuando él le había mandado que cuidara de Tiberio, hijo de Druso y nieto suyo, Agripa no había sentido estima por él, haciendo caso omiso de su encargo, sino que se había entregado en cuerpo y alma a Cayo[71], dijo: «Macrón, encarcela ahora mismo a éste». Pero Macrón, en parte porque no sabía a ciencia cierta quién podía ser la persona que le ordenaba encarcelar y en parte porque no se le había podido ocurrir que el emperador diera una orden de ese calibre en relación con Agripa, esperó a tener un conocimiento preciso del significado de sus palabras. Pero cuando el César, tras dar una vuelta al hipódromo, sorprendió a Agripa allí, dijo: «Hace ya un buen rato, Macrón, dije que ése de ahí fuera encarcelado». Y como él le preguntara a quién se refería, contestó: «A Agripa, por supuesto». Entonces Agripa se volcó en súplicas, recordándole el hecho de haberse criado con su hijo y asimismo con su nieto Tiberio, pero todo en vano, puesto que fue llevado detenido vestido en ropa de púrpura.

Y como hacía un calor sofocante y el vino había corrido a raudales en el almuerzo que acababan de celebrar, sufría Agripa una sed ardiente, que lo angustiaba y dominaba una cosa fuera de lo normal. Y así, al ver a uno de los esclavos de Cayo, cuyo nombre era Taumasto, que llevaba agua en una vasija, le pidió que le diera de beber. Y como se la hubiera ofrecido con todas ganas, una vez que hubo bebido le dijo: «Ojalá, oh esclavo, que este servicio que me has prestado sea para bien, puesto que si algún día logro verme libre de estos grilletes no tardaré en conseguir de Cayo la libertad para ti, tú que no dejaste de atenderme cuando estaba detenido igual que hacías cuando me encontraba en el anterior estado con el rango que me es propio». Y no mintió, puesto que posteriormente, cuando fue nombrado rey, con un comportamiento muy magnánimo hacia Taumasto no sólo le otorgó la libertad tras hacerse con sus servicios por concesión de Cayo, ya César, sino que además lo

[71] Cf., en efecto, cap. 166 de este mismo libro.

designó administrador de su patrimonio, y en el momento de su muerte lo dejó a su hijo Agripa y a su mujer Berenice para que les prestara igual cometido, hasta que por fin murió ya anciano, mientras ocupaba este honorable cargo.

195. *A Agripa, pese a tener puestos los grilletes, se le augura un futuro propicio.* 7. Pero estos últimos hechos sucedieron más tarde. Pues bien, Agripa, luego de que le fueran colocados los grilletes, estaba delante del palacio real, reclinado sobre un árbol y desalentado, junto con otros muchos que igual que él tenían los grilletes puestos. Y como en la copa del árbol sobre el que estaba reclinado Agripa se hubiese posado un pájaro (que los romanos llaman lechuza), uno de los prisioneros, de raza germánica, al observar el fenómeno preguntó al soldado que estaba con él quién era el que estaba vestido de púrpura, y al saber que se llamaba Agripa y que era de raza judía y un personaje del más alto rango entre las gentes de su pueblo, rogó al soldado, al que estaba encadenado, acercarse a Agripa para entablar conversación con él, puesto que, según le dijo al soldado en cuestión, quería formularle unas preguntas relativas a las costumbres de su país. Y habiendo conseguido su propósito, una vez que se colocó a su vera a través de un intérprete le dijo: «Querido joven, sin duda te molesta el brusco revés sufrido, que te ha traído una desdicha la más completa y absoluta. Y te mostrarás reticente a creerme cuando te diga unas palabras que te van a revelar la voluntad de Dios, determinado a librarte de la desgracia que ahora te embarga. No obstante, (debes saberlo), todo lo que voy a decir te juro por los dioses de mis antepasados y por los propios de este lugar, quienes determinaron que a nosotros se nos aplicaran estos hierros, que te lo diré no porque me guste hablar ni porque pretenda elevar vanamente tu ánimo, puesto que tal clase de presagios, cuando a la postre los hechos demuestran su falsedad, producen al interesado una pesadumbre más desagradable que si no los hubieran escuchado en absoluto. Lejos de ello, y aun a riesgo de mi propia vida, consideré que debía revelarte lo que los dioses te presagian. Inevitablemente no sólo te verás libre muy pronto de estos grilletes, sino que además escalarás las más altas cotas de dignidad y poder. Y serás, sin duda, envidiado por todos los que ahora toman tu desventura por la cosa más lamentable y terminarás tus días dichosamente, dejando a los hijos que tengas un rico patrimonio. Pero recuerda, cuando vuelvas a contemplar este pájaro, que al

cabo de cinco días a partir de entonces acabarás tus días. Estos presagios se cumplirán al pie de la letra como lo indica Dios con el envío de este pájaro. Y, por lo que a mí respecta, consideré injusto privarte a ti de conocer unos hechos inherentes a esta predicción, con objeto de que, teniendo clara constancia de que te espera un futuro dichoso, des poca importancia a tus sufrimientos presentes. Pero procura acordarte, cuando la dicha llegue a tus manos, de hacer que también nosotros nos veamos libres de la desdicha en que ahora nos encontramos».

Y el germano pagó su decisión de presagiar tan grandes venturas con tanta risa por parte de Agripa como posteriormente pareció merecedor de toda admiración.

Antonia, por su parte, a quien le pesaba amargamente la desventura de Agripa, consideraba tarea demasiado laboriosa hablar a Tiberio acerca de él, aparte de entender que ello resultaría ineficaz. Por ello, requirió a Macrón para que asignara a Agripa soldados que fueran personas comedidas, dispuestos a vigilarlo amablemente, y un centurión que estuviera al frente de ellos y con quien estuviera encadenado Agripa. También consiguió de Macrón que se le concediera la posibilidad de bañarse a diario y de que pudieran entrar a visitarlo los libertos y amigos suyos, así como las demás comodidades que necesitara el cuidado corporal. Y efectivamente, entraron a visitarlo su amigo Silas y sus libertos Marsias y Esteques, quienes le introducían comida de su agrado y le prestaban toda suerte de cuidados, hasta el extremo de introducirle ropa so pretexto de que iban a vendérsela, ropa que cuando llegaba la noche utilizaban para extenderla y formar con ella la cama de dormir, todo ello con la colaboración de los soldados, quienes habían sido advertidos por Macrón en este sentido. Esto se hizo durante seis meses.

205. *Tiberio cae enfermo mientras Germánico es recordado con añoranza.* 8. Esta es la situación en que se encontraba Agripa. Por su parte, Tiberio, tras regresar a Capri, cayó enfermo, al principio levemente, pero luego, como la enfermedad fuera cobrando mayor gravedad cada vez y él en consecuencia considerara difícil salvarse, mandó a Evodo, quien de todos los libertos era al que él estimaba más, que le trajera a los niños, puesto que, según le dijo, necesitaba conversar con ellos antes de morir. A Tiberio ya no le quedaban hijos nacidos de él, ya que Druso, el

único que había tenido, ya había muerto. Pero quedaba un hijo de éste, Tiberio, de sobrenombre Gemelo, y Cayo, quien era hijo de su hermano Germánico, ya un joven adulto y que había atesorado una formación vastísima y que, además, era honrado con el afecto popular a causa de las altas virtudes mostradas por su padre Germánico. En efecto, éste último había alcanzado la más grande estima entre el pueblo por su carácter formal y por no resultar pesado por la simpatía de su conversación, aparte de que se había ganado el respeto general por gustar de ser igual que todo el mundo. Por todo lo cual lo tuvieron por alguien demasiado grande no sólo el pueblo y los senadores, sino también todos y cada uno de los pueblos sometidos a Roma, los que lo habían tratado ganados por lo agradable de su trato, y los que no, acogiéndolo con agrado al informarse de su condición por dar cuenta de ella los primeros. Cuando murió, todos le guardaron luto, no porque aparentaran hipócritamente pena por adulación hacia el poder, sino porque hacían suyo el percance, traducido este sentimiento en una aflicción auténtica, y ello porque todos y cada uno de los individuos y de los pueblos tomaron por una desgracia propia su defunción. Esto da idea de lo fácil que resultaba su trato a la gente. Todo esto se tradujo en que todo el mundo tratara de favorecer grandemente también a su hijo, y, entre todos, quien más estaba dispuesto a ello era el ejército, el cual consideraba un acto de virtud el hecho de sacrificar su vida, si era preciso, por conseguir que el poder recayera en él.

211. *Tiberio, fiel a los augurios, designa sucesor a Cayo.* 9. Tiberio, después de dar orden a Evodo de que al amanecer del día siguiente llevara a los niños a su presencia, suplicó a los dioses patrios que le mostraran una señal clara de la persona que debía sucederle al frente del imperio. Y aunque él pretendía dejar el poder a su nieto consideró sin embargo más autorizado que su propia opinión y deseo lo que la Divinidad manifestara al respecto. Y, consecuentemente, Dios le presentó el augurio de que el poder recaería en aquél de los dos que al día siguiente se presentara a él el primero. Y Tiberio, conocedor de esto, envió un mensajero al esclavo encargado de cuidar de su nieto, para mandarle que a primera hora del día siguiente llevara el niño a su presencia, en la creencia de que Dios se desentendería de poner Él una persona al frente del gobierno. Pero la Divinidad anuló su proyectado nombramiento. El hecho es que Tiberio, convencido de lo acertado de

su medida, mandó a Evodo, tan pronto como se hizo de día, que hiciera entrar a aquél de los dos muchachos que se hubiera presentado antes. Entonces aquél, al salir y encontrar delante de la habitación a Cayo (pues Tiberio no se había presentado todavía porque tomaba el desayuno con lentitud, mientras Evodo no sabía en absoluto qué es lo que quería el soberano), le dijo: «Te llama tu padre», y lo introdujo en la habitación. Y Tiberio, al ver a Cayo fue sólo entonces cuando cayó en la cuenta del poder omnímodo de Dios y de que el nombramiento de emperador había sido sustraído a su decisión al no contar él, dadas las circunstancias presentes, con la posibilidad de confirmar su proyectado nombramiento, por todo lo cual se lamentó en aquel momento, primero, por sí mismo, por haber sido privado de la facultad de confirmar la decisión concebida de antemano, y, en segundo lugar, por su nieto Tiberio, por dos cosas, por haber perdido al mismo tiempo el gobierno de los romanos y el asunto de su seguridad personal, debido a que la seguridad de su vida dependería de ahora en adelante de otros más poderosos que él, quienes no considerarían tolerable su compañía, mientras el estrecho parentesco de él con el futuro emperador no podía proporcionarle ayuda alguna, por temor y aborrecimiento del futuro mandatario a tratarse con él, en parte por la creencia de que tendería asechanzas contra el poder y, en parte, por el convencimiento de que no dejaría de conspirar con vistas no sólo a mantener a salvo su vida, sino también a arrebatarle el poder. Y es que Tiberio era sumamente dado a la idea de que el futuro de las personas está escrito en su partida de nacimiento, por lo que gustaba de modelar su vida según las directrices de esta noción en mayor medida que quienes se dedican a estos menesteres. En este sentido, al ver una vez a Galba[72] entrar en su casa, dijo a sus más íntimos que llegaba un hombre que un día alcanzaría el rango de emperador de los romanos. Y este hombre, que más que ningún otro emperador consideraba creíble todo lo que tuviera que ver con los vaticinios a causa de que algunos resultaban verídicos, recurría a ellos en todos los asuntos de su incumbencia. Pues bien, en aquel entonces se encontraba irritado por la fuerza de los acontecimientos, y su disposición de ánimo era baja en grado extremo

[72] Servio Sulpicio Galba, nació hacia el 3 a. C. y murió el 69 d. C. Muy estimado por Augusto y Tiberio, y favorito de Livia, como, después, de Cayo y Claudio. Desde el año 60 d. C. fue gobernador de la Hispania Tarraconense.

al dar ya por muerto a su nieto, al tiempo que lanzaba reproches contra sí mismo por gustar de prever el futuro de los acontecimientos mediante los augurios, puesto que, según pensaba, estando en sus manos la posibilidad de morir libre de aflicción por el desconocimiento del futuro, se consumía de pena por morir habiendo pronosticado la desventura futura de sus seres más queridos. Y aunque conturbado por el hecho de que, en contra de lo que él había esperado siempre, el poder iba a recaer en quienes no quería, forzado y a disgusto dijo, de todas formas, a Cayo: «Joven, pese a que Tiberio tiene conmigo unas relaciones de parentesco más estrechas que las que tienes tú, por mi propia decisión y la consiguiente aprobación de los dioses te otorgo y pongo en tus manos el cargo de emperador de los romanos. Y te ruego que, cuando lo consigas, no te olvides en modo alguno ni del afecto que siento por ti yo, quien te designo para ocupar tan alta dignidad, ni del estrecho parentesco que te une a Tiberio, sino que, consciente de que te procuro tan grandiosos bienes, primero por decisión de los dioses y luego también por mi propia voluntad, te ruego que correspondas a mi buena predisposición al respecto y al mismo tiempo que cuides de Tiberio en razón de vuestro estrecho parentesco y, sobre todo, conocedor de que Tiberio será, si logra salvar la vida, un baluarte que protegerá por igual tu poder y tu vida, mientras que, si es enviado lejos de este mundo, será el preludio de tu desventura. Pues ocurre que la soledad constituye un elemento extremadamente peligroso para los que se hacen cargo de asuntos tan importantes, aparte de que los dioses no dejan impunes los comportamientos injustos que conculcan la ley que invita a obrar en sentido contrario».

Esta es la petición que le formuló Tiberio, pero sin embargo no logró persuadir a Cayo a actuar en ese sentido, pese a que éste así se lo prometió. Al contrario, una vez que ocupó el poder mató a Tiberio, conforme a los vaticinios[73] del emperador, aunque también él mismo murió no mucho después, víctima de una conspiración tramada contra él.

224. *Rumores y contrarrumores de que Tiberio había muerto.* 10. Tiberio, luego de designar a Cayo para sucederle como emperador, murió tras sobrevivir unos pocos días a este nombramiento,

[73] Cf. cap. 215. Fue condenado a muerte en el año 38 d. C. (poco antes de mayo), el primero de los condenados a muerte por Cayo Calígula. Este último murió en el 41 d. C., el 24 de enero.

después de haber ocupado el poder veintidós años, cinco meses y tres días[74]. Cayo fue el cuarto emperador[75]. Por su parte, cuando a los romanos les llegó la información de la muerte de Tiberio, su corazón rebosaba de alegría por esa buena noticia, pero no se atrevían a creérsela, no porque no la desearan (pues habrían preferido que se confirmara la veracidad de los rumores a recibir grandes sumas de dinero), sino por temor a que, si la noticia era falsa y se lanzaban a exteriorizar su alegría, les ocasionara ello la perdición, al ser denunciados ante el emperador. En efecto, sólo este hombre causó a los patricios más calamidades que todos los demás juntos, puesto que no sólo estaba furioso con todo el mundo y se mostraba implacable en causar esas calamidades aunque concibiera los motivos de su aborrecimiento sin razón alguna, sino que además tendía de manera congénita a enfurecerse contra todos los que eran sometidos a juicio, de forma tal que imponía la pena de muerte por las cuestiones más banales. De manera que, aunque aceptaban escuchar con placer el rumor de su muerte, sin embargo se veían impedidos de poder disfrutarla con toda la intensidad que deseaban, por temor a los castigos previstos en caso de que resultaran defraudados en sus deseos. De todas formas, Marsias, el liberto de Agripa, enterado de la muerte de Tiberio, se lanzó a la carrera para transmitirle a Agripa esa excelente noticia. Y, al encontrarlo cuando iba camino del baño, acercando la cabeza a sus oídos le dijo en lengua hebrea: «Ha muerto el león». Y Agripa, que comprendió el significado de esta frase y saltó exultante de alegría por ello, le contestó: «Te agradezco enormemente todo lo que has hecho por mí y en especial que me hayas traído esta excelente noticia. Lo único que pido es que sea cierto lo que dices».

Y el centurión que estaba al cuidado de Agripa, al ver la prisa con que Marsias había llegado y la alegría que había invadido a Agripa al oír sus palabras, sospechó que esas palabras significaban que había ocurrido alguna novedad y, en consecuencia, les preguntó de qué se trataba. Y ellos de momento se resistían a decírselo, pero luego, ante su insistencia, Agripa, que era ya su amigo, se lo indicó, sin el menor titubeo. Entonces el centurión compartió con ellos la alegría de la noticia por comportar ella toda suerte de bienes para Agripa, y hasta lo invitó a una comida.

---

[74] Del 14 al 37 d. C.

[75] Josefo considera también emperador a Julio César.

Pero mientras ellos disfrutaban del banquete y bebían largamente se presentó uno diciendo que Tiberio no sólo vivía, sino que incluso regresaría a Roma en pocos días.

Entonces el centurión, tremendamente inquieto con esta noticia por haber realizado hechos a los que se les imponía la pena de muerte, consistentes en que había celebrado un banquete en compañía de un preso y en que había compartido su alegría con él ante el anuncio de la muerte del emperador, echó a Agripa de la mesa y le dijo: «¿Es que acaso te imaginas que yo no voy a darme cuenta de que mentiste al afirmar que el emperador había muerto y que no vas a responder de este engaño con tu propia cabeza?». Tras pronunciar estas palabras, mandó poner los grilletes a Agripa, al que ya se los había desatado antes, y lo sometió a una vigilancia más severa que antes. Y Agripa permaneció durante aquella noche en el grado de preocupación que cabe imaginar. Pero al día siguiente circulaban por toda la ciudad rumores cada vez más intensos, que aseguraban que Tiberio había muerto, tanto que las gentes se atrevían ya abiertamente a gritarse unos a otros la noticia y hasta algunos llegaron incluso a ofrecer sacrificios en acción de gracias. Además, llegaron cartas de Cayo, una al Senado, dando cuenta de la muerte de Tiberio y de la toma de posesión del poder por parte del propio Cayo, y otra a Pisón, el prefecto de la ciudad, en la que Cayo le indicaba eso mismo y le ordenaba que sustrajera a Agripa de la custodia militar y lo trasladara a la casa en que residía antes de ser encarcelado, de suerte que el recluso de allí en adelante estaba tranquilo en lo que a la residencia se refiere. Y es que, aunque él estaba bajo guardia y sometido a vigilancia, sin embargo su régimen de vida carcelario se había suavizado. Cayo, por su parte, cuando se presentó en Roma con el cadáver de Tiberio le hizo unos funerales suntuosísimos conforme a las normas tradicionales, y aunque él estaba decidido a poner en libertad a Agripa aquel mismo día se lo impidió Antonia, no porque ésta odiara lo más mínimo al encarcelado, sino porque velaba por el buen nombre de Cayo, no fuera a ser que éste se granjeara fama de acoger con alegría la defunción de Tiberio al poner en libertad urgentemente a un hombre que había sido encarcelado por él. Sin embargo, transcurridos no muchos días, luego de mandar traerlo a su casa hizo que se le cortara el pelo y se le cambiara de vestimenta, tras lo cual

ciñó en torno a su cabeza la corona real y lo designó rey[76] de la tetrarquía de Filipo[77], entregándole también la tetrarquía de Lisanias[78], al tiempo que cambió las cadenas de hierro que llevaba Agripa por otras de oro de igual peso. Asimismo, envió a Judea como comandante de caballería a Marulo.

238. *Agripa regresa a Judea como rey, ante la estupefacción general.* 11. Al año segundo de ser nombrado emperador Cayo César, Agripa le rogó que le diera permiso para hacerse a la mar rumbo a Judea con objeto de organizar su reino y tomar las demás medidas administrativas que fueran necesarias y luego ya regresar a Roma. Y al darle permiso el emperador se presentó allá, donde apareció como rey, cosa que nadie podía esperar, con lo que demostró el enorme poder que el azar ejerce sobre los hombres, cosa que éstos podían comprobar al comparar la indigencia que Agripa había padecido anteriormente y la prosperidad de que gozaba en el presente. Y unos lo felicitaban por no haber fracasado en sus intentos, mientras otros estaban perplejos con lo ocurrido.

240. *Herodías, hermana de Agripa, llena de envidia incita a su marido actual, el tetrarca Herodes, a ir a Roma para solicitar a Cayo su nombramiento como rey.* 7. Por su parte, Herodías, la hermana de Agripa y consorte de Herodes[79] (éste era tetrarca de Galilea y Perea), sintió envidia[80] de los poderes de su hermano, al ver que había alcanzado un rango mucho más alto que su propio marido, cuando en tiempos pasados había tenido que salir huyendo por no poder cancelar sus deudas, mientras que ahora había regresado a la patria con un alto rango y una prosperidad tan enorme. Estaba por ello triste y soportaba apesadumbrada ese cambio tan afortunado, y sobre todo cada vez que lo veía presentarse y acercarse al pueblo con las usuales insignias de rey no era capaz de ocultar su desdichada envidia, y, lejos de ello, incitaba a su marido, man-

---

[76] Cf. *BJ.* 2, 181.

[77] Quien, según *BJ.* 2, 181, había muerto. Filipo era hijo de Herodes el Grande y de Cleopatra. Cf. *AJ.* 17, 319.

[78] Hijo de Ptolemeo Meneo y tirano de Cálcide. Cf. *AJ.* 15, 344; 19, 275, y 20, 138.

[79] Herodes Antipas. Cf. *AJ.* 17, 318, y 18, 109 y ss.

[80] Cf. *BJ.* 2, 181 y ss.

dándole que tomara un barco rumbo a Roma para reclamar una dignidad igual, puesto que, según ella le decía a su marido, no valía la pena para ellos vivir cuando Agripa, siendo hijo de Aristobulo, éste condenado a muerte por su padre, y él mismo envuelto un tiempo en una pobreza tan absoluta que sólo gracias a las limosnas recibidas había podido subvenir a las necesidades cotidianas y que se había visto obligado a hacerse a la mar para escapar de sus acreedores, había regresado convertido en rey, mientras él, siendo hijo de rey, y a quien su estrecho parentesco con el poder lo estaba invitando a reclamar igual cargo, estaba cruzado de brazos, contento con pasar la vida como un simple particular. Y Herodías terminó diciéndole a su marido estas palabras textuales: «En fin, aunque hasta este momento, Herodes, no te apenara disfrutar de honores inferiores a aquéllos de que disfrutó el padre de quien naciste, ahora por lo menos aspira a alcanzar el rango que por nacimiento te pertenece, y no consientas quedarte por debajo ni que te aventaje en dignidad un hombre que solicitó tu riqueza[81], y tampoco evidencies con tu proceder que la pobreza de este hombre puede alcanzar la gloria más que nuestra riqueza, ni consideres un comportamiento no exento de sonrojo quedarte por detrás de quienes ayer o anteayer sobrevivieron gracias a tus limosnas. En fin, vayamos a Roma y no escatimemos esfuerzo alguno ni plata ni oro que haya que gastar, puesto que no sería en absoluto aconsejable conservar estas riquezas por lograr ningún otro objetivo, cualquiera que él fuese, que no sea gastarlas para alcanzar el rango de rey».

245. *Herodes solicita a Cayo Calígula el rango de rey, pero, lejos de alcanzar su propósito, pierde lo que tiene y es desterrado a una localidad de los Pirineos, por instigación de Agripa.* 2. Pero Herodes Antipas se oponía a esta idea, por gustar de la tranquilidad y mirar con cierta prevención la turbamulta de Roma, y, en consecuencia, intentaba hacer entrar en razón a Herodías. Pero cuanto más se retraía él tanto más insistía ella, animándolo a que no dejara de hacer todo lo que fuera preciso por alcanzar el título de rey. Y no cejó en su empeño hasta conseguir que él, aun en contra de su voluntad, adoptara su mismo punto de vista, por no poder de otra manera sustraerse a la decisión tomada por su

[81] Cf. *AJ.* 18, 148 y ss.

esposa. Así pues, tras ataviarse lo más lujosamente posible y sin escatimar gasto alguno, embarcó rumbo a Roma, llevando consigo también a Herodías. Pero Agripa, al enterarse de la intención y preparativos de Antipas y Herodías, se preparó también él. Y cuando llegó a sus oídos la noticia de que se habían hecho ya a la mar, envió también él a Roma a Fortunato, un liberto suyo, portando regalos para el emperador y una carta en contra de Herodes y con la misión de poner a Cayo, si tenía oportunidad para ello, al corriente de la situación. Y Fortunato, tras hacerse a la mar inmediatamente después que Herodes y disfrutar de una navegación favorable, le iba pisando los talones, de suerte que, cuando aquél contactaba con Cayo, él estaba ya desembarcando y a punto de entregarle la carta. Ambos habían arribado a Dicearquía, y encontraron a Cayo en Bayas[82]. También ésta es una villa de Campania, y queda distante de Dicearquía unos cinco estadios[83]. En ella hay viviendas regias dotadas de lujosos paramentos, por alardear los respectivos emperadores de superar a sus predecesores. El lugar en cuestión ofrece baños de agua caliente que brota espontáneamente del suelo, buenos para la curación de los enfermos y que contribuyen de una manera singular para llevar un género de vida regalado. Y Cayo, como a un mismo tiempo saludara a Herodes (pues éste contactó con él primero) y tuviera acceso a la carta de Agripa, concebida para acusar al primero (pues acusaba a Herodes de haber llegado a un acuerdo con Sejano para oponerse a que Tiberio se hubiera alzado con el poder y con el parto Artabano para oponerse a que Cayo consiguiera igualmente el poder, y como prueba de sus palabras presentaba la existencia de un armamento suficiente para setenta mil soldados, que estaba depositado en los arsenales de Herodes) se puso fuera de sí por el contenido de la carta, y preguntó a Herodes si era cierto lo relativo a las armas. Y como él hubiera contestado que sí, que las armas existían (pues no podía decir otra cosa por contradecirlo la verdad de los hechos),

[82] Ciudad situada en la bahía de Nápoles y originariamente puerto de Cumas. Sus manantiales de aguas sulfúricas, clima templado y hermosos alrededores hicieron de ella un lugar de recreo (cf. Marcial 11, 80), donde fueron construidas imponentes casas de campo por Julio César, Calígula, Nerón, Alejandro Severo y otros (cf. también Cicerón, *Fam.* 9, 12).

[83] Algo menos de 1 kilómetro.

Cayo, que consideraba ya creíble la acusación de intento de rebelión, lo desposeyó de la tetrarquía, que agregó al reino de Agripa, y sus bienes los entregó igualmente a Agripa, mientras a él lo condenó al destierro para el resto de sus días, asignándole para vivir y residir la ciudad de Lúgduno, situada en la Galia[84].

Por lo que a Herodías respecta, al enterarse de que era hermana de Agripa, le devolvió todos los bienes de su propiedad particular y le dijo que sólo su hermano constituía un baluarte a su favor que le impedía a él decidir que no compartiera con su marido la desgracia. Pero ella le contestó: «Tú, emperador, las palabras que dices responden a tu magnanimidad y a tu rango, pero aceptar la gracia de tu don me lo impide el afecto que siento por el hombre que está casado conmigo, a quien no es justo que abandone caído en la desgracia cuando he compartido con él horas de felicidad».

Entonces Cayo, al considerar irritante el orgullo de esta mujer, la desterró también a ella con Herodes, y el capital de ella lo entregó como regalo a Agripa. Dios impuso este castigo a Herodías por envidia hacia su hermano, y a Herodes por haber hecho caso de los vanidosos sentimientos mujeriles.

Cayo, por su parte, durante el primer año y el siguiente administró los asuntos de Estado magnánimamente, y al portarse comedidamente alcanzó sumo afecto entre los propios romanos y los súbditos, pero a medida que transcurría el tiempo iba desistiendo de sus sentimientos humanitarios para pasar a considerarse un dios a causa de la magnitud de su poder, hasta el punto de atreverse a adoptar una conducta con total menosprecio de la Divinidad.

257. *En esta línea de conducta Calígula toma partido por los griegos en su enfrentamiento con los judíos de Alejandría.* 8. Y como en aquel entonces se hubiera producido en Alejandría un enfrentamiento entre los judíos y los griegos que habitaban allí, cada bando eligió tres embajadores, que se presentaron[85] ante Cayo. Pues bien, uno de los embajadores alejandrinos era Apión[86],

---

[84] Aunque en *BJ.* 2, 183, Josefo dice que Herodes estuvo desterrado *en España.* Según A. Pelletier, en su versión francesa de la *Guerra judía* (libros II-III), p. 191, Lúgduno de la Galia se corresponde con la actual localidad de los Pirineos de nombre Saint-Bertrand de Comminges.

[85] En el año 40 d. C.

[86] Alejandrino, discípulo de Dídimo y sucesor de Teón al frente de la escuela de Alejandría, y que vivió en Roma en tiempos de Tiberio y Clau-

quien lanzó contra los judíos un sinfín de denuestos, acusándolos entre otras cosas de ignorar su deber de tributar honores al César. Y Apión en esta línea continuó diciendo que, mientras todos los súbditos del imperio romano levantaban altares y templos en honor de Cayo y lo consideraban por todos los demás respetos que hacia él mostraban como un dios más, sólo los judíos juzgaban ignominioso honrarlo con estatuas y utilizar su nombre en los juramentos. Y una vez que Apión hubo lanzado contra los judíos numerosas y terribles acusaciones por las que confiaba en que Cayo, como era natural, montara en cólera, Filón[87], quien presidía la delegación judía, hombre ilustre por todos los conceptos, y que era hermano del alabarca Alejandro[88] y no inexperto en filosofía, se dispuso a tomar la palabra para proceder a rechazar aquellas acusaciones. Pero lo cortó Cayo, ordenándole que se alejara de su presencia, al tiempo que por lo colérico que estaba dejaba traslucir que tomaría contra los judíos una medida terrible. Y Filón salió, vejado en tal alto grado, y a los judíos que lo acompañaban les aseguró que había que estar tranquilos, porque Cayo había mostrado su irritación con ellos de palabra, mientras que en la realidad de los hechos estaba concitando ya contra sí la cólera de Dios.

261. *Cayo ordena a su legado en Siria, Petronio, erigir una estatua suya en Jerusalén, incluso por la fuerza.* 2. Y Cayo, considerando intolerable que los judíos fueran los únicos en mostrarle tan alto grado de desprecio, envió a Siria en calidad de legado a Petronio, para suceder a Vitelio en el gobierno de esta provincia, ordenándole que, tras irrumpir en Judea con copiosas fuerzas, si los judíos lo aceptaban de grado, colocara su estatua en el Templo de Dios sin más, pero que si trataban de oponerse, luego de someterlos por la fuerza de las armas procediera a efectuar la citada

---

dio. Es la persona contra quien Josefo escribió su *Contra Apión*. A Apión se refieren también Plinio, en el prefacio a su *Nat. Hist.*, y Gelio 5, 14, 10-30.

[87] Filón de Alejandría (que vivió del 30 a. C. al 45 d. C.), jefe de la escuela judía de su ciudad, se refiere a esta embajada en su panfleto *Legatio ad Gaium*, en el que, y en su *In Flaccum*, intenta demostrar que Dios protege a su pueblo y castiga a sus perseguidores, idea que influyó en la literatura cristiana, por ejemplo, en el *de mortibus persecutorum* y en san Agustín.

[88] Cf. *AJ.* 18, 159 y ss., y 259; y 19, 276 y ss., y 20, 100, así como *BJ.* 5, 205.

operación. Y Petronio, una vez que se hizo cargo del gobierno de Siria, se apresuró a cumplir las órdenes del César[89]. En este sentido, tras reunir el mayor número de fuerzas aliadas posible y tomando dos legiones del ejército romano, llegó a Ptolemaide, dispuesto a invernar allí, con la intención de no dejar de lado la idea de atacar Judea a la llegada de la primavera. Y escribió a Cayo, dándole cuenta de las medidas tomadas. Y el emperador alabó su celo, al tiempo que le ordenaba que no cejara en su empeño, sino que atacara enérgicamente a los judíos si no obedecían. Pero, cuando las cosas se encontraban en esta situación, numerosas decenas de millares de judíos se presentaron ante Petronio en Ptolemaide rogándole que no los obligara a cometer desafueros y tener que transgredir la ley de su pueblo. Y terminaron su intervención ante Petronio con estas exactas palabras: «Pero si te has propuesto absolutamente llevar a Jerusalén la estatua y erigirla allí, ejecútanos antes a nosotros y luego ya lleva a efecto tu determinación, pues mientras estemos con vida no podremos permitir un hecho que nos tienen prohibido no sólo nuestro venerable legislador, sino también nuestros antepasados, quienes han entendido que esta actitud redunda en nuestra gloria». Y Petronio, acogiendo con irritación sus palabras, les contestó: «Si yo estuviera autorizado a tomar mis propias determinaciones y se me hubiera ocurrido llevar a cabo este propósito por mí mismo, estaría justificado que vosotros me hablárais así. Pero, cuando se da la circunstancia de que es el emperador quien me lo ha mandado, no tengo más remedio que cumplir las órdenes dictadas previamente por él, puesto que desobedecerlas comporta un castigo irremediable». A lo que los judíos respondieron: «Pues bien, puesto que entiendes, Petronio, que no puedes transgredir los mandatos de Cayo, debes saber que tampoco nosotros podemos transgredir las prescripciones de la ley judaica, la cual hasta ahora hemos permanecido sin contravenir por el noble comportamiento y esfuerzos de nuestros antepasados y obedientes a Dios, y no osaríamos ser tan perversos que llegáramos nosotros a transgredir algun día, por miedo a morir, aquellos mandatos que, según Él determinó, si no se incumplían, nos traerían acopio de bienes. Y seremos capaces de correr la suerte que el destino nos depare con tal de observar nuestras normas tradicionales,

[89] Cf. *BJ.* 2, 185 *y ss.*

sabedores de que, si nos proponemos correr el peligro que sea, nos asiste la esperanza de que acaso consigamos triunfar, no sólo porque Dios se pondrá de nuestro lado por ser capaces de sufrir lo indecible sólo en honor de Él, sino también porque es propio del azar gustar de adoptar en los acontecimientos uno u otro partido, mientras que si te obedeciéramos a ti se lanzarían contra nosotros tremendos reproches calificándonos de cobardes, porque daríamos la impresión de haber contravenido la ley por miedo, y al mismo tiempo nos amenazaría con fuerza la cólera de Dios, quien incluso a tu juicio sería más poderoso que Cayo».

269. *Petronio da muestras de debilidad.* 3. Y Petronio, juzgando por estas palabras que la decisión de los judíos era inamovible y que él no podría cumplir la orden de Cayo de levantar la estatua a no ser por la fuerza de las armas, que provocarían numerosos muertos, tomando consigo a sus íntimos y a su séquito, se dirigió a Tiberíades, deseoso de conocer cuál era el estado de cosas de los judíos[90]. Y los judíos, que consideraban peligroso el riesgo de entrar en guerra con los romanos, pero que juzgaban mucho más peligroso el riesgo que corrían de contravenir la ley, de nuevo a millares fueron a entrevistarse con Petronio, quien ya había llegado a Tiberíades, procediendo a suplicarle que no los metiera en modo alguno en tal callejón sin salida ni que mancillara la ciudad de Jerusalén erigiendo allí una estatua. A lo que Petronio replicó: «¿Combatiréis[91] entonces contra el César, sin tener en cuenta sus enormes efectivos ni vuestra debilidad?». Y ellos contestaron: «En modo alguno combatiremos contra él, pero seremos cadáveres antes que transgredir nuestras leyes». Y a renglón seguido, tumbándose en el suelo boca abajo y mostrando el cuello desnudo presto a ser degollado, decían estar dispuestos incluso a recibir la muerte. Y esta operación se repitió a lo largo de cuarenta días, y desde el primero se desentendieron de labrar sus tierras, y eso que era la época de la sementera. Y preferían y mostraban estar mucho más dispuestos a morir antes que ver erigida la estatua».

273. *Petronio accede, con riesgo de su vida, a consultar de nuevo a Cayo Calígula.* 4. Y en este estado de cosas Aristobulo,

[90] Cf. *BJ.* 2, 192 y ss.
[91] Cf. *BJ.* 2, 196 y ss.

hermano del rey Agripa, con Helcías el Grande y otros miembros más de esta casa, los más poderosos, y con ellos los principales de la ciudad, acudieron a Petronio, exhortándolo, a la vista de la determinación de la población, a que no la llevara en modo alguno a la desesperación, sino que comunicara por carta a Cayo la oposición inexorable de los judíos a aceptar la estatua, y que le indicara no sólo cómo ellos estaban sentados para impedirlo, abandonando el laboreo de las tierras, lo que no significaba que quisieran entrar en guerra, ya que tampoco podrían aunque lo desearan, pero sí que estaban decididos a *morir antes que transgredir* sus normas, sino también cómo, al quedar las tierras sin sembrar, surgiría el pillaje ante la imposibilidad de pagar los tributos[92]. Y es que, según ellos le indicaban a Petronio, a lo mejor Cayo podía rajarse y, en ese caso, no continuaba con una idea tan cruel ni urdía el aniquilamiento de la nación judía. A esta actuación invitaban Aristobulo y los suyos a Petronio. Entonces éste, en parte por insistir Aristobulo y su grupo una y otra vez, en razón de la importancia de las cosas por las que efectuaban su petición, y recurrir ellos a todos los mecanismos imaginables en sus súplicas y en parte también por ver la oposición de los judíos a esta idea y considerar terrible si, por llevar a la práctica la locura de Cayo y ocasionar con ello la muerte de tantas decenas de millares de personas, quedaba él incurso en el delito de faltar al respeto debido a Dios y quedaba condenado a llevar después de ello un género de vida esperando en cada momento lo peor, consideró mucho mejor que eso mandar una carta a Cayo[93] [...] sin dejar de ser consciente de que con ello se jugaba irremediablemente la vida, si el emperador montaba en cólera contra él por no haber cumplido inmediatamente sus mandatos, aunque también, según Petronio pensaba, a lo mejor lo convencía, y, en última instancia, en el supuesto de que persistiera en su inicial idea alocada, podía él emprender la guerra contra los judíos, y eso sin contar con que, si a lo mejor vertía su cólera contra él, era honroso para los que se precian de aspirar a alcanzar la virtud sacrificar su vida en aras de una multitud tan enorme de personas. Consecuentemente, consideró convincente la propuesta de los suplicantes.

---

[92] Cf. *BJ.* 2, 199 y ss.

[93] A partir de este punto parece haber una laguna textual.

279. *Petronio comunica a los judíos comprender sus razones y estar decidido a arriesgar su vida en defensa de los principios tan nobles presentados por ellos.* 5. Y Petronio, tras convocar[94] a una reunión en la ciudades de Tiberíades a los judíos (quienes acudieron por miles de millares) y presentarse ante ellos, les manifestó que la presente expedición militar no se debía a una decisión personal suya, sino que era cosa de una orden del emperador, quien hacía recaer su cólera sin demora alguna sino, por el contrario, al instante sobre los que cometieran la osadía de desobedecerle, por lo que, como ellos podían comprender, la postura correcta de quien, como él, había alcanzado tan alto cargo por concesión del emperador era no hacer nada contrario a sus mandatos. Y continuó la exposición con estas exactas palabras: «No obstante, no considero justo dejar de sacrificar mi vida y dignidad en aras de vuestro empeño por que no desaparezcan bienes tan grandes, lo que me invita a ponerme del lado de la excelencia de vuestra ley (por la que estáis decididos a jugaros la vida en razón de ser un bien heredado de vuestros mayores) así como de la imponente dignidad y poder de Dios, cuyo Templo no soportaría consentir verlo ser víctima de la insolencia puesta de manifiesto en la arbitrariedad de las autoridades supremas. Por ello, voy a enviar un mensajero ante Cayo no sólo para manifestarle vuestros puntos de vista, sino también para adoptar el cometido de abogar por vuestra causa con objeto de que vosotros no os veáis forzados a tomar las nobles resoluciones que os propusisteis. Y ojalá que Dios colabore con nosotros (pues las facultades que le asisten son superiores a toda argucia y fuerza humana) defendiendo, en lo que a vosotros respecta, vuestra observancia de las normas patrias y, en lo que al emperador toca, invitándolo a que no pierda la dignidad de que hoy disfruta por dejarse llevar de impulsos humanos irracionales. Y si Cayo, exasperado, volviera contra mí su implacable colera, soportaré todo riesgo y todo sufrimiento que caigan sobre mi cuerpo y mi alma con tal de no veros a vosotros perecer en tan elevado número por tan noble conducta. Marchad, pues, a vuestros respectivos trabajos y ocupaos de labrar las tierras, pues yo me encargaré de enviar un mensajero a Roma y no rehuiré poner todo mi empeño en defenderos a vosotros, yo personalmente y a través de mis amigos».

---

[94] Cf. *BJ.* 2, 200 y ss.

284. *Dios ofrece un presagio de que las cosas saldrán bien a los judíos, y también a Petronio.* 6. Petronio, tras haber pronunciado estas palabras y haber disuelto la asamblea de los judíos, solicitó a las autoridades que se preocuparan de que se sembraran los campos y que charlaran con las gentes para infundirles favorables esperanzas. Y mientras él se esforzaba por animar al pueblo, Dios manifestó a Petronio que estaba de su lado y tomaba partido decididamente por su causa. En efecto, en el mismo instante de terminar el discurso dirigido a los judíos, Dios lanzó agua en abundancia, cosa que ocurrió cuando las gentes menos se lo podían esperar, por un lado, porque aquel día, al estar claro desde el alba, no presagiaba lluvia ni por lo más remoto, a juzgar por el estado en que se encontraba el cielo, y, por otro, el año entero, al estar dominado por una sequía enorme, hacía que las gentes desesperaran de que fuera a caer agua del cielo, aunque a veces lo vieran cubierto de nubes. En estas circunstancias, al haber caído entonces agua a mares en contra de lo habitual y cuando cabía esperar lo contrario, eso hizo que los judíos cobraran confianza en que Petronio no fracasaría en modo alguno en las peticiones que iba a formular en su defensa. Por su parte, Petronio se sintió impresionado todavía más vivamente al ver claramente que Dios velaba por los judíos y había demostrado tan convincentemente su presencia que ni siquiera a las personas que se habían propuesto pensar lo contrario a los hechos les había quedado fuerza para negarlo. Y como Petronio mandara un mensajero, el suyo propio, que hiciera saber a Cayo a más de las restantes cosas que él le decía en su carta[95] [...] todo su empeño era sugerir a Cayo e invitarlo por todos los medios a que evitara llevar a la desesperación a tan elevado número de personas que ascendían a millares, haciéndole saber que si las mataba (pues, según le advertía, estas gentes no dejarían de cumplir con su ley sin recurrir a la guerra) no sólo se vería privado de los ingresos que ellos le proporcionaban, sino que además estaría sujeto por los siglos venideros a la maldición de aquéllos, con la que ellos le corresponderían. Y Petronio le revelaba sobre todo que la fuerza del Dios que protegía al pueblo judío se había manifestado en toda su pureza y que ella había puesto en claro sin género alguno de duda que no era inferior en absoluto a la fuerza con que contaba Cayo.

---

[95] Aquí hay una laguna en el texto.

289. *Cayo Calígula, en un momento de euforia, promete concederle a su amigo el rey Agripa todo lo que le pida.* 7. Petronio estaba en éstas, mientras el rey Agripa, que casualmente se encontraba en Roma, adquiría cada día mayor amistad con Cayo. Y en una ocasión le ofreció un banquete, a propósito del cual se preocupó de superar a todos tanto por los altos costes del banquete como por la presentación de manjares satisfactorios para los comensales, hasta el punto de conseguir no ya que cualquiera de los restantes, sino ni siquiera el propio Cayo se le comparara aunque lo pretendiera, cuanto más que le superara. ¡Hasta tal punto este hombre aventajó a todos en la referida presentación de manjares y en ofrecer toda suerte de comidas al César, en lo que mostró geniales ideas! Entonces Cayo, admirado tanto de los sentimientos de Agripa como de su tan noble munificencia que lo llevaba, en su deseo de agradarle, a gastar ríos de dinero, incluso por encima de sus posibilidades, y deseoso de emular la magnificencia que Agripa mostró en su deseo de satisfacer los caprichos del emperador, éste, en un momento de relajamiento mental a causa del vino ingerido y cuando había convertido su seriedad habitual en una actitud más alegre, en medio del banquete, mientras Agripa lo invitaba a beber, le dijo: «Ya en fechas anteriores a ésta fui testigo de la estima que sentías por mí y del gran afecto que me demostraste, llegando incluso a correr en tu vida riesgos, en los que te viste envuelto a instancias de Tiberio por defenderme a mí, sin que jamás dejes de tratarme con toda distinción, incluso por encima de tus posibilidades. De ahí que yo quiera que alcances los bienes que te han faltado hasta ahora (pues es vergonzoso que yo me quede por debajo del afecto que tú sientes por mí). Y es que es bien poca cosa todo lo que te asigné, relativo a regalos. Pues bien, todo lo que pudiera inclinar de tu lado la balanza de la felicidad cuenta con que yo anhelo y me comprometo a que te sea otorgado». Cayo le ofreció esto en la creencia de que le pediría tierras en abundancia o, si no, ingresos económicos proporcionados por cualesquiera ciudades. Pero Agripa, aunque tenía preparado todo lo que iba a pedirle, no le reveló su intención, sino que rápidamente contestó a Cayo que ni antes había cultivado su amistad en contra del mandato de Tiberio[96] por buscar sacar de tal actitud un provecho personal, ni ahora

[96] Cf. *AJ.* 18, 166 y 188.

hacía nada que le resultara grato al emperador por conseguir algún tipo de ventaja personal, añadiendo que los regalos con que hasta aquel momento lo había obsequiado eran enormes, superiores incluso a los que pudiera esperar el más osado. Y terminó con estas precisas palabras: «Pues aunque hayan sido inferiores a tus posibilidades, son superiores a lo que yo, que los he recibido, esperaba y merecía». Y Cayo, impresionado por la grandeza de espíritu de Agripa, insistía aún más en que le dijera qué le gustaría que le concediera. Y entonces Agripa le contestó: «Oh soberano, puesto que con tu acicate me demuestras que soy merecedor de tus dones, no te pediré ninguno de los bienes que redunda en mi felicidad particular, por destacar grandemente yo con los que ya me has concedido, sino que te pediré una cosa que podría procurarte a ti fama de persona piadosa, así como hacer que Dios acuda en tu ayuda en cualquier empresa que emprendas y conseguir que se vuelquen en elogios hacía mí las gentes que se enteren de que tuve la satisfacción de que gracias a tu magnanimidad no fracase jamás en nada de lo que te pedí. En efecto, te ruego que desistas de tu idea de ordenar erigir la estatua que has mandado a Petronio que levante en el Templo judío».

298. *Cayo comunica por carta a Petronio que se abstenga de erigir su estatua en el Templo de Jerusalén.* 8. Y Agripa, aunque consideraba más que peligrosa esta actuación (pues si Cayo no juzgaba conveniente su idea, ello no le reportaba ninguna otra cosa más que la muerte), al entender que estaba en juego una cosa importante, como en verdad lo era, optó por jugarse la vida en este asunto. Por su parte, Cayo, al estar ganado por el trato de Agripa y, al mismo tiempo, considerar extremadamente feo aparecer mentiroso ante tantos testigos si no concedía lo que fervientemente había forzado a Agripa que le pidiera, aunque de momento se arrepintió de su ofrecimiento y al mismo tiempo se extrañó del proceder de Agripa, puesto que éste, estimando en poco la posibilidad de acrecentar su prestigio bien con ingresos pecuniarios o bien con otra forma de poderío, se preocupaba de la satisfacción del común de su pueblo y anteponía a todo las leyes y a Dios, se lo concedió, y en este sentido escribió a Petronio, elogiándolo no sólo por haber reunido el ejército, sino también por el emisario que le había enviado para darle cuenta de ello. Y terminaba la carta con estas exactas palabras: «Pues bien, por lo que respecta al momento pre-

sente, si has erigido ya la estatua, que se mantenga erigida. Pero si todavía no la tienes levantada, entonces disuelve el ejército y tú marcha a cumplir la misión[97] que en un principio te había encomendado. Pues ya no pido que sea erigida mi estatua, en gracia a Agripa, persona a quien yo estimo en más que negarle lo que me solicita por necesidad de la referida estatua».

302. *Cayo, al recibir luego la carta de Petronio, se enfurece y le ordena que se suicide.* Pues bien, éste es el contenido de la carta que Cayo escribió a Petronio, antes de recibir la misiva[98] en que aquél le manifestaba[99] que los judíos, a su juicio, estaban decididos a sublevarse. Pues, según le indicaba, la actitud de aquellas gentes no presagiaba ninguna otra cosa, sino que amenazaban abiertamente con levantarse en armas contra los romanos. Entonces Cayo, dolido sobremanera por considerar que los judíos habían osado poner a prueba su autoridad, él, que era un hombre que en cualquier asunto adoptaba un comportamiento infame y no admitía el noble, que montaba en cólera con las personas que sometía a juicio, fueran quienes fueran, y que, en este sentido, entendía que su felicidad se cifraba en el placer que su cólera le deparaba, contestó a Petronio con las siguientes palabras: «Dado que has tenido en mayor estima los regalos que te han concedido los judíos que mis mandatos al pretender actuar en todo conforme a lo que ellos gustan con la consiguiente contravención de mis órdenes, te ordeno que, convirtiéndote tú en tu propio juez, determines la medida que debes tomar para sustraerte a mi cólera, puesto que sólo así te podría poner como ejemplo para todos, tanto para las generaciones actuales como para las que sucederán en el futuro, de que en modo alguno deben dejar de cumplir los mandatos de un emperador».

305. *Pero Dios veló por la vida del piadoso Petronio.* 9. Esta es la carta que Cayo escribió a Petronio y que éste recibió cuando ya no vivía el emperador, al haber efectuado sus portadores un viaje por mar tan lento que a Petronio, antes que ella, le llegó un escrito que le informaba de la muerte de Cayo. Pues Dios no iba a olvidarse, claro está, de los peligros que Petronio había arrostrado

---

[97] El gobierno de la provincia de Siria: cf. *AJ.* 18, 261.
[98] Cf. cap. 281 y 283.
[99] En este punto parece haber una laguna textual.

en su deseo de favorecer a los judíos y honrarlo a Él, sino que, por el contrario, tenía que corresponder a sus méritos, cosa que hizo llevándose de este mundo a Cayo, al estar colérico por los crímenes que había osado cometer en contra de su santidad.

Con Petronio se congratuló de ello no sólo la ciudad de Roma, sino también el imperio entero pero, principalmente, los miembros del Senado que destacaban por su prestigio, por cuanto que Cayo los trataba con incontenible cólera. En efecto, Cayo murió no mucho después de haber escrito a Petronio la carta que le imponía la necesidad de suicidarse (el motivo que provocó su muerte así como la forma de la conspiración urdida al efecto lo explicaré en una fase más avanzada de la narración)[100], pero a Petronio le llegó primero la otra carta que le anunciaba la muerte de Cayo y no mucho después la que le ordenaba que se quitara la vida mediante el suicidio. Y Petronio no sólo se alegró por la realidad de la muerte que acabó con la vida de Cayo, sino que también contempló con admiración a la Providencia divina, por cuanto que Dios había correspondido sin demora alguna, sino prestamente, a los méritos contraídos por él al tratar con respeto el Templo y contribuir a la salvación de los judíos.

310. *Culpa y castigo de los judíos de Babilonia.* 9. De esta manera tan fácil escapó Petronio al peligro de muerte, peligro que él no llegó a ver cumplido.

Por otro lado, los judíos que vivían en Mesopotamia y, sobre todo, los que habitaban la ciudad de Babilonia se encontraron con una desgracia tremenda, no inferior a ninguna otra, la cual les causó una mortalidad tan abundante y copiosa como nunca antes se había visto. Pues bien, una vez que haya dado cuenta completa y precisa de todo ello, expondré también los motivos y causas por los que ellos se encontraron con tal desastre.

Naarda es una ciudad de Babilonia, no sólo sumamente populosa y provista de campo feraz y extenso, sino también atiborrada de gente y de otras ventajas más. Por otro lado, no resulta a los enemigos fácil entrar en ella, no sólo por correr en su derredor el Eúfrates y cogerla toda ella dentro, sino también por estar protegida con murallas. También la ciudad de Nísibis se encuentra rodea-

[100] Cf. *AJ.* 19,1 y ss.

da igualmente por el río citado. De aquí que los judíos, confiados en la seguridad natural de estas plazas, depositaban en ellas las monedas de dos dracmas[101], que todos y cada uno de los judíos están obligados de acuerdo con la tradición a dedicar a Dios, así como todas las demás ofrendas, y no sólo eso, sino que además ellos utilizaban estas ciudades como lugar donde guardar su dinero. Y desde aquí eran remitidas en el momento oportuno a Jerusalén las referidas monedas y ofrendas, transporte de cuyo dinero se encargaban numerosas decenas de millares de personas, por temor a que se lo robaran los partos, de quienes es tributaria Babilonia. Pues bien, en aquel tiempo y lugar vivían Asineo y Anileo, naturales de la ciudad de Naarda y hermanos carnales. Su madre (eran huérfanos de padre) los puso a aprender la técnica de la confección de telas, puesto que no constituía desdoro desde la perspectiva de las gentes del lugar que los hombres se dedicaran allí a la confección de tejidos[102]. Pues bien, un día el oficial encargado de estas labores y que era quien les enseñaba el oficio los azotó, tras reprocharles haber llegado tarde a clase. Entonces ellos, que consideraron tal reprimenda como una ofensa a su persona, tras coger gran cantidad de armas que se guardaban en su casa, llegaron a un lugar por el que discurren varios ríos y dotado de unas condiciones naturales que hacen que ofrezca pastos excelentes y todo ese tipo de forraje que se reserva para el invierno. Y se les unieron los jóvenes más menesterosos, a quienes ellos equiparon con armas. Luego, estos dos hermanos se convirtieron en generales de un ejército así formado y nadie se opuso a que ellos fueran los comandantes en jefe de estos perdularios. En efecto, como se hubieran hecho invencibles y hubieran construido una fortaleza, enviaban a los pastores de toda la región un mensaje en el que les ordenaban que aportaran las cabezas de ganado suficientes para su manutención, ofreciéndoles, si obedecían, su amistad y protección contra los enemigos procedentes de cualquier otro lugar, y amenazándoles, en cambio, con la destrucción de sus rebaños si desobedecían. Y los pastores aceptaban sus imposiciones, pues no cabía actuar de otra manera en contra de sus mandatos, y, consecuentemente, les remitían el número de ovejas que se les ordenara. De manera que llegó un momento en que las fuerzas que se les habían unido eran

[101] Cf. Mateo 17, 24.
[102] Cf. Sófocles, *Edipo en Colono*, 335-341.

bastante copiosas, con lo que estaban capacitados para causar desaguisados a quienes se lo propusieran, atacándolos súbitamente, de suerte que todos los que contactaban con ellos empezaron a adularlos y resultaban terribles para quienes se encontraran obligados a verse las caras con ellos. A la postre resultó que su fama llegó incluso al rey de los partos.

318. *Estos dos hermanos derrotan al sátrapa de Babilonia.* 2. El sátrapa de Babilonia, al enterarse de ello y desear impedir su auge antes de que hubieran originado un daño mayor [103], tras reunir el ejército más poderoso posible, compuesto por partos y babilonios, marchó contra ellos, decidido a caer sobre los enemigos antes de que les llegara la noticia de que estaba preparando la expedición militar. Y tras apostar sus fuerzas alrededor de la laguna, se quedó quieto, pero al día siguiente (era sábado, día en que los judíos descansan de todo tipo de negocio), como creyera que en esa fecha los hermanos citados no se atreverían a enfrentarse a él, sino que los llevaría cautivos luego de capturarlos sin necesidad de utilizar las armas, avanzó lentamente, buscando caer sobre ellos por sorpresa. Pero Asineo, que se encontraba sentado en compañía de sus camaradas con las armas depositadas al lado, les dijo: «Camaradas, he percibido relinchos de caballos, pero no de los que están pastando, sino ese tipo de relincho que sólo ocurre cuando los montan jinetes, dado que he oído también una suerte de repiqueteo de frenos. Temo que sin darnos cuenta los enemigos nos han cercado. En todo caso, póngase en camino cualquier espía, para que nos proporcione información clara de lo que pasa. Y ¡ojalá que las palabras que acabo de decir resulten falsas!». Y, una vez que él hubo dicho esto, marchó un grupo a enterarse de lo que ocurría. Y tras regresar rápidamente, dijeron: «Ni tus intuiciones de lo que hacen los enemigos fueron falsas, ni ellos estaban decididos a permitirnos por más tiempo cometer fechorías. En efecto, hemos sido cercados a traición, exactamente igual que los ganados, mientras nutridas fuerzas de caballería vienen contra nosotros, quienes nos hallamos imposibilitados de defendernos por estar obligados a guardar descanso según prescripción de las leyes». Pero Asineo, claro está, no había de juzgar lo que procedía hacer aceptando el

[103] Cf. Tucídides 1, 69, 4.

sentir del espía, sino que, habiendo considerado más justo que dar él una alegría a los enemigos al morir sin hacer nada el transgredir la ley y, si era preciso, el morir vengándose de ellos tras emplearse a fondo en rechazarlos, actuando en todo ello obligado por la necesidad en que se veía envuelto, no sólo tomó él las armas, sino que además infundió a sus camaradas ánimos para que arrostraran el caso con igual bravura. Tras ello marcharon al encuentro de los enemigos, y, tras matar a muchos de ellos por avanzar descuidadamente a una misión que creían tener en sus manos, obligaron a los restantes a huir.

325. *El propio rey de los partos solicita un tratado de amistad con estos dos hermanos.* 3. Y el rey de los partos, cuando le llegó la noticia del resultado de la batalla, asustado por la audacia de estos dos hermanos anheló celebrar una entrevista y conversaciones con ellos, y, en este sentido, envió al más fiel de los miembros de su escolta personal a decirles lo siguiente: «El rey Artabano, pese a haber sido ofendido por vosotros al atacar su imperio, como estima en menos su cólera que vuestro valor, me envió a mí para que os tendiera mi mano y os ofreciera plenas garantías, ya que os concede no sólo seguridad personal, sino también la libertad de moveros por los caminos si vais a reuniros con él, puesto que os pide que lo visitéis en son de amigos, quedando eliminados en este posible encuentro toda traición y engaño. Además, promete que os concederá, en la medida de sus posibilidades, dones y honores, que han de aumentar aún más la gloria que ahora os asiste».

Entonces Asineo, aunque él personalmente declinó viajar a reunirse con el rey, sin embargo envió a su hermano Anileo, tras proveerlo de todos los regalos que pudo procurarle para Artabano. Tras ello Anileo se puso en camino, al final del cual le fue franqueada la entrada junto al rey. Y Artabano, al comprobar que sólo había llegado Anileo, le preguntó por el motivo de la ausencia de Asineo. Y al informarse de que aquél se había quedado en la laguna por temor, no sólo juró por los dioses de sus antepasados que no les causaría ningún daño si se acogían a su palabra, sino que además le tendió su mano derecha, gesto que desde la perspectiva de todos los extranjeros de aquella región constituye la demostración más palmaria de seguridad para quienes celebran un contrato. En efecto, no engañará nadie que haya ofrecido su mano derecha a otro, ni tampoco uno dudaría creer si le proporcionan tal seguridad

aquéllos de quienes sospecha que podrían ofenderlo. Y Artabano, tras haber actuado en este sentido, despidió a Anileo con el encargo de que persuadiera a su hermano a que viniera a visitarlo. Y el rey actuaba así deseoso de ganarse como amigos a los valientes hermanos judíos, puesto que constituían un freno cuando, al sublevarse algunas de sus propias satrapías y otras proyectar hacerlo, se disponía él a marchar contra ellas. Pues temía no fuera que, mientras él se ocupaba en la guerra emprendida para el sometimiento de los sublevados, Asineo y los suyos incrementaran enormemente su poderío y, en estas condiciones, o bien obligaran a Babilonia a acatar sus órdenes o bien, en caso de no lograr esto, no fracasaran en su intento de causarle peores daños.

332. *Los generales partos rinden honores a Asineo.* 4. Con esta intención despidió Artabano a Anileo. Y éste logró convencer a su hermano al darle cuenta de todas las muestras de afecto que le había manifestado el rey, y singularmente del juramento que había prestado. De manera que en estas condiciones acudieron ya a entrevistarse con Artabano, quien acogió su presencia con agrado, y admiró a Asineo por la pasión que ponía en sus operaciones, comprobando no sólo que era aparentemente muy poca cosa, sino también que parecía ofrecer motivos a quienes se reunieran y lo vieran por primera vez para despreciarlo e interpretar que él no valía nada, por lo que dijo a sus amigos que, puestos a comparar, Asineo mostraba un alma más grande que el cuerpo. Y durante el acto de la bebida, al presentar Asineo a Abdagases, el comandante de su escolta, le indicó su nombre y toda la bravura de que hacía gala en la guerra. Y como Abdagases le pidiera permiso para matarlo y de esta manera conseguir que él pagara las ofensas que había causado al imperio parto, el rey le contestó: «En modo alguno te daría permiso para que atacaras a un hombre que ha confiado en mi palabra y al que, además de eso, le tendí mi mano derecha y lo animé a que se fiara del juramento que presté a los dioses. Pero si te encuentras valiente para la guerra, venga al imperio parto ultrajado, pero sin pretender convertirme a mí en un perjuro. En este sentido, una vez que él haya regresado a su punto de origen atácalo y véncelo con tu fuerza y a espaldas mías». Y luego, al amanecer, tras llamar a Asineo, le dijo: «Querido joven, es hora de que regreses a tus estancias, no sea que excites la cólera de otros generales más que los presentes y los lleves a que te maten, en

contra incluso de mi parecer. Por otro lado, pongo en tus manos la región de Babilonia, con el ruego de que cuides de que permanezca libre de tus saqueos y exenta de todo daño. Merezco alcanzar tu benevolencia ya que cumplí irreprochablemente la palabra que te di, cuando no estaba en juego una cuestión baladí, sino algo de lo que dependía la conservación de tu vida». E inmediatamente después que le hubo dicho esto a Asineo y le hubo entregado regalos, lo despidió. Y éste, tras llegar a sus posesiones, construyó nuevas fortalezas y consolidó las ya existentes, de suerte que en poco tiempo se hizo más poderoso que ningún otro que en fechas anteriores hubiera osado hacerse con un gobierno partiendo de unos comienzos tan humildes. Y los sucesivos generales enviados a esta región lo adulaban, aunque, con todo y con eso, los honores que le prestaban los babilonios les parecían pequeños y, en todo caso, inferiores a los méritos que en él concurrían. Llegó, así pues, a ser un hombre de alto rango y poderío, tanto que en un momento dado todo el gobierno de Mesopotamia estuvo en sus manos y su buena suerte continuó ganando terreno durante quince años.

340. *Las cosas empiezan a irles mal al enamorarse Anileo de la mujer del general parto.* 5. Pero cuando ellos disfrutaban de la más completa bonanza, comenzaron a ser presa de las calamidades por un motivo que ahora explicaré, al cambiar ellos la virtud, por la que habían alcanzado las más altas cotas de poder, por la insolencia, puesto que cayeron en la transgresión de las normas patrias, dominados por la concupiscencia y el placer. Ocurrió lo siguiente: a un personaje de los partos, que había llegado como general de la región donde estaba situada la laguna, lo acompañó su esposa, la cual no sólo recibía más elogios que todas las otras esposas por los demás conceptos, sino que sobre todo cobraba mayor importancia que ninguna otra en razón de la admiración que suscitaba su propia hermosura. Pues bien, Anileo, el hermano de Asineo, bien fuera que tuviera conocimiento de su hermosura por oídas o bien que fuera él mismo testigo ocular de ella, la tomó al mismo tiempo por su amada y por su enemiga, lo último por cuanto que no esperaba en absoluto conseguir tener relaciones sexuales con aquella mujer a menos que gozara de autoridad sobre ella por haber sido ganada en la guerra, y lo primero por considerar incontrovertible su pasión por ella. Pues bien, que el marido de la referida mujer fuera elegido para conducir la guerra contra ellos y que, tras caer éste y ser

aniquilado en la batalla iniciada por él contra los hermanos, su esposa, una vez hecha cautiva, se casara con el enamorado fue todo uno. Ahora bien, esta mujer entró en la casa de los hermanos no sin llevar consigo grandes desventuras tanto para el propio Anileo como para Asineo. Al contrario, entró portando una desgracia tremenda, ocurrida por el siguiente motivo. En efecto, cuando, muerto su marido, fue llevada cautiva, la mujer guardó las imágenes de los dioses que ella y su marido habían heredado de sus antepasados (es costumbre de todos los habitantes de aquella región tener en casa las imágenes de su devoción y llevarlas consigo cuando salen fuera) y las llevó consigo, de acuerdo con la costumbre tradicional de aquellas gentes. Y al principio les rendía culto a escondidas, pero cuando fue designada esposa de Anileo entonces ya adoraba a sus dioses en la forma que ella tenía por costumbre hacerlo y con los mismos rituales que en vida de su anterior marido. En estas circunstancias los camaradas especialmente estimados por los dos hermanos reprochaban a Anileo que él no cumplía en modo alguno las normas hebreas ni tampoco las relativas a sus leyes, puesto que había tomado por esposa a una extranjera, la cual, además de eso, transgredía el cumplimiento escrupuloso de los sacrificios y cultos tradicionales. Y le aconsejaban consecuentemente que anduviera con mucho cuidado, no fuera a ser que por hacer demasiadas concesiones a los placeres corporales echara a perder el excelente mando y poder del que en aquel momento disfrutaba y que por la ayuda de Dios había alcanzado en grado tan alto. Pero cuando con estas advertencias no conseguían nada, sino que, por el contrario, Anileo mató incluso a uno de ellos, justo al más estimado por él, porque le hablaba con mayor franqueza, y cuando en el momento en que iba a ser matado por defender las leyes imprecó a Dios que vengara su asesinato haciendo recaer sobre el propio Anileo y Asineo, así como sobre todos sus camaradas, una muerte igual ocasionada por los enemigos, sobre Anileo y Asineo por haber sido los causantes de aquellos desafueros y sobre los otros porque no corrieron en su ayuda en el instante de sufrir tan grave castigo por defender las leyes, entonces ya aquellos judíos estaban apesadumbrados y rebajaban sus humos, al caer en la cuenta de que no habían alcanzado tanta prosperidad por ningún otro motivo más que por la defensa de las referidas leyes. Por eso, cuando llegó a sus oídos que aquella mujer rendía culto a los dioses honrados por los partos, consideraron entonces intolerable la

actitud ofensiva que Anileo adoptaba contra las leyes judías y, consecuentemente, acudiendo a Asineo en número demasiado elevado, increpaban ya a Anileo, diciendo que, si es que previamente no había visto por sus propios ojos lo que le convenía, era llegado el momento en que debía enmendar su conducta antes de que sus pecados fueran los responsables de la perdición no sólo de él, sino también de todos los demás, puesto que, según ellos decían, no sólo el matrimonio de Anileo con aquella mujer había sido celebrado sin su aprobación y la de las leyes vigentes entre ellos, sino que además los cultos que practicaba aquella mujer eran realizados con el solo propósito de menospreciar al Dios adorado por ellos. Pero Asineo, aunque también él sabía que el pecado de su hermano era entonces y había de serlo en el futuro causa de grandes desgracias, sin embargo lo toleraba, dominado por el afecto que sentía por tan íntimo familiar, y le otorgaba el perdón, consciente de que él era presa de un mal demasiado poderoso, la pasión amorosa. Pero como día tras día fueran más los que se oponían y las increpaciones resultaran cada vez más insistentes, entonces ya le habló de ello a Anileo, recriminando su anterior comportamiento y mandándole que a partir de aquel momento acabara con él despidiendo a aquella mujer para que volviera junto a sus padres. Pero no consiguió nada con estos consejos. Al contrario, la propia mujer, al darse cuenta de las murmuraciones que pronunciaban sin cesar las gentes por su culpa y temer, en consecuencia, no fuera que Anileo sufriera una desgracia irremediable por el amor que sentía hacia ella, mandó a Asineo al otro mundo mediante un veneno que le suministró en la comida, y así ella quedó tranquila, ya que quien había de ser juez de lo que ocurriera por su proceder era la persona que la amaba.

353. *Anileo consigue una espléndida victoria sobre Mitrídates, yerno del rey parto.* 6. Anileo, cuando ocupaba el poder él solo, llevó el ejército contra las aldeas de Mitrídates, hombre principal en Partia y que estaba casado con la hija del rey Artabano, y las sometió a saqueo. Y consiguió abundantes riquezas y esclavos, e igualmente numerosas ovejas y otros muchos bienes que contribuyen para quienes los poseen a alcanzar la felicidad. Y Mitrídates, que se encontraba casualmente en la zona, al enterarse por oídas de la ocupación de las aldeas y considerar indignante que Anileo empezara a faltarle cuando él no le había causado previamente ningún daño y

menospreciara despectivamente el alto rango del que gozaba Mitrídates en aquel momento, tras reunir el mayor número posible de jinetes, jóvenes en su inmensa mayoría, acudió con intención de trabar combate con las fuerzas de Anileo. Y tras llegar a una de sus aldeas esperó, dispuesto a atacar al día siguiente, por ser sábado, día que los judíos pasan inactivos. Pero Anileo, al enterarse de ello por un sirio extranjero que venía de otra aldea, quien le dio cuenta de otros muchos detalles y singularmente del lugar donde Mitrídates se disponía a comer, cenó a su hora y luego, de noche, se puso en marcha, con la intención de caer sobre los partos sin que ellos se enteraran de lo que se tramaba.

Y Anileo, habiendo caído sobre los hombres de Mitrídates a eso de la cuarta guardia de la noche, aniquiló a los que estaban todavía durmiendo y a los otros los obligó a huir. Y a Mitrídates, a quien hizo prisionero, lo llevó a sus estancias, después de subirlo desnudo a lomos de un asno, hecho que los partos consideran la mayor de las afrentas. Con este trato tan vejatorio lo bajó al bosque, donde, como sus camaradas lo animaran a que matara a Mitrídates, los hacía cambiar de opinión, puesto que él personalmente sostenía la postura contraria, según la cual no estaba bien matar a un hombre de la más rancia prosapia entre los partos y que gozaba de especiales honores por haberse casado con una mujer de estirpe regia, puesto que lo que ellos habían hecho hasta aquel momento era tolerable, ya que, aunque Mitrídates había sido sometido a las más vergonzantes vejaciones, sin embargo al ser favorecido con el respeto a su vida se acordaría de agradecérselo a quienes le habían concedido un bien tan grande, mientras que si sufría un daño irreparable el rey no dejaría de causar una gran matanza entre los judíos de Babilonia, a quienes debían salvar no sólo por pertenecer a la misma raza que ellos, sino también porque para los mismos hombres de Anileo no habría escapatoria si sufrían un fracaso, puesto que el rey utilizaría contra ellos multitud de hombres en la flor de la vida. Y Anileo, que mantenía estas ideas, logró persuadir a la asamblea cuando se las dio a conocer, tras lo cual Mitrídates fue puesto en libertad.

Y al regresar a casa su mujer le reprochaba que, a pesar de ser yerno del rey y honrado con ello, no se preocupaba de vengarse de quienes lo habían ofendido, ya que lo consentía y se consideraba satisfecho con haber salvado la vida después de haber caído cautivo de un judío. Y terminó la invectiva contra su marido con las

siguientes palabras textuales: «Recupera ahora mismo tu dignidad o juro por los dioses de la casa real que he de romper el vínculo matrimonial que me une contigo». Entonces él, en parte por no soportar la molestia de los reproches cotidianos y en parte por temor al orgullo de su mujer y a que ella, llevada de su presuntuosidad, se divorciara de él a la fuerza y en contra de su voluntad, no tuvo más remedio que reunir un ejército lo más ingente posible y ponerse en marcha, al no considerar incluso él mismo tolerable su salvación viendo que todo un parto era repelido por un simple adversario judío.

363. *Anileo sufre dos descalabros consecutivos.* 7. Y Anileo, como se enterara de que Mitrídates venía contra él con numerosas fuerzas y considerara deshonroso permanecer en aquellos terrenos lagunosos en vez de marchar al encuentro de los enemigos antes de que éstos llegaran allí, puesto que confiaba en que causaría a los referidos enemigos un quebranto igual al logrado con el éxito anterior y en que la valentía acompaña a quienes están acostumbrados a estar seguros de sí, sacó sus fuerzas. Y fueron numerosos los que se habían unido a su propio ejército, en la esperanza de que se dedicarían al pillaje de las riquezas de los enemigos y de que con su sola presencia los asustarían de nuevo. Y como ellos avanzaran hasta una distancia de noventa estadios[104] y esta marcha la realizaran a través del desierto, llegó la hora del mediodía, en la que se hallaban totalmente exhaustos de sed, y fue justamente entonces cuando apareció Mitrídates y los atacó, en un momento en que estaban agotados por falta de agua y, a causa de ello y de la hora, incapaces para sostener las armas en sus manos. Consecuentemente, los hombres de Anileo sufrieron una vergonzosa derrota por haberse enfrentado exhaustos a fuerzas enteras, con lo que se produjo una gran mortandad y cayeron numerosas decenas de millares de judíos. Pero Anileo y los hombres de su escolta regresaron, huyendo, a guarecerse en el bosque, proporcionando a Mitrídates una alegría enorme por la victoria obtenida sobre ellos. Pero de nuevo se unió a Anileo un número infinito de hombres de la peor ralea, por estimar en poco tanto su salvación como su contento por la seguridad presente, de tal manera que el número de éstos fue equivalente a la cifra de los

[104] Unos 17 kilómetros.

muertos, aunque la verdad es que no eran en absoluto tan valiosos como los caídos, a causa de su impericia. No obstante, Anileo marchó también con estos hombres contra las aldeas de Babilonia y todas las propiedades de los babilonios fueron asoladas por la furia desmedida de este hombre. En esta situación, los babilonios y todos los demás que se veían envueltos en esta guerra enviaron embajadores a la ciudad de Naarda, a entrevistarse con los judíos que se encontraban en ella, exigiendo la entrega de Anileo. Y pese a que los judíos no aceptaron esta exigencia (pues aunque quisieran no podían en modo alguno cogerlo en sus manos), los babilonios les propusieron la paz. Y como dijeran que también ellos deseaban alcanzar un acuerdo de paz, enviaron con los babilonios hombres que iniciaran conversaciones con Anileo. Entonces los babilonios, al ver con sus propios ojos y así conocer el lugar en que Anileo se hallaba asentado, cayeron a escondidas y por la noche sobre las huestes de Anileo, que se encontraban ebrias y entregadas al sueño, y de esta manera mataron tranquilamente a todos cuantos cogieron en sus manos, incluido el propio Anileo.

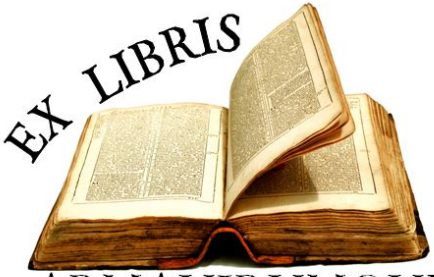
371. *Los babilonios persiguen a los restantes judíos.* 8. Los babilonios, al verse libres de la molestia que suponía para ellos Anileo (pues éste constituía un freno para que ellos desplegaran su odio contra los judíos, ya que los babilonios se encontraban casi siempre enfrentados a los judíos, a quienes acusaban de oponerse a sus leyes, de suerte que cualesquiera de los dos pueblos que consiguiera ventaja la emprendía con el otro antes de que lo hiciera éste) y, en fin, al haber perecido los hombres que acompañaban a Anileo, atacaron a los judíos. Entonces éstos, como consideraban indignantes las vejaciones que les causaban los babilonios y no podían enfrentarse a ellos ni juzgaban soportable la convivencia con ellos, escaparon a la ciudad de Seleucia, la más importante de la zona y que había sido fundada[105] por Seleúco Nicátor. La habitan numerosos macedonios, numerosísimos griegos y su población siria no es pequeña. Pues bien, ésta es la ciudad en la que se refugiaron los judíos. Y durante cinco años vivieron libres de calamidades, pero al sexto año después de ser aniquilados en Babilonia,

[105] En el año 312 a. C. Seleúco Nicátor había sido general de Alejandro Magno. Según Plinio, *Nat. Hist.* 6, 122, en su tiempo Seleucia tenía 600.000 habitantes.

hecho que determinó su llegada a Seleucia, volvieron ellos a sufrir calamidades bastante fuertes por el motivo que paso a exponer.

374. *Vida errabunda de los judíos.* 9. La vida de Seleucia discurre en frecuentes enfrentamientos y discordias entre griegos y sirios, aunque son los griegos los que llevan la mejor parte. Pues bien, volvieron a enfrentarse de nuevo cuando los judíos se establecieron en esta ciudad, momento en que se impusieron los sirios al haberse puesto de su lado los judíos, hombres amantes de los riesgos y dispuestos animosamente a la lucha. Entonces los griegos, al resultar oprimidos en estos enfrentamientos y al ver que el único recurso que les quedaba para recuperar su anterior preeminencia era si podían acabar con el entendimiento entre judíos y sirios, todos ellos dialogaron con los sirios, cada uno con aquellos sirios conocidos suyos de antes, y les ofrecían paz y amistad, cosa que los sirios aceptaron con gran contento. Tras estos principios de acuerdo se celebraron conversaciones entre representantes de uno y otro pueblo. Y como los que propugnaban la reconciliación eran los hombres principales de ambas naciones, se llegó a un acuerdo rapidísimamente. Y ambos pueblos, una vez que se hubieron reconciliado, consideraron necesario ofrecerse mutuamente una prueba significativa de su afecto recíproco, y encontraron la ocasión para ello en su aborrecimiento de los judíos. Y, así, cayendo súbitamente sobre ellos, mataron a más de cincuenta mil hombres. Y perecieron todos salvo unos pocos a los que amigos o vecinos dieron por compasión vía libre para que huyeran. Éstos se retiraron a Ctesifonte, ciudad griega situada cerca de Seleucia, justamente donde el rey pasaba el invierno todos los años y donde la inmensa mayor parte de su bagage se encontraba depositado. Pero los judíos huidos no encontraron aquí un asentamiento estable, porque no cuidaban de rendir honores al rey de Seleucia. Por esto toda la población judía de esta región cogió miedo no sólo a los babilonios, sino también a los habitantes de Seleucia, al comprobar que incluso toda la población siria de estos lugares estaba de acuerdo con las gentes de Seleucia en declarar la guerra a los judíos. A causa de ello se concentraron en su inmensa mayoría en las ciudades de Naarda y Nísibis, tratando de conseguir la seguridad gracias a las defensas de que estaban dotadas estas ciudades, aparte de que la población que habitaba en ellas era sumamente aguerrida. Tal era la situación en que se encontraban los judíos de Babilonia.

Libro XIX



RESUMEN:

1. Cómo Cayo César fue aniquilado víctima de una conspiración promovida por Casio Quéreas, y cómo Claudio, su tío, le sucedió al frente del imperio, obligado a ello por los soldados.
2. Levantamiento del Senado y del pueblo contra él y sus tropas.
3. Cómo el rey Agripa llevó una embajada ante el Senado, y cómo los soldados partidarios del Senado, tras concertar un acuerdo con Agripa, se pasaron a Claudio y lo convirtieron en el dueño de la situación, tras lo cual el Senado, al quedarse solo, invitó a Claudio a concertar un arreglo con él.
4. Cómo Claudio César entregó a Agripa todo el reino que había pertenecido a su abuelo y cómo le agregó incluso la tetrarquía de Lisanias.
5. Decreto de Claudio César en favor de los judíos de Alejandría y de los residentes en cualquier otro lugar del imperio.
6. El rey Agripa regresa por mar a Judea.
7. Carta de Publio Petronio, legado de Siria, a los doritas en pro de los judíos.
8. Cómo el rey Agripa, que se dispuso a reconstruir primorosamente las murallas de Jerusalén, dejó incompleta la obra, por morir mientras estaba ocupado en ella.
9. Enumeración de las obras que llevó a cabo en tres años hasta que lo sorprendió la muerte, y cómo él acabó la vida.

Este libro abarca un período de tres años y seis meses.

1. *Conducta desenfrenada de Cayo.* 1. Cayo manifestó lo alocado de sus vejaciones no sólo contra los judíos de Jerusalén o que habitaban en esta región, sino que le dio vía libre para que recorriera todas las tierras y los mares sometidos a los romanos, a los que llenó de innumerables calamidades, nunca vistas antes. Pero quien más sintió lo tremendo de su comportamiento fue Roma, a la que él no consideró por ningún concepto más digna que las restantes ciudades, sino que, por el contrario, saqueaba y robaba a todos los romanos en general pero especialmente a los senadores y, entre éstos, a los patricios y a los que se honraban con el lustre de sus antepasados. E inventó él innumerables males también contra los llamados *caballeros,* quienes a causa de su rango y sus disponibilidades económinas eran tenidos por las gentes de la ciudad en igual consideración que los senadores debido a que eran los caballeros los que eran llamados a entrar en el estamento del Senado, y quienes sufrieron privación de los derechos de ciudadanía y destierro, mientras algunos de ellos fueron asesinados y sus bienes incautados, ya que estos asesinatos ocurrían generalmente con el fin de quitarles sus bienes.

Y se consideró a sí mismo un dios, de tal manera que exigía a sus súbditos que no le rindieran ya los honores con que se distingue a seres humanos. Así, por ejemplo, tras acudir al templo de Júpiter, llamado el Capitolio, que es el tenido en más alta estima por la población romana, osó dirigirse a Júpiter con el título de *hermano.* Tampoco sus otras actuaciones estaban en absoluto exentas de locura. Por ejemplo, como considerara molesto tener que utilizar una trirreme para efectuar el trayecto que va de la ciudad de Dicearquía, situada en Campania, hasta Miseno, que es otra ciudad costera, y como asimismo considerara que a ningún otro tanto como a él, en razón de ser señor de los mares, le correspondía el derecho de exigir a los mares la misma sumisión que exigía a las tierras, tendió un puente sobre el mar con una longitud de treinta estadios[1], desde un promontorio a otro promontorio, y de esta manera, cortando toda la bahía y dejándola por la parte de acá, condujo su carruaje por el puente, ya que, según decía, lo correcto para él era, dada su condición de dios, hacer este tipo de caminos[2].

---

[1] De más de cinco kilómetros y medio.

[2] Cf. Suetonio, *Calígula,* 19.

Por otro lado, no dejó sin saquear tampoco ninguno de los templos griegos, ordenando que fueran llevadas a su presencia todas las obras que tuvieran que ver con pinturas o esculturas así como las demás estatuas y objetos bien trabajados, puesto que, según decía, las creaciones hermosas no debían estar en ningún otro sitio más que en el lugar más hermoso, circuntancia ésta que se daba, a su juicio, en la ciudad de Roma. Y con las obras de arte llevadas desde Grecia adornó su casa y jardines así como las residencias que tenía diseminadas por todas las regiones de Italia. Así, por ejemplo, se atrevió incluso a ordenar que fuera trasladado a Roma el Zeus de Olimpia (tan apreciado por los griegos) y por los griegos denominado *Olímpico,* obra del ateniense Fidias. Pero, sin embargo, Cayo no logró en este caso su propósito, al asegurar los arquitectos a Memio Régulo, a quien el emperador había encomendado levantar de su pedestal esta estatua de Zeus, que la obra se estropearía si se la levantaba de su asentamiento. Y se cuenta que Memio renunció a desprender la estatua de su pedestal por ese motivo y también porque se produjeron prodigios espectaculares en el mismo sentido. Y por carta dio cuenta a Cayo de tal parecer y prodigios, con objeto de justificar que él hubiera dejado sin cumplir su encargo. Y cuando por esta actuación corría riesgo de perecer se salvó porque Cayo murió antes de que pudiera castigarlo.

11. *Cayo autorizó incluso a los esclavos a acusar a sus amos.* 2. Y su locura llegó a tal punto que subió al Capitolio a su hija cuando nació y la posó sobre las rodillas de la estatua, al tiempo que aseguraba que la criatura era hija tanto de él como de Júpiter y que le asignaba dos padres, afirmando que dejaba en tablas cuál de los dos era más grande. Y la gente le toleraba hacer esto. Y autorizó también a los criados a presentar acusaciones contra sus amos por cualesquiera imputaciones. Era espantoso, claro está, todo lo que ellos habían de decir, al estar orientadas la inmensa mayoría de las susodichas acusaciones a agradar y halagar al emperador. Este estado de cosas dio pie incluso a que Polideuces, esclavo de Claudio, presentara una acusación contra su amo, circunstancia en que Cayo osó llegar a presidir contra su tío paterno un juicio en el que se pedía contra él la pena de muerte, y en el que Cayo esperaba conseguir la posibilidad de quitárselo de enmedio, cosa que, sin embargo, no le fue posible. Y como él hubiera llenado de delaciones y calamidades todas las tierras del imperio y hubiera otorgado

a los esclavos gran poder sobre sus amos, entonces ya se urdieron numerosas conspiraciones contra él, unos poniendo toda su furia en vengarse de los sufrimientos que les había causado y otros fijándose el objetivo de acabar con aquel hombre antes de recibir grandes castigos si caían en sus manos. De ahí que, como su muerte hubiera supuesto un gran motivo de felicidad para los derechos y seguridad de todos y, de una manera particular, como a nuestra nación judía le faltara también muy poco para perecer, cosa que hubiera ocurrido de no haberle sobrevenido rápidamente la muerte, quiero dar cuenta de ello con todo detalle, sobre todo porque se trata de hechos que ofrecen gran convencimiento del poder de Dios así como consuelo a los que caen en la desgracia y advertencia a los que creen que su bienestar será eterno y que no les va a reportar a la postre calamidades si no va acompañado de la virtud.

17. *Tres facciones traman el asesinato de Cayo.* 3. La muerte del emperador fue preparada por tres vías de ataque, a la cabeza de cada una de las cuales estaban varones de nobles sentimientos. Emilio Régulo, oriundo de la ciudad ibérica de Córdoba, tenía el mando de uno de los grupos, decidido a quitarse de enmedio a Cayo por medio de alguno de sus camaradas o por sí mismo. Había un segundo grupo de conjurados, al frente de los cuales se encontraba el tribuno Quéreas Casio. Y, a su vez, Binuciano Anio representaba un grupo no pequeño de gente dispuesta a acabar con la tiranía. El motivo del odio que ellos sentían contra Cayo y que los llevaba a atentar contra él era, en el caso de Régulo, su irritabilidad y aborrecimiento contra toda conducta inicua (en efecto, tenía en su corazón unos sentimientos apasionados y generosos, que lo llevaban a no ocultar ninguno de sus propósitos: en este sentido, comunicó su plan a numerosos hombres, tanto a amigos como a otros que le parecían enérgicos). Binuciano, a su vez, optó por el ataque en parte para vengar a Lépido (pues Cayo había asesinado a este hombre, amigo íntimo de Binuciano y ciudadano de los que se encuentran pocos) y sobre todo porque temía por su propia vida debido a que Cayo desplegaba su cólera e imponía la condena a muerte a todos por igual. Por último, Quéreas consideró el asesinato de Cayo un hecho en modo alguno innoble, por dos motivos, porque juzgaba una ignominia las imputaciones que Cayo le hacía de cobardía y sobre todo porque su vida corría peligro diariamente pese a su amistad y trato con Cayo. Pero otros investiga-

dores aseguran que la idea de *poner manos* a esta empresa fue propuesta en conjunto por todos ellos, al contemplar el desenfreno de Cayo y pretender escapar a él mientras todavía se dedicaba de lleno a atacar a los demás, quitando de enmedio al emperador, puesto que, según pensaban, a lo mejor conseguían éxito en su plan, y en ese caso era hermoso alcanzar bienes tan grandes, ellos que anhelaban emprender tal acción aun con riesgo de perder la vida con tal de salvar a la ciudad y al imperio. Pero se dice que era Quéreas sobre todo quien más lanzado estaba a hacer realidad este objetivo, no sólo por su anhelo de forjarse un nombre harto glorioso, sino también por tener él la posibilidad de contactar sin riesgo alguno con Cayo en razón de su condición de tribuno, cosa que había de hacerle fácil matarlo.

24. *Cayo ordena una matanza de romanos, hecho que obliga a Quéreas a llevar a cabo su inicial determinación.* 4. En esto llegó el día de los juegos circenses, espectáculo éste esperado apasionadamente por los romanos. Pues es costumbre que en tal fiesta se reúnan ellos anhelosamente en el hipódromo, donde, concentrados en masa, piden a los emperadores lo que necesiten, peticiones a las que éstos entienden que no pueden negarse y, en consecuencia, en modo alguno desdeñan. Pues bien, en el caso que nos ocupa los concentrados rogaban a Cayo, con sentidas súplicas, que los descargara de alguno de los tributos y que redujera algo los gravámenes. Pero él no accedió a ello, por lo que, como aquéllos procedieran a gritar todavía más, ordenó a los soldados, tras mandar que acudieran a unos y otros sitios, que detuvieran a los que gritaban y sin la menor dilación los asesinaran, sacándolos fuera. Y las órdenes que él dio fueron cumplidas por los hombres a quienes se las había dado, con lo que fueron infinitos los romanos que murieron en tales circunstancias. Y el pueblo, aunque veía lo que pasaba, lo consentía, poniendo fin al griterío, al ver con sus propios ojos que la petición formulada por razones de índole económica estaba a punto de llevarlos a la muerte.

Esta matanza movió a Quéreas todavía más a emprender el objetivo propuesto y a hacer que Cayo pusiera fin a su cólera contra las gentes. Y aunque fueron numerosas las veces que estuvo a punto de atacarlo durante los banquetes a que estaba invitado, sin embargo se contuvo por un acto de reflexión, no porque pusiera ya en duda el hecho de matarlo, sino porque acechaba la ocasión, con

objeto de que cuando se decidiera a actuar su acción no resultara vana sino efectiva.

28. *Quéreas, objeto del hazmerreír de Cayo, se afianza aún más en su determinación.* 5. Quéreas venía retrasando su acción durante mucho tiempo ya, llevando con disgusto sus reuniones con Cayo. Y cuando éste lo designó para recaudar las contribuciones y los otros tributos que las gentes habían retrasado abonar al erario del emperador por haberse duplicado el importe de tales cargas, en este quehacer dio largas a la recaudación, siguiendo el dictado de su propio proceder más que la orden de Cayo, y consecuentemente, por tratar con consideración y tener compasión de las gentes a las que se exigía los pagos suscitó contra él la cólera de Cayo, quien le imputó desidia y lentitud en la recaudación del dinero. Esto hizo que el emperador, aparte de insultarlo en cualesquiera otras circunstancias, sobre todo cada vez que Quéreas le pedía la contraseña el día que le tocaba a él ir a recogerla, le diera como señal nombres femeninos y además llenos ellos de falta de respeto. Y la conducta que el propio emperador seguía, no sin ignominia, al celebrar determinados misterios instituidos por él mismo, en los que se ponía vestidos de mujer y se le ocurría cubrir su cabellera con una especie de trenzas, así como aplicarse otros aditamentos más destinados a simular aspecto de mujer, se atrevía él a imputar tan infamante ignominia a Quéreas. Y éste se llenaba de cólera cada vez que recogía la contraseña, pero todavía más cada vez que iba a entregarla, siendo el hazmerreír de los que la recogían, de tal manera que sus colegas en el tribunado hacían chacota de su persona, puesto que cada vez que él se disponía a recoger la contraseña de labios del emperador le predecían que recibiría alguna de esas contraseñas que solían provocar la risa. Por esto él tomó el atrevimiento de hacer partícipes de su plan a algunos más, puesto que no eran pocos los motivos de su irritación.

En aquel entonces vivía Pompedio, miembro del Senado y que había recorrido prácticamente todos los honores, y por lo demás seguidor de las doctrinas de Epicuro y en razón de ello defensor de la idea de una vida sin problemas. Pues bien, Timidio, que era su enemigo, lo acusó de haber lanzado un reproche ignominioso contra Cayo, poniendo por testigo a la actriz Quintilia, mujer solicitadísima no sólo por numerosos hombres, sino también por el propio Pompedio a causa de lo despampanante y exuberante que estaba. Y

como esta mujer considerara espantoso aportar un testimonio que provocaría la muerte de su amante (ya que todo ello era un falso montaje), Timidio pidió que fuera sometida a tortura. Y Cayo, fuera de sí, ordenó a Quéreas que sometiera a tortura a Quintilia sin la menor demora, al contrario, inmediatamente, ya que él utilizaba a Quéreas tanto cuando se trataba de ejecutar a los enemigos como cuando era menester recurrir a la tortura, y lo hacía porque entendía que Quéreas actuaría con mayor crueldad para librarse así de todo reproche de afeminamiento. Pero Quintilia, en el momento de ser conducida al tormento, pisó en el pie a uno de su confianza, haciéndole una señal en el sentido de que estuvieran tranquilos y de que no temieran su confesión, puesto que, según le dio a entender, soportaría la tortura con entereza. Quéreas la sometió a crueles tormentos, aunque en contra de su voluntad y forzado por la obediencia debida, y, como ella no cediera, la llevó a presencia de Cayo en un estado tan lastimoso que daba pena a los que la veían. Y resultó que Cayo quedó conmovido al ver a Quintilia en ese estado a causa de los castigos recibidos, por lo que renunció a acusarla tanto a ella como a Pompedio, y no sólo eso sino que además a ella la honró con la entrega de dinero, para que éste le sirviera de consuelo por las lesiones que habían afeado su hermosura y por los insoportables dolores sufridos.

37. *La evidencia en que Cayo dejó a Quéreas irritó a éste todavía más.* 6. Este proceder de Cayo afligió a Quéreas por entender que él y sólo él era culpable de las desgracias padecidas por las gentes, las cuales incluso merecían el consuelo del emperador. En estas circunstancias dijo a Clemente y a Papinio (de estos dos, Clemente era prefecto del pretorio y Papinio, también él, tribuno): «Y bien, nosotros no hemos dejado de hacer todo lo que fuera menester para mantener a salvo la vida del emperador. En efecto, gracias a nuestras previsiones y cuidados hemos matado a algunos de los conjurados contra su mandato y a otros de ellos los hemos torturado tan cruelmente que hasta fueron compadecidos por el propio Cayo. Y ¿quién no sabe con cuán grande valentía nos hemos comportado en las campañas militares?». Y como Clemente callara pero, en cambio, manifestara, tanto con la mirada como con el rubor, que le daba vergüenza aguantar los mandatos del emperador, aunque por velar por su seguridad personal consideraba improcedente criticar la vesania del emperador, entonces Quéreas,

tomando confianza y libre de peligro, continuó hablándole, enumerando la serie de calamidades que afligían a la ciudad de Roma y al resto del imperio, y añadiendo que, aunque era Cayo teóricamente quien imponía tales castigos, «quienes se esfuerzan por comprender la verdad de estas cosas comprueban, querido Clemente, que somos yo y éste que aquí está, Papinio y, más que nosotros, tú, los que sometemos a estas torturas a los romanos y a toda la humanidad, atendiendo con ello no a los mandatos de Cayo, sino a nuestro propio parecer, dado que, aunque está en nuestras manos hacer que abandone un comportamiento tan insolente contra los ciudadanos romanos, y también contra el resto de los súbditos, no sólo le servimos en calidad de escolta personal y de verdugos en vez de cumplir con nuestra función de soldados, sino que también empleamos las armas no para lograr la libertad de los romanos ni para poner el poder en sus manos, sino para mantener con vida al que oprime sus cuerpos y sus almas, mientras mancillamos nuestro buen nombre con la sangre de los asesinatos cotidianos y con la tortura a que son sometidas estas gentes, hasta que llegue otro que sirva a Cayo en iguales menesteres actuando contra nosotros mismos. Pues no nos trata en razón de los servicios que le prestamos con afecto alguno, sino que más bien nos tiene bajo sospecha, pese a la cifra tan elevada de muertos. En efecto, Cayo no pondrá coto jamás a su comportamiento colérico, puesto que el objetivo de su cólera no es hacer justicia, sino su propio placer, por lo que también nosotros mismos caeremos en su punto de mira, cuando lo que debemos hacer es asegurar para el común de las gentes la seguridad y la libertad y para nosotros mismos proporcionarnos la exención de todo riesgo».

44. *Clemente se desentiende de la operación.* 7. Clemente era claro que aprobaba la idea de Quéreas, pero le mandaba que se callara (no fuera a ser que, si la noticia llegaba a demasiada gente y se difundía lo que debía mantenerse secreto, sufrieran ellos el castigo al hacerse pública la conspiración antes de conseguir hacerla realidad) y que depositara toda su confianza en el futuro, en el convencimiento de que les proporcionaría alguna ayuda afortunada, ya que, en lo que a él concernía y según le decía a Quéreas, se veía carente, a causa de su vejez, del arrojo que el caso requería. Y terminó con estas exactas palabras: «Por otro lado, aunque yo tal vez podría sugerir un plan más seguro que el urdido

y referido por ti, ¿cómo podría alguien sugerir uno más bello que el tuyo?». Tras esto, Clemente se escabulló marchándose a su casa y dándole vueltas en la cabeza a lo que había oído y a lo que él mismo había dicho.

Quéreas entonces, lleno de miedo por la actitud adoptada por Clemente, acudió a Cornelio Sabino (también él tribuno, y de quien por lo demás Quéreas sabía que era una persona noble, enamorada de la libertad y que por eso mismo era contrario al estado de cosas presente), pidiéndole que se uniera inmediatamente a la determinación tomada por el propio Quéreas de atentar contra la vida del emperador, puesto que, según le decía, consideraba una acción hermosa aplicarse a ello y temía no fuera que Clemente divulgara su plan, al tiempo que le daba cuenta además de las demoras y retrasos en conseguir hacer realidad su plan con tanto posponerlo.

48. *Quéreas se gana para su causa también a Binuciano.* 8. Y como también a Sabino le resultara grato todo el plan, puesto que tampoco él dejaba de tener iguales ideas, sólo que las mantenía en secreto sin decírselas a ellos por razones de seguridad personal a causa de no contar con personas de confianza a las que poder referírselas, pues bien, como Sabino contara ya con un hombre no sólo dispuesto a callar toda la información obtenida, sino también presto a manifestar sus propios sentimientos, ya cobró todavía más bríos y pidió a Quéreas no retrasar el plan lo más mínimo.

A continuación se dirigieron Quéreas y Sabino a visitar a Binuciano, quien, por un lado, congeniaba con ellos en el amor a la virtud y en sentir igual pasión por un comportamiento magnánimo, y por otro, estaba enojado con Cayo a causa de la muerte de Lépido, ya que Binuciano y Lépido habían sido muy íntimos amigos, en parte por temer ellos iguales peligros. Pues Cayo resultaba temible para todas las autoridades, convencidas éstas de que el emperador no dejaría de llevar su vesania contra todos y cada uno de ellos y contra cualquier otro. Los descontentos traslucían unos a otros su malestar por el estado de cosas reinante, aunque por temor a correr cualquier riesgo no se atrevían a comunicarse mutua y abiertamente sus sentimientos, pese a percatarse del odio que respectivamente todos ellos guardaban a Cayo, en razón de lo cual no faltaban al deber de lealtad mutua.

Pues bien, una vez que al encontrarse estos tres hombres se hubieron saludado y cuando Quéreas y Sabino estaban prestos a seguir a Binuciano, toda vez que siempre antes cada vez que se juntaban tenían por costumbre considerar a Binuciano digno de todo honor no sólo por lo encumbrado de su rango (puesto que pertenecía a una familia de rancia solera, por encima de cualquier otro ciudadano), sino también por ser aplaudido en todas sus acciones pero sobre todo cuando tocaba cualquier conversación, el propio Binuciano, anticipándose a ellos, preguntó a Quéreas qué señal había recibido aquel día de labios del emperador, puesto que se habían divulgado por toda la ciudad las vejaciones de que Cayo hacía objeto a Quéreas cada vez que le daba la contraseña[3]. Entonces Quéreas, sin perder tiempo alguno en aquella graciosa cuestión, agradeció a Binuciano que tuviera tan gran confianza que se aviniera a hablar con él. Y continuó diciéndole: «También tú me das una señal de libertad, y por ello te agradezco que me hayas infundido mayores bríos de los que suelo estar imbuido, de suerte que ya no necesito ninguna palabra más con que animarme, si es que también opinas lo mismo. Pues venimos compartiendo el mismo parecer desde antes incluso de habernos reunido. De modo que, ¡venga!, pongamos ya manos a la obra y sé tú el jefe, puesto que eres tú quien debe decirme qué camino quieres que siga. En otro caso, me preocuparé yo de ello, confiando en que tú me prestarás tu ayuda y colaboración. No tienen necesidad de espada quienes aplican a lo que van a hacer toda su alma, pues es ésta la que normalmente hace que la espada entre en acción. Me he lanzado a esta empresa empujado no por lo que espero que podría sufrir yo mismo, pues no he tenido tiempo de calcular los riesgos que pudiera correr, sino dolido por la esclavitud a que está sometida mi patria, otrora la más libre, por la autoridad de que han sido desposeídas las leyes y por la ruina que amenaza a todos los hombres por culpa de Cayo. Por todo ello, bien podría merecer yo, cuando está en tus manos la facultad de decidirlo así, que se me creyera en asunto tan importante, habida cuenta de que tampoco tú dejas de pensar lo mismo».

59. *La conjura cobra cada vez más cuerpo.* 10. Binuciano, al observar el ímpetu con que se expresaba, lo abrazó con gran con-

[3] Cf. *AJ.* 19, 29, y ss., y Suetonio, *Calígula,* 56.

tento y estimulaba su decisión. Y, tras alabarlo y abrazarlo, se despidió de ellos entre ruegos y súplicas de llevar adelante el plan. Y algunos aseguraban que el citado Binuciano había reafirmado luego sus anteriores palabras de la siguiente manera. En efecto, ocurrió, según éstos aseguran, que al entrar Quéreas en el Senado alguien de la multitud había emitido una voz en son de ánimo, voz que le dio la siguiente invitación: «Haz ya lo que hay que hacer y ¡ojalá que los dioses te asistan en ello!». Y continúan ellos asegurando que Quéreas, cuando ocurrió esto, al principio había mirado de reojo no resultara que fuera a ser detenido por haberlo traicionado algunos de los conjurados, pero que al fin se había quedado tranquilo tras comprender que la citada voz le aportaba ánimos, bien hubiera sido emitida por alguno de los cómplices que con ello quisiera significarle que le daba fuerzas o bien por el propio Dios, protector de los humanos, que le levantaba el ánimo. Eran numerosos los que andaban metidos en la conspiración, y todos ellos se presentaron provistos de armas. De los confabulados unos eran senadores, otros pertenecientes al orden ecuestre y otros, por último, miembros del ejército. En efecto, no había nadie que no contara como uno de los hechos más afortunados el desembarazarse de Cayo, razón por la que todos se esforzaban de todas las maneras posibles por no permanecer al margen de gesta tan grande en lo que de ellos dependía, sino que, lejos de ello, todos y cada uno se lanzaron al asesinato del tirano con todo su anhelo y todo su ahínco, tanto de palabra como de obra. Entre éstos estaba, por ejemplo, por encima de cualquiera el propio Calisto (era liberto de Cayo y un individuo que mucho más que ningún otro había alcanzado las más altas cotas de poder, tanto que ejercía un poder en absoluto inferior al del tirano, sino igual, no sólo por el temor que suscitaba en la totalidad de las gentes, sino también por la magnitud de las riquezas que había atesorado, ya que se trataba de un individuo sumamente corrupto e insolente). La explicación de que Calisto abandonara a Cayo fue que había gozado de una autoridad incomparable y, como sabía muy bien, por un lado, que el carácter del emperador era implacable y de que no había manera de que diera marcha atrás cuando había tomado una determinación y, por otro, que él mismo tenía muchos motivos para temer por la seguridad de su vida, entre otros y no el menos importante la magnitud de sus riquezas, esperaba lo peor del emperador. Esto lo llevó a tratar de ganarse al propio Claudio y a sentarse secretamente junto a él, en

la esperanza de que a la muerte de Cayo se haría aquél con el poder y él podría conseguir igual influencia que antes, la cual constituía la base de sus honores, en razón de que él previamente había hecho a Claudio un favor y le había dado muestra de su afecto. En este sentido tuvo la osadía de decirle a Claudio que, aunque había recibido la orden de acabar con su vida por envenamiento, había discurrido innumerables pretextos para no llevar a cabo la ejecución. Pero mi opinión es que esto no constituye más que un cuento inventado por Calisto para ganarse a Claudio, puesto que ni Cayo, si hubiera pretendido acabar con Claudio, hubiera tolerado las excusas de Calisto, ni Calisto, si hubiera recibido esa orden, se hubiera atrevido a retrasar su realización, sino que, en caso de haber faltado él a los mandatos del soberano, ¿no habría recibido inmediatamente su merecido? Al contrario, creo que Claudio se vio libre de la vesania de Cayo por la intervención de alguna fuerza divina y que Calisto fingió haber hecho un favor que nunca hizo.

70. *Quéreas arde por atacar a Cayo, mientras los demás conjurados vacilan.* 11. Quéreas se veía obligado a posponer día tras día el atentado por la vacilación de la mayoría de los conjurados, ya que él no retrasaba la operación voluntariamente, sino que consideraba cualquier ocasión propicia para su actuación. En efecto, a Quéreas se le presentó innumerables veces la oportunidad de atentar contra Cayo cuando éste subía al Capitolio[4] a ofrecer sacrificios por el bien de su hija y de tirarlo de cabeza cuando el emperador estaba en la terraza del palacio (es la alta azotea que da al foro) y arrojaba al pueblo monedas de oro y plata, y de matarlo mientras oficiaba los misterios inventados por él, ya que, según decía Quéreas, el emperador en estos actos estaba despreocupado de todo por hallarse sólo atento a que le salieran bien las cosas que traía entre manos y por rechazar toda creencia de que hubiera alguien dispuesto a atentar contra él. Y Quéreas añadió que, si los dioses no concedían el honor de que la fuerza de la muerte viniera al encuentro del emperador, él mismo tendría capacidad, incluso sin necesidad de armas, de acabar con la vida de Cayo. ¡Tanto era el enfado que Quéreas sentía contra los conjurados, por miedo a que se perdieran las ocasiones! Pero ellos, aunque se daban cuenta de

[4] Una de las siete colinas, que albergaba principalmente una ciudadela y un santuario (allí había varios templos, entre ellos el de Júpiter).

que Quéreas perseguía un fin legítimo y buscaba su bien, entendían sin embargo que convenía retrasar la acción por lo menos un poco de tiempo, no fuera a ser que, si el plan terminaba en fracaso, rompieran la paz de la ciudad, al producirse la búsqueda de los implicados en la operación, y convirtieran la bravura de los que se disponían a hacerla realidad en una cosa inútil, al protegerse Cayo de una manera más intensa. Y continuaban alegando que, consecuentemente, lo correcto era emprender la acción aprovechando la ocasión de la celebración en el Palacio [5] de los juegos (se celebraban en honor de César, que fue el primero en atribuirse a sí mismo el poder que hasta entonces había estado en manos del pueblo, circunstancia en que los patricios romanos, acompañados de sus esposas e hijos, y el propio César los contemplaban desde tiendas levantadas a escasa distancia de la fachada del palacio real), puesto que, según ellos decían, en aquel momento les sería fácil hacerlo, al concentrarse en un espacio reducido muchas decenas de millares de personas, de suerte que podían llevar a cabo el atentado cuando el emperador entrara, momento en que los miembros de su escolta no encontrarían la manera de defenderlo, caso de que algunos de ellos lo pretendieran.

77. *Se conviene atentar contra Cayo el primer día de estos juegos, pero se pospone para el último.* 12. Quéreas ardía por actuar, pero aunque los conjurados habían acordado efectuar la operación en el primer día de los juegos próximos, sin embargo a la idea primeramente adoptada por ellos se impuso la determinación de retrasarla, y, así, después de haber dejado pasar ellos tres días de fiesta, llevaron a cabo la acción el último.

En efecto, cuando hubo llegado el cuarto día Quéreas, tras convocar a los conjurados, les dijo: «El excesivo tiempo transcurrido censura nuestra permanente demora en hacer realidad los objetivos que nos hemos marcado en un noble proceder. Y sería tremendo que se produjera una delación y que, como consecuencia de ella, se fuera al traste la operación y Cayo cometiera luego mayores vejaciones. ¿O es que no nos damos cuenta de que restamos a una vida de libertad todos los días que sumamos gratuitamente a la tiranía de Cayo, cuando lo que debemos hacer es vivir ya nosotros mismos seguros y, al ser nosotros los causantes de la

[5] Situado en la colina Palatina (cf. Tácito, *Hist.* 1, 27).

dicha de los demás, ser objeto de toda admiración y estima por los siglos de los siglos por parte de las generaciones futuras?». Y como ellos ni pudieran contradecir sus afirmaciones alegando que no eran acertadas ni aceptaran abiertamente emprender la acción, Quéreas continuó diciéndoles: «¿A qué viene, hombres de bien, tanta demora? ¿O es que no os dais cuenta de que hoy es el último día de fiesta y de que después se hará a la mar?». En efecto, Cayo había proyectado navegar hasta Alejandría para visitar Egipto. Y Quéreas añadió: «¡Claro, es una gloria para nosotros dejar escapar de nuestras manos a este ser deleznable y permitir que se exhiba con gran ostentación y pompa de romanos por tierras y mares! Y ¿cómo no nos condenaríamos a nosotros mismos con toda razón a sentir vergüenza en el futuro si lo matara algún egipcio que considerara la insolencia de este hombre intolerable para los que por naturaleza son libres? Pues bien, yo ya no soportaré por más tiempo vuestros pretextos, sino que me enfrentaré hoy al peligro, aceptando con gusto todo lo que él pudiera depararme, y no pospondré la operación si se me presenta la ocasión. Pues, en verdad, para un hombre que tiene amor propio ¿qué mayor ignominia puede haber que algún otro mate a Cayo, mientras yo estoy en este mundo, y me prive a mí de esta gloria?».

84. *Se acerca el momento.* 13. Quéreas, tras haber pronunciado estas palabras, no sólo se dispuso a efectuar él la operación, sino que también infundió ánimo a los restantes, con lo que todos estaban ansiosos de emprender el ataque sin demora alguna. Y Quéreas se presentó de madrugada en palacio, llevando ceñida a su cuerpo la espada ecuestre (pues estaba establecido que los tribunos pidieran al emperador con la espada ceñida la contraseña), ya que aquel día le correspondía a él recibir la contraseña. Y acababa de congregarse en palacio la multitud para poder observar el espectáculo en primera fila, y se amontonaba entre grandes barullos y empellones. Y resulta que, como a Cayo le producía placer contemplar tales apretones de la masa, no se reservaba ningún espacio ni para el Senado ni para el orden ecuestre, y por ello todos intentaban sentarse atropelladamente, las mujeres junto con los hombres y las personas libres mezcladas con los esclavos.

Por su parte, Cayo, una vez que se le hubo facilitado el paso para llegar al fondo, se dispuso a hacer un sacrificio al venerable César, precisamente en honor del cual se celebraban los juegos, y

sucedió que, al caerse una de las víctimas, se impregnó de sangre la vestimenta del senador Asprena. Esto causó risa a Cayo, pero resultó un augurio claro de lo que esperaba a Asprena, pues fue luego asesinado con Cayo. Y se cuenta que, en contra de su proceder habitual, todo aquel día estuvo sumamente locuaz y que impresionó a cualquiera que hablaba con él por la simpatía que desplegaba en la conversación. Después del sacrificio ocupó un asiento, dispuesto a contemplar el espectáculo, situándose en torno a él los más distinguidos de sus amigos. Y el teatro (que se levantaba todos los años) había sido construido en la forma siguiente. Este tipo de teatros tiene dos puertas, una de las cuales lleva a campo abierto y la otra a una sala de columnas, para poder entrar y salir, a fin de que no fueran molestados los que se encontraban en su interior y, asimismo, para que los actores y los músicos pudieran salir de la propia tienda, que estaba separada de otra más interior por una pared. Y cuando la multitud había tomado asiento y Quéreas con los tribunos se encontraba no lejos de Cayo (el César ocupaba el lado derecho del teatro), Vatinio, uno de los senadores y ex pretor, preguntó a Cluvio[6], que se encontraba sentado a su lado, también éste ex cónsul, si había llegado a sus oídos información de posibles novedades, tomando las necesarias precauciones para no dejarse oír de nadie al pronunciar estas palabras. Y como aquél le hubiera asegurado que no tenía ninguna información al respecto, le dijo: «Pues bien, querido Cluvio, hoy se va a representar el drama de la muerte de un tirano». Y Cluvio le contestó: «Noble amigo, calla, no sea que algún otro de los aqueos[7] oiga la noticia». Y se arrojaba sobre los espectadores gran cantidad de fruta y asimismo gran número de esos pájaros que los propietarios estiman en mucho por lo raros que son, pues a Cayo le gustaba contemplar las luchas en que los espectadores se enzarzaban en su intento de alcanzarlos y hacerlos suyos. Entonces dos señales mostraron lo que iba a ocurrir.

En efecto, se representó un mimo en que era crucificado el jefe de una banda de ladrones, y luego el pantomimo representó la obra de Ciniras, en la que eran matados el propio Ciniras y su hijo

[6] Cluvio Rufo, historiador. Fue el heraldo de Nerón en el teatro, y gobernador en el año 68 de la Hispania Tarraconense, en tiempos del emperador Galba.

[7] Verso de *Ilíada* 14, 90.

Mirra, durante cuyas representaciones corrió sangre artificial a raudales, ya que fue abundante la que se vertió tanto en el caso del crucificado como en el de Ciniras. Y se conviene en que un día como aquél, Filipo[8], hijo de Amintas y rey de Macedonia, había sido asesinado cuando entraba en el teatro por Pausanias, que era uno de sus amigos. Y como Cayo dudara si esperar hasta la terminación del espectáculo por tratarse del último día de fiesta o si marchar a bañarse y comer para regresar a continuación, como venía haciendo, Binuciano, que estaba sentado por arriba de Cayo y que temía no fuera a ser que se perdiera inútilmente aquella ocasión, se levantó, al ver que también Quéreas había salido ya, y quería correr a animarlo. Pero Cayo lo agarró por la vestimenta, por simpatía hacia él sin duda, y le dijo: «¿Adónde vas, alma de Dios?». Entonces Binuciano volvió a sentarse, por respeto aparentemente al César (aunque en verdad era superior el temor al respeto), pero después de un breve intervalo de tiempo se levantó de nuevo. En esta ocasión Cayo ya no le impidió que saliera, creyendo que la salida obedecía a alguna necesidad de carácter fisiológico que lo apremiaba. Entonces Asprena (quien también estaba implicado en la conjura) aconsejó a Cayo que, en la misma forma que venía haciendo hasta entonces, saliera a bañarse y almorzar y regresara luego, buscando de esta manera que la conjura fuera consumada.

99. *Por fin se produce el atentado.* 14. Quéreas y los suyos se situaban unos y otros en los lugares estratégicos, con la consigna de que todos y cada uno de ellos debían mantenerse fuertes en el lugar asignado y no desfallecer por mal que lo pasaran. Ahora bien, estaban molestos por ver pasar el tiempo y por demorarse lo que traían entre manos, y esto porque era ya cerca de la hora nona[9] del día. Y Quéreas, en vista del retraso de Cayo en salir, se mostraba dispuesto a volver a entrar y atacarlo donde se encontraba sentado. Preveía, sin embargo, que ello provocaría gran número de muertos entre los senadores y los caballeros que le acompañaban. Pero aunque lo sabía se mostraba dispuesto a ello, al considerar que era hermoso valorar en poco la muerte de unos cuantos hombres si con ello compraba la tranquilidad y la libertad para

[8] Murió a la edad de cuarenta y seis años, después de haber reinado en Macedonia desde el 59 al 36 a. C.

[9] Esto es, las tres de la tarde.

todos. Y cuando ya se habían dirigido a la entrada del teatro, por el alboroto que se formó comprendieron que Cayo se había levantado. Entonces los conjurados se volvieron y empujaban hacia atrás a la multitud, aparentemente porque molestaba a Cayo, pero en realidad porque querían proceder a asesinarlo en una posición de seguridad al hacer que él se quedara sin nadie que pudiera defenderlo. Al emperador le precedían su tío Claudio y su cuñado Marco Vinicio y asimismo Valerio Asiático, a quienes ellos no podían impedir salir, aunque lo desearan, por respeto a su rango. Y les seguía el propio emperador con Paulo Arruntio. Cayo, una vez que entró en el palacio real, dejó el camino directo, a lo largo del cual estaban diseminados los esclavos encargados de cuidarlo, y por el que se habían adelantado Claudio y los otros, y giró por un paso angosto solitario y oscuro para alcanzar los baños y al mismo tiempo también para conocer a los esclavos que habían llegado de Asia y que habían sido enviados desde allí, unos para entonar los cánticos de los misterios que celebraba y algunos otros para efectuar las danzas de guerra que tendrían lugar en los teatros. Aquí fue donde Quéreas se encontró con él, procediendo a pedirle la contraseña. Y al indicarle Cayo una de las que implicaban mofa para la persona de Quéreas, éste sin la menor vacilación comenzó a lanzar improperios contra Cayo, para posteriormente extraer la espada y asestarle un golpe tremendo, aunque, sin embargo, no resultó mortal de necesidad. No obstante, hay quienes aseguran que Quéreas intencionadamente procuró no acabar con la vida de Cayo de un solo golpe, sino que su intención había sido vengarse de él más duramente, causándole un cúmulo de heridas. Pero a mí no me resulta convincente esta explicación, y esto porque cuando uno se encuentra en este tipo de situaciones el miedo no deja pensar. Y por lo que a Quéreas respecta, si él hubiera tenido este pensamiento, considero que habría ganado a todos en necedad, al dar satisfacción a su cólera en vez de procurar inmediatamente para sí y para el resto de conjurados escapar a los peligros, porque habría múltiples posibilidades de que alguien corriera en ayuda de Cayo en caso de no haber expirado aún y porque, en este supuesto, Quéreas tendría que enfrentarse no al hecho de vengarse de Cayo, sino a que otro se vengara de él y de sus amigos, cuando, de haber acabado con Cayo, lo correcto para Quéreas hubiera sido mantenerse callado y escapar así de la cólera de los posibles defensores

del emperador, cuanto más, cuando todavía no estaba claro si había logrado éxito en su intentona, pretender insensatamente perder su propia vida y la ocasión que se le había presentado. En cualquier caso, dejo a todos los demás que juzguen el hecho como quieran. Y Cayo, afectado tremendamente por el dolor del golpe recibido (pues la clavícula impidió que penetrara más la espada, hundida entremedias del hombro y del cuello) ni gritó por la impresión, ni llamó en su ayuda a ninguno de sus amigos, ya por desconfianza, ya, más probablemente, porque no cayó en la cuenta de ello, sino que, quejándose del dolor tremendo que lo embargaba, se lanzó huyendo hacia adelante. Pero cayó en manos de Cornelio Sabino, quien lo golpeó cuando estaba ya con el ánimo abatido. Luego, cuando hubo caído de rodillas fueron muchos los que, puestos en derredor de él, lo hirieron con sus espadas a un solo impulso, pues se incitaban a ello unos a otros y competían entre sí por asestarle más golpes. Pero todos convienen en que fue Acilas quien le asestó el golpe definitivo[10], que lo mandó definitivamente al otro mundo.

Pero habría que atribuir la gloria de toda la operación a Quéreas, pues aunque fueron muchos los que cooperaron con él en la acción, sin embargo hay que concederle que fue él el primero en pensar que debería llevarse a cabo tal operación, anticipándose en mucho a todos los demás, y el que primero se atrevió a proponérselo a los restantes y quien, cuando los que habían acogido favorablemente su propuesta de asesinato estaban desperdigados, los reunió, y el que, después de organizar todo inteligentemente, se mostraba muy superior a todos cuando procedía a aportar ideas sagaces, y el que cuando los demás no se atrevían, los ganó para su causa con nobles argumentos, y el que obligó a la totalidad de los otros. Y, asimismo, cuando encontró la ocasión de actuar, es evidente que también entonces fue él el primero en lanzarse y en llevar a efecto el asesinato y en poner en manos de los otros a Cayo, cuando éste era ya fácil de atacar y se daba ya por muerto, de manera que incluso lo que hicieron los restantes podría ser atribuido con toda justicia a la decisión y valor de Quéreas y al esfuerzo de sus brazos.

---

[10] Cayo Calígula fue asesinado el día 24 de enero del año 41 d. C., a la edad de veintinueve años (había nacido el año 12 d. C.), y junto con él fueron también asesinadas Milonia Cesonia, su esposa (la cuarta), y su hija, la única que tenía.

114. *La escolta de Cayo, integrada por fanáticos germanos, persigue a los asesinos.* 15. Cayo, que se encontró con tal tipo de muerte, expiró por el cúmulo de heridas recibidas y allí quedó tendido. Por su parte, Quéreas y los suyos, una vez que hubieron acabado con Cayo, comprendieron que si seguían el mismo camino y pasillo les sería imposible salvarse, no sólo por el miedo que les infundía lo que habían hecho (pues al haber aniquilado al emperador no era pequeño el peligro que corrían, no sólo porque aquél por la necedad del pueblo era apreciado y querido, sino también porque los soldados habían de llevar a cabo la investigación de lo sucedido no sin sangre), sino también y principalmente porque el pasillo en que habían llevado a cabo la acción era estrecho y estaba obstruido ocupado por una enorme multitud así como por los servidores del emperador y por los soldados a los que correspondía aquel día velar por la seguridad de Cayo. Por ello, siguieron por otro pasillo y, así, llegaron a la casa de Germánico, el padre de Cayo, a quien acababan de matar (la casa de Germánico estaba unida a aquélla en que habían ocurrido los hechos, de tal manera que el palacio constituía un solo edificio, al que los sucesivos emperadores habían agregado nuevas edificaciones, y las distintas partes eran designadas con diferentes denominaciones tomadas del nombre de los que mandaron edificarlas o del nombre de los primeros en habitar estas partes). Y después de escapar ellos al ataque de la multitud se encontraban momentáneamente seguros, aunque ignoraban todavía la gravedad del daño sufrido por el emperador. Los primeros en enterarse de la muerte de Cayo fueron los germanos. Estos constituían la escolta del emperador y eran designados con el nombre de la nación de donde habían sido reclutados, nación que aportaba al ejército romano la legión céltica. Es consustancial a su carácter actuar con furia (comportamiento no raro tampoco en algunos otros bárbaros por enfrentarse a los hechos con bastante poca reflexión), son de fuerte complexión física y obtienen grandes éxitos al primer ímpetu de su ataque contra los que consideran enemigos. Éstos, así pues, enterados del asesinato de Cayo y sumamente dolidos, por no pensar noblemente en el bien común sino en su interés particular (Cayo era enormemente querido por ellos, al ganar el afecto de esta gente con la entrega de dinero), desenvainaron las espadas (al frente de ellos se encontraba Sabino, quien había alcanzado el rango de tribuno no por méritos propios o por la rancia estirpe de sus antepasados, pues había sido

gladiador, sino que había obtenido el mando sobre estos hombres por el vigor de su cuerpo) y recorrieron la casa en busca de los asesinos del César. El primero que cayó en sus manos fue Asprena, cuyo cuerpo hicieron ellos añicos. Asprena fue aquél cuya vestimenta había sido manchada por la sangre de las víctimas, según dije anteriormente[11], sangre que le presagiaba que un hecho nada bueno había de sucederle. El segundo en verse la cara con ellos fue Norbano, quien pertenecía a la más noble estirpe ciudadana y quien contaba entre sus antepasados con numerosos emperadores. Y como ellos no guardaron la más mínima consideración a una persona de tan alto rango, él, valiéndose de su fuerza, arrebató la espada al primero de los atacantes, tras enzarzarse en lucha con él, y puso bien en claro que no moriría sin combatir, hasta que, cercado por un numeroso grupo de atacantes, cayó a consecuencia del cúmulo de heridas recibidas. El tercero fue Anteyo, miembro del reducido grupo de hombres que formaban el Senado, quien cayó en manos de los germanos no por mala suerte como los que habían caído anteriormente, sino por culpa de su curiosidad y deseo de ver con sus propios ojos tendido en el suelo a Cayo, lo que lo llevó a poner de manifiesto el odio que sentía hacia él, y todo ello porque el emperador había mandado al destierro a su padre, que llevaba el mismo nombre que éste, y, no contento con ello, lo había matado, habiendo enviado al efecto soldados. Por esta razón llegó él adonde se encontraba Cayo tendido para alegrar su espíritu con la contemplación del cadáver. Pero cuando intentó ocultarse al levantarse mucho revuelo en la casa, no consiguió escapar al meticuloso rastreo de los germanos, quienes tras el asesinato habían montado en cólera igual contra los culpables como contra los inocentes.

16. *Rumores y contrarrumores de la muerte de Cayo: los humildes desean que no sea verdad y los patricios que sí, aunque callan.* 16. Así murieron éstos. Por otro lado, cuando llegó al teatro la noticia de la muerte de Cayo, por un lado causó gran impresión, pero por otro nadie se la creyó. En efecto, los que recibían con enorme satisfacción su asesinato y pensaban que, de ser cierto, representaría un gran bien para ellos, de puro miedo no se lo creían. Pero había otros que no daban crédito alguno a la noticia por no querer que algo tan grave le hubiera sucedido a Cayo y por no

[11] Cf. *A.J.* 19, 87.

atribuirle veracidad, pues no creían que una persona actuara con tanto valor. Este último grupo estaba integrado por las mujerucas y los muchachos y asimismo por los esclavos y algunos miembros del ejército: estos últimos porque con Cayo se ganaban un sueldo y obtenían tanto honores como beneficios no haciendo otra cosa más que compartir la tiranía y atacar a los más excelentes ciudadanos al llevar a cabo las vejaciones ordenadas por él, y, a su vez, el elemento mujeril y la juventud porque (comportamiento normal en la masa) no sólo por los espectáculos y el ofrecimiento de luchas entre gladiadores, sino también por el placer de ciertas asignaciones de carne, regalos que el emperador hacía, teóricamente por cuidar de las masas, pero en realidad para satisfacer la cruel vesanía de Cayo, y, por su parte, los esclavos porque disponían de la facultad de acusar y despreciar a sus amos, ya que la ayuda que les prestaba el emperador constituía un refugio para sus fechorías, puesto que no sólo les era fácil ser creídos en las mentiras que inventaban contra sus dueños, sino también, al denunciar las riquezas que poseían aquéllos, podían conseguir la libertad y al mismo tiempo hacerse ricos por la ganancia que les proporcionaban las denuncias, debido a que se les ofrecía como premio la octava parte de los bienes delatados.

En cambio, en lo que a los patricios se refiere, aun en el supuesto de que hubiera algunos a quienes les pareciera fidedigna la información, bien por estar al tanto de la conspiración, bien por querer que fuera cierto lo que tanto anhelaban, ocultaban la alegría que les proporcionó la noticia y aparentaban no haberla oído los unos por temor a que, defraudados en sus esperanzas, sufrieran represalias por haberse precipitado a manifestar sus propios sentimientos, mientras que los otros, aunque conocían perfectamente los hechos por estar implicados en la conspiración, los ocultaban con fuerza por ignorar la manera de pensar de los demás, y por miedo a que si se los comunicaban a alguien, a quien favorecía la continuación de la tiranía, y Cayo estaba vivo, fueran castigados al ser denunciados. Y es que también había llegado hasta ellos una noticia distinta, que Cayo había sufrido un síncope como consecuencia de las heridas, pero que sin embargo no había muerto sino que vivía y estaba siendo atendido por los médicos. Pero no había nadie de los que traían estas noticias que resultara convincente a los patricios, y nadie que demostrara que su opinión estaba fundamentada en argumentos sólidos, puesto que o bien era sospechoso

de afecto hacia Cayo quien era amigo de éste o bien impedía que se prestara credibilidad a sus palabras quien utilizaba el odio que sentía hacia él en una total ausencia de afecto hacia la persona del emperador. Y algunos, que eran precisamente los que con sus palabras abatían más los ánimos y esperanza de los patricios, contaban que Cayo, sin darle importancia alguna a los peligros corridos y sin preocuparse de curarse las heridas, había logrado escapar hasta el foro, ensangrentado y según se encontraba, donde dirigía la palabra al pueblo. Estas noticias eran inventadas por el deseo irracional de los que se habían propuesto lanzar rumores, y quienes las recibían las interpretaban unos en un sentido y otros en forma distinta. Sin embargo ninguno de ellos abandonó su asiento, por temor a la acusación de que se le haría objeto si era el primero en salir, puesto que, según ellos pensaban, su salida sería interpretada no de acuerdo con la intención con que la efectuaban, sino de acuerdo con la idea que quisieran tanto los acusadores como los jueces.

138. *Los germanos rodean el teatro, donde los espectadores temen sufrir lo peor.* 17. Y cuando una multitud de germanos hubo cercado el teatro con las espadas desenvainadas todos los espectadores esperaron perecer, de suerte que cada vez que entraba alguien en el teatro sentían pavor, al creer que serían apuñalados de un momento a otro, y no sabían qué hacer, ya que ni se atrevían a salir ni consideraban exenta de peligro su permanencia en el teatro. Pero cuando hubieron irrumpido ya, el teatro estalló en un griterío, dedicándose a implorar la compasión de los soldados, haciéndoles saber que ellos desconocían todo, tanto los propósitos de los sublevados, si es que se había producido alguna sublevación, como lo sucedido. Y los espectadores continuaban diciéndoles a los soldados que respetaran su vida y que no tomaran represalia contra los que no tenían culpa alguna por un crimen cometido por otros, sino que les permitieran ponerse a investigar los hechos, cualesquiera que ellos fueran. Los espectadores se expresaban en estos y aún más emotivos términos entre lágrimas y golpes de sus pechos y rostros, invocando a los dioses y no diciendo otra cosa más que «dios mío, dios mío», sacando a relucir todos los medios de defensa que tenían olvidados y volvía a enseñarles el inminente peligro y todos los que es capaz de pronunciar uno cuando su vida está en peligro. Y ante tan suplicante actitud se quebró la cólera de los soldados, quienes se arrepintieron entonces de las medidas que habían tomado contra

los espectadores, ya que había sido cruel su comportamiento anterior, y así se lo parecía ahora a los propios soldados pese a ser presa de la cólera, cuando arrojaron sobre el altar la cabeza de Asprena y los suyos. Los espectadores, al verlas, recibieron una tremenda impresión, no sólo al considerar el alto rango de aquellos hombres, sino también por compadecerse de su desgracia, en la medida en que había faltado muy poco para que ellos mismos hubieran corrido la suerte de aquéllos cuyo encuentro no estaba todavía claro si podrían evitar al fin. De ahí que, aunque había algunos que odiaban a Cayo con toda virulencia y razón, se encontraban sin embargo impedidos de dar rienda suelta a la alegría experimentada con su desgracia por correr ellos peligro de muerte y por no tener todavía seguridad y garantía de estar a salvo.

145. *Los soldados consideran inútil, y hasta peligrosa para ellos, toda represalia, al enterarse de que Cayo, efectivamente, había muerto.* 18. Evaristo Arruntio era uno de los que pregonaban las cosas en venta, por lo que, al haber conseguido una cantidad de riquezas equiparable a las que poseían los romanos más acaudalados gracias a la potente voz de que estaba dotado, era capaz de vender en Roma cualquier cosa al precio que quisiera, no sólo en aquellas fechas, sino también posteriormente. Éste, tras vestirse del luto más riguroso posible (es menester señalar que, aunque sentía hacia Cayo más odio que cualquiera, la verdad es que, sin embargo, era en él superior a la alegría del momento no sólo la precaución que le hacía concebir el miedo, sino también la argucia discurrida para lograr salvar su vida), pues bien, después de haberse ataviado completamente en la forma en que uno se habría preparado para llorar a los seres más queridos que hubieran fallecido, entró en el teatro y, entre lamentaciones, anunció la muerte de Cayo, con lo que hizo que las gentes dejaran ya de vacilar, desconocedoras de lo que había ocurrido. A continuación, después de aliviar con este anuncio la tensión de los espectadores, Arruntio comenzó a moverse por un lado y por otro llamando a la calma a los germanos, y a él se le unieron los tribunos, quienes ordenaron a los germanos que depusieran las armas mientras les aclaraban la verdad de la muerte de Cayo.

Esto fue clarísimamente lo que salvó a los reunidos en el teatro y a todos aquellos que de una u otra forma pudieran caer en manos de los germanos, puesto que, de haber creído ellos que Cayo se encontraba vivo, no se habrían abstenido de causar ninguna de las

calamidades imaginables. Hasta tal punto desbordaban ellos lealtad hacia el emperador que habrían procurado que aquél se mantuviera libre de toda conspiración y no se encontrara con desgracia tan grave aun a costa de perder en este empeño su propia vida. De esta manera pusieron fin a sus ansias de venganza al tener un conocimiento claro de la muerte de Cayo, no sólo porque en estas circunstancias evidenciaban una ferviente lealtad que no servía de nada, al estar muerto quien había de agradecérsela, sino también por temor a que, si llegaban demasiado lejos en las represalias, se volviera contra ellos o bien el Senado, si el poder recaía en los senadores, o bien quien fuera designado emperador.

152. *Clemente salva a Binuciano y elogia su heroísmo.* 19. Al final, aunque con dificultad, los germanos pusieron fin a la rabia que los invadía por la muerte de Cayo.

Quéreas, mientras tanto, iba en pos de todos y cada uno de los soldados, pidiéndoles que cuidaran de respetar la vida de Binuciano y desplegando una escrupulosa búsqueda por temor a que hubiera perecido, puesto que temió mucho por este hombre, no fuera que hubiera sido asesinado, víctima de la locura de los germanos. Pero Binuciano había sido puesto en libertad por Clemente (pues había sido conducido ante él), al testificar con otros muchos senadores que los que habían concebido el plan y la operación y no habían vacilado llevarla a efecto habían actuado justificada y valientemente. Pues Clemente y los referidos senadores indicaban que los tiranos florecen únicamente durante un breve plazo de tiempo, entregados al placer de ofender, y que, por ello, no acaban la vida felices (puesto que las gentes honorables sienten odio hacia ellos), sino de una manera desdichada como murió Cayo, quien personalmente había conspirado contra sí mismo antes de que lo hubieran hecho los que se habían levantado y preparado el atentado y quien había enseñado, a los que él resultaba intolerable con sus ofensas y con su falta de respeto a la ley (que no eran otros sino sus más íntimos amigos), a que se rebelaran contra él, de donde se deducía que eran los citados amigos los que habían asesinado a Cayo, pero sólo desde una perspectiva teórica, puesto que en realidad sólo él era quien había provocado su propia muerte.

157. *La humanidad del médico Alción, y la bravura del ex cónsul Valerio Asiático.* 20. Pero cuando el teatro dejó de ser vigi-

lado por los germanos, se produjo entre los que quedaban dentro una inquietud harto punzante. El motivo de que los espectadores anhelaran escapar de allí fue el médico Alción, al ser arrancado del lugar por un grupo de individuos aparentemente para que cuidara a ciertas personas heridas, momento que él había aprovechado para mandar lejos a los que le acompañaban, teóricamente para que fueran a buscar las medicinas necesarias para la curación de los heridos, pero en realidad para que se libraran del peligro que los amenazaba. En esto se celebró una reunión del Senado, al tiempo que el pueblo había acudido al foro, lugar habitual para sus asambleas, y ambos grupos se dedicaron a buscar a los asesinos de Cayo, el pueblo muy animosamente, y aparentemente el Senado. Pues bien, allí se encontró un hombre, Valerio Asiático, ex cónsul. Éste, tras ocupar la tribuna ante el pueblo, que levantaba tumultos y consideraba espantoso que todavía permanecieran sin identificar los asesinos del emperador, al preguntarle todos anhelosamente quién resultaba ser el autor, les contestó: «¡Ojalá, sí, hubiera sido yo!». Entonces los cónsules publicaron un decreto, en el que si por un lado realizaban acusaciones contra Cayo, por otro ordenaban tanto al pueblo como a los soldados que regresaran a sus respectivos lugares, al tiempo que prometieron y aseguraron al pueblo una enorme reducción en sus cargas fiscales, y al ejército numerosos premios, si unos y otros guardaban la compostura habitual sin dedicarse a cometer desaguisado alguno. Pues había el temor de que, si estos dos grupos se enfurecían, Roma se encontrara con el regalo de una catástrofe, al dedicarse las gentes al saqueo de la ciudad y al expolio de sus templos. Pero antes que el pueblo, se habían reunido ya la totalidad de los senadores, y especialmente los que habían planeado el asesinato de Cayo, quienes no sólo actuaban ya seguros, sino que incluso se sentían muy orgullosos, por entender que el gobierno de la nación estaba entonces en sus manos.

162. *Las tropas arrancan de su casa a Claudio para hacerlo emperador, mientras el Senado, azuzado por Saturnino, pretende oponerse a ello.* 2. Pues bien, en este estado de cosas sú-bitamente fue arrancado Claudio de su casa[12]. En efecto, los soldados, reunidos los unos con los otros y sometiendo a consideracion lo

[12] Cf. *BJ.* 2, 204 y ss.

que debían hacer, se daban cuenta de la imposibilidad de que una democracia consiguiera controlar y dominar jamás un Estado tan complejo, y que tal poder, de darse, no redundaría en beneficio del propio ejército, al tiempo que si un solo hombre se alzaba con la jefatura del gobierno lo pasarían ellos muy mal si no cooperaban con él en alcanzar el poder. Consecuentemente, pensaron que debían, cuando las cosas estaban todavía indecisas, elegir emperador a Claudio, quien no sólo era tío[13] del muerto, sino también no inferior a ninguno en absoluto de los miembros del Senado tanto por la excelencia de sus antepasados como por su formación cultural. Lo eligieron a él convencidos de que los premiaría y les correspondería convenientemente con prebendas. Esto pensaron y esto hicieron al instante.

Pues bien, cuando Claudio había sido arrancado de su casa por el ejército, Cneo Sentio Saturnino[14], aunque estaba enterado de ello y de que se le adjudicaba el poder, aparentemente en contra de su voluntad pero en realidad por su propio querer, tras ocupar la tribuna del Senado y sin asustarse lo más mínimo, pronunció una arenga idónea para una audiencia integrada por hombres libres y dotados de grandeza de espíritu, expresándose en los siguientes términos:

167. *Arenga de Saturnino reivindicando el poder para el Senado.* 2. «Romanos, aunque es increíble que hayamos conseguido la libertad por habernos llegado después de tanto tiempo, cuando menos nos lo esperábamos, sin embargo ocurre que tenemos esa gran cosa que es la libertad, pese a que sea un hecho ignorado cuánto tiempo durará (pues es algo que depende de la decisión de los dioses, que nos la regalaron), pero que, aun así, es suficiente para alegrar nuestros corazones y para llenarlos de dicha, incluso en el supuesto de que fuéramos algún día privados de ella. Pues para los que se dan cuenta del enorme significado de la dignidad es suficiente una sola hora vivida con independencia de criterio en una patria regulada por normas justas y por unas leyes con las que floreció en su día.

---

[13] Claudio, hermano de Germánico (padre de Cayo), había nacido en el año 10 a. C.

[14] Saturnino había sido legado de Siria desde el año 9 a. C. hasta el 6 d. C. Cf. *AJ.* 16, 227 y ss.

Por lo que a mí respecta, puedo omitir referirme a la antigua libertad por haber venido al mundo muchos años después de ella, pero en cambio, como no consigo llenarme y saciarme de la actual, debo considerar afortunados a los que nazcan y se críen en ella y merecedores de una estima nada inferior a la que sentimos por los dioses a estos hombres que, aunque tarde, nos han hecho disfrutar de ella en este momento de nuestra vida. Y ojalá que nos dure y la tengamos garantizada durante todos los siglos venideros, aunque el día de hoy sería bastante y considerado un siglo tanto por nuestros jóvenes como por los que somos ya viejos, en lo que a los ancianos respecta, si abandonaran este mundo después de haber gozado de sus bienes, y, en lo que a los jóvenes toca, porque la libertad actual constituye una buena enseñanza de la grandeza de espíritu de los hombres de los que procedemos. Y ojalá que ahora nosotros no sintamos en el momento presente ningún otro deseo más que vivir con dignidad, única cosa que procura la libertad al género humano. Pues yo, por lo que conozco del pasado gracias a una información que ha llegado a mis oídos y, asimismo, por lo que he visto con mis propios ojos he comprendido cuán terribles son las calamidades de que llenan a la ciudadanía las tiranías, al impedirle todo comportamiento noble y privarla de vivir con orgullo y libertad, mientras sientan plaza de maestras de la adulación y del temor por basar el gobierno de la nación no en la sabiduría de las leyes, sino en la arbitrariedad de las autoridades. En efecto, desde que Julio César, tras tramar la destrucción de la democracia y violar el orden jurídico establecido, rompió la paz de la ciudadanía al ponerse él por encima de la justicia y rendirse a lo que redundaría en la satisfacción particular, no hay desgracia alguna que no haya envuelto a la ciudad, puesto que todos, sin excepción, los que le sucedieron a él en el poder rivalizaron entre sí en la destrucción de las normas tradicionales y en cómo sería la mejor manera para dejar a Roma vacía de ciudadanos íntegros, todo ello por creer que favorecía a su seguridad personal el contar sólo con hombres bastardos, lo que los llevaba no sólo a privar de toda dignidad a quienes tenían por norma destacar por la virtud, sino también a tomar todas las medidas tendentes al aniquilamiento de tales personas. Y aunque todos y cada uno de estos tiranos, que ascienden a una cifra elevada, mostraran una dureza implacable e insoportable en su conducta, Cayo, el que ha muerto en el día de hoy, mostró él solo un comportamiento más terrible que todos los demás juntos,

puesto que si, por un lado, descargaba su cólera no sólo contra sus conciudadanos, sino también contra sus familiares y amigos, por otro aplicaba igualmente sobre el pueblo ordinario castigos incluso más duros, hasta el punto de tomar venganzas injustas contra él, ya que montaba en cólera indistintamente contra los hombres y contra los dioses. A la tiranía, en efecto, no le basta hacer lo que le place ni hacerlo con una conducta vejatoria, ni tampoco molestar a las propiedades y esposas de los demás, sino que toda su satisfacción estriba en molestar a las familias enteras de los enemigos. Para una tiranía resulta hostil toda huella de libertad, e incluso aquéllos que dan poca importancia a las calamidades que sufren no pueden ganarse su afecto. Pues conscientes los tiranos de las calamidades de que han colmado a algunos, y aunque éstos menosprecien con grandeza de espíritu su desdicha, al no poder ellos mantener sus propias personas a resguardo de los crímenes cometidos entienden que la única manera posible de verse libres de toda sospecha consiste en quitarse de enmedio y por completo a sus víctimas.

Pues bien, cuando habéis sobrevivido a tales pestes y os debéis únicamente los unos a los otros, régimen político que garantiza más que ningún otro la mutua lealtad en el presente y la ausencia de toda conspiración en el futuro así como un estado de opinión favorable al éxito de la ciudad, es justo, por un lado, que cada uno de vosotros en particular reflexione desde ahora qué comportamiento suyo es el que contribuye al bien general, y, por otro, que manifiesten su opinión contraria aquéllos a quienes no agrade esta sugerencia, ya que ello no entraña en absoluto peligro alguno en razón de que el presidente de esta asamblea no es un ser soberano que sin rendición de cuentas pueda cometer algún perjuicio contra la ciudad y por su sola arbitrariedad mandar al otro mundo a los que hayan hecho alguna propuesta oral. Lo que ha alimentado a la tiranía no es ninguna otra cosa más que la desidia y el hecho de no oponernos a ninguna de las medidas queridas por ella. En efecto, tanto los que hemos recibido en nuestras carnes heridas incurables como los que hemos sido testigos de los sufrimientos de nuestros vecinos, al dejarnos llevar del placer de una vida en paz y tras haber aprendido a vivir a la manera de los esclavos consentimos alcanzar una muerte llena de la mayor ignominia por temor a morir con dignidad. Y en primer lugar es menester otorgar los máximos honores posibles a los que eliminaron al tirano, y especialmente a Casio Quéreas, pues sólo este hombre con la ayuda de los dioses

ha demostrado ser quien nos ha proporcionado a nosotros no sólo con sus planes, sino también con sus manos, la libertad, por lo que procede no olvidarlo, sino, habida cuenta de que fue el primero en conspirar durante la tiranía en pro de nuestra libertad, y asimismo el primero en arriesgar su vida durante la libertad, asignarle honores y, antes de nada, mostrarle este rasgo de reconocimiento voluntariamente. Por otro lado, la acción más hermosa y más adecuada para hombres libres es corresponder a los bienhechores, justo como lo ha sido con todos nosotros este hombre, en forma nada parecida a Casio y Bruto, los que eliminaron a Cayo Julio, por la precisa razón de que aquéllos reavivaron en la ciudad el inicio de la discordia y de la guerra civil, mientras éste con el tiranicidio liberó a la ciudad incluso de la espantosa situación creada por la conducta del emperador».

185. *Los cónsules recuperan la legalidad republicana.* 3. Esta es la propuesta realizada por Sentio y acogida con agrado por los senadores y los caballeros que había presentes. En este momento un tal Trebelio Máximo, tras levantarse bruscamente, arrancó a Sentio el anillo, en el que estaba incrustada una piedra con la imagen de Cayo esculpida en ella, y del que, según se creía, Sentio había olvidado desprenderse, acuciado no sólo por lo que estaba diciendo, sino también por lo que pensaba que tenía que hacer. Y, claro, la figura en él esculpida fue destrozada. Con todo esto se había llegado a una hora muy avanzada de la noche, momento en que Quéreas pidió la contraseña a los cónsules, quienes le dieron en concepto de tal la palabra *libertad*. El gesto inherente a esta medida causó estupefacción y una sensación próxima a la incredulidad a los participantes en este asunto, y es que cien años después de que fueran privados de la democracia[15] había vuelto a los cónsules la facultad de dar la contraseña. Y, efectivamente, antes de que la ciudad empezara a ser dirigida por tiranos, eran los cónsules la única autoridad de los ejércitos. Quéreas, tras recibir la contraseña, se la pasó a los soldados que se habían puesto del lado de los senadores.

Estos soldados estaban distribuidos en cuatro cohortes y a ellos les resultaba preferible la idea de verse libres de los empera-

[15] En el año 59 a. C. César se había asegurado el consulado, tras aliarse con Pompeyo y Craso, en lo que se llamó el primer triunvirato.

dores que sometidos a su tiranía. Pues bien, los referidos soldados se alejaron acompañados de los tribunos, mientras también el pueblo empezó ya a retirarse, contentísimo y lleno de esperanza y satisfacción por haber conseguido el poder para sí y no estar ya en manos del emperador. Para el pueblo Quéreas lo significaba todo.

190. *Se impone el criterio de Quéreas de matar también a la esposa y a la hija de Cayo.* 4. Quéreas, al considerar intolerable que continuaran con vida tanto la hija de Cayo como su mujer y que, frente a eso, no experimentara el emperador el aniquilamiento en bloque de toda su familia, ya que también cualquier miembro de ella que sobreviviera sobreviviría para aniquilar a la ciudad y echar a perder las leyes, y puesto que además sentía una pasión acuciante por llevar a cabo su plan inicial y dar total satisfacción al odio que sentía contra Cayo, envió a Julio Lupo, que era una de los tribunos, con el encargo de matar tanto a la esposa de Cayo como a su hija[16]. A Lupo se le encargó este menester por ser pariente de Clemente, para que al participar él en el tiranicidio aunque sólo fuera con esta acción, fuera ensalzado por los ciudadanos romanos como héroe y diera la impresión de que había participado en el total de la conspiración como los primeros que la urdieron. Pero hubo algunos de los conjurados a quieneles parecía demasiado cruel actuar tan osadamente contra su mujer, en razón de que todos los crímenes que había cometido Cayo y por los que no sólo la ciudad había quedado exhausta a causa de las desgracias de que fue víctima, sino que también habían perecido los ciudadanos que constituían la flor y nata, los había cometido dejándose llevar por su propio instinto más que por el consejo que ella pudiera haberle dado. Pero, en cambio, los otros le imputaban a ella la responsabilidad de haber decidido tales crímenes, y le echaban la culpa de todas las calamidades causadas por Cayo, por haber dado al emperador un filtro, destinado a someter sus pensamientos a lo que ella gustara y a infundirle un amor ciego por ella, de suerte que, al volverse él loco a consecuencia de esto, había sido ella la que había urdido toda aquella serie de crímenes que desembocaron en la desventura de los habitantes de Roma y de las tierras todas sometidas a ellos. Y una vez que se tomó la determinación de que ella murie-

[16] Cf. también Suetonio, *Calígula*, 59.

ra (puesto que quienes trataban de impedirlo no tenían posibilidad alguna de ayudarle), fue enviado Lupo a cumplir tal cometido. Él no actuó con lentitud alguna ni se retrasó deliberadamente para no cumplir en el momento debido el mandato de quienes se lo habían encomendado, puesto que quería no recibir el más mínimo reproche en un asunto llamado a favorecer al pueblo. Al llegar al palacio real, encontró a Cesonia (ésta era la esposa de Cayo) junto al cadáver de su marido, tumbada en el suelo y sin dedicarle a éste ninguno de los actos rituales con que la ley manda honrar a los difuntos, puesto que ella no sólo estaba empapada de la sangre que brotaba de las heridas del muerto, sino que además estaba profundamente afectada por la desgracia, mientras su hija se hallaba tirada a su lado. En tales circunstancias no se le oía a ella ninguna otra cosa más que expresiones de reproche contra Cayo por no haberle hecho caso pese a sus numerosas advertencias. Esta frase no sólo fue interpretada entonces anfibológicamente, sino que también actualmente plantea doble interpretación a los lectores, con lo que éstos se adhieren y se inclinan por entenderla en un sentido arbitrario. En efecto, los partidarios de respetar la vida de Cesonia aseguraban que esta frase significaba que ella le había aconsejado que, abandonando su proceder vesánico y su crueldad contra los ciudadanos, dirigiera el gobierno con moderación y bondad, no fuera a suceder que pereciera a manos de ellos víctima de su conducta, mientras que los defensores de la idea de matarla la interpretaban en el sentido de que, al llegarle a ella rumores de la existencia de un grupo de conjurados, había exhortado a Cayo a que evitara correr cualquier riesgo en su vida ejecutando inmediatamente y sin demora alguna a todos ellos, aunque no hubieran cometido delito alguno, y que eso era lo que le reprochaba, el haber sido blando pese a que ella le había advertido que los ejecutara. En fin, éstas fueron las palabras pronunciadas por Cesonia y éste el doble sentido en que la gente las interpretaba.

Por otro lado, cuando Cesonia se dio cuenta de la presencia de Lupo le mostró el cadáver de Cayo y lo exhortó a que se acercara más, entre lamentos y lágrimas. Pero cuando observó que Lupo no adoptaba una postura acorde con sus suposiciones y que se había presentado aparentemente para llevar a cabo un cometido no grato para él, al comprender a qué había venido, no sólo descubrió el cuello al tiempo que pronunciaba una y otra vez la expresión «¡dios mío, dios mío!», lo que se comprende fácilmente que hagan

los que tan claramente han llegado al convencimiento de que ya no van a vivir, sino que también lo animaba a que no demorara la ejecución del crimen que contra ella se había decretado. Y, efectivamente, esta mujer murió a manos de Lupo de esta manera tan valiente, y a continuación de ella su pequeña hija. Tras ello Lupo corrió a informar a Quéreas y a los suyos.

201. *Semblanza póstuma de Cayo.* 5. Pues bien, así murió Cayo, después de haber estado al frente del imperio romano durante cuatro años menos cuatro meses[17], hombre, incluso ya antes de alcanzar el poder, vesánico y que había llegado al colmo de la perversidad, esclavo del placer y amigo de la calumnia, quien se encogía ante las situaciones pavorosas y por eso mismo sumamente sanguinario cuando estaba seguro, quien satisfacía su sed de poder con una sola cosa, con ofender a quienes menos debía hacerlo, quien actuaba con unos arrebatos alocados y se enriquecía a base de asesinatos y desafueros, y quien se empeñaba en estar por encima de la Divinidad y de la ley, mientras que era esclavo de los halagos de la multitud. Y todo lo que la ley manda despreciar por juzgarlo ignominioso él lo consideraba más digno de aprecio que la virtud. Y se olvidaba a la menor cosa de las amistades más íntimas y probadísimas por mucho que lo fueran, contra las que en cualquier momento descargaba su cólera imponiéndoles castigos por los motivos más livianos, y consideraba su mayor enemigo a todo aquél que viviera de una manera virtuosa, al tiempo que, siempre que ordenaba alguna cosa, entendía que nadie podía contradecir su deseo, cualquiera que fuera su mandato. De ahí que tuviera relaciones íntimas con su propia hermana carnal[18], motivo que dio origen más que ningún otro a que los ciudadanos concibieran el odio más virulento contra su persona, debido a que este pecado tan nefando, del que la historia no ofrecía otro ejemplo desde mucho tiempo atrás, invitaba a mirar con desconfianza y hostilidad a su autor.

Y nadie podría decir que él hubiera efectuado alguna obra grande o majestuosa o alguna otra que redundara en bien de sus coetáneos y de las generaciones futuras, salvo tal vez el puerto construido en la zona de Regio y Sicilia para acoger a los barcos

[17] Cf. *BJ.* 2, 204.

[18] Cf. en el mismo sentido Suetonio, *Calígula,* 24, y Dión Casio, 59.

que transportaban trigo de Egipto. Sí, esta obra todo el mundo conviene en que fue importantísima y sumamente útil para los navegantes, aunque no llegó a culminarla, sino que quedó a medio hacer por dedicarse a ella demasiado indolentemente. La causa de ello era la pasión del emperador por lo inútil y el que, mientras gastaba el dinero en placeres que únicamente habían de favorecerle a él, negaba su munificencia a empresas consideradas mejores por todos.

Pero, en cambio, era un orador magnífico y sumamente ducho en la lengua griega y en la propia de los romanos, cosa que le permitía comprender al instante todo lo expresado en ambas lenguas, de suerte que, al ser capaz de contradecir sobre la marcha las ideas sostenidas por otros y preparadas con gran antelación, se mostraba más convincente que cualquiera en los temas más importantes, habiendo llegado a tal grado de pericia en el dominio de la palabra no sólo por la facilidad natural de que estaba dotado para ello, sino también por haber aplicado un tenaz entrenamiento a reforzar su innata capacidad. En efecto, al ser él[19] hijo del hijo[20] del hermano[21] de Tiberio[22], a quien sucedió el propio Cayo, había pesado sobre él la imperiosa necesidad de adquirir una vasta formación cultural, debido a que el mismo Tiberio se había distinguido por alcanzar en ella las más altas cotas, y por esa razón Cayo había compartido con Tiberio la afición por las bellas artes, cediendo así a los requerimientos de aquel hombre, que, además de ser su pariente, era el emperador. Y aunque él aventajó en formación cultural a todos los ciudadanos romanos de su época, sin embargo los bienes logrados con ella no pudieron impedir la perdición que se buscó con sus arbitrariedades. Con esto se demuestra que la virtud de la sensatez está vedada a quienes les asiste la facultad de actuar a su antojo sin tener que responder de sus actos. Al principio, a causa de su formación cultural y por la gloria de emular a los personajes más excelentes, se preocupó de tener como amigos a los hombres de más noble condición, hasta que, por sus descomunales vejaciones borrado del corazón de estos amigos el afecto que le habían guar-

---

[19] Cayo Calígula.

[20] Germánico.

[21] Nerón Claudio Druso.

[22] Tiberio y este Druso fueron hijos de Tiberio Claudio Nerón y Livia Drusila.

dado y brotado en ellos el odio contra el emperador, al fin murió, víctima de una conjura tramada por los otrora amigos.

212. *Claudio, encontrado acurrucado por miedo, es llevado en volandas para ser nombrado emperador.* 3. Por su parte, Claudio, al extraviarse y no seguir el mismo camino que Cayo y, asimismo, al llenarse de tumulto aquella casa por la tragedia de la muerte del César, justo como señalé anteriormente[23], por dudar de que pudiera salir de aquélla sano y salvo se escondió acurrucándose en un paso angosto, aunque a su juicio no veía que tuviera ningún motivo para correr riesgo alguno a no ser por su modestia. En efecto, llevaba una vida modesta de simple particular y estaba contento con su suerte, por un lado dedicándose al estudio de obras literarias, especialmente griegas, y por otro apartándose por todos los medios de cualquier género de vida que le reportara desasosiego. En este momento, como el abatimiento se hubiera apoderado de las masas y, asimismo, como todo el palacio real se encontrara repleto del desenfreno de la soldadesca y como las tropas de escolta dieran la impresión de que se habían contagiado de la cobardía y desconcierto de los simples civiles, los soldados de nombre pretorianos, unidades militares las más intachables, comenzaron a deliberar sobre las medidas que debían adoptar. Y todos los que participaron en esta deliberación se inclinaron muy poco por vengar la muerte de Cayo, debido a que él se había encontrado con esa fatalidad con todo merecimiento, y optaron más bien por examinar deliberadamente y también detenidamente de qué manera sus propios intereses saldrían mejor parados, habida cuenta de que los propios germanos incluso se habían dedicado a tomar represalias contra los asesinos por dar gusto a su instinto de crueldad más que porque redundara en interés del pueblo. Por todo ello Claudio sentía desasosiego, temiendo por su vida, sobre todo cuando vio que las cabezas de Asprena y compañeros de éste eran llevadas por un sitio próximo a donde él se encontraba. Sí, él se hallaba en un lugar al que se accedía por unos cuantos peldaños, acurrucado al amparo de la sombra que proyectaba el lugar en cuestión.

En un momento dado, Grato, uno de los soldados de guarnición en el palacio real, lo vio, de manera que, al ser incapaz de

[23] Cf. cap. 103, y 122-126.

reconocer con precisión a la persona que veía, pues no andaba descaminado cuando consideraba que era un hombre quien estaba allí agazapado, decidió acercarse más y, pese a la petición del escondido para que se alejara de allí, insistió en sus propósitos, hasta que, al alcanzarlo, lo reconoció, e inmediatamente dijo a los otros soldados que lo acompañaban: «Ese de ahí es uno de la familia de los Germánicos»[24], y añadió: «Llevémoslo y nombrémoslo emperador». Pero Claudio, al verlos que se disponían a agarrarlo y temer que iba a morir como Cayo, les pidió que tuvieran consideración de él, sugiriéndoles que tuvieran en cuenta que él no había molestado nunca a nadie y asegurándoles que no había tenido nada que ver con los sucesos que acababan de ocurrir. Y Grato, sonriéndose, tiró de su mano y le dijo: «Deja de ser pusilánime y de temer por tu vida, cuando debes enorgullecerte de haber alcanzado el rango de emperador, dignidad de la que los dioses despojaron a Cayo y han concedido a Vuestra Excelencia, demostrando así velar por los habitantes del Imperio. En fin, ven y toma posesión del trono de tus antepasados». A continuación Grato llevó a Claudio en volandas, porque apenas podía caminar tanto por el temor que lo invadía como por la alegría de las últimas palabras dichas.

221. *La mayor parte de las tropas estacionadas en Roma optan por nombrar emperador a Claudio.* 2. En torno a Grato se había ido concentrando un grupo bastante numeroso de soldados de la escolta de Claudio, quienes, al ver a éste conducido, aparecían serios en la creencia de que era arrastrado y llevado para que sufriera el castigo y las represalias imputables sólo a la locura propia del momento, ya que Claudio no se había metido con nadie en toda su vida y, además, se había visto envuelto durante el mandato de Cayo en riesgos de no pequeña monta. Y había algunos que eran partidarios de encomendar a los cónsules el fallo correspondiente a este hombre. Y como se concentrarán grupos de soldados cada vez más numerosos se produjo la huida de las masas, al tiempo que Claudio se veía en la imposibilidad de caminar por debilidad física, habida cuenta de que los esclavos encargados de transportar su silla curul, cuando se enteraron de que había sido cogido, buscaron salvarse en la huida, al considerar que la salva-

[24] El Senado había concedido a Druso y a sus descendientes el título de *Germánico*. Cf. Suetonio, *Claudio*, 1.

ción de su amo era una cosa con la que no podían contar. Y cuando los que llevaban a Claudio se encontraban en la explanada del Palacio (la tradición cuenta que esta área de la ciudad de Roma fue la primera en ser habitada) y procedían ya a hacerse cargo del gobierno, llegó hasta ellos un grupo mucho más nutrido de soldados, quienes acogían con alegría la presencia de Claudio y quienes tenían el máximo interés en designar emperador a aquel hombre por afecto a Germánico, puesto que era su hermano y, además, había dejado sumamente encantados a todos los que lo habían tratado. Frente a eso, les asaltaba el recuerdo, por un lado, de la codicia que habían mostrado los mandamases del Senado y, por otro, de todos los desafueros cometidos por estos mismos durante el gobierno anterior. Y pensaban también en lo difícil de su propia situación y, en este sentido, comprendían que en caso de que el gobierno del Estado cayera de nuevo en poder de un solo hombre quedarían ellos en una situación comprometida ante cualquiera que se hiciera con el mando, salvo que fuera Claudio el que lo alcanzara por el visto bueno y lealtad de ellos mismos, circunstancia en que él se acordaría del favor que ellos le habían hecho y les devolvería el pago adecuado a su noble comportamiento anterior.

226. *El pueblo se decanta por Claudio, mientras el Senado lo conmina a que desista de pretender ser nombrado emperador.* 3. Los soldados que llevaban a Claudio sometían a consideración mutua esta idea y la examinaban todos ellos individualmente y al mismo tiempo se la exponían a los grupos de soldados que sucesivamente se iban sumando. E igual que los primeros veían con buenos ojos esta solución, también los soldados que iban llegando, enterados de ello, acogían animosamente la propuesta, de suerte que, tras protegerlo con sus armas y rodearlo, lo condujeron al cuartel en tropel y en volandas, con objeto de no verse entorpecidos en su prisa por llegar allí.

En cambio, diferían los criterios del pueblo y los de los senadores: éstos pretendían recuperar sus privilegios anteriores y ponían todo su empeño en escapar a la esclavitud que les había sido impuesta por la soberbia de los emperadores, ahora que se les había presentado la oportunidad, mientras que el pueblo, al ver con malos ojos al Senado y entender que los emperadores representaban un freno a la codicia del cuerpo senatorial y un refugio para sí mismo, no sólo se alegraba con el rapto de Claudio llevado a cabo

por los soldados, sino que además daban por sentado que su nombramiento como emperador alejaría del pueblo romano la amenaza de guerra civil, como la que había estallado en tiempos de Pompeyo. Y el Senado, al tener conocimiento de que Claudio, llevado por los soldados, había llegado al cuartel, envió a conferenciar con él a los miembros del Senado más sobresalientes, quienes debían advertirle que no utilizara en modo alguno la fuerza para hacerse con el poder, sino que, lejos de eso, renunciara a él en favor del Senado, dado que al ser él uno solo debía doblegarse ante un cuerpo tan nutrido y poner en manos de la ley el cuidado de velar por el orden general, recordando no sólo las calamidades que los emperadores precedentes habían causado a la ciudad, sino también los riesgos que incluso él mismo había corrido junto con ellos a instancias de Cayo, y para que le advirtieran también de que no concibiera la temeridad de cometer voluntariamente un dislate contra la patria, después de haber aborrecido él la dureza de la tiranía cuando las vejaciones eran causadas por otros. Y le hacían saber que si acataba sus propuestas y mostraba decididamente una virtuosa vida particular ajena a toda preponderancia política, como antes, no sólo recibiría los honores que le fueran otorgados por unos ciudadanos libres, sino que además conseguiría que se elogiara su noble comportamiento por mandar unas veces y ser mandado otras, con el debido acatamiento de la ley, pero que si hacía oídos sordos a estas advertencias, no aprendiendo en absoluto la lección de la sensatez con la muerte de Cayo, le advirtieron que ellos no se resignarían lo más mínimo, ya que era muy cuantiosa la cantidad de soldados que estaban de su parte, y que asimismo contaban con abundancia de armas e infinito número de esclavos para utilizarlas. E igualmente le recordaban que un elemento importante para salir victoriosos lo constituye no sólo la confianza en la victoria, sino también la suerte y los dioses, factores que se alían no con otros, sino con los que combaten teniendo de su parte la razón y la justicia, y que quienes reúnen estas condiciones son los que luchan por la libertad de la patria.

234. *Los comisionados, al ver a Claudio bien apoyado por los soldados, bajan el tono de sus exigencias y lo invitan a que solicite el poder al Senado.* 4. Los comisionados Veranio y Bronco (ambos eran tribunos de la plebe) le hablaron a Claudio en este tono, pero a continuación, arrojándose a sus pies, le suplicaron que

no metiera en modo alguno a la ciudad en guerras y calamidades. Y como ellos observaran que Claudio estaba protegido por un sector muy nutrido del ejército y que los cónsules no eran nada en comparación con él, lo exhortaron a que si aspiraba a hacerse con el poder lo recibiera de manos del Senado, puesto que, según ellos le hacían saber, actúa de forma más adecuada y más noble el que lo toma no por la vía de la insolencia, sino con el visto bueno de quienes se lo dan.

236. *El rey Agripa, elegido como hombre bueno entre las dos partes, anima secretamente a Claudio.* 4. Claudio, a pesar de que sabía con qué tipo de coacciones habían sido mandados los comisionados, adoptó de momento un comportamiento bastante amable en relación con la propuesta que aquéllos le habían formulado, y eso que se había recuperado del miedo anterior que lo atenazaba gracias, por un lado, a la seguridad que le daba el apoyo de los soldados, y, por otro, a que el rey Agripa lo animaba a que no dejara escapar de sus manos un imperio tan vasto que se había puesto a su merced de forma espontánea. Éste, Agripa, tras prestar al propio Cayo los cuidados que era natural que le prestara un hombre que había sido tratado por aquél con el máximo aprecio (en efecto, no sólo se preocupó del cadáver de Cayo, sino que, además, una vez que lo hubo colocado sobre el féretro y lo hubo amortajado con los medios de que disponía, corrió a refugiarse en la escolta del difunto, mientras anunciaba a todos con quienes se topaba que Cayo vivía, sólo que malparado a causa de las heridas recibidas, por lo que, según les decía, iba en busca de médicos), tras enterarse del rapto de Claudio por los soldados corrió junto a él, y como lo encontrara inquieto y dispuesto a ceder a las pretensiones del Senado le levantó el ánimo, exhortándolo a que reivindicara para sí el trono imperial. Y él, después de dar estos consejos a Claudio, abandonó el lugar y se dirigió a su casa. Luego, como el Senado lo hubiera llamado junto a sí, se presentó allí después de haberse dado una loción de ungüento en la cabeza como si acabara de abandonar una reunión de amigos, y preguntó a los senadores qué postura había adoptado Claudio. Y como ellos le contestaran la verdad y a renglón seguido le preguntaran cómo veía él el futuro del Estado, de palabra dijo estar dispuesto a morir en defensa del buen nombre del Senado, pero al mismo tiempo los exhortaba a que examinaran atentamente qué era lo que les convenía, exclu-

yendo de sus consideraciones todo aquello que únicamente les reportara placer, puesto que, según les advirtió, los que aspiran a hacerse con el poder necesitan no sólo armas, sino también soldados que los protejan, para evitar fracasar por entrar en guerra sin estar preparados para ella.

Y al responderle el Senado que podían aportar abundancia de armas y medios económicos y, en cuanto a tropas, que una parte se había unido a ellos y que otras más se sumarían si procedían a dar la libertad a los esclavos, Agripa, interrumpiéndoles, les dijo: «Ojalá que consigáis hacer realidad vuestros deseos. Yo, sin embargo, estoy obligado a hablaros sin equívocos, en razón de que lo que diga toca a la salvación de todos nosotros. Pues bien, os es de sobra sabido que el ejército que luchará en favor de Claudio se ha entrenado en el manejo de las armas desde hace largo tiempo. Nuestras tropas, en cambio, si van a estar formadas por un conjunto de hombres advenedizos y liberados inesperadamente de la esclavitud, difícilmente triunfarán. Y es que vamos a atacar a auténticos profesionales de la guerra, sacando contra ellos a hombres que ni siquiera saben cómo desenvainar la espada. De manera que, a mi juicio, debemos enviar unos comisionados a dialogar con Claudio, con objeto de invitarlo por la vía de la persuasión a que renuncie al trono, y estoy dispuesto a formar parte de esa embajada.

245. *Claudio se mantiene inflexible, aunque comedido.* 2. Agripa se expresó en estos términos. Y como los senadores apoyaran su propuesta, fue enviado con otros más a conferenciar con Claudio, a quien, una vez a solas, no sólo le dio cuenta de la inquietud del Senado, sino que además le advirtió que debía dar a los comisionados una respuesta más propia de un emperador, actuando a tono con el poder que le asistía. Y, así, Claudio les contestó, por un lado, que no se extrañaba de que al Senado no le gustara la idea de ser gobernado por un emperador, por haber sido triturado a causa de la crueldad de los anteriores emperadores, pero, por otro, que de ahora en adelante gozarían los senadores de un trato comedido por la benignidad inherente al propio carácter de Claudio, dado que ejercería el cargo de emperador sólo de nombre, mientras que en realidad el poder podría ser ejercido por todos en general[25]. Y les decía además que no debían desconfiar de él,

[25] Cf. *BJ.* 2, 208 y ss.

habida cuenta de que había pasado a la vista de ellos por situaciones variopintas en numerosas ocasiones. Y los embajadores, después de ser ganados por Claudio al oír de su boca palabras tan halagadoras, fueron despedidos por él. Claudio, a continuación, habló al ejército allí reunido, tomándole juramento por el que las tropas se comprometían a guardar lealtad a su persona. Y concedió a los hombres de su escolta cinco mil dracmas por persona y un número equivalente a sus mandos, y prometió igual gratificación a las tropas estacionadas en cualquier sitio.

248. *Los senadores, cada vez más solos, pretenden jugar la última baza de nombrar emperador a uno de ellos.* 3. Por su parte, los cónsules convocaron al Senado en el templo de Júpiter, dador de las victorias, cuando todavía era de noche. Algunos de los senadores, ocultándose en la ciudad, tenían sus dudas sobre si acudir a la convocatoria, mientras otros habían salido para las fincas de su propiedad, atentos al resultado definitivo de la situación, dado que no sólo habían dado por perdida la libertad, sino que además habían considerado muy preferible continuar con vida en la inactividad tranquila de la esclavitud que pasarlo mal y exponerse a poner en peligro su seguridad personal en el intento de recuperar el alto papel jugado por sus antepasados. Pese a todo, se reunieron cien, no más. Y, mientras ellos pretendían tomar una resolución definitiva sobre los asuntos que traían entre manos, de repente los soldados que les apoyaban lanzaron un grito, exhortando a los senadores, por un lado, a que eligieran emperador a un general, y, por otro, a que no perdieran el poder con un gobierno dirigido por numerosas personas. Y mostraron su opinión particular en el sentido de que el poder no debía ser entregado a todos, sino a uno solo, y asimismo les pidieron que permitieran a los propios soldados otorgarlo a la persona merecedora de tan alta jefatura.

De ahí que el estado de ánimo de los senadores resultó mucho más abatido que antes, al perder todas las esperanzas depositadas en recuperar la libertad y por miedo a Claudio. Con todo y con eso hubo entre ellos quienes pretendían el cargo de emperador, argumentando a su favor el alto rango de su familia y el parentesco con los emperadores anteriores por razones matrimoniales. En efecto, los senadores rechazaron, urdiendo pretexto tras pretexto, a Marco Binicio, quien por ser un personaje distinguido por la rancia solera de su familia y por haberse casado con Julia, hermana de Cayo,

estaba empeñado en conseguir el poder. Y, asimismo, Binuciano, uno de los asesinos de Cayo, hizo desistir de semejantes pretensiones a Valerio Asiático. Y se habría producido una matanza no inferior a ninguna otra, de haberles permitido, a los que aspiraban a alcanzar el poder, enfrentarse a Claudio. Pero, además, no sólo los gladiadores, quienes sumaban un número considerable, y los soldados que estaban de guardia por la noche en la ciudad, sino también todos los remeros corrían en masa a unirse a los soldados que con Claudio estaban en el cuartel. De ahí que quienes competían por hacerse con el poder desistieran de su empeño, unos por mantener a salvo a la ciudad y otros por miedo de su propia seguridad.

254. *Mientras los cabecillas de la revolución siguen en sus trece, los soldados a ellos afectos se pasan a Claudio.* 4. Y al primer atisbo del nuevo día Quéreas y los suyos, tras presentarse en el Senado, se proponían dirigir la palabra a los soldados. Pero la inmensa mayoría de éstos, al verlos que pedían silencio con las manos y se disponían a tomar la palabra, proclamaron a voz en grito su determinación de no permitirles que hablaran, debido a que todos habían decidido optar por un régimen personalista, al tiempo que reclamaban el nombramiento de un emperador, haciéndoles saber que no tolerarían la pérdida de tiempo. Pero el Senado allí reunido se veía incapaz de hacerse con el mando y tampoco veía la manera en que podría él ser mandado, dado que ni los soldados admitían que fueran los senadores los que ejercieran el poder ni los asesinos de Cayo se avenían a acceder a las pretensiones de los soldados. Y como el asunto se encontrara en esta situación sin salida, Quéreas, al no contener su cólera ante la petición de un emperador presentada por los soldados, les prometió que les entregaría para tal cargo a un general si alguien le traía de Eútica una señal en este sentido[26]. Este Eútica era auriga del llamado bando de los Verdes[27] y favorito de Cayo, y en razón de su oficio

[26] Quéreas invita irónica y cruelmente a los soldados a que dejen de presentar exigencias, motejándolos de cobardes ante un individuo tan desdeñable como Eútico.

[27] En los juegos circenses competían diversos bandos, designados según el color de su vestimenta, cosa fácil de comprender hoy porque ocurre lo mismo en casos como el del fútbol. Iguales hechos se dieron durante el reinado de Justiniano, donde tales bandos adquirieron poder e influencia política.

dejaba exhaustos, de tanto bregar, a los soldados con motivo de las varias construcciones de edificios destinados a cuadras para los caballos de él dependientes, al imponerles tareas indignas. Esta resignación era lo que Quéreas les reprochaba, así como otras muchas cobardías de igual tenor, y amenazó con traerles la cabeza de Claudio, puesto que, según les dijo, era intolerable que después de haber soportado a un loco[28] pretendieran entregar el poder a un necio[29]. Pero los soldados no se inmutaron lo más mínimo con esta alusión, sino que, por el contrario, tras desenvainar las espadas y levantar las banderas, marcharon junto a Claudio, para unirse a las tropas que le habían jurado lealtad. Con ello el Senado allí reunido se quedó falto de fuerzas que lo defendieran y los cónsules en una situación nada diferente a la de unos simples particulares. En estas circunstancias la desazón y el abatimiento se apoderó de unos y otros, al no saber qué sería de sus personas debido a que Claudio estaba irritado con ellos, con lo que se inculpaban los unos a los otros, mientras se arrepentían de su anterior proceder.

En este momento, Sabino[30], uno de los asesinos de Cayo, tras situarse en medio, amenazó con suicidarse antes que nombrar emperador a Claudio y ver un gobierno de esclavos alzarse con el poder, y al mismo tiempo reprochó a Quéreas sentir apego a la vida, si, después de haber sido el primero en despreciar a Cayo, venía ahora a resultar que consideraba cosa digna la vida cuando ni siquiera con las gestas anteriores había podido ser devuelta la libertad a la patria[31]. Pero Quéreas contestó que no tenía la menor duda de su disposición a morir, sólo que quería tantear las intenciones de Claudio.

263. *Claudio respeta la vida de los senadores a instancias del rey Agripa.* 3. Y mientras los senadores se hallaban en tal situación de enfrentamiento, todo el mundo acudía de todas partes al cuartel a rendir pleitesía a Claudio. Y uno de los dos cónsules, Quinto Pomponio, era objeto por parte del ejército de la grave acusación de incitar al Senado a la libertad, por lo que se lanzaron

---

[28] Cayo.

[29] Claudio.

[30] Cf. cap. 46-48, y 110, y también 273.

[31] Sabino dirige este reproche a Quéreas, al ver que éste era uno de los soldados que se ponía en camino hacia Claudio.

contra él con las espadas desenvainadas, y habría sido ejecutado por los soldados de no habérselo impedido Claudio. Éste, después de haber sustraído del peligro al cónsul, se sentó a su lado. Pero, en cambio, no acogió con iguales honores a los otros miembros del Senado que acompañaban a Quinto, sino que algunos de ellos recibieron incluso golpes, al serles negada la posibilidad de acercarse a él, hasta el punto de que Aponio se retiró herido y el peligro los amenazó a todos ellos.

En este momento el rey Agripa, acercándose a Claudio, le pidió que tratara a los senadores más delicadamente, advirtiéndole que si el Senado sufría alguna calamidad no tendría otros en quienes mandar. Claudio le hizo caso, y convocó a los senadores en Palacio, adonde él fue transportado en litera, escoltado por las tropas, que maltrataban gravísimamente a la multitud. En cabeza de la marcha iban, exhibiendo su figura, los asesinos de Cayo, Quéreas y Sabino, pero luego se les prohibió ir en cabeza por orden de Polión, a quien Claudio había puesto al frente de los miembros de su escolta. Y Claudio, una vez que llegó a Palacio, tras reunir a sus íntimos sometió a su consideración lo que procedía hacer con Quéreas. Y éstos, aunque entendían que Quéreas había llevado a cabo una brillante acción, le imputaron haber cometido perfidia[32] por lo que consideraron justo imponerle el debido castigo, para que ello sirviera de escarmiento en el futuro. Consecuentemente, fue llevado a la muerte, y con él Lupo y un número bastante grande de romanos. Y se cuenta que Quéreas sobrellevó su infortunio con gran entereza de ánimo, manifestada no sólo en que conservó inmutable su habitual temple, sino también en que reprochó a Lupo que rompiera a llorar. E igualmente se cuenta de él que, como Lupo se viera obligado a quitarse la ropa y se quejara de frío, le había dicho que el frío nunca jamás podría hacer nada contra un lobo[33]. Y como le siguiera una multitud deseosa de ver el espectáculo, Quéreas, cuando llegó al lugar de la ejecución, preguntó al soldado si era experto en ejecuciones o si era la primera vez que manejaba la espada. Y mandó que se le trajera y entregara al soldado la espada con la que él mismo había acabado con la vida de Cayo. Y, así, murió encantado, al recibir él un solo golpe.

---

[32] Después de haber jurado, como soldado, fidelidad al emperador.

[33] Se juega con la identidad formal en latín del nombre propio y del nombre de este animal.

Lupo, en cambio, dejó de existir de una manera no muy correcta a causa del abatimiento de ánimo que lo embargaba, lo que hizo que recibiera numerosos golpes por apenas ofrecer el cuello. Y al celebrarse pocos días después sacrificios por los muertos, gran número de romanos, al tiempo que ofrecían frutos a sus difuntos, honraron también a Quéreas con una porción de ellos arrojados al fuego, suplicándole así que les fuera propicio y no les guardara rencor por lo desagradecidos que habían sido con él.

273. *Grandeza moral de Sabino.* Este fue el final con que se encontró Quéreas. Sabino, por su parte, a quien Claudio no sólo lo eximió de toda responsabilidad, sino que incluso lo confirmó en el mando que ocupaba, consideró una iniquidad faltar a la lealtad debida a los conjurados, por lo que se suicidó, dejándose caer sobre la espada[34] hasta que la propia empuñadura alcanzó la herida.

274. *Claudio agradece los servicios del rey Agripa y dicta un decreto en favor de los judíos de Alejandría.* 5. Claudio, tras desembarazarse inmediatamente de todos los miembros del ejército que le resultaban sospechosos, publicó un decreto por el que no sólo le confirmó a Agripa el reino que Cayo le había concedido[35], sino que además se extendió en elogios hacia el rey. Y agregó a su reino todas las tierras que habían estado gobernadas por su abuelo Herodes, a saber, Judea y Samaria. Claudio le devolvió estas tierras entendiendo que le eran debidas por pertenecer a su familia. Y de las suyas propias Claudio le agregó la ciudad de Abila, antes dependiente del reino de Lisanias, y todas las situadas en el monte Líbano[36]. Tras esto, Claudio celebró en el centro del foro de la ciudad de Roma un sacrificio para sellar de forma tan solemne un tratado de amistad con Agripa. Y luego de despojar a Antíoco del reino que ocupaba lo gratificó con una parte de Cilicia y con la provincia de Comagene. Y excarceló también al alabarca Alejandro Lisímaco, quien había sido amigo suyo desde antiguo y representado los intereses de su madre Antonia, el cual se hallaba encarcelado por un enfado de Cayo. Y el hijo de Alejandro se casó con Berenice, la hija de Agripa. Posteriormente, cuando murió Marco, el hijo

[34] Cf. Sófocles, *Ayax*, 828.
[35] Cf. *AJ.* 18, 237.
[36] Cf. *BJ.* 2, 215.

de Alejandro, después de haber tomado por esposa a esta joven, Agripa la entregó en matrimonio a su propio hermano Herodes[37] tras haber solicitado a Claudio para él el reino de Cálcide.

Por esta misma época se produjo un levantamiento de los judíos contra los griegos en la ciudad de Alejandría. En efecto, muerto Cayo, el elemento judío de Alejandría, que durante el mandato de aquél había sido humillado y tremendamente maltratado por los alejandrinos[38], se reanimó e inmediatamente se puso en armas. Y Claudio mandó al gobernador de la provincia de Egipto que reprimiera el levantamiento. Y por iniciativa de los reyes Agripa y Herodes envió a Alejandría y Siria un decreto redactado en los siguientes términos: «Tiberio Claudio César Augusto Germánico[39], Pontífice Máximo y dotado de poder tribunicio, manifiesta: sabedor de que desde antiguo los judíos residentes en Alejandría, conocidos por el nombre de judíos alejandrinos, tras habitar la ciudad inmediatamente desde los primeros momentos de su fundación junto con los griegos alejandrinos y tras obtener de los reyes iguales derechos ciudadanos que aquéllos, según resultó claro a la vista de los documentos que obran en poder de ellos y de los diversos decretos, y asimismo después que Alejandría fue sometida por Augusto a nuestro imperio, les fueron respetados sus propios derechos por los gobernadores enviados allí en sucesivos tiempos, sin que surgiera disputa alguna a propósito de estos sus derechos, y que tanto durante el tiempo en que Acilas estuvo de prefecto en Alejandría como también una vez que murió el etnarca judío Augusto no impidió que continuara habiendo etnarcas judíos, en su deseo de que cada grupo de gentes residentes en Alejandría fueran súbditos del imperio pero manteniendo sus propias normas y sin verse forzados a transgredir sus sentimientos religiosos tradicionales, y sabedor asimismo de que los griegos alejandrinos se levantaron contra sus vecinos judíos en tiempos de Cayo César, quien los humilló a causa de su inmensa demencia e insensatez por haberse negado el pueblo judío a trasgredir sus propios sentimientos religiosos y a invocarlo a él como dios, quiero que no sufran menoscabo ninguno de los derechos del pueblo judío de Alejandría a causa de la insensatez de Cayo, sino que mi deseo es preservarles una vez más sus derechos

[37] Cf. *AJ.* 18, 133 y ss., y 137.
[38] Cf. *AJ.* 18, 257 y ss.
[39] Cf. cap. 217.

anteriores, de forma que puedan continuar con sus propias normas, e invito a ambas partes a tomar las máximas precauciones con objeto de que no surja discrepancia alguna entre ellas tras la publicación de este decreto dictado por mí».

286. *Claudio dicta otro decreto por el que concede a los judíos del imperio romano el derecho a usar sus normas, pero sin mofarse de los sentimientos religiosos de los demás.* 3. Así pues, el decreto dictado a favor de los judíos de Alejandría fue redactado en los términos dichos, y el enviado al resto de las tierras del imperio se ajustó a la siguiente redacción: «Tiberio Claudio César Augusto Germánico, Pontífice Máximo, dotado de poder tribunicio y que ha sido elegido cónsul por segunda vez, se manifiesta en los siguientes términos: al pedirme los reyes Agripa y Herodes, sumamente queridos por mí, que concediera también a los judíos residentes en todo el imperio romano la posibilidad de mantener los mismos derechos que los de Alejandría, se lo concedí con sumo gusto, no sólo porque con ello hacía yo un favor a los que me lo pidieron, sino también por considerarlos merecedores de conseguir lo solicitado a causa de su lealtad y amor hacia los romanos, y sobre todo porque considero justo que tampoco ninguna ciudad griega pierda esos derechos cuando incluso en tiempos del divino Augusto los conservaron. Por todo ello, tengo a bien mandar que también los judíos residentes en cualquier región del mundo sometida a nosotros conserven sin impedimento alguno las normas propias, pero a ellos mismos también les advierto ya desde ahora que deben comportarse de una manera más acorde con el afecto de que les doy prueba con esta gracia y no menospreciar los sentimientos religiosos de las demás razas, sino que se limiten a conservar sus propias normas. En cuanto a este decreto dictado por mí, es mi deseo que los gobernadores de las diversas ciudades, colonias y municipios de Italia y de fuera de ella, así como los reyes y príncipes, tengan conocimiento de él por sus propios embajadores y lo fijen por escrito, y asimismo que lo tengan expuesto al público durante un período de tiempo no inferior a treinta días y a una altura tal que pueda ser leído fácilmente desde el suelo».

292. *Regreso del rey Agripa a Jerusalén.* 6. Pues bien, con estos decretos, remitidos a Alejandría y a todas las tierras sometidas al poder de Roma mostró Claudio César la consideración en que

tenía a los judíos. Y a renglón seguido despidió a Agripa para que fuera a hacerse cargo del reino, tras rendirle los más espléndidos honores y tras comunicar por carta a los gobernadores y procuradores de aquellas provincias que le guardaran afecto. Él volvió allá con toda rapidez, como era natural que lo hiciera quien regresaba con la mayor ventura. Y una vez que hubo llegado a Jerusalén, celebró sacrificios en acción de gracias, sin omitir ninguno de los santos oficios exigidos por la ley. Por ello ordenó a un conjunto numeroso de nazireos[40] que se cortaran el pelo, y, por otro lado, la cadena de oro que Cayo le había dado y que pesaba igual que la de hierro que había aprisionado sus regias manos[41] la colgó por la parte interior de la cerca del Templo y encima del depósito de los tesoros con objeto de que sirviera de recordatorio de su inicial malhadada desventura y también de testimonio del excelente cambio experimentado por él, y para que fuera indicador no sólo de que los grandes pueden en cualquier momento caer, sino también de que Dios puede levantar a los caídos. En efecto, la dedicación de la cadena en cuestión indicaba a todo el mundo lo siguiente, que el rey Agripa había sido despojado, por un motivo insignificante, de su anterior rango y metido en prisión, y que poco después había salido de la cárcel y alcanzado la dignidad de rey, posición más brillante que la que había gozado anteriormente, y asimismo advertía que es propio de la condición humana el hecho de que no sólo los seres que se mantienen enhiestos pueden en cualquier momento resbalar y caer al suelo, sino también que los seres tumbados en el suelo pueden alcanzar de nuevo una altura conspicua.

297. *Agripa depone a un Sumo Sacerdote y nombra a otro.* 2. Agripa, después de haber rendido culto a Dios perfectamente, depuso al Sumo Sacerdote Teófilo, hijo de Anán, y asignó el cargo hasta entonces ocupado por aquél a Simón, de sobrenombre Canteras, hijo de Boeto. Simón, hijo de Boeto, tenía dos hermanos, y con su hija estuvo casado el rey Herodes, según fue señalado antes[42]. Así pues, Simón ocupó el cargo de Sumo Sacerdote igual

[40] Cf. *A.J.* 4, 72.

[41] Cf. *A.J.* 18, 237.

[42] Cf. *A.J.* 15, 319 y ss. De todas formas, Josefo parece estar confundido, ya que probablemente estos Boeto y Simón son distintos a los citados en el libro XV, pues Simón, de ser el mismo en ambos pasajes, ¿qué edad

que sus hermanos y su padre, lo mismo que lo habían ocupado anteriormente, durante el gobierno de los macedonios, los tres hijos que tuvo Simón, hijo de Onías, noticia de la que dimos cuenta en párrafos precedentes[43].

3. *La provocación y profanación de los doritas.* El rey, una vez que hubo dispuesto en la manera dicha la cuestión relativa al cargo de Sumo Sacerdote, correspondió al afecto que las gentes de Jerusalén le habían guardado a él. En este sentido, eximió a todas y cada una de las familias de las contribuciones pendientes, teniendo a bien devolver igual amor a quienes lo habían amado a él. A continuación designó comandante en jefe de todo el ejército a Silas, un hombre que había compartido con él numerosas penalidades.

Y cuando había transcurrido muy poco tiempo, unos jóvenes de la ciudad de Dora[44], que anteponían la osadía a la religión y que resultaban ser temerariamente atrevidos, llevaron una estatua del César a la sinagoga judía del lugar y allí la pusieron. Este hecho irritó profundamente a Agripa, pues tal gesto equivalía a la destrucción de las leyes de su patria. E inmediatamente se presentó ante Publio Petronio[45], legado romano de Siria, donde lanzó duras acusaciones contra los doritas. Y Petronio, quien se enfureció no menos por aquella fechoría (pues también consideraba un acto de impiedad la transgresión de las normas inherentes al pueblo judío), lleno de ira escribió la siguiente carta a los rebeldes doritas: «Publio Petronio, legado de Tiberio Claudio César Augusto Germánico, a las autoridades de los doritas dice lo que sigue: En vista de que algunos de vosotros se han comportado con tal grado de locura que, pese a haber sido publicado anteriormente el decreto de Claudio César Augusto Germánico por el que permitía a los judíos conservar sus tradiciones patrias, vosotros no le habéis hecho caso, sino que habéis hecho todo lo contrario, al tratar de impedir que los judíos contaran con una sinagoga por haber trasladado a ella vosotros la estatua del César, cometiendo con ello un desafuero no sólo contra los propios judíos, sino también contra el

---

tendría ahora en el año 41 d. C., cuando Herodes el Grande, muerto a los setenta años en el año 4. a. C., estuvo casado con su hija?

[43] Cf. *AJ.* 12, 224 y ss.

[44] Situada en la costa de Fenicia: cf., por ejemplo, *AJ.* 5, 83 y 87.

[45] Cf. *AJ.* 18, 261 y ss., 297, y 300-309.

emperador, cuya estatua estaba mejor en su propio templo que en la sinagoga, porque lo justo de por sí es que cada uno mande en su propia casa de acuerdo con el parecer del César (puesto que es ridículo mencionar mi propio parecer cuando ya contamos con el decreto del emperador, quien ha dado permiso a los judíos para que puedan seguir sus propias costumbres y, aún más, quien ha mandado que tengan los mismos derechos de ciudadanía que los griegos), mando que los que en contra del decreto de Augusto han osado cometer una fechoría tal que ha causado irritación a los mismos que parecen destacar entre ellos, puesto que, según alegan, el hecho no ha obedecido a la propia iniciativa de los autores, sino a la incitación del pueblo, sean ellos traídos ante mí por el centurión Proclo Vitelio para rendir cuentas de la fechoría cometida, y asimismo a las autoridades principales las exhorto a que si no quieren dar la impresión de que este acto inicuo ha ocurrido por iniciativa suya denuncien a los culpables ante el susodicho centurión, no dejando en absoluto que ello sirva de pretexto para el levantamiento ni para la lucha armada, que es justamente lo que me parece a mí que pretenden quienes han realizado tales hechos, puesto que tanto a mí como a mi estimadísimo rey Agripa no hay cosa de la que nos preocupemos más que de que la nación judía no encuentre pretexto alguno para ello y así no adopte en bloque, con la excusa de defenderse, una decisión desesperada.

Y para que sepáis de una manera todavía más clara qué opinión le merece todo este asunto al emperador os adjunto sus decretos publicados en Alejandría, los cuales, aunque parecen ser conocidos por todos, fueron leídos en su momento en la propia tribuna por mi estimadísimo rey Agripa, defendiendo con ello la idea de que los judíos no debían ser privados de un don concedido por Claudio Augusto. Os advierto, pues, que en el futuro no busquéis ningún pretexto que incite al levantamiento o a los disturbios, sino que debéis dejar que cada cual rinda culto en la forma habitual a él».

312. *Generosidad de Jonatán.* 4. Esta fue la manera en que Petronio se preocupó de que el desafuero cometido encontrara inmediatamente la debida reparación y de que a los judíos no volviera a sucederles nada igual.

Por su parte, el rey Agripa despojó a Simón Canteras del cargo de Sumo Sacerdote y quiso reponer en él a Jonatán, hijo de Anán, al darse cuenta de que éste era más merecedor del cargo que el

otro. Pero Jonatán no se mostró contento con la idea de recuperar honor tan grande, y consecuentemente se excusaba alegando lo siguiente: «Pues bien, oh soberano, me satisface gozar de tu estima, al considerar en el fondo de mi corazón la merced que es tu deseo otorgarme, pese a que Dios no me ha considerado en ningún sentido merecedor de la dignidad de Sumo Sacerdote. Por otro lado, me basta haberme puesto una vez la vestimenta sagrada[46], ya que en aquella ocasión me revestí con ella de una manera más santa que ahora voy a recuperarla. Pero tú, si quieres que alcance ahora esta merced uno más merecedor de ella que yo, deja que te indique quién es él: mi hermano está limpio de todo pecado contra Dios y contra ti, oh soberano, y por ello constato que él es idóneo para ocupar este cargo». El rey, complacido con estos argumentos, admiró la nobleza de espíritu de Jonatán y otorgó a su hermano Matías la dignidad de Sumo Sacerdote.

317. *El exceso de confianza de Silas provoca la irritación de Agripa.* 7. No mucho después Marso sustituyó a Petronio y se hizo cargo del gobierno de la provincia de Siria. Por su parte, Silas, el comandante en jefe del ejército del rey, debido a que había sido fiel a él en todos los avatares, no habiéndose negado jamás a compartir con él peligro alguno, sino habiendo acometido infinidad de veces las más arriesgadas tareas, rebosaba confianza con el rey, teniendo para sí que le correspondían unos honores equivalentes a la solidez de su amistad con Agripa. Consecuente con esta idea jamás se doblegaba al rey, de suerte que en toda conversación con él se expresaba con absoluta libertad de palabra y cuando estaban de cháchara resultaba pesado, pues se daba una importancia desmedida y muchas veces le traía al rey a la memoria sus odiosas desventuras para así ponerle de manifiesto el denodado esfuerzo de que él había hecho gala en aquel entonces. Y continuamente le estaba mentando lo mucho que había bregado por él. Y, así, este exceso de confianza al rey le parecía que equivalía a un intento de vejarlo, por lo que él recibía contrariado la extralimitada franqueza de este hombre, puesto que no resulta complaciente el recuerdo de tiempos malhadados, mientras que es un simplón quien continuamente trae a colación a otro los favores que le hizo en tiempos pasados. Al final, como era de esperar, Silas soliviantó

[46] Cf. *AJ.* 18, 95 y 123.

tremendamente los ánimos del rey, con lo que, dejándose llevar él más de la cólera que de la reflexión, no sólo destituyó a Silas del cargo de comandante en jefe del ejército, sino que además lo entregó para que fuera encarcelado, a cuyos efectos lo envió a su lugar de origen. Pero con el tiempo se ablandó su irritación y pudo formarse un juicio de aquel hombre con las ideas claras, con lo que mentalmente percibió las numerosas penalidades que aquél había soportado por él.

Así, al festejar él su propio cumpleaños, con motivo de lo cual todos sus súbditos celebraban alegres festines, se propuso invitar a Silas al instante para que se sentara a la mesa junto a él. Pero Silas, que era abierto de carácter y que creía tener motivos justificados para el enfado, no lo ocultó a las personas que habían venido a buscarlo y les dijo: «¿A qué viene llamarme el rey a recibir este honor que pronto después perderé? Digo esto porque tampoco me conservó los privilegios que originariamente me había concedido en pago a mi lealtad hacia su persona, sino que me despojó de ellos insolentemente. ¿O es que se ha figurado que he renunciado a la libertad de palabra? Al contrario, como puedo hablar con total libertad por ser consciente de no haber hecho mal alguno, ahora más que nunca gritaré cuán terribles fueron los males de que libré a Agripa y cuán enormes penalidades soporté por él, procurándole con ello la salvación y la dignidad de que ahora disfruta, en pago a lo cual he conseguido que se me trajera detenido a esta oscura cárcel. Pero yo nunca jamás me olvidaré de esto. Al contrario, probablemente mi alma, incluso al separarse del cuerpo, llevará consigo el recuerdo de mi noble comportamiento».

Estas palabras las pronunció él a gritos y mandó que se las trasladaran al rey. Y éste, al comprobar que el caso de Silas no tenía remedio, lo dejó de nuevo en la prisión.

326. *Claudio ordena a Agripa que suspenda la reconstrucción de las murallas de Jerusalén.* 2. Agripa, por otro lado, se dispuso a reforzar con dinero público las murallas de Jerusalén orientadas hacia la ciudad nueva, ensanchándolas con un mayor grosor y elevándolas a mayor altura. Y las habría hecho de una solidez superior a cualquier ataque humano[47], si Marso, legado de Siria, no hubiera informado por carta al emperador Claudio de la obra. Y

[47] Cf. *BJ.* 2, 218 y ss.

Claudio, sospechando en ello un intento de sublevación, mandó a Agripa que parara inmediatamente la reconstrucción de las murallas. Y por la cabeza de Agripa no pasó la idea de desobedecerle.

328. *Comparación entre Agripa y su abuelo Herodes: aquél generoso, Herodes malvado.* 2. Este rey resultó ser un gran bienhechor y sumamente generoso, y asimismo se preciaba de alegrar profundamente a las diversas razas, haciéndose notar también por los numerosos gastos que a espuertas hacía por ellas, puesto que no sólo se complacía en favorecer a las gentes, sino que también se deleitaba con llevar una vida en medio de los aplausos, con lo que era de una condición absolutamente en nada comparable a Herodes, quien reinó antes que él. En efecto, aquél había sido de carácter perverso, propenso a la venganza e intransigente contra los detenidos, dado a tratar con afecto a los griegos más que a los judíos. En este sentido, eran las ciudades de los extranjeros las que él embellecía con la aportación de dinero unas veces, y otras con la construcción de baños públicos y de teatros. Y hay algunas en las que levantó templos, y en otras pórticos. En cambio, no hubo ninguna ciudad judía que él considerara digna de la más insignificante reparación, ni merecedora de alguna concesión notable de dinero. Agripa, por el contrario, era tierno de carácter y favorecía a todos por igual. Era humano con los extranjeros, mostrando también con ellos su innata generosidad, pero con sus compatriotas era igualmente bueno, aunque más compenetrado con ellos. Tanto es así que era la ciudad de Jerusalén en la que a él le gustaba residir, cosa que hizo de manera continuada, y observaba los preceptos tradicionales de manera exquisitamente pura. En este sentido, cumplía todos los ritos sagrados, y no pasó un solo día sin cumplir los sacrificios de rigor.

332. *Agripa da muestras de su bondad.* 4. En cierta ocasión un varón, residente y oriundo de Jerusalén, con fama de cumplir escrupulosamente la ley (se llamaba Simón), tras haber reunido en asamblea al pueblo en un momento en que el rey había pasado a Cesarea, osó acusarlo de no ser santo y, consecuentemente, propuso que en estricta justicia le debería ser prohibida la entrada al Templo, a la que tenían derecho sólo las personas santificadas[48].

[48] Por coherencia seguimos la sugerencia de B. Niese al respecto.

Entonces el prefecto de la ciudad dio cuenta por escrito al rey de que Simón arengaba a las masas con estas propuestas. El rey lo mandó llamar a Cesarea y como él estaba sentado en el teatro en aquel momento, lo invitó a sentarse junto a sí, tras lo cual le manifestó tranquila y suavemente: «Dime, ¿qué cosa de las que pasan aquí es contraria a nuestras leyes?». Y Simón, al no poder decir eso de nada de lo que allí se hacía, le pidió que le otorgara el perdón. Y el rey se reconcilió con él antes de lo que cabría suponer, al considerar más propia de un rey la bondad que la cólera, y sabedor de que a los poderosos les va más la benignidad que la ira. Consecuentemente, se despidió de Simón, tras dignarse concederle incluso algún regalo.

335. *Agripa es generoso con todos pero especialmente con la ciudad de Beirut.* 5. Agripa, aunque construyó a los habitantes de numerosas ciudades numerosos edificios, sin embargo fueron las gentes de Beirut a quienes él estimó de una manera especial. En efecto, les construyó un teatro que sobrepasaba a muchos otros por su suntuosidad y belleza, un anfiteatro en el que gastó elevadas sumas de dinero y, además de esas construcciones, baños y pórticos públicos, sin que en ninguna de las obras menoscabara ni su hermosura ni sus dimensiones por escatimar gastos. Y ensalzó el acto de inauguración de estas obras con toda suerte de pompa, puesto que en la consagración del teatro celebró en él espectáculos, para lo que presentó actuaciones musicales y aquellas obras que causaban placeres varios, y en la del anfiteatro evidenció sus ideas de grandeza con la multitud de gladiadores que trajo, ya que, en su deseo de que el enfrentamiento masivo entre gladiadores se tradujera en placer para los espectadores, envió allí a setecientos hombres para que combatieran con otros setecientos, habiendo destinado a tal efecto a todos los criminales que tenía detenidos, para que éstos fueran debidamente castigados, al tiempo que las operaciones bélicas entre ellos se tradujeran en los placeres propios de la paz.

338. *Marso, legado romano de Siria, no ve con buenos ojos la identidad de pensamiento de Agripa y otros reyes y príncipes de la zona.* 8. Pues bien, a los referidos gladiadores los llevó a la muerte por parejas. Y tras celebrar en Beirut los actos antes dichos, pasó a la ciudad galilea de Tiberíades. Y la consecuencia de su

noble personalidad es que era el blanco de las miradas de los otros reyes. En este sentido, es menester señalar que acudieron a visitarlo allí Antíoco, rey de Comagene, Sampsigerán, rey de Emesa, Cotis, rey de la pequeña Armenia, Polemón, quien había conseguido el gobierno del Ponto, y Herodes. Este último era hermano de Agripa y mandaba en Cálcide. Con todos se mostró afable al recibirlos y saludarlos, tanto que con ello, por un lado, puso muy bien de manifiesto lo elevado de sus sentimientos y, por otro, todos entendieron como un acto de estricta justicia que fuera distinguido con la presencia de los citados reyes. Pero ocurrió que, mientras estos personajes pasaban el tiempo todavía a su lado, anunció su llegada Marso, el legado de Siria. Y el rey, consecuentemente, guardando el debido respeto a los romanos, salió a recibirlo a una distancia superior a los siete estadios[49] de la ciudad de Jerusalén. Pues bien, este hecho había de constituir el principio de las diferencias del rey con Marso. En efecto, Agripa se hizo acompañar de los otros reyes, que iban sentados con él en el mismo carruaje. Pero a Marso le resultó sospechoso el entendimiento y la amistad que reinaba entre todos ellos y que llegaba a tales extremos, al entender que no convenía a los intereses romanos tal unanimidad de criterios entre príncipes tan poderosos. Y, así, a través de sus correspondientes servidores enviados a cada uno de ellos, les ordenó que partieran inmediatamente para sus respectivos lugares de procedencia sin demora. Agripa acogió esta medida con disgusto, y de aquí vinieron sus diferencias con Marso. Luego, tras despojar a Matías de la dignidad de Sumo Sacerdote, nombró para ocupar el cargo dejado vacante por aquél a Elioneo, hijo de Canteras.

343. *Un solo pecado de soberbia cometido por el rey es castigado por Dios con su muerte.* 2. Y, cuando él había cumplido tres años[50] como rey de Judea entera, se presentó en la ciudad de Cesarea[51], que antes se llamaba Torre de Estratón. Acudió allí a celebrar espectáculos en honor del César, ya que instituyó este tipo de festejos por la salud de aquél. Con tal motivo se reunieron en esta

[49] A unos 1.300 metros.

[50] Por tanto, el año 44 d. C., pues Agripa había sido nombrado rey de Judea por Claudio en el año 41 d. C. Cf. *AJ.* 19, 274. Sobre Agripa I cf. *Hechos de los apóstoles* 12, donde es llamado Herodes.

[51] Cf. *BJ.* 2, 219.

ciudad gran multitud de autoridades y prominentes dignidades de la provincia. Y en el segundo día de los espectáculos, tras cubrirse con una vestimenta confeccionada toda ella de plata de tal manera que resultaba una tela admirable, llegó al teatro con las primeras horas del día. Entonces la plata, reluciente al ser alcanzada por los primeros rayos solares, emitía destellos maravillosos y fulgores impresionantes, que ponían los pelos de punta a los que se fijaban en la vestimenta. E inmediatamente los aduladores, uno tras otro, le gritaban expresiones que en realidad no le producían bien alguno, pues lo llamaban *Dios,* al tiempo que añadían: «Sénos propicio. Si hasta el día de hoy te hemos considerado hombre, a partir de ahora, en cambio, confesamos que eres de una condición sobrehumana». El rey no los reprendió, ni rechazó aquella impía adulación. Y así, al levantar la vista poco después, vio una corneja posada sobre una cuerda, encima de su cabeza. E inmediatamente comprendió que ella le anunciaba males, lo mismo que en otro tiempo[52] le había anunciado bienes, y ello hizo que se apoderara de él un dolor que le traspasaba y corroía el corazón. Y se le fijó en el vientre una molestia repentina, que empezó con fuerza. En esta situación Agripa, saltando hasta donde estaban sus amigos, les dijo: «Yo, dios según vosotros, estoy recibiendo ya la orden de que deje este mundo (con lo que la Parca viene a demostrar inmediatamente que esas vuestras recientes expresiones respecto a mí eran falsas), y yo, el llamado inmortal por vosotros, marcho ya camino de la muerte. En todo caso, hay que aceptar el destino que Dios nos ha asignado, pues la verdad es que hemos llevado una vida en modo alguno miserable, al contrario, afortunadamente brillante». Al tiempo que decía esto sufrió un intenso dolor. En estas circunstancias fue transportado deprisa al palacio, y por todas partes corrió el rumor de que tardaría muy poco en morir. Y al punto todos los hombres, mujeres y niños, sentados en alfombras según la costumbre habitual, elevaban oraciones a Dios por el rey. Y todos los lugares estaban repletos de ayes lastimeros y de cánticos de dolor. Y el rey, pese a encontrarse tan grave, no permaneció sin llorar cuando, tumbado en una habitación de la parte alta del palacio, contempló allá abajo a las gentes en decúbito prono. Y después de encontrarse afectado por la referida molestia del vientre durante cinco días consecutivos, abandonó este mundo, a la edad

[52] Cf. *AJ.* 18, 195.

de cincuenta y cuatro años, y a los siete de rey. En efecto, en tiempo de Cayo César reinó durante cuatro años (ya que por espacio de un trienio estuvo al frente de la tetrarquía de Filipo[53] y al cuarto agregó el reino de Herodes)[54] y a ellos sumó tres más durante el mandato del emperador Claudio César, en los que reinó en los lugares antes dichos y anexionó Judea[55] Samaria y Cesarea. En sus arcas había ingresado por el concepto de contribución pagada por estas regiones sumas inmensas, exactamente doce millones de dracmas. Aun así, fue elevadísima la suma de dinero que tomó todavía prestada, ya que por su condición generosa gastaba cantidades superiores a los ingresos. En efecto, su generosidad no conocía límites.

353. *Su otrora amigo Silas es asesinado.* 3. Ahora bien, cuando la población ignoraba todavía que él había expirado, Herodes, príncipe de Cálcide, y Helcías[56], el comandante en jefe del ejército y amigo personal del rey, puestos de acuerdo entre sí, enviaron a Aristón, el más fiel de los servidores, y decapitaron a Silas (de quien eran enemigos), so pretexto de que había sido el rey quien así lo había ordenado.

354. *Hijos de Agripa, e ingratitud de las ciudades de Cesarea y Sebaste.* 9. Así pues, de esta manera fue como acabó sus días el rey Agripa. Y al morir, dejó los siguientes vástagos: su hijo Agripa, de diecisiete años de edad, y tres hijas[57], una de las cuales, Berenice[58], de dieciséis años de edad, estaba casada con Herodes, hermano de su padre Agripa, más otras dos, Mariame y Drusila, la primera de diez años y Drusila de seis. Mariame había sido prometida en matrimonio a Julio Arquelao, hijo de Quelcías, y Drusila a Epífanes, hijo de Antíoco, rey de Comagene. Ahora bien, cuando trascendió la noticia de que Agripa había dejado este mundo, los

---

[53] Cf. *AJ.* 18, 237.

[54] Cf. *AJ.* 18, 252.

[55] Cf. *AJ.* 19, 274.

[56] Aunque no se ha dicho, es evidente que, al ser depuesto Silas del cargo de comandante en jefe y metido en la cárcel, Agripa lo había sustituido por Helcías, forma que también figura como Quelcías (en cap. 355). Cf. también *AJ.* 18, 273.

[57] Cf. *AJ.* 18, 132. Cf. también *BJ.* 2, 220.

[58] Cf. *AJ.* 19, 276-277.

habitantes de las ciudades de Cesarea y Sebaste, olvidándose de los beneficios que él les había otorgado, se comportaron como se hubieran comportado sus mayores enemigos. En efecto, no sólo lanzaron contra el fallecido maldiciones impropias de ser reproducidas aquí y regresaron a sus casas cuantos ciudadanos de las referidas ciudades estaban cumpliendo el servicio militar, que eran numerosos, sino que además, luego de arrancar todos a una las estatuas de las hijas del rey, las llevaron a los prostíbulos, donde, colocándolas en las terrazas, cometieron con ellas las mayores vejaciones e indecencias, imposibles de ser reproducidas aquí. Y, tumbados junto a las mesas puestas en los lugares públicos, celebraban banquetes en los que participaba todo el pueblo, coronados, ungidos y ofreciendo libaciones en honor de Caronte[59], y brindando unos con otros por el fallecimiento del rey. Y se mostraron olvidadizos no sólo de Agripa, quien los había tratado con suma estima, sino también de su abuelo, el propio Herodes, quien les había fundado las dos ciudades y se las había adornado con puertos y templos a costa de notables gastos.

360. *Cuspio Fado procurador de Judea.* 2. En aquel momento Agripa, el hijo del difunto, se encontraba en Roma, educándose en la corte de Claudio César. Y la verdad es que el emperador, al enterarse de que Agripa había muerto y los habitantes de Sebaste y Cesarea habían faltado al respeto al difunto, se condolió por su muerte y se enfureció contra aquellos ingratos. Y, así, decidió enviar inmediatamente al joven Agripa para tomar posesión del reino vacante, dispuesto al mismo tiempo a ratificar los viejos juramentos prestados. Pero los libertos y amigos más influyentes de su corte le hicieron desistir de tales intenciones, argumentando que era arriesgado poner un reino de tan vastas dimensiones en manos de una persona tan sumamente joven que ni siquiera había sobrepasado la edad de la infancia, quien no iba a poder sobrellevar los cuidados inherentes a la administración cuando incluso para un adulto aquella dignidad representaba una pesada carga. En estas circunstancias el emperador entendió que ellos tenían razón en lo que decían. Consecuentemente, envió allá como procurador

[59] El servidor de Hades, encargado de conducir por la laguna Estigia las almas de los muertos de este mundo al otro. Cf. Aristófanes, *Ranas*, 180 y ss.

de Judea y de la totalidad del reino a Cuspio Fado[60], otorgando con ello al difunto el honor de no meter en su reino a Marso, por saber que éste había estado enfrentado con él. Y, por un lado, encargó a Fado que ante todo reprochara a los habitantes de Cesarea y Sebaste su falta de respeto hacia el difunto y su comportamiento propio de borrachos contra las hijas de Agripa todavía vivas, y, por otro, que trasladara el ala de caballería integrada por soldados de Cesarea y Sebaste y las cinco cohortes al Ponto, para que cumplieran allí el servicio militar, y, a su vez, que eligiera de los soldados encuadrados en las legiones romanas destacadas en Siria un número equivalente y rellenara con ellos el lugar antes ocupado por aquéllos. No obstante, los hombres que recibieron esta orden de boca de Fado no cambiaron de puesto, ya que por medio de unos embajadores que enviaron a dialogar con Claudio ablandaron a éste y consiguieron permanecer en Judea. Fueron éstos quienes años después dieron lugar a las más grandes calamidades para los judíos, echando así la semilla de la guerra estallada durante el mandato del procurador Floro [61]. De ahí que Vespasiano, tras su victoria, los expulsara de la provincia, según diremos poco después.

[60] Cf. *BJ.* 2, 220. Esto ocurrió en el año 44 d. C.

[61] Cf. *AJ.* 20, 118 y ss., 173 y ss. y 252 y ss., y también *BJ.* 2, 457 y ss., 507 y ss., y 556 y ss.

Libro XX

RESUMEN:

1. Cómo Claudio César tras la muerte de Agripa envió a Judea como procurador a Fado.
2. Enfrentamiento entre los habitantes de Filadelfia y los judíos que habitaban en Perea por los límites de una aldea, y cómo Fado, al tomar muy a mal que un elevado número de habitantes de Filadelfia fuesen aniquilados por los judíos, cogió a tres hombres principales de éstos y los mató.
3. Cómo Tolomeo, el jefe de los bandoleros, fue hecho prisionero mientras saqueaba Arabia, y cómo, llevado a presencia de Fado, fue decapitado.
4. Cómo Fado y Casio Longino, legado de Siria, tras subir a Jerusalén ordenaron a las autoridades judías que depositaran en la fortaleza Antonia las ropas talares y sagradas, para que quedaran allí a disposición de los romanos, como lo habían estado ya anteriormente.
5. Invitación por ello de los judíos a Fado y Longino pidiéndoles que les permitieran enviar una embajada ante el César Claudio para tratar de esta cuestión.
6. Cómo Fado se lo permitió tras tomar rehenes.
7. Cómo Claudio César, invitado a ello por Agripa el Joven, concedió a los judíos lo que le pedían y escribió a Fado en este sentido.
8. Cómo Helena, reina de Adiabene, y sus hijos Monóbazo e Izates, así como toda su familia, se convirtieron al judaísmo.

9. Cómo a la muerte de Herodes, rey de la Cálcide, Agripa el Joven tomó el mando de esta región por concesión de Claudio César.
10. Cómo Tiberio Alejandro, tras llegar a Judea como procurador, castigó a los hijos de Judas Galileo por embaucar a las masas.
11. Capítulo relativo al hambre que asoló el país.
12. Llegada a Judea de Cumano como procurador, enviado por el César.
13. Cómo durante su mandato perecieron en el Templo numerosos judíos.
14. Enfrentamiento entre judíos y samaritanos y cómo fueron aniquilados numerosos samaritanos.
15. Cómo el legado de Siria, Modio Cuadrato, al llegar a sus oídos noticia de estos hechos y subir a Judea, ordenó a los principales de los judíos y samaritanos que se presentaran en Roma, así como también el procurador Cumano y el tribuno militar Céler, para rendir cuentas ante el emperador Claudio César de sus acciones, aunque el propio Cuadrato castigó a algunos judíos.
16. Cómo Claudio, tras oírlos, eximió de responsabilidad a los judíos, invitado a ello por el rey Agripa, mientras que desterró a Cumano y castigó al tribuno Céler y a los principales de los samaritanos.
17. Cómo Félix, al ser enviado a Judea como procurador y encontrar el país asolado por los bandoleros, procuró aniquilarlos y restablecer la paz en el país, y cómo envió a Roma, encadenado, al cabecilla de los bandoleros, de nombre Eleazar.
18. Cómo, al instalarse allí un hechicero egipcio y seducir a numerosos judíos, Félix cayó sobre ellos y mató a muchos.
19. Cómo el procurador Félix puso fin al enfrentamiento que había entre los nobles de Cesarea y los sirios.
20. Cómo a la muerte de Claudio tomó el poder Nerón.
21. Cómo, al ser enviado a Judea como procurador Porcio Festo, el país resultó asolado por los sicarios.
22. Este capítulo trata del pórtico interior del Templo y de cómo lo elevaron los judíos.
23. Cómo Festo, tomando muy a mal este hecho, envió a los principales judíos a Roma ante Nerón para que lo convencieran de su obra.
24. Cómo a la muerte de Festo en Judea llegó Albino para sucederle.

25. Cómo durante su mandato dejaron los sicarios de asolar el país.
26. Cómo Floro, que llegó como sucesor de Albino, causó a los judíos tantas calamidades que los obligó a acudir a las armas.

Este libro comprende un período de veintiséis años.

1. *Administración del procurador Cuspio Fado, e intervención de Agripa el Joven ante Claudio a favor de los embajadores judíos.* 1. Muerto el rey Agripa, según señalamos en el libro anterior, Claudio César envió como sucesor de Marso a Casio Longino, dedicando esta gracia a la memoria del rey, quien en vida le había pedido insistentemente que Marso dejara ya de estar al frente de los asuntos de Siria[1].

Y Fado, cuando llegó a Judea como procurador, encontró a los judíos que habitaban Perea enfrentados a los habitantes de Filadelfia por los límites de una aldea de nombre Mía, la cual estaba abarrotada de hombres en pie de guerra. Pues bien, los habitantes de Perea, sin permiso de las autoridades de la región, tomaron las armas y aniquilaron a numerosos hombres de Filadelfia. Este hecho exacerbó profundamente los ánimos de Fado, porque ellos en lugar de haber dejado en sus manos la solución del caso, si es que consideraban encontrarse perjudicados por los de Filadelfia, habían acudido temerariamente a las armas. Consecuentemente, tras coger a los tres hombres más notables de ellos, quienes eran asimismo los culpables del enfrentamiento, ordenó encarcelarlos. Posteriormente, mandó decapitar a uno de ellos, de nombre Anibas, mientras a los otros dos, Amaram y Eleazar, les impuso como castigo el exilio. No mucho tiempo después fue decapitado también, después de haber sido conducido encadenado ante él, el jefe de los bandoleros, Tolomeo, quien había causado las más grandes calamidades a la región de Idumea y a los árabes. A partir de aquí quedó limpia de bandoleros toda Judea y Arabia gracias al cuidado y preocupación de Fado. Éste, entonces, tras mandar llamar a su presencia a los Sumos Sacerdotes y a los principales ciudadanos de Jerusalén, los exhortó, según el mandato del emperador, a que la túnica talar y la vestimenta sagrada, que según la costumbre tradicional sólo puede usar el Sumo Sacerdote, la depositaran en la

[1] Cf. *AJ.* 19, 363.

fortaleza Antonia, para que quedara allí bajo el control de los romanos, como lo había estado antes también. Ellos no se atrevían a contradecir las palabras pronunciadas por el procurador, pero exhortaban tanto a Fado como a Longino (pues había venido también él a Jerusalén, trayendo consigo cuantiosas fuerzas por temor a que las masas judías se vieran forzadas a rebelarse a causa de los mandatos de Fado) en primer lugar a que les permitieran enviar embajadores ante el César con la misión de pedirle tener la vestimenta sagrada bajo el control de los judíos y, en segundo lugar, a que esperaran hasta saber qué respuesta daba Claudio a esta cuestión. Y ellos les aseguraron que les permitirían enviar allá los embajadores siempre y cuando tomaran a sus hijos como rehenes. Y como los judíos estuvieran prestos a obedecerles y se los entregaran, fueron enviados los embajadores. Y una vez que hubieron llegado ellos a Roma, como Agripa el Joven, el hijo del difunto, se hubiera enterado del motivo de su presencia (el citado Agripa acertó a encontrarse en la corte de Claudio César, como dijimos antes)[2] exhortó al César a que concediera a los judíos lo que le solicitaban acerca de la vestimenta sagrada y a que escribiera a Fado en este sentido.

Entonces Claudio, tras llamar a los embajadores, les dijo que accedía a su petición, y les mandó que se lo agradecieran a Agripa (pues, según les hizo saber, había sido Agripa quien le había rogado que adoptara esa resolución) y, tras esa respuesta, les entregó la carta que decía lo siguiente: «Claudio César Germánico, tribuno popular por quinto año, cónsul por cuarto y emperador por décimo, padre de la patria, saluda a las autoridades, Consejo y pueblo de Jerusalén, e igualmente a toda la nación judía. Dado que mi dilecto Agripa, al que yo eduqué y tengo conmigo por ser extremadamente probo, introdujo a mi presencia a vuestros embajadores, quienes se mostraron sumamente agradecidos por la atención con que distingo a vuestra nación, y dado que ellos me rogaron con todo ahínco y empeño que la vestimenta sagrada y la corona estuvieran bajo el control vuestro, os lo concedo, igual que hizo el magnífico y para mí carísimo Vitelio[3]. Me incliné por esta solución, en primer lugar, por mi propia bondad y por querer que todos y cada uno de los pueblos sigan sus propios cultos, y en segundo

[2] Cf. *AJ.* 19, 360.
[3] Cf. *AJ.* 18, 90.

lugar por saber que al actuar así causaré una gran satisfacción no sólo al propio rey Herodes sino también a Aristobulo el joven, cuya consideración hacia mi persona e interés por vosotros conozco, a quienes es totalmente justo que yo otorgue mi amistad por ser magníficos y carísimos para mí. A su vez, he escrito dando cuenta de esto también a Cuspio Fado, mi procurador. Los encargados de llevaros esta carta son: Cornelio, hijo de Cerón, Trifón, hijo de Teudión, Doroteo, hijo de Natanael, y Juan, hijo de Juan. Esta carta es firmada el día veintiocho de junio, fecha en que son cónsules Rufo y Silvano».

15. *Herodes, hermano de Agripa el Mayor y rey de Cálcide, interviene ante Claudio a favor de los judíos.* 3. Pero también Herodes, el hermano del difunto Agripa y que en aquel tiempo tenía confiado el gobierno de la Cálcide, pidió a Claudio César el control del Templo, de los tesoros sagrados y el nombramiento de los Sumos Sacerdotes, y lo consiguió todo. Y desde entonces este control permaneció en manos de todos sus descendientes hasta el final de la guerra. Y, así, Herodes destituyó de la dignidad de Sumo Sacerdote al hombre de sobrenombre Canteras, habiendo nombrado para sucederle en el cargo a Josefo, el hijo de Camí.

17. *Monóbazo, rey de Adiabene, y sus hijos.* 2. Por esta época Helena[4], reina de Adiabene[5] y su hijo Izates abandonaron su estilo de vida y se pasaron al judaísmo por el motivo siguiente. Monóbazo, rey de Adiabene, conocido también por el sobrenombre de Bazeo, prendado y enamorado de su hermana Helena, contrajo matrimonio con ella haciéndola su cónyuge y dejándola encinta. Y una vez que dormía con ella, posó su mano sobre el vientre de su esposa, y al quedarse dormido le pareció oir una voz que le mandaba levantar la mano del vientre y no apretar a la criatura que estaba dentro de él, la cual gracias a la Providencia Divina había de obtener el poder y conseguir un éxito dichoso. Y, así, aturdido al oir esa voz, se despertó enseguida y dio cuenta a su esposa de lo ocurrido, y cuando nació el niño le puso por nombre Izates. El rey Monóbazo tenía de Helena otro hijo mayor que Izates, también llamado Monóbazo, y otros hijos más de otras mujeres. Sin embargo,

[4] Cf. *BJ.* 5, 147, 253 (también 5, 119) y 6, 354.
[5] Región del norte de Mesopotamia.

se notaba que tenía depositado todo su afecto en Izates como si fuera hijo único. De ahí vino que en el corazón de los hermanos de padre germinara la envidia contra el muchacho, envidia que luego se convirtió en odio, molestos todos ellos de que su padre prefiriera a Izates. Pero el padre, aunque se percataba claramente de estos sentimientos, los perdonaba, porque se daba cuenta de que no lo hacían por maldad sino únicamente por desear cada uno de ellos recibir de su padre igual afecto. De todas formas, como cobró un gran temor por el jovencito, no fuera a ser que a causa del odio de que era objeto por parte de sus hermanos le pasara lo peor, tras colmarlo de regalos lo envió a la corte de Abenérig, rey de Castro Espásino[6], depositando en sus manos la seguridad del pequeño. Y Abenérig no sólo acogió con gran contento al joven, sino que además, como le tomó sumo afecto, le dio a su hija como esposa (la cual se llamaba Simaco) y le entregó como regalo una región de la que había de obtener cuantiosos ingresos.

24. *Izates sucede a su padre en el trono de Adiabene.* 3. Monóbazo, cuando ya era viejo y comprendía que le quedaba poco tiempo de vida, quiso ver a su hijo antes de morir. Y, así, tras hacerlo venir, lo abrazó efusivamente y le entregó la región de nombre Carras[7]. Es una tierra excelente para producir amomo[8] en vastas proporciones. Y en ella se encuentran también los restos del arca[9] en la que, según la tradición sostiene, Noé logró salvarse del diluvio, y que hasta el día de hoy se muestran a los que quieren verlos. Pues bien, Izates permaneció en esta región hasta el fallecimiento de su padre. Y el mismo día que Monóbazo abandonó este mundo, la reina Helena hizo venir a su presencia a todos los grandes, sátrapas y a los que tenían confiado el mando de las fuerzas militares. Y una vez que ellos hubieron llegado, les dijo: «Que mi propio marido deseaba que Izates le sucediera en el trono y lo consideraba digno de ello, doy por sentado que tampoco vosotros lo ignoráis, pero con todo y con eso espero también vuestro parecer,

[6] Cf. *AJ.* 1, 145.

[7] Carras, región perteneciente al reino de Adiabene, fue el lugar de la batalla que en el año 53 a. C. acabó trágicamente con el intento de Craso de invadir Partia.

[8] Planta aromática.

[9] Cf. *AJ.* 1, 152, 244, 285.

puesto que será dichoso el que tome el poder según el dictamen no de uno solo, sino de bastantes más, que lo deseen así de buen grado». Ella les dijo esto para probar qué intenciones tenían los convocados. Y ellos, luego de oírla, lo primero que hicieron fue postrarse ante la reina, según la costumbre del lugar, y luego le aseguraron que confirmaban la determinación del rey y que obedecerían contentos a Izates, quien con toda justicia había sido preferido por su padre a los hermanos, como era el deseo de todos los presentes. Pero le aseguraron que querían, antes de nada, matar a los hermanos y parientes del joven para conseguir que Izates ocupara el poder sin problemas, puesto que, según ellos hicieron saber a la reina, si aquéllos eran aniquilados quedaría disipado todo el temor derivado del odio y envidia que aquéllos sentían hacia Izates. A todo esto Helena confesaba estarles agradecida por el afecto que mostraban hacia ella e Izates, pero los exhortaba, sin embargo, a que retrasaran su determinación de aniquilar a los hermanos hasta que, presente Izates, lo aprobara. Y ellos, al no convencerla de que convenía aniquilarlos según querían, le sugerían que los tuviera vigilados en prisión por su propia seguridad hasta la llegada del joven. Y le aconsejaban que, mientras tanto, pusiera al frente del gobierno a alguien de su máxima confianza. Helena hizo caso de esta última sugerencia, y, consecuentemente, designó rey a su hijo mayor Monóbazo, a quien le impuso la corona real y le entregó el sello anular de su padre, así como la llamada entre ellos *sampsera*[10], y lo exhortó a que administrara el reino hasta la llegada de su hermano[11]. Pero éste llegó rápidamente, nada más llegar a sus oídos la noticia del fallecimiento de su padre, y tomó posesión del reino en sustitución de su hermano Monóbazo, que le cedió el trono.

34. *Helena y su hijo el rey Izates se pasan al judaísmo.* 4. Durante el tiempo que Izates pasó en Castro Espásino, un mercader judío, de nombre Ananías, que visitaba a las mujeres del rey, las instruía en el culto divino en la forma tradicional a los judíos. Y como a través de ellas viniera a conocer a Izates, también a él igualmente intentó persuadirlo a convertirse al judaísmo, y cuando

[10] Sampsa en árabe significa *sol.* Aquí se refiere al escudo en forma de sol, signo del rey.

[11] Quien se encontraba en Carras. Cf. cap. 26.

el joven fue llamado por su padre a Adiabene, lo acompañó, atendiendo a sus insistentes ruegos. Pero se había dado la circunstancia de que la propia Helena había adoptado las costumbres judías, tras haber sido igualmente instruida en ellas por otro judío.

Izates, por su parte, cuando tras llegar a Adiabene se hizo cargo del reino y vio en prisión a sus hermanos y parientes, se disgustó con esta medida, y como, por un lado, considerara sacrílego matarlos o mantenerlos en prisión pero, por otro, entendiera que era peligroso mantenerlos junto a sí sin estar metidos en prisión por si le guardaban rencor, a unos los envió como rehenes a Roma, junto a Claudio César, y a otros los mandó con igual pretexto junto al parto Artabano. Y al enterarse de que su propia madre se encontraba sumamente contenta con las costumbres judías, se apresuró también él a pasarse a ellas, y como entendiera que no sería judío con todas las de la ley si no se circuncidaba, estaba decidido a hacerlo. Pero informada su madre intentaba impedirlo, diciéndole que ello le acarrearía problemas, puesto que, dada su condición de rey, haría no sólo que sus súbditos sintieran hacia él profunda aversión, cuando se enteraran de que aspiraba a adoptar costumbres extranjeras y extrañas, sino también que no aceptaran que su rey fuera judío. Ella le presentaba estos argumentos y trataba de impedirle por todos los medios que diera ese paso, y a continuación él refirió a Ananías el sentir de su madre. Y como éste le dijera lo mismo que su madre y lo amenazara con abandonarlo y marcharse si no conseguía convencerlo (en efecto, le aludía al tremendo temor que lo invadía de que, cuando trascendiera a todo el mundo el caso, él mismo corriera peligro de sufrir represalias al ser considerado culpable de ello y haberle enseñado comportamientos impropios de un rey. Y al mismo tiempo le aseguró que incluso sin circuncidarse podía rendir culto a Dios, si es que estaba totalmente decidido a adoptar el judaísmo, puesto que, según le hizo saber, esto era más imperioso que circuncidarse) y, como asimismo le asegurara que también Dios lo perdonaba si no realizaba esa operación por fuerza mayor y por temor a sus súbditos, el rey fue convencido de momento por los argumentos que éste le presentó, pero con posterioridad a estos hechos (es menester aclarar que no había logrado desterrar por entero su vieja aspiración) otro judío, llegado de Galilea y de nombre Eleazar, quien tenía bien merecida fama de experto en judaísmo, lo animó de nuevo a realizar la operación.

En efecto, cuando Eleazar entró a saludarlo y lo encontró leyendo la ley de Moisés, le dijo: «No te das cuenta, oh rey, de que estás ofendiendo gravísimamente a las leyes y a través de ellas a Dios. Y esto es así porque debes no solamente leerlas, sino también y antes que eso cumplir lo ordenado por ellas. ¿Hasta cuándo permanecerás incircuncidado? En fin, si todavía no has leído la ley que manda esto, léela ahora mismo, para que sepas cuál es la verdadera piedad».

El rey, al oir esto, no retrasó la operación, sino que, trasladándose a otra habitación y haciendo entrar en ella al médico, cumplió lo ordenado. Luego, tras hacer venir a su madre y a su maestro Ananías, les indicó que había realizado ya la operación. Y se apoderó de ellos al punto la inquietud y un temor enorme a que, cuando el hecho hubiera trascendido a la opinión pública, corriera peligro el rey de perder el trono, al no tolerar los súbditos que mandara en ellos un hombre convertido a las costumbres seguidas por otros y corrieran peligro también ellos al cargar con la culpa de lo ocurrido.

Pero allí estaba Dios, quien había de impedir, según se comprobó, que sus temores se cumplieran. En efecto, a pesar de que Izates y sus hijos se vieron envueltos en infinidad de peligros, Dios los salvó en todo momento, al ofrecerles una vía de salvación en situaciones aparentemente sin salida, demostrando con ello que quienes miran y confían solamente en Él no pierden el fruto que se deriva de la piedad.

49. *Helena acude al Templo de Jerusalén en acción de gracias.* 6. Pero esto lo contaremos más tarde. Por su parte, Helena, la madre del rey, al comprobar que el reino estaba en paz y que su hijo era dichoso y envidiado por todos, incluidos los extranjeros, porque Dios velaba por él, concibió deseos de acudir a la ciudad de Jerusalén para venerar el Templo de Dios, afamado en todo el mundo, y ofrecer sacrificios en acción de gracias, y pidió a su hijo que le diera permiso para ello. Y como él hubiera accedido muy animosamente a los ruegos de su madre, y asimismo hubiera puesto a disposición de ella un gran surtido de vestidos y le hubiera entregado dinero en cantidades inmensas, bajó ella a la ciudad de Jerusalén, acompañándola su hijo durante un largo trayecto. Su llegada resultó sumamente provechosa y útil para los habitantes de Jerusalén. En efecto, como el hambre asolara en aquel preciso

momento su ciudad y gran número de ellos estuvieran a punto de perecer por falta de recursos económicos, la reina Helena envió a algunos de sus hombres, uno a Alejandría a invertir allí grandes sumas de dinero en la compra de trigo, y otros a Chipre, a traer un cargamento de higos pasos. Y cuando hubieron regresado unos y otros trayendo los citados víveres, cosa que hicieron rápidamente, los distribuyó entre los menesterosos para que se alimentaran, y con ello dejó en boca de todo nuestro pueblo el recuerdo profundo y perenne de tan noble gesto.

También su hijo Izates, enterado del azote del hambre, envió a las autoridades de Jerusalén grandes sumas de dinero, que distribuidas entre los pobres, salvó a muchos de las garras violentísimas del hambre. Pero, bueno, los beneficios que estos reyes causaron a nuestra ciudad y los logros conseguidos con ellos es algo que indicaremos posteriormente[12].

54. *Izates acoge al desventurado rey parto.* 3. El rey parto Artabano, al percatarse de que sus sátrapas habían urdido una conspiración contra su persona y al darse cuenta de que no estaba exento de riesgos permanecer al lado de ellos, decidió marchar para la corte de Izates, deseoso de encontrar en él el medio de salvarse y de recuperar el poder, si podía. Y llevando a la práctica su decisión y tomando consigo unos mil hombres, entre parientes y criados, se puso en camino en dirección a Izates, a quien encontró en el camino, en un momento en que él lo conocía perfectamente, pero sin que fuera reconocido por Izates. Cuando llegó a su lado, primero se postró ante él según su tradición, y luego le dijo: «Rey, no te desentiendas de mí, que soy tu suplicante, ni me desprecies cuando voy a formularte una petición, pues solicito tu concurso, yo, que por un revés de la fortuna me he convertido en un ser humilde, y de rey en un simple particular. Así, pues, observa el carácter inestable de la suerte y, convencido de ello, considera que el infortunio es común a todos los hombres y que tus posibles desvelos por mí van en favor tuyo, puesto que, si mi petición queda desatendida y mi caso impune, surgirán muchos individuos todavía más temerarios contra los demás reyes también».

Mientras él decía esto, no dejaba de llorar, con la cabeza inclinada hacia el suelo. Izates, por su parte, cuando oyó que el nombre

[12] No consta dónde.

del suplicante era Artabano y vio que él, cuando había llegado a su altura, se había puesto a suplicarle y a decirle «Señor, Señor», saltó del caballo inmediatamente y le dijo: «Estáte tranquilo, querido rey, y que no te abatan las circunstancias presentes por considerarlas irremediables, puesto que tu actual suerte cambiará rápidamente. En efecto, encontrarás en mí un amigo y aliado en grado superior a todo lo que pudieras esperar, puesto que o te repondré de nuevo en el trono o seré depuesto del mío».

60. *Artabano recupera el trono parto por la intervención de Izates.* 2. Izates, tras pronunciar estas palabras, obligó a Artabano a montar a caballo, mientras él lo seguía a pie, tributándole este honor por considerarlo un rey más poderoso que él. Pero Artabano, al verlo, difícilmente lo toleró y juró por la desgracia de que era víctima que se bajaría si él no volvía a montarse y le precedía. Entonces Izates, obligado a hacerle caso, saltó al caballo, y tras conducirlo a palacio, le tributó toda suerte de honores, no sólo sentándolo a su lado, sino también concediéndole el primer puesto en los banquetes, ya que no miraba a su desventura presente, sino a su rango anterior y en cierto grado rumiaba la idea de que los cambios de fortuna son comunes a todos los hombres. Y escribió a los partos para convencerlos de que debían recibir a Artabano, ofreciéndoles como garantía de que les perdonaba su acción la mano derecha, juramentos y su mediación. Y como los partos no negaran que estaban dispuestos a acogerlo pero alegaran que no podían hacerlo por haber confiado el poder a otro (la persona que se había hecho cargo de él se llamaba Cínamo) y por temor a que por causa de ello estallara la guerra civil entre ellos, Cínamo, sabedor de esta predisposición de sus conciudadanos, escribió personalmente a Artabano (pues había sido educado por él, aparte de que era noble de condición) invitándolo a que, confiando en su palabra, se presentara a recuperar el poder que le correspondía. Y Artabano, confiado en su palabra, se dirigió allá. Y Cínamo salió a recibirlo, y después de postrarse ante él y llamarlo rey ciñó sobre su cabeza la corona tras haberla desprendido de la suya. De esta manera Artabano fue restablecido, gracias a Izates, en el trono del que había sido derribado por los grandes. No olvidó, sin embargo, los beneficios recibidos, sino que correspondió a Izates con los honores considerados más grandes en su pueblo. En efecto, le permitió no sólo llevar derecha la tiara, sino también dormir sobre lecho de

oro, hechos que constituyen un privilegio y un signo exclusivos de los reyes partos. Y le regaló además una región extensa y fértil, que segregó del territorio perteneciente al rey de Armenia. El nombre de estas tierras es Nísibis[13], justo en la que los macedonios habían fundado anteriormente una ciudad que denominaron Antioquía Epimigdonia.

69. *Izates sale airoso de una intentona planeada contra él por Vardanes, rey parto.* 4. Con estos honores fue honrado Izates por el rey parto. No mucho después murió Artabano, dejando el reino a su hijo Vardanes. Éste, decidido a declarar la guerra a los romanos, acudió a Izates a solicitarle que se alzara con él y pusiera a su disposición un cuerpo de ejército. No logró, sin embargo, convencerlo, puesto que Izates, como conocía perfectamente el poderío y la fortuna que acompañaba a los romanos, consideraba que aquél se embarcaba en una empresa imposible. Además, como había enviado a cinco de sus hijos, de corta edad, a aprender meticulosamente nuestra lengua y cultura, y a su madre a postrarse ante el Templo, como dije[14], estaba todavía más reacio, por lo que trataba de impedírselo a Vardanes, hablándole continuamente de las fuerzas y gestas de los romanos, en la idea de que por este procedimiento lo asustaría y conseguiría que no llevara a cabo la proyectada expedición militar contra ellos.

Pero el parto, exasperado con esto, declaró inmediatamente la guerra a Izates, aunque no lo apresó ni sacó fruto a la expedición militar concebida contra éste, al cortarle Dios todas las alas y esperanzas. En efecto, al enterarse los partos de las intenciones de Vardanes y de que estaba decidido a emprender una expedición militar contra los romanos, lo asesinaron y entregaron el trono a su hermano Cotardes[15]. Y como éste hubiera muerto por una conspiración no mucho después, le sucedió su hermano Vologeses[16], justo quien confió grandes reinos a sus dos hermanos de padre, el reino de Media a su hermano mayor Pacoro y Armenia al menor Tiridates[17].

---

[13] Ciudad y región de Mesopotamia. Cf. *AJ.* 18, 312 y 379.
[14] Cf. cap. 50.
[15] *Gotarzes* en Tácito.
[16] Cf. Tácito, *An.* 12, 14.
[17] Cf. Tácito, *An.* 12, 50.

75. *Los súbditos se rebelan contra Izates por haber adoptado el judaísmo.* 4. Pero Monóbazo, el hermano de Izates, y sus familiares íntimos, al ver que el rey era la envidia del mundo entero a causa del culto que rendía a Dios así como a causa de la bondad inherente a su condición, concibieron también ellos deseos de abandonar las costumbres propias y pasarse al judaísmo, y llevaron a cabo su intento. Pero su acción fue descubierta por los súbditos, con lo que los grandes, furiosos por ello y montando en cólera, aunque no manifestaron abiertamente su irritación, discurrían mentalmente la manera de encontrar la ocasión adecuada y exigirles el pago merecido. Y, así, en un momento dado escribieron al rey árabe Abías prometiéndole la entrega de grandes sumas de dinero si estaba dispuesto a emprender una expedición militar contra el rey que reinaba en su país. Ellos se comprometieron a desertar de su rey ya en el primer encuentro, puesto que, según hicieron saber al árabe, querían vengarse de él por haber abominado de las costumbres de su pueblo. Y tras prestar juramento y asegurarse así lealtad mutua exhortaban al rey árabe a que actuara deprisa y tajantemente. El árabe les hizo caso, de manera que, tomando consigo cuantiosas fuerzas, marchó contra Izates sin la menor demora. Y los hombres de Izates en el primer enfrentamiento bélico, antes de llegar a las manos, abandonaron todos a una, según lo convenido, a su rey, aparentando haber sido presa del pánico y, así, tras volver la espalda a los enemigos, se lanzaron a la huida.

Izates, sin embargo, no se abatió con esta fechoría, sino que, comprendiendo que se trataba de un deserción promovida por los grandes, se retiró él también al campamento. A continuación, cuando, tras indagar el motivo de ello, supo que obedecía a un acuerdo de ellos con el árabe, decapitó a los culpables, y trabando combate al día siguiente, mató a un elevadísimo número de enemigos y a todos los restantes los obligó a huir. Y, corriendo en persecución del propio rey, consiguió encerrarlo en una fortaleza llamada Arsamo, que tomó tras un asedio tenaz. Luego, una vez que se hubo apoderado de todo el botín allí guardado, que era cuantioso, regresó a Adiabene, sin haber logrado coger con vida a Abías, quien, al verse acorralado, se suicidó, antes de caer en manos de Izates.

81. *Dios salva a Izates de otra intentona tramada contra él por el rey parto Vologeses.* 2. Los grandes de Adiabene fracasa-

ron en su primera intentona, al ponerlos Dios en manos del rey; pero ni aun así permanecieron quietos, sino que escribieron de nuevo a Vologeses, rey de los partos, exhortándolo a que matara a Izates y a que instalara en el trono de Adiabene a otro príncipe, oriundo también de Partia, puesto que, según le hicieron saber, detestaban a su rey por haber abandonado las costumbres patrias y haberse enamorado de las extranjeras. El parto, al oir esto, se dejó arrastrar a la guerra, y, consecuentemente, al no disponer de ningún motivo para un pretexto justificado, envió un emisario para exigirle la devolución de los honores que le había otorgado su padre y para declararle la guerra si desobedecía a sus requerimientos. A Izates, al oir estas exigencias, se le conturbó el corazón de una manera desmedida, por entender que el aceptar devolverle aquellas concesiones acarreaba una ignominia para su persona, por dar la impresión de que lo hacía por miedo. Por otro lado, como sabía que el parto, aunque recuperara aquellos bienes, no se quedaría quieto, decidió encomendar a Dios, su protector, que lo salvara de aquel peligro. Y, al considerar que tenía de su parte a este poderosísimo aliado, guardó a sus hijos y esposas en las fortalezas más seguras, y asimismo todas las provisiones en las torres, y tras ello prendió fuego al forraje y a los pastos. Una vez que hubo tomado estas medidas preventivas, se dispuso a hacer frente a los enemigos. Y como el rey parto se hubiera presentado con cuantiosas fuerzas de infantería y de caballería antes de lo que cabía esperar (pues había avanzado a marchas forzadas) y hubiera levantado el campamento junto al río que sirve de frontera entre Adiabene y Media, también Izates hizo lo propio a escasa distancia, teniendo consigo la cifra de seis mil soldados de caballería. En esto, llegó junto a Izates un mensajero, enviado por el rey parto, quien le informó de lo cuantiosas que eran las fuerzas partas, puesto que las había extendido desde el río Eúfrates hasta las fronteras de Bactria, y le dio cuenta del número de reyes súbditos del rey que estaban integrados en ellas. Y lo amenazaba con que pagaría su justo merecido por haber sido ingrato con sus soberanos y con que ni Dios, a quien rendía él culto, podría salvarlo y evitar que cayera en manos del rey.

Izates, una vez que el mensajero le hubo advertido en el sentido indicado, le dijo que sabía que las fuerzas del rey parto sobrepasaban con mucho a las suyas, pero le hizo saber, con todo y con eso, que Dios es mucho más poderoso que todos los hombres jun-

tos. Y tras haberle dado esta respuesta, dirigió sus oraciones a Dios, y, así, habiéndose arrojado al suelo y afeado su cabeza con ceniza, se dispuso a ayunar y con él también sus hijos y esposas, mientras invocaba a Dios y le decía: «Si no me he puesto en vano en manos de tu bondad, oh soberano y señor, y si te he considerado merecidamente sólo a ti soberano, señor y Providencia principal de todas las cosas, acude en mi ayuda, dispuesto a rechazar a los enemigos no sólo por mí, sino también porque han osado y no han temido soltar su lengua blasfema para burlarse de tu poderío».

Así suplicaba él al Señor entre lágrimas y lamentos. Y Dios prestó oídos a sus ruegos, de suerte que, en aquella misma noche en que él oró a Dios, Vologeses recibió una carta en la que se le decía que un poderoso ejército de daos y sacas, aprovechándose de su ausencia, había invadido Partia y la asolaba. Vologeses, ante estas noticias, regresó a su país sin haber conseguido sus propósitos. Así fue cómo Izates escapó a las amenazas del parto gracias a la Providencia Divina.

92. *Izates, a punto de morir, nombra sucesor a su hermano Monóbazo.* 3. Pero no mucho tiempo después abandonó él este mundo, dejando veinticuatro hijos varones y otras tantas hijas, cuando había cumplido cincuenta y cinco años de vida y llevaba en el trono veinticuatro. Sin embargo, fue su hermano Monóbazo a quien él mandó que recibiera en herencia el trono, correspondiéndole de esta manera debido a que durante su ausencia tras la muerte de su padre le había guardado fielmente el reino. Y su madre Helena, al tener conocimiento de la muerte de su hijo, sufrió una dura pesadumbre, como era natural que la experimentara una madre que perdía a un hijo devotísimo, pero con todo y con eso experimentó un consuelo al llegar a sus oídos la noticia de que la sucesión al trono había recaído en su hijo mayor, a cuyo encuentro corrió. Y, tras presentarse en Adiabene, sobrevivió a su hijo Izates no demasiado tiempo. Al contrario, abrumada por la vejez y por el dolor de su aflicción, no tardó en expirar. Y Monóbazo, tras enviar a Jerusalén los huesos de su madre y los de su hermano, ordenó darles sepultura en las pirámides que su madre había construido, en número de tres, distantes tres estadios de la ciudad de Jerusalén.

96. *El procurador Fado corta en seco los manejos del mago Teudas.* 5. Ahora bien, la obra de gobierno que el rey Monóbazo

llevó a cabo durante los siguientes años de su vida la indicaremos posteriormente.

Por otro lado, en las fechas en que Fado[18] era procurador de Judea un mago, de nombre Teudas[19], procuró persuadir a una masa infinita de personas a que recogieran sus pertenencias y lo siguieran hasta el río Jordán, pues les decía que era un profeta, y les aseguró que a una orden suya se abrirían las aguas del río y que de esta manera les haría fácil el cruce. Y con estas palabras embaucó a muchos. Fado, sin embargo, no les dejó que disfrutaran de su necedad, sino que envió un escuadrón de caballería que cayó sobre ellos de una manera inesperada, aniquiló a muchos e hizo prisioneros a otros. Y al propio Teudas, a quien cogieron vivo, le cortaron la cabeza y la llevaron a Jerusalén.

99. *Tiberio Alejandro procurador de Judea.* 2. Así pues, los hechos ocurridos en Judea durante el período de tiempo que Cuspio Fado fue procurador fueron los indicados. Como sucesor de Fado llegó Tiberio Alejandro[20], hijo de Alejandro el otrora alabarca de Alejandría. Este último aventajó a todos los alejandrinos de su tiempo tanto en linaje como en riqueza, y superó en piedad hacia Dios a su hijo Alejandro, puesto que éste no permaneció en el judaísmo. Mientras éste fue procurador apareció en Judea la hambruna, durante la cual la reina Helena, como dije anteriormente[21], distribuyó entre los menestorosos trigo traído de Egipto y en cuya compra ella había invertido grandes sumas de dinero. Y durante su mandato, aparte de suceder lo dicho, fueron aniquilados

---

[18] Cf. *BJ.* 2, 220. Nombrado procurador de Judea a la muerte del rey Agripa en el año 44 d. C. Cf. *AJ.* 19, 363.

[19] Cf. *Hechos de los apóstoles* 5, 36. Obsérvese que, según *Hechos* 5, 37, el asunto de Teudas fue anterior al de Judas Galileo. Como este último actuó contra Cirinio, encargado de hacer el catastro en Judea sobre el año 6 d. C., resulta que, si el Teudas de Josefo y el de los *Hechos de los apóstoles* es el mismo, Josefo yerra en la cronología de este personaje. Sobre Judas Galileo, cf. *AJ.*, 18, 4-10, 20, 102, y *BJ.* 2, 118, 433, y 7, 253.

[20] Fue procurador de Judea los años 46-48 d. C. Perteneciente a una acaudalada familia judía de Alejandría y sobrino de Filón, llegó a prefecto de Egipto poco después del año 63. Apoyó el nombramiento de Vespasiano como emperador y asistió con Tito al sitio de Jerusalén. Cf. *BJ.* 2, 220 y 223; 4, 616 y ss.; 5, 45 y ss., 205, 510; y 6, 237, 242.

[21] Cap. 51.

también los hijos de Judas Galileo[22] (quien intentó que el pueblo se sublevara contra los romanos cuando Cirinio efectuaba el censo de Judea), Jacobo y Simón, a los que Alejandro ordenó crucificar. Por su parte, Herodes[23], rey de Cálcide, tras deponer del cargo de Sumo Sacerdote a Josefo, hijo de Cemedes, concedió a Ananías[24], hijo de Nebedeo, el honor de sucederle en esta dignidad. Y, en esto, como sucesor de Tiberio Alejandro llegó Cumano[25], y acabó sus días Herodes, el hermano del rey Agripa el Grande, en el año octavo del mandato de Claudio César, dejando tres hijos: Aristobulo, nacido de su primera esposa, y Bereniciano e Hircano, nacidos de Berenice, hija de su hermano. Pero su reino se lo entregó Claudio Cesar al joven Agripa.

105. *Un gesto obsceno realizado por un soldado provoca una catástrofe.* 3. Y como durante el tiempo en que Cumano ocupaba el gobierno de Judea estallara un levantamiento en la ciudad de Jerusalén, perecieron a consecuencia de él numerosos judíos. Pero antes explicaré el motivo que dio origen a estos hechos. La cosa ocurrió así: al acercarse la llamada Fiesta de Pascua (durante la cual nosotros estamos obligados, según la costumbre tradicional, a ingerir únicamente pan no fermentado) y a acudir a la referida fiesta multitudes ingentes, procedentes de todas partes, Cumano, por temor a que con este motivo se produjera algún tumulto, mandó a un regimiento de su ejército que cogiera las armas y montara guardia en los pórticos del Templo, con la misión de reprimir cualquier posible agitación que surgiera. Estas precauciones también las habían tomado en las fiestas los procuradores de Judea anteriores a él. Pero al cuarto día de la fiesta un soldado, luego de desnudarse, se puso a enseñar a la gente las partes pudendas. Los que contemplaron este gesto montaron en cólera e irritación, diciendo que no eran ellos los ofendidos sino Dios el que era insultado. Y algunos de los más atrevidos lanzaron improperios contra Cumano, asegurando que el soldado se había bajado las vestiduras por orden suya.

---

[22] Cf. *AJ.* 18, 4-10, 23-25, y *BJ.* 2, 118, 433; 7, 253, y *Hechos de los apóstoles* 5, 37.

[23] Cf. cap. 15, y *Hechos de los apóstoles* 12, 1 y ss.

[24] *Hechos de los apóstoles* 23, 2 y ss., y 24, 1 y ss.

[25] En el año 48 d. C. Cf. Tácito, *An.* 12, 54. Cf. también Josefo, *BJ.* 2, 223.

Cumano, al enterarse de tales improperios, se excitó también él de una forma desmesurada, pero aun así les rogaba que dejaran de buscarse problemas, y que no prendieran la mecha del motín y los tumultos. Pero, al no conseguir hacerlos desistir (pues arreciaban todavía más en los improperios), ordenó a los soldados[26] que cogieran todo su equipo militar y se presentaran en la Antonia, la que, según dijimos ya antes[27], es una fortaleza desde la que se domina el Templo. Y la multitud, al ver que llegaban los soldados y aterrorizarse con su presencia, se lanzó a la huida, pero como las salidas eran angostas y creían que eran perseguidos por los enemigos se mataron en gran número, unos por culpa de otros, al amontonarse durante la huida y aplastarse en las callejas. Así es que se contabilizó en veinte mil el número de los que perecieron en el tumulto. Y partir de aquel momento hubo luto en lugar de fiesta, y todos, olvidándose de las oraciones y los sacrificios, se entregaron a los llantos y lamentaciones.

113. *Un nuevo incidente provocado por otro soldado está a punto de reencender la mecha de la insurrección popular.* 4. Tales fueron las desgracias provocadas por la indecencia de un solo soldado. Y todavía no había pasado el llanto por este primer suceso cuando otra calamidad se sumó a la anterior. En efecto, un grupo de rebeldes que propugnaban el levantamiento robaron y arrebataron todas sus pertenencias a un tal Estéfano, esclavo del César, cuando viajaba por un camino público distante unos cien estadios[28] de Jerusalén. Y Cumano, nada más enterarse de lo sucedido envió soldados, ordenándoles saquear las regiones próximas al lugar de los hechos, y, tras detener a los personajes más notables de allí, traerlos a su presencia para exigirles cuentas de lo ocurrido. Y mientras los soldados enviados procedían al saqueo de las plazas del lugar, uno de ellos, que era joven y una mala bestia, al encontrar en cierta aldea los libros de las leyes de Moisés piadosamente depositados, los sacó a la calle y a la vista de todos los hizo añicos, al tiempo que lanzaba improperios contra los judíos, los ofendía y bramaba descontroladamente[29]. Y los judíos, al enterarse

[26] Otros más que los estacionados en los pórticos. Cf. *BJ.* 2, 226.
[27] Cf. *AJ.* 13, 307, y 15, 292, y también *BJ.* 5, 238-246.
[28] Esto es, unos 18 kilómetros y medio.
[29] Cf. *BJ.* 2, 228 y ss.

de esto y acudir en masa, bajaron a Cesarea (pues Cumano acertaba a encontrarse allí), para suplicarle que vengara no a los propios judíos, sino a Dios, cuyas leyes habían sido ultrajadas, puesto que, según le hacían saber, no consentirían seguir viviendo mientras sus tradiciones y normas legales recibían tamañas vejaciones. Y Cumano, por temor a que el pueblo se amotinara de nuevo y contando con la aprobación de sus amigos, ordenó decapitar al soldado que se había burlado de las leyes y con ello evitó el levantamiento que estuvo a punto de prender por segunda vez.

118. *Otro incidente provocado por los samaritanos. Los bandoleros empiezan a cobrar influencia política.* 6. También entre samaritanos y judíos surgió un enfrentamiento por el motivo siguiente. Era habitual que los galileos, cuando con motivo de las fiestas acudían a la Ciudad Santa, pasaran por territorio samaritano. Pues bien, a su paso por la aldea de nombre Ginea, situada en la frontera de Samaria y la Gran Llanura, ciertos individuos, trabando combate, aniquilaron a un elevado número de galileos. Y al enterarse de lo ocurrido los principales de Galilea, acudieron a Cumano, a quien exhortaron a vengar la muerte de los que habían sido injustamente aniquilados. Pero éste, cegado por los samaritanos con la entrega de grandes sumas de dinero, les hizo más caso a ellos que a los galileos y se desentendió de exigirles el pago merecido. Entonces los galileos, irritados por este comportamiento, se dedicaron a convencer a la población judía de que debía acudir a las armas y a la lucha y reivindicar la libertad, puesto que, según le decían, la esclavitud ya por sí sola era amarga, pero si además venía acompañada de vejaciones resultaba totalmente intolerable. Y aunque los principales judíos intentaron calmarlos y contener los disturbios y les prometían que procurarían persuadir a Cumano a que tomara represalias contra los asesinos, no les hicieron caso, sino que, tras tomar las armas y llamar en su ayuda a Eleazar[30], el hijo de Dineo, quien era un bandolero que llevaba residiendo en la montaña muchos años, prendieron fuego y saquearon algunas aldeas samaritanas. Y Cumano, al enterarse de lo sucedido, tras tomar consigo el escuadrón de caballería de Sebaste y cuatro cohortes de infantería y armar a un contingente de samaritanos, marchó contra los judíos, y, habiendo trabado combate, mató a muchos de ellos e

[30] Cf. *BJ.* 2, 235 y ss.

hizo prisioneros a un número todavía mayor. Entonces los principales de Jerusalén tanto por su rango como por la solera de su familia, cuando vieron en qué tamaña calamidad habían caído, tras mudar de vestimenta sustituyéndola por sacos y llenar sus cabezas de ceniza, recurrieron a todos los procedimientos para exhortar y tratar de persuadir a los sublevados para que cambiaran de actitud (al darse cuenta de que con su actual proceder la patria sería arrasada, el Templo se convertiría en pasto de las llamas y ellos mismos con sus esposas e hijos serían vendidos como esclavos) y, arrojando las armas, de allí en adelante se quedaran quietos, luego de regresar a sus respectivos lugares de procedencia. Con estas palabras lograron convencerlos, con lo que las gentes se dispersaron y los bandoleros volvieron a los lugares seguros. Y a partir de este momento Judea entera se llenó de partidas de bandoleros.

125. *Cuadrato, legado de Siria, endereza los entuertos del procurador Cumano.* 2. Los principales de Samaria, tras presentarse ante Umidio Cuadrato[31], legado de Siria y que se encontraba a la sazón en Tiro, acusaban a los judíos de haber incendiado y saqueado sus aldeas. E insistían en asegurarle que no estaban tan irritados por las ofensas de que ellos mismos habían sido objeto como porque los judíos habían hecho de menos a los romanos, ante quienes debían haberse presentado si es que se sentían perjudicados para que aquéllos actuaran de jueces, en vez de asolar su territorio, que es lo que realmente hicieron, como si ellos no tuvieran a los romanos como sus máximas autoridades. De ahí que, según le dijeron, habían acudido a él para conseguir que se les hiciera justicia. Estas fueron, así pues, las acusaciones presentadas por los samaritanos. Los judíos, en cambio, le aseguraron que los culpables del levantamiento y de la lucha habían sido los samaritanos y, sobre todo, Cumano, por haberse dejado sobornar por aquéllos a cambio de ciertas entregas de dinero y por haber hecho oídos sordos al asesinato que los samaritanos habían llevado a cabo contra sus víctimas.

Cuadrato, tras oírlos, pospuso la emisión de sentencia, diciéndoles que la daría a conocer una vez que hubiera llegado a Judea y conociera la verdad de una manera más exacta. Los samaritanos y

[31] Cf. *BJ.* 2, 239 y ss.

judíos marcharon de vacío, y no mucho después llegó Cuadrato a Samaria, donde, tras conceder audiencia a unos y a otros, comprendió que habían sido los samaritanos los culpables del motín. Luego, como tuviera conocimiento de que también algunos judíos propugnaban derrocar el régimen establecido, crucificó a los que Cumano había hecho prisioneros [32]. Posteriormente, partiendo de allí, se presentó en una aldea de nombre Lida, cuyas dimensiones no eran inferiores a las de una ciudad, donde, habiendo subido al estrado y concedido audiencia por segunda vez a los samaritanos, se informó por uno de éstos de que un personaje principal de Judea, de nombre Dorto, y con él determinados rebeldes, en número de cuatro, trataban de persuadir a las masas que se sublevaran contra los romanos. Entonces Cuadrato ordenó decapitarlos, al tiempo que enviaba a Roma, a dar cuenta de sus actos ante Claudio César, al Sumo Sacerdote Ananías[33] y al pretor Anán[34]. Y ordenó también a los principales de Samaria y de Judea así como al procurador Cumano y a Céler[35] (éste era un tribuno militar) que viajaran a Roma para presentarse ante el emperador y ser sometidos a juicio ante él acerca de las disputas que mediaban entre ellos. Y él, por temor a que la población judía intentara de nuevo levantarse en armas, se presentó en la ciudad de Jerusalén, pero la encontró en paz y celebrando la fiesta tradicional en honor de Dios. Convencido por ello de que no llevarían a cabo levantamiento alguno, los dejó que continuaran la fiesta y regresó a Antioquía.

134. *Agripa el Joven aboga en Roma en favor de los judíos.* 3. A Cumano y los nobles samaritanos que habían sido enviados a Roma les fijó el emperador una fecha en la que debían defender sus puntos de vista en la disputa que los enfrentaba a los judíos[36]. Cumano y los samaritanos encontraron un apoyo enorme en los libertos y amigos del César, y habrían prevalecido sobre los judíos si Agripa el Joven, que se encontraba casualmente en Roma, al ver a los nobles judíos desamparados no hubiera pedido insistentemente a Agripina, la esposa del emperador, que persuadiera a su marido a tomar repre-

[32] Cf. cap. 122.
[33] Cf. *BJ.* 2, 441 y ss.
[34] Cf. *BJ.* 2, 243.
[35] Cf. *BJ.* 2, 244.
[36] Cf. *BJ.* 2, 245.

salias contra los responsables de la sublevación, tras oír a unos y otros en forma adecuada a su innato sentido de la justicia. Entonces Claudio, preparado por esta petición, escuchó los alegatos de unos y otros y, como hubiera descubierto que habían sido los samaritanos los promotores de los crímenes, mandó que el grupo de hombres de ese pueblo que se habían presentado ante él fueran decapitados, mientras a Cumano lo condenó al destierro, y en cuanto al tribuno militar Céler, mandó que lo llevaran a Jerusalén y que, luego de arrastrarlo por toda la ciudad a la vista de todos, lo mataran.

137. *Félix, procurador de Judea, mientras el rey Agripa el Joven sube de rango.* 7. Claudio envió a Félix,[37] hermano de Palas, para que se encargara del gobierno de Judea. Y el emperador, cuando había cumplido ya doce años en el poder, obsequió a Agripa con la tetrarquía de Filipo y la Batanea, agregándole también la Traconítide junto con Abila[38], la cual había constituido la tetrarquía de Lisanias), pero lo privó de la Cálcide, que él había gobernado durante cuatro años.

Agripa, tras recibir del César este obsequio, entregó a su hermana Drusila[39] en matrimonio a Azizo, rey de Emesa, que estaba dispuesto a circuncidarse, puesto que Epífanes, el hijo del rey Antíoco, había renunciado a ese matrimonio, por negarse a adoptar el judaísmo, pese a que había prometido al padre de la joven que lo haría. Y en cuanto a Mariame, la entregó en matrimonio a Arquelao, el hijo de Helcías, con quien anteriormente la había desposado su padre Agripa. De este matrimonio nació una hija, de nombre Berenice.

141. *Posteriores matrimonios de Drusila y Berenice, hermanos de Agripa el Joven e hijas de Agripa I.* 2. Pero el matrimonio

---

[37] En el año 52 d. C. Estuvo casado primeramente con Drusila, nieta de Marco Antonio y Cleopatra, y después con Drusila, hija del rey Agripa I. Félix juzgó a san Pablo: cf. *Hechos de los apóstoles* 24, 1 y ss. Cf. también *BJ.* 2, 252 y ss. Félix (cf. *AJ.* 20, 137) era hermano del famoso Palas, ministro de finanzas de Claudio, rico y frugal (cf. Tácito, *An.* 12, 53, y Plinio, *Ep.* 7, 29, 2, y 8, 6, 1,).

[38] Ciudad situada en el Líbano. Cf. *AJ.* 20, 138.

[39] Repudió luego a Azizo y se casó con el procurador Félix. Cf. cap. 141 y ss. Hija del Rey Agripa I, el que con su esposa Cipro tuvo los siguientes hijos: Agripa II, Druso (muerto en la infancia), y tres hijas: Berenice, Mariame y Drusila. Cf. *AJ.* 18, 132, y *BJ.* 2, 220.

entre Drusila y Azizo se disolvió no mucho tiempo después al concurrir en él el siguiente motivo.

Félix, a la sazón procurador de Judea, tuvo ocasión de ver a Drusila, y como superaba a todas las mujeres por su hermosura, se enamoró de ella, por lo que, a través de uno de nombre Simón, que formaba parte de su círculo de amigos, y era judío aunque nacido en Chipre y que simulaba ser mago, procuró persuadirla a que dejara a su marido y se casara con él, prometiéndole que la haría feliz si no lo despreciaba[40]. Y Drusila, que actuó mal, deseosa de sustraerse a la envidia de su hermana Berenice, por quien era escarnecida en no pequeña medida a causa de su hermosura, accedió a contravenir la ley judaica y a casarse con Félix, con quien tuvo un hijo, al que puso por nombre Agripa. En fin, en qué circunstancias pereció este joven junto con su madre en la erupción[41] del monte Vesubio ocurrida en tiempos del emperador Tito, lo indicaré posteriormente[42].

Por su parte, Berenice[43], tras la muerte de Herodes, que había sido marido y tío suyo, después de permanecer viuda durante mucho tiempo y como creciera el rumor de que tenía relaciones íntimas con su hermano, procuró persuadir a Polemón, rey de Cilicia, a que se circuncidara y la tomara en matrimonio, pues de esta manera creía poder demostrar que las calumnias eran pura mentira. Y Polemón se dejó convencer, sobre todo por las riquezas de ella. El matrimonio, sin embargo, no duró mucho, sino que, lejos de eso, Berenice dejó a Polemón, por su condición libertina, según se contaba. Entonces él, al mismo tiempo que abandonó este matrimonio, dejó de continuar vinculado al judaísmo. Y al mismo tiempo también Mariame, tras repudiar a Arquelao, se casó con Demetrio, quien superaba a todos los judíos de Alejandría tanto en linaje como en riquezas y era a la sazón alabarca del lugar. Y Mariame al hijo que tuvo con él le puso por nombre Agripino.

148. *Matrimonios de Claudio y su muerte.* 8. Pero de todas y cada una de estas cosas daremos cuenta de manera precisa poste-

---

[40] Cf. Tácito, *Hist.* 5, 9.

[41] Ocurrida el 24/25 de agosto del año 79 d. C. También a causa de ello pereció Plinio el Viejo: cf. Plinio el Joven, *Ep.* 6, 16, 20.

[42] No consta dónde.

[43] Cf. *AJ.* 19, 276-277.

riormente. Por otro lado, murió Claudio César[44], luego de haber gobernado el imperio romano durante trece años, ocho meses y veinte días. Algunos contaban que había muerto envenenado por su mujer Agripina[45]. El padre de ésta fue Germánico, hermano del emperador Claudio, y marido suyo había sido Domicio Ahenobarbo, uno de los notables de la ciudad de Roma. Y, tras la muerte de su primer marido y permanecer viuda durante largo tiempo, Claudio la hizo su esposa. Ella aportó a este matrimonio a su hijo Domicio, homónimo de su padre. Pues Claudio previamente había mandado matar por celos a su esposa Mesalina[46], de la que le habían nacido sus hijos Británico[47] y Octavia. Pero Claudio contaba también con otra hija, Antonia, la mayor de todos los hermanos, que había tenido con Petina, su primera esposa[48]. Por cierto, Claudio casó a Octavia con Nerón, nombre que el emperador puso al antes llamado Domicio, tras adoptarlo.

151. *El emperador Nerón sediento de sangre.* 2. Pero Agripina, por temor a que si Británico llegaba a adulto heredara de su padre el poder, mientras que ella deseaba conseguir, antes que ocurriera eso, el trono para su propio hijo, llevó a cabo, según los rumores que corrían, el asesinato de Claudio, e inmeditamente después envió a Burro[49], prefecto del pretorio, y con él a los tribunos militares y a los libertos más influyentes, con el encargo de presentar a Nerón en el cuartel y de proclamarlo emperador. Y Nerón,

---

[44] El día 13 de octubre del año 54 d. C. Cf. *BJ.* 2, 248.

[45] Julia Agripina, la hija mayor de Germánico y Vipsania Agripina, nació el año 15 d. C. En el 28 se casó con Domicio Ahenobarbo, con quien en el año 37 tuvo un hijo, el futuro emperador Nerón, y en el 49 contrajo matrimonio con su tío Claudio. Fue asesinada en el 59 por orden de su hijo Nerón.

[46] Se casó con Claudio poco antes de la ascensión de éste al trono, con quien tuvo un hijo, Británico, y una hija, Octavia (casada luego con Nerón). Mesalina, famosa en Roma por su vida licenciosa, contrajo matrimonio formal con su amante Silio en el año 48 d. C.

[47] Nació el año 41, y murió el 55, sin duda víctima de una conspiración, según parece, promovida por Nerón. Cf. Tácito, *An.* libros 11-13, y Dión Casio, libros 60-61.

[48] Cf. *BJ.* 2, 249.

[49] Sexto Afranio Burro. En su calidad de favorito de Agripina durante mucho tiempo fue tutor y consejero de Nerón, y con Séneca responsable del primer período del gobierno de este emperador.

luego de conseguir el poder por este procedimiento, eliminó por envenenamiento y a espaldas del pueblo a Británico, y no mucho después asesinó abiertamente a su propia madre[50], correspondiéndole y pagándole así no sólo el que le diera la vida sino también el que gracias a las intrigas de aquella mujer hubiera alcanzado el poder. Y mató también a Octavia, su cónyuge, así como a otros muchos varones ilustres, con el pretexto de haber urdido conspiraciones contra su persona.

154. *Josefo, historiador de la verdad.* 3. Pero omito escribir más acerca de estas cuestiones, y ello porque, aunque son muchos los que han hecho la historia de Nerón, los unos se desentendieron de la verdad por agradecimiento, al haber sido favorecidos por él, mientras que los otros, a causa del odio y hostilidad hacia su persona, se emborracharon tan desvergonzadamente con la mentira que ellos mismos son merecedores de repulsa. Aunque la verdad es que no se me ocurre extrañarme de que los historiadores de Nerón hayan mentido cuando no han observado la verdad siquiera los que han escrito la historia de los emperadores anteriores a Nerón, y esto que tales historiadores no tenían ningún motivo de odio contra los susodichos emperadores por haber nacido mucho tiempo después que aquéllos. Pero, en fin, dejemos a los que no respetan la verdad que escriban como quieran, ya que, al parecer, es esto lo que les gusta. En cambio, nosotros, que nos hemos propuesto la verdad como meta, pretendemos dedicar escasa atención a los hechos que se apartan de la obra que constituye nuestro objetivo principal, mientras que los sucesos que nos han ocurrido a nosotros los judíos los tratamos de una manera no incompleta, no siendo renuentes a poner de manifiesto ni los infortunios ni los errores. Retrotraeré, pues, la narración para continuar con la exposición de los asuntos concernientes a nuestro pueblo.

158. *Nerón acrecienta el poderío de Agripa II el Joven.* 4. Pues bien, en el primer año de gobierno de Nerón y tras la muerte de Azizo, príncipe de Emesa, heredó el poder su hermano Soemo[51]. A su vez, del mando de la pequeña Armenia es encargado por Nerón el hijo de Herodes, rey de la Cálcide, de nombre

[50] Cf. *BJ.* 2, 250.
[51] Cf. *BJ.* 2, 481, 483, 501; 3, 68; 7, 226.

Aristobulo. Y en lo que respeta a Agripa, el emperador lo obsequió con una parte de Galilea, al tiempo que ordenó a las ciudades de Tiberíades y Tariqueas que prestaran obediencia al mismo Agripa. Y le entregó también Juliade, ciudad de Perea, y catorce aldeas de su entorno[52].

160. *El procurador Félix siembra una semilla maligna.* 5. La situación en Judea iba de mal en peor cada vez más. En efecto, el país volvió a llenarse de partidas de bandidos e impostores que embaucaban a las masas. Pero a montones de estos últimos, y junto con ellos a los bandoleros, los decapitaba Félix todos los días tras detenerlos, y al propio Eleazar[53] (el hijo de Dineo), aquél que había formado una banda de salteadores, lo cogió vivo, tras tenderle una emboscada. En efecto, como le hubiera ofrecido garantía de que no sufriría castigo alguno, logró convencerlo a que se le entregara, y así, luego de ponerle las cadenas, lo remitió a Roma. Por otro lado, Félix, al encontrarse enemistado con el Sumo Sacerdote Jonatán[54] debido a que éste muy a menudo lo reprendía y advertía de que tenía que cuidar más y mejor del gobierno de Judea no fuera a ser que el propio Jonatán se viera incurso en reproches dirigidos contra él por la población por haber pedido al César que lo enviara a Judea de procurador, discurrió una triquiñuela con que eliminar al que continuamente no hacía otra cosa más que molestarlo. Y es que a los que están dispuestos a cometer una injusticia les resulta molesto oir reprimendas continuamente. Justo por este motivo Félix procuró persuadir a uno de nombre Doras, oriundo de Jerusalén y el más fiel de los amigos de Jonatán, bajo la promesa de que le pagaría elevadas sumas de dinero, a que echara contra Jonatán a los bandidos para que lo asesinaran. Y aquél, que atendió a su solicitud, se las ingenió para llevar a cabo el asesinato por medio de los bandidos y por el siguiente procedimiento. Subieron algunos de ellos a la ciudad con la intención aparente de rendir culto a Dios, ocultando puñales debajo de su vestimenta, y de esta manera, mezclándose con Jonatán, lo mataron. Y como este asesinato quedara impune, de allí en adelante los bandidos subían a la ciudad en las fiestas con toda tranquilidad y, mezclándose entre la

[52] Cf. *BJ.* 2, 252.
[53] Cf. cap. 121, y *BJ.* 2, 235 y ss., y 253.
[54] Cf. *AJ.* 19, 313, y *BJ.* 2, 256.

masa con las armas ocultas igual que en el caso citado, asesinaban en unos casos a los enemigos de los propios bandidos y en otros a otras personas, prestando este servicio por dinero a favor de terceros, no sólo por el resto de la ciudad, sino incluso en el Templo, donde mataron a algunos, pues incluso allí se atrevieron a apuñalar, sin vacilar profanar siquiera este santo lugar. Este es el motivo, según creo, por el que el propio Dios, al aborrecer el comportamiento impío de estos hombres, por un lado dio la espalda a nuestra ciudad y, por otro, al no considerar ya el Templo habitáculo inmaculado para su persona, trajo a los romanos contra nosotros, al tiempo que arrojó el fuego y la esclavitud contra la ciudad y contra nuestras esposas e hijos, deseoso de hacernos entrar en razón por el infortunio.

167. *El falso profeta egipcio.* 6. Resultó así que las fechorías cometidas por los bandidos llenaron la ciudad de tal suerte de sacrilegios, mientras los brujos y falsarios se esforzaban por persuadir a las masas a seguirlos al desierto, puesto que, según les aseguraban, les mostrarían prodigios y señales claras que iban a producirse por prescripción divina. Y fueron muchos los que, dejándose convencer, sufrieron el castigo inherente a su insensatez, puesto que Félix los ejecutó, tras haberle sido remitidos.

Por otro lado, por estas fechas llegó a Jerusalén procedente de Egipto[55] un individuo que alegaba ser profeta y que aconsejaba a las masas populares que fueran con él al llamado Monte de los olivos, el cual queda al otro lado de la ciudad y a una distancia de cinco estadios, puesto que, según insistía en asegurarles, quería mostrarles desde allí cómo a una orden suya se desmoronaban las murallas de Jerusalén, por las que, según les prometía, les ofrecería la posibilidad de entrar en la ciudad. Pero Félix, al enterarse de esto, mandó a los soldados que tomaran las armas, y, corriendo desde Jerusalén acompañado de numerosas fuerzas de caballería y de infantería, cargó sobre las gentes que acompañaban al egipcio. En esta operación aniquiló a cuatrocientos de ellos y, asimismo, hizo prisioneros a doscientos. En lo que se refiere al egipcio, éste desapareció tras lograr escapar de la refriega. Pero los bandidos volvieron a incitar al pueblo a la guerra contra los romanos,

[55] Cf. *BJ.* 2, 261 y ss.

diciéndoles que debían negarse a obedecerles, y saqueaban las aldeas de quienes no les hacían caso prendiéndoles fuego.

173. *Enfrentamiento en Cesarea entre judíos y sirios. Los judíos llevan las de perder.* 7. Asimismo, los judíos de Cesarea se levantaron contra los sirios del lugar reivindicando igualdad de derechos[56]. En efecto, los judíos reclamaban privilegios para sí debido a que el fundador de la ciudad, su rey Herodes, era de raza judía. Los sirios, por su parte, aunque estaban de acuerdo en lo concerniente a Herodes, aseguraban sin embargo que Cesarea se llamaba anteriormente Torre de Estratón y que en aquel entonces ningún judío habitaba la ciudad. Cuando las autoridades romanas se enteraron de esto, tras detener por ambos bandos a los culpables del levantamiento los molieron a palos, y así consiguieron reprimir los disturbios por un poco de tiempo. En efecto, los judíos de la referida ciudad, como se enorgullecían de su riqueza y despreciaban por ello a los sirios, lanzaban improperios contra ellos con la esperanza de provocarlos. Pero los sirios, aunque en dinero se quedaban por debajo, tenían los ánimos elevados debido a que la inmensa mayoría de los soldados destacados allí a las órdenes de los romanos eran de Cesarea y de Sebaste[57], y hasta en determinado momento también ellos insultaban de palabra a los judíos, pero luego empezaron a lanzarse piedras los unos a los otros, hasta que resultaron heridos y muertos en número elevado por ambos lados. De todas formas, resultaron vencedores los judíos.

Y Félix, cuando vio que aquella rivalidad se había convertido en una especie de guerra, corrió allá y exhortaba a los judíos a que cesaran en sus ataques. Y al no hacerle caso, armó a los soldados y los lanzó contra ellos. En esta operación mató a muchos y detuvo a más. Y asimismo permitió a los soldados que saquearan algunas casas de la ciudad y de propiedad de los judíos que estaban repletas de toda suerte de riquezas. En este momento los judíos más condescendientes y de más alto rango, al temer por su propia vida, exhortaron a Félix a que llamara con un toque de trompeta a los soldados a retirada y a que respetara su vida, asegurándole estar arrepentidos de lo que habían hecho. Y Félix les hizo caso.

---

[56] Cf. *BJ.* 2, 266 y ss.
[57] Cf. *AJ.* 19, 364-366.

179. *Enfrentamiento entre judíos ricos y pobres.* 8. Por estas fechas el rey Agripa nombró Sumo Sacerdote a Ismael, hijo de Fabí, y la hostilidad y enfrentamiento prendió entre los Sumos Sacerdotes, por un lado, y los simples sacerdotes y los cabecillas de la población de Jerusalén, por otro. Todos y cada uno de ellos, tras rodearse de una banda compuesta por los individuos más osados y rebeldes y ponerla a sus órdenes, se instituyó en jefe y comandante de los amotinados. Y, así, enzarzándose, se insultaban los unos a los otros y se lanzaban piedras. No había nadie dispuesto a reprocharles e impedirles el enfrentamiento, sino que hacían esto a su libre albedrío como si se encontraran en una ciudad desmandada. Y de los Sumos Sacerdotes se apoderó tan gran desvergüenza y atrevimiento que hasta osaron enviar sus esclavos a las eras, con la misión de coger por su cuenta los diezmos debidos a los sacerdotes, mientras se daba la circunstancia de que los sacerdotes carentes de recursos morían por no tener qué llevarse a la boca. Hasta tal punto se impuso a todo comportamiento justo la violencia de los enfrentados.

182. *Nuevo enfrentamiento entre las dos comunidades de Cesarea, y nuevo fracaso de los judíos.* 9. Tras haber sido enviado Porcio Festo[58] por Nerón como sucesor de Félix, los judíos principales que habitaban Cesarea subieron a Roma para acusar a Félix, quien inevitablemente habría pagado su justo merecido por las iniquidades cometidas contra los judíos si Nerón no hubiera accedido a los infinitos ruegos que le hizo Palas, el hermano de Félix, dado que en aquel momento Nerón lo tenía en la más alta estima. A su vez, los sirios principales de Cesarea persuadieron con la entrega de grandes sumas de dinero a Burro, que en aquel entonces era consejero de Nerón tras haber ocupado el cargo de secretario encargado de escribir las cartas en lengua griega, a que consiguiera de Nerón una carta que invalidara el decreto por el que los judíos habían

---

[58] Porcio Festo fue nombrado procurador de Judea sobre el 60 d. C. Fue él quien con Agripa y Berenice juzgó a San Pablo en Cesarea y lo envió a Roma, tras decirle: «Pablo, las muchas letras te han trastornado», expresión comparable a la del *Quijote*, cap. I, donde se dice del protagonista de la novela: «Del mucho leer y del poco dormir se le secó el cerebro, de suerte que vino a perder el juicio». Cf. *Hechos de los apóstoles*, 25 y 26, y *BJ*, 2, 271.

obtenido igualdad de derechos políticos que ellos. Y Burro, que aceptó exhortar al emperador a actuar en ese sentido, logró convencerlo de que fuera escrita tal carta. Carta que fue la causa de las posteriores calamidades de nuestra nación, puesto que, al enterarse los judíos residentes en Cesarea de la carta dirigida por Nerón a los sirios, se aferraron aún más a la idea del levantamiento, hasta que en un momento dado prendieron la mecha de la guerra.

185. *Entrada en escena de los sicarios.* 10. A la llegada a Judea de Festo ocurrió que este país era asolado por los bandidos, que incendiaban y saqueaban todas las aldeas.

Y en lo que respecta a los llamados sicarios[59] (también estos eran bandidos), fue entonces cuando más abundaban. Utilizaban puñales de tamaño parecido al de las dagas persas, pero sin ser curvos, sino iguales a las llamadas *sicas* (puñales) por los romanos, de donde tomaron el nombre los bandidos que asesinaron a multitud de personas. En efecto, entremezclándose en las fiestas, como ya dijimos anteriormente[60], con la población que afluía a la ciudad procedente de todas partes para dar culto a Dios, asesinaban con total facilidad a quienes querían. Y multitud de veces incluso, tras presentarse armados en las aldeas de los enemigos, las saqueaban e incendiaban.

Festo, por otro lado, envió fuerzas de caballería e infantería contra los embaucados por cierto mago, quien les prometía la salvación y el fin de sus males si querían seguirlo hasta el desierto. Y las fuerzas enviadas contra ellos aniquilaron al propio individuo que los había embaucado y a los que lo acompañaron.

189. *Los judíos con el respaldo de Popea impiden a Agripa contemplar desde la azotea de su palacio los oficios del Templo.* 11. Por estas fechas el rey Agripa edificó una vivienda de una altura excepcional dentro del área del palacio real de Jerusalén, cerca del gimnasio, palacio que había sido construido antiguamente por los asmoneos. La vivienda, ésta de que estamos hablando, situada sobre una colina, ofrecía a los que gustaban de contemplar desde allí la ciudad un panorama sumamente delicioso. Y como a Agripa le atraía este panorama, contemplaba desde allí, tumbado

[59] Cf. *BJ.* 2, 254-257 y 425.
[60] Cf. cap. 165 y ss.

en el triclinio, todos los oficios del Templo. Pero los judíos más eminentes de Jerusalén, al observar este comportamiento del rey, se irritaron tremendamente, ya que no era propio ni nos estaba permitido por la ley observar los oficios religiosos del Templo, y muchísimo menos los sacrificios. Por ello, levantaron una pared muy alta en el vestíbulo situada por la parte interior del Templo y orientada a Poniente. La construcción de esta pared truncó el espectáculo que se divisaba no sólo desde el triclinio real, sino también desde el pórtico situado por la parte exterior del Templo, donde montaban guardia los romanos en las fiestas a causa de la concentración de las masas en el santuario. Esto lo tomó muy a mal no sólo el rey Agripa, sino también, y sobre todo, el procudor Festo, quien les ordenó derribarla. Pero ellos le rogaron que les diera permiso para enviar una embajada ante Nerón con la misión de someter este asunto a su consideración, puesto que, según le hicieron saber, no soportarían continuar con vida si era derribada una parte del Templo. Entonces, como Festo hubiera accedido a su petición, enviaron a entrevistarse con Nerón a los diez principales de ellos, más el Sumo Sacerdote Ismael y Helcías, el tesorero del Templo. Y Nerón, tras escucharlos, no sólo les perdonó lo que habían hecho, sino que incluso les concedió que dejaran como estaba la pared edificada, por complacer a su esposa Popea[61], quien era sumamente devota de Dios y que había intercedido ante su marido a favor de los judíos. Ella ordenó a los diez principales que marcharan, pero en cambio a Helcías y a Ismael[62] los retuvo junto a sí como rehenes. El rey, una vez que se enteró de esto, designó Sumo Sacerdote a Josefo, de sobrenombre Cabí, hijo del en otro tiempo Sumo Sacerdote Simón.

197. *El Sumo Sacerdote Ananías juzga ilegalmente y condena a muerte a Santiago, hermano de Cristo Jesús.* 9. El César envió a Albino[63] a Judea en calidad de procurador, al informarse de la muerte de Festo. Y el rey despojó a Josefo de la dignidad de Sumo Sacerdote, mientras concedió el honor de sucederle en el

[61] Nerón se casó con Popea en el año 62.

[62] Seguramente por complacer a la población judía, ya que Ismael debía estar del lado de Agripa en su enfrentamiento con los judíos por haber sido nombrado Sumo Sacerdote por él. Cf. cap. 179.

[63] En el año 63 d. C. Cf. *BJ.* 2, 272 y ss.

cargo al hijo de Anán[64], también él llamado Anán. De este Anán el más antiguo de la familia se cuenta que fue sumamente afortunado, puesto que tuvo cinco hijos y todos ellos casualmente alcanzaron el rango de Sumos Sacerdotes de Dios, después de haber disfrutado también él mismo de igual honor durante muchísimo tiempo en fechas anteriores, suerte que no había tenido ninguno de nuestros Sumos Sacerdotes. Pero el Anán más joven[65], del que acabamos de decir que heredó la condición de Sumo Sacerdote, era de carácter extraordinariamente osado y temerario, aunque pertenecía a la secta de los saduceos, quienes en sus sentencias se muestran más severos que todos los demás judíos, como ya indicamos anteriormente[66].

Pues bien, Anán, dado su carácter, como creyó disponer de una ocasión pintiparada por haber muerto Festo y encontrarse Albino todavía en camino, instituyó un consejo de jueces, y tras presentar ante él al hermano del llamado Jesucristo, de nombre Santiago, y a algunos otros, presentó contra ellos la falsa acusación de que habían transgredido la ley y, así, los entregó a la plebe para que fueran lapidados. Pero los que parecían ser los más moderados de los habitantes de la ciudad y los más escrupulosos cumplidores de las normas legales[67] apenas soportaron esta acción. Por lo que enviaron recado secretamente ante el rey para exhortarlo a que ordenara a Anán que no continuara con tales acciones, puesto que tampoco la primera que había realizado en esa línea de comportamiento había sido correcta. Y algunos de ellos fueron incluso al encuentro de Albino, quien hacía el viaje por tierra desde Alejandría, y, al verlo, le informaron de que Anán no estaba autorizado a instituir un consejo de jueces sin el visto bueno del propio Albino. Entonces éste, convencido por sus alegaciones, envió a Anán una carta que rezumaba ira, en la que le amenazaba con exigirle responsabilidades. Y el rey Agripa a causa de ello lo despojó de la dignidad de Sumo Sacerdote, cargo que había ocupado durante tres meses, y lo sustituyó por Jesús, hijo de Damneas.

---

[64] Cf. *AJ.* 18, 26.

[65] Llegó a pretor de la provincia de Jerusalén. Cf. *BJ.* 2, 563 y 648-651, y 653 y ss., opuesto a los romanos.

[66] Cf. *BJ.* 2, 166, y *AJ.* 13, 293 y ss.

[67] Josefo está pensando, sin duda, en los fariseos: cf. 13, 293 y ss., y *BJ.* 2, 162.

204. *Ananías, Sumo Sacerdote anteriormente, adquiere cada día más poder y se rodea de servidores impíos.* 2. Por su parte, Albino, una vez que llegó a la ciudad de Jerusalén, puso todo su empeño y cuidado en que el país se mantuviera en paz, logrando aniquilar a un gran número de sicarios.

Pero el otrora Sumo Sacerdote Ananías[68] cobraba cada día mayor consideración, y gozaba esplendorosamente del afecto y respeto ciudadano, pues era dadivoso y pródigo. De ahí que tratara de ganarse mediante obsequios a Albino y al Sumo Sacerdote. Pero él tenía unos criados sumamente malvados, los cuales, uniéndose con los grupos más osados, iban a las eras y se apoderaban por la fuerza de los diezmos pertenecientes a los simples sacerdotes, y a los propietarios que no se los entregaban no dejaban de golpearlos. Y los mismos Sumos Sacerdotes[69] actuaban igual que sus siervos, sin que nadie pudiera impedirlo. Esto trajo como consecuencia que los sacerdotes de a pie que desde antaño vivían gracias a los diezmos se murieran de hambre.

208. *Secuestros sistemáticos de los sicarios para canjear a los secuestrados por los suyos que estaban encarcelados.* 3. Los sicarios, aprovechando la ocasión que les brindaba la fiesta, que se echaba encima, volvieron a entrar de noche en la ciudad y secuestraron al secretario del pretor Eleazar, que era el hijo de Anán, el anterior Sumo Sacerdote, y tras atarlo, se lo llevaron. Luego, a través de unos emisarios que enviaron a dialogar con Ananías, le dijeron que liberarían al secretario si convencía a Albino a que liberara a diez de los suyos que estaban en la cárcel, tras haber sido detenidos. Y Ananías se vio forzado a intentar convencer a Albino, de quien obtuvo lo que le pidió[70]. Esto fue el inicio de mayores males, puesto que los bandidos usaban toda suerte de procedimientos para apresar a algún pariente de Ananías y, recurriendo continuamente a los secuestros, no liberaban a los secuestrados hasta haber recuperado a alguno de los suyos, que eran sicarios. Y, como recobraran sus antiguos bríos al sumar de nuevo un número no pequeño, asolaban el país entero.

---

[68] Cf. caps. 103, 131, y también *B.J.* 2, 243, 426, 429 y 441 y ss.

[69] Esto es, el actual y los anteriores.

[70] Cf. *B.J.* 2, 272 y ss.

211. *Agripa II el Joven hace de Beirut un primor de ciudad.* 4. Por estas fechas el rey Agripa agrandó la ciudad de nombre Cesarea de Filipo, que en honor a Nerón llamó Neroniade. Y en lo que concierne a Beirut, construyó en ella un teatro que le costó mucho dinero y la dotó de juegos anuales, en los que gastaba innumerables decenas de miles de dracmas, ya que con esta ocasión regalaba trigo al pueblo y distribuía aceite entre él. Y adornó la ciudad entera con estatuas erigidas por todas partes y con figuras copiadas del original. Y faltó poco para que trasladara a esta ciudad todo el ornato esparcido por el reino. Eso hizo que fuera en aumento el odio de los súbditos contra su persona por dotar de ornatos a una ciudad extranjera y quitárselo a las suyas. Y asimismo Jesús, el hijo de Gamaliel, recibió la dignidad de Sumo Sacerdote de manos del rey, tras despojar de ella a Jesús, el hijo de Damneas. Por esto estalló la discordia entre los distintos Sumos Sacerdotes. En efecto, tras formar cada uno de ellos bandas compuestas por los individuos más osados, fueron muchas las veces que de los improperios llegaban hasta lanzarse piedras. Pero se imponía Ananías, puesto que con sus riquezas ganaba para su causa a los que estaban prestos a conseguir una parte de ellas. Asimismo, Costóbaro y Saulo[71] reunieron en torno a sí, de una manera independiente, bandas de malvados, y aunque eran miembros de la realeza y contaban con el afecto de Agripa por su parentesco con él, eran violentos y prestos a robar los bienes de los más débiles. El resultado fue que a partir de ese momento sobre todo nuestra ciudad empezó a descomponerse y a marchar las cosas de mal en peor.

215. *El procurador Albino, un corrupto.* 5. Pero Albino, como se enterara de que iba a venir a sucederle Gesio Floro y deseara dar la impresión de que había hecho algo por las gentes de Jerusalén, sacó a la calle a los presos y, de ellos, los que se merecían claramente la muerte mandó que fueran decapitados, mientras que a los que habían sido encarcelados por un motivo sin importancia y banal los puso en libertad a cambio de dinero[72]. De esta manera la cárcel se vació de presos, y el país se llenó de bandidos.

---

[71] Cf. *BJ.* 2, 418 y 556.
[72] Cf. *BJ.* 2, 273 y ss.

216. *Los levitas cantores consiguen el derecho a usar la indumentaria sacerdotal.* 6. El grupo de los levitas (éstos conforman una tribu) encargados de entonar los salmos se empeñó en convencer al rey a que forzara una reunión del Sanedrín y a que con la aprobación de éste les permitiera usar una indumentaria de lienzo en igualdad de condiciones que los sacerdotes, puesto que, según insistían en decirle, convenía al período de su reinado ser recordado por esta innovación. Y no fracasaron en su petición, pues el rey, con el voto favorable de los asistentes a esta sesión del Sanedrín, concedió a los encargados de entonar los salmos el derecho a desprenderse de su anterior vestimenta y a usar la de lienzo, tal como querían. También autorizó a otro grupo de la misma tribu encargado de ayudar en los oficios religiosos del Templo a aprender los salmos, tal como solicitaban. Ahora bien, todo esto era contrario a la tradición judaica, y con su transgresión era inconcebible que no pagáramos el justo merecido.

219. *Un problema social: los operarios en paro.* 7. En aquel momento estaban ya terminadas las obras del Templo. Entonces el pueblo, al ver que se encontraban sin trabajo los operarios, los cuales sumaban una cifra superior a los dieciocho mil, y que se iban a quedar sin comer debido a que se ganaban el sueldo con las obras del Templo, y como, por otro lado, no estaba dispuesto, por temor a los romanos, a tener depositado dinero en el Templo, al tiempo que estaba preocupado por los operarios y deseaba gastar el dinero del Tesoro en ellos (puesto que uno aunque trabajara una sola hora al día percibía en el acto el importe correspondiente), trató de convencer al rey a que reconstruyera el pórtico orientado hacia el Naciente. Este pórtico se encontraba por la parte exterior del Templo y estaba situado en un barranco profundo, provisto de unas paredes de cuatrocientos codos de altura, y había sido construido de piedras cuadrangulares y muy blancas (cada piedra tenía veinte codos de largo y seis de alto), obra del rey Salomón, que fue el primero en culminar la construcción completa del Templo[73]. Pero el rey (pues era él a quien Claudio César había confiado el cuidado del Templo), como considerara que el derribo de cualquier obra es tarea fácil, pero difícil su reconstrucción, y más en el caso del pór-

[73] Cf. *AJ.* 8, 58-129; 15, 385 y 398, pero fue iniciado por David, cf. *AJ.* 7, 78-95.

tico en cuestión (para cuyas obras se requeriría mucho tiempo y dinero) se negó a esta petición, mientras que no se opuso a pavimentar de mármol las calles de la ciudad. Por otro lado, despojó a Jesús, el hijo de Gamaliel, del cargo de Sumo Sacerdote, que concedió a Matías, el hijo de Teófilo, durante cuyo ejercicio dio principio la guerra de los judíos contra los romanos.

224. *Catálogo de los Sumos Sacerdotes de Israel.* 10. Por otro lado, considero que es obligado y conveniente a esta obra de historia hablar de los Sumos Sacerdotes, cómo empezaron, quiénes están facultados para alcanzar esta dignidad y cuántos ha habido hasta el final de la guerra. Pues bien, se cuenta que el primer Sumo Sacerdote de Dios fue Arón, hermano de Moisés, y que, muerto él, le sucedieron directamente sus hijos, y que a partir de ellos permaneció la dignidad siempre en manos de sus descendientes. De ahí que es un precepto tradicional que no puede recibir el nombramiento de Sumo Sacerdote nadie más que aquél por cuyas venas corra sangre de Arón, mientras que uno de otra familia, ni aunque sea rey, conseguirá el rango de Sumo Sacerdote. Pues bien, la cifra total de Sumos Sacerdotes desde Arón, que, según dijimos, fue el primero, hasta Finés, quien fue designado Sumo Sacerdote durante la guerra por los sublevados, alcanzó la suma de ochenta y tres. De estos ochenta y tres Sumos Sacerdotes trece lo fueron durante la marcha por el desierto, desde los tiempos de Moisés, cuando fue erigida la tienda que levantó Moisés para Dios, hasta su llegada a Judea, cuando el rey Salomón erigió el Templo a Dios. En efecto, al principio los Sumos Sacerdotes ocupaban el cargo vitaliciamente, pero posteriormente se sucedían los unos a los otros en vida. Pues bien, estos trece citados, descendientes ellos de los dos hijos de Arón, obtuvieron el cargo en secuencia regular. Y el régimen político que les tocó vivir fue, al principio, el régimen aristocrático, luego la dictadura y en tercer lugar la monarquía. El número de años durante los cuales los trece Sumos Sacerdotes citados estuvieron al frente de los sacerdotes, contando desde el día en que nuestros padres abandonaron Egipto, conducidos por Moisés, hasta la construcción del Templo que el rey Salomón levantó en Jerusalén, asciende a seiscientos doce. Tras los trece Sumos Sacerdotes citados alcanzaron esta dignidad dieciocho, heredando el cargo en Jerusalén desde los tiempos del rey Salomón hasta que Nabucodonosor, rey de Babilonia, tras atacar con su ejército esta ciudad, incendió el Templo, trasladó a nuestro pueblo a

Babilonia y tomó cautivo al Sumo Sacerdote Josadac. El período de tiempo durante el que estos Sumos Sacerdotes ocuparon el cargo asciende a cuatrocientos sesenta y seis años, seis meses y diez días[74]. Durante este período de tiempo los judíos estaban ya gobernados por reyes. Y setenta años después de haber caído Jerusalén en poder de los babilonios, Ciro, rey de Persia, liberó[75] a los judíos y les permitió regresar de Babilonia a su tierra, y los autorizó a reconstruir el Templo. Pues bien, uno de los que regresaron fue Jesús, hijo de Josadac (quien había sido llevado cautivo). Este Jesús recibió el nombramiento de Sumo Sacerdote. Y en el período de tiempo, que fue de trescientos catorce años, durante el que éste y sus descendientes, quince en total, ocuparon el cargo hasta el rey Antíoco Eupátor[76], los judíos tuvieron un régimen democrático. El antes citado Antíoco y su general Lisias fueron los primeros que depusieron de su cargo a un Sumo Sacerdote, concretamente a Onías[77], conocido también por el apelativo de Menelao, a quien mataron en Beroya[78], y, tras impedir a su hijo que le sucediera, nombraron Sumo Sacerdote a Jacim, perteneciente a la familia de Arón pero no a esta casa. Por ello Onías[79], el primo del Onías muerto y homónimo de su propio padre, tras presentarse en Egipto y conseguir la amistad de Ptolemeo Filométor[80] y su esposa Cleopatra, los persuadió a que edificaran en el distrito de Heliópolis en honor de Dios un templo similar al de Jerusalén y lo designaran a él Sumo Sacerdote del lugar. En fin, del templo construido en Egipto hemos hablado repetidas veces.

---

[74] La conquista de Jerusalén por Nabucodonosor tuvo lugar el año 587 a. C., y como desde Salomón hasta este momento median cuatrocientos sesenta y seis años, Salomón se sitúa en el año 1053 a. C. Y, según la cronología que da Josefo, los judíos iniciarían el éxodo de Egipto el año 1665 a. C.

[75] Esto ocurrió el año 538 a. C. Por consiguiente, los años de cautividad que los judíos pasaron en Babilonia fueron cuarenta y cinco (entre los años 587-538 a. C.).

[76] Antíoco V Eupátor (que vivió entre 173-162 a. C.) reinó sólo dos años, para ser luego asesinado. Su padre, Antíoco IV, dedicó el Templo de Jerusalén a Zeus Olímpico, y construyó la ciudadela (la llamada *Acra)* para dominarlo.

[77] Quien había sido nombrado por Antíoco. Cf. *AJ.* 12, 238 y ss.

[78] Ciudad de Siria: cf. *AJ.* 12, 385, y 13, 384.

[79] Cf. *AJ.* 12, 237, 389 y ss., y 13, 62 y ss. Sobre su padre Onías, cf. *AJ.* 12, 225 y ss., y 13, 62 y 167.

[80] Ptolemeo VI Filométor se casó con Cleopatra en el año 175 a. C.

Jacim, por su parte, murió después de haber ocupado el cargo de Sumo Sacerdote durante tres años. Y no le sucedió nadie, sino que la ciudad llegó a estar durante siete años sin Sumo Sacerdote. Luego, los descendientes de los primeros asmoneos, tras ser encargados de la dirección de nuestro pueblo y entrar en guerra con los macedonios, designaron Sumo Sacerdote a Jonatán[81], quien ejerció el cargo durante siete años. Y al morir víctima de la conspiración y envidia urdida contra él por Trifón, como en algún lugar anterior señalé[82], alcanzó la dignidad de Sumo Sacerdote su hermano Simón. Asimismo, a éste, tras haber sido asesinado a traición por su propio yerno durante un banquete y haber ocupado el Sumo Sacerdocio por un período de tiempo superior en un año al que lo había ocupado su hermano, le sucedió su hijo de nombre Hircano. Este Hircano murió anciano, después de disfrutar del cargo treinta años, dejando como sucesor a Judas, conocido también por el nombre de Aristobulo. A éste le sucedió en el cargo su hermano el rey Alejandro, después de morir víctima de una enfermedad y de ocupar simultáneamente el cargo de Sumo Sacerdote y el de rey, pues fue, efectivamente, Judas el primer Sumo Sacerdote en ceñir la corona real, cosa que hizo durante un año. Alejandro, por su parte, abandonó este mundo después de reinar y ejercer el cargo de Sumo Sacerdote durante veintisiete años, autorizando a su mujer Alejandra que designara al nuevo Sumo Sacerdote. Y hasta otorgó a su hijo Hircano el Sumo Sacerdocio, mientras ella misma ocupó el trono real durante nueve años, para luego acabar sus días. También su hijo Hircano ocupó el Sumo Sacerdocio durante igual período de tiempo, puesto que a la muerte de Alejandra, Aristobulo, hermano de Hircano, le declaró la guerra, y tras obtener la victoria lo despojó del poder, mientras él se convirtió simultáneamente en rey y Sumo Sacerdote de Dios. Pero como al tercer año más igual número de meses de reinado hubiera llegado Pompeyo y tomado la ciudad de Jerusalén por la fuerza, lo envió encadenado a Roma junto con sus hijos, mientras repuso en el cargo de Sumo Sacerdote a Hircano, a quien, aunque le concedió el mando de la nación judía, le prohibió, en cambio, que llevara corona. Hircano estuvo al frente de su pueblo durante veinticuatro años, más los nueve primeros. Entonces Barzafarnes y Pácoro, príncipes partos, después

[81] Cf. *AJ.* 13, 35 y ss., y 187.
[82] Cf. *AJ.* 13, 187, y *BJ.* 1, 49.

de cruzar el Eúfrates y atacar a Hircano, lo llevaron cautivo, mientras designaron rey de Judea a Antígono, hijo de Aristobulo. Y, después de gobernar éste durante tres años y tres meses, Sosio y Herodes tomaron al asalto la ciudad de Jerusalén, y Antonio ordenó que Antígono fuera decapitado cuando le fue remitido a Antioquía. Y Herodes, una vez que recibió de manos de los romanos el trono de Judea, ya no designó para ocupar la dignidad de Sumo Sacerdote a los pertenecientes a la familia asmonea, sino que asignó el cargo a oscuros personajes con sólo ser de familia sacerdotal, salvo en un solo caso, el de Aristobulo. En efecto, Herodes, tras nombrar Sumo Sacerdote a Aristobulo, que era nieto del Hircano cautivo de los partos, tomó como consorte a su hermana Mariame, tratando con ello de ganarse el afecto del pueblo por el recuerdo de Hircano. Pero luego, por temor a que la nación entera se inclinara por Aristobulo, lo asesinó, arreglándoselas para que se ahogara mientras se bañaba en Jericó, según hemos indicado ya[83]. Después de éste ya no volvió a confiar el Sumo Sacerdocio a ningún asmoneo más. E igual que Herodes en lo relativo a la designación de los Sumos Sacerdotes actuaron tanto su hijo Arquelao como los romanos que después de éste ocuparon el gobierno de Judea. Pues bien, los Sumos Sacerdotes habidos desde los tiempos de Herodes hasta el día en que Tito tomó el Templo y la ciudad y los hizo pasto de las llamas suman un total de veintiocho, y el período de tiempo correspondiente a estos Sumos Sacerdotes comprende ciento siete años[84]. Y algunos de estos Sumos Sacerdotes ejercieron el cargo durante el reinado de Herodes y durante el de su hijo Arquelao. Pero tras la muerte de éstos se instauró un régimen aristocrático, aunque la protección de la nación fue confiada a los Sumos Sacerdotes.

252. *El procurador Gesio Floro un malvado y causa última de la guerra judía contra los romanos.* ll. Lo dicho acerca de los Sumos Sacerdotes es suficiente. Por su parte, Gesio Floro[85], quien fue enviado por Nerón como sucesor de Albino, llenó a Judea de calamidades de todo tipo. Era éste oriundo de Clazómenas y llevó

[83] En *AJ.* 15, 39-61.

[84] Los que van del año 37 a. C. (año de la conquista de Jerusalén por Sosio y Herodes, cf. *AJ.* 15,1 y ss., y consiguiente nombramiento de éste como rey por Roma) hasta el año 70 d. C. (en que Tito conquistó Jerusalén).

[85] Cf. *BJ.* 2, 277 y ss. Nombrado procurador de Judea el año 64 d. C.

consigo a Judea a su esposa Cleopatra, gracias a cuya amistad con Popea, la mujer de Nerón, del que ella no se diferenciaba lo más mínimo en perversidad, obtuvo el gobierno de esta provincia. Fue en el ejercicio del poder tan malvado y violento que por el cúmulo de sus fechorías los judíos elogiaban a Albino y lo consideraban su bienhechor. En efecto, mientras aquél trataba de mantener oculta su perversidad y procuraba cuidar de que no se le descubriera en forma alguna, Gesio Floro, en cambio, como si hubiera sido enviado a Judea para hacer ostentación de perversidad, alardeaba de los desafueros cometidos contra nuestro pueblo, no excluyendo forma alguna de rapiña ni de suplicio inicuo. Era, en efecto, insensible a la compasión, insaciable en cualquier ganancia, hasta el punto de que para él no sólo las más pingües no se diferenciaban lo más mínimo de las más insignificantes, sino que incluso se asoció a los bandoleros, puesto que eran muchos los que se dedicaban a este menester, con total impunidad, ya que estaban seguros de tener garantizada por él la vida a cambio de compartir el botín. Estos robos no eran módicos, sino que los infelices judíos, al no poder soportar los continuos saqueos perpetrados por los bandoleros, se vieron obligados a abandonar sus lugares de residencia y a huir masa, en la idea de que vivirían mejor en cualquier parte del extranjero. ¿Y qué falta hace relatar más hechos de él? En efecto, él fue quien nos obligó a emprender la guerra contra los romanos, porque partíamos de la base de que era preferible perecer de una vez que poco a poco. Y, efectivamente, la guerra empezó[86] al segundo año de ser nombrado procurador Floro y al duodécimo de ser designado Nerón emperador.

258. *Epílogo de las Antigüedades judías, y otras consideraciones.* 2. Pero los que quieran leer los libros de la *Guerra judía,* que yo escribí, pueden conocer exactamente todas las calamidades que fuimos forzados a causar o las que nos vimos obligados a sufrir, pues en este punto pondré fin a las *Antigüedades judías,* obra que comencé a escribir después de la *Guerra judía.* La presente obra de las *Antigüedades judías* contiene la historia del pueblo judío, desde el principio de la creación del hombre hasta el año duodécimo del emperador Nerón, y concretamente de los avatares

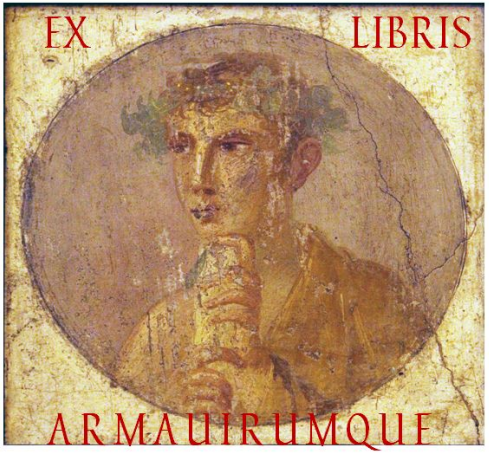
[86] En el año 66 d. C.

acaecidos a nosotros los judíos en Egipto, Siria y Palestina, y asimismo los sufrimientos que nos infligieron asirios y babilonios y las calamidades que nos causaron persas y macedonios y posteriormente, y por último, los romanos. Todos estos datos, creo, en efecto, haberlos presentado con total exactitud. Pero me he esforzado también por preservar intacta para la posteridad la lista de los Sumos Sacerdotes que hubo en dos mil años. Y he ofrecido asimismo una relación precisa de los sucesivos reyes, refiriendo sus obras y el trato que dieron al pueblo, así como los gobiernos de ciertos personajes dotados de autoridad personal, según los respectivos relatos de las Sagradas Escrituras, pues esto es lo que al principio[87] de esta obra prometí hacer. Y afirmo, por la seguridad que me da haber culminado y completado ya el objetivo que me propuse, que ningún otro que lo hubiera pretendido, ni judío ni extranjero, habría podido ofrecer al público griego[88] una obra tan escrupulosa como ésta. Cuento a este respecto, en efecto, con la aquiescencia de mis compatriotas cuando afirmo que mi información en los asuntos patrios aventaja enormemente a la suya. Y también procuré, tras dura brega, tener acceso a los textos y disciplinas elaborados en griego, tras haber recibido clases de gramática, aunque la verdad es que no he conseguido expresarme correctamente en esa lengua, ya que la peculiar manera de ver las cosas inherente a los judíos me lo impidió. En efecto, entre nosotros no se acepta de buen grado a aquéllos que aprenden demasiados idiomas extranjeros y maquillan sus tratados con una dicción coqueta, por considerar que ese proceder está al alcance de todo el mundo, no sólo de cualquier persona de condición libre, sino también de los esclavos que se lo propongan, mientras que reconocen sabiduría sólo en quienes conocen a la perfección la ley y son capaces de penetrar el verdadero significado de las Sagradas Escrituras. Por eso, a pesar de que han sido muchos los que se han esforzado por dominar este campo, apenas dos o tres lo han conseguido, quienes recogieron inmediatamente el fruto de sus esfuerzos. Por otro lado, quizá no estaría mal visto, ni parecería intempestivo a la gente, que hable, aunque sea brevemente, tanto de mi linaje como de mi comportamiento en la vida, mientras cuento con personas todavía vivas que pueden o bien refutar lo que

[87] Cf. *AJ.*, en el proemio, caps. 2, y 3.
[88] Cf. también *BJ.* 1, 16.

yo diga o bien confirmarlo. Concluido ello, pondré fin a las *Antigüedades judías,* obra que comprende veinte libros y sesenta mil líneas. Y, si Dios quiere, aludiré de nuevo, en un breve recorrido, a la guerra y a los avatares por los que ha pasado nuestro pueblo hasta el día de hoy, que corresponde al año decimotercero desde que César Domiciano fue nombrado emperador[89] y en el que yo cumplo cincuenta y seis años de edad. Y he concebido también el propósito de escribir en cuatro libros el concepto que tenemos nosotros los judíos acerca de Dios y su substancia así como de las leyes, y concretamente en virtud de qué principio dictado por ellas nos está permitido a nosotros hacer unas cosas y nos está prohibido realizar otras[90].

FIN



[89] Año 94 d. C. (Domiciano fue nombrado emperador el 81 d. C.).

[90] Nada de esto ha llegado a nosotros, si es que Josefo hizo realidad estos proyectos.

Índice de nombres

Aba, nombre de un mes hebreo, IV, 4, 7
Abanet, III, 7, 2
Abar, II, 7, 4
Abar, montaña de Palestina, IV, 8, 48
Abasar, XI, 1, 3; 4, 4
Abdagases, XVIII, 9, 4
Abdeel, I, 12, 4
Abdemón, VIII, 5, 3
Abdenago, X, 10, 1 y ss.
Abdón, V, 7, 15
Abel, I, 2, 1
Abela, VIII, 13, 7
Abelane, VIII, 12, 4
Abelmaquea, VII, 11, 7
Abener, VI, 6, 6 hasta VII, 1, 5
Abenerig, XX, 2, 1
Abesa, VII, 1, 3 y ss.
Abesalom, VII, 1, 4 hasta 10, 2
Abía, hijo de Samuel, VI, 3, 2
Abía, esposa de Acaz, IX, 13, 1
Abías, hijo de Roboam, VII, 8, 5 hasta VIII, 11, 3
Abías, príncipe árabe, XX, 4, 1
Abiatar, VI, 12, 6; 12, 8; VII, 5, 4; 9, 2; 9,7; 14, 4; VIII, 1, 3
Abibal, VIII, 5, 3
Abida, VIII, 12, 6
Abiezer, V, 11, 5
Abigaya, esposa de Nabal y de David tras la muerte del primero, VI, 13, 7; VII, 1, 4
Abigaya, madre de Amesa, VII, 10, 1
Abila, ciudad de Perea, IV, 8, 1; V, 1, 1; XII, 3, 3
Abila de Lisania, capital de Abilene en Cele-Siria, XIX, 5, 1
Abilamarodac, X, 11, 2
Abimael, I, 6, 4
Abimelec, rey de Gerara, I, 12, 1 y ss.
Abimelec, hijo de Gedeón, V, 7, 1 y ss.
Abinadac, lugarteniente de Salomón, VIII, 2, 3
Abiram, IV, 2, 2 y ss.
Abisa, VI, 13, 9; VII, 1, 3; 5, 4
Abisace (Abisag), VII, 14, 3; VIII, 1, 2
Abital, VII, 1, 4
Abíu, III, 8, 1; 8, 7
Abram, I, 6, 5 y ss.
Abramsim, I, 7, 2
Absalom, padre de Matatías, XIII, 5, 7
Absalom, tío de Aristobulo, XIV, 4, 4
Abuma, X, 5, 2
Acab, VIII, 12, 5 y ss.
Acamón, VIII, 15, 4
Acar, V, 1, 10 y ss.
Acaz, IX, 12, 1; 12, 3
Aconio, XI, 5, 4
Acrateo, XI, 6, 7

Actio, XV, 5, 1 y ss.; 6, 1; XVI, 5, 3; XVIII, 2, 1
Ada, esposa de Lamec, I, 2, 2
Ada, esposa de Esaú, I, 18, 4
Adad, VIII, 14, 1 hasta IX, 8, 7
Adaeo, XI, 5, 6
Adam, I, 1, 2 y ss.
Adar, el último mes del año judío, IV, 8, 49; XI, 4, 7; 6, 2; 6, 12; XII, 10, 5
Adasa, XII, 10, 5
Ader, VIII, 7, 6
Adiabene, XX, 2, 1 y ss.
Adida, XIII, 6, 5; 15, 2
Adonías, VII, 1, 4 hasta VIII, 1, 3
Adonibezec, V, 2, 2
Adora, XIII, 6, 5; 9, 1
Adoraim, VIII, 10, 1
Adoram, VII, 5, 4; 11, 8; VIII, 2, 9
Adramelec, X, 1, 5
Adrazar, VII, 5, 1; VIII, 7, 6
Adulama, VI, 12, 3
Aezel, I, 6, 4
África, I, 15
Agaba, XIII, 16, 5
Agag, VI, 7, 2
Agala, XIV, 1, 4
Agar, I, 10, 4
Agatárquides, XII, 1
Agatocles, XIV, 8, 5
Aggayo, XI, 4, 5; 4, 7
Aggita, VII, 1, 4
Agripa, Marco, cónsul, XIV, 16, 4 y ss.
Agripa el Grande, XVII, 2, 2; XVIII, 5, 4 y ss.; XIX, 4, 1 y ss.
Agripa, hijo de Agripa el Grande, XVIII, 5, 4; XIX, 9, 2; XX, 1, 1; 6, 3
Agripa, amigo de Herodes, XV, 9, 3; 10, 3
Agripa, hijo de Aristobulo y de Salomé, XVIII, 5, 4
Agripa, hijo del procurador Félix, XX, 7, 2
Agripías, XIII, 13, 3; XIV, 5, 3; XV, 7, 3; XVIII, 6, 3
Agripina, esposa de Claudio, XX, 8, 1 y ss.
Agripino, XX, 7, 3
Albino, procurador de Judea, XX, 9, 1 y ss.
Alejandra, esposa de Aristobulo, XIII, 12, 1
Alejandra, esposa de Alejandro Janeo, XIII, 16 y ss.
Alejandra, hija de Hircano, XV, 2, 5 y ss.
Alejandra, hija del rey Aristobulo, casada primero con Filipión y después con Ptolemeo Meneo, XIV, 7, 4
Alejandra, hija de Fasael, XVIII, 5, 4
Alejandría, XIII, 3, 4; XIV, 7, 2; XIX, 1, 12; 5, 2
Alejandrio, XIV, 5, 4; 15, 4; XVI, 2, 1; 11, 7
Alejandro Janeo, hijo de Hircano, XIII, 12, 1 y ss.
Alejandro, hijo de Aristobulo, XIV, 4, 5 y ss.
Alejandro, hijo de Herodes el Grande, XV, 10, 1 y ss.
Alejandro, hijo de Alejandro y de Glafira, XVIII, 5, 4
Alejandro, jefe de los judíos alejandrinos, XVIII, 6, 3; 8, 1; XIX, 5, 1
Alejandro, arrendatario de aduanas, XX, 5, 2
Alejandro, hijo de Doroteo, XII, 8, 5
Alejandro, hijo de Jasón, XII, 8, 5
Alejandro, hijo de Fasael, XVIII, 5, 4
Alejandro, hijo de Teodoro, XIV, 10, 10; 10, 12
Alejandro, el falso, XVII, 12, 1 y ss.
Alejandro, Sumo Sacerdote, XX, 10, 1
Alejandro el Grande, XI, 8, 1 y ss.
Alejandro Balas, XIII, 2, 1 y ss.
Alejandro Zebinas, XIII, 9, 3
Alejandro, hijo del rey armenio Tigranes, XVIII, 5, 4
Alejandro, amigo de Antonio, XV, 6, 7

Alejandro Polihístor, historiador, I, 15.
Alexas, amigo de Herodes el Grande, XVII, 1, 1 y ss.
Alexas Helcías, yerno de Antípatro, XVIII, 5, 4
Alibama, I, 18, 4
Amadat, XI, 6, 5
Amalec, II, 1, 2
Amalecitas, III, 2, 1 y ss.; IV, 8, 44; V, 6, 1 y ss.; IX, 9, 1 y ss.
Amalecitis, II, 1, 2
Amán, favorito del rey persa Artajerjes, XI, 6, 5 y ss.
Amán, paje de Adad, VIII, 15, 5
Amano, I, 6, 1 y ss.
Amaram, padre de Moisés, II, 9, 3
Amaram, noble judío, XX, 1, 1
Amarino (Omri), VIII, 12, 5
Amasías, rey de los judíos, IX, 9, 1 y ss.
Amasías, juez, IX, 1, 1
Amasías, hijo del rey Acaz, IX, 12, 1
Amasías, comandante de Jerusalén bajo Josías, X, 4, 1
Amate, I, 6, 2; III, 14, 2; VII, 5, 4; VIII, 6, 3
Amatio, I, 6, 2
Amato, IX, 10, 1; XVII, 10, 6; XIII, 13, 3; XIV, 5, 4
Ambivio, Marco, procurador de Judea, XVIII, 2, 2
Amesas, VII, 10, 1 y ss.
Aminadab, hermano de David, VI, 8, 1
Aminadab, hijo de Saúl, VI, 14, 7
Aminadab, Levit, VI, 1, 4; VII, 4, 2
Amitala, X, 5, 2
Amonio, XIII, 4, 6
Amnón, VII, 1, 4 y ss.
Amoritis (Amorea), IV, 5, 1 y ss.; 7, 3
Amorreo, I, 6, 2
Amós, X, 3, 2; 4, 1
Amrafel, I, 9
Anacaris, X, 1, 1
Anán, Sumo Sacerdote, XVIII, 2, 1 y ss.; XIX, 6, 2; XX, 9, 1
Anán, centurión, XX, 6, 2
Ananel, XV, 2; 4; 3, 1; 3, 3
Ananías, compañero de Daniel, X, 10, 1 y ss.
Ananías, general, XIII, 10, 4; 13, 1 y ss.
Ananías, comerciante judío, XX, 2, 3
Ananías, Sumo Sacerdote, XX, 5, 2 y ss.
Anatot, X, 7, 3
Andréas, XII, 2, 2
Andrómaco, XVI, 8, 3
Andrónico, XIII, 3, 4
Anileo, XVIII, 9, 1 y ss.
Anoc, hijo de Cais, I, 2, 2
Anoc, hijo de Jared, I, 3, 4
Anoc, hijo de Madián, I, 15
Anoc, hijo de Rubén, II, 7, 4
Anteo, I, 15
Antejo, padre e hijo, XIX, 1, 15
Antígono, uno de los diádocos, XII, 1, 1
Antígono, hijo de Hircano, XIII, 10, 2 y ss.
Antígono, hijo de Aristobulo, XIV, 4, 5 y ss.; 12, 1; XVII, 5, 2.
Antíoco II, «Dios» de sobrenombre, nieto de Seleúco, XII, 3, 2
Antíoco III, el Grande, XII, 3, 3 y ss.
Antíoco IV, Epífanes, X, 11, 7; XII, 4, 11 y ss.; XV, 3, 1
Antíoco V, Eupátor, XII, 7, 2 y ss.
Antíoco VI, hijo de Alejandro Balas, XIII, 5, 1 y ss.
Antíoco VII, Soter, XIII, 7, 1 y ss.
Antíoco VIII, Gripo, XIII, 9, 3 y ss.
Antíoco IX, de Cízico, XIII, 10, 1 y ss.
Antíoco X, el Piadoso (Eusebés), XIII, 8, 2 y ss.
Antíoco XI, hijo de Antíoco Gripo, XIII, 13, 4
Antíoco XII, XIII, 13, 4
Antíoco, rey de Comagene, XIV, 15, 9
Antíoco, rey de Comagene, XVIII, 2, 5 y ss.

Antíoco Epífanes, hijo de Antíoco de Comagene, XIX, 9, 1; XX, 7, 1
Antioquía, capital de Siria, XII, 9, 7 hasta XIV, 2, 6; XVII, 2, 1; 5, 7; 11, 1
Antioquía Epimigdonia, XX, 3, 3
Antipas, hijo de Herodes el Grande, XVII, 1, 3 y ss.
Antípatro, antes llamado Antipas, XIV, 1, 3 y ss.
Antípatro, hijo de Herodes el Grande, XVI, 2, 3 y ss.
Antípatro, hijo de Jasón, XIII, 5, 8
Antípatro, samaritano, XVII, 4, 2
Antípatro, hijo de Fasael, XVIII, 5, 4
Antípatro, sobrino de Herodes, XVII, 1, 3; XVIII, 5, 4
Antípatro, hijo de Eneas, XIV, 10, 12
Antonia, esposa de Druso, XVIII, 6, 1
Antonia, hija de Claudio, XX, 8, 1
Antonia, ciudadela de Jerusalén, XIII, 11, 2; XV, 8, 5; 11, 4; XVIII, 4, 3
Antonio, cónsul, XIV, 4, 3
Antonio, propretor, XIV, 10, 17
Antonio, procuestor, XIV, 10, 13
Antonio Marco, XIV, 5, 2 y ss.
Apame, XI, 3, 5
Apamea, XIII, 7, 2; XIV, 3, 2; XV, 4, 2
Apeles, comandante, XII, 6, 2
Apión, docto alejandrino, XVIII, 8, 1
Apobaterion, I, 3, 5
Apolo, XVII, 11, 1
Apolódoto, XIII, 13, 3
Apolonia, XIII, 15, 14
Apolonio, lugarteniente de Antíoco Epífanes en Samaria, XII, 5, 5
Apolonio, lugarteniente de Alejandro Balas en Cele-Siria, XIII, 4, 3 y ss.
Apolonio, hijo de Alejandro, XIII, 9, 2; XIV, 10, 22
Aponio, XIX, 4, 5
Apsanes, V, 7, 13
Aquemayo, VII, 12, 4
Aquiab, XV, 7, 8; XVII, 7; 10, 4
Aquiala, IX, 10, 3
Aquías, VIII, 7, 7; 11, 1; X, 4, 4
Aquiba, X, 3, 1
Aquilao, VII, 11, 8
Aquilas, XIX, 1, 14
Aquilea, XVI, 4, 1
Aquilo, VII, 5, 4
Aquima, VI, 13, 10; VII, 1, 4
Aquimán, VII, 11, 4
Aquimas, VII, 9, 2; 10, 4; X, 8, 6
Aquimelec, VI, 12, 1; 12, 4 y 6
Aquinadab, VIII, 2, 3
Aquitob, VI, 6, 5; VIII, 1, 3
Aquitofel, VII, 9, 2 y ss.
Árabes, Arabia, I, 15; V, 6, 1; XIV, 1, 4; 5, 1; 9, 1 y ss.; XVII, 4, 1
Aradeo, I, 6, 2
Arado, I, 6, 2; XIII, 3, 4; XIV, 12, 6
Aram, arameos, I, 6, 4
Aramata, VIII, 15, 3 y ss.
Arán, I, 6, 5
Arases, IX, 12, 1 y ss.
Arbela, aldea de Galilea, XII, 11, 1; XIV, 15, 4
Areo, XII, 4, 10
Aretas, príncipe árabe, XIII, 13, 3; XVI, 9, 4 y ss.; XVIII, 5, 1 y ss.
Aretas, rey de Cele-Siria, XIII, 15, 2
Aretusa, XIV, 4, 4
Ariel, II, 7, 4
Arién, I, 6, 4
Arimán, IV, 7, 4
Arión, XII, 4, 7
Aristeo, XII, 2, 2 y ss.
Aristobulo, hijo de Hircano, XIII, 10, 2
Aristobulo, hijo de Alejandro Janeo, XIII, 16, 1
Aristobulo, hijo de Herodes, XV, 10, 1 y ss.
Aristobulo, hijo de Salomé, XVIII, 5, 4
Aristobulo, sobrino de Agripa el Grande, XX, 5, 2 y ss.
Aristobulo, hijo de Amintas, XIV, 10, 22

Aristón, XIX, 8, 3
Armaton, VIII, 12, 3
Armenia, I, 3, 5; 6, 4; XVIII, 2, 4; 4, 4
Arnón, IV, 5, 1
Arón, II, 13, 1; III, 2, 4; III, 8, 1 hasta IV, 4, 7; XX, 10, 1
Arquelaide, XVII, 13, 1; XVIII, 2, 2
Arquelao, rey de Capadocia, XVI, 1, 2 y ss.
Arquelao, hijo de Herodes, XVII, 1, 3 y ss.
Arquelao, esposo de Berenice, XIV, 6, 2
Arquelao, administrador del rey Arquelao, XVII, 13, 2
Arquelao, hijo de Quelcías, XIX, 9, 1; XX, 7, 1
Arruntio, Paulo, XIX, 1, 14
Arsaces, XIII, 5, 11; 8, 4
Arsácidas, XVIII, 2, 4
Arsam, XX, 4, 1
Arsinoe, XII, 2, 6
Artabano, XVIII, 2, 4; 9, 3 y ss.
Artabazes, XV, 4, 3
Artajerjes I, rey persa, XI, 6, 1 y ss.
Artaxías, XV, 4, 3
Aruceo, I, 6, 2
Arura, VI, 12, 4
Arús, XVII, 10, 9
Asabel, II, 7, 4
Asacarodas, X, 1, 5
Asael, VII, 1, 3
Asán, VIII, 11, 3 y ss.
Asarón, hijo de Rubén, II, 7, 4
Asarón, medida hebrea (unos dos litros), III, 6, 6; VIII, 3, 6
Ascalón, V, 1, 22; VI, 1, 2; XII, 4, 5; XVI, 8, 4; XVII, 9, 5
Ascanaxes, Ascanáser, I, 6, 1
Asenet, II, 6, 1
Aser, I, 19, 7
Asineo, XVIII, 9, 1 y ss.
Asinio, XIV, 8, 3
Asmoneos, XIV, 16, 4; XVII, 6, 3
Asoquis, XIII, 12, 4
Asor, V, 5, 1; 5, 4; 6, 1; XIII, 5, 7
Asprenas, XIX, 1, 13 y ss.
Asur, I, 6, 4
Asuris, I, 15
Astabaros, I, 6, 2
Astaboras, II, 10, 2
Astapo, II, 10, 2
Astarté, VIII, 5, 3
Astiages, X, 11, 4
Atenienses, XIV, 8, 5
Atenión, XII, 4, 3
Atone, XIV, 1, 4
Atronges, XVII, 10, 7
Augusto, XVI, 6, 2; XVIII, 2, 2
Auranitis, XV, 10, 1 y ss.; XVIII, 11, 4
Auza, VIII, 13, 2
Axioram, X, 8, 6
Aza, XII, 11, 2
Azael, VIII, 13, 7
Azarías, IX, 10, 4; X, 8, 6 y ss.
Azarías, XII, 8, 6
Azav, I, 6, 5
Azeca, VI, 9, 1; VIII, 10, 1
Azizo, XX, 7, 1; 8, 4
Azot, V, 1, 22; VI, 1, 1; XIII, 4, 4 y ss.; XVII, 8, 1; 11, 5

Baal, IX, 6, 6
Baalis, X, 9, 2 y ss.
Babas, XV, 7, 10
Babel, I, 4, 3
Babilonia, I, 4, 3; X, 2, 2; 11, 1 y ss.; XVIII, 9, 1
Babilonia, castillo del Bajo Egipto, II, 15, 1
Bad, VIII, 2, 9; 3, 5
Badacrus, IX, 6, 3
Bagátous, XI, 6, 4
Bagoses, XI, 7, 1
Balla, I, 19, 7
Baladas, X, 2, 2
Balam, IV, 6, 2 y ss.
Balas, I, 9
Balet, VIII, 6, 1
Baltasar, X, 11, 2 y ss.
Banayas, hijo de Joad, VII, 5, 4; 11, 8; 12, 4
Banayas, hijo de Aquilo, VIII, 2, 3
Banquides, XII, 10, 2; 10, 11; XIII, 1, 1; 1, 6
Barac, V, 5, 2 y ss.

Baris, hijo de Aser, II, 7, 4
Baris, montaña armenia, I, 3, 6
Baris, castillo de Jerusalén, XV, 11, 4
Barnabazo, XI, 6, 4
Barsas, I, 9
Barsube (Bersaba), VI, 3, 2
Baruc, X, 6, 2 y ss.
Barzafarnes, XIV, 3, 3 y ss.; XX, 10, 1
Basael, III, 6, 1
Basanes, VIII, 11, 4 y ss.
Basemata, I, 18, 9
Básima, VIII, 2, 3
Baso, Cecilio, XIV, 11, 1 y ss.
Batanea, IX, 8, 1; XII, 3, 3; XV, 10, 1; XVII, 2, 1; 8, 1
Batilo, XVII, 4, 3
Batira, XVII, 2, 2
Batuel, hijo de Nacor, I, 6, 5
Batuel, padre de Rebeca, I, 16, 2
Bel, VIII, 13, 1
Belsefonte, II, 15, 1
Belsefonte, VII, 8, 2
Belsemo, XI, 2, 2
Benjamín, I, 21, 3 y ss.
Berenice, hija de Agripa el Grande, XVIII, 5, 4 y ss.
Berenice, esposa de Aristobulo, XVI, 1, 2 y ss.
Berenice, hija de Julio Arquelao, XX, 7, 1
Berenice, ciudad, VIII, 6, 4
Bereniciano, XX, 5, 2
Berito, XVI, 11, 2; XVII, 10, 9; XIX, 7, 5; XX, 9, 4
Beroso, I, 3, 6; 3, 9; 7, 2; X, 1, 4; 2, 2; 11, 1
Berota, V, 1, 18
Beroya, XII, 9, 7; XIII, 14, 3; XX, 10, 1
Bersabé, VII, 7, 1 y ss.; VIII, 1, 2
Bersuba, I, 12, 1
Bersubee, VIII, 13, 7
Berzeleo, VII, 9, 8
Beseleel, III, 8, 4
Besira, VII, 1, 5
Betalag, XIII, 1, 5
Betaramfta, XVIII, 2, 1
Betel, I, 19, 2; 21, 2; V, 1, 22; VIII, 8, 4; 11, 3
Betela, XIII, 1, 3
Betlem, V, 2, 8; 7, 13; 9, 2; VI, 8, 1; VII, 1, 3; VIII, 10, 1
Betom, XIII, 14, 2
Betsaida, XVIII, 2, 1
Betsam, VI, 1, 3
Betsemer, IX, 9, 1 y ss.
Betsur, VIII, 10, 1; XII, 7, 5 y ss.; XIII, 5, 6
Betzacaría, XII, 9, 4
Bezeca, V, 2, 2
Bizancio, XVI, 2, 2
Boaz, VIII, 3, 4
Boaz, esposo de Rut, V, 9, 2 y ss.
Bobelón, XI, 4, 9
Bocorías, VII, 11, 6
Boeto, XV, 9, 3; XVII, 4, 2; XIX, 6, 2
Boeto, padre de Joazar, XVII, 13, 1
Bosora, IV, 7, 4; XII, 8, 3
Bósporo, XVI, 2, 2
Botris, VIII, 13, 2
Británico, XX, 8, 1 y ss.
Broco, XIX, 3, 4
Brundisio, XIV, 14, 3
Bruto, XIV, 11, 1; XIX, 2, 2
Bubastis, XIII, 3, 2
Burro, XX, 8, 2 y ss.

Cabalón, VIII, 5, 3
Cabarzaba, XIII, 5, 1
Cabrotaba, III, 13
Caifás, Sumo Sacerdote, XVIII, 2, 2
Caína, VI, 13, 2
Caínas, I, 3, 2; 3, 4
Cais, I, 2, 1 y ss.
Calcis, XIV, 7, 4; XIX, 5, 1
Caldeos, I, 6, 4
Caleb, V, 2, 3
Calias, XVII, 1, 1
Calimandro, XIII, 10, 2
Calirroe, XVII, 6, 5
Calisto, XIX, 1, 10
Cam, I, 4, y ss.
Cambises, II, 10, 2; XI, 2, 1 y ss.
Camit, XVIII, 2, 2
Camón, V, 7, 6
Campania, XVII, 7, 2; XIX, 1, 1
Camuel, I, 6, 5

Camus, XX, 1, 3
Cana, XIII, 15, 1; XV, 5, 1
Canán, I, 6, 2
Cananea, I, 6, 2 y ss.
Cananeas, III, 7, 1
Caninio Galo, XIV, 16, 4
Canteras, XIX, 6, 2 y ss.
Capadocia, XVI, 2, 2 y I, 6, 2 (sus habitantes)
Cápreas (Capri), X, 9, 2
Cáreas, X, 9, 2
Cariatiarim, V, I, 16; VI, 1, 4
Carios, XI, 8, 1
Carmelo, V, 1, 22; VIII, 13, 5
Carnaín, XII, 8, 4
Caro, XVII, 2, 4
Caronte, XIX, 9, 1
Carra, I, 6, 5; 9, 3; 16, 1
Carras, XX, 2, 2
Casandro, XII, 1, 1
Casio, XIV, 7, 3
Casio Longino, XV, 11, 4; XX, 1, 1
Caspias Puertas, XVIII, 4, 4
Cayo (Calígula), XVII, 9, 7; XVIII, 4, 5 y ss.; XIX, 1, 1 y ss.
César, Julio, XIV, 7, 4 y ss.
César Augusto, XV, 5, 1 y ss.
Cesarea junto al Mar, XIII, 11, 2; XV, 8, 5; 9, 6; XVI, 5, 1; XVII, 9, 5; XIX, 9, 1; XX, 8, 9
Cesarea de Filipos, XVIII, 2, 1; XX, 9, 4
Cesonia, XIX, 2, 4
Cicerón, XIV, 4, 3
Cila, VI, 13, 1
Cilicia, I, 6, 1; XIII, 3, 4; XVII, 5, 1; XVIII, 5, 4
Cincar, III, 6, 7
Ciniras, XIX, 1, 13
Cipro, hija de Herodes el Grande y de Mariame, XVIII, 5, 4
Cipro, hija de Antípatro y esposa de Alexas Helcías, XVIII, 5, 4
Cipro, hija de Alexas Helcías, XVIII, 5, 4
Cipro, hija de Fasael, XVIII, 5, 4
Cipro, castillo cercano a Jericó, XVI, 5, 2
Circenses (juegos), XIX, 1, 4
Cirene, XIV, 7, 2; XVI, 6, 5
Cition, I, 6, 1
Cízico, XIII, 10, 1
Claudio, III, 15, 3; XV, 11, 4; XIX, 1, 2 y ss.
Clazómenas, XX, 11, 1
Clemente, XIX, 1, 6; 1, 19
Cleodemo, I, 15
Cleopatra, esposa de Ptolemeo Epífanes, XII, 4, 1
Cleopatra, hija de Ptolemeo Filométor, XIII, 4, 1 y ss.
Cleopatra, la famosa reina de Egipto, XIV, 13, 1 hasta XV, 5, 1
Cleopatra, esposa de Herodes el Grande, XVII, 1, 3
Cleopatra, esposa de Gesio Floro, XX, 11, 1
Cleopatra, nombre de la reina siria Selene, XIII, 16, 4
Clusio Galo, Publio, XIV, 10, 19
Cluvio, XIX, 1, 13
Cnido, XIII, 13, 4
Comagene, XVIII, 5, 4; XIX, 5, 1
Coponio, procurador de Judea, XVIII, 1, 1; 2, 2
Cor, medida hebrea, III, 15, 3; XV, 9, 2
Córdoba, XIX, 1, 3
Core, II, 1, 2
Corea, XIV, 3, 4
Cores, IV, 2, 2 y ss.
Cornelio Fausto, XIV, 4, 4
Cornelio, Gayo, XIV, 10, 10
Cornelio Léntulo, XIV, 10, 14
Cornelio Longino, XIV, 10, 19
Cornelio Sabino, XIX, 1, 7 y ss.
Cornelio, XX, 1, 2
Correa, VI, 2, 2
Cos, XIV, 7, 2; XVI, 2, 2. Sus habitantes en XIV, 10, 15
Costóbaro, esposo de Salomé, XV, 7, 9 y ss.; XVI, 7, 6
Costóbaro, pariente de Agripa el Joven, XX, 9, 4
Cotardes, XX, 3, 4

Cotilas, sobrenombre del tirano Zenón de Filadelfia, XIII, 8, 1
Cotis, XIX, 8, 1
Coze, XV, 7, 9
Craso, XIV, 6, 4 y ss.
Creta, XVII, 12, 1 y ss.
Ctesifonte, XVIII, 2, 4; 9, 9
Cuadrato, XX, 6, 2
Cumano, XX, 5, 2 y ss.
Cuspio Fado, XIX, 9, 2 y ss.

Dadán, I, 15
Dagón, VI, 1, 1; XIII, 4, 4
Dagón, XIII, 8, 1
Daher, XVIII, 4, 4; XX, 4, 2
Daisio, XIV, 10, 22
Dalila, V, 8, 11
Damasco, I, 6, 4; IX, 12, 3; XIV, 2, 3; XVIII, 6, 3
Dan, I, 19, 7; II, 7, 4; V, 1, 22
Dan, un lugar junto a las Fuentes del Jordán, VIII, 8, 4
Dana o Dan, ciudad, V, 3, 1; VIII, 12, 4
Daniel, hijo de David, VII, 1, 4
Daniel, profeta, X, 10, 1 y ss.
Dárdano, VIII, 2, 5
Dárico, moneda persa, III, 8, 10
Darío, hijo de Histaspes, rey persa, X, 11, 2 y ss.; XI, 3, 1 y ss.; XV, 11, 1
Darío III, rey persa, XI, 8, 1; 8, 3
Darío, hijo del rey parto Artabano, XVIII, 4, 5
Datam, IV, 2, 2 y ss.
Datema, XVIII, 8, 1
David, VI, 8, 1 hasta VII, 5, 13
Débora, V, 5, 2
Declas, I, 6, 4
Delio, XIV, 15, 1; XV, 2, 6
Delos, XIV, 10, 8
Demetrio, I, hijo de Seleúco, XII, 10, 1 y ss.
Demetrio II, Nicátor, XIII, 4, 3 y ss.
Demetrio III, Eúcairo, XIII, 13, 4 y ss.
Demetrio Falereo, XII, 2, 1 y ss.
Demetrio, hijo de Andrómaco, XVI, 8, 3
Demetrio, liberto de Pompeyo, XIV, 4, 4
Demetrio, esposo de Mariame, XX, 7, 3
Demóteles, XII, 4, 10; XIII, 5, 8
Didor, I, 15
Diglat, I, 1, 3
Dicearquía (Putéoli), XVII, 12, 1; XVIII, 7, 2
Dina, I, 19, 8; 21, 12
Diocles, X, 11, 1
Diodoro, XIII, 9, 2
Diódoto, XIII, 5, 1
Diógenes, XIII, 16, 2
Dión, ciudad siria, XIII, 15, 3; XIV, 4, 2
Dión, ciudad macedonia, XI, 8, 5
Dionisio, hijo de Asclepiades, XIV, 8, 5
Dionisio, hijo de Dionisio, XIV, 8, 5
Dionisio de Halicarnaso, VIII, 6, 2
Dios, VIII, 5, 3
Dios, nombre de un mes macedonio, I, 3, 3
Dodias, VII, 12, 4
Doec, VI, 12, 1; 12, 4
Dolabela, XIV, 10, 9 y ss.
Domiciano, XX, 11, 2
Domicio Calvino, XIV, 4, 5
Domicio Ahenobarbo, XX, 8, 1
Dora, V, 1, 22; XIII, 7, 2; XIX, 6, 3
Dorán, XX, 8, 5
Doris, XIV, 12, 1; XVII, 4, 2
Doroteo, funcionario de Ptolemeo Filadelfo, XII, 2, 12
Doroteo, hijo de Natanael, XX, 1, 2
Dorto, XX, 6, 2
Dositeo, padre de Simón, XIII, 9, 2
Dositeo, siervo de Hircano, XV, 6, 2
Dotaim, IX, 4, 3
Drusila, XVIII, 5, 4 y ss.
Druso, hijastro de Augusto, XV, 9, 6
Druso, hijo de Tiberio, XVIII, 6, 1 y ss.

Druso, hijo de Agripa el Grande, XVIII, 5, 4

Ebal, I, 6, 4
Ebán, VII, 3, 3
Ebida, I, 15
Ecarampsaris, X, 8, 2
Ecbatana, X, 11, 7; XI, 4, 6
Ecdipo, V, 1, 22
Ednaeo, VIII, 15, 2
Edoram, I, 6, 4
Efeso, XVI, 2, 2; 6, 4
Eforo, I, 3, 9
Efraim, I, 14
Efrán, V, 6, 7
Efrata, I, 21, 3
Efrón, XII, 8, 5
Efud, XIII, 7, 5
Egayas, XI, 8, 1
Egipto, I, 6, 2 y ss.
Egita, VII, 14, 4
Egla, VII, 1, 4
Eglón, V, 4, 1
Elam, I, 6, 4
Elán, VIII, 12, 4
Elana, VIII, 6, 4
Eldas, I, 15
Eleazar, hijo de Moisés, II, 13, 1
Eleazar, hijo de Arón, III, 8, 1; IV, 3, 4
Eleazar, hijo de Dodias, VII, 12, 4
Eleazar, Sumo Sacerdote, preámbulo, 3; XII, 2, 5 y ss.
Eleazar, hijo de Matatías, XII, 6, 1
Eleazar, fariseo, XIII, 10, 5 y ss.
Eleazar, tesorero del Templo, XIV, 7, 1; XX, 9, 3
Eleazar, hermano de Joazar, XVII, 13, 1
Eleazar, hijo de Anán, XVIII, 2, 2
Eleazar, un gigante, XVIII, 4, 5
Eleazar, judío de Perea, XX, 1, 1
Eleazar, judío de Galilea, XX, 2, 4
Eleazar, hijo de Dineo, XX, 6, 1
Eleazar, mago, VIII, 2, 5
Eleón, V, 7, 14
Eleusinia Festividad, XIV, 8, 5
Eleutero, XIII, 4, 5; 5, 10; XV, 4, 1
Elí, V, 9, 1 y ss.
Eliab, III, 8, 4
Eliacías, X, 4, 1 y ss.
Eliacim, X, 1, 2; 5, 2
Elías, VIII, 13, 4 y ss.
Eliasib, XI, 5, 4
Elién, VII, 3, 3
Elimelec, V, 9, 1
Elio Galo, XV, 9, 3
Elioneo, XIX, 8, 1
Elis, III, 1, 3
Eliseo, VIII, 13, 7; IX, 3, 1 y ss.
Elmodad, I, 6, 4
Elom, VIII, 10, 1
Elón, II, 7, 4
Emaón, VIII, 2, 5
Emaús, XIII, 1, 3; XIV, 11, 2; XVII, 10, 7; 10, 9
Emesa, XVIII, 5, 4; XIX, 8, 1; XX, 7, 1; 8, 4
Elián, III, 7, 2
Emilio Régulo, XIX, 1, 3
Eneas, hijo de Antípatro, XIV, 10, 22
Eneas, rey árabe, XVI, 9, 4
Engadi, VI, 13, 4; IX, 1, 2
Ennafen, VII, 3, 3
Enner, I, 10, 2
Eno, hijo de Set, I, 3, 2
Epafrodito, preámbulo 2
Epícrates, XIII, 10, 2
Epicúreos, los, XIX, 1, 5
Ericas, IX, 12, 1
Eroge, IX, 10, 4
Eroedes, II, 7, 4
Erón, III, 6, 5
Esaías, X, 1, 3 y ss.
Esaú, I, 18, 1 y ss.
Escauro, XIV, 2, 3; 5, 1
Escipión, XIV, 7, 4; 10, 1
Escitópolis, V, 1, 22; VI, 14, 8; XII, 3, 3; 8, 5; XIV, 5, 3
Escoles, I, 10, 2
Esdras, XI, 5, 1 y ss.
Esebeón, I, 18, 4
Esebón, XIII, 15, 4
Esenes, III, 7, 5
Esenios, los, XIII, 5, 9; XV, 10, 4 y ss.; XVIII, 1, 2 y ss.
Esermot, III, 13
Esopo, XV, 3, 2
Ester, XI, 6, 2 y ss.

Estrabón, XIII, 10, 4 y ss.; XIV, 4, 3 y ss.; XV, 1, 2
Estratón, XIII, 14, 3
Estratón, Torre de, XIII, 11, 2; 12, 2; XIV, 4, 4; XV, 8, 5; 9, 6; XVII, 2, 4; XIX, 8, 3
Etame, VIII, 10, 1
Etam, VIII, 7, 3
Etán, VIII, 2, 5
Etí, VII, 10, 1
Eucles, XIV, 8, 5
Eufemo, XIV, 10, 25
Eufrat, I, 1, 3; X, 6, 1
Eupólemo, XII, 10, 6
Enricles, XVI, 10, 1
Eutico, liberto de Agripa el Grande, XVIII, 6, 5 y ss.
Eutico, mozo de cuadra de César Cayo, XIX, 4, 4
Eva, I, 1, 2 y ss.
Evarato, XVI, 10, 2
Evilas, I, 6, 2
Evilates, I, 6, 4
Evileos, los, I, 6, 2
Evodo, liberto de Tiberio, XVIII, 6, 8 y ss.
Ezequías, jefe de bandoleros, XIV, 9, 2; XVII, 10, 5
Ezequías, rey de los judíos, IX, 12, 3 y ss.

Fabato, XVII, 3, 2
Fabí, XVIII, 2, 2; XX, 8, 8
Fabio, comandante de Damasco, XIV, 11, 7
Fabio, centurión, XIV, 4, 4; 12, 1
Faceas, IX, 11, 1
Falao, IV, 2, 2
Falec, I, 6, 4
Falión, XIV, 2, 3
Falna, VII, 3, 3
Falo, II, 7, 4
Fanio, pretor, XIII, 9, 2
Fanio, propretor, XIV, 10, 13
Fanio, Cayo, cónsul, XIV, 10, 15
Fanuel, I, 20, 2; VIII, 6, 1 y ss.
Faraón, I, 8, 1; II, 4, 1 y ss.; VIII, 6, 1 y ss.
Faratón, V, 7, 15; XIII, 1, 3
Fares, II, 7, 4
Fariseos, los, XIII, 5, 4; XVII, 2, 4; XVIII, 1, 2 y ss.
Farmuti, II, 14, 6
Fasael, hermano de Herodes, XIV, 7, 4; 9, 2; 9, 5; 11, 7; 13, 5 y ss.; 13, 10
Fasael, hijo de Herodes, XVII, 1, 3
Fasael, sobrino de Herodes, XVII, 1, 13; XVIII, 5, 4
Fasael, hijo de Feroras, XVI, 7, 6; XVII, 1, 3
Fasael, Torre de Jerusalén, XVI, 5, 2; XVII, 10, 2
Fasaelis, XVI, 5, 2; XVII, 8, 1; 11, 5; XVIII, 2, 2
Fedra, XVII, 1, 3
Feldas, I, 6, 5
Félix, XX, 7, 1 y ss.
Feltías, VII, 1, 4; VI, 13, 8
Fenana, V, 10, 2
Feroras, XIV, 7, 3; 15, 4; XV, 10, 3; XVI, 7, 3 y ss.; XVII, 1, 2; 2, 4
Fetrosim, I, 6, 2
Fícola, XII, 4, 2
Fideas, X, 8, 6
Fídias, XIX, 1, 1
Filadelfia, XIII, 8, 1; XX, 1, 1
Filipión, XIV, 7, 4
Filipo, rey de Macedonia, XI, 8, 1; XIX, 1, 13
Filipo, pariente de Antíoco Epífanes, XII, 9, 2
Filipo, hijo de Antíoco Gripo, XIII, 13, 4; 14, 3
Filipo, hijo de Herodes el Grande, XVII, 1, 3 hasta XVIII, 5, 4
Filipo, hijo de Jacim, XVII, 2, 3
Filipos, XIV, 12, 2 y ss.
Filón de Alejandría, XVIII, 8, 1
Filostéfano, XIII, 12, 5
Filóstrato, X, 11, 1
Finees, hijo de Eleazar, IV, 6, 12, y ss.
Finees, hijo de Elí, V, 10, 1 y ss.
Finees, el último Sumo Sacerdote, XX, 10
Fisón, I, 1, 3
Flaco, gobernador de Siria, XVIII, 6, 2 y ss.

Flavio, XIV, 10, 10; XVI, 6, 5
Floro, Gesio, procurador de Judea, XIX, 9, 2; XX, 9, 5 y ss.
Fora, I, 1, 3
Fortunato, XVIII, 7, 2
Fulvia, XVIII, 3, 4
Furio, centurión, XIV, 4, 4
Futer, I, 6, 2
Futes, I, 6, 2
Futo, I, 6, 2

Gaal, V, 7, 3
Gaam, I, 6, 5
Gaba, V, 28; VI, 8, 1; VIII, 12, 4
Gaba, ciudad de Galilea, XV, 8, 5
Gabala, XIII, 15, 4
Gabaón, V, 1, 16; VI, 6, 2; VII, 11, 7; 12, 1
Gabares, VIII, 2, 3
Gabata, V, 1, 29; VI, 4, 2; 4, 6
Gabata, ciudad filistea, VIII, 10, 4
Gabinio, XIV, 3, 2 y ss.
Gad, hijo de Jacob, I, 19, 7; II, 7, 4
Gad, adivino, VII, 13, 2
Gádara, V, 1, 22; XII, 3, 3; XIII, 13, 5; XV, 10, 2 y ss.; XVII, 11, 4
Gadias, XV, 7, 8
Galaditis, I, 19, 11; II, 3, 3; IV, 5, 3; IX, 11, 1
Gálatas, los, I, 6, 1
Galba, XVIII, 6, 9
Galbat, VI, 11, 5
Gálgala, V, 1, 11; VII, 11, 4
Galilea, IX, 11, 1; XIII, 2, 3; XVII, 8, 1
Gamala, XIII, 15, 3; XVIII, 1, 1
Gamaliel, XX, 9, 4
Ganges, I, 1, 3
Garizín, IV, 8, 44; V, 1, 19; XII, 1, 1; XIII, 3, 4; templo en el mismo: XI, 8, 2; XIII, 9, 1
Gasiongabel, VIII, 6, 4
Gaulana, IV, 7, 4; XIII, 15, 3
Gaulanitis, IV, 5, 3; XVII, 8, 1
Gaza, V, 1, 22; V, 8, 10; VI, 1, 2; IX, 13, 3; XI, 8, 3 y ss.; XIII, 5, 5; 13, 3; XIV, 5, 2; XVII, 11, 4
Gazara, VII, 4, 1; 12, 2; VIII, 6, 1; XIII, 1, 3
Gedeón, V, 6, 2 y ss.; VII, 7, 2
Gelboé, VI, 14, 2
Gelmón, VII, 9, 8
Gemelo, XVI, 8, 3
Genesar (Genezaret), V, 1, 22; XVIII, 2, 1 y ss.
Geón, I, 1, 3
Gerara, I, 12, 1; 18, 2; VIII, 12, 2
Geras, padre de Ehud, V, 4, 2
Geras, padre de Semei, VII, 9, 4
Gergeseo, I, 6, 2
Germánico, XVIII, 2, 5; 6, 8; XIX, 1, 15; XX, 8, 1
Germanos, los, XVII, 8, 4; XIX, 1, 15
Gerso, II, 13, 1
Gersom, II, 7, 4
Gesiros, los, VII, 1, 4
Gesio, Floro, ver Floro.
Getram, VII, 1, 4
Getsura, VII, 8, 3
Gibal (Ebal), IV, 8, 44
Ginea, XX, 6, 1
Gita, VI, 1, 2; 12, 2; IX, 8, 4; 10, 3
Gita, castillo de Idumea, XIV, 15, 10
Glafira, XVI, 1, 2; XVII, 1, 2; 13, 1 y ss.
Gobolitis, II, 1, 2; III, 2, 1
Godolías, X, 9, 1 y ss.
Goliat, VI, 9, 1 y ss.
Gomar, I, 6, 1
Gorgias, XII, 7, 3
Gotam, II, 1, 2
Gotolia, VIII, 15, 3
Gránico, XI, 8, 1
Grato, XVII, 10, 3 y ss.
Grato, XIX, 3, 1
Griegos, los, I, 6, 1
Gunis, II, 7, 4

Halcón, XIX, 1, 20
Halicarnaso, XIV, 10, 23
Heber, I, 6, 4
Hecateo, I, 3, 9; 7, 2; XII, 2, 4
Hecatombeón, IV, 4, 7
Helánico, I, 3, 9
Helena, XX, 2, 1 y ss.
Helesponto, XI, 8, 1; XII, 1, 1
Heliópolis, ciudad siria, XIV, 3, 2

Heliópolis, ciudad del Bajo Egipto, II, 7, 6; XII, 9, 7; XIII, 3, 1; 3, 2; XX, 10, 1
Helix, XIV, 11, 7
Helón, I, 18, 4
Heracles, I, 15; VIII, 5, 3
Heracleón, XIII, 13, 4
Herenio, Capitón, XVIII, 6, 3
Hermas, XIV, 10, 21
Herodes el Grande, XIV, 7, 3 y ss.
Herodes, hijo de Herodes el Grande y de Mariame, XVII, 1, 1 y ss.
Herodes, hijo de Herodes el Grande y de Cleopatra, XVII, 1, 3
Herodes, hijo de Aristobulo y de Berenice, XVIII, 5, 4
Herodes, hijo de Aristobulo y de Salomé, XVIII, 5, 4
Herodes, hijo de Fasael, XVIII, 5, 4
Herodes, rey de Calcis, XIX, 8, 1
Herodías, hija de Aristobulo, XVIII, 5, 1 y ss.
Herodio, XV, 9, 4; XVI, 2, 1; XVII, 8, 4
Heródoto de Halicarnaso, VIII, 10, 2 y ss.; X, 1, 4
Hesíodo, I, 3, 9
Hin, III, 8, 3; 9, 4; VIII, 3, 8
Hiperbereteo, III, 10, 2; VIII, 4, 1
Hipo, XIV, 4, 4; XVII, 11, 4
Hipsícrates, XIV, 8, 3
Hiram, VII, 3, 2 y ss.
Hircania, XIII, 16, 3; XIV, 5, 4; XV, 10, 4; XVI, 2, 1; XVII, 7
Hircano, Sumo Sacerdote, VII, 15, 3; XIII, 8, 1 y ss.; XX, 10, 1
Hircano, hijo de Alejandro Janeo, XIII, 16, 1 y ss
Hircano, hijo de José, XII, 4, 6 y ss
Hircano, hijo de Herodes, XX, 5, 2
Holofantes, IV, 7, 5
Homero, VII, 3, 2
Hortensio, Quinto, XIV, 1, 2
Hotniel, V, 3, 3

Iberos, los, I, 6, 1; XVIII, 4, 4
Ide, XVIII, 3, 4
Idumas, I, 12, 4
Idumea, II, 1, 1; IV, 4, 5; VII, 5, 4; IX, 3, 1; 9, 1; XV, 7, 9; XVI, 9, 3
Ipa, VIII, 10, 1
Ireneo, XVII, 9, 6
Isac, I, 10, 5 y ss.
Isacar, I, 19, 8
Isamac, III, 6, 1
Isana, VIII, 11, 3
Isanas, XIV, 15, 12
Ismael, I, 10, 4 y ss.
Ismael, X, 9, 2
Isamel, Sumo Sacerdote, XVIII, 2, 2; XX, 8, 8
Isuis, II, 7, 4
Isus, hijo de Aser, II, 7, 4
Isus, Sumo Sacerdote, X, 8, 6
Itabirio, monte (el Tabor), V, 1, 22; XIII, 5, 4
Itamar, III, 8, 1
Itobal, VIII, 13, 1 y ss.; IX, 6, 6; X, 11, 1
Iturea, XIII, 11, 3
Izates, XX, 2, 1 y ss.

Jabac, I, 20, 2; IV, 5, 2
Jabata, X, 3, 2
Jabes, IX, 11, 1
Jabín, V, 5, 1
Jabisón, V, 2, 11; VI, 14, 8
Jacim, Sumo Sacerdote, XX, 10, 1
Jacim, hijo de Zamaris, XVII, 2, 3
Jacob, I, 18, 1 y ss.
Jacobo, hijo de Judas el Galileo, XX, 5, 2
Jacobo, el hermano de Jesucristo, XX, 9, 1
Jado, XI, 7, 2; 8, 7
Jadón, VIII, 8, 5 y ss.
Jaires, V, 7, 6
Jale, V, 5, 4
Jalel, II, 7, 4
Jalo, VII, 14, 10
Jámblico, XIV, 8, 1
Jamín, II, 7, 4
Jamnia, V, 1, 22; IX, 10, 3; XII, 8, 6; XIV, 4, 4; XVII, 8, 1; 11, 5; XVIII, 2, 2; 6, 3
Jaod, II, 7, 4
Jared, hijo de Anoc, I, 2, 2

Jared, hijo de Malael, I, 3, 2
Jasón, hijo de Eleazar, XII, 10, 6
Jasón, véase Jesús
Jaús, II, 1, 2
Jazar, I, 15
Jaziel, IX, 1, 2
Jazor, XII, 8, 1
Jebar, VII, 3, 3
Jebosto, VII, 1, 3 y ss.
Jebuseos, los, VII, 3, 1
Jedis, X, 4, 1
Jeglom, II, 1, 2
Jehú, profeta, VIII, 12, 3
Jehú, rey de Israel, VIII, 13, 7 y ss.
Jeldafas, I, 6, 5
Jenaé, VII, 3, 3
Jerasa, IX, 11, 2
Jeremías, X, 5, 1 y ss.
Jericó, IV, 6, 1; V, 1, 1 y ss.; XIII, 1, 3; XIV, 5, 4; XVII, 6, 3; 8, 2; 10, 6; 13, 1
Jerjes, XI, 1, 5 y ss.
Jeroboam, hijo de Nabateo, VIII, 7, 7 y ss.
Jeroboam, hijo de Joas, IX, 8, 7 y ss.
Jerónimo, I, 3, 6; 3, 9
Jerusalén, I, 10, 2; VII, 3, 2; V, 2, 2; VII, 3, 1; VII, 3, 2; VIII, 6, 1; XII, 1; XIV, 4, 2 y ss.; XIV, 5, 4; XIV, 6, 1 y ss.; XV, 8, 1; XX, 7, 2; 9, 7
Jes, II, 7, 4
Jese, V, 9, 4; VI, 8, 1
Jesel, II, 7, 4
Jesrael, VIII, 13, 6
Jesús, hijo de Nave, III, 2, 3 y ss.
Jesús, hijo de Josedec, Sumo Sacerdote, XI, 3, 10; 4, 1
Jesús, hijo de Judas, XI, 7, 1
Jesús (Jasón), hijo de Simón, Sumo Sacerdote, XII, 5, 1
Jesús, hijo de Fabel, Sumo Sacerdote, XV, 9, 3
Jesús, hijo de Damneo, Sumo Sacerdote, XX, 9, 1
Jesús, hijo de Josadac, Sumo Sacerdote, XX, 10, 1
Jesús, hijo de Gamaliel, Sumo Sacerdote, XX, 9, 4; 9, 7
Jesús Cristo, XVIII, 3, 3; XX, 9, 1
Jetarsas, VII, 10, 1; 15, 1
Jetur, I, 12, 4
Jezabel, VIII, 13, 1 y ss.
Jezanías, X, 9, 2
Jezequiel, X, 5, 1; 6, 3; 7, 2
Joab, VII, 1, 3 y ss.
Joac, X, 12
Joacaz, IX, 8, 1 y ss.
Joad, VII, 5, 4
Joacim, hijo de Josías, rey de los judíos, X, 5, 2 y ss.
Joacim, hijo de Jesús, Sumo Sacerdote, XI, 5, 1
Joas, hijo de Ocozías, IX, 7, 1 y ss.
Joas, hijo de Joaz, rey de Israel, IX, 8, 6 y ss.
Joatam V, 7.1 y ss
Joates, X, 4, 1
Joaz, IX, 8, 1 y ss.
Jobab, I, 6, 4
Jobel, I, 2, 2
Jodam, VII, 2, 2
Jodaus, IX, 7, 1 y ss.
Joel, VI, 3, 2
Jomnes, II, 7, 4
Jonadab, IX, 6, 6
Jonás, IX, 10, 1 y ss.
Jonatán, hijo de Saúl, VI, 6, 1 y ss.
Jonatán, hijo de Abiatar, VII, 9, 2
Jonatán, hijo de Samas, VII, 8, 3; 12, 2
Jonatán, hijo de Matatías (Matías), XII, 6, 1
Jonatán, hijo de Onías, XIV, 10, 10
Jonatán, hijo de Anán, Sumo Sacerdote, XVIII, 5, 3; XIX, 6, 4; XX, 8, 5
Jonatán, un saduceo, XIII, 10, 6
Jonia, I, 6, 1; XV, 2, 3
Jopa, IX, 10, 2; XI, 4, 1; XIII, 4, 4; XIV, 4, 4; 15, 1; XVII, 11, 4
Joram, hijo de Josafat, VIII, 15, 3
Joram, hijo de Azarías, Sumo Sacerdote, X, 8, 6
Joram, rey, IX, 2, 2 y ss.
Jordán, el, V, 3, 1; VIII, 8, 4; XIII, 1, 3; 1, 5
Josabet, IX, 7, 1
Josadoc, X, 8, 5 y ss.

Josafat, hijo de Aquilo, VII, 5, 4
Josafat, rey, VIII, 12, 6 y ss.
José, hijo de Jacob, II, 2, 1 y ss.
José, hijo de Tobías, XII, 4, 2 y ss.
José, hijo de Zacarías, XII, 8, 2; 8, 6
José, hijo de Meneo, XIV, 12, 3
José, hijo de Antípatro y hermano de Herodes, XIV, 7, 3; 13, 9
José, tesorero, XV, 6, 5
José, sobrino de Herodes, XVII, 1, 3; 10, 9; XVIII, 5, 4
José, hijo de Elem, XVII, 6, 4
José (Caifás), Sumo Sacerdote, XVIII, 2, 2 y ss.
José Cabi, Sumo Sacerdote, XX, 8, 11
José, hijo de Cam, Sumo Sacerdote, XX, 1.3; 5, 2
Josías, X, 4, 1
Josua, XVII, 13, 1
Josubac, I, 15
Jotapa, XVIII, 5, 4
Jotam, rey de Judea, IX, 10, 4 y ss.
Jotam, Sumo Sacerdote, X, 8, 6
Jotor, V, 2, 3
Jován, I, 6, 1
Jozar, XVII, 6, 4
Juan, general de los judíos, VIII, 15, 2
Juan, hijo de Careas, X, 9, 2 y ss.
Juan, hijo de Judas, Sumo Sacerdote, XI, 7, 1
Juan, hijo de Matatías, XII, 6, 1; XIII, 1, 2
Juan Hircano, XIII, 7, 4
Jubal, I, 2, 2
Jubas, XVII, 3, 4
Jucundo, XVI, 10, 3
Judadas, I, 6, 2
Judas, hijo de Jacob, I, 19, 8
Judas, hijo de Aminadab, XI, 4, 2
Judas Macabeo, XII, 6, 1 y ss.
Judas, esenio y adivino, XII, 11, 2
Judas, hijo de Capseo, XIII, 5, 7
Judas, hijo del bandolero Ezequías, XVII, 10, 5
Judas, hijo de Sarifeo, XVII, 6, 2 y ss.
Judas el Galileo, XVIII, 1, 1; 1, 6; XX, 5, 2
Judea, judíos, I, 6, 2; I, 7, 1 y ss.; II, 6, 1 y ss.; II, 9, 1 y ss.; III, 1 y ss.; XII, 10, 6; XVI, 7, 2; XVII, 9, 5
Juel, X, 8, 6
Julia (Livia), esposa de Augusto, XVI, 5, 1 y ss.
Julia, hermana de Calígula, XIX, 4, 3
Julia (Livia), ciudad de Perea, XVIII, 2, 1; XX, 8, 4
Julia, ciudad, antes llamada Betsaida, XVIII, 2, 1
Julio, XV, 3, 7
Júpiter Víctor, XIX, 4, 3

Labán, I, 6, 5; 16, 2
Labat, VII, 5, 5
Labim, I, 6, 2
Labín, IX, 5, 1
Labosordac, X, 11, 2
Lacedemonios, los, XII, 4, 10 y ss.; XIII, 5, 8
Lamec, I, 22; 3, 4
Laodice, XIII, 13, 4
Laodicea, XIV, 10, 20
Laquis, VIII, 10, 1; IX, 9, 3
Lástenes, XIII, 4, 3; 4, 9
Latópolis, II, 15, 1
Latusim, I, 15
Lemba, XIII, 15, 4
Léntulo, XIV, 10, 15; 10, 16
Leontópolis, XIII, 3, 2
Lépido, XIX, 1, 3; 1, 8
Lesbos, XVI, 2, 2
Leví, I, 19, 7; 21, 1
Lía, I, 19, 7
Líbano, Monte, III, 14, 2; V, 3, 1; VIII, 2, 3; 6, 3; XIX, 5, 1
Libia, I, 6, 2; 15; XVI, 6, 1
Libis, I, 6, 2
Lida, XIII, 4, 9; XIV, 11, 2; 15, 3; XX, 6, 2
Lidia, XI, 8, 1
Lidios, los, I, 6, 4
Lisanias, XIV, 13, 3; XV, 4, 1
Lisias, lugarteniente de Antíoco Epífanes, XII, 7, 2 y ss.
Lisias, bandolero, XIV, 3, 2
Lisímaco, uno de los diádocos, XII, 1, 1

Lisímaco, hermano de Apolódoto, XIII, 13, 3
Lisímaco, hijo de Pausanias, XIV, 10, 10; 12, 3
Lisímaco, noble judío, XV, 7, 8
Livia, ciudad árabe, XIV, 1, 4
Livio, XIV, 4, 3
Lobán, X, 5, 2
Lolio, XIV, 2, 3
Loos, nombre de un mes macedónico, IV, 4, 7
Lot, I, 6, 5 y ss.
Lúculo, XIII, 16, 4
Lud, I, 6, 4
Lúgduno, la actual Lión, XVIII, 7, 2
Luom, I, 15
Lupo, Julio, XIX, 2, 4; 4, 5

Maat, IX, 7, 4
Macam, VII, 1, 4
Macán, VIII, 10, 1
Macas, I, 6, 5
Macedonios, los, XI, 8, 1 y ss.; XII, 1, 1
Macma, VI, 6, 1; XIII, 1, 6
Mucón, VII, 5, 3
Macrón, XVIII, 6, 6; 6, 7
Madán, I, 15
Mades, I, 6, 1
Madián, I, 15
Madiana, II, 11, 1
Madianitas, IV, 6, 1 y ss.; V, 6, 1 y ss.
Magedo, VIII, 6, 1; IX, 6, 3
Magog, I, 6, 1
Malael, I, 3, 4
Malat, XVIII, 6, 2
Malco (Cleodemo), I, 15
Malco, árabe, preceptor de Antíoco, XIII, 5, 1
Malco, príncipe árabe, XIV, 14, 1 y ss.; XV, 6, 2
Maliat, V, 7, 10
Málico, XIV, 5, 2; 11, 2
Malon, V, 9, 1
Maltace, XVII, 10, 1
Mambre, I, 10, 2; 11, 2
Mambres, I, 10, 2
Manaem, rey de Israel, IX, 11, 1
Manaem, esenio, XV, 10, 5
Manasés, hijo de José, II, 6, 1; 7, 4; 12, 4
Manasés, rey de los judíos, X, 3, 1 y ss.
Manasés, hermano de Jado, XI, 7, 2
Manasés, Sumo Sacerdote, XII, 4, 1
Mandra, X, 9, 5
Manetón, I, 3, 9
Manlio, Lucio, XIII, 9, 2
Manoc, V, 8, 2
Maón, VI, 13, 2
Maquerunte, VII, 9, 8; XIII, 16, 3; XIV, 5, 4; XVIII, 5, 1
Mar, III, 1, 1
Mareot, VIII, 1, 3
Marari, III, 7, 4
Marcelo, Cayo, cónsul, XIV, 10, 13; 10, 19
Marcelo, XVIII, 4, 2
Marco, XIX, 5, 1
Mardoqueo, general, XI, 3, 10
Mardoqueo, tío de Ester, XI, 6, 2 y ss.
Maresa (Marisa), VIII, 10, 1; 12, 1; XII, 8, 6; XIII, 9, 1; XIV, 1, 4
Margalot, XVII, 6, 2
Mariame, hermana de Moisés, II, 9, 4; III, 6, 1; IV, 4, 6
Mariame, esposa de Herodes el Grande, XV, 6, 5 y ss.; XVII, 1, 3
Mariame, hija del Sumo Sacerdote Simón, esposa de Herodes el Grande, XV, 9, 3; XVII, 1, 3; 4, 2
Mariame, hija de Agripa el Grande, XVIII, 5, 4; XIX, 9, 1
Mariame, hija de José, XVIII, 5, 4
Mariame, esposa del etnarca Arquelao, XVII, 13, 4
Marión, XIV, 12, 1
Marsias, XVIII, 6, 3; 6, 10
Marsuane, nombre de un mes hebreo, v. *Dios*
Marso, XIX, 7, 2; 8, 1
Maruel, I, 2, 2
Marulo, XVIII, 6, 10

Masada, VII, 8, 3; XIV, 11, 7
Masmas, I, 12, 4
Masnaemptes, III, 7, 3
Matatías (Matías), padre de los Macabeos, XII, 6, 1 y ss.
Matatías (Matías), XIII, 5, 7
Matías, hijo de Teófilo, Sumo Sacerdote, XVII, 4, 2
Matías, hijo de Margalot, XVII, 6, 2
Matías, hijo de Anán, Sumo Sacerdote, XIX, 6, 4; 8, 1
Matías, hijo de Teófilo, Sumo Sacerdote, XX, 9, 7
Matusal, hijo de Maruel, I, 2, 2
Matusal, padre de Lamec, I, 3, 2
Mazac, I, 6, 1
Médaba, XIII, 1, 2; 9, 1; 15, 4; XIV, 1, 4
Medos, los, I, 6, 1; IX, 12, 3; X, 11, 4
Meeir, III, 7, 4
Megástenes, X, 11, 1
Melas, XVI, 10, 6
Melca, I, 6, 5
Melos, XVII, 12, 2
Melquis, VI, 6, 6
Melquisedec, I, 10, 2
Menandro, VIII, 5, 3; 13, 2; IX, 14, 2; XIV, 8, 5
Mende, X, 5, 1
Menedemo, XII, 2, 13
Menelao, véase Onías, XII, 5, 1
Menfibosto, VII, 5, 5 y ss.
Menfis, II, 10, 1; VIII, 6, 2; XII, 4, 3; 5, 2
Menófilo, XIV, 10, 25
Mentino, Lucio, XIII, 9, 2
Merob, VI, 6, 6
Meroe, II, 10, 2
Mesala, XIV, 4, 4; 13, 1
Mesalina, XX, 8, 1
Mesas, I, 6, 4
Mesopotamia, I, 7, 4; XVIII, 9, 1 y ss.
Mestreos (egipcios) y Mestre (Egipto), I, 6, 2
Metelo Crético, Quinto, XIV, 1, 2; 2, 3
Mía, XX, 1, 1
Mical, VI, 6, 6; 10, 3; VII, 1, 4
Micas, VII, 5, 5
Milesio, XIII, 15, 1
Mineo, VIII, 6, 2
Minuciano, Marco, XIX, 4, 3
Minuciano, Anio, XIX, 1, 3 y ss.
Miqueas, VIII, 14, 5; X, 6, 2
Misael, X, 10, 1
Misán, IX, 3, 1
Miseno, XIX, 1, 1
Mitilene, XV, 10, 2; XVI, 2, 2
Mitrídates, rey del Ponto, XIV, 3, 4
Mitrídates, parto, XIV, 6, 4
Mitrídates, rey de Pérgamo, XIV, 8, 1
Mitrídates, rey parto, XVI, 8, 4
Mitrídates, un noble parto, XVIII, 9, 6 y ss.
Mnaséas, I, 3, 6
Moab, I, 11, 5
Moabitas, los, I, 11, 5; V, 4, 1 y ss.; IX, 1, 2
Moco, I, 3, 9
Modiim, XII, 6, 1; 11, 2
Modio, XIV, 2, 2
Moisés, preámbulo, 4; II, 9, 4 y ss.
Monóbazo Bazeo, rey de Adiabene, XX, 2, 1 y ss.
Monóbazo, hijo de Monóbazo Bazeo, XX, 2, 1 y ss.
Mopsuestia, XIII, 13, 4
Moria, Monte, I, 13, 1
Mosoc, I, 6, 1
Muciano, XII, 3, 1
Mundo, Decio, XVIII, 3, 4
Muqueo, XI, 6, 1
Murco, XIV, 11, 1 y ss.
Musca, IX, 2, 1

Naamis, V, 9, 1
Naarda (Nearda), XVIII, 9, 1 y ss.
Naases, VI, 5, 1; VII, 6, 1
Naba, VI, 12, 1
Nabad, III, 8, 1
Nabal, VI, 13, 6 y ss.
Nabalo, XIV, 1, 4

Nabateos, los, I, 12, 4; XII, 8, 3; XIII, 1, 2
Nabla, VII, 12, 3; VIII, 3, 8
Naboandel (Baltasar), X, 11, 2
Nabosaris, X, 8, 2
Nabucodonosor, X, 6, 1 y ss.
Nabut, VIII, 13, 8
Nabuzardanes, X, 8, 5
Nacor, hijo de Serug, I, 6, 5
Nacor, hijo de Tarrus, I, 6, 5; 16, 1
Nadab, VIII, 10, 4
Naemán, II, 7, 4
Nahum, IX, 11, 2
Nafeso, I, 12, 4
Naida, I, 2, 2
Natán, hijo de David, VII, 3, 3
Natán, profeta, VII, 4, 4; 7, 3; 14, 5
Natanael, VI, 8, 1
Nave, padre de Jesús, III, 2, 3
Nazireos, IV, 4, 4; XIX, 6, 1
Neara, XVII, 13, 1
Nebrod, I, 4, 2 y ss.; 6, 2
Necao, X, 5, 1; 5, 2; 6, 1
Nedem, I, 6, 2
Neemías, XI, 5, 6 y ss.
Nefan, VII, 12, 2
Neftalim, I, 19, 7; II, 7, 4; V, 1, 22
Nemeso, IX, 6, 1
Nergelear, X, 8, 2
Nerias, X, 8, 6
Nerón, XV, 4, 3; XVIII, 5, 4; XX, 8, 1 y ss.
Neroniade, XX, 9, 4
Nicanor, lugarteniente de Antíoco Epífanes, XII, 5, 5; 7, 3
Nicanor, funcionario de Ptolemeo Filadelfo, XII, 2, 12
Nicanor, amigo del rey Demetrio, XII, 10, 4 y ss.
Nicanor, hijo de Eufemo, XIV, 10, 25
Nicaso, hija de Sanabaletes, XI, 7, 2
Nicátor, sobrenombre del rey Seleúco, XVIII, 9, 8
Nicaule, VIII, 6, 2
Nicodemo, XIV, 3, 2
Nicolás de Damasco, I, 3, 6; VII, 5, 2; XII, 3, 2; XIII, 12, 6; XIV, 1, 3; 4, 3; 6, 4; XVI, 7, 1; 9, 4; 11, 3 y ss.; XVII, 3, 2; 5, 4; 11, 3
Nicópolis, XVI, 5, 3
Niglisar, X, 11, 2
Nilo, I, 1, 3; II, 10, 2
Nínive, IX, 10, 2
Nino, IX, 10, 2
Nisán, nombre de un mes hebreo, I, 3, 3; II, 14, 6; XI, 4, 8
Nísibis, XVIII, 9, 1; 9, 9; XX, 3, 3
Noé, I, 3, 1 y ss.
Noema, I, 2, 2
Nooma, VIII, 8, 1
Norbano Flaco, Cayo, XIX, 1, 15
Norbano, noble romano, XIX, 1, 15
Nosta, X, 6, 3
Numenio, XIII, 5, 8; XIV, 8, 5

Obed, V, 9, 4
Obedam, Leví, VII, 4, 2
Obedas, príncipe árabe, XIII, 13, 5
Obedas, adivino, IX, 12, 2
Obedias, VIII, 13, 4
Obimes, XIII, 11, 1
Obodas, XVI, 7, 6; 9, 4
Ocozías, hijo del rey Acab, VIII, 15, 6; IX, 2, 1
Ocozías, hijo del rey Joram, IX, 5, 3; 6, 3
Octavia, XX, 8, 1 y ss.
Odeas, X, 8, 6
Odola, VIII, 10, 1
Oe, IV, 7, 1
Og, IV, 5, 3
Ogiges, I, 10, 4
Olda, X, 4, 2
Olimpíade, XVIII, 1, 3; 5, 4
Olimpo, XVI, 10, 7; 10, 9
Omán, II, 1, 2
Onías, hijo de Jado, XI, 8, 7; XII, 2, 5
Onías, hijo de Simón el Justo, XII, 4, 1 y ss.
Onías, hijo de Simón, XII, 4, 10
Onías, de sobrenombre Menelao, XII, 5, 1 y ss.; XX, 10, 1
Onías, hijo de Onías, XII, 5, 1; 9, 7; XIII, 3, 1 y ss.; XX, 10, 1
Onías, un judío piadoso, XIV, 2, 1

Oreb, V, 6, 5
Orestes, XI, 8, 1
Orodes, XVIII, 2, 4
Orsa, VIII, 12, 4
Orsanes, XIV, 6, 4
Orus, III, 2, 4
Oséas, IX, 13, 1; X, 9, 7
Ozas, VII, 4, 2
Ozías, IX, 10, 3 y ss.
Ozis, V, 11, 5

Pacoro, hijo del rey parto Arad, XIV, 13, 3; 15, 7
Pacoro, hijo del rey parto Artabano, XX, 3, 4; 10, 1
Palas, esposa de Herodes el Grande, XVII, 1, 3
Palas, siervo de Antonia, XVIII, 6, 6
Palas, hermano del procurador Félix, XX, 7, 1; 8, 9
Palestina, I, 6, 2
Palestinos, los (filisteos), V, 10, 1 y ss.
Palmira, VIII, 6, 1
Panateneas, XIV, 8, 5
Paneas, XV, 10, 3; XVII, 8, 1
Panfilia, XI, 8, 1; XIV, 14, 3
Panias, XVIII, 2, 1
Panio, XV, 10, 3
Papinio, XIX, 1, 6
Papiron, XIV, 2, 3
Papo, XIV, 15, 12 y ss.
Parembolás, VII, 9, 8; 10, 1; 11, 4
Parmenión, XI, 8, 5
Paros, XIV, 10, 8
Partos, los, XVIII, 2, 4; XIII, 5, 11; XVII, 10, 2; XVIII, 9, 1 y ss.; su rey Artabano, XX, 3, 1 y ss.
Pascua, II, 14, 6; III, 10, 5; XVII, 9, 3
Patroclo, XIV, 10, 10
Paulina, XVIII, 3, 4
Pausanias, XI, 8, 1; XIV, 10, 10; 12, 3; XIX, 1, 13
Pela, XIII, 15, 4; XIV, 3, 2; 4, 4
Pelusio, VI, 7, 3; X, 1, 4; XIV, 8, 1
Pentecostés, III, 10, 6
Pergamenios, los, XIV, 10, 22
Persas, los, I, 6, 4
Perseo, XII, 10, 6
Petefres (Putifar), II, 4, 1 y ss.
Petrefes, sacerdote de Heliópolis, II, 6, 1
Petina, XX, 8, 1
Petra, III, 2, 1; IV, 4, 7; XVII, 3, 2; XVIII, 5, 3
Petronio, gobernador de Egipto, XV, 9, 2
Petronio, gobernador de Siria, XVIII, 8, 2 y ss.
Pettio, Lucio, XIV, 10, 22
Pilato, procurador de Judea, XVIII, 2, 2 y ss.
Pisón, emisario de Pompeyo, XIV, 4, 2; 10, 14
Pisón, asesino de Germánico, VIII, 2, 5
Pisón, pretor de Roma, XVIII, 6, 5; 6, 10
Pitolao, XIV, 5, 2
Platana, XVII, 11, 2
Polemón, rey de Cilicia, XX, 7, 3
Polemón, rey del Ponto, XIX, 8, 1
Polibio de Megalópolis, XII, 3, 3; 9, 1
Polión, fariseo, XV, 1, 1; 10, 1; 10, 4
Polión, comandante de la guardia personal de César Claudio, XIX, 4, 5
Pólux, XIX, 1, 2
Pompedio, XIX, 1, 5
Pompeyo, XIV, 2, 3 y ss.; XX, 10
Pomponio, Quinto, XIX, 4, 5
Popea, XX, 8, 11; 11, 1
Porcio Festo, procurador de Judea, XX, 8, 9; 8, 10; 9, 1
Psotonfanec, sobrenombre de José egipcio, II, 6, 1
Ptolemeo I, hijo de Lago, XII, 1, 1
Ptolemeo II, Filadelfo, preámbulo 3; XII, 2, 1 y ss.
Ptolemeo III, Evergetes, XII, 4,1 y ss.
Ptolemeo IV, Filopátor, XII, 3, 3 y ss.
Ptolemeo V, Epífanes, XII, 3, 3 y ss.

Ptolemeo VI, Filométor, XII, 4, 1 y ss.
Ptolemeo VII, Fiscón, XII, 4, 11; XIII, 9, 3
Ptolemeo VIII, Latiro, XIII, 10, 2 y ss.
Ptolemeo XII, Auletes, XIV, 6, 2
Ptolemeo Meneo, XIII, 15, 2; XIV, 12, 1
Ptolemeo, hijo de Jámblico, XIV, 8, 1
Ptolemeo, yerno del príncipe judío Simón, XIII, 7, 4
Ptolemeo, hijo de Dorímenes, XII, 7, 3
Ptolemeo de Rodas, XIV, 14, 3
Ptolemeo, gobernador de Galilea, XIV, 15, 6
Ptolemeo, funcionario de Herodes, XIV, 7, 3; 8, 5; XVII, 8, 2 y ss.
Ptolemeo, hermano de Nicolás de Damasco, XVII, 9, 4
Ptolemaide, XIII, 2, 1; XVII, 10, 9; XVIII, 5, 3; 6, 3
Putéoli (Dicearquía), XVIII, 6, 3 y ss.; XIX, 1, 1

Quelcías, XIII, 10, 4; 13, 1
Quelcías, XIX, 9, 1
Quelión, V, 9, 1
Quéreas, XIX, 1, 1 y ss.
Quesloem, I, 6, 2
Quetomene, III, 7, 2
Quetim, I, 6, 1
Quétimo, I, 6, 1
Quetura, I, 15
Quintilia, XIX, 1, 5
Quirinio, XVII, 13, 5 y ss.

Raazar, VIII, 7, 6
Rabat, IV, 5, 3; VII, 6, 2; 7, 5
Rabezac, XI, 3, 5
Rabilio, Cayo, XIV, 10, 20
Rael, VI, 8, 1
Raesio, XIV, 10, 13; 10, 19
Raesfa, VII, 1, 4
Rágaba, XIII, 15, 5
Ragav, I, 6, 4
Ragüel, hijo de Esaú, II, 1, 2
Ragüel, suegro de Moisés, III, 3 y ss.
Ramat, véase Aramat
Rapsaces, X, 1, 1
Raquel, I, 19, 6 y ss.
Rátimo, XI, 2, 1
Rebeca, I, 6, 5 y ss.
Reblat, X, 8, 2; 8, 5
Regmo, I, 6, 2
Renga, VI, 14, 1
Rinocorura, XIII, 15, 4; XIV, 14, 2
Roa, V, 2, 12
Robe, IV, 7, 1
Roboam, VII, 5, 3 y ss.
Rodas, XIV, 14, 3; XVI, 2, 2
Roma, romanos, los, XII, 5, 2; 10, 6; XIII, 5, 8; 7, 3; 9, 2; XIV, 8, 5; XVII, 1, 1 y ss.; XVIII, 3, 4 y 5; XIX, 1, 3; 1, 4; 3, 2
Romelias, IX, 11, 1
Roobot, I, 18, 2
Ros, II, 7, 4
Roxana, XVII, 1, 3
Rubel (Rubén), I, 19, 7; II, 13, 1 y ss.; IV, 7, 3
Rufo, general judío, XVII, 10, 3 y ss.
Rufo, Anio, procurador de Judea, XVIII, 2, 2
Rufo, cónsul, XX, 1, 2
Ruma, I, 6, 5
Rut, V, 9, 1 y ss.

Saba, II, 10, 2
Sabactenos, los, I, 6, 2
Sabactes, I, 6, 2
Sabas, I, 6, 2
Sabatenios, los, I, 6, 2
Sabates, hijo de Jus, I, 6, 2
Sabates, secretario de David, VII, 11, 8
Sabec, VII, 6, 2
Sabeo, samaritano, XIII, 3, 4
Sabeo, hijo de Gegmo, I, 6, 2
Sabeo, hijo de Bocorías, VII, 11, 6
Sabeo, hijo de Juctas, I, 6, 4
Sabino, gobernador de Siria, XVII, 9, 5
Sabino, tribuno, XIX, 1, 7 y ss.

Sabino, comandante de la guardia personal de Calígula, XIX, 1, 15
Sabucades, XI, 6, 11
Sadoc, VII, 2, 2 y ss.
Sadraces, XI, 4, 9
Saduc, XVIII, 1, 1 y ss.
Saduceos, los, XIII, 5, 9; XVIII, 1, 2 y ss.
Sair, I, 20, 3
Salampsio, XVIII, 5, 4
Salatiel, XI, 3, 10
Salef, I, 6, 4
Sales, I, 6, 4 y ss
Sales, hijo de Judas, II, 7, 4
Salmanas, V, 6, 5
Salmanasar, IX, 13, 1; 14, 1; 14, 2; XI, 4, 3
Salo, X, 8, 6
Salo, X, 4, 2
Salomé, hermana de Herodes el Grande, XIV, 7, 3 y ss.
Salomé, hija de Herodes, XVII, 1, 3; XVIII, 5, 4
Salomé, esposa de Aristobulo, XIII, 2, 1; XIV, 1, 2; XVII, 1, 1; 2, 4; véase también Alejandra
Samal, VI, 8, 1
Samareo, I, 6, 2
Samaria, VIII, 12, 5; IX, 4, 3; XI, 4, 3 y ss.; XII, 5, 5; XIII, 10, 2; XV, 8, 5; XVII, 10, 9
Samayas, VIII, 10, 3
Sambabas, gobernador de Samaria, XI, 4, 9
Sameas, XIV, 9, 4; XV, 1, 1; 10, 4
Samega, XIII, 9, 1
Samos, XVI, 2, 2
Samosata, XIV, 15, 8
Sampsigeram, XVIII, 5, 4; XIX, 8, 1
Samuel, V, 9, 3 y ss.
Sanabaletes, XI, 7, 2 y ss.
Sanagar, V, 4, 3
Sansón, V, 8, 4 y ss.
Sara, Hija de Aser, II, 7, 4
Sara, ciudad, VI, 12, 4
Sarabazanes, XI, 1, 3; 4, 4
Sarad, II, 7, 4
Saraim, VIII, 10, 1
Saramalas, XIV, 13, 5; XV, 2, 3
Sarasar, X, 1, 5
Sardes, XIV, 10, 17; XVI, 6, 6
Sareas, Sumo Sacerdote, X, 8, 5 y ss.
Sareas, jefe de los judíos quedados en Judea, X, 9, 2
Sarefta, VIII, 13, 2
Sariasa, V, 8, 12
Sarifeo, XVII, 6, 2
Sarra, I, 8, 1 y ss.
Sarvia, VI, 13, 9; VII, 1, 3; 10, 1
Saturnino, general romano en Siria, XVI, 9, 1 y ss.
Saturnino, cónsul, XVI, 11, 3
Saturnino, esposo de Paulina, XVIII, 3, 4
Saúl, hijo de Simeón, II, 7, 4
Saúl, hijo de Cis, VI, 4, 1 y ss.
Saulo, XX, 9, 4
Sebaste (véase Samaria), XIII, 10, 2; XV, 8, 5; XVIII, 4; XIX, 9, 1 y ss.
Sebaste, nombre de la isla Eleúsa, XVII, 5, 1
Sebe, V, 7, 12
Secela, VI, 13, 9 y ss.
Sedecías, falso profeta, VII, 15, 4
Sedecías, rey de los judíos, X, 7, 1 y ss.
Sejano, XVIII, 6, 6
Selene, XIII, 16, 4
Seleucia (ciudad de Babilonia), XVIII, 9, 8 y ss.
Seleucia (ciudad de la Gaulanítide superior), XIII, 7, 1; 15, 3; XVIII, 2, 4
Seleúco I, Nicátor, XII, 3, 1
Seleúco IV, Filopátor, XII, 4, 10
Selúco, VI, Epífanes, hijo de Antíoco Gripo, XIII, 13, 4
Seleúco, hijo de Seleúco Nicátor, XVIII, 9, 8
Sella, I, 2, 2
Sellim, II, 7, 4
Sello, IX, 11, 1
Sem, I, 4, 1
Semar, VIII, 12, 5
Semarion (Samaria), VIII, 12, 5

Semaron, VIII, 12, 2
Semegar, X, 8, 2
Semeí, VII, 9, 4
Smeís, VIII, 2, 3
Semelio, XI, 2, 1
Sempronio, Cayo, XIII, 9, 2
Senaar, I, 4, 1; 4, 3
Senabares, I, 9
Senaquerib, X, 1, 1 y ss.
Sencio, XIX, 2, 1 y ss.
Serebeo, XI, 3, 10
Serón, XII, 7, 1
Serritas, los, VI, 13, 10
Serug, I, 6, 4
Servilio Galba, Publio, procónsul, XIV, 10, 21
Servilio, general, XIV, 6, 1
Servilio, Papinio, XIV, 10, 10
Servilio, Branco, tribuno, XIV, 10, 13; 10, 19
Servilio Estrabón, Publio, XIV, 10, 19
Sesostris, VIII, 10, 2
Set, hijo de Adam, I, 10, 2
Set, padre del Sumo Sacerdote Anán, XVIII, 2, 1
Sexto César, gobernador de Siria, XIV, 9, 2; 10, 19
Sibas, VII, 5, 5; 9, 3
Sibat, VII, 1, 4
Sibila, I, 4, 3
Sicim, I, 12, 1; II, 2, 4; V, 1, 19; I, 24; 7, 2; VIII, 8, 4. Sus habitantes, VI, 7, 3
Sidón, ciudad de Canán, I, 6, 2
Sidón, ciudad de Fenicia, I, 6, 2; IX, 14, 2; XI, 4, 1; 8, 6; XIV, 12, 6
Sié, XVII, 13, 1
Sila, XIV, 4, 5
Silano, XVIII, 2, 4
Silas, amigo de Agripa, XVIII, 6, 7; XIX, 6, 3; 7, 3
Silas, XIV, 3, 2
Sileo, XVI, 7, 6; 9, 1 y ss.; XVIII, 3; 3, 2
Silón, general romano, XIV, 14, 6 y ss.
Silón, ciudad de Samaria, V, 1, 19 y ss.
Símaco, XX, 2, 1
Simeón, I, 19, 7 y ss.
Simoboro, I, 9
Simón, Sumo Sacerdote, XII, 2, 5; 4, 10; XIII, 6, 3
Simón, hijo de Matías, XII, 6, 1 y ss.
Simón, hijo de Dositeo, XIII, 9, 2
Simón, hijo de Boeto, XV, 9, 3; XVII, 4, 2
Simón, esclavo de Herodes el Grande, XVII, 10, 6
Simón, esenio e intérprete de sueños, XVII, 13, 3
Simón, hijo de Camit, Sumo Sacerdote, XVIII, 2, 2
Simón Canteras, Sumo Sacerdote, XIX, 6, 2
Simón, maestro de la ley, XIX, 7, 4
Simón, hijo de Judas Galileo, XX, 5, 2
Simón, mago, XX, 7, 2
Sineo, I, 6, 2
Sinaí, II, 12, 1; III, 2, 5; 5, 1
Sínope, XVI, 2, 2
Sisas, VII, 5, 4
Sisena, XIV, 6, 1
Soar, II, 7, 4
Soas, IX, 14, 1
Soba, VI, 6, 6
Sobanques, VII, 12, 2
Sobneo, X, 1, 2
Soco, VI, 9, 1; VIII, 10, 1
Sodoma, I, 8, 3; 11
Soemo, itureo, XV, 6, 5 y ss.
Soemo, árabe, XVII, 3, 2
Sofene, VII, 5, 1; VIII, 7, 6
Sofira, VIII, 6, 4
Sofones, I, 15
Sofonías, hijo de Gad, II, 7, 4
Sofonías, Sumo Sacerdote, X, 8, 5
Solomón (Salomón), VII, 3, 3 y ss.
Sosibio, XII, 2, 2
Sosípatro, XIV, 10, 22
Su, I, 15
Subas, VII, 6, 1
Sudeas, X, 8, 6
Suna, VI, 14, 2
Sunis, II, 7, 4
Suris, I, 15

Sures, IV, 6, 10; 7, 1
Susa, X, 11, 7; XI, 6, 1 y ss.
Susac, VII, 5, 3; VIII, 7, 8; 10, 2 y ss.
Susas, VII, 11, 8

Tabeo, I, 6, 5
Tadal, I, 9
Tadamor, VIII, 6, 1
Talo, XVIII, 6, 4
Tamar, hija de David, VII, 3, 3; 8, 1
Tamar, hija de Absalón, VII, 10, 3
Tamna, V, 1, 29; 8, 5; XIV, 11, 2
Tamnata, XIII, 1, 3
Tamneo, VIII, 12, 5
Tanganas, XI, 4, 9
Tanis, I, 8, 3
Tano, VII, 2, 1
Tapsa, IX, 11, 1
Tarabasa, XIV, 1, 4
Tarata, X, 1, 1
Tarbis, II, 10, 2
Tarento, XVII, 5, 1
Tariqueas, XIV, 7, 3; XX, 8, 4
Tarro, I, 6, 5
Tarsa, VIII, 12, 4 y ss.
Tarsices, X, 1, 4
Tarso, hijo de Jován, I, 6, 1
Tarso, capital de Cilicia, I, 6, 1; IX, 10, 2
Taumasto, XVIII, 6, 6
Tauro, I, 6, 1; XI, 8, 3
Tavao, I, 6, 5
Tebas, V, 7, 5; VII, 7, 2
Tecoa, VIII, 10, 1; IX, 1, 3
Teglatfalasar, IX, 11, 1; 15, 5
Telitón, XIII, 15, 4
Temán, hijo de Ismael, I, 12, 4
Temán, hijo de Elifaz, II, 1, 2
Teno, VII, 5, 4
Teodectas, XII, 2, 14
Teodestes, XI, 6, 4; 6, 10
Teodoro, XIII, 13, 3 y ss.
Teodosio, samaritano, XIII, 3, 4
Teodosio, hijo de Teodoro, XIV, 8, 5
Teódoto, XIV, 10, 22
Teófilo, padre del Sumo Sacerdote Matías, XVII, 4, 2
Teófilo, hijo de Anán, Sumo Sacerdote, XVIII, 5, 3; XIX, 6, 2
Teopompo, XII, 2, 14
Termusa, XVIII, 2, 4
Termutis, II, 9, 5
Terón, XVI, 11, 4 y ss.
Tesbona, VIII, 13, 2
Teudas, XX, 5, 1
Teudión, XVII, 4, 2; XX, 1, 2
Teutio, Cayo, XIV, 10, 19
Tiberíades, XVIII, 2, 2; XX, 8, 4
Tiberio Nerón, XVIII, 2, 2 y ss.
Tiberio Gemelo, XVIII, 6, 8
Tiberio Alejandro, XX, 5, 2
Tigranes, XIII, 16, 4; XV, 4, 3; XVIII, 5, 4
Tigris, I, 1, 3
Tinágenes, XIII, 11, 3; 12, 5
Timidio, XIX, 1, 5
Timio, XVIII, 5, 4
Timoteo, XII, 8, 3
Tirano, XVI, 10, 3
Tiras, I, 6, 1
Tirataba, XVIII, 4, 1 y ss.
Tiridates, XX, 3, 4
Tisri, nombre de un mes hebreo, VIII, 4, 1
Tiro, lugar entre Arabia y Judea, XII, 4, 11
Tiro, ciudad de Fenicia, IX, 14, 2; XII, 8, 3 y ss.; XIV, 12, 1; 12, 3; 13, 13
Titio, XVI, 8, 6
Tito, XII, 3, 1; XX, 10
Tobel, hijo de Jafet, I, 6, 1
Tobel, hijo de Lamec, I, 6, 2
Tobías, XII, 4, 2
Tocoa, XIII, 1, 3
Tolomeo, rey, VII, 1, 4
Tolomeo, bandido, XX, 1, 1
Torgames, torgameos, I, 6, 1
Tracios, los, I, 6, 1; IX, 1, 4; XVII, 8, 4
Tracidas, sobrenombre de Alejandro, XIII, 14, 2
Traconítide, XV, 10, 1; XVI, 4, 6; XVII, 2, 1; 8, 1; XVIII, 5, 4
Trales, XIV, 10, 21
Trebelio Máximo, XIX, 2, 3

Tresa, XIV, 13, 9; 15, 2
Trifón, bufón de Ptolemeo Epífanes, XII, 4, 9
Trifón, barbero de Herodes el Grande, XVI, 11, 6 y ss.
Trifón, hijo de Teudión, XX, 1, 2
Trípolis, XII, 10, 1; XIII, 10, 2
Troglodítide, I, 15; sus habitantes, II, 11, 2
Tusculano, villa de Tiberio, XVIII, 6, 6

Ulata, XV, 10, 3
Ulo, I, 6, 4
Ur, ciudad de Mesopotamia, I, 6, 5
Ur, rey de los madianitas, IV, 7, 1
Ures, VIII, 2, 3
Urías, esposo de Bersabé, VII, 7, 1 y ss.
Urías, hijo de Jotam, X, 8, 6
Usis, II, 7, 4
Uso, hijo de Aram, I, 6, 4
Uso, padre de Besleel, III, 6, 1
Uxo, I, 6, 5

Valata, XVII, 2, 1
Valerio, Lucio, pretor romano, XIV, 8, 5
Valerio Grato, procurador de Judea, XVIII, 2, 2
Valerio Asiático, XIX, 1, 14, 1, 20; 4, 3
Vardanes, XX, 3, 4
Varrón, gobernador de Siria, XV, 10, 1
Vaste, XI, 6, 1
Vatinio, XIX, 1, 13
Ventidio, XIV, 14, 6 y ss.
Vespasiano, Tito Flavio, XII, 3, 1; XVIII, 5, 4; XIX, 9, 2
Viena, ciudad de la Galia, XVII, 13, 2
Vitelio, gobernador de Siria, XV, 11, 4; XVIII, 4, 2 y ss.
Vitelio Próculo, centurión, XIX, 6, 3
Vologeses, XX, 3, 4; 4, 2
Volumnio, XVI, 9, 1 y ss.
Vonones, XVIII, 2, 4

Zabadías, IX, 1, 1
Zabel, XIII, 4, 8
Zabuda, X, 5, 2
Zabulón, I, 19, 8
Zacarías, hijo de Jodao, IX, 8, 3
Zacarías, hijo de Jeroboam, rey de Israel, IX, 10, 3
Zacarías, profeta, XI, 4, 5; 4, 7
Zacaris, IX, 12, 1
Zamares, VIII, 12, 4 y ss.
Zamaris, XVII, 2, 3
Zambrán, I, 15
Zambrías, IV, 6, 10 y ss.
Zara, XIII, 15, 4
Zaraeo, VIII, 12, 1
Zaras, II, 7, 4
Zarabaza, XI, 6, 10
Zeb, V, 6, 5
Zebedías, V, 1, 10
Zebes, V, 6, 5
Zelfa, I, 19, 7
Zenodoro, XV, 10, 1 y ss.; XVII, 11, 4
Zenón, XIII, 8, 1
Zeus Enialio, I, 4, 3
Zeuxis, XII, 3, 4
Zifa, VIII, 10, 1
Zifenios, los, VI, 13, 2
Zizo, XIII, 14, 3
Zoara, I, 11, 4; XIV, 1, 4
Zodmiel, XI, 4, 2
Zoilo, XIII, 12, 2; 12, 4
Zorobabel, XI, 1, 3; 3, 7 y ss.